Ejercicio de perfección y virtudes cristianas

Primera parte

P. Alonso Rodríguez, S.J.

PADRE ALONSO RODRÍGUEZ
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

EJERCICIO DE PERFECCIÓN
Y
VIRTUDES CRISTIANAS

Primera parte

ÍNDICE

A LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS 9

TRATADO PRIMERO 12

DE LA ESTIMA, DESEO Y AFICIÓN QUE HEMOS DE TENER A LO QUE TOCA A NUESTRO APROVECHAMIENTO ESPIRITUAL, Y DE ALGUNAS COSAS QUE NOS AYUDARÁN PARA ELLO 12

Del aprecio y estima que debemos tener de las cosas espirituales. 12

De la afición y deseo que habemos de tener a la virtud y perfección......................... 18

Que el tener gran deseo de nuestro aprovechamiento es un medio muy principal y una disposición muy grande para que el Señor nos haga mercedes.................................. 23

Que mientras uno más se da a las cosas espirituales, más hambre y deseo tiene de ellas. 26

Que es gran señal de estar uno en gracia de Dios el andar con deseo de crecer e ir adelante en su aprovechamiento. 29

En que se declara cómo el no ir adelante es volver atrás.. 31

Que ayuda mucho para alcanzar la perfección olvidarse uno del bien pasado y poner los ojos en lo que le falta. 35

Que ayuda mucho para alcanzar la perfección ponerlos ojos en cosas altas y aventajadas. 40

Cuánto importa hacer caso de cosas pequeñas y no menospreciarlas. 46

De otra razón muy principal por la cual nos importa mucho hacer caso de cosas pequeñas.. 49

Que no habemos de tomar el negocio de nuestro aprovechamiento en general, sino en particular; y cuánto importa el ir poniendo por obra los buenos propósitos y deseos que el Señor nos da. 53

Que nos ayudará mucho para alcanzar la perfección no hacer faltas de propósito ni aflojar en el fervor... 56

De otros tres medios que nos ayudarán para ir adelante en la virtud. 58

Que nos ayudará mucho habernos siempre como el primer día que entramos en la Religión.. 62

Que ayudará mucho preguntarse cada uno a sí mismo a menudo: ¿A qué viniste a la Religión? 66

De algunas otras cosas que nos ayudarán para ir adelante en nuestro aprovechamiento y alcanzar la perfección.. 70

De la perseverancia que habemos de tener en la virtud y lo que nos ayudará a tenerla.74

De otro medio para aprovechar en virtud, que son las exhortaciones y pláticas espirituales, y cómo nos aprovecharemos de ellas. ... 76

TRATADO SEGUNDO ... 83

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS ... 83

Que nuestro aprovechamiento y perfección está en hacer las obras ordinarias que hacemos, bien hechas. ... 83

Que nos ha de animar mucho a la perfección el habérnosla Dios puesto en una cosa muy fácil ... 86

En qué consiste la bondad y perfección de nuestras obras, y de algunos medios para hacerlas bien. ... 88

De otro medio para hacer bien las obras, que es hacerlas como si no tuviésemos otra cosa que hacer. ... 92

De otro medio, que es hacer cada obra como si aquélla hubiese de ser la postrera de nuestra vida. ... 94

De otro medio para hacer bien las obras, que es no hacer cuenta más que de hoy. ... 98

De otro medio, que es acostumbrarse uno a hacer bien las obras ... 100

Cuánto le importa al religioso no aflojaren el camino de la virtud. ... 103

Cuánto les importa a los novicios aprovecharse del tiempo del noviciado, y acostumbrarse en él a hacer los ejercicios de la Religión bien hechos. ... 105

TRATADO TERCERO ... 111

DE LA RECTITUD Y PURIDAD DE INTENCIÓN QUE HABEMOS DE TENER EN LAS OBRAS ... 111

Que debemos huir en nuestras obras del vicio de la vanagloria. ... 111

En qué consiste la malicia de este vicio de la vanagloria ... 113

Del daño que trae consigo la vanagloria. ... 115

Que la tentación de vanagloria no solamente es de los que comienzan, sino también de los que van adelante en la virtud. ... 117

De la necesidad particular que tienen de guardarse de este vicio de la vanagloria los que tienen oficio de ayudar a los prójimos. ... 119

De algunos remedios contra la vanagloria. ... 122

Del fin e intención buena que hemos de tener en las obras. ... 127

En que se declara cómo haremos las obras con gran rectitud y pureza de intención.128

Que la causa de hallarnos algunas veces distraídos y desaprovechados no son las ocupaciones exteriores, sino el no hacerlas como debemos. ... 130

Del bien y ganancia grande que hay en hacer las obras de la manera que habemos dicho. ... 133

Declárase más la rectitud y puridad de intención que habemos de tener en nuestras obras. 136

De algunas señales en que se conocerá cuándo hace uno las cosas puramente por Dios, y cuándo se busca en ellas a sí mismo. 140

Cómo habemos de ir creciendo y subiendo en la rectitud y puridad de intención. .. 142

De tres grados de perfección, por los cuales podemos ir subiendo a gran pureza de intención y a grande y perfecto amor de Dios. 147

TRATADO CUARTO 152

DE LA UNIÓN Y CARIDAD FRATERNA 152

Del valor y excelencia de la caridad y unión fraterna 152

De la necesidad que tenemos de esta unión y caridad, y de algunos medios para conservarnos en ella. 157

De algunas razones sacadas de la Sagrada Escritura que nos obligan a tener caridad y unión con nuestros hermanos. 164

De qué manera ha de ser la unión que habemos detener con nuestros hermanos 166

Se comienza a declarar en particular qué es lo que nos pide la unión y caridad fraterna, y lo que nos ayudará, a conservarla. 169

De otras dos cosas que pide la caridad y unión. 172

De otra cosa que nos pide la caridad y nos ayudará a conservarla, que es tener y mostrar mucha estima de nuestros hermanos y hablar siempre bien de ellos. 175

Que nos debemos guardar mucho de decir a otro: «Fulano dijo esto de vos», siendo cosa que le puede amargar. 177

Que las palabras buenas y blandas ayudan mucho a conservar la unión y caridad, y las no tales le son contrarias. 180

Que nos debemos guardar mucho de palabras picantes que pueden lastimar o disgustar a nuestro hermano. 182

Que nos hemos de guardar de porfiar, contradecir, reprender y de otras palabras semejantes. 183

Del buen modo y buenas palabras con que se ha de ejercitar el oficio de caridad... 187

Cómo nos debemos haber cuando hubo algún encuentro o disgusto con nuestro hermano. 189

De tres avisos que habemos de guardar cuando otro nos dio alguna ocasión de disgusto. 192

De los juicios temerarios; declárase en qué consiste su malicia y gravedad. 196

De las causas y raíces de donde proceden los juicios temerarios, y de sus remedios.199

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos. 203

De tres maneras de unión y amistades no buenas. 208
De la segunda manera de amistades y juntas no buenas 210
De la tercera manera de unión y junta unta muy perjudicial a la Religión. 213
TRATADO QUINTO 224
DE LA ORACIÓN 224
Del valor y excelencia de la oración. 224
De la necesidad que tenemos de la oración. 226
Que debemos mucho a Dios por habernos hecho tan fácil una cosa por una parte tan excelente y por otra tan necesaria. 229
De dos maneras de oración mental. 230
Cómo la Sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oración. 233
En que se declara y confirma más esta doctrina. 238
De la oración mental ordinaria. 240
De la necesidad de la meditación. 242
De un bien y provecho grande que habemos de sacar de la meditación, y cómo se ha de tener para aprovecharnos de ella. 245
De otros bienes y provechos que hay en la meditación. 247
Del modo que se ha de tener en la oración, y el fruto que habemos de sacar de ella.249
De cuánta importancia sea el detenernos en los actos y afectos de la voluntad. 252
En que se satisface a la queja de los que dicen que no pueden o no saben meditar ni discutir con el entendimiento 254
De dos avisos que nos ayudarán mucho para tener buena oración y sacar fruto de ella. 257
Cómo se entiende que en la oración habemos de tomar a pechos una cosa, aquella de que tenemos más necesidad, e insistir en ella hasta alcanzarla. 260
Cómo nos podremos detener mucho en la oración en una misma cosa; y, se pone la práctica de un modo de oración muy provechoso, que es ir descendiendo a casos particulares. 266
Que en la consideración de los misterios hemos de ir también despacio, y no pasar por ellos superficialmente, y de algunos medios que nos ayudarán para esto. 271
Muéstrese prácticamente cómo está en nuestra mano tener siempre buena oración y sacar fruto de ella. 275
De algunos medios y modos fáciles para tener buena y provechosa oración. 279
Que nos habemos de contentar con la oración que hemos dicho, y no andar congojados ni quejosos por no llegar a otra más alta. 285
De las causas de la distracción en la oración y de sus remedios. 288

De algunos medios para estar con atención y reverencia en la oración. 291

De un consuelo grande para los que son molestados de distracciones en la oración.295

De la tentación del sueño, de dónde proviene y de los remedios para ella. 297

Cuánto conviene tomar algunos tiempos extraordinarios para darnos más a la oración. 298

Del fruto que debemos, sacar cuando nos recogemos a estos ejercicios................. 303

De algunos avisos que nos ayudarán para aprovecharnos más de estos ejercicios. . 307

De la lección espiritual, cuán importante sea, y de algunos medios que nos ayudarán a tenerla bien y provechosamente... 309

TRATADO SEXTO 317

DE LA PRESENCIA DE DIOS 317

De la excelencia de este ejercicio y de los bienes grandes que hay en él................ 317

En qué consiste este ejercicio de andar siempre en la presencia de Dios................ 321

De los actos de la voluntad en que consiste principalmente este ejercicio, y cómo nos habemos de ejercitar en ellos. 324

Se declara más la práctica de este ejercicio y se pone un modo de andar en la presencia de Dios muy fácil y provechoso y de mucha perfección... 327

De algunas diferencias y ventajas que hay de este ejercicio de andar en la presencia de Dios a otros. 329

TRATADO SÉPTIMO 331

DEL EXAMEN DE LA CONCIENCIA 331

Cuán importante es el examen de la conciencia. 331

De qué casas se ha de hacer el examen particular. 334

De dos avisos importantes para acertar a elegir de qué cosa se ha de traer el examen particular. 336

Que el examen particular se ha de traer de una cosa sola.. 339

Cómo se ha de traer y dividir el examen particular por las partes y grados de las virtudes.. 340

Que no se ha de mudar fácilmente la materia del examen particular y qué tanto tiempo será bien traerle de una misma cosa... 348

Que en el examen habemos de insistir y detenernos principalmente en el dolor y propósito de la enmienda. 353

Que ayuda mucho añadir al examen algunas penitencias.. 356

Del examen general de la conciencia.. 359

Que el examen de la conciencia es medio para poner por obra todos los demás medios y avisos espirituales, y que la causa de no aprovechar es no hacerlo como debemos. 363

TRATADO OCTAVO 367

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS 367

En que se ponen dos fundamentos principales. 367

En que se declara más el segundo fundamento... 371

De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios. 374

Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra. 377

Que en sólo Dios se halla contento y el que le pusiera en otra cosa no podrá tener verdadero contento.. 381

En que se declara por otra vía cómo el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento.. 385

De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios.389

En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada a Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfección grande que hay en él....................... 392

De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. 394

De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en Él 397

De algunos lugares y ejemplos de la Sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios. 402

De cuánto provecho y perfección sea aplicar la oración a este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y cómo habemos de ir descendiendo a cosas particulares y hasta llegar al tercero grado de conformidad. 409

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare. 414

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso para cualquier oficio y ocupación en que la obediencia le quisiere poner. 419

De la conformidad que habernos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.. 423

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades. 429

Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios, y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino también en todas las cosas que suelen suceder en ella................ 433

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.. 436

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida. 440
De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte lícita y santamente..................... 443
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos..................... 449
De la conformidad que habernos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía..................... 454
De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados. 457
De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oración, y qué entendemos aquí por sequedad y desconsuelo... 461
En que se satisface a la queja de los que sienten sequedales y desconsuelos en la oración..................... 465
Como convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oración. 469
De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oración..................... 471
Que es grave engaño y grande tentación dejar la oración por hallarse en ella de la manera dicha. 473
En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos..................... 476
De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales. 478
De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria. 482
De la conformidad y unión y amor perfecto cm con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio..................... 485
Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la Escritura divina..................... 488
Cómo nos podremos extender más en este ejercicio. 490

A LOS RELIGIOSOS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

El bienaventurado San Gregorio, siendo rogado que escribiese a ciertos monasterios de monjes algunos avisos y recuerdos espirituales, responde en la epístola veintisiete del libro sexto del Registro, excusándose diciendo: «Los religiosos, que por la gracia de la compunción y de la oración, tienen dentro de sí la fuente de la sabiduría, no tienen necesidad de ser regados de fuera con las gotillas pequeñas de nuestra sequedad. Como en el Paraíso terrenal no hubo lluvia, ni era menester, porque una fuente que salía de en medio de él lo regaba todo y lo tenía verde, fresco y hermoso, así el religioso que está en este paraíso de la Religión, y tiene interiormente dentro de sí esta fuente de la oración y de la compunción, no tiene necesidad de nuestros riegos, porque eso le bastará para conservar siempre en su alma la frescura y hermosura de las virtudes».

Con mucha mayor razón me pudiera yo excusar con Vuestras Reverencias, a quien el Señor ha hecho merced de plantar en este paraíso de la Compañía de Jesús, y regados y regalados en él con el riego de la oración mental que cada día tenemos, conforme a nuestra Regla e Instituto; la cual, con razón, compara también San Juan Crisóstomo, en un tratado que hace de la oración, a una fuente en medio de un jardín, que todo lo tiene verde y vistoso. Mas esto fuera si yo pensara que había de decir cosas nuevas, que no supiesen y ejercitasen cada día Vuestras Reverencias; pero mi intento en esta obra no es sino refrescar y traer a la memoria lo que todos muy bien saben y ejercitan, que es conforme a lo que nuestro bienaventurado Padre nos dice en las Constituciones, que para esto quiere que haya quien cada semana, o a lo menos cada quince días, en pláticas espirituales y exhortaciones públicas nos dé estos y otros semejantes recuerdos, porque por la condición de nuestra frágil naturaleza no se olviden, y así cese la ejecución de ellos; lo cual, por la bondad del Señor, se ejercita y practica en la Compañía, no con pequeño fruto de los de ella. Y por haberme yo ejercitado en ella en este oficio por orden de la obediencia, aunque con mucha confusión mía, más de cuarenta años, así con los novicios como con los antiguos, y juntado

y recogido muchas cosas tocantes a esto, les pareció a mis superiores, y a otras muchas personas a quien debo respeto, que haría servicio a Dios nuestro Señor y a la Compañía en tomar este asunto de limar y poner en orden estos trabajos, para que así el fruto se pueda extender más y ser más durable y perpetuo; imitando en esto al seráfico doctor San Buenaventura, que lo hizo así, como él mismo lo dice en el prólogo de los libros que hace del aprovechamiento de los Religiosos.

Advertí también que en la Constitución dicha añade nuestro Padre: Haya quien dé estos y otros semejantes recuerdos, o ellos sean obligados a leerlos. Que no poco me animó a tomar este trabajo, viendo que también tenemos de regla en la Compañía este ejercicio tan provechoso y tan encomendado de los santos, de leer cada día alguna lección espiritual para nuestro propio aprovechamiento; para lo cual principalmente enderezo yo este libro, poniendo delante de los ojos, con la brevedad y claridad que he podido, las cosas más sustanciales, prácticas y ordinarias, en que conforme a nuestra profesión e instituto nos habemos de ejercitar, para que nos sirvan de espejo en que cada día nos miremos, huyendo de lo malo e imperfecto que condena, y ataviando y adornando nuestras almas con lo bueno y perfecto que aconseja, para que así sean ellas muy agradables a los ojos de la divina Majestad.

Y aunque mi principal intento fue servir en esto a mis Padres y Hermanos en Cristo carísimos, a quien por muchos títulos tengo particular obligación; pero, porque la caridad se ha de extender cuanto se pudiere, lo cual es muy propio de nuestro Instituto, procuré disponer esta obra de tal manera que no sólo fuese provechosa para nosotros y para todos los demás religiosos, sino también para todos los que tratan de virtud y perfección. Y así corresponde la obra con el titulo, que es general para todos, conviene a saber: EJERCICIO DE PERFECCIÓN Y VIRTUDES CRISTIANAS. Y llámase Ejercicio, porque se tratan las cosas muy prácticamente para que se puedan poner mejor en ejecución.

Divídese en TRES PARTES, y cada parte tiene ocho tratados. Se ponen las autoridades en latín[1], porque para los que lo entienden

[1] En esta edición se han suprimido las autoridades en latín.

podrá ser de mucho provecho, por la fuerza y eficacia que tienen las cosas tomadas en su fuente, y especialmente las palabras de la Sagrada Escritura; y para los que no entienden latín, no será esto impedimento, pues se pone también el romance de ellas[2], y para que ninguna cosa les estorbe y lo pueda más fácilmente dejar el que quisiere, se pone el latín con letra diferente.

Espero en el Señor que no será nuestro trabajo en vano, sino que esta semilla de la palabra de Dios, sembrada en tan buena tierra como la de corazones deseosos de conseguir la perfección, ha de dar fruto, no sólo de treinta, sino de sesenta y de ciento.

---

[2] Cuando el autor no traduce las citas, las ponemos traducidas entre paréntesis cuadrados [ ].

EJERCICIO DE PERFECCIÓN
Y
VIRTUDES CRISTIANAS

PARTE PRIMERA

TRATADO PRIMERO

DE LA ESTIMA, DESEO Y AFICIÓN QUE HEMOS DE TENER A LO QUE TOCA A NUESTRO APROVECHAMIENTO ESPIRITUAL, Y DE ALGUNAS COSAS QUE NOS AYUDARÁN PARA ELLO

CAPÍTULO PRIMERO

Del aprecio y estima que debemos tener de las cosas espirituales.

En el CAPÍTULO séptimo de la Sabiduría dice el Sabio: *Deséelo, y me fue dado sentido; lo pedí a Dios, y vino en mí el espíritu de la sabiduría; y la tuve en más que los tronos y cetros reales; y las riquezas no estimé en nada en comparación de ella, ni las piedras preciosas; porque todo oro, en su comparación, es un poco de arena, y la plata es como lodo delante de ella*. La verdadera sabiduría, en que habemos de poner los ojos, es la perfección, que consiste en unirnos con Dios por amor, conforme a aquello del Apóstol San Pablo (Cl 3, 14):

Sobre todas las cosas os encomiendo la caridad, que es vínculo de la perfección, y nos junta y une con Dios. Pues la estima, que dice aquí Salomón que tuvo de la sabiduría, ésa habemos de tener nosotros de la perfección y de todo lo que sirve para ella. En su comparación todo nos ha de parecer un poco de arena, y un poco de lodo y estiércol, como decía el mismo Apóstol (Flp 3, 8): [*Todas las cosas las estimo por estiércol y basura con tal de ganar a Cristo*].

Este es un medio muy principal para alcanzar la perfección; porque al paso que anduviere esta estima en el corazón, a ese paso andará nuestro aprovechamiento, y toda la casa y toda la Religión.

La razón de esto es, porque según es la estima en que tenemos una cosa, según eso es el deseo que tenemos de ella. Porque la voluntad es potencia ciega y sigue lo que le dicta y propone el entendimiento; y conforme a la estima y aprecio en que se lo pone, conforme a eso es la voluntad y deseo de alcanzarlo. Y como la voluntad es la reina, y la que manda a todas las demás potencias y fuerzas del alma interiores y exteriores, según es la voluntad y deseo que tenemos a una cosa, suele ser el procurarla y el poner los medios, y hacer las diligencias para alcanzarla; y así importa mucho que la estima y aprecio de las cosas espirituales y de lo que pertenece a nuestro aprovechamiento sea grande para que la voluntad y el deseo de ello sea grande, y la diligencia para procurarlo y alcanzarlo sea también grande, porque todas estas cosas suelen correr a las parejas.

El que trata en piedras preciosas es menester que conozca y estime su valor, so pena de ser engañado: porque si no lo conoce ni sabe estimar, trocará y venderá alguna piedra de gran precio por cosa de muy poco valor. Nuestro trato es en piedras y margaritas preciosas: *Semejante es el reino de los Cielos a un hombre de negocios, que trata en piedras preciosas* (Mt 13, 45). Somos negociadores del reino de los Cielos; es menester que conozcamos y estimemos el precio y valor de la mercadería en que tratamos, porque no seamos engañados, trocando el oro por el lodo, y el Cielo por el suelo, que seria enorme engaño. Y así dice el profeta Jeremías (9, 23): *No se gloríe el sabio en su sabiduría, ni el fuerte en su fortaleza, ni el rico en sus riquezas; sino en esto se gloríe el que se quisiere gloriar, en saberme y conocerme a Mí*. Ese es el mayor de los tesoros, conocer y amar y servir a Dios, y ése es el mayor negocio que podemos tener; antes no tenemos otro negocio sino éste; porque para eso fuimos criados, y para eso venimos a la Religión; ese es nuestro fin y ese ha de ser nuestro paradero y nuestro descanso y nuestra gloria.

Pues esta estima y aprecio de la perfección, y de las cosas espirituales que pertenecen a ella, querría se imprimiese muy de veras en los corazones de todos, y especialmente en los religiosos; y que unos a otros nos ayudásemos y despertásemos a ello, no solamente con palabras, tratando muchas veces de esto en nuestras pláticas y conversaciones ordinarias, sino mucho más con el ejemplo de nuestras obras; que en ellas se eche de ver el que comienza y el que va

adelante y todos, que de lo que se hace caso en la Religión es de las cosas espirituales, de que sea uno muy humilde, muy obediente, muy dado al recogimiento y oración; no de que sea muy letrado ni gran predicador, ni dotado de otros dones naturales y humanos, como nos lo dice nuestro bienaventurado Padre Ignacio en las Constituciones. Y desde el principio es menester que entiendan todos esto, y se vayan criando con esta leche, para que desde luego ponga cada uno los ojos y el corazón, no en salir gran letrado o gran predicador, sino en salir muy humilde y muy mortificado, viendo que eso es lo que acá se estima y de lo que se hace mucho caso, y que eso es en lo que dan los que están desengañados y han caído ya en la cuenta, y que ésos son los queridos y estimados de todos. No queremos decir que nos habemos de dar a la virtud por ser queridos y estimados, sino que viendo que esto es lo que se estima y de lo que se hace más caso en la Religión, caiga cada uno en la cuenta, y eche de ver: sin duda esto es lo mejor; esto es lo que me conviene; por aquí iré acertado; quiero darme a la virtud y tratar de veras de mi aprovechamiento; que todo lo demás sin esto es vanidad.

De aquí se entenderá cuánto daño pueden hacer los que en sus pláticas y conversaciones todo su negocio es tratar de ingenios, habilidades y talentos, y de calificar al uno y al otro. Porque cuando los más mozos ven este lenguaje en los más antiguos, piensan que eso es lo que corre y lo que acá se estima, y que por ahí han de medrar y valer y ser tenidos; y así ponen la mira en eso, y va creciendo en ellos el aprecio y estima de lo que es letras, habilidad e ingenio, y va decreciendo el aprecio y estima de lo que es virtud, humildad y mortificación; y van haciendo poco caso de esto en comparación de lo otro, atreviéndose a faltar antes en esto que en aquello; de donde vienen muchos a malearse y aun a faltar después en la Religión. Mejor fuera tratarles de cuán importante y necesaria es la virtud y la humildad, y cuán poco aprovechan sin ella las letras y habilidades, o, por mejor decir, cuánto dañan; y no engendrar en ellos, con esas pláticas, deseo de honra y de campear y de ser tenidos por de buenos ingenios y por de grandes talentos, que suele ser principio de su perdición.

Surio, en la vida de San Fulgencio Abad, trae un buen ejemplo a este propósito. Dice que este santo prelado, cuando veía que algunos de sus religiosos eran grandes trabajadores, y que no paraban en todo el día de servir y ayudar a la casa, pero veía por otra parte

que en las cosas espirituales no eran tan diligentes, y que en su oración, lección y recogimiento espiritual no ponían tanto cuidado; que a éstos no los amaba ni estimaba tanto, ni le parecía que eran dignos de eso. Pero cuando veía alguno muy aficionado a las cosas espirituales y muy cuidadoso de su aprovechamiento, aunque por otra parte no pudiese hacer nada en casa, ni servir de nada por ser flaco y enfermo; a éstos dice que les tenía particular amor y los estimaba mucho. Y con razón; porque ¿qué hace al caso que uno tenga grandes partes y talentos, si no es obediente y rendido, y si el superior no puede hacer de él lo que quiere? Especialmente si de ahí toma por ventura ocasión de cobrar alguna libertad y querer alguna exención, más valiera que nunca tuviera esas habilidades y talentos. Si el superior hubiera de dar a Dios cuenta si había tenido en casa gente muy hacendosa y de grandes partes, fuera eso; pero no es eso de lo que ha de dar cuenta, sino del cuidado que tuvo que sus súbditos aprovechasen en espíritu y fuesen cada día creciendo en virtud; y que, conforme a las fuerzas y talentos que el Señor dio a cada uno, se empleasen en sus ministerios y oficios, no perdiendo por eso nada de su aprovechamiento; y de eso mismo también pedirá Dios cuenta al súbdito. «Ciertamente, dice aquel Santo, el día del juicio no nos preguntarán qué leímos, mas qué hicimos; ni cuán bien hablamos, mas cuán honestamente vivimos.»

Había enviado Cristo nuestro Redentor a sus discípulos a predicar, y dice el Sagrado Evangelio (Lc 10, 17) que volvieron muy contentos y ufanos, diciendo: *Señor, habemos hecho maravillas y milagros*; *aun hasta los demonios se nos sujetaban y nos bendecían en vuestro nombre*. Les responde el Redentor del mundo: *No pongáis vuestro contento y gozo en que hacéis maravillas y milagros, y mandáis a los demonios y os obedecen, sino gozaos y regocijaos porque vuestros nombres están escritos en el Cielo*. En adquirir y ganar el reino de los Cielos habemos de poner nuestro contento y nuestro gozo; que eso otro sin esto no nos aprovechará nada: *¿Qué le aprovecha al hombre que gane todo el mundo, si es con detrimento de su alma?* (Mt 16, 26)

Pues si esto decimos, y lo dice el mismo Cristo, de las ocupaciones y ministerios espirituales de ganar y convertir almas, que no por eso nos habemos de olvidar de nosotros, porque no nos aprovechara nada, aunque convirtamos todo el mundo, ¿qué será de las demás ocupaciones? No es razón que el religioso ande tan absorto y

embebecido en los estudios, ni que se deje llevar tanto de las ocupaciones exteriores, que se olvide de su propio aprovechamiento, de su oración, del examen de su conciencia, del ejercicio de la mortificación y penitencia, y que el postrer lugar tengan las cosas espirituales, y el peor tiempo sea para ellas, y que si algo se ha de dejar, sean ellas; porque eso sería vivir sin espíritu, y no como religioso.

Cuenta San Doroteo que había hecho enfermero a su discípulo Dositeo, y él era muy diligente en su oficio; tenía mucho cuidado de los enfermos, las camas muy bien hechas, los aposentos muy bien aderezados, todo muy limpio y aseado. Yendo a visitar San Doroteo la enfermería, le dijo Dositeo: «Padre, me viene un pensamiento de vanagloria que me dice: ¡Cuán bueno lo tienes todo! ¡Cómo se contentará de ti tu superior!» Le respondió San Doroteo una cosa con la que le quitó bien la vanagloria: «Muy buen servicial has salido, Dositeo; muy buen enfermero has salido, y muy diligente; pero no has salido buen religioso.» Pues procure cada uno que no se pueda decir esto de él: Muy buen enfermero o muy buen portero habéis salido, pero no habéis salido buen religioso; muy buen estudiante o muy buen letrado o buen predicador habéis salido, pero no buen religioso: que no venimos acá a eso, sino a ser buenos religiosos. Esto es lo que habemos de estimar y procurar y tener siempre delante de los ojos, y todas las demás cosas las habemos de tomar como accesorias y como por añadidura respecto de nuestro aprovechamiento, conforme a aquellas palabras de Cristo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura* (Mt 6, 33).

De aquellos padres del yermo leemos que porque no podían estar siempre leyendo o meditando y orando, se ocupaban, el tiempo que les sobraba, en hacer cestillas y otras obras de mano, por no estar ociosos; y algunos de ellos, al fin del año, ponían fuego a todo lo que habían hecho, porque no tenían necesidad de ello para sustentarse, sino solamente trabajaban por ocupar el tiempo y no estar ociosos. Así nosotros en lo que habemos de poner principalmente los ojos es en nuestro propio aprovechamiento; y los demás negocios y ocupaciones, aunque sean con los prójimos, los habemos de tomar al modo que tomaban aquellos santos Padres el hacer las cestillas, no para olvidarnos y descuidamos por eso de nosotros, ni para perder por eso un punto de perfección.

Y así habemos de ir siempre en este fundamento, y tenerle como primer principio, que los ejercicios espirituales, que tocan a nuestro propio aprovechamiento, los habemos de poner siempre en primer lugar, no dejándolos por ninguna cosa. Porque esto es lo que nos ha de conservar y llevar adelante en la virtud; y en faltando en esto, luego se nos echará de ver el desmedro. Y harta experiencia tenemos, que cuando no andamos como debemos, siempre es por haber aflojado en los ejercicios espirituales: *Se secó mi corazón, porque me olvidé de comer mi pan* (Sal 101, 5). Si nos falta el mantenimiento y sustento del alma, claro está que habemos de andar flacos y descaecidos. Y así nos encomienda esto mucho nuestro Padre, y nos avisa de ello muchas veces. Una vez dice: «El estudio que tendrán los que están en probación, y todos, debe ser de lo que toca a su abnegación, y para crecer más en virtud y perfección.» Otra dice: «Den todos a las cosas espirituales tiempo, y procuren devoción cuanta la divina gracia les comunicare.» Otra: «Den todos el tiempo que les fuere señalado a la oración, meditación y lección, con toda diligencia en el Señor.» Y nótese aquella palabra: «toda diligencia.»

De aquí se verá que por muchas ocupaciones que tenga uno de la obediencia y de su oficio, no es voluntad de los superiores que deje sus ejercicios espirituales ordinarios; porque no hay superior que quiera que uno quebrante sus reglas, y reglas tan principales como éstas. Y así no pretenda nadie colorear y encubrir su imperfección y negligencia en los ejercicios espirituales con velo y capa de obediencia, diciendo: «No pude tener oración, o examen, o lección espiritual, porque me ocupó la obediencia;» que no es la obediencia la que impide eso, sino el descuido del particular y la poca afición que tiene a las cosas espirituales.

San Basilio dice que habemos de procurar ser muy fieles en dar a Dios los tiempos que tenemos señalados para oración y para nuestros ejercicios espirituales, y si alguna vez por alguna ocupación forzosa no pudimos tener la oración o el examen a su tiempo, habemos de quedar con una hambre y deseo de suplirlo y restaurarlo luego, lo más presto que pudiéremos: como cuando nos falta la ración corporal de la comida, o sueño, necesario, por haber estado toda la noche con un enfermo confesando o ayudándole a bien morir, luego lo procuramos suplir y no nos falta tiempo para ello. Esta es la voluntad de los superiores cuando ocupan a uno en el tiempo de sus ejercicios espirituales, por ser algunas veces menester; no por eso quieren que

los deje, sino que los dilate y los supla después muy cumplidamente, conforme a aquello del Sabio: *No seas impedido de orar siempre* (Eclo 18, 22). No dice: No impidas, sino no seas impedido, no haya impedimento ni estorbo que quite el tener siempre tu oración; y para el buen religioso nunca le hay, porque siempre halla tiempo para suplirlo y restaurarlo.

De San Doroteo se cuenta que siendo hospedero, y acostándose muy tarde y levantándose algunas veces de noche para dar recado a los huéspedes, con todo eso se levantaba con los demás a su oración; y había rogado a uno que lo despertase, porque el despertador no lo hacía por la ocupación que sabía haber tenido; y aún no estaba del todo sano de unas calenturas, este era buen deseo de no faltar a sus ejercicios espirituales, y no quedarse con cualquier achaque y después andar desconcertado todo el día. Y allí se cuenta también de un santo viejo, que vio un ángel que incensaba a todos los que habían ido con diligencia a la oración, y también los lugares vacíos de los que, impedidos por obediencia, faltaban; pero no los de los que por negligencia suya. Esto es bueno para consuelo de los que por ocupaciones de la obediencia no pueden acudir a su tiempo con los demás a los ejercicios espirituales, y para que procuremos de no faltar en ellos por nuestro descuido.

CAPÍTULO 2

De la afición y deseo que habemos de tener a la virtud y perfección.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos (Mt 5, 6). Justicia, aunque es nombre particular de una de las cuatro virtudes cardinales distinta de las otras, pero también es nombre común de toda virtud y santidad. La vida buena y virtuosa llamamos justicia, y al santo y virtuoso decimos que es justo. Dice el Sabio: *La justicia de los buenos los librará* (Prov 11,6); quiere decir: Su vida santa los librará; y así, se toma en muchos lugares de la Escritura: *Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los Cielos* (Mt 5, 20), dice Cristo nuestro Redentor; que es decir: Si vuestra virtud, religión y santidad no fuere mayor. Y de la misma manera se entien-

de aquello que dijo el mismo Cristo a San Juan Bautista, cuando rehusaba de bautizarle: *Así nos conviene cumplir toda justicia* (Mt 3, 15); así conviene para dar ejemplo de obediencia y humildad y de toda perfección. De esta manera se toma también en las palabras presentes, pues dice Cristo nuestro Redentor: Bienaventurados los que tienen tanto deseo y afición a la virtud y perfección, *que tienen hambre y sed* de ella; *porque ésos serán hartos*, ésos la alcanzarán. Y es ésta una de las ocho bienaventuranzas que nos enseñó y predicó en aquel soberano sermón del monte. San Jerónimo, sobre estas palabras, dice: No basta cualquier deseo de la virtud y perfección; es menester que tengamos hambre y sed de ella, que podamos decir con el Profeta: *De la manera que el ciervo, herido y acosado de los cazadores, desea las fuentes de las aguas, así mi ánima desea a Ti, Dios mío* (Sal 41, 2).

Esta es una cosa de tanta importancia, que, como comenzamos a decir en el capítulo pasado, de ella depende toda nuestra medra espiritual, y ése es el principio y el medio único para alcanzar la perfección, conforme a aquello del Sabio: *El principio para alcanzar la sabiduría* —que es el conocimiento y amor de Dios, en que consiste nuestra perfección— *es un verdadero y entrañable deseo de ella* (Sab 6, 18); y la razón de esto es, porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras a obrar; de tal manera, que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y diligencia que se pone para alcanzarle. Y así importa mucho que el deseo y afición de la virtud y perfección sea grande, para que el cuidado y diligencia en procurarla y alcanzarla sea también grande. Es tan importante y necesario para aprovechar que haya en nosotros este deseo, que nos salga del corazón y nos lleve tras sí, y no sea menester andar tras nosotros en esto, que del que no tuviere esto, muy poca esperanza habrá. Pongamos ejemplo en el religioso, y cada uno podrá aplicar la doctrina a sí, conforme a su estado. Bueno y necesario es en la Religión el cuidado y vigilancia de los superiores sobre los súbditos, y menester es la reprensión y la penitencia; pero del que por eso hiciere las cosas, no hay mucho que fiar; porque esto, cuando mucho, podrá hacer que por alguna temporada, cuando andan sobre él, proceda bien; pero si ello no sale de allá dentro del corazón y del deseo verdadero de su apro-

vechamiento, no hay que hacer mucho caso de eso, porque no podrá durar.

Esta es la diferencia que hay entre las cosas que se mueven con movimientos violentos y las que se mueven con movimientos naturales; que las que se mueven con movimientos violentos, como aquello nace de una fuerza e impresión ajena, cuanto más van adelante, tanto más van aflojando y enflaqueciéndose, como cuando tiráis la piedra hacia arriba; mas en las cosas que se mueven con movimiento natural, como cuando la piedra va a su centro, es al contrario, que cuanto más va, más ligeramente se mueve. Pues ésta es también la diferencia que hay de los que hacen las cosas por temor de la penitencia y de la reprensión, o porque les están mirando, o por otros respetos humanos, a los que se mueven por amor de la virtud y por puro deseo de agradar a Dios; que aquello no dura sino mientras dura la reprensión y el andar sobre ellos, y luego se va cayendo; como refiere San Gregario de aquella tía suya, Gordiana, que, reprendiéndola las otras dos hermanas suyas, Tarsila y Emiliana, de la liviandad de sus costumbres, y porque no guardaba la gravedad que convenía al hábito de Religión que tenía, ella, mientras duraba la reprensión, mostraba gravedad en su rostro, y parecía que lo tomaba bien; pero luego, pasada la hora de la reprensión y del castigo, perdía aquella fingida gravedad, y gastaba el tiempo en hablar palabras livianas y en holgarse con la compañía de las doncellas legas que había en el monasterio. Era como el arco flechado con una recia cuerda, que, en aflojándose ella, él también se afloja y se torna a su primera postura. Como no le salía del corazón, sino era cosa violenta, no podía durar.

Este negocio de la perfección no es negocio que se ha de hacer por fuerza; ha de salir del corazón. Y así dijo Cristo nuestro Redentor a aquel mancebo del Evangelio: *Si quieres ser perfecto* (Mt 19, 21). Pero si vos no queréis, no bastarán todas las diligencias y medios que pueden poner los superiores para haceros perfecto. Esta es la solución y respuesta de aquello que pregunta San Buenaventura: ¿Qué es la causa, dice, que antiguamente bastaba un superior para mil monjes, y para tres mil, y cinco mil, que dicen San Jerónimo y San Agustín que solían estar debajo de un superior, y ahora, para diez y aun para menos no basta un superior? La causa de esto es porque aquellos monjes antiguos tenían en su corazón un vivo y ardiente deseo de la perfección, y aquel fuego que ardía allá dentro los

hacía tomar muy a pechos su propio aprovechamiento y caminar con grande fervor.

Resplandecerán los justos, y correrán como centellas de fuego por el cañaveral (Sab 3, 7). Con esta metáfora nos declara muy bien el Espíritu Santo la velocidad y ligereza con que caminan los justos por el camino de la virtud cuando ha prendido este fuego en su corazón. Mirad con qué velocidad y ligereza corre la llama por un cañaveral seco, cuando prende el fuego en él. Pues de esa manera corren los justos por el camino de la virtud cuando están encendidos y abrasados de este fuego divino. Así lo estaban aquellos monjes antiguos, y por eso no tenían necesidad de superior para eso, sino antes para que les fuese a la mano en sus fervores. Pero cuando eso no hay, no sólo no bastará un superior para diez, sino diez superiores no bastarán para uno ni le podrán hacer perfecto, si él no quiere: claro está eso. Porque ¿qué aprovechará visitar la oración? Después que ha pasado el visitador, ¿no puede uno hacer lo que quisiere?

Y estando allí de rodillas, ¿no puede estarse pensando en el estudio y en el negocio y en otras cosas impertinentes? Y cuando va a dar cuenta de la conciencia, ¿no puede decir lo que quisiere, y callar lo que hace más al caso, y decir que le va bien, no yéndole bien, sino mal? Que por demás es, si él no quiere y lo desea de veras.

Aquí viene bien lo que respondió Santo Tomás de Aquino; preguntándole una vez una hermana suya cómo se podría salvar, respondió el santo: «Queriendo.» Si vos queréis, os salvaréis; y si vos queréis, aprovecharéis; y si vos queréis, seréis perfecto.» En eso está el punto de la dificultad, en que vos queráis, y lo deseéis de veras, y os salga del corazón; que Dios de su parte muy presto está para acudirnos; y si eso no hay, todo lo que acá pueden hacer los superiores será por demás; vos sois el que habéis de tomar a pechos vuestro aprovechamiento; porque ése es vuestro negocio, y a vos os va en ello y no a otro, y a eso vinisteis a la Religión. Y tenga cada uno entendido que el día que aflojare en esto, y se olvidare de sí y de lo que toca a su aprovechamiento, y no tuviere cuidado de hacer bien hechos sus ejercicios espirituales, y un vivo y encendido deseo de aprovechar, e ir adelante en la virtud y mortificarse, ese día va perdido su negocio. Y así nuestro Padre, al principio de las Constituciones y de las reglas, nos pone esto por fundamento: «La interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones es la que nos ha de conservar, regir y llevar adelante en la vía

comenzada del divino servicio.» Este fuego de amor de Dios y el deseo de su mayor honra y gloria es el que nos ha de estar siempre solicitando para subir e ir adelante en la virtud.

Cuando hay de veras este deseo en el corazón, él hace que pongamos diligencia y cuidado para alcanzar lo que deseamos; porque nuestra inclinación es muy industriosa para buscar y hallar lo que desea, y nunca le faltan medios para ello; y por eso dijo el Sabio (Sab 6, 18) que *el principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo de ella.*

Y más, esto de salir la virtud del corazón trae consigo otro bien, que es lo que hace tan eficaz este medio; y es, que hace fáciles y suaves las cosas, por muy dificultosas que sean de suyo. Si no, decidme: ¿Por qué se os hizo a vos tan fácil el dejar el mundo y entrar en Religión, sino porque os salió del corazón? Os dio el Señor una voluntad y afición grande a eso, que fue la gracia de la vocación; os quitó la afición a las cosas del mundo y os la puso en las cosas de la Religión; y con eso se os hizo fácil. Y ¿por qué a los que se quedan allá en el mundo se les hace eso tan dificultoso? Porque no les ha dado Dios esa voluntad y afición que os dio a vos: no los ha llamado Dios, como ellos dicen, ni hecho esa gracia de la vocación. Pues así como para entrar en la Religión os lo facilitó la voluntad y el deseo grande que tuvisteis de eso, que no bastaron vuestros padres y parientes, ni todo el mundo, para apartaros de ello, así también para aprovechar en la Religión y para que sus ejercicios se os hagan fáciles, es menester que dure esa voluntad y deseo con que vinisteis a ella; y mientras durare, se os harán fáciles; pero en faltando, todo se os hará dificultoso y cuesta arriba. Ésta es la causa por que nos hallamos algunas veces tan pesados, y otras tan apurados; no eche nadie la culpa a las cosas ni a los superiores, sino a sí y a su poca virtud y mortificación. Dice el B. Padre Maestro Ávila: «Un hombre sano y recio fácilmente levanta una arroba de peso; pero un enfermo o un niño dice: ¡Ay!, ¡cómo pesa!» Esa es la causa de nuestra dificultad, que las cosas las mismas son, y en otro tiempo se nos hacían fáciles y no reparábamos en ellas; en nosotros está la culpa, que habiendo de ser varones y haber crecido en perfección [hasta llegar a ser *varones perfectos*], como dice San Pablo (Ef 4, 13), somos niños en la virtud y habemos enfermado y aflojado en aquel deseo de aprovechar con que entramos en la Religión.

CAPÍTULO 3

Que el tener gran deseo de nuestro aprovechamiento es un medio muy principal y una disposición muy grande para que el Señor nos haga mercedes.

Impórtanos también mucho el tener este deseo y esta hambre y sed de nuestro aprovechamiento; porque éste es uno de los más principales medios y de las mejores disposiciones que podemos poner de nuestra parte para que el Señor nos dé la virtud y perfección que deseamos. Así lo dice San Ambrosio: «Cuando uno tiene gran deseo de su aprovechamiento y de crecer en virtud y perfección, dice que gusta Dios tanto de eso, que le enriquece y llena de bienes y mercedes.» Y trae para esto aquello que dijo la Sacratísima Virgen en su Cántico (Lc 1, 53): A *los hambrientos hinche Dios de bienes*; y lo mismo había dicho antes el Profeta (Sal 106, 9): [*Sació Dios al alma sedienta, y al alma hambrienta colmó de bienes*]. A los que tienen tanto deseo de la virtud y perfección, que tienen hambre y sed de ella, a ésos enriquece y llena el Señor de dones espirituales; porque se agrada mucho del buen deseo de nuestro corazón. A Daniel (9, 23) le apareció el ángel San Gabriel y le dijo que sus oraciones habían sido oídas desde el principio. *Porque eres varón de deseos.* Y al rey David le confirmó Dios el reino para sus descendientes por la voluntad y deseo que tuvo de hacer casa y templo al Señor (2 Sam 7, 13-16) aunque no quiso que se le hiciese él, sino su hijo Salomón; pero le agradó mucho aquel deseo, y se lo premió como si lo hubiera puesto por obra. Y de Zaqueo dice el Sagrado Evangelio (Lc 19, 3), que deseó ver a Jesús; y primero fue visto de Jesús, y Él se convida y se le entra por las puertas de su casa.

En el capítulo sexto de la Sabiduría (v. 13-15) realza más esto Salomón, hablando de la Sabiduría, que es el mismo Dios: *Fácilmente,* dice, *se deja ver de los que la aman, y hablar de los que la buscan.* ¿Sabéis qué tan fácilmente? *Ella misma se adelanta y previene a los que de veras la desean, para mostrárseles primero.* No lo habéis vos comenzado a desear, cuando ya está con vos: *El que por la mañana madrugare a buscarla, no trabajará mucho en hallarla,* andando de acá para allá; porque en abriendo la puerta de su casa, *la hallará allí sentada a su puerta, esperando que le abriese.* Lo primero que topará en abriendo será con esta Sabiduría divina, que es el

mismo Dios. ¡Oh bondad y misericordia infinita de Dios! No se contenta con andarnos Él buscando a nosotros, y dar aldabadas a nuestra puerta una y otra vez para que le abramos: *Mira que Yo soy el que estoy llamando,* dice en el Apocalipsis (3,20); y en los Cantares (5, 2): *¡Ábreme, hermana mía! No* se contenta con eso, sino, como de cansado de llamar, se sienta Dios a nuestra puerta, dándonos a entender que ya hubiera entrado si no hallara la puerta cerrada; y que con todo eso aún no se va, sino siéntase allí, para que, en abriendo, luego deis con Él. Aunque os habéis tardado en abrir a Dios vuestro corazón y en responder a su buena inspiración, con todo eso aún no se ha ido Dios, que más gana tiene de entrar que eso; *sentado* está allí *a la puerta* (Sab 6, 15), esperando que le abráis. *Esperando está el Señor para usar de misericordia con vos* (Is 30. 18), porque no hay amigo que así desee entrar en casa de su amigo, como Dios desea entrar en vuestro corazón. Más gana tiene Él de comunicársenos y hacernos mercedes, que nosotros podemos tener de recibirlas; sino que está esperando que nosotros lo deseemos y tengamos esta hambre y sed de ello. (Jn 7, 37): *El que tuviere sed, venga a Mí y beba.* (Apoc 21, 6): *Al que tuviere sed, Yo le daré de la fuente del agua de la vida de balde.* Quiere el Señor que tengamos gran deseo de la virtud y perfección, para que cuando Él nos diere algo de esto, lo sepamos estimar y conservar como cosa muy preciosa; porque lo que se desea poco, suélese tener en poco después de alcanzado, y así una de las causas principales porque medramos poco en la virtud y nos quedamos atrás en la perfección, es porque no tenemos hambre y sed de ella: la deseamos tan tibia y flojamente, que más parecen deseos muertos que vivos los que tenemos.

Dice San Buenaventura que hay algunos que tienen buenos propósitos y deseos, y nunca acaban de vencerse ni hacerse fuerza para ponerlos por obra, conforme a aquello del Apóstol (Rm 7, 18): [*Tengo el querer, mas no hallo camino para hacer el bien*]. Estos muchas veces no son verdaderos propósitos ni deseos, sino unas veleidades, que querrían, pero no quieren. Dice el Sabio (Prov 13, 4): *El perezoso quiere y no quiere.* (Prov 21, 25): [*Los deseos le consumen*], porque no quiere echar mano al trabajo. Todo se le va en deseos.

Compara muy bien el B. Padre Maestro Ávila éstos a los que entre sueños les parece que hacen grandes cosas, y recordados lo ha-

cen todo al revés, conforme a aquello de Isaías (29, 8): *Acontece que el que tiene hambre o sed, está soñando que come o bebe; pero cuando despierta hallase tan hambriento y sediento como de antes;* así a éstos en la oración paréceles que desean padecer, y ser despreciados, y tenidos en poco, y en saliendo de allí, en ofreciéndose la ocasión, todo lo hacen al revés: era que lo soñaban, no eran deseos verdaderos. Otros los comparan y dicen que son como soldados pintados en paramento, que están siempre con la espada sobre el enemigo, y nunca acaban de descargar el golpe, conforme a aquello del Profeta (Sal 38, 7), que [*el hombre pasa como sombra y apariencia*]. Así se les pasa a algunos toda la vida en amagar y no dar.

El Profeta Isaías (37, 3) los compara a la mujer que está con dolores de parto y nunca acaba de echar la criatura a luz. Así éstos siempre están de parto y nunca acaban de parirlo. San Jerónimo, sobre aquellas palabras de San Mateo (24, 19): [*¡Ay de las preñadas y de las que criaren en aquellos días!*], dice: ¡Ay de aquellos que los deseos buenos que concibieron no los sacaron a luz, sino que ahogaron, allá dentro los hijos que habían concebido!, pues nunca sacarlos a la luz de la obra es ahogarlos y matarlos dentro del vientre. ¡Ay de éstos que se les pasa toda la vida en deseos, y les halla la muerte sin obras! Porque después, no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, antes serán castigados, porque no efectuaron las buenas inspiraciones que el Señor les dio; han de tornarse contra ellos sus propios hijos, como fuera por ellos, si los sacaran a luz.

Absalón quedó colgado de sus dorados y hermosos cabellos (2 Sam 18, 9); así vendrá a muchos la muerte, y quedarán colgados de sus buenos y dorados propósitos. El Apóstol y Evangelista San Juan, en su Apocalipsis (12, 2), dice que vio una mujer que estaba de parto, y junto a ella un dragón muy grande para tragar la criatura en saliendo. Eso es lo que procura el demonio con todas sus fuerzas cuando el alma concibe algún buen propósito; y así es menester que nosotros, por el contrario, procuremos con todas nuestras fuerzas que nuestros deseos sean tales y tan eficaces, que vengamos a ponerlos por obra. Esto dice San Bernardo, que quiso decir el Profeta Isaías (21, 12) en aquellas palabras, tan sentenciosas como breves; *Si le buscáis, buscadle.* Quiere decir: No os canséis; porque los deseos y propósitos verdaderos han de ser eficaces, y con perseverancia, y tales, que nos hagan andar solícitos y cuidadosos de agradar más y

más a Dios, conforme a aquello del Profeta Miqueas (6, 8): [*Yo te mostraré, hombre, lo que es bueno y lo que el Señor quiere de ti; conviene a saber, hacer juicio, amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios*]. Estos deseos fervorosos son los que pide el Señor para hacernos mercedes y llenarnos de bienes (Mt 5, 6): *Bienaventurados los que tienen* esta *hambre y sed de la virtud y* perfección, *porque ésos serán hartos.* Dios les cumplirá sus deseos. De Santa Gertrudis se lee que le dijo el Señor: Yo he dado a cada uno de los fieles una fístula o caña de oro, con que de mi deificado corazón chupe y traiga cuanto deseare; la cual fístula le declaró ser la buena voluntad y deseo.

CAPÍTULO 4

Que mientras uno más se da a las cosas espirituales, más hambre y deseo tiene de ellas.

Dice el Espíritu Santo, hablando de la Sabiduría divina (Eclo 24, 29): *Los que me comen, quedarán con hambre, y los que me beben, quedarán con sed.* El bienaventurado San Gregorio dice que ésta es la diferencia que hay entre los bienes y deleites del cuerpo y los del espíritu; que aquéllos, cuando no los tenemos, causan gran deseo y apetito de sí; mas en alcanzándolos, no tenemos en nada cuanto habemos alcanzado. Desea uno allá en el mundo un colegio, una cátedra; en alcanzándola, luego tiene aquello en nada, y pone los ojos en otra cosa mayor, en tener una canonjía, o una audiencia; y en alcanzando eso, luego se enfada y comienza a desear otra cosa más alta, una plaza de consejo real, y luego un obispado, y ni aun ahí está satisfecho, sino que luego pone los ojos en otro mayor, y no estima lo que ha alcanzado, ni le da contento.

Sin embargo, en las cosas espirituales es al revés, que cuando no las tenemos, entonces nos enfadan y tenemos hastío de ellas; mas cuando las tenemos y poseemos, entonces las estimamos más y tenemos más deseo de ellas, y tanto más cuanto más las gustamos. Y da el santo la razón de esta diferencia; porque los bienes y deleites temporales, cuando los alcanzamos y tenemos, entonces conocemos mejor su insuficiencia e imperfección; y como vemos que no nos hartan ni satisfacen ni dan el contento que pensábamos, tenemos en

poco lo que habemos alcanzado, y quedamos con sed y deseo de otra cosa mayor pensando hallar allí el contento que deseábamos; y nos engañamos: que lo mismo será después de alcanzado eso y eso otro: ninguna cosa de este mundo nos podrá hartar; que eso es lo que dijo Cristo nuestro Redentor a la Samaritana (Jn 4, 13): [*Todo el que bebe de esta agua volverá a tener sed*]. Por más que bebáis de esta agua de acá, luego de ahí a un poco tornaréis a tener sed. El agua de los contentos y deleites que da el mundo no puede hartar ni satisfacer nuestra sed; sin embargo, los bienes y deleites espirituales, cuando se poseen, entonces se aman y se desean más, porque entonces se conoce más su precio y su valor; y mientras más perfectamente los poseyéremos, más hambre y más sed tendremos de ellos.

Cuando uno no ha probado las cosas espirituales ni ha comenzado a gustar de ellas, no es mucho, dice San Gregorio, que no las desee; porque ¿quién ha de amar y desear lo que no conoce ni ha probado a qué sabe? Por eso dice el Apóstol San Pedro (1 Ped 2, 3): [*Si es que gustasteis cuán dulce es el Señor*]*. Y* el Profeta (Sal 33, 9): *Gustad y ved cuán suave es el Señor.* Porque en comenzando a gustar de Dios y de las cosas espirituales, hallaréis en ellas tanta dulzura y suavidad, que os comeréis las manos tras ellas. Pues esto es lo que nos dice el Sabio en estas palabras: El que comiere y bebiere de Mí, mientras más comiere, más hambre tendrá de Mí; y mientras más bebiere, más sed tendrá de Mí. Mientras más os diereis a las cosas espirituales y de Dios, más hambre y más sed tendréis de ellas.

Pero dirá alguno: ¿Cómo concuerda eso con lo que Cristo dijo a la Samaritana? Aquí dice Cristo que (Jn 4, 13) *el que bebiere del agua que Él diere, no tendrá más sed;* en otro lugar dice el Espíritu Santo por el Sabio, que mientras más bebiéremos, tendremos más sed; ¿cómo concuerda lo uno con lo otro? A esto responden los santos que lo que dijo Cristo a la Samaritana se entiende que el que bebiere del agua viva que allí promete, no tendrá más sed de los deleites sensuales y del mundo, porque la dulzura de las cosas espirituales y de Dios hace que le parezcan desabridos. Dice San Gregorio: Así como después que uno ha comido miel, todas las demás cosas le parecen desabridas, así, en gustando uno de Dios y de las cosas espirituales, todas las cosas del mundo le dan en rostro y le parecen desabridas y amargas. Pero lo que dice el Sabio en otro lugar: *Los que*

comen de Mí tendrán hambre, y los que beben de Mí tendrán sed, se entiende de las mismas cosas espirituales, que mientras uno más gustare de Dios y de las cosas espirituales, más hambre y sed tendrá de ellas, porque conocerá más su valor y experimentará más su gran dulzura y suavidad; y así tendrá más deseo de ellas. Así concuerdan los santos estos dos lugares.

Pero ¿cómo concuerda eso con aquello que dice Cristo por San Mateo (5, 6): *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos?* Aquí dice que los que tuvieren hambre y sed de la justicia serán hartos; en otro lugar del Sabio dice que los que comieren y bebieren de Él quedarán con hambre y sed; estas dos cosas, tener hambre y sed y estar hartos, ¿cómo se compadecen? A esto hay muy buena respuesta. Ése es el primor y excelencia de los bienes espirituales, que con hartar causan hambre, y con satisfacer nuestro corazón causan sed. Es una hartura con hambre, y un hambre con hartura. Esa es la maravilla y la dignidad y grandeza de estos bienes, que satisfacen y hartan el corazón, pero de tal manera, que siempre quedamos con hambre y sed de ellos; y mientras más vamos gustando y comiendo y bebiendo de ellos, más crece la hambre y la sed. Pero esa hambre no da pena, sino contento; y esa sed no fatiga ni congoja, antes recrea y causa una satisfacción y gozo grande en el corazón.

Es verdad que la hartura perfecta y cumplida será en el Cielo, conforme a aquello del Profeta (Sal 16, 15): *Entonces, Señor, me hartaré cumplidamente,* y quedaré embriagado y satisfecho, *cuando os viere claramente en la gloria.* [Entonces *serán* vuestros siervos *embriagados con la abundancia de los bienes de vuestra casa*] (Sal 35, 9). Pero aun allá en la gloria, dice San Bernardo sobre estas palabras, de tal manera nos hartará el estar viendo a Dios, que siempre estaremos como con hambre y con sed; porque nunca nos causará fastidio aquella dichosa vista de Dios, sino siempre estaremos con una nueva gana de ver y gozar a Dios, como si fuese aquél el primer día y la primera hora, como dice San Juan en el Apocalipsis (14, 3) que vio a los bienaventurados que estaban delante del trono y del Cordero con grande música y regocijo y que *cantaban un cantar nuevo.* Porque siempre se nos hará nuevo aquel cantar y aquel divino maná, y nos dará tan nuevo gusto, que estaremos siempre como con una nueva admiración, diciendo (Exod 16, 15): *Manhú? ¿Qué es esto?* Pues a este modo son también acá las cosas espirituales; porque

son una participación de aquellas celestiales, que por una parte hartan y satisfacen y llenan el corazón, y por otra causan hambre y sed de sí mismas; y mientras más nos damos a ellas, y más gustamos y gozamos de ellas, más hambre y sed tenemos de ellas. Pero esa misma hambre es una hartura, y esa misma sed es un recreo y satisfacción muy grande. Todo esto nos ha de ayudar a tener una estima y aprecio tan grande de las cosas espirituales, y un deseo y afición tan encendida a ellas; que, olvidadas y despreciadas todas las cosas del mundo, digamos, con el Apóstol San Pedro (Mt 17, 4): *Señor, bueno será que nos quedemos aquí.*

CAPÍTULO 5

Que es gran señal de estar uno en gracia de Dios el andar con deseo de crecer e ir adelante en su aprovechamiento.

Para que nos animemos más a tener gran deseo de nuestro aprovechamiento, y una hambre y sed de ir adelante en la virtud y agradar cada día más y más al Señor, y pongamos más cuidado y diligencia en ello, nos ayudará una cosa muy principal y de mucho consuelo, y es que una de las mayores y más ciertas señales que hay de que mora Dios en un alma y de que está bien con Dios, es ésta. Así lo dice San Bernardo: «No hay mayor señal ni más cierto testimonio de la presencia de Dios en un alma que tener un deseo grande de más virtud y más gracia y perfección.» Y pruébalo el Santo: porque el mismo Dios lo dice por el Sabio (Eclo 24, 29): *El que me come, tendrá más hambre, y el que me bebe, tendrá más sed.* Si tenéis hambre y sed de las cosas espirituales y de Dios, alegraos, que ésa es señal y testimonio muy grande de que mora Dios en vuestra alma: Él es el que os pone esa hambre y causa esa sed; encontrado habéis con la vena de este divino tesoro, pues tan bien la seguís. Así como el perro cazador anda flojo y perezoso cuando no ha dado con el rastro de la caza, mas después que la ha sentido, hierve con grande ligereza, buscando en unas y otras partes lo que olió, y no descansa hasta hallarlo, así también el que ha sentido de verdad el olor de aquella divina suavidad, corre al olor de este tan precioso ungüento (Cant 1, 3): [*Tráeme, Señor, y correremos tras Ti al olor de tus ungüentos*]. Dios, que está dentro de vos, os lleva tras sí. Y si no sentís

en vos esta hambre y sed, temed no sea por ventura porque no mora Dios en vuestro corazón; que eso tienen las cosas espirituales y de Dios, como dice San Gregorio, que cuando no las tenemos, entonces no las amamos, ni deseamos, ni se nos da nada por ellas.

Decía el glorioso Bernardo que temblaba y se le espeluznaban los cabellos cuando consideraba aquello que dice el Espíritu Santo por el Sabio (Ecl 9, 1): *No sabe el hombre si es digno de odio o amor.* Pues si esta consideración, de que no sabemos si estamos en gracia o en desgracia de Dios, hacia temblar a los varones santos, y que eran como columnas de la Iglesia, ¿qué hará a nosotros, que por muchas causas que para ello habemos dado, tenemos bien que temer? [*Dentro de nosotros mismos tuvimos respuesta y sentencia de muerte*] (2 Cor 1, 9). Sé de cierto que he ofendido a Dios, y no sé de cierto si estoy perdonado. ¿Quién no temblará? ¡Oh, cuánto estimaría uno el tener alguna prenda o seguridad en una cosa que tanto le va! ¡Oh si supiese yo que el Señor me ha perdonado mis pecados! ¡Oh si supiese que estoy en gracia de Dios! Pues aunque es verdad que en esta vida no podemos tener certidumbre infalible de que estamos en gracia y amistad de Dios, sin particular revelación suya, sin embargo, podemos tener algunas conjeturas, que nos causen alguna probabilidad moral de ello; y una de ellas, y muy principal, es andar uno con esta hambre y deseo de aprovechar, y de ir cada día creciendo más en virtud y perfección. Y así esto sólo nos había de bastar para andar siempre con este deseo, por tener una prenda y un testimonio tan grande de que estamos en gracia y amistad de Dios, que es de los mayores consuelos y contentos o el mayor que en esta vida podemos tener.

Confirmase esto bien con lo que dice el Espíritu Santo en los Proverbios (4, 18): *El camino y* senda *de los justos y su* modo de proceder, es, dice, *como la luz del sol que sale a la mañana,* que mientras más va, *va creciendo y* perfeccionándose más, *hasta llegar a la perfección del mediodía.* Así, los justos, mientras más van, más van creciendo en virtud. Dice San Bernardo: El justo nunca dice basta; porque de ellos está escrito (Sal 83, 8) que siempre procuran ir adelante, *creciendo de virtud en virtud* hasta llegar a la cumbre de la perfección. Pero el camino de los tibios y de los imperfectos y malos es como la luz de la tarde, que va desdiciendo y oscureciéndose hasta llegar a las tinieblas y oscuridad de la medianoche (Prov 4, 19): [*El camino de los malos es tenebroso; no ven dónde pueden caer*].

Llegan a tanta ceguedad, que no ven dónde tropiezan, ni echan de ver las faltas e imperfecciones que hacen, ni les remuerde la conciencia cuando caen en ellas; antes algunas veces les parece que no es pecado lo que lo es, y que es venial lo que por ventura es mortal. Tanta es su confusión y ceguedad.

CAPÍTULO 6

En que se declara cómo el no ir adelante es volver atrás.

Sentencia es común de los Santos: En el camino de Dios, el no ir adelante es volver atrás. Esto declararemos aquí, y nos servirá de un medio muy bueno para animarnos a ir adelante en la perfección; porque ¿quién ha de querer volver atrás de lo comenzado, especialmente viendo que tiene contra sí la sentencia del Salvador en el Evangelio (Lc 9, 62)*: El que ha echado mano al arado, y* comenzado el camino de la perfección, *y vuelve atrás, no es apto para el reino de los Cielos?* Palabras son éstas que nos habían de hacer temblar. El bienaventurado San Agustín dice: En tanto no volvemos atrás, en cuanto nos esforzamos a ir adelante, y en comenzando a parar, luego volvemos atrás. Y así, si queremos no volver atrás, es menester que siempre caminemos y procuremos ir adelante.

Esto mismo, y casi por las mismas palabras, dicen San Gregorio, San Crisóstomo, San León, Papa, y otros muchos Santos, y lo repiten muchas veces; pero particularmente San Bernardo prosigue esto más largamente en dos de sus epístolas. Va allí hablando con el religioso flojo y tibio, que se contenta con una vida común, y no quiere ir adelante en su aprovechamiento, y arguye con él de esta manera:

—¿No quieres ir adelante?
—No.
—Luego ¿quieres volver atrás?
—Tampoco.
—Pues ¿qué quieres?
—Quiero estar así como me estoy; ni quiero ser mejor ni tampoco peor.
—Eso es querer lo que no puede ser. Porque en este mundo no hay cosa que pueda permanecer en un ser; de sólo Dios

es eso (Stg 1,17): [*Que es tan libre de mudanza, que ni sombra de ella le toca*]*. Yo soy Dios, y no me mudo* (Malaq 3, 6).

Todas las cosas del mundo están en continua mudanza (Sal 101, 27, 28): [*Los cielos y todas las cosas se envejecerán, como se envejece el vestido; y los mudarás como la ropa, y se mudarán; mas Tú eres siempre el mismo y tus años nunca desmenguan.*] *Y* particularmente del hombre dice Job (14, 2) que nunca permanece en un ser, ni en un estado: [*Huye como sombra, y nunca permanece en un estado*].

Y el mismo Cristo, dice San Bernardo, mientras se dejó ver en la tierra y conversó con los hombres, ¿por ventura estuvo parado? No. Dice de Él el Evangelista San Lucas (2, 52) que *así como iba creciendo en edad, así iba creciendo en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres;* esto es, dando con los efectos mayores muestras de sabiduría y santidad. Y el Profeta dice que se preparó para correr este camino (Sal 18, 6)*:* [*Se alegró como gigante para correr su carrera*]*.* Pues *si nosotros queremos permanecer con Cristo, habemos de andar al paso que Él anduvo,* dice San Juan (1 Jn 2, 6)*.* Pues si corriendo Cristo, vos no corréis tras Él, sino que os estáis parado, claro está que os iréis alejando y quedando muy atrás.

Vio Jacob (Gen 28, 12) una escala que llegaba desde el suelo hasta el Cielo; y vio en ella ángeles: sin embargo, a ninguno ni sentado, ni parado, sino que o subían, o bajaban; sólo Dios estaba sentado en lo alto de la escala, para darnos a entender, dice San Bernardo, que en esta vida en el camino de la virtud no hay medio entre el subir y bajar, entre ir adelante y volver atrás, sino que por el mismo caso que uno no va adelante, vuelve atrás a la manera de la rueda de un torno, que en queriéndola parar da vueltas atrás. Lo mismo dice el abad Teodoro, como refiere Casiano.

Sin embargo, dirá alguno: Bien dicho está, y así será, pues lo dicen los Santos; pero todo eso parece que es hablar en parábolas y por figuras y enigmas. Declaradnos esta parábola; más llana y claramente querríamos que nos declaraseis esa verdad. Que me place. Los Santos van declarando esto más. Casiano (1. c) lo declara con una buena comparación, que es también de San Gregorio. Así como el que estuviese en medio de la canal de un impetuoso río, si quisiese estarse quedo y no trabajase por subir agua arriba, estaría en gran peligro de irse tras la corriente agua abajo; así, dice, es en el camino

de la vida espiritual. Este camino es tan agua arriba y tan dificultoso a nuestra naturaleza estragada por el pecado, que el que no trabaja y se esfuerza por ir adelante, será llevado río abajo de la corriente de sus pasiones, como el que navega contra marea y agua arriba, en dejando de bracear y remar para ir adelante, se halla muy atrás (Mt 11, 12): *El reino de los Cielos padece fuerza, y los esforzados son los que le arrebatan.* Es menester ir siempre braceando y forcejeando contra la corriente de nuestras pasiones, y si no, luego nos hallaremos muy desmedrados y desaprovechados.

San Jerónimo y San Crisóstomo declaran esto más con otra doctrina común de los Santos y Teólogos; y tráela Santo Tomás tratando del estado de la Religión. Dice allí Santo Tomás que los religiosos están en estado de perfección; no que luego en siendo religiosos sean perfectos, sino que están obligados a aspirar y anhelar a la perfección; y el que no procura de ser perfecto ni trata de eso, dice que es religioso fingido, porque no hace aquello a que vino a la Religión.

No trato ahora de averiguar si pecaría mortalmente el religioso que dijese: Yo me contento con guardar los mandamientos de Dios y mis votos esenciales, pero las demás reglas que no obligan a pecado no las quiero guardar; porque en eso hablan diferentemente los doctores. Unos dicen que pecaría mortalmente; otros dicen que si no interviniese en ello algún género de menosprecio, no sería pecado mortal.

Mas lo que es cierto y en lo que convienen todos es que el religioso que tuviere esta voluntad y propósito será mal religioso, escandaloso y de mal ejemplo, y que moralmente está en grande peligro de caer en pecados mortales, porque (Eclo 19, 1) *el que menosprecia y tiene en poco las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer en las grandes.* Y para nuestro propósito bien basta esto, pues es harto volver atrás.

Para que se entienda esto mejor, trae San Crisóstomo algunos ejemplos caseros. Si tuvieseis, dice, un esclavo, que ni es ladrón, ni jugador, ni bebedor, mas antes es fiel y templado y sin vicio alguno, pero que se pasa sentado todo el día en casa, no haciendo las cosas que tocan a su oficio, ¿quién duda sino que será digno de ser castigado ásperamente, aunque no haga otro mal alguno, porque harto mal es no hacer lo que debe? Más: si un labrador fuese muy hombre

de bien en todo lo demás, pero se estuviese las manos en el seno y no quisiese sembrar, ni arar, ni cultivar las viñas, claro está que sería digno de reprensión, aunque no hiciese otro ningún mal; porque no hacer lo que debe a su oficio lo juzgamos por harto mal. Más: en vuestro mismo cuerpo, si tuvieseis una mano que no os hiciese daño ninguno, pero estuviese ociosa e inútil y no sirviese a los otros miembros del cuerpo, ¿no lo tendríais por harto mal? Pues de la misma manera es en las cosas espirituales. El religioso que acá en la Religión se está ocioso y mano sobre mano, sin ir adelante, ni tratar de perfección, ni dar un paso en la virtud, es digno de gran reprensión, porque no hace lo que debe a su oficio y estado. El mismo no hacer bien, es hacer mal. Y así, el mismo no ir adelante, es volver atrás, pues falta a su obligación y profesión.

Más: ¿qué mayor mal queréis en una tierra que ser estéril y no dar fruto ninguno, especialmente si es muy bien labrada y cultivada? Pues que una tierra como la vuestra, cultivada con tanta diligencia, regada con tantas lluvias de gracias celestiales, calentada con tantos rayos del sol de justicia, con todo eso no lleve fruto ninguno, sino que se haga un eriazo seco y sin fruto, ¿qué mayor mal queréis que esa esterilidad? Eso es dar mal por bien a quien tanto debéis, y a quien tantas mercedes os ha hecho.

Otra comparación suelen traer para esto, que parece lo declara bien. Así como en la mar es un género de grave tempestad la calma, y muy peligrosa para los navegantes, porque consumen la provisión que llevaban para el camino, y después háyanse sin bastimento en medio de la mar, así les acontece a los que, yendo navegando por el mar tempestuoso de este mundo, hacen calma en la virtud, no procurando ir adelante en ella; consumen y gastan lo adquirido, se les acaba la virtud que tienen, y después se hayan sin nada en medio de muchas ondas y tempestades de tentaciones que se levantan, y de ocasiones que se ofrecen, para las cuales tenían necesidad de más provisión y de más caudal de virtud. ¡Ay del que ha hecho calma en la virtud! (Gal 5, 7). [*Vosotros corríais bien, ¿quién os embarazó para no obedecer a la verdad?*]. Comenzasteis a correr bien al principio, cuando entrasteis en la Religión, y ya habéis encallado y hecho calma en la virtud (1 Cor 4, 8): [*Ya estáis hartos, ya os habéis hecho ricos*]. Ya hacéis del antiguo y del cansado; ya os parece que estáis rico y que os basta lo que tenéis. Mirad que *os queda mucho que andar* (1 Ry 19, 7), y se os ofrecerán muchas ocasiones para las cuales

tendréis necesidad de más humildad, de más paciencia, de más mortificación e indiferencia, y os hallaréis inadvertido y muy atrás, al tiempo de la mayor necesidad.

CAPÍTULO 7

Que ayuda mucho para alcanzar la perfección olvidarse uno del bien pasado y poner los ojos en lo que le falta.

El que es justo, procure de ser más justo, y el que es santo, procure ser más santo (Apoc 22, 11). San Jerónimo y Beda, sobre aquellas palabras (Mt 5, 6): *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán hartos,* dicen: Claramente nos enseña Cristo nuestro Redentor en estas palabras que nunca habemos de pensar que nos basta lo que tenemos, sino cada día habemos de procurar ser mejores. Esto es lo que nos dice el glorioso Evangelista San Juan en las palabras propuestas.

El Apóstol San Pablo, escribiendo a los Filipenses (3, 13), nos da un medio muy a propósito para esto, del cual dice que usaba él: *Hermanos míos yo no me tengo por perfecto.* El Apóstol dice que no se tiene por perfecto; ¿quién se podrá tener por perfecto? *Yo,* dice, *no pienso que he alcanzado la perfección; sin embargo, procuro darme prisa para alcanzarla.* ¿Y qué hacéis para eso? ¿Sabéis qué? *Me olvido de lo pasado y pongo delante lo que me falta, y a eso me animo y lo procuro alcanzar.*

Todos los Santos encomiendan mucho este medio, Él fin como dado y usado del Apóstol. Dice San Jerónimo: El que quiera ser santo, olvídese de todo el bien pasado que ha hecho, y anímese a alcanzar lo que le falta. Dichoso es el que cada día va aprovechando en la virtud y perfección; y ¿quién es ése? ¿Sabéis quién? El que no mira lo que hizo ayer, sino qué será bien hacer hoy para ir adelante.

San Gregorio y San Bernardo declaran esto más en particular. Dos partes tiene este medio muy principales. La primera es que nos olvidemos del bien que habemos hecho hasta aquí, y que no pongamos los ojos en eso, Y fue menester avisarnos de esto en particular, porque es cosa natural volver los ojos fácilmente a lo que más nos deleita y quitarlos de lo que nos puede causar molestia. Y como el ver nuestro aprovechamiento y los bienes que nos parece

haber hecho nos deleita, y el ver nuestra pobreza espiritual y lo mucho que nos falta nos entristece, por eso se nos van los ojos a mirar antes el bien que habemos hecho que lo que nos falta. Dice San Gregorio: Así como el enfermo anda buscando lo más blando y mullido de la cama y lo más fresco y gustoso para descansar, así es enfermedad del hombre y flaqueza e imperfección nuestra que nos holguemos y gustemos más de mirar y pensar en el bien que habemos hecho que en lo que nos falta.

Y más dice San Bernardo: Entended que hay en eso muchos peligros. Porque si os ponéis a mirar lo bueno que habéis hecho, de lo que servirá es de ensoberbeceros, pareciéndoos que sois algo, y de ahí vendréis luego a compararte con otros, y a preferiros a ellos y aun a tenerlos a ellos en poco y a vos en mucho. Si no, miradlo en aquel fariseo del Evangelio, cuán mal le fue por ahí. Puso los ojos en lo bueno que tenía, y se pone a contar sus virtudes (Lc 18, 1114): *Gracias te doy, Señor, que no soy yo como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano que está aquí: ayuno dos veces en la semana, pago muy bien los diezmos y primicias. De verdad os digo,* dice Cristo, nuestro Redentor, *que aquel publicano,* a quien él se antepuso, *salió de allí justo,* y el que se tenía por justo salió condenado por malo y por injusto. Eso es lo que pretende el demonio en poneros delante lo bueno que os parece que tenéis. Pretende con eso que os tengáis en algo y os ensoberbezcáis, y que menospreciéis a los otros y los tengáis en poco, para que así quedéis condenado por soberbio y malo.

Y más, hay otro peligro, dice San Bernardo, en poner los ojos en el bien que habéis hecho, y en lo que habéis trabajado; y es que os servirá eso de que os descuidéis de ir adelante, y andéis tibio y flojo en vuestro aprovechamiento, pareciéndoos que habéis trabajado harto en la Religión y que podéis ya descansar. Así como los caminantes, cuando comienzan a cansarse del camino, vuelven los ojos atrás a mirar cuánto han caminado, así nosotros, cuando nos cansamos y cuando entra en nosotros la tibieza, nos ponemos a mirar lo que dejamos atrás; y esto nos hace que nos contentemos con eso, y que nos quedemos más de asiento en nuestra flojedad. Pues para huir de estos inconvenientes y peligros conviene mucho que no miremos al bien que habemos hecho, sino a lo que nos falta, porque la primera vista nos convida al descanso, y la segunda nos incita al trabajo.

Esta es la segunda parte de este medio, que nos da el Apóstol, que tengamos siempre puestos los ojos en lo que nos falta, para que nos animemos y esforcemos a alcanzarlo; lo cual declaran los Santos con algunos consejos y comparaciones manuales. San Gregorio dice (1. c): Así como el deudor que debe mil ducados a otro no queda descansado ni descuidado por pagar, y eso es lo que le da pena, y hasta acabar de pagar toda la deuda, siempre anda con aquel cuidado; así nosotros no habemos de mirar que con lo bueno que habemos hecho hasta aquí, habemos ya pagado parte de la deuda que debemos a Dios, sino lo mucho que nos falta por pagar; y eso es lo que nos ha de dar cuidado y la espina que habemos de traer siempre atravesada en el corazón.

Más. Dice San Gregorio: Así como los peregrinos y buenos caminantes no miran lo que han andado, sino lo que les falta por andar, y eso llevan siempre delante de los ojos hasta acabar su jornada, así nosotros, pues somos peregrinos y viandantes que caminamos a nuestra patria celestial, no habemos de mirar a lo que nos parece habemos caminado, sino a lo que falta por caminar. Mirad, dice San Gregorio, que a los que caminan y pretenden llegar a algún lugar, poco les aprovechará haber ya caminado mucho, si no acaban lo que les falta. Y mirad también que el premio de la carrera, que está señalado para los que corren mejor, no lo lleva el que en gran parte de ella corrió muy ligeramente, si al fin de ella se cansó; así también poco os aprovechará que hayáis comenzado a correr bien, si os cansáis al medio de la carrera. Dice el Apóstol (1 Cor 9, 24): *Procurad de correr de tal manera, que alcancéis y* consigáis lo que pretendéis. No tengáis cuenta con lo que habéis corrido hasta aquí, sino echad siempre los ojos al puesto y término donde camináis, que es la perfección, y mirad lo mucho que os falta y de esa manera caminaréis bien. Dice San Crisóstomo: Quien considera que no ha llegado al puesto, no deja jamás de correr.

San Bernardo dice (1. c.) que habemos de ser como los mercaderes y negociantes del mundo. Veréis un mercader, un hombre de negocios, que anda con tanto cuidado y diligencia para ganar y acrecentar cada día su hacienda, que no hace cuenta de lo que ha ganado y adquirido hasta allí, ni de los trabajos que le ha costado; sino todo su cuidado y solicitud pone en ganar de nuevo y en acrecentar cada día más y más, como si hasta allí no hubiera hecho ni ganado nada; pues de esa manera, dice, habemos de haber nosotros,

todo nuestro cuidado ha de ser cómo acrecentaremos cada día nuestro caudal, cómo nos aventajaremos cada día más en humildad, en caridad, en mortificación y en todas las demás virtudes, como buenos mercaderes espirituales, no haciendo cuenta de lo trabajado y adquirido hasta aquí. Y así dice Cristo nuestro Redentor que es semejante el reino de los Cielos a un hombre de negocios, y nos manda que negociemos (Lc 19,13). [*Negociad hasta que yo vuelva*].

Y para que llevemos adelante esta comparación del mercader, pues nos la pone el sagrado Evangelio, mirad cómo los mercaderes y hombres de negocio o del mundo andan con tanto cuidado y solicitud, que no pierden punto ni dejan pasar ocasión en que puedan acrecentar su caudal que no lo hagan, y hacedlo vos así. No perdáis fruto ni dejéis pasar ocasión en que os podáis aprovechar, que no lo hagáis. «Todos nos animemos para no perder punto de perfección que con la divina gracia podamos alcanzar», como nos lo encomienda nuestro Padre. No habéis de dejar pasar ninguna ocasión de que no procuréis sacar alguna ganancia espiritual, de la palabrilla que os dijo el otro, de la obediencia que os ordenaron contra vuestra voluntad, de la ocasión que se os ofreció de humildad. Todas esas son ganancias vuestras, y vos tendríais que andar a buscar y comprar esas ocasiones, y el día que más se os hubieren ofrecido, os habéis de ir a acostar más contento y alegre, como lo hace el mercader el día que se le han ofrecido más ocasiones de ganar; porque aquel día le ha ido bien en su oficio. Así también ese día os ha ido a vos bien en vuestro oficio religioso, si os habéis sabido aprovechar. Y así como el mercader no mira si el otro pierde, ni se enoja con él por eso, sino solamente tiene cuenta con su ganancia, y de eso se alegra, así vos no miréis si el otro hizo bien o mal en daros aquella ocasión, ni si tuvo razón o no, ni os indignéis contra él, sino alegraos de vuestra ganancia.

¡Qué lejos estaríamos de tentarnos y perder la paz, cuando se nos ofrecen semejantes ocasiones, si anduviésemos así! Porque si lo que nos podía entristecer y quitar la paz, eso es lo que nosotros deseamos y andamos a buscar, ¿qué cosa nos podrá turbar y quitar la paz?

Más: mirad cómo el mercader anda tan embebecido en sus ganancias, que no parece que piensa en otra cosa, y en todos los casos y ocurrencias que se ofrecen, luego se le van los ojos y el corazón a ver cómo podrá sacar de allí alguna ganancia; comiendo está,

y está pensando en eso, y con ese pensamiento y cuidado se acuesta, y con ése despierta de noche, y se levanta a la mañana y anda todo el día. Pues de esa manera habemos de andar nosotros en el negocio de nuestras almas, que en todos los casos y ocurrencias que se ofrecieren, luego se nos vayan los ojos y el corazón a ver cómo podremos sacar de allí alguna ganancia espiritual. Comiendo habemos de estar y pensando en eso; y con ese pensamiento y cuidado nos habemos de acostar y levantar, y andar todo el día y toda la vida, porque ése es nuestro negocio y nuestro tesoro, y no hay otro que buscar. Añade San Buenaventura que así como el mercader no halla juntamente todo lo que desea y necesita en un mercado o feria, sino en diversas, así el religioso no solamente ha de buscar su aprovechamiento y perfección en la oración y en consuelo espiritual, sino también en la tentación, en el trabajo y oficio, y en todas las ocasiones que se le ofrecen.

¡Oh si buscásemos y procurásemos de esta manera la virtud! ¡Cuán presto nos hallaríamos ricos! *Si buscareis,* dice el Sabio (Prov 2, 4), *la virtud y perfección que es la verdadera sabiduría, con la diligencia y cuidado que los hombres del mundo buscan el dinero, y cavan las minas y tesoros, sin duda toparéis con ella. Y* no nos pide mucho el Señor en esto, dice San Bernardo (1. e.), pues para alcanzar la verdadera sabiduría y el verdadero tesoro, que es el mismo Dios, no nos pide más cuidado y diligencia de la que los hombres del mundo ponen en alcanzar las riquezas perecederas, que están sujetas a polilla y a ladrones, y que mañana se han de acabar; habiendo de ser tanto mayor la codicia y deseo de los bienes espirituales y el cuidado en alcanzarlos cuanto ellos son mayores y más preciosos que los temporales. Y así, llora esto muy bien el Santo: Gran confusión y vergüenza nuestra es ver que los mundanos buscan con más diligencia y cuidado las cosas temporales, y aun los vicios y pecados, que nosotros la virtud, y que con más prontitud y ligereza corren ellos para la muerte que nosotros para la vida.

Cuéntase en la Historia Eclesiástica, del abad Pambo, que viniendo a la ciudad de Alejandría se encontró con una mujer mundana, y vio que iba muy compuesta y aderezada, y comenzó a llorar y gemir: ¡Ay de mí! ¡Ay miserable de mí! Le preguntaron sus discípulos: Padre, ¿por qué lloras? Dice él: ¿No queréis que llore, que veo que ésta pone más cuidado en componerse para agradar a los hombres, qué yo para agradar a Dios; veo que trabaja más aquélla para

enredar a los hombres y llevarlos al infierno, que yo para llevarlos al Cielo? Y del Padre Francisco Javier, varón apostólico, leemos que se avergonzaba y corría de ver que primero habían ido los mercaderes al Japón a llevar sus mercancías caducas y perecederas, que él a llevar los tesoros y riquezas del Evangelio para dilatar la fe y ensanchar y amplificar el reino de los Cielos. Pues confundámonos y avergoncémonos nosotros (Lc 16, 8) que *los hijos de este siglo sean más prudentes y diligentes en las cosas del mundo* que nosotros en las de Dios. Y bástenos esto para salir de nuestra tibieza y flojedad.

CAPÍTULO 8

Que ayuda mucho para alcanzar la perfección ponerlos ojos en cosas altas y aventajadas.

Nos ayudará también mucho para aprovechar y alcanzar la perfección poner siempre los ojos en cosas altas y de grande perfección, conforme a aquello que nos aconseja el Apóstol San Pablo, escribiendo a los de Corinto (1 Cor 12, 31): [*Procurad los mejores carismas*]. Apercibíos y disponeos para cosas mayores; acometed y emprended cosas grandes y excelentes.

Este medio es de mucha importancia; porque es menester que pasemos muy adelante con nuestros designios y deseos, para que con la obra lleguemos siquiera a lo que es razón.

Se entenderá bien lo que queremos decir, y la importancia y necesidad de este medio, con una comparación manual. Cuando un arco o ballesta está flojo, para dar en el blanco es menester apuntar un palmo o dos más arriba; porque está floja la cuerda, y así no llega donde queréis, y apuntando más alto, viene a dar en el blanco. Así nosotros somos como el arco o ballesta flojo; estamos tan flacos y tan flojos, que para venir a dar en el blanco es menester apuntar muy alto. Quedó el hombre por el pecado tan miserable, que para llegar a tener una medianía en la virtud es menester que con los propósitos y deseos pase muy más adelante. Dice el otro: Yo no pretendo sino no hacer pecado mortal; no quiero más perfección. Mucho me temo que aun no habéis de llegar ahí, porque está floja la ballesta. Si apuntarais más alto, pudiera ser que llegarais ahí; mas no apuntando más adelan-

te, me temo que os habéis de quedar atrás; en mucho peligro estáis de caer en pecado mortal.

El religioso que pretende guardar no solamente los mandamientos de Dios, sino también sus consejos, y que pretende guardarse, no sólo de los pecados mortales, sino también de los veniales y de las imperfecciones, ése lleva buen camino para no caer en pecado mortal, porque apuntó mucho más alto; y cuando por su flaqueza no llegare a donde propuso y quedare algo atrás, faltará en una cosa de consejo, en una reglita o en una imperfección, o en algún pecado venial. Pero el otro que solamente apuntó a no cometer pecado mortal, cuando quedare atrás por estar el arco y la ballesta floja, caerá en algún pecado mortal. Y por eso vemos a los del mundo tan caídos en pecados mortales, y a los buenos religiosos, por la bondad del Señor, tan libres y apartados de ellos. Y ése es uno de los bienes grandes que tenemos en la Religión, y por el cual debemos dar muchas gracias al Señor, que nos trajo a ella. Aunque no hubiera otro bien en la Religión sino éste, bastaba para vivir con gran consuelo, y para vivir por gran merced y beneficio del Señor el habernos traído a ella; porque acá confío en el Señor, que se os pasará toda la vida sin caer en pecado mortal; y si estuvierais en el mundo, quizá no se os pasara un año, ni aun un mes, ni aun por ventura una semana.

Por aquí se entenderá también el peligro del religioso tibio y flojo, que no se le da nada de quebrantar las reglas, ni tratar de cosas de perfección; porque ese tal muy cerca está de caer en alguna cosa grave. Pues si queréis aprovechar, poned los ojos en alcanzar una perfectísima humildad, hasta llegar a recibir con alegría los desprecios y las deshonras; ¡y plega al Señor que con todo eso lleguéis a sufrirlas con paciencia! Poned los ojos en alcanzar una perfectísima obediencia de voluntad y entendimiento; y ¡ojalá no faltéis algunas veces en la ejecución de la obediencia y en la puntualidad de ella! Procurad de resignaros y poneros indiferente para cosas grandes y dificultosas, que se podrían ofrecer; y ¡plega al Señor que lo estéis después para las ordinarias y comunes, que cada día se ofrecen!

Ésta dice San Agustín que fue la traza de Dios en ponernos al principio y por el primero de los mandamientos, el más alto y más perfecto de todos (Lc 10, 27): *Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu voluntad, con toda tu ánima y con todas tus fuerzas. Éste es el mayor de todos los mandamientos* (Mt 22, 38) *y el fin de todos ellos* (1 Tim 1, 5). Y es tan grande la excelencia de este mandamien-

to, que dicen los teólogos y los Santos que su última perfección no es de esta vida, sino de la otra. Porque aquel no ocuparnos en otra cosa sino en Dios, y tener siempre empleado todo nuestro corazón, toda nuestra voluntad y entendimiento y todas nuestras fuerzas en estarle amando, es del estado de la bienaventuranza: no podemos en esta vida llegar a tanto como eso, porque habernos de acudir por fuerza a las obligaciones del cuerpo. Y con ser éste tan alto mandamiento y de tan grande perfección, con todo eso nos le pone el Señor delante y por el primero de todos, para que entendamos hasta dónde nos habernos de extender y adónde habernos de procurar llegar. Para eso, dice San Agustín, nos puso Dios luego al principio delante de los ojos este mandamiento tan grande y tan alto, para que, puestos los ojos en tan alto fin y en tan grande perfección, procuremos de extender el brazo y tirar la barra lo más que pudiéremos. Porque cuanto más alto apuntáremos, menos cortos quedaremos.

Sobre aquellas palabras del Profeta (Sal 83, 6) [*Bienaventurado el varón a quien Tú ayudas; porque trazará crecimientos y subidas de virtudes en su corazón*], dice San Jerónimo: El varón justo y santo siempre pone los ojos en subir e ir adelante en la perfección, y eso es lo que trae atravesado en el corazón, conforme a aquello del Sabio (Prov 21, 5): [*Los pensamientos y propósitos del varón esforzado serán siempre en la abundancia*]. Pero el pecador y el imperfecto no trata de eso: se contenta con una vida común; cuando mucho, pone los ojos en ser mediano, y de ahí viene a desdecir y a bajar.

Y así, dice Gerson: Es voz de muchos: me basta una vida común, yo no quiero sino salvarme, esas otras perfecciones grandes y excelentes quédense para los Apóstoles y para los grandes Santos, que yo no pretendo volar tan alto, sino irme por un camino llano y carretero. Esa es la voz de los imperfectos, que ésos son los muchos, porque los perfectos son pocos (Mt 20, 16): [*Muchos son los llamados, y pocos los escogidos*]. Dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Mt 7, 13): *La puerta y el camino que lleva* a la perfección y *a la vida, es angosta* y estrecha, y así *son pocos los que entran por ella;* pero el camino común de la tibieza es muy ancho, así caminan muchos por él. Ésos dice San Agustín que son los que llama el Profeta *animales del campo,* porque se quieren andar en el campo, lugar ancho y espacioso, y no quieren entrar en regla ni en pretina. Y así dice Gerson que en esta sola voz: Me basta una vida común, yo me contento con salvarme, no quiero más perfección, muestra uno

bien su imperfección, pues no pretende entrar *por la puerta angosta* (Mt 7, 13). Y estos tales, que por su tibieza les parece que les basta salvarse con los medianos, han, dice, de temer mucho no sean condenados con *las vírgenes locas,* que se descuidaron y *se durmieron* (Mt 25, 5), y con el siervo perezoso, que se contentó con guardar y enterrar el talento que le fue dado, y no quiso negociar ni granjear con él: le quitaron el talento que tenía, y le echaron en *las tinieblas exteriores* (Mt 25, 30). No se lee en el Evangelio otra causa de su condenación, sino porque no quiso acrecentar el talento que le dieron.

Para que mejor se vea cuán feo y vergonzoso es el estado de éstos, trae Gerson este ejemplo: Imaginad, dice, que un padre de familia muy generoso y rico tiene muchos hijos, y todos ellos muy bastantes para adelantar su casa y honrar su linaje con la industria y buenas partes que tienen; y todos lo hacen así, salvo uno de ellos, que haciendo todos los demás lo que deben a hijos de quien son, él solo, de pereza y flojedad, se quiere estar sentado y holgando en casa, y no quiere hacer cosa alguna digna de su ingenio y de la nobleza de su padre para aumento de su casa, pudiéndolo hacer tan bien como todos los demás si quisiese; sino dice que le basta lo que tiene para una mediana pasadía, y que no quiere más honra ni más acrecentamiento, ni trabajar más para eso. El padre le llama, le ruega y le persuade que tenga más altos pensamientos; le pone delante su habilidad, ingenio y buenas partes, la nobleza de su linaje, el ejemplo de sus antepasados y de sus hermanos presentes; si con todo eso él no quisiese salir de tras de los tizones ni procurar de valer más, claro está que daría mucho enojo a su padre.

Pues así, siendo nosotros hijos de Dios y hermanos de Jesucristo, nos está, dice Gerson, nuestro Padre celestial exhortando y animando a la perfección: Hijos míos, no os contentéis con una vida común: *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* (Mt 5, 48); mirad a la generosidad y perfección de vuestro Padre, y haced como hijos de quien sois, *para que se os eche de ver que sois hijos de vuestro Padre que está en los cielos* (Mt 5, 45): Mirad el ejemplo de vuestros hermanos; si queréis poner los ojos en vuestro hermano mayor, que es Jesucristo, el es el que honró todo nuestro linaje, aunque le costó su sangre y su vida, pero a trueque de eso la dio por bien empleada.

Y si os deslumbra tan alto ejemplo, poned los ojos en los demás hermanos vuestros, tan flacos como vos, nacidos en pecado como vos, llenos de pasiones y tentaciones y malas inclinaciones como vos, que para eso la Iglesia nuestra Madre nos pone delante el ejemplo de los Santos y celebra fiesta de ellos. Y si lo queréis tomar de más cerca, mirad los ejemplos de vuestros hermanos, nacidos de un mismo vientre, de una misma Religión y Compañía. Poned los ojos en un Padre Ignacio, en un Francisco Javier y Francisco de Borja, en un Edmundo Campiano y en otros semejantes que conocéis. Procurad de imitarlo no seáis vos deshonra de vuestro linaje y de vuestra Religión. El que con todo eso no se anima a hacer obras de valor, sino que se contenta con una vida ordinaria y común, ¿no está claro que, cuanto es de su parte, dará descontento y enojo al mismo Dios, que es nuestro Padre, y mal ejemplo a sus hermanos, y que merece que el Padre celestial no le conozca por hijo, y que los hermanos no le conozcan por hermano?

Pues esto es lo que vamos diciendo, que tengamos pensamientos altos y generosos, y pongamos siempre los ojos y el corazón en cosas grandes y aventajadas, para que ya que por nuestra flaqueza no lleguemos a tanto, a lo menos no quedemos tan cortos ni tan atrás. Nos hayamos en esto al modo de los que venden las mercaderías, que suelen pedir al principio más de lo justo, para que así les vengan a dar lo que es justo, y de los que tratan algunos conciertos, que suelen al principio pedir más de lo que es razón, para que así lleguen los otros a lo que es razón, conforme a lo que dice el proverbio: «Pedid lo injusto o más de lo que es justo, para que así os vengan a dar lo justo.» Pues así acá: no digo yo que vos pidáis lo injusto, sino lo justísimo. Poned los ojos en lo muy justo para que así vengáis siquiera a lo que es justo. Pedid y desead lo más precioso, para que así vengáis a lo mediano, porque si sólo ponéis los ojos en lo que es mediano, y no os extendéis a más, aun ahí no llegaréis, sino os quedareis muy atrás.

De aquí se entenderá cuán importante es en las exhortaciones y pláticas espirituales, que hacemos, tratar cosas de grande perfección, exhortando a una profundísima humildad, que llegue hasta el último grado, y a una perfecta mortificación de todas nuestras pasiones y apetitos, y a una entera conformidad con la voluntad de Dios, que no haya en nosotros otro querer, ni otro no querer, sino lo que Dios quiere o no quiere, y que ese sea todo nuestro contento y rego-

cijo, y así en las demás virtudes. Podría decir alguno: ¿Para qué es platicar y predicar cosas tan altas a gente flaca, y algunas veces a gente que comienza? Si nos dijeseis cosas proporcionadas a nuestra flaqueza, cosas llanas y fáciles, podría ser que las tomásemos; pero esas perfecciones, que llegan hasta el tercero Cielo, nos parecen que no dicen ni hablan con nosotros, sino con un Apóstol San Pablo y con otros semejantes. No tenéis razón; a vos dicen esas perfecciones, y con vos hablamos cuando tratamos de ellas. Antes por esa misma razón que alegáis para que no os las digamos, os las habemos de decir. Vos decís que porque sois flaco no os digamos cosas tan altas; yo digo que porque sois flaco es menester platicaros y poneros delante esas cosas altas y de grande perfección, para que poniendo los ojos en ellas, vengáis siquiera a llegar a lo que es razón, y que no quedéis tan bajo y tan corto en la virtud.

Para esto ayuda también mucho leer y oír las vidas y ejemplos de los santos y considerar sus virtudes excelentes y heroicas; y para eso nos las propone la Iglesia, para que ya que no lleguemos a tanto como ellos, a lo menos nos animemos a salir de nuestra tibieza. Y trae este otro provecho consigo, que andaremos siquiera confundidos y humillados, considerando la pureza de vida de los santos, y viendo cuán lejos estamos nosotros de llegar a lo que ellos llegaron. Dice esto muy bien San Gregorio sobre aquellas palabras de Job (33, 27): *Mirará los hombres justos y santos, y se tendrá por pecador,* se humillará y confundirá viendo sus grandes ejemplos. Así como los pobres conocen más claramente su pobreza cuando ven los tesoros de los ricos y poderosos, así dice San Gregorio, el alma se humilla y conoce más su pobreza cuando considera los ejemplos ilustres y vidas memorables de los santos.

Del bienaventurado San Antonio Abad cuenta San Jerónimo, que viniendo de visitar a San Pablo, primer ermitaño, y habiendo visto su santidad tan grande, le salieron a recibir sus discípulos diciendo: ¿Dónde has estado, Padre? Respondió el santo, llorando: ¡Ay de mí, pecador; qué falsamente tengo el nombre de religioso! He visto a Elías y he visto al Bautista en el desierto, pues he visto a Pablo en el Paraíso. Y del gran Macario se lee otra cosa semejante, que habiendo visitado a unos monjes y visto su grande perfección, lloraba después con sus discípulos, diciendo: He visto unos monjes; ¡aquéllos son monjes!; yo no soy monje; ¡ay de mí, qué, falsamente tengo el nombre de monje! Pues lo que decían estos santos por su mucha

humildad, podemos nosotros decir con más verdad, si consideramos el ejemplo de los santos y sus heroicas virtudes. De manera que, o habemos de procurar imitar aquella perfección, o habemos de suplir con humildad y confusión, lo que nos falta, y así por todas partes nos ayudará mucho este medio.

CAPÍTULO 9

Cuánto importa hacer caso de cosas pequeñas y no menospreciarlas.

El que menosprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer. Éste es un punto de mucha importancia, especialmente para los que tratan de perfección; porque las cosas mayores de suyo están encomendadas; pero en las menores solemos más fácilmente descuidarnos y tenerlas en poco, pareciéndonos que hace poco al caso, y que va poco en ello; y es un engaño muy grande, que no va sino mucho. Y así nos avisa el Espíritu Santo por el Sabio en estas palabras, que nos guardemos de este peligro, porque *el que menosprecia las cosas pequeñas* y no hace caso de ellas, poco *a poco vendrá a caer* en las grandes. Bastaba esta razón para persuadirnos y ponernos temor, pues es razón y aviso del Espíritu Santo.

San Bernardo trata muy bien este punto. De faltas pequeñas comienzan los que vienen después a caer en grandes males. Desengañaros, dice, que verdadera es aquella sentencia común: *ninguno de repente,* comúnmente hablando, *viene a ser ni muy malo ni muy bueno,* sino poco a poco va creciendo el bien y el mal. Así como las enfermedades grandes del cuerpo poco a poco se van engendrando, así las enfermedades espirituales y males grandes del alma, se van también engendrando poco a poco. Y así, cuando viereis algunas caídas grandes de algunos siervos de Dios, no penséis, dice el Santo, que entonces comenzó el daño; que nunca uno que ha perseverado y vivido mucho tiempo bien, vino a resbalar y caer en alguna cosa grave de repente, sino por haberse descuidado primero en cosas menudas y pequeñas, con las cuales se fue enflaqueciendo poco a poco la virtud de su alma, y mereció que Dios levantase un poco su mano de él, y así pudo fácilmente ser vencido después en la tentación grande que se le ofreció.

Casiano declara esto con una comparación muy propia, y es comparación del Espíritu Santo. Las casas, dice no se caen de repente, sino primero comienzan por unas pequeñas goteras, y ésas van poco a poco pudriendo las maderas del edificio, y penetrando las paredes y enterneciéndolas y desmoronándolas hasta llegar a los fundamentos. Y así viene la casa a arruinarse y a dar consigo en tierra una noche (Ecl 10, 18)*:* [*Por la pereza vendrá a caerse el techo, y por flojedad de las manos se lloverá toda la casa*]. Por pereza de no reparar la casa al principio, cuando era pequeño el daño, por no trastejarla y quitar las goteras, vino a amanecer caída una mañana. De esa misma manera, dice Casiano, vienen los hombres a dar grandes caídas y a parar en grandes males. Entran primero nuestras aficioncillas y nuestras pasiones como unas pequeñas goteras, y van poco a poco penetrando y enterneciendo y enflaqueciendo la virtud de nuestra alma, y así viene a arruinarse todo el edificio por sólo no querer uno al principio repararle, cuando era pequeño el daño, porque se descuidó de quitar unas pequeñas goteras: porque no quiso hacer caso de cosas menudas, por ahí vino a amanecer un día tentado otro fuera de la Religión.

¡Pluguiera a Dios que no experimentáramos esto tanto! Verdaderamente grande temor y espanto pone ver las cosas tan menudas por donde comenzó la perdición de algunos que vinieron a grande mal sabe mucho el demonio; no acomete él de primera instancia a los siervos de Dios con cosas graves; más astuto es que eso; poco a poco, y sin sentir, con cosas pequeñas y menudas, hace él mejor su hecho, que si acometiese con cosas grandes, porque si luego les entrase con pecados mortales, seria fácilmente sentido y despedido; y entrando por cosas pequeñas y menudas, ni es sentido ni despedido, sino admitido. Por esto dice San Gregorio que en parte es mayor peligro el de las culpas pequeñas que el de las grandes. Porque éstas, cuanto más claramente se conocen, tanto con el conocimiento del mayor mal mueven más a que se eviten y a que más presto se enmienden, cuando uno cae en ellas. Mas las culpas pequeñas, cuanto se conocen, menos se evitan; y como no se tienen en nada, se repiten y se continúan, y se está uno en ellas de asiento, y nunca acaba de resolverse varonilmente en desecharlas de sí. Y así, presto de pequeñas se vienen a hacer grandes.

Concuerda muy bien con esto San Crisóstomo. Dice una cosa que llama él maravillosa. Una cosa maravillosa me atrevo a decir, que

os parecerá nueva y nunca oída; y es que algunas veces es menester que pongamos más cuidado y diligencia en evitar los pecados pequeños que los grandes, porque los grandes, ellos de suyo traen consigo un horror, para que los aborrezcamos y huyamos de ellos; pero esos otros, por el mismo caso que son pequeños, nos hacen flojos y negligentes, y como los tenemos en poco, nunca acabamos de salir de ellos, y así nos vienen a hacer grande daño.

Pues por eso estima tanto esto el demonio, y entra y acomete por ahí a los religiosos y siervos de Dios: y también porque sabe él muy bien que por ahí tendrá entrada para venir a hacerlos después caer en cosas mayores. Y así dice San Agustín: ¿Qué importa que por pequeño o grande agujero haya entrado el agua en el navío, si al fin se hunde? No se me da más uno que otro, porque todo viene a ser lo mismo. Así no se le da más al demonio entraron por cosas pequeñas que por grandes, si al fin alcanza lo que pretende, que es derribaros y hundiros. De unas pequeñas gotas de agua multiplicadas, dice San Buenaventura, se vienen a hacer unas crecientes y avenidas tan grandes, que echan por tierra los grandes muros y los edificios y castillos fuertes. Por un pequeño agujero y por un resquicio y hendidura, ocultamente y poco a poco se entra el agua en el navío, hasta que da con él a fondo.

Por lo cual dice San Agustín que así como cuando el navío hace agua es menester estar siempre dando a la bomba, sacando el agua para que no se hunda, así nosotros, con la oración y examen, habemos de andar siempre quitando las faltas e imperfecciones, que se nos van entrando poco a poco, para que no nos hundan y aneguen. Ese ha de ser el ejercicio del religioso; siempre es menester dar a la bomba, y si no, corremos mucho riesgo. Y en otra parte dice: Habéis huido y escapado de las olas y tempestades y peligros grandes que hay en ese mar tempestuoso del mundo; mirad no vengáis acá en el puerto de la Religión, a encallar en la arena; mirad no vengáis a peligrar y a perderos por unas cosas menudas pequeñas; porque de esa manera poco os aprovechará haber huido y escapado de las grandes. Como aprovechará poco que el navío se haya escapado de grandes peligros y tempestades y de grandes rocas y peñascos, si después en el puerto viene a encallar en la arena.

CAPÍTULO 10

De otra razón muy principal por la cual nos importa mucho hacer caso de cosas pequeñas.

Importa también mucho el hacer caso de cosas pequeñas por otra razón muy principal, y es que si nosotros somos descuidados y negligentes en las cosas pequeñas y hacemos poco caso de ellas, tenemos mucho que temer no nos niegue Dios por eso sus particulares y especiales auxilios y gracias, así para resistir a las tentaciones y no caer en pecado, como para alcanzar la virtud y perfección que deseamos, y así vengamos a grande mal.

Para que mejor se entienda esto, es menester presuponer una teología muy buena, que nos enseña el Apóstol San Pablo escribiendo a los de Corinto: que Dios nuestro Señor nunca niega a nadie el auxilio y socorro sobrenatural necesario y suficiente para que, si quiere, no sea vencido de la tentación, sino que pueda resistir y quedar con victoria (1 Cor 10, 13)*: ¡Fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas; antes con la tentación os dará tal ayuda, que la podáis sufrir con ventaja!* Fiel es Dios, dice el Apóstol; bien seguros podéis estar que no permitirá el que seáis tentados más de lo que podéis llevar; y si añadiere mayores trabajos y vinieren mayores tentaciones, añadirá también mayor socorro y favor para que podáis salir de ellas, no sólo sin daño, sino con mucho provecho y acrecentamiento. Sin embargo, hay otro auxilio y socorro de Dios más especial y particular, sin el cual podría uno resistir y vencer la tentación, si se ayudase como debe del primer auxilio sobrenatural, que es más general: mas muchas veces no resistirá uno a la tentación con aquel auxilio primero si no le da Dios eso otro más particular y especial, no porque no puede, sino porque no quiere, que si él quisiese, bien podría con aquel auxilio primero resistir, porque es suficiente para ello, si él se ayudase de él como debe; y así, entonces, el caer y ser vencido de la tentación será por culpa suya, porque cae por su voluntad; y si Dios le diera entonces otro auxilio especial, no cayera.

Pues viniendo a nuestro punto, este segundo auxilio y socorro especial superabundante y eficaz no le da Dios a todos, ni todas las veces, porque es liberalidad y gracia particularísima suya, y así la da-

rá Dios a los que Él fuere servido, la dará a los que fueren liberales con Él, conforme a aquello del Profeta (Sal 17, 26): *Con el santo, Señor, seréis santo; y con el benigno, benigno; y con el liberal y sincero, seréis sincero y liberal; y con el que no fuere tal, en la misma moneda se lo pagaréis;* que es lo que nuestro Padre nos puso en las reglas: «Cuanto uno más se ligare con Dios nuestro Señor, y más liberal se mostrare con su Divina Majestad, tanto le hallará más liberal consigo; y él será más dispuesto para recibir cada día mayores gracias y dones espirituales».Y es doctrina de San Gregorio Nacianceno y de otros Santos.

Qué sea ser uno liberal con Dios, entiéndase bien por lo que es ser liberal con los hombres. Ser acá uno liberal con otro es darle, no lo que le debe y es obligado, sino más de lo que debe y es obligado. Ésa es liberalidad, que esa otra no, sino justicia y obligación. Pues de la misma manera el que anda con mucho cuidado y diligencia para agradar a Dios, no sólo en las cosas de obligación, sino en las de supererogación y perfección, y no sólo en las mayores, sino también en las menores, ése es liberal con Dios. Pues con los que son así liberales es también Dios muy liberal. Éstos son los favorecidos de Dios y a quien Él hace las mercedes; a éstos les da, no solamente aquellos auxilios generales, que bastan para resistir y vencer las tentaciones, sino también los especiales y superabundantes y eficaces, con los cuales en ninguna manera caerán en la tentación.

Pero si no sois liberal con Dios, ¿cómo queréis que sea Dios liberal con vos? Si sois escaso con Dios merecéis que Dios sea también escaso con vos. Si sois tan mezquino y apocado, que andáis tanteando y midiendo como por compás; si soy obligado o no soy obligado; si obliga a pecado o no obliga a pecado y si llega a mortal o no más que a venial, eso es ser escaso con Dios, pues no le queréis dar más de lo que sois muy obligado, y aun en eso por ventura faltáis. Dios también será escaso con vos, y no os dará sino lo que está obligado por su palabra: os dará los auxilios generales y necesarios que da a todos, que son bastantes y suficientes para poder resistir a las tentaciones y no caer en ellas. Pero podéis temer con mucha razón que no os dará aquel auxilio especial, superabundante y eficaz, que Él suele dar a los que son liberales con Él, y así vengáis a ser vencido de la tentación y caer en pecado.

Esto es lo que dicen comúnmente los teólogos y los Santos, que un pecado suele ser pena de otro pecado. De esta manera se ha

de entender: porque por aquel pecado primero desmereció el hombre este auxilio especial y particular de Dios en pena de su pecado, y se hizo indigno de él; y así vino a caer en otro pecado. Y lo mismo dicen de los pecados veniales, y aun lo que es más, de las faltas y negligencias y descuido con que uno vive. Por esto dicen también que puede uno desmerecer y hacerse indigno de aquel auxilio especial y eficaz de Dios, con el cual perseverara y venciera con efecto la tentación, y sin él será vencido y caerá en pecado. Y de esta manera explican algunos Santos aquellas palabras del Sabio (Eclo 19, 1). [*El que menosprecia las cosas pequeñas, poco a poco vendrá a caer*]. Por menospreciar uno las cosas pequeñas y hacer poco caso de ellas va desmereciendo aquel auxilio especial de Dios y se va haciendo indigno de él, y así viene a caer en las grandes. Y de la misma manera explican aquello del Apocalipsis (3, 16): [*Porque eres tibio, Yo te comenzaré a lanzar de mi boca*]. Al tibio aún no le ha vomitado y desechado del todo Dios; pero ha comenzado a vomitarle y desecharle; porque por aquella flojedad con que anda y por aquellas faltas que hace advertidamente y de propósito, va desmereciendo aquel auxilio especial y eficaz, sin el cual caerá, y le acabará Dios de vomitar y echar de sí.

Pues consideremos cuánta razón hay de temer no desmerezcamos y nos hagamos indignos de este auxilio especial de Dios por nuestra tibieza y flojedad. ¡Cuántas veces nos vemos acosados de tentaciones y en grande peligro, y muchas veces nos hallamos en duda, si me detuve o no me detuve, si consentí o no consentí, si llegó a pecado o no! ¡Oh, cuánto nos valdría para estos trances y aprietos el haber sido liberales con Dios y habernos hecho dignos de aquel auxilio especial y liberal, con el cual estaríamos bien seguros que quedaríamos siempre en pie; y sin él nos veremos en grande peligro, y por ventura, quedaremos vencidos!

San Crisóstomo pone este medio por muy principal para vencer las tentaciones. Va hablando del demonio, nuestro enemigo, y de la guerra continua que nos hace, y dice: Bien sabéis, hermanos míos, que tenemos en el demonio un enemigo perpetuo, que siempre nos está haciendo guerra, porque nunca duerme ni descansa, nunca hay treguas con este tirano. Y así, es menester andar siempre muy apercibidos y con grande cuidado y vela, para que no seamos vencidos de él. Pues ¿cómo nos apercibiremos y prepararemos bien para no ser vencidos, sino vencer y sobrepujar siempre a este traidor? ¿Sabéis

cómo? Dice San Crisóstomo: El medio único para eso será el tener de atrás granjeado este auxilio especial de Dios con nuestra buena vida. De esta manera venceremos siempre [y no de otra]. Nótese la palabra *y no de otra manera.*

Lo mismo nota San Basilio por estas palabras: El que desea ser ayudado del Señor, nunca deja de hacer lo que es de su parte; y el que esto hace, nunca es desamparado del favor divino; por lo cual habemos de tener mucho cuidado que en ninguna cosa nos remuerda la conciencia. Muy bien infiere San Basilio lo que nosotros habemos de sacar de aquí, que es andar con tanto cuidado en los ejercicios espirituales y en todas nuestras obras, que en ninguna cosa nos remuerda la conciencia, para que seamos dignos de este auxilio especial de Dios.

De donde se verá bien cuánto nos importa el hacer mucho caso de cosas pequeñas, si pequeñas se pueden llamar las que nos pueden acarrear tanto bien y por donde nos puede venir tanto mal. Por eso dijo el Sabio (Ecl 7, 19): *El que teme a Dios, en ninguna cosa se descuida,* por mínima que sea; porque sabe muy bien que de las cosas menores viene uno poco a poco a caer en las mayores, y porque teme que, si él deja de ser liberal con Dios en esas cosas, dejará también Dios de ser liberal con él.

En conclusión, digo que es esto de tanta estima y lo habemos de tener en tanto, que podemos tener por regla general que mientras uno hiciere caso de cosas pequeñas y menudas, andará bien y le hará el Señor merced. Y, por el contrario, cuando no hiciere caso de cosas pequeñas y menudas, andará en mucho peligro; porque por ahí suele entrar todo el mal al religioso. Y bien nos lo dio a entender Cristo nuestro Redentor cuando dijo (Lc 16, 10): *El que es fiel en lo poco, lo será también en lo mucho; y el que es infiel y malo en lo poco, también lo será en lo mucho.* Y así, cuando uno quisiere ver cómo le va en su aprovechamiento, que es razón que muchas veces hagamos reflexión sobre esto, examínese por aquí, mirando si, hace caso de cosas pequeñas, o si se le va entrando la libertad para tenerlas en poco. Y si halla que ya no repara en cosas pocas, ni le remuerde la conciencia, como solía, cuando falta en ellas, procure remediarlo con todo cuidado.

El demonio, dice San Basilio, cuando ve que no nos puede apartar de la Religión, procura con todas sus fuerzas persuadirnos

que no nos demos a la perfección y que no hagamos caso de cosas pequeñas, engañándonos con una vana seguridad, que no se pierde por aquello a Dios. Pero nosotros, por el contrario, debemos procurar que así como no nos puede apartar de la Religión, así tampoco nos impida la perfección, sino que nos demos a ella con todas nuestras fuerzas, haciendo mucho caso de cosas pequeñas y menudas.

CAPÍTULO 11

Que no habemos de tomar el negocio de nuestro aprovechamiento en general, sino en particular; y cuánto importa el ir poniendo por obra los buenos propósitos y deseos que el Señor nos da.

Nos ayudará también mucho, para aprovechar, un medio que suelen dar comúnmente los maestros de la vida espiritual, que no tomemos este negocio de nuestro aprovechamiento en general y en común, sino en particular y poco a poco.

Casiano dice que preguntó el abad Moisés a sus monjes en una conferencia espiritual qué es lo que pretendían con tantos trabajos, con tantas abstinencias y vigilias, con tanta oración y mortificación; cuál era su fin. Respondieron ellos: El reino de los Cielos. Le dijo él: Éste es el último fin; pero yo no pregunto sino del fin inmediato y particular, en que habéis de poner los ojos para venir a alcanzar este último fin. Porque como el labrador, aunque su fin es coger mucho pan y tener con que pasar la vida abundantemente, pero todo su cuidado y diligencia pone en labrar y cultivar la tierra y limpiarla de las malas hierbas, porque ése es medio necesario para eso otro; y el mercader, aunque su fin es hacerse rico, pero todo su cuidado pone en mirar qué negocios y qué manera de negociar le será más a propósito para alcanzar ese fin, y ahí aplica todas sus industrias y diligencias; así ha de hacer el religioso. No basta decir en general: pretendo salvarme, querría ser buen religioso, deseo ser perfecto; sino es menester que ponga los ojos en particular en la pasión o vicio que más le impide, y en la virtud que más le falta, y que eso procure, porque de esa manera, yendo poco a poco y andando con cuidado y diligencia, ahora sobre una cosa, y después sobre otra, vendrá mejor a alcanzar lo que desea.

Este es el medio que el otro Padre del yermo dio a aquel monje que, después de haber sido muy diligente y fervoroso, aflojó en sus ejercicios espirituales y vino a grande tibieza; y deseando volver a su antiguo estado, y hallando cerrado el camino y pareciéndole muy dificultoso, no sabía por dónde comenzar. Le consoló y animó con aquella parábola o ejemplo del otro que envió a su hijo a limpiar la heredad, que estaba llena de espinas y malezas; y el hijo, viendo lo mucho que había que hacer, se desanimó y echó a dormir, y no hacia nada ni un día ni otro. Le dijo el padre: No has, hijo, de mirar ni tomar en junto todo lo que hay que trabajar, sino cada día un poco, cuanto puede ocupar un cuerpo de un hombre. Lo hizo así, y de esa manera dentro de poco tiempo quedó limpia toda la hacienda.

Y se debe notar aquí que una de las causas principales por que medramos poco, y no nos hace el Señor más mercedes, es porque no ponemos por obra los buenos propósitos y deseos que Él nos da; y así, porque no damos buena cuenta de lo que nos ha dado, no nos da otras cosas mayores. Así como el maestro de escuela no quiere pasar al niño a más alta letra y materia mientras ve que no ha hecho ni imitado bien la que le ha dado, así se suele haber el Señor con nosotros en llevarnos a la perfección; tanto más tarda en darnos grandes cosas cuanto más tardamos nosotros en obrar lo dado; y cuanto más se anima uno a ir asentando y poniendo por obra los deseos que el Señor le da en la oración, tanto más le mueve a que le vaya dando mayores cosas.

Dice muy bien el B. Maestro Ávila: Quien bien usa de lo que conoce, alcanzará luz para lo que no conoce; y el otro no tiene boca para pedirlo, pues le pueden responder: ¿para qué quieres saber mi voluntad y agradamiento, pues en lo que sabes no lo cumples? Si vos no ponéis por obra los deseos que el Señor os da, ¿cómo queréis que os dé otras cosas mayores? ¿Con qué boca podéis pedir a Dios en la oración que os conceda esto y lo otro que deseáis y habéis menester, si no os queréis enmendar ni mortificar en una falta de que tenéis mucha necesidad de enmendaron, y os ha dado Dios muchos deseos e inspiraciones de ello? No sé cómo puede levantar los ojos a pedir a Dios otras cosas mayores el que no se quiere enmendar ni aun en una falta exterior que tiene, sino que de propósito se deja caer en ella una y otra vez. Pues si queremos aprovechar, y que el Señor nos haga muchas mercedes, seamos diligentes en ir poniendo por obra las inspiraciones y deseos que el Señor nos da.

Doctrina es común de los Santos que el que usa bien de los beneficios recibidos, se hace digno de otros nuevos; y, por el contrario, el que usa mal de ellos no merece recibir otros. El Sabio, en el CAPÍTULO 16 de la Sabiduría, propone esta cuestión: ¿Qué es la causa que el maná se deshacía al primer rayo del sol que le daba y no era de provecho más; y si le ponían al fuego, no se derretía ni le hacía mal ninguno, siendo más fuerte el calor del fuego que el del sol? Y responde el mismo Sabio en el fin del mismo CAPÍTULO (Sab 16, 28): [*Para que a todos fuese manifiesto que conviene madrugar primero que el sol para recibir su bendición*] Para que entiendan todos que conviene ser diligentes en aprovecharnos de las mercedes que el Señor nos hace Y de los beneficios que de su mano recibimos, y en castigo del desagradecido y perezoso que no quiso madrugar antes que el sol saliese, para aprovecharse del beneficio que el Señor le había hecho, permite Dios que el sol le quite la comida.

Esto es también lo que nos declara maravillosamente Cristo nuestro Redentor en el Sagrado Evangelio (Lc 19, 12), en aquella parábola de aquel varón noble, que, habiendo repartido su hacienda con sus criados para que negociasen con ella, cuando, después de haber tomado la posesión de su reino, les pidió cuenta, proporcionalmente les fue haciendo gobernadores o prefectos de otras tantas ciudades cuantos eran los talentos que cada uno había ganado: al que había ganado diez talentos, le hizo gobernador de diez ciudades, y al que cinco, de cinco, dándonos a entender que así como aquel rey premió la industria y fidelidad de sus criados con tan grande exceso, cuanto hay de diez talentos a diez ciudades, así también si nosotros ponemos por obra las inspiraciones de Dios, y somos leales y fieles en esta correspondencia, será muy grande el exceso con que nos acrecentará el Señor sus divinos dones. Y, por el contrario, si no correspondemos como debemos, no sólo nos será quitado lo que nos habían dado, pero seremos castigados, como lo fue aquel siervo que no granjeó ni ganó cosa alguna con el talento que había recibido.

De aquel famosísimo pintor Apeles se cuenta que nunca, y por muchas ocupaciones que tuviese, se le pasó un día en el cual no ejercitase su arte y pintase alguna cosa; y hurtando el tiempo a los negocios que se le ofrecían, solía decir: «Hoy no he echado raya ninguna.» Y de allí quedó esto por proverbio para cualquier oficio, cuando se pasa el día sin ejercitarle y hacer algo en él. De aquella

manera salió tan perfecto y consumado pintor. Pues si queréis salir perfecto y consumado religioso, no se os pase día ninguno en que no hagáis alguna raya y echéis alguna línea en la virtud. Idos venciendo y sacrificando cada día en algo; id quitando cada día alguna falta de las obras que hacéis, porque de esa manera irán ellas siendo cada día mejores y más perfectas. Y cuando llegareis al examen de mediodía, mirad si se os ha pasado aquel medio día sin haber dado alguna raya o puntada en la virtud, y decid: Hoy no he echado raya ninguna: ¡oh!, que hoy no he dado paso ninguno en la virtud, ni me he mortificado en cosa alguna, ni he hecho siquiera un acto de humildad, habiéndoseme ofrecido ocasiones para ello. En balde se me ha pasado este día. No ha de ser así esta tarde, no ha de ser así mañana. De esta manera poco a poco vendremos a aprovechar mucho.

CAPÍTULO 12

Que nos ayudará mucho para alcanzar la perfección no hacer faltas de propósito ni aflojar en el fervor.

Nos ayudará también mucho para crecer en virtud y perfección que procuremos no hacer faltas de propósito. Dos maneras hay de faltas y culpas veniales: unas en que caen los temerosos de Dios por flaqueza, o por ignorancia, o inadvertidamente, aunque con algún descuido y negligencia. Y éstas, experiencia tienen los siervos de Dios y que andan en verdad con Él, que no les causan amargura, sino humildad; ni hallan que por ellas les tuerce el Señor el rostro; antes experimentan un nuevo favor del Señor y nuevo espíritu con el recurso humilde que por ellas hacen a Dios.

Otras faltas y culpas hay que hacen advertidamente de propósito las personas tibias y remisas en el servicio de Dios; y éstas impiden grandes bienes que recibiéramos si no las hiciéramos. Por éstas muchas veces nos tuerce el Señor el rostro en la oración y nos deja de hacer muchos favores. Y así, si queremos medrar, y que el Señor nos haga muchas mercedes, procuremos de no hacer faltas de propósito. Basta las que por nuestra ignorancia e inadvertencia hacemos; no añadamos nosotros más. Bastan las distracciones que tenemos en la oración por la inconstancia de nuestra imaginación; no nos distraigamos nosotros voluntariamente y de propósito. Basten las faltas que

por nuestra flaqueza hacemos en las reglas; no las quebrantemos nosotros de propósito.

Otro medio pone San Basilio para alcanzar la perfección y dice que es muy bueno para en breve tiempo aprovechar mucho, y es no hacer paradillas en el camino de la virtud. Hay algunos que a temporadas tienen unos acometimientos, y luego paran. Llevad adelante lo comenzado y no hagáis esas paradillas, porque en este camino de la vida espiritual más cansado os hallaréis haciéndolas que si no las hiciereis. Hay mucha diferencia de esto a los ejercicios corporales, porque con los ejercicios corporales el cuerpo, mientras más obra y trabaja, más desfallece, pero el espíritu, mientras más obra, más fuerzas va cobrando. Y así dice el proverbio: El arco tirado se quiebra, y el ánimo flojo desmedra.

Dice San Ambrosio que así como es más fácil no caer en pecado y conservar la inocencia que después de haber caído hacer verdadera penitencia, así también es más fácil conservar el fervor de la oración y de la devoción, que después de haberse distraído por algunos días volver a él. El herrero que saca el hierro ardiendo de la fragua, porque está blando y dispuesto para hacer de él todo lo que quisiere con el martillo, no le deja enfriar del todo, sino antes que se enfríe le vuelve a la fragua para que de presto se torne a poner como antes. Así nosotros nunca hemos de dejar que se acabe el calor de la devoción; porque si se resfría y endurece el corazón, con dificultad tornaremos al fervor primero. Y así vemos por experiencia que, por mucho que uno haya aprovechado y vaya adelante en la virtud, si se descuida por una temporada, en un poco de tiempo que se distraiga y deje de continuar sus buenos ejercicios, pierde todo lo que había ganado en mucho tiempo que parece que ni aun rastro halla de lo que antes tenía, y apenas puede tornar a arribar a ello; tanta es la dificultad que siente. Por el contrario, los que andan con fervor y procuran conservar siempre el calor de la devoción, llevando adelante sus buenos ejercicios y perseverando en ellos, fácilmente se conservan y en breve tiempo aprovechan mucho. Y la razón de esto es también porque éstos no pierden tiempo ninguno, ni deshacen lo que habían hecho, como los tibios y flojos, que con sus paradillas todo se les va en hacer y deshacer, en tejer y destejer, y así nunca acaban su tela. Esos otros, no sólo no deshacen, antes van adelantando y con el ejercicio continuo van cobrando cada día más fuerzas y más facilidad para hacer más y mejor, y así vienen a apro-

vechar mucho. Esto es lo que dijo el Sabio (Prov 13, 4): [*Las manos flojas y remisas acarrean pobreza; mas las manos de los fuertes allegan riquezas*]*;* el que no quiere trabajar, empobrecerá; y el que se esforzare al trabajo, enriquecerá.

Comparaba un Padre a los religiosos, tibios y flojos y a los diligentes y fervorosos, y decía que los tibios y remisos, que con la antigüedad hacen ya de los cansados y no procuran ir adelante en su aprovechamiento, son como unos criados viejos de las casas de los señores, que ya no sirven en casa sino de bien parecer y no estarse sentados a las puertas de las casas de los señores contando historias; les dan su ración como a criados viejos, pero ya no privan ni medran con el señor, ni casi se tiene memoria de ellos. Veréis otros criados nuevos, mancebos tan diligentes y solícitos en el servicio de su señor, que no saben parar ni sentarse en todo el día, y que apenas ha dado a entender el señor la cosa, cuando ya la tienen hecha. Éstos son los que privan y medran; así son los religiosos diligentes y fervorosos.

CAPÍTULO 13

De otros tres medios que nos ayudarán para ir adelante en la virtud.

San Basilio da un medio muy bueno para aprovechar mucho, y le dan comúnmente los Santos: que pongamos los ojos en los mejores y en los que más se señalan y resplandecen en virtud, y procuremos imitarlos. Lo mismo aconsejaba el bienaventurado San Antonio Abad, y decía que el religioso ha de andar, como buena abeja, cogiendo las florecitas de todos para hacer su miel: de uno, la modestia; de otro, el silencio; de otro, la paciencia; de otro, la obediencia, y de otro, la indiferencia y resignación; en cada uno habemos de mirar aquello en que más resplandece para imitarlo. Así leemos que lo hacía él, y con eso vino a ser tan grande Santo.

Este es uno de los bienes grandes que tenemos en la Religión, y por el cual San Jerónimo prefiere el morar en congregación a la soledad, y aconseja el vivir en aquélla antes que en ésta, para que del uno aprendáis humildad; del otro, paciencia; éste os enseñe a tener silencio; aquél, mansedumbre.

Un filósofo llamado Carilo, varón principal y muy señalado entre los lacedemonios, preguntado qué república tenía por la mejor del mundo, respondió que aquella en la cual los ciudadanos traen entre sí contienda sobre cuál ha de ser más virtuoso, y esto sin alborotos ni sediciones. Pues esta merced, entre otras, nos hace el Señor ahora en la Religión; plega a su Divina Majestad que siempre sea así.

Allá en el mundo, en casi todas las repúblicas, todas sus contiendas y competencias son sobre la hacienda o sobre puntos de honra, y apenas se halla hombre que tenga emulación por la virtud; pero acá, por la bondad y misericordia de Dios, todo el estudio de los religiosos es de lo que toca a su abnegación, y para crecer más en virtud y perfección, y todas sus contiendas y pretensiones son sobre ser cada uno más virtuoso, más humilde y más obediente; y esto sin ruido, sin divisiones, sin murmuraciones, sino con una emulación y envidia santa.

No es pequeña merced y beneficio, sino muy grande, el habernos traído el Señor a la Religión, donde la virtud es la que es favorecida y estimada; donde no es tenido ni estimado el letrado ni el predicador por ser gran letrado ni gran predicador, sino por ser muy humilde y muy mortificado; dónde todos procuran aventajarse en la virtud, y con su ejemplo nos animan a ir adelante. Pues aprovechémonos de tan buena ocasión, como tenemos, para ejercitar este medio.

De aquí podemos sacar el segundo, que es la obligación que tenemos de dar buen ejemplo a nuestros hermanos para que, considerando los unos a los otros, crezcan todos en devoción y alaben a Dios nuestro Señor como nos lo dice nuestro Padre, o, por mejor decir, el mismo Cristo en el Evangelio (Mt 5, 16): [*Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los Cielos*]. El buen ejemplo bien sabemos todos cuán eficaz medio es para mover a los otros. Más fruto hace un buen religioso en una casa con su buen ejemplo, que cuantas pláticas y sermones podemos hacer. Porque los hombres más creen a lo que ven por los ojos que a lo que oyen por los oídos, y se persuaden que es hacedero lo que ven al otro poner por obra, y con eso se mueven y animan mucho a obrarlo. Este es aquel cutir y herir de las alas de aquellos santos animales que vio el

Profeta Ezequiel (3, 13): [Y *oí el ruido de batirse unas contra otras las alas de los animales*], cuando con vuestro buen ejemplo he-

rís el corazón de vuestro hermano, y le movéis a compunción y devoción y a deseo de la perfección.

San Bernardo confiesa de sí mismo que en los principios de su Religión de sólo ver a algunos religiosos espirituales y edificativos, se alegraba y animaba tanto, que su ánima se llenaba de suavidad y devoción, y sus ojos, de dulces lágrimas. Y no sólo de verlos, sino de sólo acordarse de alguno de éstos, que había conocido y estaba ausente, o era ya difunto. Esto es de lo que la Sagrada Escritura alaba al rey Josías (Eclo 49, 1)*: La memoria de Josías es,* dice, *como una poma de olores, que consuela y conforta y quita los desmayos.* Tales habemos de procurar ser nosotros, conforme a aquello de San Pablo (2 Cor 2, 13): [*Somos buen olor de Cristo*], hemos de ser como una especie aromática y como una poma o bujeta de olores, la cual comunica luego su olor, y conforta y anima a quienquiera que la toca. Esto nos ha de ser gran motivo para darnos mucho a la virtud, y no dar ocasión ninguna de desedificación a nuestros hermanos. Porque así como un religioso ejemplar ayuda mucho y basta para edificar y llevar tras sí toda la casa, así un religioso ruin daña mucho y basta para desedificar toda una comunidad y llevarla tras sí. Antes es cosa cierta que mucho más eficaz es el ejemplo para el mal que para el bien, por nuestra mala inclinación, que se va más fácilmente tras lo malo que tras lo bueno.

Mandaba Dios en el Deuteronomio (20, 8) a los capitanes, cuando iban a la guerra, que hiciesen pregonar por todo el ejército: *Los cobardes y temerosos vuélvanse a su casa.* Y nótese la razón que da, que es la que hace a nuestro propósito: *Porque no hagan cobardes a los demás, no les peguen el miedo y la cobardía.* Esto es lo que hace un religioso tibio y remiso en la Religión con su mal ejemplo: hace a los demás cobardes para pelear y emprender cosas de perfección: pégales la flojedad y tibieza. Y así viene a decir San Eusebio Emiseno: Los que se han determinado de vivir en congregación, o son diligentes, con grande provecho de la comunidad, o son negligentes, con grande daño y peligro de ella.

Podemos añadir aquí otra cosa, que puede ser el tercero medio y motivo para lo mismo, y es la obligación que tenemos de dar edificación y buen ejemplo, no solamente a nuestros hermanos, con quien tratamos y conversamos cada día, sino a todo el mundo, para que no pierda por mí la Religión el buen nombre que tiene; porque vemos que por uno suelen los del mundo juzgar a los demás religio-

sos. La falta y pecado del religioso parece que es como pecado de naturaleza y original y como los bienes mancomunados, que luego dicen: los de la Compañía también se desmandan y hacen esto y esto, por sólo uno que vean que se desmanda y toma alguna libertad. Y así cada uno tiene obligación de mirar mucho por la edificación, para que así se conserve y vaya adelante la buena opinión y estima de la Religión, y no sea causa con sus faltas e imperfecciones de que se menoscabe el buen nombre y crédito que por la bondad del Señor tiene. Y a nosotros nos corre más esta obligación, porque aún estamos en los principios y tienen todos puestos los ojos en nosotros (1 Cor 4, 9)*:* [*Somos el blanco de las miradas del mundo, de los ángeles y de los hombres*]*.*

Y aunque es verdad que no tienen razón los del mundo en atribuir la falta de uno a toda la Religión; pero al fin cosa cierta es que el bien y progreso de la Religión depende de ser el uno y el otro buen religioso, y de lo contrario, el menoscabo de ella, porque ésos son la Religión. Pues guarde cada uno su puesto como buen soldado; no se rompa por él este escuadrón tan concertado; no entre por vos la relajación en la Religión. Y será buena consideración para esto hacer cada uno cuenta que su madre la Religión le dice muchas palabras que aquella santa madre de los Macabeos decía a su hijo menor, para animarle a padecer y morir por la guarda de su ley (2 Mac 7, 27): [*Hijo mío, ten misericordia de mí, que te llevé nueve meses en mi vientre y te di leche tres años, y te he criado hasta la edad en que estás*]*.* Hijo mío, ten misericordia de mi, que te he traído en mis entrañas, no nueve meses, sino nueve años, y veinte, y treinta, y más años, y te di leche tres años en la probación, y te he criado en virtud y letras tan a costa mía, hasta ponerte en el estado en que estás. Y lo que te pido por todo esto es que hayas misericordia de mí; no pierda yo por ti, no me des mala vejez; las armas con que te he armado para bien y provecho tuyo y de los prójimos no las conviertas contra mi ni contra ti mismo; lo que te había de ser ocasión y medio para ser más agradecido y más humilde y mortificado, no te sea ocasión para ser más vano y más libre e inmortificado.

CAPÍTULO 14

Que nos ayudará mucho habernos siempre como el primer día que entramos en la Religión.

Preguntó uno de aquellos monjes antiguos al abad Agatón: ¿cómo se habría en la Religión? Respondió: Mira cuál fuiste el primero día que dejaste el mundo y te recibieron en la Religión, y de esa manera permanece siempre. Pues si queréis saber cómo seréis buen religioso, y cómo os habréis para aprovechar mucho en virtud y perfección, éste es muy buen medio: mirad cuál fuisteis el primer día que dejasteis el mundo y fuisteis recibido en la Religión, y de esa manera permaneced siempre.

Considerad con cuánto fervor y fortaleza dejasteis el mundo y todo lo que en él teníais: los parientes, amigos y conocidos, la hacienda, riqueza, regalos y entretenimientos, y perseverad en aquel menosprecio del mundo y en aquel olvido de deudos y parientes, y en aquel sacudimiento de regalos y comodidades propias, y de esa manera seréis buen religioso.

Considerad también con cuánta humildad pedisteis ser recibido en la Religión y con cuánta instancia; y cómo el día que os dijeron el sí, os pareció que se os había abierto el Cielo, y quedasteis muy agradecido y muy obligado a servir a Dios y a la Religión por tan grande merced y beneficio; y perseverad ahora en ese agradecimiento y en ese humilde reconocimiento; sentíos ahora tan obligado y tan deudor como os sentisteis el primer día que os recibieron, y de esa manera aprovecharéis mucho en la Religión.

Considerad también, después de recibido, con cuánta devoción y modestia comenzasteis en los principios, con qué obediencia, con qué humildad, con qué prontitud, con qué indiferencia y resignación en todo, y perseverad siempre en eso, y de esa manera iréis medrando y creciendo en virtud y en perfección.

Este medio es muy recomendado de los Santos, como luego veremos; pero es menester que le entendamos bien. No queremos decir que no habéis de tener ahora más virtud que el día primero que entrasteis en la Religión, ni que el antiguo se ha de contentar con la virtud del novicio, que, claro está que ha de tener más virtud el antiguo, y que ha de estar más aprovechado que el novicio, que comen-

zó ayer: como en el estudio, el que ha diez años que estudia ha de estar más aprovechado y saber más que el que comienza. Pues la Religión es una escuela de virtud y perfección; y así, el que más anda en esta escuela, ha de haber aprendido y aprovechado más. Pero así como a uno que comenzó a estudiar con mucho fervor y grandes bríos, y después se cansa y afloja, le decimos que torne al fervor primero y al cuidado y diligencia con que comenzó al principio, y que de esta manera saldrá con el estudio; así, lo que decimos ahora es que volváis a aquellos primeros fervores con que comenzasteis el camino de la virtud el primer día que entrasteis en la Religión. Mirad con qué denuedo y con qué brío comenzasteis entonces a servir a Dios, que no se os ponía nada delante, ni se os hacía cosa dificultosa, y andad ahora con aquel fervor y con aquellos ánimos y alientos, y de esa manera aprovecharéis mucho en la Religión. Esto es lo que nos quieren decir los Santos en este medio.

El bienaventurado San Antonio, rogándole sus discípulos que les diese algunos avisos espirituales para su aprovechamiento, comenzó por aquí su razonamiento, como lo refiere San Atanasio en su vida: «Esto es lo primero que a todos encargo: que nadie comience a cansarse en el fervor del camino emprendido, sino como si de nuevo comenzara, acreciente sin cesar lo comenzado». Y fuera de que otras muchas veces les repetía esto mismo, estando ya cercano a su muerte, como en testamento y última voluntad, para que se les quedase más impreso en el corazón, se lo tomó a encargar con unas palabras muy tiernas, al fin como de padre: «Yo, hijuelos míos, entro, según frase de la Escritura, por el camino de nuestros padres, pues ya el Señor me convida, ya deseo ver el Cielo; mas a vosotros, hijos de mis entrañas, os exhorto que no perdáis en un momento el trabajo de tanto tiempo; pensad que hoy emprendéis la vida religiosa, e id siempre creciendo en la firmeza de este propósito». Si queréis aprovechar en virtud y en perfección, tened esto delante de los ojos: haced cuenta que cada día comenzáis de nuevo, y comportaos siempre como el primer día que comenzasteis, y de esa manera seréis buenos religiosos.

San Agustín pone también este medio: olvidaos de todo cuanto habéis hecho hasta aquí, y haced cuenta que cada día comenzáis de nuevo. Declaraba esto San Antonio con un ejemplo manual: Así como acá los siervos y criados de los señores, por mucho que hayan servido a sus amos y por mucho que hayan trabajado, no dejan de

hacer lo que de nuevo se ofrece, sino que están siempre tan prontos y dispuestos para hacer lo que les mandan, como si cada día fuera el primero que comienzan a servir, y como si hasta allí no hubieran servido ni trabajado nada; así, dice, habemos de servir nosotros a Dios, nuestro Criador y Señor, como si cada día fuese el primero y como si hasta aquí no hubiéramos servido nada.

Buen ejemplo tenemos de esto en el glorioso Bernardo: cuenta de él Surio en su Vida, que a los otros los tenía él por santos y por perfectos, y que como gente ya aprovechada y que iba muy adelante, podían tener algunas indulgencias y licencias en algunas cosas. Esto es muy bueno para no juzgar a los otros cuando vemos en ellos algo de esto. Pero a sí mismo dice que se tenía siempre por principiante y por novicio, y que no le convenían esas licencias y exenciones. Y así no perdía punto del rigor de la Religión, ni de los trabajos comunes, ni de los ejercicios humildes. Él era el primero en todas las obediencias, y el que primero echaba mano de la escoba y del estropajo; en ninguna cosa quería eximirse ni excusarse de los demás; antes, cuando los otros hacían algún ejercicio de manos y él no sabía hacer aquello, por no perder la ocasión, procuraba recompensarlo, ocupándose entonces en algún ejercicio más humilde y bajo que aquél; tomaba una azada y se ponía a cavar, o una hacha y partía leña y la llevaba a cuestas a la cocina. Y se holgaba mucho de ocuparse en semejantes ejercicios, y le parecía que todo eso necesitaba él para su aprovechamiento; no como algunos, que cuando hacen estas cosas dicen: Siquiera para dar ejemplo; que ellos no les parece que lo necesitan, ni que les hace aquello al caso. Bueno es que hagáis eso para dar ejemplo y edificación; pero mejor sería que entendieseis que también lo necesitáis vos, pues a San Bernardo le parecía que lo necesitaba él.

Añade aquí San Antonio otro punto muy bueno, con que se declara más lo pasado. No se contenta el Santo con que no volvamos atrás de aquellos primeros fervores con que comenzamos, sino quiere que vayamos siempre adelante, añadiendo y acrecentando más y más. Como el que comienza de nuevo a servir a Dios procura ir cada día añadiendo y acrecentando servicios, viendo que hasta allí todo han sido ofensas y pecados, para recompensar lo pasado y hacerse digno de premio y galardón; así habemos de andar nosotros siempre, como quien no ha allegado nada hasta aquí, sino antes derramado y desperdiciado.

Este medio dice San Gregorio que conviene a todos, aunque sean muy perfectos. Porque el Profeta David, varón perfecto era, y con todo eso, como si comenzara, decía (Sal 76, 11)*: Y dije: ahora comienzo.* Porque andaba con tanto fervor y diligencia en el servicio del Señor al cabo de su vejez, como si entonces comenzara de nuevo a servirle. Antes esto es muy propio de los varones perfectos, conforme a aquello del Sabio (Eclo 18, 6)*:* [*Cuando el hombre hubiere acabado, entonces comenzará*]*. Los* verdaderos siervos de Dios, cuanto más adelante van, y cuanto más se acercan al fin y a la perfección, tanto andan con mayor cuidado y fervor *como los que cavan tesoro,* que dice Job (3, 21). Dice San Gregorio: Así como los que cavando buscan tesoro, cuanto más han cavado y van en lo más hondo, con mayor diligencia se dan al trabajo, porque como entienden que se acerca más el tesoro escondido, que buscan, y que les falta poco para dar con él, anímanse a trabajar más fuertemente y cavan con mayor gusto y contento; así los que de veras tratan de su aprovechamiento y perfección cuanto más adelante van y cuanto más se acercan al fin, tanto mayor prisa se dan. ¡Oh!, que está ya cerca el tesoro; animaos, daos prisa, que ya poco os falta para llegar a él. Y *tanto más, cuanto más viereis acercarse el día,* dice el Apóstol (Heb 10, 25); como si dijera, dice San Gregorio: Tanto más ha de crecer el trabajo cuanto el premio y galardón estén más cerca. Cuando la piedra se mueve hacia abajo, cuanto más se acerca a su centro, va con mayor velocidad y ligereza hasta acabar de llegar; así cuando uno va aprovechando más en virtud y perfección, y se va acercando y llegando más a Dios, que es su centro y último fin, tanto se da mayor prisa para acabar de llegar. Y éstos, dice San Basilio, son los fervorosos de espíritu, que dice San Pablo (Rm 12, 11): [*Prontos en hacer bien, con fervor de espíritu servid al Señor.*] Hay algunos que a los principios, cuando entran en Religión, comienzan con fervor, y en saliendo del noviciado, luego se cansan y hacen de los antiguos; éstos no son fervorosos de espíritu, sino tibios y perezosos. Los fervorosos de espíritu, dice San Basilio, son aquellos que andan siempre como el primer día, con un ardiente deseo y con un hambre insaciable, que nunca se hartan ni se cansan de servir a Dios, sino siempre desean servirle más y más, conforme a aquello del Profeta (Sal 111, 1): [*Empleará toda su afición en los mandamientos de Dios.*]

CAPÍTULO 15

Que ayudará mucho preguntarse cada uno a sí mismo a menudo: ¿A qué viniste a la Religión?

Otro medio nos aprovechará también mucho para crecer en virtud y alcanzar la perfección, y es el que usaba San Bernardo, como lo refiere Surio en su vida: Traía siempre en el corazón, y muchas veces hablando consigo mismo, decía: Bernardo, Bernardo, ¿a qué has venido a la Religión? Y lo mismo leemos del santo abad Arsenio, que muchas veces se preguntaba a sí mismo: Arsenio, Arsenio, ¿a qué has venido? Entraba muchas veces en cuenta consigo: Arsenio, ¿para qué dejaste el mundo? ¿Qué fue tu fin e intento en dejarle y acogerte a la religión? Por ventura, ¿no fue para que en ella procurases agradar del todo a Dios, y no se te diese nada de agradar y contentar a los hombres, ni de ser tenido ni estimado de ellos? Pues ten cuidado de eso, y no hagas caso de la opinión y estima de los hombres, porque ése es el mundo que tú dejaste, no te vuelvas a él con el corazón; porque poco te aprovechará estar acá en la Religión con el cuerpo, si con el corazón estás en el mundo, deseando el aplauso y estima de los hombres. Con esto se despertaban y animaban mucho estos Santos. Pues con esto también nos habemos nosotros de despertar y animar a ir adelante, y a vencer todas las dificultades que se nos ofrecieren en la Religión.

Cuando sintiereis dificultad en alguna obediencia, despertaos con estas palabras: ¿A qué viniste a la Religión? ¿Viniste, por ventura, a hacer tu voluntad? No, por cierto, sino a seguir la ajena; pues ¿por qué quieres hacer la tuya? Cuando sintiereis algún efecto de la pobreza, con esto os habéis de animar: Por ventura, ¿viniste acá a buscar tus comodidades, y a tenerlo todo muy cumplido, y a que no te faltase nada? ¿No sabes que viniste a ser pobre y a padecer necesidad como verdadero pobre? Pues ¿de qué te quejas? Cuando os pareciere que no se hace caso de vos, animaos y consolaos con esto: ¿Viniste, por ventura, a la Religión a ser tenido y estimado? No, por cierto, sino a ser olvidado de los hombres y a no hacer caso de la opinión y estima del mundo: pues ¿por qué rehúsas aquello a que viniste, y te quieres volver a lo que ya dejaste? Eso es ser religioso: no hacer tu voluntad, ser pobre y padecer necesidad, y querer ser ol-

vidado y que no hagan caso de ti. Eso es estar muerto al mundo y vivir a Dios.

Pues a esto venimos a la Religión, y poco nos aprovechará estar en ella si no hacemos aquello a que venimos; porque no hace santos el lugar, sino la vida religiosa y perfecta. Dice esto muy bien San Agustín en un sermón que hace a los religiosos que moraban en el desierto: Veis aquí, hermanos míos, estamos en la soledad, ya dejamos el mundo y estamos en la Religión. Pero el lugar no hace santos a sus moradores, sino las obras buenas; la vida religiosa, ésa hará santo el lugar y a nosotros también. ¡Ay!, que por santo que sea el lugar, aunque más encerrados estéis en la Religión, ahí podéis pecar, y ahí os podéis condenar, dice San Agustín; no os fiéis en eso, porque el ángel pecó en el Cielo y Adán en el Paraíso, y no había lugar más santo que aquéllos. Que no hace santos el lugar: si el lugar bastara para eso, ni el ángel cayera del Cielo, ni el hombre del Paraíso. Y así, no penséis que habéis concluido ya vuestro negocio, y que tenéis el campo seguro con decir: religioso soy, de la Compañía soy. Que no basta eso, si no hacéis aquello a que vinisteis a la Religión.

Mirad que no vinisteis acá a ser buen estudiante, ni a ser buen letrado, ni a ser buen predicador, sino a ser buen religioso y a procurar la perfección. ¡Oh!, que muy poco va en que salgáis más o menos letrado, en que salgáis grande o mediano predicador; sin embargo, en lo que va mucho y el todo, es en que salgáis bueno y perfecto religioso. Pues ¿qué hacemos si esto no hacemos? ¿Y qué habemos hecho hasta aquí, si no habemos hecho esto? ¿En qué habemos entendido, si no habemos entendido en aquello a que vinimos? Amigo mío, hermano mío, ¿a qué viniste?

Entrad en cuenta con vos y preguntaos esto muchas veces a vos mismo: ¡Ay, Dios mío!, ¿a qué oficio hubiera yo estado el tiempo que he estado en la Compañía que no hubiera salido ya con él? Si me hubiera puesto a pintor, ya supiera bien pintar; si a bordador, ya supiera bien bordar, y me pudiera valer del oficio; y me puse a ser buen religioso y no he salido con ello. Tantos años hace que ando en la escuela de la virtud, y aún no he acabado de aprender la primera letra de su abecé; aún no he alcanzado el primer grado de humildad. En siete años salís vos buen filósofo y buen teólogo; y yo en tantos años no he salido buen religioso. ¡Oh, si buscásemos y procurásemos

las verdaderas virtudes con tanto cuidado y diligencia como buscamos y procuramos las letras!

Dice San Bernardo: Muchos buscan la ciencia y pocos la conciencia. Pero si la buena conciencia se procurase con tanto cuidado y solicitud como la ciencia, más presto se alcanzaría y con más provecho se conservaría. Pues no sería mucho que pusiésemos tanto cuidado y diligencia en nuestro aprovechamiento, como ponemos en alcanzar las letras.

San Doroteo dice que se ayudaba él mucho de esta consideración Cuando yo estudiaba allá en el siglo, andaba, dice, tan embebecido en mi estudio, que no me acordaba ni pensaba en otra cosa, ni aun de comer me acordaba, ni me parecía que tenía tiempo para pensar en lo que había de comer; tanto, que si no fuera por un compañero muy amigo mío, que tenía cuidado de hacerme aderezar la comida y llamarme a comer, muchas veces me olvidara de eso; y era tanto el fervor que traía en mi estudio y el deseo que tenía de saber, que estando comiendo, tenía delante abierto el libro, y estaba comiendo y estudiando juntamente; y en viniendo de lección a la tarde, luego encendía luz y estudiaba hasta la medianoche; y cuando me iba a acostar, llevaba conmigo el libro a la cama, y en durmiendo un poco, luego tornaba a leer; y, finalmente, andaba tan absorto en mi estudio, que ninguna otra cosa me daba gusto sino estudiar. Después, cuando vine a la Religión, me ponía yo muchas veces a pensar, y hablando conmigo mismo, decía: Si para adquirir la elocuencia y las letras humanas pusiste tanto trabajo y andabas con tanto calor y fervor, ¿cuánto mayor razón será que en la Religión lo andes para alcanzar las verdaderas virtudes y la verdadera sabiduría, pues no viniste acá a otra cosa? Y dice que con esto se animaba y tomaba mucho aliento.

Pues razón será que nos despertemos y animemos nosotros también con esto, que algo más nos va en ser buenos religiosos que en ser buenos estudiantes o buenos letrados. Y así toda nuestra solicitud y diligencia ha de ser en cómo alcanzaremos esta sabiduría divina: ése ha de ser todo nuestro negocio. No tuvo el Hijo de Dios otro negocio en la tierra sino entender en amarnos y buscar nuestro provecho y nuestro mayor bien y tan a costa suya; ¿qué mucho que nosotros no tengamos acá otro negocio, sino entender en amar y agradar más a Dios, y en buscar y procurar su mayor gloria? Por lo cual dice el Apóstol (Heb 12, 12): [*Alzad las manos caídas y fortificad vuestras débiles rodillas*]: dejada la tibieza y flojedad, pongamos hal-

das en cinta y apresuremos nuestro paso. (Heb 4, 11)*:* [*Apresurémonos a entrar en aquel descanso*]*:* démonos prisa a caminar y a subir a este monte de la perfección y de la gloria: [*hasta el monte de Dios Horeb*] (1 Ry 19, 8).

Así como el caminante que se ha dormido mucho a la mañana, pone después diligencia para recobrar el tiempo perdido y procura darse prisa hasta alcanzar los compañeros que van adelante, así nosotros nos habemos de dar prisa y correr para recobrar el tiempo perdido. ¡Oh, que van mis compañeros y mis hermanos adelante, y yo solo me he quedado atrás, y había comenzado primero que ellos, porque entré primero en la Religión! ¡Oh, si tanto nos amargase el tiempo que habemos perdido hasta aquí, y lo sintiésemos tanto que nos sirviese de espuelas para correr ahora con gran fervor!

Dionisio Cartusiano trae aquel ejemplo que se cuenta en las Vidas de los Padres, de un mancebo que, queriendo entrar en Religión, su madre pretendía impedir el cumplimiento de sus buenos deseos, y le traía para ello muchas razones. Él en ninguna manera quiso condescender con ella ni volver atrás de su propósito, poniendo esto siempre por escudo: Quiero salvar mi ánima, quiero asegurar mi salvación, que es lo que me importa; con lo cual respondió a la molesta demanda de su madre. Al fin, como ella vio que no aprovechaban nada todas sus razones e importunaciones, le dejó que hiciese lo que quisiese, y así se entró en Religión. Pero comenzó presto a aflojar y a vivir con mucho descuido y negligencia en ella. De ahí a algunos días murió su madre, y él cayó en una grave enfermedad, en la cual un día le dio un paroxismo que le sacó de sí, y arrebatado en espíritu, fue llevado al juicio de Dios, donde halló ante el divino tribunal a su madre y a otros muchos, que con ella estaban aguardando la sentencia de su condenación. Volvió la madre los ojos, y viendo allí a su hijo entre los que habían de ser condenados, quedó espantada, y le dijo: ¿Qué es esto, hijo? ¿En esto has venido a parar? ¿Dónde están aquellas palabras que me decías, quiero salvar mi ánima? ¿Para esto entraste en la Religión? El quedó tan confuso y avergonzado, que no supo qué responder. Volvió en sí, y fue nuestro Señor servido que escapase de aquella enfermedad. Y considerando que aquélla había sido amonestación divina, dio una vuelta tan grande, que todo era llorar lo pasado y hacer penitencia; tanto, que muchos le decían que se moderase y remitiese algo del rigor por que no perdiese la salud. Pero él, no admitiendo esos consejos, respondía: Si no pude sufrir el

baldón de mi madre, ¿cómo podré sufrir el de Cristo y sus santos ángeles el día del juicio?

CAPÍTULO 16

De algunas otras cosas que nos ayudarán para ir adelante en nuestro aprovechamiento y alcanzar la perfección.

Dice Cristo nuestro Redentor en aquel soberano sermón del monte (Mt 5, 48)*: Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto.* El glorioso Cipriano, sobre estas palabras dice: Si a los hombres es cosa muy alegre y gloriosa tener los hijos semejantes a sí, y entonces se huelgan y regocijan más de haberlos engendrado cuando ven que en las facciones, y en el aire, y en los meneos, y en todo se parecen a sus padres, ¿cuánto más nuestro Padre celestial se alegrará y regocijará cuando viere que sus hijos espirituales salen semejantes a Él? ¿Qué palma, qué premio, qué corona, qué gloria os parece que será, que seáis vos tal, que no se queje Dios de vos, como se queja por Isaías (1, 2) de su pueblo, diciendo: *He criado hijos, y helos levantado y ensalzado, y ellos me han menospreciado a mí,* sino que seáis tal, que vuestras obras redunden en grande gloria y honra de vuestro Padre celestial? Esa es grande gloria de Dios, tener hijos tan semejantes a sí que por ellos venga a ser conocido, honrado y glorificado.

Pues ¿cómo seremos semejantes a nuestro Padre celestial? San Agustín nos lo dice: Tanto seremos más semejantes a Dios cuanto más participáremos de su justicia y santidad; cuanto más justos y perfectos fuéremos, tanto nos pareceremos más a nuestro Padre celestial. Y por eso desea tanto el Señor que seamos santos y perfectos, y nos lo acuerda y repite muy a menudo, unas veces por San Pablo (1 Tes 4, 3)*:* [*Ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*]*;* otras, por San Mateo (5, 48)*: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto;* otras, por el Apóstol San Pedro (1 Ped 1, 16): *Sed santos, porque Yo, que soy vuestro Señor y vuestro Dios, soy santo.* Esa es la voluntad de nuestro Padre celestial.

Es gran contento de los padres tener los hijos buenos, sabios y santos. *El hijo tal,* dice Salomón (Prov 10, 1), *es alegría de su padre,* como, por el contrario, *el hijo necio y ruin le es dolor y tristeza.* Pues

por esto habíamos de procurar darnos a la virtud y perfección, aunque no hubiera otra razón para ello, por dar contento a Dios. Porque éste ha de ser siempre nuestro principal motivo en todas nuestras obras, el contento de Dios y la mayor honra y gloria suya.

Pero fuera de esto diremos algunos otros medios que nos animen y ayuden a ello. San Agustín dice que la causa por que la Sagrada Escritura nos llama tantas veces hijos de Dios: *Yo seré vuestro Padre, y vosotros seréis mis hijos,* que tantas veces repiten los profetas; y el Apóstol San Pablo (Ef 5, 1)*:* [*Sed imitadores de Dios, como hijos muy amados*]*;* y el Apóstol y Evangelista San Juan (1 Jn 3, 1)*:* [*Mirad qué tan grande amor nos tuvo el Padre, pues nos dio que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos*]*,* y en otros muchos lugares: la causa de repetirnos tantas veces eso, dice que es para que, viendo y considerando nuestra dignidad y excelencia, nos estimemos y nos guardemos con mayor cuidado y diligencia. La vestidura rica se guarda con mucha diligencia, y se pone gran cuidado en que no caiga mancha alguna sobre ella. La piedra preciosa y las demás cosas ricas, con mayor cuidado se guardan. Pues para que nos guardemos con gran cuidado y tengamos gran cuenta con nosotros, dice San Agustín, que nos pone tantas veces delante la Sagrada Escritura, que miremos que somos hijos de Dios, y que nuestro Padre es el mismo Dios, para que hagamos como hijos de quien somos, y no desdigamos ni degeneremos de los altos y generosos pensamientos de hijos de Dios. Concuerda San León Papa diciendo: Reconoced vuestra dignidad, acordaos que sois hijos de Dios y no hagáis cosa indigna de la nobleza y generosidad de hijo de quien sois. Y San Pablo, en los Actos de los Apóstoles (17, 28), esto puso delante de los atenienses para animarlos y levantarlos a mayores cosas: [*Porque somos linaje de Dios. Siendo, pues, linaje de Dios,* etc.].

Aplicando esto más a nosotros, y juntamente el ejemplo de la vestidura, que trae San Agustín, así como en la vestidura rica hace gran fealdad cualquier mancha, y cuanto más preciosa es la ropa, tanto más la afea; en la tela y brocado sale mucho una mancha, pero en el sayal no se echa de ver, ni se hace caso de eso; así en los que viven allá en el mundo no se echa de ver una mancha de un pecado venial, ni aun a veces de un mortal, ni se hace caso de eso por nuestros pecados; pero en los religiosos, que son los hijos queridos y regalados de Dios, cualquier mancha y cualquier imperfección campea y se echa mucho de ver: una inmodestia, una murmuración muy li-

viana, una palabra impaciente y colérica, ofende y desedifica mucho acá, y entre seglares no se hace caso de eso. El polvo en los pies no es de consideración; pero en los ojos y en las niñetas de los ojos lo es, y mucho. Los del mundo son como los pies de este cuerpo de la Iglesia; los religiosos, como los ojos y como las niñetas de ellos; y así, cualquiera falta en el religioso es de mucha consideración, porque le desdora y causa gran fealdad en él, y así tiene obligación de guardarse con mayor cuidado.

Otra cosa nos ayudará también mucho para aprovechar e ir siempre adelante, que la tocamos arriba (cap. 7): que entendamos que es mucho lo que nos falta por andar y que no es nada lo que tenemos y habemos alcanzado hasta aquí. Este medio se nos insinúa también en las palabras propuestas. ¿Para qué pensáis que nos dice Cristo nuestro Redentor; *Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto?* ¿Por ventura podemos nosotros llegar a la perfección de nuestro Padre celestial? *¿Acaso el hombre parecerá justo si se compara con Dios?*], dice Job (4, 17). No por cierto, ni con millares de leguas; por mucho que nos aventajásemos, habría siempre infinita distancia entre nosotros y Él. Pero nos dice que seamos perfectos, como nuestro Padre celestial es perfecto, para que entendamos que en este camino de la virtud siempre hay que andar, y así nunca nos habemos de contentar con lo que tenemos, sino trabajar por lo que nos falta. Suelen decir comúnmente los Santos, y con mucha razón, que no hay más cierto indicio de estar uno muy lejos de la perfección, que pensar que ha llegado ya a ella, porque en este maravilloso camino, cuanto uno va caminando más, va descubriendo más tierra y viendo lo mucho que le falta.

Dice San Buenaventura que así como mientras más sube uno a la altura de un monte, más descubre, así mientras más sube uno a la cumbre de este monte de la perfección, más descubre. Nos sueles acá acontecer que mirando de lejos hacia un alto monte nos parece que está junto al Cielo, y que desde allí podríamos llegar con la mano a él; pero después que vamos caminando y subimos al monte, hallamos que está mucho más alto el Cielo. Así es en este camino de la perfección y del conocimiento y amor de Dios (Sal 63, 8). [*Se allegará el hombre de corazón alto, y más alto se levantará Dios*]. Así declara San Cipriano este lugar: que por mucho que subamos en el conocimiento de Dios, queda Dios más alto. Por mucho que conozcáis de Dios, hay mucho más que conocer: y por mucho que le améis,

hay mucho más que amar. Siempre hay que subir en este camino de la perfección y el que piensa que ha llegado ya a ella y la ha alcanzado, es que está muy lejos, y así le parece que podrá llegar con la mano al Cielo.

Se entenderá también esto por lo que vemos acá en las ciencias; que cuanto uno sabe más, tanto más entiende lo que le falta por saber. Y así decía el otro filósofo: «Sólo esto sé, que nada sé». Y el otro gran músico se entristecía y decía que no sabia nada, porque le parecía que veía unos campos tan anchos, que no podía llegar allá, ni lo entendía. Los que poco saben, como no entienden lo que les falta y lo mucho que hay que saber, piensan que saben mucho. Así es en esta sabiduría divina. Los siervos de Dios que han estudiado y aprovechado mucho en ella, conocen bien lo mucho que les falta para llegar a la perfección. Y esta es la causa que mientras más va uno aprovechando, es más humilde. Lo uno, porque así como va creciendo en las demás virtudes, va también creciendo en la virtud de la humildad, y en mayor conocimiento propio, y en mayor desprecio de sí mismo; porque todas esas cosas andan juntas. Lo otro, porque conoce más lo que le falta; mientras más luz y conocimiento tiene de la bondad y majestad de Dios, más profundo conocimiento tiene de su miseria y de su nada, porque (Sal 41, 8) [*un abismo llama a otro abismo*]. Aquel abismo del conocimiento de la bondad y grandeza de Dios descubre el abismo y profundidad de nuestra miseria, y nos hace ver los átomos y polvos infinitos de nuestras imperfecciones, y lo mucho que nos falta para llegar a la perfección. El novicio y el que comienza, algunas veces piensa que tiene ya virtud, y es porque no conoce lo mucho que le falta.

Acontece que ve una imagen uno que no sabe del arte, y le parece muy bien, y no echa de ver falta ninguna en ella: viene un buen pintor, y la mira con atención, y halla muchas faltas. Así es acá: no sabéis del arte del propio conocimiento, y por eso no echáis de ver las faltas que hay en esa imagen de vuestra ánima. El otro, como sabe mucho del arte, échalas de ver. De todo esto nos habemos de ayudar para andar más deseosos de alcanzar lo que nos falta, y poner mayor cuidado y diligencia en ello. (Mt 5, 6): *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia.* Declara San Jerónimo: Bienaventurados los que por justos que sean nunca se hartan, ni les parece que basta lo que tienen, sino siempre tienen hambre y sed de más virtud y perfección, como la tenía el Profeta David, cuando decía

y pedía a Dios (Sal 50, 4)*: Señor, lavadme más y más de mi maldad, y limpiadme de mi pecado:* no me contento con estar limpio y lavado de mis pecados; no me contento con estar blanco, sino querría que me pusieseis tan blanco como la nieve, y aún más que la nieve: [*Rocíame, Señor, con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré emblanquecido más que la nieve*]*:* no sólo rociadme por encima, sino lavadme muy bien. Pues así habemos nosotros de clamar y dar voces a Dios: Señor, más humildad, más paciencia, más caridad, más mortificación, más indiferencia y resignación: [*Lavadme más*].

CAPÍTULO 17

De la perseverancia que habemos de tener en la virtud y lo que nos ayudará a tenerla.

El bienaventurado San Agustín, sobre aquellas palabras del Apóstol (2 Tim 2, 5): *No será coronado sino el que peleare legítimamente,* dice que pelear *legítimamente* es pelear con perseverancia hasta el fin, y ése es el que merece ser coronado. Y trae aquel dicho que es también de San Jerónimo y común de los Santos: El comenzar el camino de la virtud y perfección es de muchos, pero el perseverar en él hasta el fin es de pocos. Como vemos en lo que aconteció a los hijos de Israel, que fueron muchos los que salieron de Egipto: seiscientos mil, dice la Sagrada Escritura (Num 1, 46), sin las mujeres y niños, y de todos ellos solo dos entraron en la tierra de promisión. De manera que no es cosa grande el comenzar lo bueno, ni está en eso el punto ni la dificultad, sino en el perseverar y acabar en ello.

Dice San Efrén que así como no es el trabajo del que edifica el echar los fundamentos, sino el acabar el edificio, y cuanto éste más sube y más alto va, tanto es mayor el trabajo y la costa, así también en el edificio espiritual no está la dificultad en echar los fundamentos y comenzar, sino en acabar; y poco nos aprovechará haber comenzado bien si no acabamos bien.

Dice San Jerónimo que no habemos de mirar a los principios, sino al fin; San Pablo comenzó mal y acabó bien, y Judas comenzó bien y acabó mal. ¿Qué le aprovechó haber sido discípulo y Apóstol de Cristo? ¿Qué le aprovechó haber hecho milagros? Así, ¿qué os

aprovechará a vos haber comenzado bien, si acabáis mal? No a los que comienzan, sino a los que perseveran, se promete el premio y la corona (Mt 24, 13): [*El que perseverare hasta el fin, ése será salvo*].

Al fin de la escala vio Jacob que estaba el Señor, no al principio ni al medio, para darnos a entender, dice San Jerónimo (1. e.), que no basta comenzar bien ni mediar, si no perseveramos y acabamos bien. Y San Bernardo dice: Poned el término de vuestro caminar y perseverar donde Cristo le puso, del cual dice San Pablo (Flp 2, 8) *que fue obediente hasta la muerte;* porque por más que corráis, si no es hasta morir, no alcanzaréis la corona.

Cristo nuestro Redentor nos avisa muy en particular de esto en el Sagrado Evangelio (Lc 9, 62): *El que echa mano del arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de Dios. Acordaos,* dice (Lc 17, 32), *de la mujer de Lot.* ¿Qué hizo la mujer de Lot? La había Dios sacado y librado de Sodoma, y ya que estaba en el camino miró atrás, y adonde miró, allí se quedó hecha estatua de sal. ¿Qué quiere decir esto? ¿Sabéis qué? Dice San Agustín: La sal sazona y conserva las cosas; y por esto dice Cristo que nos acordemos de la mujer de Lot, para que, mirando lo que a ella le sucedió, nos conservemos con aquella sal, y escarmentando en ella, perseveremos en el buen camino que habemos comenzado, y no volvamos atrás, porque no nos convirtamos nosotros también en estatuas de sal, con que otros se conserven y perseveren viendo nuestra caída. ¡Cuántos vemos en el día de hoy que no nos sirven a nosotros sino de estatuas de sal, con que nos conservemos! Pues escarmentemos en cabeza ajena, y no hagamos por donde otros escarmienten en la nuestra.

Añaden los Santos Agustino Jerónimo que comenzar bien y acabar mal es hacer cosas monstruosas, porque aquellas obras y acciones que comienzan por bien y por razón, y acaban en mal y en sensualidad, son quimeras: es, dicen, como si «a una cabeza de hombre le hiciese un pintor un cuello de caballo»; ése es monstruo: así es el comenzar bien y acabar mal. Y eso es con lo que da en rostro el Apóstol San Pablo a los de Galacia (3, 3), que habían vuelto atrás: *¿Tan necios sois, que habiendo comenzado en espíritu acabáis en carne? ¿Quién os ha engañado?*

Para que podamos perseverar y alcanzar del Señor esta merced, es menester que procuremos fundarnos muy bien en la virtud y mortificación, porque por no estar uno bien fundado, viene a desdecir y

caer. Las manzanas agusanadas son las que presto se caen y no llegan a sazón, pero las buenas y sanas duran en el árbol hasta llegar a su perfección. Así, si no hay virtud sólida, si tenéis el corazón vano, si hay allá dentro algún gusanillo de presunción y soberbia o impaciencia, o de alguna otra afición desordenada, eso os irá royendo y consumiendo el jugo, y enflaqueciendo la sustancia y fortaleza de la virtud, y os pondrá en peligro la perseverancia. Dice el Apóstol (Heb 13, 9): *Importa mucho fortificar y fortalecer él corazón con la gracia de Dios y* con verdaderas y sólidas virtudes.

San Alberto Magno declara bien de qué manera nos habemos de fundar en las virtudes para poder durar y perseverar en ellas. Dice que el verdadero siervo de Dios ha de estar tan fundado en la virtud, y la ha de tener tan arraigada allá dentro en el corazón, que siempre esté en su mano ejercitarla, y no dependa de lo que otros puedan hacer o decir. Hay algunos que mientras no se les ofrecen ocasiones, sino que les suceden las cosas conforme a su gusto, parece que son humildes y tienen mucha paz; pero en ofreciéndose la ocasión, por liviana que sea, luego pierden la paz y muestran lo que son. Y entonces, dice San Alberto Magno, no está la virtud de la paz ni de la humildad en ellos, sino en los otros; ésa es virtud de los otros y no vuestra, pues ellos os la quitan y ellos os hacen gracia de ella cuando quieren. Eso es ser bueno por virtud del otro, como suelen decir allá los del mundo cuando los alaban: eso será por virtud de vuestra merced. Y dicen la verdad. No habéis de ser bueno por virtud ajena, sino por virtud propia, que esté en vos, y no dependa de otros. Comparan a éstos muy bien a unas lagunas de agua reposada, que si las dejáis estar, no dan mal olor; pero si las meneáis, no hay quien lo sufra. Así éstos, mientras no les tocan, sino que los dejan andar al sabor de su paladar, parecen agua clara; pero meneadlos un poco y veréis qué olor echan de sí (Sal 143, 5): [*Tocad los montes y humearán*].

CAPÍTULO 18

De otro medio para aprovechar en virtud, que son las exhortaciones y pláticas espirituales, y cómo nos aprovecharemos de ellas.

Entre otros medios que tiene la Religión, y muy particularmente la Compañía, para ayudar y animar a los suyos a que vayan adelante

en virtud y perfección, es uno muy principal las pláticas y exhortaciones espirituales tan ordinarias que para esto tenemos de regla. Y así diremos aquí algunas cosas, que nos ayudarán para aprovecharnos más de ellas, que podrán servir a todos para aprovecharse y sacar fruto de los sermones que oyen.

Lo primero nos ayudará mucho para esto que no vayamos a ellas por costumbre y por cumplimiento, sino con verdadero deseo de aprovecharnos y sacar fruto de ellas. Consideremos con qué ansia y deseo irían aquellos Padres del yermo cuando se juntaban a aquellas colaciones y conferencias espirituales que tenían, y qué provisión llevarían de allí para sus celdas. Pues con esa ansia y deseo habemos nosotros de ir, y entonces nos entrarán ellas en provecho, como cuando uno va a comer con gana y con hambre, entonces parece que le entra en provecho lo que come. Y nota San Crisóstomo, que así como el tener uno buena gana de comer es señal de salud y buena disposición corporal, así el tener deseo y hambre de oír la palabra de Dios es señal de que está buena el alma. Y si no tenéis hambre de la palabra de Dios ni gustáis de ella, es mala señal: enfermo estáis, pues no tenéis gana de comer, antes tenéis hastío de este manjar espiritual. Y aunque no hubiese en esto otra cosa, por sólo oír tratar y hablar un poco de Dios, habíamos de ir a estas pláticas con mucho consuelo y gusto, porque, naturalmente, se huelga uno que le hablen y traten del que mucho ama, como el padre de su hijo. Pues si amáis a Dios, holgaréis de oír hablar de Dios. Y así dijo Cristo nuestro Redentor (Jn 8, 47)*: El que es de Dios, oye las palabras de Dios.* Y, por el contrario, del que no gusta de oír la palabra de Dios, añadió luego: Y *por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios.*

Lo segundo, para aprovecharnos de estas pláticas es menester que no vayamos a ellas con curiosidad, atendiendo al modo y gracia con que se dicen, o si se traen algunas cosas nuevas o extraordinarias, sino que quitemos los ojos de eso y los pongamos en la sustancia de lo que se dice. Esta es una de las cosas que nosotros reprendemos en los del mundo, y por la cual el día de hoy muchos sacan poco fruto de los sermones. ¿Qué diríamos del enfermo a quien va a sangrar el barbero, si no se dejase sangrar, sino se estuviese mirando los instrumentos? ¡Oh, qué linda lanceta! ¡Oh, qué gentil navaja! ¡Oh, qué buena caja! ¿Dónde se hizo? Dejaos de eso y sangraron han, que es lo que importa: eso otro no os hace al caso. Pues así son los que no tienen cuenta con la sustancia de lo que se dice, que es lo

que ellos requieren, sino con las palabras y trazas o artificio. Comparan éstos muy bien al harnero o criba y al cedazo, que despiden de sí el grano y la flor de la harina, y se quedan con solas las pajas y el salvado.

En el libro primero de Esdras (10, 1), cuenta la Sagrada Escritura que leyendo Esdras la ley del Señor al pueblo de Israel, era tanta la emoción de la gente y tan grandes los llantos y gritos, cotejando sus obras y vida con aquella regla que oían, que era menester que los levitas anduviesen acallando la gente y haciendo silencio, para que el predicador pudiese proseguir su sermón. De esta manera se han de oír las exhortaciones y sermones, con confusión y compunción, cotejando cada uno su vida con lo que oye, considerando cuán diferentes somos de lo que allí se nos dice y cuán lejos estamos de la perfección que allí se nos platica.

Lo tercero, con que se confirma más lo pasado, es que entiendan todos que estas pláticas no son para decir cosas nuevas y extraordinarias, sino para traemos a la memoria las cosas comunes y ordinarias que traemos entre manos, y poneros calor en ellas. Y con este presupuesto habemos de ir a ellas, porque así, echada fuera toda curiosidad, sacaremos más provecho de ellas. Para este fin ordena expresamente nuestro Padre que se hagan las pláticas en la Compañía. En la tercera parte de las Constituciones, después que ha puesto las reglas que tenemos sacadas en el Sumario, dice: «Haya quien dé cada semana, o a lo menos cada quince días, éstos u otros semejantes recuerdos, porque por la fragilidad de nuestra naturaleza no se olviden, y así cese la ejecución de ellos.»

Y de camino nota aquí el P. Maestro Nadal, en las declaraciones que escribió sobre las Constituciones, que aunque la constitución pone aquella disyuntiva, cada ocho o a lo menos cada quince días, pero que la costumbre universal de la Compañía es que no se dilate esto a los quince días, sino que se haga cada ocho días. Tomó la Compañía lo mejor, y ninguno mejor que él pudo, decir esto, porque visitó casi toda la Compañía, y sabía bien la costumbre universal de ella.

De manera que estas pláticas son para refrescar la memoria de lo que ya sabemos, porque nos olvidamos fácilmente de lo bueno, y así es menester que nos lo recuerden y repitan muchas veces. Y aunque lo tuviésemos en la memoria, para avivar nuestra voluntad y

deseo, es menester darnos voces, repitiéndonos nuestra obligación y profesión, y qué es a lo que venimos a la Religión: porque verdadera es aquella sentencia de San Agustín: «Vuela delante el entendimiento, síguele tardo o nulo el afecto del corazón». Aún más, lisiada y enferma quedó nuestra voluntad para seguir lo que conviene, que el entendimiento para entenderlo. Por esto es necesario decirnos muchas veces unas mismas cosas, y así lo hacía el Apóstol San Pablo, Como él lo dice a los Filipenses (3, 1): [*Por lo demás, hermanos míos, alegraos en el Señor. El escribiros las mismas cosas, a mí no me es molesto, y a vosotros os es necesario*]. No le faltaban al Apóstol cosas que decir, y bien nuevas y exquisitas las podía decir el que había sido arrebatado al tercer Cielo; pero siéntese obligado a decirles y repetirles las mismas cosas que otras veces les había dicho, porque aquello les era a ellos más necesario. Eso es a lo que ha de atender el que hace las pláticas, y el que hace los sermones: no a decir lo que a él le ha de hacer parecer más docto y erudito, porque eso sería predicarse a sí mismo, sino lo que ha de hacer más provecho a los oyentes. Y a esto también han de tener ojo los oyentes, y de esta manera no se enfadarán de oír las cosas comunes y que ya saben, pues que ven que las han menester, porque no las obran o, a lo menos, no con aquella perfección que deberían.

Lo cuarto, ayudará mucho que lo que se dice en las pláticas lo tome cada uno como si para él solo se dijese, y no como dicho para los otros. No nos hagamos a oír estas pláticas como los del mundo oyen los sermones. Decía un gran predicador: Todos los que me oís sois trinchantes; porque así como el trinchante todo su oficio es repartir para otros, y él se queda sin nada, así vosotros, cuando me oís, decís: ¡Oh, qué buen punto éste para fulano! ¡Oh, qué bien le viene esto a zutano! ¡Oh, si estuviera aquí mi vecino, cómo le hiciera esto al caso! Y vos os quedáis sin nada. Convidados quiero que seáis en este convite de la palabra de Dios, no trinchantes.

Dice el Eclesiástico (21, 18): *El hombre prudente y sabio cualquiera palabra provechosa que oye la aplica a sí; pero el vicioso y vano se descontenta de ella y échala a las espaldas, se la echa a otros.* Pues seamos de los cuerdos, y cada uno tome lo que se dice para sí, y como si a él solo se dijese y con él solo se hablase y no con otro. Porque lo que parece que viene bien a otro, os vendrá por ventura mejor a vos; sino que muchas veces (Mt 7, 3) vemos *la paja* en los ojos de nuestro vecino y no vemos *la viga* que tenemos atra-

vesada en los nuestros. Especialmente, que aunque al presente no sintáis aquello en vos, lo habéis de guardar para después, que lo habréis menester, y por ventura muy presto. Y así siempre lo habéis de tomar, como si por vos y para vos solo se dijese.

Lo quinto, con que se declara más esto, conviene mucho que todos tengan entendido y vayan siempre con este presupuesto, que lo que en las pláticas se dice o reprende, no es porque al presente haya aquello en casa, sino para que nunca lo haya. Porque la medicina que previene la enfermedad y preserva de ella es mucho mejor que la que la cura después. Y eso es lo que hacemos en estas exhortaciones, conforme al consejo del Sabio (Eclo 18, 20)*:* [*Antes de la dolencia apareja la medicina*]*;* aplicamos la medicina y el remedio antes que venga la enfermedad, exhortando a lo bueno y vituperando lo malo, para que así no venga nadie a caer en aquello, que ya sabe que es malo y peligroso. Y así sería gran falta juzgar: esto se dijo por fulano; y mucho mayor decirlo. Porque no se pretende notar a ninguno en particular, que no sería eso prudencia, ni de fruto, sino antes de daño. Y así seria juzgar y condenar al que hace la plática de una cosa muy mal hecha.

Pero aunque de parte del que predica o hace la plática ha de haber esta circunspección y recato; mas de parte del que oye será muy bueno que cada uno tome lo que se dice, como si por él y para él solo se dijese. No que entienda que el que platica le quiso notar y señalar a él, porque eso, como habemos dicho, sería falta; sino que, entrando cada uno la mano en su pecho y yendo cotejando sus obras y su vida con aquello que oye, diga: Verdaderamente todo esto dice a mí, y yo tengo mucha necesidad de ello: Dios se lo puso en la boca para mí provecho; porque de esa manera se saca mucho fruto.

De aquella plática que hizo Cristo nuestro Redentor a la Samaritana, dice el Sagrado Evangelio (Jn 4, 29) que salió ella dando voces, diciendo: *Venid y veréis un hombre que me ha dicho cuanto ha pasado por mí.* Cuando el predicador habla con los oyentes y les dice lo que pasa por sus almas, entonces es bueno el sermón y la plática, y eso es lo que contenta y hace fruto en ellos.

Lo sexto, es menester que entendamos que la palabra de Dios es manjar y mantenimiento del alma. Y así, siempre habemos de procurar sacar algo de las pláticas y sermones que guardemos y conservemos en nuestro corazón, para que nos dé esfuerzo y aliento para

obrar después. Dice San Gregorio sobre aquellas palabras de Cristo (Lc 8, 15): [*La tierra buena en que cayó la semilla son los que con corazón bueno y bien dispuesto oyen y reciben la palabra de Dios y la conservan dentro de sí, y producen fruto de buenas obras con paciencia*], que así como el no retener uno en el estómago el manjar corporal que come, sino tornarlo luego, es enfermedad grave y peligrosa; así lo es el no retener uno en su corazón la palabra de Dios que oye, sino que por un oído se le entra y por otro se le sale.

Decía el Profeta (Sal 118, 11): *Escondía yo, Señor, y guardaba vuestras palabras en mi corazón para no pecar,* para resistir a las tentaciones, para animarme a la virtud y perfección. ¡Cuántas veces acontece que tiene uno una tentación y se ve en algún peligro, se acuerda de una autoridad de la Sagrada Escritura, o alguna otra cosa buena que oyó, y con aquello se esfuerza y anima, y siente mucho provecho! Con tres autoridades de la Escritura venció y deshizo Cristo nuestro Redentor las tres tentaciones que el demonio le trajo (Mt 4, 4-11).

De lo dicho se verá cuán dignos son de reprensión los que van a las pláticas y a los sermones por cumplimiento, o se están allí durmiendo, o distraídos pensando en otras cosas, que es lo mismo. Dice el Sagrado Evangelio (Lc 8, 12): *Viene el demonio y quita la palabra de su corazón, por que no se salven, o porque no se aprovechen.* Ésas son las aves de rapiña que comen el grano que se siembra para que no nazca. Por ventura, aquella palabra que perdisteis cuando os dormisteis o cuando os distrajisteis, fuera medio para vuestro aprovechamiento; y el demonio, con la envidia que tiene de vuestro bien, procura por todas las vías que puede que no prenda en vuestro corazón.

Dice San Agustín que la palabra de Dios es como el anzuelo «que entonces coge cuando es cogido». Así como cuando el pez toma el anzuelo queda él tomado y asido de él, así cuando vos tomáis recibís bien la palabra de Dios, quedáis preso y asido de ella. Y por eso procura tanto el demonio estorbar que no la percibáis, para que vos no quedéis asido, ni quede prendado vuestro corazón. Pues procuremos ir a las pláticas y sermones con la disposición que debemos y oír de tal manera la palabra de Dios que prenda en nuestro corazón y dé fruto. Dice el Apóstol Santiago (1, 22-23): *No seáis solamente oidores de la palabra de Dios, sino obradores. No os engañéis a vosotros mismos pensando que cumplís con oír, porque el que*

oye la palabra de Dios y no la obra es como el que se mira en un espejo y luego se va y se olvida de su forma y figura. Ésos no serán justificados, sino los que la pusieren por obra. Porque, como dice San Pablo (Rm 2, 13), [*no los que oyen la ley serán tenidos por justos delante de Dios; mas los guardadores de la ley serán justificados*].

En el *Prado espiritual,* que compuso Juan Evirato, o, según otros, San Sofronio, patriarca de Jerusalén, y fue aprobado en el segundo Concilio Niceno, se cuenta (y lo trae también Teodoreto en su *Historia Religiosa*), que estando un día un santo varón, llamado Eusebio, sentado con otro, llamado Amiano, leyendo en un libro de los Evangelios, el Amiano leía y el otro lo iba declarando; y sucedió que como unos labradores estuviesen labrando sus tierras en aquella campiña, Eusebio, por mirarlos, se distrajo, y no atendió a la lección, y dudando entonces Amiano en lo que iba leyendo, dijo a Eusebio que se lo declarase. Eusebio, como no había estado atento, le dijo que se lo leyese otra vez. Conociendo por esto Amiano que se había distraído de lo que estaba haciendo, le reprendió y le dijo: «No es maravilla si por deleitarte con la vista de los que trabajan no percibiste como convenía las palabras evangélicas.» Como Eusebio oyó esta reprensión, quedó avergonzado con ella, que mandó a sus ojos que en ningún tiempo se deleitasen mirando aquella vega, ni aun las estrellas del cielo. Y desde allí se entró por una senda estrecha y se recogió a una choza, de donde nazca más salió todo lo restante de su vida. En esta estrecha prisión vivió cuarenta años y más, hasta que murió. Y porque la necesidad con la razón le impulsase a estar allí quedo, se ató por los lomos con una cinta de hierro y con otra más pesada por la cerviz, y a estas cintas de hierro ató una cadena, y la cadena al suelo, para que por fuerza estuviese encorvado y no pudiese andar libremente ni mirar más aquella vega, ni aun levantar más los ojos al Cielo. De esta manera se castigó el siervo de Dios por sola una inadvertencia y distracción que tuvo a la declaración de la palabra de Dios; para confusión nuestra, que tan poco caso hacemos de las muchas que tenemos.

TRATADO SEGUNDO

DE LA PERFECCIÓN DE LAS OBRAS ORDINARIAS

CAPÍTULO PRIMERO

Que nuestro aprovechamiento y perfección está en hacer las obras ordinarias que hacemos, bien hechas.

Dice el Señor a su pueblo (Deut 16, 20)*: Lo que es bueno y justo, hacedlo bien hecho, justa y cabalmente.* No está el negocio de nuestro aprovechamiento y perfección en hacer las cosas, sino en hacerlas bien; como no está tampoco en ser uno religioso, sino en ser buen religioso. Dice San Jerónimo, escribiendo a Paulino: No es de loar el vivir en Jerusalén, sino el vivir bien en Jerusalén. Tenía en mucho este Paulino a San Jerónimo, porque moraba en aquellos lugares sagrados donde Cristo nuestro Señor obró los misterios de nuestra redención; y le dice San Jerónimo: No es de loar el vivir en Jerusalén, sino el vivir bien en Jerusalén. Y se trae comúnmente este dicho para avisar a los religiosos, que no se contenten con estar en la Religión, porque así como el hábito no hace al monje, así tampoco el lugar, sino la vida buena y santa. De manera que todo el punto está, no en ser religioso, sino en ser buen religioso; y no en hacer los ejercicios de la Religión, sino en hacerlos bien hechos. En lo que decían de Cristo, que cuenta el Evangelista San Marcos (7, 37): *Todas las cosas hizo bien,* en ese bien está todo nuestro bien.

Cosa cierta es que todo nuestro bien y todo nuestro mal está en ser nuestras obras buenas o malas, porque tales seremos nosotros, cuales fueren nuestras obras. Ésas dicen quién es cada uno: *por la fruta se conoce al árbol.* Dice San Agustín que el hombre es el árbol, y las obras el fruto que lleva; y así, por el fruto de las obras se conoce quién es cada uno. Y por eso dijo Cristo nuestro Redentor de aquellos hipócritas y falsos predicadores (Mt 7, 16)*: Por el fruto de sus obras conoceréis lo que son.* Y por el contrario, dice de sí mismo (Jn 10, 25 y 38): *Las obras que Yo hago dan testimonio de Mí,* y: *Si a mí no me queréis creer, creed a mis obras, que ellas dicen quién soy Yo.* Y no solamente dicen las obras lo que cada uno es en esta vida,

sino también lo que ha de ser en la otra, porque tales seremos en la otra vida para siempre cuales fueren nuestras obras en ésta; porque Dios nuestro Señor ha de premiar y galardonar a cada uno conforme a sus obras, como la Escritura divina tantas veces lo repite, así en el Viejo como en el Nuevo Testamento`: [*Porque Tú darás a cada uno conforme a sus obras*]; y el Apóstol San Pablo: *Lo que sembrare el hombre, eso recogerá.*

Pero descendamos más en particular y veamos qué obras son ésas, en que está todo nuestro bien y todo nuestro aprovechamiento y perfección. Digo que son éstas ordinarias, que hacemos cada día. En tener esa oración ordinaria que tenemos, bien tenida; en hacer esos exámenes que hacemos, bien hechos; en oír la misa y en decirla como debemos; en rezar nuestras horas y nuestras devociones con reverencia y atención; en ejercitarnos continuamente en la penitencia y mortificación; en hacer nuestro oficio y lo que nos encarga la obediencia, bien hecho: en eso está nuestro aprovechamiento y perfección. Si hiciéremos estas obras con perfección seremos perfectos; y si las hiciéremos imperfectamente, seremos imperfectos. Y así ésa es la diferencia que hay del bueno y perfecto religioso al imperfecto y tibio: no está la diferencia en hacer más u otras cosas el uno que el otro, sino en hacer, las que hace, con perfección o con imperfección. Por eso aquél es bueno y perfecto religioso, porque hace esas cosas bien hechas; y por eso el otro es imperfecto, porque las hace con mucha tibieza y negligencia. Y cuando uno más se extendiere y adelantare en esto, tanto será más perfecto o imperfecto.

En aquella parábola del sembrador que salió a sembrar su semilla, dice el Sagrado Evangelio (Mt 13, 8) que aun la buena semilla y sembrada en buena tierra, en una parte dio fruto de treinta, en otra de sesenta, en otra de ciento. En lo cual dicen los Santos que se denotan los tres grados que hay de los que sirven a Dios: incipientes, proficientes y perfectos. Todos nosotros sembramos una misma semilla, porque todos hacemos unas obras y guardamos una misma regla; todos tenemos un mismo tiempo de oración y de exámenes, y desde la mañana hasta la noche estamos ocupados por obediencia; pero con todo eso ¡cuánto va, como dicen, de Pedro a Pedro! ¡Cuánto va de un religioso a otro! Porque en el uno esas obras que siembra hacen fruto de ciento, porque las hace con espíritu y con perfección, y ésos son los perfectos; en el otro dan fruto, pero no tanto, sino de sesenta, y ésos son los que van aprovechando; en el otro sólo dan fru-

to de treinta, y ésos son los que comienzan a servir a Dios. Pues mire cada uno de cuáles de éstos es. Mirad si sois de los de treinta. Y aun ¡ruega a Dios, que no sea nadie de los que dice el Apóstol (1 Cor 3, 12) que sobre el fundamento de la fe edifican leña, heno y paja, para que arda en el día del Señor! Mirad no hagáis las cosas por vanidad y por respetos humanos, por contentar a hombres y porque os tengan en algo, porque eso es edificar leña, heno y paja, para que arda a lo menos en el purgatorio; sino procurad hacer eso que hacéis bien hecho y con perfección y será edificar plata, oro y piedras preciosas.

Entiéndase bien que está nuestro aprovechamiento y perfección en esto por esta razón: todo nuestro aprovechamiento y perfección está en dos cosas: en hacer lo que Dios quiere que hagamos, y en hacerlo como Él quiere que lo hagamos; porque no parece que hay más que pedir ni más que desear que esto. Pues lo primero, de hacer lo que Dios quiere que hagamos, ya lo tenemos por la misericordia de Dios en la Religión, y ése es uno de los mayores bienes y de los mayores consuelos que tenemos los que vivimos bajo obediencia, que estamos ciertos que eso que hacemos y en que nos ocupamos por la obediencia es lo que Dios quiere que hagamos. Y éste es como primer principio en la Religión, sacado del Evangelio y de la doctrina de los Santos, como diremos cuando tratemos de la obediencia (Lc 10, 16): [*El que a vosotros oye, a Mí me oye*]*;* obedeciendo al superior obedecemos a Dios y hacemos su voluntad, porque aquello es lo que Dios quiere que hagamos entonces.

No resta sino lo segundo, hacer las cosas como Dios quiere que las hagamos, que es hacerlas bien hechas y con perfección; porque de esa manera quiere Él que las hagamos. Y eso es lo que vamos diciendo.

En las crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta que estando en maitines el glorioso San Bernardo con sus monjes, vio muchos ángeles notando y escribiendo lo que los monjes allí hacían, y de la manera que lo hacían; y que de unos lo escribían con oro, de otros con plata, de otros con tinta, de otros con agua, según la atención y espíritu con que cada uno oraba y cantaba, y que de otros no escribían nada, porque, aunque estaban allí con el cuerpo, con el corazón y pensamiento estaban muy lejos y divertidos en cosas impertinentes. Y dice que vio también cómo principalmente al *Te Deum laudamus* andaban los ángeles muy solícitos porque le cantasen muy

devotamente, y que de las bocas de algunos que le comenzaban salía una como llama de fuego. Pues mire cada uno cuál es su oración, y si merece ser escrita con oro, o con tinta, o con agua, o que no se escriba nada. Mirad si cuando estáis en oración salen de vuestro corazón y de vuestra boca llamas de fuego o bostezos y desperezos. Mirad si estáis allí solamente con el cuerpo, y con el espíritu en el estudio, o en el oficio, o en el negocio, o en otras cosas impertinentes.

CAPÍTULO 2

Que nos ha de animar mucho a la perfección el habérnosla Dios puesto en una cosa muy fácil.

El Padre Maestro Nadal, varón insigne de nuestra Compañía por sus grandes letras y virtud, cuando vino a visitar las provincias de España, una de las cosas que dejó más encomendada fue que se enseñase a menudo esta verdad: que todo nuestro aprovechamiento y perfección consistía en hacer bien hechas las cosas particulares, ordinarias y cotidianas que traemos entre manos. De manera que no está el aprovechar y mejorar la vida en multiplicar otras obras extraordinarias, ni en hacer otros oficios altos y levantados, sino en hacer con perfección esas obras ordinarias de la Religión y esos oficios en que nos pusiere la obediencia, aunque sean los más bajos del mundo, porque eso es lo que Dios quiere de nosotros. Y así en eso hacemos de poner los ojos si queremos agradarle y alcanzar la perfección.

Pues consideremos y ponderemos aquí a cuán poca costa podemos ser perfectos, pues que con lo mismo que hacemos, sin añadir más obras, lo podemos ser. Cosa es ésta de gran consuelo para todos, y que nos debe animar mucho a la perfección. Si os pidiéramos para ser perfecto algunas cosas exquisitas y extraordinarias, algunas elevaciones o contemplaciones muy altas, pudierais tener alguna excusa, y decir que no podíais, o que no os atrevíais a subir tan alto. Si os pidiéramos que os disciplinarais cada día hasta derramar sangre, o que ayunarais a pan y agua, o que anduvierais descalzo y con cilicio perpetuo, pudierais decir que no sentíais fuerzas para ello; pero no os pedimos eso ni está en eso vuestra perfección en hacer lo mismo que hacéis bien hecho. Con las mismas obras que hacéis, si queréis, podéis ser perfecto: ya está hecha la costa, no habéis me-

nester añadir más obras. ¿Quién no se animará con esto a ser perfecto, estando la perfección tan a la mano y en una cosa tan casera y tan hacedera?

Decía Dios a su pueblo para animarle a su servicio y al cumplimiento de su ley (Deut 30, 11)*: Estos mandamientos que Yo te doy ahora no es cosa que está muy lejos y muy levantada de ti, ni que está puesta allá en el cuerno de la luna, para que puedas decir: ¿quién de nosotros podrá subir al cielo para alcanzarla? Ni tampoco es cosa que está de esa otra parte de la mar, para que tengas ocasión de decir: ¿quién podrá pasar la mar y traerla acá de tan lejos? No está sino muy cerca y muy a la mano.* Esto mismo podemos decir de la perfección de que ahora tratamos. Y así el bienaventurado San Antonio con esto exhortaba y animaba a sus discípulos a la perfección: Los griegos, dice, para alcanzar la filosofía y las demás ciencias, hacen grandes jornadas y largas navegaciones, poniéndose en grandes trabajos y peligros; sin embargo, nosotros para alcanzar la virtud y la perfección, que es la verdadera sabiduría, no habemos menester ponernos en esos trabajos y peligros, ni aun salir fuera de nuestra casa, porque dentro de ella la hallaremos, y aun dentro de nosotros mismos (Lc 17, 21)*:* [*El reino de Dios dentro de vosotros está*]. En esas cosas ordinarias y cotidianas que hacéis está vuestra perfección.

Se suele preguntar muy ordinariamente en las conferencias espirituales, cuando viene un tiempo de devoción, como de Cuaresma, Adviento, Pascua del Espíritu Santo o renovación de votos, de qué medios nos ayudaremos para disponernos y prepararnos para esta renovación o para esta Cuaresma, o para recibir el Espíritu Santo, o el Niño Jesús recién nacido, y veréis dar tantos medios y tantas consideraciones, y todas buenas: pero el medio principal, en que debemos insistir, es éste de que vamos tratando: perfeccionarnos en esto ordinario que hacemos. Id quitando las faltas y las imperfecciones, que tenéis en esas cosas ordinarias y cotidianas, y procurad ir cada día haciéndolas mejor y con menos faltas, y ésa será muy buena preparación, o la mejor, para todo lo que quisiereis. Poned ahí los ojos principalmente, y todos los demás medios y consideraciones sean para ayudaros a esto.

CAPÍTULO 3

En qué consiste la bondad y perfección de nuestras obras, y de algunos medios para hacerlas bien.

Pero veamos en qué consiste el hacer bien las obras, para que vayamos a los medios que nos ayudarán a hacerlas bien. Digo brevemente que consiste en dos cosas. Lo primero y principal, en que las hagamos puramente por Dios. San Ambrosio pregunta: ¿Qué es la causa que en la creación del mundo, creando Dios las cosas corporales y los animales, a todos alaba luego? Crea Dios las plantas y los árboles, y dice luego (Gen 1, 10, 12, 18, 21, 25)*: Y vio Dios que era bueno.* Crea Dios los animales y las aves y los peces, y dice luego: Y *vio Dios que era bueno.* Crea los cielos, las estrellas, el sol y la luna, y dice luego: Y *vio Dios que era bueno.* A todas estas cosas alaba luego de acabarlas de crear, y llegando a la creación del hombre, sólo él parece que se queda sin alabanza, porque no añadió luego: Y vio Dios que era bueno, como había añadido a todas las demás cosas. ¿Qué misterio es éste, y cuál será la causa de ello? ¿Sabéis qué?, dice el Santo: La causa es que la hermosura y bondad de las demás cosas corporales y de los animales está en eso exterior, que se parece de fuera: y no hay más perfección en ellas de lo que se echa de ver con los ojos, y por eso se alaban luego; sin embargo, la bondad y perfección del hombre no está en eso exterior, que se parece de fuera, sino en lo interior que está escondido allá dentro. (Sal 44, 14)*: Toda la hermosura del* hombre, que es *Hijo de Dios, está dentro,* y eso es lo que agrada a los ojos de Dios.

Dijo Dios a Samuel (1 Sam 16, 7): *Los hombres ven solamente lo exterior, que se parece de fuera,* y de eso se agradan o desagradan, *pero Dios mira lo interior del corazón:* mira el fin y la intención con que cada uno hace las obras, y por eso no alaba luego al hombre al crearle, como a las demás criaturas. La intención es la raíz y el fundamento de la bondad y perfección de todas nuestras obras. Los cimientos no se ven, pero ellos son los que sustentan todo el edificio: así es la intención.

Lo segundo que pide la perfección de las obras es que hagamos en ellas lo que podemos y es de nuestra parte para hacerlas bien hechas. No basta que vuestra intención sea buena; no basta que di-

gáis que las hacéis por Dios, sino es menester que procuréis hacerlas lo mejor que pudiereis, para agradar más con ellas a Dios. Pues sea éste el primer medio para hacer las obras bien hechas: hacerlas puramente por Dios. Porque eso nos hará hacerlas bien y lo mejor que pudiéremos, para así agradar más con ellas a Dios, aunque no nos vean los superiores y aunque no nos miren los hombres, al fin como quien las hace por Dios.

Preguntó una vez nuestro Padre San Ignacio a un hermano que era algo descuidado en su oficio: Hermano, ¿por quién hacéis eso? Respondió que por amor de Dios. Le dice nuestro Padre: Pues yo os certifico que si de aquí adelante lo hacéis de esa manera, que os tengo de dar, una muy buena penitencia. Porque si lo hicierais por los hombres, no fuera grande falta hacerlo con ese descuido; pero haciéndolo por un tan gran Señor, es muy grande falta hacerlo de esa manera.

El segundo medio, que los Santos ponen por muy eficaz para esto, es andar en la presencia de Dios. Aun allá Séneca decía que el hombre deseoso de la virtud y de hacer las cosas bien hechas, ha de imaginar que tiene delante de sí alguna persona de grande veneración, y a quien tuviese mucho respeto, y hacer y decir todas las cosas, como las haría y diría si realmente estuviera en su presencia. Pues si esto seria bastante para hacer las cosas bien hechas, ¿cuánto más eficaz medio será andar en la presencia de Dios, y traerle siempre delante de los ojos, considerando que nos está mirando? Especialmente, que esto no es imaginación como eso otro, sino que en realidad de verdad pasa así, como tantas veces nos lo repite la Escritura: [*Los ojos de Dios son más claros que la lumbre del sol, los cuales están siempre mirando todos los caminos y pasos de los hombres y la profundidad del abismo, y los corazones de los mortales, y lo más escondido de ellos*].

Después (trat. 6°) trataremos de propósito de este ejercicio de andar en la presencia de Dios, y diremos cuán excelente y provechoso es, y cuán estimado y encomendado de los Santos. Ahora solamente sacaremos de ahí para nuestro propósito, de cuánta importancia es hacer las obras ordinarias bien hechas. Lo es de tanta, que, como diremos allí, el andar en la presencia de Dios no es sólo para parar en ella, sino para que nos sea medio para hacer bien las obras que hacemos; y si por andar atentos a que Dios está presente nos

descuidásemos en las obras e hiciésemos faltas en ellas, no seria ésa buena devoción, sino ilusión.

Y aún más añaden algunos, y dicen que ésa es la presencia de Dios que hacemos de traer, y la que la Sagrada Escritura y los Santos tanto nos encomiendan: procurar de hacer las obras de tal manera y tan bien hechas, que puedan parecer delante de Dios, y que no haya en ellas cosa indigna de sus ojos y de su presencia; al fin, como quien las hace delante de Dios, que le está mirando.

Y esto parece que nos quiso dar a entender el Evangelista San Juan en su Apocalipsis, donde refiriendo las propiedades de aquellos santos animales que vio estar delante del trono de Dios, prestos para sus mandatos, dice que de dentro y de fuera y alrededor estaban llenos de ojos; ojos en los pies, ojos en las manos, ojos en los oídos, ojos en los labios y ojos en los mismos ojos, para significar que los que quisieren perfectamente servir a Dios y ser dignos de su presencia, han de mirar en todo para no hacer cosa indigna de la presencia de Dios. Habéis de estar lleno de ojos de dentro y de fuera, que veáis cómo obráis, y veáis cómo andáis, y veáis cómo habláis, y veáis cómo oís, y veáis cómo veis y veáis cómo pensáis, y cómo queréis, y cómo deseáis, para que en todas vuestras cosas no haya ninguna que pueda ofender a los ojos de Dios, ante cuyo acatamiento estáis.

Este es muy buen modo de andar en la presencia de Dios; y así, el Eclesiástico (44, 16) y el Apóstol San Pablo (Heb 11, 5), en lugar de aquello que se dice en el Génesis (5, 24) de Enoc, que [*anduvo con Dios*], que es lo mismo que en la presencia de Dios, [*y desapareció, porque se le llevó el Señor*], dicen ellos: [*Enoc agradó a Dios, y fue trasladado al Paraíso*] dándonos claramente a entender que es todo uno el andar siempre con Dios o delante de Dios, y el agradar a Dios, pues declaran lo uno por lo otro.

Y San Agustín y Orígenes declaran de esta manera aquello que dice la Sagrada Escritura en el Éxodo (18, 12), que cuando Jetró vino a ver a su yerno Moisés, se juntaron Aarón y todos los más graves de Israel *para comer con él delante de Dios. No* quiere decir que se juntaron a comer delante del Tabernáculo o del Arca, que aún no la había; sino que se juntaron para festejarle y comer y beber y holgarse con él; sin embargo, con tanta piedad y santidad y compostura religiosa, como quien comía delante de Dios, procurando que no hubiese en ello cosa que pudiese ofender a sus divinos ojos. De esta

manera andan los justos y los perfectos delante de Dios en todas sus cosas, aun en las indiferentes y necesarias a la vida humana. *Los justos,* dice el Profeta (Sal 67, 4), *coman y beban en buen hora, y huélguense y regocíjense a sus tiempos;* sin embargo, *delante de Dios;* sea de manera que todo pueda parecer delante de los ojos de Dios, que no haya en ello cosa indigna de su presencia.

De esta manera, también dicen muchos Santos que se cumple aquello que dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Lc 18, 1): [*Conviene siempre orar y nunca desfallecer*], *y* San Pablo a los tesalonicenses (1 Tes 5, 17)*:* [*Orad sin cesar*]*.* Dicen que siempre ora el que siempre obra bien. Así lo dice San Agustín sobre aquellas palabras del Salmista (34, 28): [*Todo el día cantará mi lengua tus alabanzas*]*.* ¿Queréis, dice, un medio muy bueno para estar todo el día alabando a Dios? Haced todo lo que hiciereis bien hecho, y de esa manera todo el día estaréis alabando a Dios.

Lo mismo dice San Hilario: «Entonces logramos orar sin intermisión, cuando por medio de obras del agrado de Dios, hechas siempre a gloria suya, toda nuestra vida se convierte en oración. Y de esta suerte viviendo conforme a la ley, de día y de noche, la misma vida vendrá a ser meditación diurna y nocturna de la ley». Y San Jerónimo, sobre aquel verso: *«Alabadle, sol y luna; alabadle, estrellas todas; y tú, lumbre, alaba al Señor»,* pregunta: ¿Cómo alaban a Dios el sol y la luna, la luz y las estrellas? Y responde: ¿Sabéis cómo le alaban? Porque nunca cesan de hacer su oficio muy bien hecho; siempre están sirviendo a Dios y haciendo aquello para que fueron criados, y eso es estar siempre alabando a Dios. De manera que el que hace su oficio muy bien hecho, el que hace muy bien las cosas cotidianas y ordinarias de la Religión, ése siempre está alabando a Dios y está siempre en oración.

Y podemos confirmar esto con aquello que dice el Espíritu Santo por el Sabio (Eclo 35, 1)*:* [*El que guarda la ley, multiplica la oración; sacrificio saludable es guardar los mandamientos, y apartarse de todo pecado*]*.* Pues en esto se verá bien de cuánta estima y perfección es hacer las cosas ordinarias, que hacemos, bien hechas; pues eso es multiplicar la oración, y eso es andar siempre en oración y en la presencia de Dios, y ése es un sacrificio muy saludable y que agrada mucho a Dios.

CAPÍTULO 4

De otro medio para hacer bien las obras, que es hacerlas como si no tuviésemos otra cosa que hacer.

El tercero medio para hacer las cosas bien hechas es hacer cada cosa como si no tuviésemos otra que hacer: tener una oración, decir una misa, rezar nuestro rosario y nuestras horas, como si no tuviésemos otra cosa que hacer, y así de todas las demás obras. ¿Quién va tras nosotros? No nos confundamos en las obras, ni nos impida la una a la otra, sino atendamos siempre a aquello que estamos haciendo de presente. En la oración no pensemos en el estudio, ni en el oficio, ni en el negocio, que eso no sirve sino de impedir la oración y no hacer bien ni uno ni otro. Todo el día queda para el oficio y para el estudio y para el ministerio (Ecl 3, 1): [*Todo tiene su tiempo*]*:* demos a cada cosa su tiempo: *Bástale al día su trabajo* (Mt 6, 34)*.*

Este es un medio tan justo y tan conforme a razón, que aun los paganos, faltos de fe, le enseñaban para tratar con más reverencia a aquellos que ellos pensaban ser dioses. De donde emanó aquel proverbio antiguo: Los que hubieren de tratar con Dios, háganlo de asiento y con atención y reposo, y no de paso y desacordados. Plutarco, tratando de la estima y reverencia con que los sacerdotes de su tiempo se llegaban a sus dioses, dice que entre tanto que el sacerdote hacía el sacrificio, nunca cesaba un pregonero de clamar y decir en voz alta estas palabras: Haz lo que haces: está en ese negocio: no te diviertas; mira bien el negocio en que entiendes en esta hora. Pues este es el medio que damos ahora, que procuremos estar en lo que hacemos enteramente, tomándolo de propósito y de asiento, haciendo cada obra como si no tuviésemos otra cosa que hacer. Haced lo que hacéis, estad en ello, poned todo vuestro cuidado y diligencia en eso que está presente, dad de mano por entonces a todas las demás cosas, y de esa manera haréis bien cada cosa.

Probaba un filósofo que solamente habíamos de tener atención a lo que hacemos de presente, y no a lo pasado ni a lo por venir, y daba esta razón: porque eso presente es lo que solamente está en nuestra mano, y no lo pasado, ni lo por venir, porque aquello ya se pasó, y así no está ya en nuestra mano; y lo otro no sabemos si ven-

drá. ¡Oh, quién pudiese acabar consigo y fuese tan señor de sí mismo y de sus pensamientos e imaginaciones que no pensase en otra cosa sino en lo que está haciendo! Pero es tanta la inestabilidad de nuestro corazón, y por otra parte es tanta la malicia y astucia del demonio, que ayudándose de eso nos trae pensamientos y cuidados de lo que habemos de hacer después, para impedir y estorbar lo que estamos haciendo en el presente.

Es ésta una tentación muy común del enemigo y muy dañosa y perjudicial, porque con eso pretende él que nunca hagamos cosa bien hecha. Para eso os trae el demonio en la oración pensamientos del negocio, del estudio, del oficio, y os pone delante cómo haréis aquello bien, para que no tengáis bien la oración en que estáis de presente; y a trueque de eso, no se le da nada de representaron mil modos y maneras de cómo haréis después bien lo otro; porque ahora no lo hacéis, y después, cuando lo vengáis a hacer, no le faltará otra cosa que poneros delante para que tampoco hagáis aquello bien. Y de esta manera los anda engañando, para que ninguna cosa hagamos bien (2 Cor 2, 11): [*Pues no se nos ocultan sus intenciones*], bien se las entendemos.

Dejaos de lo por venir, y no tengáis ahora cuidado de ello; porque aunque eso sea bueno para después, ahora no es bueno pensar en ello. Y cuando os viniere esa tentación, con color de que después no os acordaréis de aquello que entonces se os ofrece, en eso mismo veréis que eso no es de Dios, sino tentación del demonio. Porque Dios no es amigo de confusión, sino de paz y sosiego, y de orden y concierto; y así eso que os quita el sosiego y la paz y orden de las cosas, no es Dios sino el demonio, que es amigo de confusión y desasosiego. Desechadlo, y fiad de Dios, que haciendo lo que debéis, el os ofrecerá a su tiempo todo lo que os cumpliere, y con ventaja. Y aunque se os ofrezca la razón y el buen punto y el buen argumento y solución en tiempo de los ejercicios espirituales, dadlo de mano y creed que no perderéis nada por eso, sino antes ganaréis. Dice San Buenaventura: La ciencia que se deja por la virtud se halla después más cumplidamente por la misma virtud. El B. Padre Maestro Ávila dice: Cuando viniere el cuidado fuera de tiempo decid: No me manda mi Señor ahora nada de eso, y así no tengo que pensar en ello; cuando mi Señor me lo mandare, entonces trataré de eso.

CAPÍTULO 5

De otro medio, que es hacer cada obra como si aquélla hubiese de ser la postrera de nuestra vida.

El cuarto medio que dan los Santos para hacer las obras bien es hacer cada obra de tal manera como si aquélla hubiese de ser la postrera de nuestra vida. Dice San Bernardo; dando orden al religioso cómo se ha de haber en las obras: Pregúntese cada uno a sí mismo en cada obra: Si luego te hubieses de morir, ¿harías esto? ¿Lo harías de esa manera? Y San Basilio dice una sentencia, que es en romance lo que dice aquel Santo: «Así habías de ordenarte en todo, como si luego hubieses de morir. Cuando fuere de mañana, piensa que no llegarás a la noche; y cuando la noche, no te oses prometer de ver la mañana, porque muchos mueren súbitamente». Éste es muy eficaz medio para hacer las cosas bien hechas. Y así leemos del bienaventurado San Antonio Abad, que daba muchas veces este recuerdo a sus discípulos, para animarlos a la virtud y hacer las cosas con perfección. Aun allá dijo el otro: Pensad que cada día es el postrero.

Si hiciésemos las cosas cada una como si luego nos hubiésemos de morir, y aquélla hubiese de ser la postrera, de otra manera y con otra perfección las haríamos. ¡Oh, qué misa diría yo si entendiese que aquélla era la postrera obra que había de hacer en mi vida, y que no me quedaba ya más tiempo para obrar ni para merecer! ¡Oh, qué oración tendría, si entendiese que aquélla era la última y que ya no había más tiempo para pedir a Dios misericordia y perdón de mis pecados! Por eso dice el refrán: Si quieres saber orar, entra en la mar. Entonces, cuando se ve la muerte al ojo, de otra manera se tiene oración.

Se cuenta de un religioso sacerdote, siervo de Dios, que acostumbraba a confesarse cada día para decir misa; y al fin de su jornada cayó enfermo, y viendo el superior que la enfermedad era mortal, le dijo: Padre, muy malo está; confiésese como para morir. Respondió el enfermo, levantando sus manos al Cielo: Bendito y alabado sea el Señor, que treinta y tantos años hace que cada día me confesaba como si luego me hubiera de morir, y así ahora no será menester sino reconciliarme como para decir misa. Éste andaba bien; pues así habemos de andar nosotros. Cada vez nos habemos de

confesar como para morir, y así de todas las demás obras, y con eso a la hora de la muerte no será menester decirnos que nos confesemos como para morir, sino que nos reconciliemos como para comulgar. Si de esta manera anduviésemos, siempre nos hallaría la muerte bien apercibidos, y nunca nos tomaría de repente. Y así ésta es la mejor oración y la mejor devoción, para no morir muerte súbita. Dice Cristo nuestro Redentor (Mt 24, 46)*: Bienaventurado el siervo que, cuando viniere el Señor, le hallare de esta manera velando.* Así vivía el Santo Job: *Todos los días de esta vida estoy,* dice (14*,* 14)*, esperando la otra vida:* cada día hago cuenta que es el postrero para mí. Llamadme, Señor, el día que quisiereis, que dispuesto y preparado estoy para responderos y acudir a vuestro llamamiento en cualquier tiempo y hora que me quisiereis llamar.

Una de las buenas señales que hay para conocer si anda uno bien y a las derechas con Dios, es si está apercibido y a punto siempre para responder a Dios cuando le llamare en cualquier tiempo y en cualquier obra de las que está haciendo. No trato de certidumbre infalible, que ésa no la podemos tener en esta vida sin particular revelación, sino de conjeturas probables y morales, que es lo que podemos tener. Una muy grande y muy principal es mirar si lo tendríais por bien que la muerte os tomase en este tiempo, y en esta coyuntura, y en esta obra que estáis haciendo. Mirad si estáis dispuesto para responder a Dios, como el Santo Job, si en este punto os llamase. Probaos muchas veces con esta prueba, y preguntaos muchas veces a vos mismo esta pregunta: Si ahora viniese la muerte, ¿te holgarías? Cuando yo me pongo a pensar y a preguntarme esto a mí mismo, si hallo que huelgo de que ahora venga la muerte en este punto y en esta obra que hago, me parece que ando bien, y quedo con alguna satisfacción. Pero cuando hallo que no querría que viniese ahora la muerte, ni me tomase en este oficio, ni en esta ocupación ni coyuntura, sino que se detuviese un poco a que se acabasen estas trazas que ahora tengo, que me traen distraído, ésa no es buena señal, antes la tengo por claro indicio de que ando descuidado en mi aprovechamiento, y no como debo a buen religioso. Porque, como dice aquel Santo: «Si tuvieses buena conciencia, no temerías mucho la muerte»: y pues la teméis tanto, señal es que os remuerde en algo vuestra conciencia, y que no tenéis buena cuenta. Mejor es temer el pecado que la muerte. El mayordomo que tiene buena cuenta, está deseando que se la vengan a tomar; pero el que la tiene mala, está

temiendo cuándo se la han de venir a tomar, y ándalo excusando y dilatando cuanto puede.

Nuestro Padre Francisco de Borja decía que el buen ejercicio del religioso ha de ser ponerse a punto de morir veinticuatro veces al día, y que entonces se hallaba él bien, cuando podía decir cada día: Hoy me tengo de morir. Pues entre cada uno en cuenta consigo mismo, y examínese muchas veces con esto. Y si os parece que no estáis ahora en sazón y coyuntura para morir, procurad de poneros en buen punto para ese trance, y haced cuenta que pedís al Señor que os conceda algunos días de vida para eso, y que os los concede, y aprovechaos de ese tiempo, y procurad de vivir en él como si luego hubieseis de morir. ¡Bienaventurado el que vive de tal manera cual desea ser hallado en la hora de la muerte!

Esta es una de las cosas más provechosas que solemos predicar a los prójimos: que vivan de tal manera cual desean ser hallados a la hora de la muerte y que no dilaten su conversión y penitencia para adelante; «porque el día de mañana es incierto, ¿y qué sabes si amanecerás mañana?». Dice San Gregorio: El Señor, que prometió perdón al pecador si hiciere penitencia, nunca le prometió el día de mañana. Suelen decir que no hay cosa más cierta que la muerte, ni más incierta que la hora de la muerte. Pero aún más que eso dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Lc 12, 40): [*Estad apercibidos, porque en la hora que no penséis, vendrá el Hijo del hombre*], que aunque va hablando del día del juicio, con razón lo podemos entender también de esta hora; porque entonces será el juicio particular de cada uno, y lo que allí se sentenciare no se ha de alterar, sino confirmar en el juicio universal. Pues dice Cristo nuestro Redentor que no sólo es incierta, y no sabéis cuándo ha de venir esa hora, sino que vendrá en la hora que vos no pensáis, y por ventura cuando más descuidado estuviereis; que es lo que dice San Pablo (1 Tes 5, 2): *Vendrá como ladrón de noche, y* San Juan, en el Apocalipsis (3, 3): [*Vendré a ti como ladrón, sin que sepas la hora en que tengo de venir*]. El ladrón no avisa, antes aguarda a cuando todos están más descuidados, y aun dormidos. Y así, con esta misma comparación nos enseña Cristo nuestro Redentor cómo nos habemos de haber para que no nos coja la muerte de sobresalto y desapercibidos (Lc 12, 39): [*Sabed que si el Señor de casa supiese la hora en que el ladrón de noche ha de venir, velaría por que no fuese minada y saqueada su casa*]. Si el señor de la casa supiera la hora en que ha de venir el la-

drón, bastara que estuviera apercibido para entonces; pero, porque no sabe la hora, si a prima, o medianoche, o a la mañana, está siempre apercibido para que no le escalen y roben la casa. Pues de esa manera, dice, habéis de estar vosotros apercibidos siempre y en todo tiempo, porque vendrá la muerte a la hora que no pensáis.

Notan aquí los Santos que fue misericordia grande del Señor que nos fuese incierta la hora de la muerte, para que siempre estuviésemos apercibidos y a punto para ello; porque si supieran los hombres el cuándo, aquella seguridad les fuera ocasión de mucho descuido y de muchos pecados. Aun con estar inciertos y no saber su hora, viven con tanto descuido, ¿qué hicieran si supieran de cierto que no se habían de morir tan presto? San Buenaventura dice que quiso el Señor que estuviésemos siempre inciertos de la hora de la muerte para que hagamos poco caso de las cosas temporales, y no nos embebezcamos en ellas, pues cada hora y cada momento las podemos perder, como se lo dijo Dios a aquel rico avariento que refiere San Lucas (12, 20): *Necio, esta noche has de morir: esas riquezas que has acumulado ¿de quién serán?*, sino que pongamos nuestro corazón en las que nunca se han de acabar.

Pues razón será que lo que predicamos a otros, lo tomemos también para nosotros, como nos lo avisa el Apóstol (Rm 2, 21): [*Pues tú, que enseñas a otros, a ti mismo no te enseñas*]. Una de las tentaciones más comunes con que el demonio engaña a los hombres es con encubrirles esta verdad tan clara y tan manifiesta, quitándosela de los ojos y haciendo que se olviden de eso, y que no piensen en ello, y haciéndoles creer que les queda harto tiempo para lo uno y para lo otro, y después se enmendarán y vivirán de otra manera. Y con esta misma tentación engaña también a muchos religiosos, haciéndoles que dilaten su aprovechamiento para adelante; cuando se acaben estos estudios, cuando salga de este oficio, en concluyendo este negocio, entonces concertaré mis ejercicios espirituales y mis penitencias y mortificaciones. Triste de vos, y si os morís en los estudios, ¿de qué os servirán las letras por las cuales aflojasteis en la virtud, sino de paja y heno para que ardáis más en la otra vida, como dice el Apóstol? (1 Cor 3, 12). Pues aprovechémonos de lo que decimos a otros: [*Médico, cúrate a ti mismo*] (Lc 4, 23). Curaos también a vos mismo con ese remedio, pues lo habéis menester.

CAPÍTULO 6

De otro medio para hacer bien las obras, que es no hacer cuenta más que de hoy.

El quinto medio que nos ayudará y animará también mucho para hacer las cosas ordinarias bien hechas y con perfección es que no hagamos cuenta más que de hoy. Y aunque parece que este medio no es diferente del pasado, si lo es, como se verá en el discurso. Una de las cosas que suele hacer a muchos desmayar y aflojar en el camino de la virtud y una de las tentaciones con que el demonio procura esto, es ponerles delante: ¿Es posible que tantos años has tú de poder andar con tanto recato, con tanta puntualidad, con tanta exigencia en las cosas, mortificándote siempre, yéndote a la mano, negando tu gusto y quebrantando tu voluntad en todas las cosas? Y represéntales el demonio eso por muy dificultoso, y que no es vida aquélla, que se podrá llevar tan a la larga. Y así, leemos de nuestro bienaventurado Padre Ignacio que, cuando se recogió en Manresa a hacer penitencia, entre otras tentaciones con que el demonio allí le acometió, fue una ésta: ¿Cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como ésta, setenta años que aún te quedan de vida? Pues contra esta tentación es derechamente este medio. No habéis de hacer cuenta de muchos años, ni de muchos días, sino solamente de hoy. Este es un medio muy proporcionado con nuestra flaqueza: por un día ¿quién no se animará y esforzará a vivir bien y a hacer lo que es de su parte para que vayan las cosas bien hechas? Es al modo que nuestro Padre nos pone en el examen particular, donde aun de medio en medio día nos manda proponer: De aquí a comer siquiera, tengo de andar con modestia, o guardar el silencio o tener paciencia. De esa manera se hace fácil y llevadero lo que por ventura se os hiciera muy dificultoso, si lo tomarais absolutamente. Nunca tengo de hablar, o siempre tengo de andar enfrenado y muy compuesto y recogido.

De este medio se aprovechaba aquel monje, de quien se lee en las *Vidas de los Padres* que era muy combatido de la gula, cargando desde la mañana tanta hambre sobre él y tanto desfallecimiento, que no lo podía sufrir; y para no quebrantar la santa costumbre de los monjes, de no comer hasta las tres de la tarde, usaba de esta cautela: A la mañana, hablando consigo, decía: Por mucha

hambre que tengas, ¿qué mucho es esperar hasta hora de tercia?; entonces podrás comer. Llegada la hora de tercia, decía: En verdad que me he de hacer fuerza y que no he de comer hasta hora de sexta; que como me pude esperar hasta hora de tercia podré hasta la de sexta, y así se entretenía aquel tiempo. A la hora de sexta echaba el pan en el agua y decía: En tanto que se remoja el pan, menester es esperar hasta hora de nona, que pues he esperado hasta ahora, por dos o tres horas más no tengo de quebrantar la costumbre de los monjes. Venida la hora de nona, comía después de dichas sus oraciones. Esto hizo muchos días, engañándose a sí mismo con estos plazos cortos, hasta que un día, sentándose a comer a hora de nona, vio levantarse un humo de la esportilla adonde tenía los panes, y que se salía por la ventana de la celda, que debió ser el espíritu malo, que le tentaba. Y desde entonces nunca más sintió aquellas hambres y desfallecimientos falsos que solía, tanto, que se le pasaban dos días sin comer, sin darle pena. Así le pagó nuestro Señor la victoria que había alcanzado de su enemigo y la guerra que había padecido.

Pero dijimos, y no sin causa, que este medio es muy proporcionado con nuestra flaqueza, porque, al fin, como a enfermos y flacos nos va llevando poco a poco, para que así no nos espante el trabajo. Mas si nosotros fuésemos fuertes y fervorosos, y tuviésemos mucho amor de Dios, no sería menester llevarnos de esta manera, tan poco a poco, para encubrirnos el trabajo y la dificultad; porque al verdadero siervo de Dios no se le pone delante el mucho tiempo ni los muchos años; antes, todo tiempo le parece breve para servir a Dios, y todo trabajo pequeño. Y así no es menester llevarle de esa manera poco a poco.

Lo dice esto muy bien San Bernardo: El verdadero justo no es como el mercenario o jornalero, que se obliga a servir por un día o por un mes, o por un año, sino para siempre, sin límite y sin término se ofrece a servir a Dios con gran voluntad. Para siempre jamás nunca me olvidaré, Señor de vuestra ley y de vuestros mandamientos y consejos.

Y porque se ofreció y determinó a servir a Dios absolutamente y sin término, y no dijo ni limitó por un año o por tres años haré esto; por eso su premio y galardón será también sin término, para siempre jamás.

De esta manera declara San Bernardo aquello del Sabio (Sab 4, 13): [*Acabó en breve, mas llenó muchos años*]. El verdadero justo en poco tiempo y en pocos días de vida vive muchos años, porque ama tanto a Dios y tiene tanto deseo de servirle, que si cien años y aun cien mil viviese, siempre se emplearía en servirle más y más. Y por ese deseo y determinación es como si todo ese tiempo viviera de esa manera, porque le premiará Dios conforme a su deseo y determinación. Estos son hombres de hecho y varones fuertes como Jacob, que por el grande amor que tenía a Raquel, le parecía poco servir por ella siete años y después otros siete: [*Le parecía poco todo este tiempo por el amor grande que le tenía*] (Gen 29, 20).

CAPÍTULO 7

De otro medio, que es acostumbrarse uno a hacer bien las obras

Aquel grande y antiquísimo filósofo Pitágoras daba un consejo muy bueno a sus discípulos y amigos para ser virtuosos y para que la virtud se les hiciese fácil y suave. Les decía: Escoja cada uno para sí una manera de vivir muy buena, y no reparéis en que al principio os parezca trabajosa y difícil, porque después, con la costumbre, se os hará más fácil y gustosa. Éste es un medio muy principal y de que nos debemos ayudar, no tanto por ser de aquel filósofo, cuanto porque es del Espíritu Santo, como luego veremos, y muy bastante para lo que pretendemos. La buena manera de vida ya la habemos escogido, o, por mejor decir, ya el Señor nos ha escogido para ella (Jn 15, 16): [*No me escogisteis vosotros, sino Yo os escogí*]. Bendito y glorificado sea Él para siempre por ello. Pero en esta vida y estado, en que el Señor nos ha puesto, puede haber más y menos, porque podéis ser perfecto religioso y podéis ser imperfecto y tibio, conforme a cómo hiciereis las obras. Pues si queréis aprovechar y alcanzar la perfección en eso, procurad acostumbraros a hacer las obras y ejercicios de la Religión bien hechos y con perfección; acostumbraos a tener bien la oración y los demás ejercicios espirituales; acostumbraos a ser muy puntual en la obediencia y en la observancia de las reglas, y a hacer caso de cosas pequeñas; acostumbraos al recogimiento, a la mortificación y penitencia, a la modestia y silencio. Y no reparéis en que al principio sentiréis alguna dificultad en eso, porque

después, con la costumbre, se os hará no sólo fácil, sino muy suave y gustoso, y no os hartaréis de dar gracias a Dios por haberos acostumbrado a ello.

Esta doctrina nos la enseña el Espíritu Santo en muchos lugares de la Sagrada Escritura. En los Proverbios dice (4, 11): *Yo te mostraré el camino de la sabiduría, yo te enseñaré a saborear en el conocimiento de Dios;* que eso quiere decir *Sapientia* en la Sagrada Escritura, dice San Bernardo, *Sapida scientia:* Sabiduría es un sabroso conocimiento de Dios. Pues yo te enseñaré, dice, el camino por donde vengas a tener sabor y gusto en el conocer, amar y servir a Dios: *Te llevare primero por las sendas estrechas de la virtud* (a las cuales llama así porque la virtud a los principios se nos hace difícil por nuestra mala inclinación, y nos parece senda estrecha); *sin embargo después que pasares aquellas entradas estrechas, andarás muy holgado, espacioso y a tu placer, y aun correrás sin tropezar ni reparar en cosa alguna* (1. *c.*). Enséñanos elegantemente el Espíritu Santo por esta metáfora que, aunque a los principios sintamos dificultad en este camino de la virtud y perfección, no por eso habemos de desmayar, porque después no sólo no hallaremos dificultad, mas mucho gusto y mucho contento y alegría, y vendremos a decir (Eclo 51, 35)*: Un poquito trabajé, y después hallé para mi gran descanso. Lo* mismo se repite en el CAPÍTULO sexto del Eclesiástico (6, 20)*: Poco trabajaréis y luego comeréis y gozaréis del fruto de vuestro trabajo.*

Y el Apóstol San Pablo nos enseña también esto mismo (Heb 12, 11): Toda disciplina y todo buen ejercicio, al principio parece dificultoso, penoso y triste; sin embargo después con el uso no sólo se hace fácil, sino muy suave y gustoso. Y así lo vemos en todas las artes y ciencias. ¡Qué dificultoso se le hace a uno al principio el estudio!, que muchas veces es menester llevarle allá por fuerza, y dicen que la letra con sangre entra. Pero después, con el ejercicio, cuando uno va aprovechando y sabiendo, gusta tanto de él, que todo su entretenimiento y recreación es estarse estudiando. Pues así es también el camino de la virtud y de la perfección.

San Bernardo va declarando esto muy bien sobre aquellas palabras de Job (6, 7)*:* [*Lo que antes no quería tocar mi alma, por necesidad es ahora mi manjar*]. ¿Queréis saber, dice, cuánto hace el ejercicio y la costumbre, y cuánta fuerza tiene? Al principio os parecerá una cosa muy dificultosa, y que no se puede llevar; pero si os

acostumbráis a ella, no os parecerá tan dificultosa ni tan pesada como eso; de ahí a poco os parecerá cosa ligera y fácil, y casi no la sentiréis; de ahí a poco ya del todo no la sentiréis; y en breve, ya no sólo no la sentiréis, sino que os dará tanto gusto y contento, que podréis decir con Job: *Aquello que primero aborrecía mi ánima* y no lo podía arrostrar, sino que me causaba horror, *ya es mi manjar y* mantenimiento, y muy dulce y sabroso.

De manera que todo es conforme a como uno se acostumbrare. Por eso se os hace a vos dificultoso el guardar las adiciones y documentos de la oración y del examen, porque tenéis poca costumbre de eso. Por eso tenéis tanta dificultad en recoger vuestra imaginación, que no se os vaya donde quisiere luego en despertando y al tiempo de oración, porque nunca os habéis hecho fuerza ni acostumbrado a recogerla y refrenarla, para que no se vaya a pensar sino en lo que habéis de meditar. Por eso os causa tristeza y melancolía el silencio y el recogimiento, porque lo usáis poco. «El rincón usado se hace dulce, y el poco usado causa fastidio» (*Kempis*)*;* usadlo y acostumbraos a ello y vendrá a seros suave y alegre. Por eso se le hace al seglar dificultosa la oración y el ayuno, porque no se ha acostumbrado a eso.

A David vistió el rey Saúl de sus armas, para que fuese a pelear con el filisteo; y como no tenía costumbre de eso, no podía andar con ellas, y las dejó (1 Sam 17, 38). Se acostumbró después a las armas, y peleaba muy bien con ellas. Y lo que digo de la virtud y de lo bueno, digo también del vicio y de lo malo. Que si os dejáis llevar de la mala costumbre, crecerá el siniestro y cobrará mayores fuerzas, y será después muy dificultoso el remedio, y así os quedaréis toda la vida. ¡Oh, si desde el principio os hubierais acostumbrado a hacer las cosas bien hechas, qué rico os hallarais ahora y qué contento, viendo que la virtud y lo bueno se os hacia tan fácil y tan suave! ¡Mirad qué contento se halla el que tiene costumbre de no jurar, y con qué facilidad y descanso evita tantos pecados mortales! Pues comenzad a acostumbraros bien desde ahora, que más vale tarde que nunca. Tomad a pecho hacer bien hechas estas cosas ordinarias que hacéis, pues tanto os va en ello, y aplicad a eso, si fuere menester, el examen particular, que será de los buenos exámenes que podéis traer, y de esta manera se os irá haciendo fácil y suave el hacerlas bien.

CAPÍTULO 8

Cuánto le importa al religioso no aflojaren el camino de la virtud.

De lo dicho se entenderá bien cuánto le importa al religioso conservarse en devoción y andar siempre con fervor en los ejercicios de la Religión, y no dejarse caer en tibieza y flojedad, porque será después muy dificultoso el salir de ella. Dios bien puede hacer que torne después a la vida fervorosa y perfecta; pero eso será como milagro y prodigio. San Bernardo dice esto muy bien, escribiendo a un Ricardo, abad Fontanense, y a sus religiosos, con los cuales había Dios hecho este milagro, que habiendo tenido hasta allí una manera de vida tibia y floja, los había trocado y pasado a una muy fervorosa y perfecta. Dice, maravillándose y alegrándose mucho y dándoles el parabién: El dedo de Dios es éste: ¿quién me dará que vaya y vea como otro Moisés esta maravilla? Porque no es menor maravilla ésta que la que vio Moisés en la zarza que se ardía y no se quemaba ni consumía. Rarísima cosa es y muy extraordinaria el aventajarse y adelantarse uno después del grado en que una vez se puso en la Religión.

Más fácil será hallar muchos seglares que de vida mala se conviertan a buena, que topar con un religioso siquiera que de vida tibia y floja pase a vida fervorosa y perfecta. Y la razón de esto es porque a los seglares no les son tan continuos los remedios como a los religiosos; y así, cuando oyen un buen sermón, cuando ven la muerte arrebatada y desastrada de su vecino y de su amigo, aquella novedad causa en ellos espanto y admiración y les mueve a enmendar y mudar su vida. Pero el religioso, que tiene esos remedios tan continuos, tanta frecuencia de Sacramentos, tantas exhortaciones espirituales, tanto ejercicio de meditar en las cosas de Dios y de tratar de la muerte, del juicio, del infierno y de la gloria, si con todo eso se está tibio y flojo, ¿qué esperanza se puede tener de que ha de hacer mudanza de vida? Porque tiene ya hechos los oídos a esas cosas, y así lo que le había de ayudar a mover y lo que a otros les mueve, a él no le mueve ni hace impresión ninguna en él.

Ésta es también la razón de aquella sentencia tan célebre de San Agustín: Después que comencé a servir a Dios, así como no he conocido otros mejores que los que han aprovechado en la Religión, así

no he conocido otros peores que los que han caído en ella. San Bernardo dice que muy pocos de éstos que han caído y faltado en la Religión vuelven al estado y grado que antes tenían, sino antes se van empeorando. Sobre los cuales, dice, llora el Profeta Jeremías (Lam 4, 1)*: ¿Cómo se ha oscurecido el oro purísimo? ¿Cómo se ha mudado aquel color, que tanto resplandecía?* ¿Cómo se ha trocado aquella hermosura antigua? *Los que se criaban en púrpuras* y en camas preciosas, y los que eran tan regalados de Dios en la oración, y que todo su trato y conversación era en el Cielo, *han venido a abrazar el estiércol* y holgarse con el lodo y con el cieno.

De manera que, ordinariamente hablando, hay poca esperanza de los que comienzan a desdecir y malearse en la Religión, y es una cosa que nos había de poner gran temor. Y la razón de esto es la que habemos tocado, porque éstos enferman con las mismas medicinas y remedios con que habían de mejorar y sanar. Pues si con lo que otros mejoran y sanan, ellos enferman y empeoran, ¿qué esperanza se puede tener de su remedio? El enfermo en quien no hacen efecto ninguno las medicinas, antes se siente peor con ellas, bien le podéis tener por desahuciado. Por esto hacemos tanto caso del pecado y caída de un religioso, y lo tememos tanto, y en los del siglo no reparamos.

Cuando el médico ve en un achacoso y flaco un desmayo o una grande flaqueza de pulso, no le da mucho cuidado, porque no desdice aquello de su ordinaria disposición; mas cuando ve esto en un hombre robusto y muy sano, lo tiene por muy ruin señal, porque tal accidente no puede ser sino algún humor maligno predominante, pronóstico de muerte o enfermedad muy grave. Así es acá; si un seglar cae en pecados, no son ésos accidentes, que desdicen mucho de aquella vida tan descuidada de quien se confiesa una vez en el año y anda en medio de tantas ocasiones que le ayudan a eso; mas en el religioso sustentado con tanta frecuencia de Sacramentos, con tanta oración, con tantos ejercicios santos, cuando viene a caer, señal es de virtud muy gastada y de enfermedad de asiento; razón hay de temer.

Pero no digo esto, dice San Bernardo (1. c.), para que desconfiéis, especialmente si queréis levantaros luego, porque cuanto más lo dilatarais, tanto más dificultoso se os hará; sino dígalo para que no pequéis, para que no caigáis y aflojéis; pero si alguno cayere, buen abogado tenemos en Jesucristo, el cual puede lo que nosotros

no podemos (1 Jn 2, 1): [*Hijitos míos: esto os escribo para que no pequéis: mas aunque alguno pecare, abogado tenemos ante el Padre: Jesucristo el Justo*]. Por tanto, no desconfíe nadie, porque si se vuelve a Dios de corazón, sin duda alcanzará misericordia. Si el Apóstol San Pedro, habiendo seguido la escuela de Cristo tanto tiempo y sido tan favorecido de Él, cayó tan gravemente, y después de tan grave caída, de haber negado a su Maestro y Señor, volvió a tan alto y eminente estado, ¿quién desconfiará? ¿Pecasteis allá en el siglo, dice San Bernardo, por ventura más que San Pablo? ¿Pecasteis acá en la Religión por ventura más que San Pedro? Pues ésos, porque se arrepintieron e hicieron penitencia, no solamente alcanzaron perdón, sino una santidad y perfección muy subida. Hacedlo vos así y podréis volver, no sólo al estado primero, sino a muy grande perfección.

CAPÍTULO 9

Cuánto les importa a los novicios aprovecharse del tiempo del noviciado, y acostumbrarse en él a hacer los ejercicios de la Religión bien hechos.

De lo dicho podemos colegir para los novicios cuanto les importa aprovecharse del tiempo del noviciado, y acostumbrarse en él a hacer los ejercicios de la Religión bien hechos, lo cual podrá también servir para todos los que comienzan el camino de la virtud. La regla primera, que tenemos en la Compañía, del maestro de novicios, nos declara esto bien y con breves palabras, que no sólo dice a nosotros, sino a todos los religiosos: Entienda el maestro de novicios que le han encomendado una cosa de muy grande importancia. Y da dos razones muy sustanciales para que el tal maestro abra los ojos y entienda de cuánto peso y momento es lo que tiene a su cargo. La primera es, porque de esta institución y crianza primera de los novicios depende comúnmente todo su aprovechamiento para adelante. La segunda, porque en eso está librada toda la esperanza de la Compañía, y de ahí depende el buen ser de la Religión.

Y descendiendo más en particular a declarar estas razones, digo lo primero que de esta primera institución y del puesto en que se pusiere uno en el noviciado, depende toda su medra o desmedra para

adelante. Hablando comúnmente, como decíamos en el capitulo pasado, si en el tiempo del noviciado anda uno con tibieza y descuido en su aprovechamiento espiritual, tibio y desaprovechado se quedará. No hay que pensar que después andará con mayor cuidado y fervor; porque no hay razón ninguna para creer que después habrá una mudanza y mejoría, sino muchas para creer que no la habrá.

Para que se vea esto mejor, vamos hablando en particular con el novicio, ponderando las razones y convenciéndole con ellas. Ahora en el tiempo del noviciado tenéis mucho tiempo para atender a solo vuestro aprovechamiento espiritual, y tenéis muchos medios que ayudan para eso, porque a solo eso tienden los superiores y ése es su oficio principal. Ahora tenéis muchos ejemplos de otros, que no entienden en otra cosa sino en esto, que es cosa que anima y alienta mucho estar entre quien no trata de otra cosa, y ver que los otros van delante, que por lerdo que uno sea, le obliga a salir de harón [holgazón]. Ahora tenéis el corazón desembarazado y no prendado de cosa alguna, y parece que deseoso de la virtud; no tenéis ocasión ninguna que os estorbe, sino muchas que os ayuden. Pues si ahora que sólo estáis aquí para esto y no tenéis otra cosa en qué entender, no os aprovecháis y acaudaláis alguna virtud, ¿qué será cuando esté prendado el corazón y repartido en mil partes? Si ahora con tanta desocupación y con tantas comodidades y ayudas de costa no tenéis bien vuestra oración y vuestros exámenes, ni tenéis cuenta con guardar vuestras adiciones, ni con hacer bien los demás ejercicios espirituales, ¿qué será cuando estéis con mil cuidados de estudios y después de negocios y de confesiones y sermones? Si ahora con tantas pláticas y exhortaciones espirituales, y con tantos ejemplos y empellones, no os aprovecháis, ¿qué será cuando tengáis ocasiones e impedimentos que os estorben? Si ahora, al principio de vuestra conversión, cuando la novedad de las cosas había de causar en vos mayor devoción y fervor, andáis tibio, ¿qué será después, cuando tengáis ya hechos los oídos a todo lo que os podía mover y ayudar? Y más: si ahora, cuando la pasión comienza a brotar y la mala inclinación aún no tiene fuerza, por estar en sus principios, no os atrevéis a resistirla por la dificultad que sentís en ello, ¿cómo la resistiréis y venceréis después, cuando esté muy arraigada y haya cobrado fuerzas con la costumbre, que os será a par de muerte mudarla?

Declaraba esto San Doroteo con un ejemplo que traía de uno de aquellos Padres antiguos: estaba con sus discípulos en un campo

lleno de cipreses de todas suertes, unos grandes, otros pequeños, otros medianos, y mandó a uno de sus discípulos que arrancase uno de aquellos cipreses; tiró y lo arrancó luego, que era pequeño. Le dice: «Arranca aquél»; era un poco mayor, y lo arrancó, pero con más fuerza y trabajo, y con ambas manos; para otro hubo menester compañero; otro, todos ellos juntos no le pudieron arrancar. Entonces les dice el viejo: «Así son las pasiones; al principio, cuando aún no están arraigadas, es fácil el sujetarlas; poca fuerza que os hagáis, basta para eso; pero después que con la costumbre han echado hondas raíces, será muy dificultoso; mucha fuerza habéis menester poner, y no sé si lo acabaréis.»

De aquí se verá cuán grande empeño y cuán grave tentación es el dilatar uno su aprovechamiento y pensar que después se ha de mortificar y vencer en lo que ahora no se atreve, por la dificultad que siente. Si cuando la dificultad es menor no os atrevéis con ella, ¿cómo os atreveréis cuando sea mayor? Si ahora, cuando vuestra pasión es leoncico pequeño, sois cobarde, ¿qué será cuando crezca y se haga una bestia grande y fiera? Y así tened entendido que si ahora anduviereis tibio y flojo, tibio y flojo seréis después. Si ahora no fuereis buen novicio y buen aprendiz, no seréis después buen antiguo ni buen obrero. Si ahora fuereis negligente en la obediencia y en la observancia de las reglas, más lo seréis después. Si ahora anduviereis descuidado en los ejercicios espirituales, y los hiciereis mal hechos y a remiendos, remendón os quedaréis toda la vida. Todo el punto está en cómo ahora comencéis. En el recentar[3] dicen que está el negocio del amasar.

Dice San Buenaventura: En lo que uno se entabla al principio, con eso se queda. Muy mal se aplica uno cuando viejo, a lo que no se acostumbró cuando mozo. Es proverbio ése, y proverbio del Espíritu Santo. Proverbio es, dice Salomón (Prov 22, 6): *El mancebo acostumbrado a andar por un camino, aunque se haga viejo, no le dejará.*

Y de ahí vino a decir San Juan Clímaco que es cosa muy peligrosa y muy de temer, que comience uno tibia y flojamente, porque

---

[3] Poner en la masa la porción de levadura que se dejó reservada para fermentar.

dice que es indicio manifiesto de la caída venidera. Pues por esto importa sumamente el acostumbrarse uno desde el principio a la virtud y a hacer bien los ejercicios espirituales. Y así nos avisa de ello el Espíritu Santo por el Profeta Jeremías (Lam 3, 27): *Muy bueno le es al hombre acostumbrarse a llevar el yugo desde su mocedad,* porque con eso se quedará después, y se le hará fácil la virtud y lo bueno; y si no, se le hará muy dificultoso: *Lo que no allegasteis en el tiempo de la mocedad, ¿cómo* pensáis que *lo habéis de hallar* después *en* el tiempo de *la vejez?* (Eclo 25, 5).

De esta primera razón se sigue la segunda; porque si todo el aprovechamiento del religioso para adelante depende de la primera institución, todo el buen ser de la Religión depende también de ella, porque la Religión no son las paredes de las casas o iglesias, sino la congregación de los religiosos, y los que están en el noviciado son los que han de ser después toda la Religión. Por esto la Compañía no se contentó con instituir los seminarios de los colegios, donde se crían los nuestros en letras y en virtud juntamente, sino instituyó seminarios de sola virtud, donde se atiende solamente a la abnegación y mortificación de sí mismos y al ejercicio de las verdaderas y sólidas virtudes, como a fundamento más principal de las, letras.

Para esto son las casas de probación, que, como dice nuestro Padre Francisco de Borja, para los novicios es Belén, que se interpreta casa de pan, porque aquí se hacen los bizcochos y provisión para la navegación y peligros grandes que nos están esperando. Este es nuestro agosto, éste es el tiempo de la abundancia, éstos son los años de la fertilidad, en que os habéis de abastecer y pertrechar para los años del hambre y esterilidad, como hizo José. ¡Oh! Si los de Egipto lo entendieran y cayeran en la cuenta y repararan en ello, no se dieran tanta prisa a echar de casa lo que José allegaba y ensilaba (Gen 41, 48). ¡Oh! Si cayeseis en la cuenta cuánto os importa el salir bien abastecido de la probación, cierto que no tendríais deseo de salir presto de ella, sino dolor cuando salís, considerando cuán poco apercibido vais de virtud y de mortificación. Y así dice nuestro Padre Francisco que los que pretenden o gustan salir presto del noviciado, dan muestras de falta de conocimiento y de no entender la necesidad que tienen de ir bien apercibidos, y en poco tienen la jornada, pues tan poco temen el salir desproveídos.

¡Oh, qué ricos y abastados de virtudes nos imaginó nuestro Padre que habíamos de salir de la probación! Y así lo supone él en las

Constituciones. Pone dos años de probación y experiencias para que uno trate de su aprovechamiento, sin ver otros libros ni tener otro estudio, sino de lo que le ayuda a su mayor abnegación, y para crecer más en virtud y perfección; y después, suponiendo que sale uno de ella tan espiritual y fervoroso, y tan amigo de la mortificación y recogimiento, y tan aficionado a la oración y a las cosas espirituales, que era menester irle a la mano, el aviso que les da cuando van a los colegios, es que templen los fervores por el tiempo de los estudios, que no sean tantas las oraciones ni las mortificaciones. Presupone nuestro Padre que sale uno de la probación con tanta luz y con tanto conocimiento de Dios y desprecio del mundo, y que sale tan tierno y devoto y tan llevado de lo interior a las cosas espirituales, que era menester irle a la mano en esas prevenciones. Pues procurad salir tal. Aprovechaos de ese tiempo tan precioso, que por ventura no tendréis en toda la vida otro tal para vuestro aprovechamiento, y para adquirir y allegar riquezas espirituales. No le dejéis pasar en balde, *ni perdáis un punto de él* (Eclo 14, 14).

Una de las mercedes grandes que hace el Señor a los que trae a la Religión en su tierna edad, y por la cual le deben dar infinitas gracias, es porque es muy fácil entonces el aplicarse a la virtud y disciplina religiosa. El árbol, a los principios, cuando está tierno, fácilmente lo podéis enderezar para que se haga un árbol muy hermoso. Pero después, si le dejáis crecer y va torcido y desviado, primero le quebraréis que le enderecéis; de esa manera se quedará toda la vida. Así, en la edad tierna es fácil enderezar a uno y el aplicarle a lo bueno; y acostumbrándose desde pequeño a eso, se le hace después muy fácil, y así dura y persevera siempre en ello. Es gran cosa ser tinto en lana, que nunca desdice ese color. Dice San Jerónimo: ¿Quién podrá volver a su blancura la lana teñida en grana? Y el otro dijo: La olla nueva conserva largo tiempo el olor del primer licor que en ella se echó. Al rey Josías alaba la Escritura divina porque comenzó a servir a Dios desde niño. [*Cuando todavía era muchacho, empezó a buscar al Dios de su padre David*] (2 *Paralip* 34, 3).

Cuenta Humberto, varón insigne y maestro general del Orden de los Predicadores, que un religioso, después de muerto, se había aparecido algunas noches a otro religioso su compañero, muy hermoso y resplandeciente, y sacándole de su celda le había mostrado un gran número de hombres vestidos con vestiduras blancas y muy resplandecientes, los cuales, llevando en los hombros unas cruces muy

hermosas, en procesión caminaban al Cielo. Poco después vio otra procesión más vistosa y resplandeciente que ésta, donde cada uno llevaba en las manos una cruz muy rica y muy hermosa, y no en los hombros como los primeros. Poco después vio otra tercera procesión mucho más vistosa, sin comparación que las pasadas, y las cruces de los que en esta procesión iban hacían mucha ventaja en hermosura y belleza a las de los otros, las cuales aun no llevaban ellos, ni en hombros, ni en las manos, sino que a cada uno le llevaba su cruz un ángel, que le guiaba para que ellos, alegres y gozosos, le siguiesen. Maravillado el religioso de esta visión, pidió al compañero que se la había mostrado se la declarase. Se la declaró, diciendo que los primeros que había visto llevar las cruces a cuestas eran los que, siendo de edad crecida, habían entrado en Religión; y los segundos, que las llevaban en las manos, los que siendo mancebos; y. los últimos, que tan alegres y ligeros caminaban, eran los que siendo pequeños habían abrazado la vida religiosa y renunciado al mundo.

TRATADO TERCERO

DE LA RECTITUD Y PURIDAD DE INTENCIÓN QUE habemos DE TENER EN LAS OBRAS

CAPÍTULO PRIMERO

Que debemos huir en nuestras obras del vicio de la vanagloria.

Una de las cosas más encomendadas y repetida en nuestras Constituciones y reglas es que procuremos en todas nuestras obras tener la intención recta, buscando siempre en ellas la voluntad de Dios y su mayor gloria. Porque casi a cada paso se nos repiten en ellas aquellas palabras: «A mayor gloria de Dios», o estas: «Mirando siempre el mayor servicio divino», que es lo mismo. Tenía nuestro Santo Padre tan impreso en su corazón este deseo de la mayor gloria y honra de Dios, y tenía tanto uso y ejercicio de hacer todas sus obras por este fin, que de ahí viene a brotar y decirlo tan a menudo. *De la abundancia del corazón salen las palabras* (Lc 6, 45). Éste fue siempre como su blasón y el ánima y vida de todas sus obras, como se dice en su historia. Y así, con mucha razón le pusieron en su estampa aquella letra: *Ad majorem Dei gloriara:* A MAYOR GLORIA DIVINA. Ésas son sus armas, ése es su letrero y blasón, ahí está cifrada su vida y sus hazañas: no se le pudo dar mayor alabanza en tan breves palabras.

Pues ésas también han de ser nuestras armas y nuestro letrero y blasón, para que como buenos hijos nos parezcamos a nuestro Padre. Con razón se nos encarga esto tanto, porque todo nuestro aprovechamiento y perfección está en las obras que hiciéremos, y cuanto ésas fueren mejores y más perfectas, tanto mejores y más perfectos seremos nosotros Pues nuestras obras tanto más tendrán de bondad y perfección cuanto la intención fuere más recta y pura, y el fin más alto y perfecto; porque eso es lo que da el ser a las obras, conforme a aquello del sagrado Evangelio (Mt 6, 23): [*Antorcha de tu cuerpo es tu ojo. Si tu ojo fuere puro y sencillo, todo tu cuerpo será claro y resplandeciente; mas si fuere malo y doblado, todo tu cuerpo estará oscuro y en tinieblas*]. Por el ojo entienden los Santos la intención, que mi-

ra y previene primero lo que quiere; y por el cuerpo entienden la obra que se sigue luego a la intención, como todo el cuerpo sigue a los ojos. Pues dice Cristo nuestro Redentor que lo que da luz y resplandor a las obras es la intención, y así, si el fin e intención de la obra fuere buena, la obra será buena; y si mala, mala; y si el fin fuere alto y perfecto, la obra también lo será.

Esto es también lo que dice el Apóstol San Pablo (Rm 11, 16): Cual fuere la raíz, tal será el árbol y el fruto de él. De un árbol que tiene la raíz dañada, ¿qué fruto se puede esperar, sino desabrido y amargo y lleno de gusanos? Pero *si la raíz está sana y buena, el árbol será bueno y dará buen fruto.* Así en las obras su bondad y perfección está en la puridad de la intención, que es la raíz. Y el mismo nombre se lo dice: que cuanto ellas fueren más puras, tanto serán mejores y más perfectas. San Gregorio, sobre aquello de Job (38, 6): [*¿Sobre qué están sus bases firmemente asentadas?*], dice que así como la fábrica de todo el edificio material suele estribar en unas columnas, y las columnas en sus basas y pedestales, así toda la vida espiritual estriba en las virtudes, y las virtudes se fundan en la intención pura y recta del corazón.

Para que procedamos en esto con buen orden, trataremos primero del fin malo que habemos de huir en nuestras obras, no haciéndolas por vanagloria ni por otros respetos humanos, y después diremos del fin o intención recta y pura con que las debemos hacer; porque primero ha de ser el apartarnos de lo malo, y después hacer lo bueno, conforme a aquellas palabras del Profeta (Sal 33, 15): [*Apártate del mal y obra el bien*].

Todos los Santos nos avisan que nos guardemos mucho de la vanagloria, porque es, dicen, un ladrón muy sutil, que suele saltearnos y robarnos las buenas obras, y entra tan oculta y disimuladamente, que muchas veces, antes que sea sentido y conocido, nos ha ya robado y despojado. Dice San Gregorio que es como un ladrón disimulado que se junta con un caminante fingiendo que va el mismo camino, y después, cuando está más descuidado y seguro, le roba y mata. Yo confieso, dice el Santo, en el CAPÍTULO último de los libros de los Morales, que cuando me paro a examinar mi intención en escribir estos libros me parece que solamente pretendo agradar en ello a Dios. Pero cuando no me cato, hallo habérseme entrado y mezclado un apetito de contentar y agradar en ello a los hombres y un vano contento de complacencia de eso, no sé cómo ni de qué ma-

nera, sino que a cabo de rato echo de ver que no va aquello después tan limpio de polvo y de paja como cuando comencé; porque sé que lo comencé con buena intención y con deseo de agradar a Dios puramente, y después veo que ya no va tan puro como eso. Acontécenos, dice, en esto como en el comer; comenzamos a comer por necesidad, y se nos entra tan sutilmente la gula y la delectación, que lo que comenzamos por necesidad y para sustentar la naturaleza y conservar la vida, ya lo continuamos y acabamos por deleite y por gusto. Así acá muchas veces tomamos el oficio de predicar y otros semejantes por aprovechar a las almas, y después se nos va entrando la vanidad, y deseamos agradar y contentar a los hombres y ser tenidos y estimados y cuando no hay eso, parece que se nos caen las alas y lo hacemos de mala gana.

CAPÍTULO 2

En qué consiste la malicia de este vicio de la vanagloria

La malicia de este vicio consiste en que el hombre vanaglorioso se quiere alzar con la gloria y honra, que es propia de Dios (1 Tim 1, 17): [*A sólo Dios sea la honra y la gloria*], y que no la quiere Él dar a otro, sino reservarla para sí (Is 42, 8): [*Mi gloria no la daré a otro*]. Y así dice San Agustín: Señor, el que quiere ser alabado por lo que es don tuyo, y no busca tu gloria en el bien que hace, sino la suya, éste tal ladrón es y robador, y semejante al demonio, que quiso hurtar tu gloria. En todas las obras de Dios hay dos cosas: hay provecho y hay honra y gloria, que resulta de la tal obra, que consiste en que el artífice de la tal obra sea alabado, estimado y honrado por ella. Pues ordenó Dios en esta vida, y quiere que se cumpla así, que todo el provecho de sus obras sea del hombre, pero que toda la gloria sea para el mismo Dios: *Todas las cosas hizo Dios por causa de sí mismo,* esto es, *para alabanza y gloria y honra suya* (Prov 16, 4). Y así todas ellas nos están predicando su sabiduría, bondad y providencia; y por esto se dice (Is 6, 3) que *los Cielos y la tierra están llenos de su gloria.*

Pues cuando uno en las buenas obras quiere la gloria y honra de los hombres para sí, pervierte este orden que puso Dios en las buenas obras, y hace injuria a Dios, queriendo y procurando que los

hombres, que se habían siempre de ocupar en honrar y alabar a Dios, se ocupen en alabarle y estimarle a él, y queriendo y procurando que los corazones de los hombres, que hizo Dios para vasos que estuviesen llenos de la honra y gloria del mismo Dios, estén llenos de su propia honra y estima; que es hurtar también a Dios los corazones, y como echar a Dios de su propia casa y morada. Pues ¿qué mayor mal puede ser que el robo de la honra de Dios y de los corazones de los hombres, y diciendo con la boca que miren a Dios, querer con el corazón que quiten sus ojos de Dios y los pongan en vos? El verdadero humilde no quiere vivir en el corazón de ninguna criatura, sino de sólo Dios; ni quiere que nadie se acuerde de él, sino de sólo Dios; ni que nadie se ocupe con él, sino con Dios, y que a sólo Él aposenten y tengan todos en su corazón.

Entiéndase también la gravedad y malicia de este vicio por este ejemplo y comparación: Si una mujer casada se compusiese y adere-zase para agradar a otro que a su marido, bien se ve la injuria grande que en ello le haría. Pues las buenas obras son unos atavíos con que adornamos y componemos nuestra alma; y así, si las hacéis por agradar a otro que a Dios, que es esposo de ella, le haréis grande injuria.

Mas: mirad cuán grande fealdad sería si un caballero estimase en mucho haberse puesto a un pequeño trabajo por amor y servicio de un rey, que primero se hubiese puesto por amor de ese mismo caballero a grandes afrentas y trabajos; y qué cosa tan vergonzosa sería si este caballero se gloriase y jactase con otros de aquella nonada que había hecho por el rey. ¡Qué mal parecería a todos! ¿Y qué si el rey, sin ayuda suya, hubiese hecho y sufrido todo aquel trabajo, y el caballero aquello poco que hizo fue con grande ayuda y favor del rey, y con grandes mercedes prometidas antes y recibidas después? Pues todo esto podemos aplicar cada uno a sí para avergonzarnos de estimarnos y envanecernos de lo que hacemos, y mucho más de jactarnos y alabarnos de cosa alguna, pues en comparación de lo que Dios ha hecho por nosotros, y de lo que habíamos de hacer por Él, es vergüenza lo que hacemos.

Declárase también la malicia de este vicio, en que los teólogos y los santos le ponen por uno de los siete vicios, que comúnmente llaman mortales, aunque más propiamente capitales, porque son cabezas y principios de los demás pecados. Algunos ponen ocho vicios capitales, y dicen que el primero es soberbia y el segundo vanagloria; pero la común sentencia de los santos, y la que tiene recibida la Igle-

sia, es poner siete vicios capitales. Y dice Santo Tomás que el primero de ellos es la vanagloria, y que la soberbia es raíz de todos siete, conforme a aquello del Sabio (Eclo 10, 15): [*El principio de todo pecado es la soberbia*].

CAPÍTULO 3

Del daño que trae consigo la vanagloria.

El daño grande que trae consigo este vicio de la vanagloria, bien claramente nos lo avisa Cristo nuestro Redentor en aquellas palabras del Sagrado Evangelio (Mt 6, 1): *Mirad no hagáis las buenas obras delante de los hombres por ser vistos y alabados de ellos, porque de esa manera no tendréis premio ninguno en los Cielos.* No seáis como aquellos fariseos hipócritas, que todas las cosas hacían por ser vistos de los hombres y por ser tenidos y estimados de ellos, porque lo perderéis todo: *De verdad os digo que estos tales ya han recibido su galardón.* Deseasteis ser tenido y estimado, y eso os movió a hacer lo que hicisteis; pues ése será vuestro premio y galardón; no esperéis otro premio en la otra vida. ¡Ay, triste de vos, que habéis recibido ya vuestro galardón y no tenéis más que esperar!

Dice Job (8, 13): *Ya se acabó la esperanza del hipócrita,* que es el que hace las cosas por ser tenido y alabado. Lo declaró muy bien San Gregorio, porque la estimación y las alabanzas humanas, que era lo que él esperaba, ya se acabaron con la vida. [*A él mismo no contentará su necio desatino*] (Job 8, 14). ¡Oh, qué burlado y engañado os hallaréis, dice el Santo, cuando se os abran los ojos y veáis que con lo que pudierais comprar el reino de los Cielos, comprasteis una vana alabanza de los hombres, un *bien lo dijo o bien lo hizo*! El que en pago de sus obras virtuosas pretende favor y estimación de los hombres, pone en venta, a bajo precio, una cosa de mucho valor; con lo que pudo merecer el reino de los Cielos, busca una vana alabanza. ¿Qué mayor engaño y qué mayor locura puede ser que ésa, haber trabajado mucho y hechos muchas buenas obras, y hallaros después vacío? Eso es lo que dice el Profeta Ageo (1, 5): *Advertid y mirad lo que hacéis en esto: sembrasteis mucho y cogisteis poco; comisteis y no os hartasteis; bebisteis y no quedasteis satisfechos; os cubristeis, y no os calentasteis; todo cuanto hacéis, no os aprove-*

cha nada, porque lo echáis en un saco roto, que apenas lo habéis echado por una parte, cuando ya se ha salido por otra. Otra letra dice: «*El que allega riquezas es como quien echa el vino en una cuba o candiota que tiene muchos resquicios y agujeros»,* que echarlo y derramarlo todo es uno. Eso hace la vanagloria, ganarlo y perderlo, todo es uno; anda junta la pérdida con la ganancia. *¿Por qué dais vuestra plata por lo que no es pan, y por qué ponéis vuestro trabajo en lo que no os puede hartar?* (Is 55, 2). Ya que hacéis las cosas, ya que trabajáis y os cansáis, hacedlas de manera que os valgan algo, y no de suerte que lo perdáis todo.

Tres daños colige de aquí San Basilio que causa en nosotros ese vicio de la vanagloria. El primero es que nos hace cansar y afligir nuestro cuerpo con trabajos y buenas obras. El segundo, que nos despoja de ellas después de hechas, haciéndonos perder todo el premio y galardón. No nos hace este vicio que no trabajemos, dice San Basilio, que eso aún no fuera tanto daño, quitarnos el premio no trabajando, sino aguarda que nos cansemos y hagamos las buenas obras, y entonces nos roba y despoja de ellas, quitándonos el premio. Es, dice como un corsario que está en celada escondido, aguardando que salga el navío del puerto muy cargado de mercaderías, y entonces hace su asalto. No se ponen los corsarios a saquear la nave cuando sale del puerto vacía para ir a cargar de mercaderías, sino esperan a que vuelva cargada: así este ladrón de la vanagloria aguarda que carguemos de buenas obras, y entonces nos saltea y despoja de ellas.

Y más: no sólo nos quita el premio, sino lo tercero, hace que en lugar de él merezcamos castigo y tormento; porque el bien se convierte en mal, y la virtud en vicio por el fin vano y malo que le ponéis. Y así, de la buena semilla venís a coger mal fruto, y a merecer pena y castigo por lo que pudierais merecer el Cielo. Y todo esto hace la vanagloria con una suavidad tan grande, que no sólo no siente uno el perder, como pierde, todo lo que hace, sino que gusta de ello; y tanto, que aunque más se lo digáis y él se lo vea que lo pierde todo, parece que le tiene encantado este deseo de ser alabado y estimado, según le lleva tras sí.

Por esto San Basilio (1. c.) llama a la vanagloria «dulce despojadora de nuestros dones espirituales y agradable enemigo de nuestras almas». Es un enemigo muy halagüeño; es un dulce empobrecer. Y con eso, dice el Santo que engaña a tantos este vicio por la dulzura y

suavidad que trae consigo. A los necios, dice, es cosa muy dulce y muy sabrosa esta alabanza humana, y con eso les engaña. Y San Bernardo dice: Temed esta saeta de la vanagloria, que entra blandamente y parece una cosa liviana; pero os digo de verdad que no causa pequeña llaga en el corazón. Polvillos son, pero de solimán.

Cuenta Surio que, como estuviese el gran Pacomio sentado en cierto lugar del monasterio con otros padres graves, uno de sus monjes trajo dos esteras pequeñas que había hecho aquel día, y las puso junto a su celda, en frente de donde estaba San Pacomio, de manera que él las pudiese ver, pensando que le había de alabar de diligente y cuidadoso, porque la regla no mandaba sino que cada uno hiciese cada día una estera, y él había hecho dos. Y como el Santo entendió que había hecho aquello por vanidad, dijo a los Padres que estaban con él, suspirando y con gran sentimiento: Mirad este hermano, que ha trabajado desde la mañana hasta la noche, y todo su trabajo lo ha ofrecido al demonio, y ha amado más la estima de los hombres que la gloria de Dios. Y le llama, y le da una buena reprensión, y le manda en penitencia, que cuando los monjes se junten a tener oración, vaya él allá con sus dos esteras a cuestas, y diga en alta voz: Padres y hermanos míos, por amor del Señor, que todos rueguen a Dios por este pecador miserable; que haya misericordia de mi, porque tuve en más estas dos pequeñas esteras que el reino de los Cielos. Y le mandó más, que cuando fuesen los monjes a comer, estuviese de la misma manera en medio del refectorio con sus dos esteras a cuestas todo el tiempo que durase la mesa. Y no paró en esto la penitencia: Después de hecho esto, manda que le encierren en una celda y que nadie le visite, sino que esté allí solo por espacio de cinco meses, y que no le den a comer sino pan y agua y sal, y que cada día haga dos esteras allí solo, que no le vea nadie, y ayunando. De donde podemos también sacar para nuestro aprovechamiento, cuán graves penitencias daban aquellos padres antiguos por culpas livianas, y la humildad y paciencia con que los súbditos las llevaban y se aprovechaban de ellas.

CAPÍTULO 4

Que la tentación de vanagloria no solamente es de los que comienzan, sino también de los que van adelante en la virtud.

El bienaventurado San Cipriano, tratando de aquella tentación con que el demonio acometió a Cristo nuestro Redentor en segundo lugar, cuando llevándole al pináculo del templo le dijo (Mt 4, 6): *Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo,* exclama y dice: ¡Oh maldita y abominable malicia del demonio!, pensaba el maligno a quien no había podido vencer con la tentación de la gula, le había de vencer con la de la vanagloria; y así le persuade que se eche a volar por el aire, para que sea espectáculo y admiración a todo el pueblo. Pensó el demonio que le había de suceder con Cristo como le había sucedido con otros; tenía experiencia, y lo había ya probado muchas veces, dice San Cipriano, que a quien no había podido vencer con otras tentaciones, lo había vencido con esta de vanagloria y soberbia. Y por eso, después de haberle tentado de gula, le tentó de vanagloria, como de cosa mayor y más dificultosa de vencer: porque no es fácil cosa, dice el Santo, no holgarse uno con las alabanzas; así como hay muy pocos que se huelguen de oír decir mal de sí, así hay muy pocos que no gusten de que sientan y digan bien de ellos. Por donde se verá que esta tentación de vanagloria no es solamente tentación de principiantes y novicios, sino también de muy antiguos y de los que tratan de perfección; antes de ésos es más propia.

El santo abad Nilo, que fue discípulo de San Juan Crisóstomo, refiere de aquellos padres viejos y experimentados que criaban e instruían diferentemente a los novicios que a los antiguos. Porque a los novicios les enseñaban y les imponían en que se diesen mucho a la templanza y abstinencia, porque el que se deja llevar y vencer del vicio de la gula, decían que fácilmente sería vencido del vicio de la lujuria; porque el que no sabe resistir a lo que es menos, ¿cómo resistirá a lo que es más? Pero a los antiguos avisaban que estuviesen muy apercibidos para defenderse y guardarse de la vanagloria y soberbia.

Como los que navegan por la mar se previenen y guardan de los peñascos y bajíos que están junto al puerto, porque muchas veces acontece que los que han navegado mucho tiempo con bonanza, vienen a peligrar en el puerto; así muchos que casi todo el curso de su vida habían caminado bien, venciendo y sobrepujando las tentaciones que se les ofrecían, después, al fin, cuando ya estaban cercanos al puerto, confiados de sus victorias pasadas y teniéndose ya por seguros, ensoberbeciéndose y descuidándose con eso, vinieron a caer miserablemente. El navío, que no se había abierto ni faltado navegando tanto tiempo por la mar, vino a faltar y quebrarse en el puer-

to. Eso hace la vanagloria; y así la llaman los santos tempestad en el puerto. Y otros dicen que es como quien lleva una nao muy bien calafateada y jarciada y muy cargada de mercaderías, y le da un barreno, por donde entrando el agua, la viene a anegar.

De manera que aquellos padres antiguos no instruían a los principiantes y novicios a defenderse de la vanagloria, por parecerles que no era menester; porque los que acaban de venir del mundo corriendo sangre, que aún no tienen cerradas las llagas de los pecados, consigo se traen harta materia de humildad y confusión. A ésos tratadles de abstinencia, de penitencia y de mortificación. Los antiguos, que han ya llorado y gemido muy bien sus pecados y hecho mucha penitencia de ellos, y se han ejercitado mucho en las virtudes, ésos tienen necesidad de estos avisos. Pero los que comienzan, que están vacíos de virtud y llenos de pasiones y malas inclinaciones, y que aún no han acabado de llorar bien sus pecados y el olvido que han tenido de Dios, ésos no tienen fundamento de que les venga vanagloria, sino mucho dolor y vergüenza. Así había de ser ello, y de aquí habían de tomar ocasión de grande confusión los que, teniendo muchas cosas de que humillarse, de sola una que reluzca y les parezca que hicieron bien, se desvanecen y engríen. Andamos muy engañados. Una sola cosa que tuviéramos mala había de bastar para andar confundidos y humillados, porque para el bien es menester que no falte nada, y para el mal basta una sola cosa que falte. Y nosotros hacemos al revés, que no bastan tantas faltas y males como tenemos para humillarnos, y una sola cosa buena que nos parezca que hay en nosotros basta para ensoberbecernos y para que deseemos ser tenidos y estimados; en lo cual se verá bien la malicia y sutileza de este vicio de la vanagloria, pues a nadie perdona y aun sin fundamento acomete. Y así dice de ella San Bernardo: Ella es la primera que nos acomete para hacernos caer, y la postrera y última batalla que tenemos que vencer. Por tanto, hermanos míos, dice San Agustín, armémonos y prevengámonos todos contra este vicio, como lo hacía el profeta David, cuando decía: *Señor, apartad mis ojos de toda vanidad.*

CAPÍTULO 5

De la necesidad particular que tienen de guardarse de este vicio de la vanagloria los que tienen oficio de ayudar a los prójimos.

Aunque todos tienen necesidad de apercibirse contra esta tentación de vanagloria, como habemos dicho; pero los que tenemos oficio e instituto de ayudar a la salvación de las almas, tenemos más particular necesidad de andar muy prevenidos en esto. Porque nuestros ministerios son muy altos y patentes y manifiestos a todo el mundo; y cuanto mayores y más espirituales son, tanto por una parte es mayor el peligro, y por otra seria mayor nuestro delito si en ellos nos buscásemos a nosotros mismos y el ser tenidos y estimados de los hombres. Porque sería alzarnos con lo que Dios más precia y estima, que son las gracias y dones espirituales. Y así dice San Bernardo: ¡Ay de aquellos a los cuales fue dado sentir y hablar bien de Dios y de las cosas espirituales y entender las Escrituras y predicar graciosamente, si lo que se les dio para ganar almas y extender y dilatar la honra y gloria de Dios lo convierten ellos en buscarse a si mismos y ser tenidos y estimados de los hombres! Teman y tiemblen de lo que dice Dios por el profeta Oseas (2*,* 8)*: Fié de ellos mis riquezas, diles mi plata y mi oro y las joyas preciosas que yo más estimaba, y ellos han hecho de eso un ídolo de Baal.* Han fabricado con ello un ídolo de honra.

San Gregorio trae a este propósito aquello de San Pablo a los de Corinto (2 Cor 2*,* 17)*: No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios.* Dos explicaciones da a este lugar. De dos maneras, dice, puede uno adulterar la palabra de Dios: La primera, cuando entiende y declara la Escritura divina de otra manera de lo que es, engendrando y sacando de ella por su propio espíritu falsos y adulterinos sentidos, siendo el legítimo marido y autor de ella el Espíritu Santo, y el verdadero y legítimo sentido el que le ha declarado a su Iglesia por los santos y doctores de ella. La segunda declaración de adulterar la palabra de Dios es la que hace a nuestro propósito. Esta diferencia hay del verdadero y legítimo marido al adúltero, que aquél lo que pretende es engendrar y tener hijos; pero éste no pretende sino solamente su deleite y contento. Pues de la misma manera el que con la palabra de Dios y con el oficio de la predicación que tiene no pretende tanto engendrar hijos espirituales para Dios, que es para lo que ella se ordena, conforme a aquello de San Pablo (1 Cor 4*,* 15)*:* [*Por medio del Evangelio os engendré*]*,* cuanto su gusto y entretenimiento y ser tenido y estimado, ése adultera la palabra de Dios. Y por eso llaman también los santos a la vanagloria lujuria espiritual por el deleite grande que en ella se recibe, mayor que en la otra carnal,

cuanto excede el alma al cuerpo. Pues no adulteremos la palabra de Dios, no pretendamos en nuestros ministerios otra cosa que la honra y gloria de su divina Majestad, conforme a aquello que dice Cristo nuestro Redentor (Jn 8, 50)*: Yo no busco mí gloria, sino la honra y gloria de mi Padre celestial.*

Una hazaña cuenta la Sagrada Escritura de Joab, capitán general del ejército de David, digna de ser contada e imitada por nosotros. Dice que estaba Joab con su ejército sobre la ciudad de Rabat, que era una ciudad de los amonitas, la metropolitana, donde residía el rey con su corte. Y ya que tenía el negocio en buenos términos y estaba a punto de entrar en ella y tomarla, despacha correos al rey David haciéndole saber el punto en que tenía el negocio; por tanto, que venga él y la entre y tome. Y da esta razón, *porque no se me atribuya a mi la honra de la victoria, si yo entro y la tomo* (2 Sam 12, 28)*; y* así se hizo. Esta fidelidad habemos de guardar nosotros con Dios en todos nuestros ministerios, no queriendo jamás que se nos atribuya a nosotros el fruto y conversión de las almas, ni el buen suceso de los negocios, sino todo a Dios. [*No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria*] (Sal 113, 9). Toda la gloria se ha de dar a Dios, que está en los Cielos, que así lo cantaron los ángeles: [*Gloria a Dios en las alturas*] (Lc 2, 14).

De Santo Tomás de Aquino leemos en su historia que no tuvo en toda su vida vanagloria que llegase a culpa. Nunca tuvo complacencia ni contentamiento vano de las grandes, letras entendimiento angélico y otros dones y gracias que Dios le dio. Y de nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos que muchos años antes que muriese, no tuvo ni aun tentación de vanagloria, porque estaba su ánima, con la luz del Cielo que tenía tan esclarecida y con tan grande conocimiento y menosprecio de sí, que solía decir que a ningún vicio temía menos que a este de la vanagloria**.** Esto es lo que nosotros habemos de imitar, y confundirnos y avergonzarnos, cuando aun en cosas bajas nos dejamos llevar de la vanidad. ¿Cómo os habréis cuando os viereis gran letrado y gran predicador, y que hacéis gran fruto en las almas, y que por eso sois muy tenido y estimado de los príncipes prelados y de todo el mundo? Es menester que nos acostumbremos en las cosas pequeñas, a no hacer caso de las alabanzas y estima de los hombres, ni mirar respetos humanos, para que así estemos diestros en hacer lo mismo en las mayores.

CAPÍTULO 6

De algunos remedios contra la vanagloria.

El glorioso San Bernardo, en el sermón catorce sobre el salmo *Qui habitat,* sobre aquel verso: [*Andarás sobre serpientes y basiliscos, y hollarás leones y dragones*] (Sal 90, 13), va declarando que así como estos animales unos dañan con los dientes, mordiendo, otros con el huelgo[4], otros con las uñas, otros espantan con su bramido, así el demonio invisiblemente daña y hace mal a los hombres de todas estas maneras; y va aplicando las propiedades de los animales a diversas tentaciones y vicios con que el demonio nos hace guerra. Y viniendo al basilisco, dice: Del basilisco[5] se dice una cosa monstruosa, que con sola su vista inficiona tanto al hombre que le mata. Y esto aplica el santo al vicio de la vanagloria, conforme aquellas palabras de Cristo (Mt 6, 1): [*Guardaos no obréis vuestra justicia delante de los hombres por ser vistos de ellos*]*;* como si dijera: Guardaos de los ojos del basilisco. Pero advertid que el basilisco dicen que no mata sino a quien él ve primero; pero si vos le veis a él primero, no os dañará, antes dicen que muere con eso el basilisco. Así dice que es en este vicio de la vanagloria, que no mata sino a los ciegos y a los negligentes, que se le quieren mostrar y poner delante para que los vea, y no le quieren ellos mirar primero, considerando cuán vana e inútil cosa es esta vanagloria; porque si vos miraseis primero de esta manera este basilisco de la vanagloria, no os mataría ni os haría daño, sino vos le mataríais a él, deshaciéndole y convirtiéndolo todo en humo

Este sea el primer remedio contra la vanagloria, que procuremos nosotros de mirar primero a este basilisco, que nos pongamos a considerar y examinar con atención que la opinión y estima de los hombres todo es un poco de viento y de vanidad, pues no nos da ni nos quita nada, ni por eso seremos mejores porque ellos nos alaben y estimen, ni peores porque murmuren de nosotros y nos persigan.

San Crisóstomo, sobre aquello del salmo quinto (5, 13): [*Porque Tú bendecirás al justo*]*,* trata muy bien esto. Dice que para animar a

---

[4] Aliento, respiración, resuello.

[5] Animal mitológico con cuerpo de serpiente, patas de ave y alas espinosas que tenía el poder de matar con la vista.

un justo que es perseguido y oye malas palabras de los hombres, y para que no desmaye por eso ni haga caso de ello, le esfuerza el profeta con estas palabras: *Porque Vos, Señor, bendeciréis al justo; y* con eso ¿qué le dañará que todos los hombres le menosprecien, si el Señor de los ángeles le bendice y alaba? Como al contrario, si el Señor no le bendice y alaba, ninguna cosa le aprovechará, aunque todo el mundo le alabe y le predique. Y pone por ejemplo al santo Job, el cual, estando en el muladar lleno de lepra, de llagas y de gusanos, perseguido y abandonado de sus amigos y enemigos y de su propia mujer, con todo eso era más bienaventurado que todos ellos, porque, aunque los hombres le injuriaban y decían mal de él, Dios decía bien de él, diciendo que era *varón sencillo, recto, temeroso de Dios, apartado del mal, y que aún se conservaba en la inocencia* (Job, 2, 3). Y esto le hacia verdaderamente grande, y los desprecios de los hombres y desestima el mundo ninguna cosa le quitaban.

Y así dice San Crisóstomo que lo que hemos de procurar con todo cuidado y diligencia es ser tenidos y estimados delante de Dios; porque el serlo cerca de hombres ni quita ni pone, y así no hay que hacer caso de eso. Decía el Apóstol San Pablo (1 Cor 4, 3): *A mí no se me da nada ser juzgado y tenido en poco de los hombres.* No ando a contentar a hombres; a Dios querría contentar, porque Él es mi juez.

San Buenaventura añade aquí otro punto. Dice: No os enojéis contra los que dicen mal de vos, porque o es verdad lo que dicen, o no; si es verdad, no es de maravillar que ellos se atrevan a decir lo que vos os atrevisteis a hacer; Si es falso, no os podrán dañar; y si con todo eso os vinieren movimientos de sentimiento, sufridlo, dice, con paciencia, como el que sufre un cauterio de fuego; porque aquí como el cauterio sana la llaga, así esa murmuración os curará de alguna soberbia oculta que por ventura tenéis.

El segundo medio, que nos ayudará mucho para esto, es el que nos encomienda San Basilio, San Gregorio, San Bernardo y generalmente todos los santos: que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima. Aunque sea muy amigo y muy familiar vuestro aquel con quien tratáis, nunca digáis cosa que pueda redundar en alabanza vuestra: antes habéis de poner más cuidado en encubrir las virtudes que los vicios.

Del B. Padre Maestro Ávila se dice que tenía en esto muy gran recato, y cuando alguna vez, para provecho y edificación de aquel con quien trataba, le parecía que era menester decir alguna cosa de edificación que a él le había acontecido, la contaba como de tercera persona, de manera que el otro no entendiese que era él.

De nuestro santo Padre Ignacio nos contó un prelado de España, que le conoció en París, que como él trataba de oración y la enseñaba y persuadía a otros, le preguntaban algunos cómo le iba en oración, y dijo que él mismo se lo había preguntado, y respondía nuestro Padre: Eso no diré yo, sino lo que a vos os conviene, porque esto es caridad y necesidad, y eso otro, vanidad.

Y del bienaventurado San Francisco leemos que era tan recatado en esta parte, que no sólo no se atrevía a descubrir a otros los favores y regalos que Dios le hacía, sino que cuando salía de la oración usaba de tal disimulo y templanza, así en sus palabras como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traía dentro del corazón.

Lo tercero, no nos habemos de contentar con no decir palabra que pueda redundar en nuestro elogio, sino habemos de pasar adelante y procurar cuanto pudiéremos el secreto de las buenas obras que hacemos« conforme a lo que Cristo nuestro Redentor nos dice en el Sagrado Evangelio (Mt 6, 6)*: Cuando oréis, entrad en vuestro aposento, y cerrada la puerta, orad allí en secreto a vuestro Padre celestial. Y cuando hiciereis limosna, no sepa la mano izquierda lo que hiciere la mano derecha.* Como si dijera: Si fuese posible, vos mismo no lo habíais de saber. Y cuando ayunéis e hiciereis penitencia, procurad mostrar entonces más alegría y contento, porque no entiendan los hombres que ayunáis (Mt 6, 17)*:* [*Cuando ayunáis, ungid la cabeza y lavad el rostro, para que no echen de ver los hombres que ayunáis*]*;* poneos de fiesta, porque en aquella provincia de Palestina dice San Jerónimo que en las fiestas usaban ungirse las cabezas.

Es muy grande la sutileza de este vicio, y por eso el Redentor del mundo nos encomienda tanto que nos guardemos y escondamos de él, haciendo nuestras obras en secreto para que no las perdamos ni nos las robe este ladrón de la vanagloria. Porque ése es el remedio de los que caminan, dice San Gregorio, esconder los dineros que llevan, porque si los descubren y muestran, los espiará el ladrón y los robará. Y trae a este propósito aquello que le aconteció al rey Eze-

quías (2 Ry 20, 17)*,* que porque mostró los tesoros de su casa a los embajadores del rey de Babilonia, se los robaron después todos y los llevaron a Babilonia. Suelen también traer a este propósito la comparación de la gallina que, en poniendo el huevo, luego cacarea, y así le pierde. De esta manera les acontece a los que en haciendo la buena obra, luego desean ser vistos, y aun por ventura dicen palabras que huelen a eso.

El verdadero siervo de Dios, dice San Gregorio, está tan lejos de esto, que no se contenta de permanecer en lo que pudo ser conocido, porque de eso ya le parece que le es hecha remuneración, sino procura añadir otras cosas que no sean sabidas de los hombres. Cuenta San Jerónimo de San Hilarión que, viendo que le seguía tanta gente, y que le estimaban todos en mucho por los muchos milagros que hacia, andaba muy triste y llorando cada día. Preguntándole sus discípulos la causa de su lloro y tristeza, respondía el Santo: Me parece que me paga Dios en esta vida lo que le sirvo en estar tan estimado de los hombres. Esta es otra razón y otro medio muy bueno de que nos podemos ayudar contra este vicio. Guardaos, no deseéis ser tenido y estimado de los hombres, no sea que os pague Dios con eso, si algún bien por ventura habéis hecho en esta vida, que lo suele hacer así, como Él mismo lo dijo a aquel rico avariento (Lc 16*,* 25)*: Hijo, acuérdate que recibiste el galardón en tu vida.* Esta es también una de las causas porque aconsejan los santos el quitar singularidades y extremos; porque esas cosas, como son desacostumbradas, son muy notadas y dan qué pensar y qué decir a muchos: «A todos admira el que hace lo que nadie hace». Y suelen estas cosas criar un espíritu de vanagloria y soberbia, y de allí suele nacer un menosprecio de los otros.

Pero porque no podemos siempre esconder nuestras buenas obras, especialmente los que tenemos oficio de ayudar con ellas a los prójimos; sea el quinto remedio que procuremos, en ellas rectificar nuestra intención, levantando el corazón a Dios, ofreciendo y enderezando a Él todos nuestros pensamientos, palabras y obras, como diremos luego; y después, cuando venga la vanagloria, dice el B. Padre Maestro Ávila, decidle: Tarde venís, que ya está dado a Dios. Es también muy bueno responder aquello que respondió San Bernardo cuando predicando se le ofreció: ¡Oh! Qué bien lo haces: Ni por ti lo comencé, ni por ti lo dejaré. No se han de dejar las buenas obras por temor de la vanagloria, que seria ese engaño grande, sino habe-

mos de tapar las orejas y hacernos sordos a las alabanzas de los hombres, no haciendo caso de ellas.

Dice San Crisóstomo que nos habemos de haber con el mundo como un padre con su hijo pequeño, que si el niño le alaba, no hace caso de ello, y si le vitupera, poniéndole nombres afrentosos, tampoco: antes se ríe, porque es niño y no sabe lo que hace ni lo que dice. Así nosotros no habemos de hacer caso de las alabanzas del mundo, ni del qué dirán; porque en eso el mundo es como niño que no sabe lo que dice. Y aún más decía aquel apóstol de las Indias Orientales, el Padre San Francisco Javier, que quien atentamente considerase sus faltas y pecados, y lo qué verdaderamente es delante de Dios, pensaría, cuando los hombres le alaban, que hacían burla de él, y las tendría por verdaderas afrentas.

Concluyamos con esto, y sea el último remedio éste del propio conocimiento, que es el propio contra la vanagloria. Si cavásemos y ahondásemos en esto, entenderíamos bien que no hay de qué nos venga vanagloria, sino mucho de qué confundirnos y humillarnos, porque estamos muy llenos de culpas. Y no solamente mirando a nuestros males y pecados, sino mirando a las obras que a nosotros nos parecen muy buenas y muy justas, si bien las consideramos y examinamos, hallaremos comúnmente harta ocasión y materia para humillarnos y quedar confundidos y avergonzados. Y así dice San Gregorio y repite muchas veces esta sentencia: Toda nuestra humana justicia, lo que nosotros comúnmente tenemos y hacemos de nuestra parte, puesto en el contraste de la justicia de Dios, si con rigor y sin misericordia se hubiese de juzgar, se convencería ser injusticia; y de donde pensábamos haber premio y galardón, de eso mismo merecemos muchas veces pena y castigo. Y así, el Santo Job (9, 28) decía que se recelaba y andaba con mucho temor y recato en todas sus obras, por las culpas y defectos que se suelen mezclar en ellas cuando uno no anda muy sobre aviso velando sobre sí.

Pues, según esto, ¿de qué nos ensoberbecemos y engreírnos? ¿De qué nos viene vanagloria, viendo que si con atención nos examinamos y nos tomamos cuenta a la noche qué tal ha sido aquel día, hallaremos en nosotros una profundidad de miserias, males y faltas que habemos hecho en hablar, obrar y pensar, y bienes que habemos dejado de hacer; y si algo bueno se ha hecho con el favor de nuestro Señor, hallaremos muy comúnmente haberlo nosotros manchado con soberbia y vanagloria, o con pereza y negligencia, y con

otras muchas faltas que sabemos, y otras muchas más que no sabemos, pero creemos que las hay? Pues entremos dentro de nosotros, acojámonos al propio conocimiento, mirémonos a los pies, esto es, a la fealdad de nuestras obras, y luego se deshará la rueda de la vanidad y soberbia que se levanta en nuestro corazón.

CAPÍTULO 7

Del fin e intención buena que hemos de tener en las obras.

Ya habemos tratado cómo se han de huir en las obras que hacemos la vanidad y respetos humanos, que es el apartarnos de lo malo: ahora trataremos del fin e intención que debemos tener en ellas, que es la mayor honra y gloria de Dios. El bienaventurado San Ambrosio trae a este propósito aquello que dicen los naturales del águila, que la prueba que hace para conocer sus pollitos, si son legítimos o adulterinos, es tomarlos con las uñas y ponerlos así colgados en medio del aire a los rayos del sol, y si le miran de hito en hito sin pestañear, los tiene por hijos suyos, y los vuelve a su nido, y los cría, y les trae de comer como a hijos; pero si ve que no pueden mirar al sol de hito en hito, no los tiene por hijos y los deja caer desde allí abajo. Pues en esto se conocerá si nosotros somos hijos verdaderos de Dios, si miramos de hito en hito al verdadero Sol de Justicia, que es Dios, enderezando a Él todo lo que hiciéremos, de manera que el fin y blanco de todas nuestras obras sea agradar y contentar a Dios, y hacer en ellas su santísima voluntad. Concuerda muy bien con esto lo que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Mt 12, 50)*: El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los Cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.*

De uno de aquellos Padres antiguos se lee que a cada obra que quería comenzar, estaba primero un poco parado, y preguntando qué hacia, respondió: Mirad, mirad, las obras de suyo no valen nada, si no se hacen con buen fin e intención; y así como el ballestero, para dar en el blanco, está primero un poco parado mirando y asestando a él, así yo antes que haga la buena obra, ordeno y enderezo mi intención a Dios, que ha de ser el blanco y fin de todas nuestras obras, y eso es lo que estoy haciendo en aquel tiempo que estoy parado. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer. [*Ponme así como*

sello sobre tu corazón] (Cant 8, 6). Y así como el ballestero, para acertar mejor al blanco, cierra el ojo izquierdo y solamente mira con el derecho para que la vista esté más recogida y no se distraiga y yerre mirando a muchas partes, así nosotros habemos de cerrar el ojo izquierdo de los respetos humanos y terrenos, y abrir solamente el derecho, que es el de la buena y recta intención, y de esa manera daremos en este blanco y acertaremos con el corazón de Dios: [*Llagaste mi corazón, hermana y esposa mía, llagaste mi corazón con uno de tus ojos*] (Cant 4, 9).

Para que hablemos más claro y descendamos en esto más en particular, digo que habemos de procurar y referir y enderezar actualmente todas nuestras obras a Dios. Y en esto hay más y menos. Cuanto a lo primero, a la mañana, en levantándonos, habemos de ofrecer a Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel día, y pedirle que todo sea para gloria y honra suya, para que después, cuando viniere la vanagloria, podamos responder con verdad: Tarde venís, que ya está dado. Y más: no nos habemos de contentar con ofrecer y referir actualmente a Dios, cuando nos levantamos, todo lo que habemos de hacer aquel día, sino habemos de procurar acostumbrarnos cuanto pudiéremos a no comenzar cosa que no vaya primero actualmente referida a mayor gloria de Dios. Así como el cantero o albañil que fabrica, suele tener la plomada o regla en la mano, y aplicarla a cada piedra o ladrillo que asienta, así nosotros cada obra la habemos de reglar y enderezar con esta regla de la voluntad y mayor gloria de Dios. Y más: así como no se contenta el oficial con echar la regla o la plomada una vez al principio, sino que la echa una, y otra vez hasta que la piedra está bien acabada de asentar, así nosotros no nos habemos de contentar con referir a Dios una vez al principio las obras que hacemos, sino también al tiempo que las hacemos, de tal manera las habemos de hacer, que siempre las estemos ofreciendo a Dios, diciendo: Señor, por Vos hago esto, porque Vos me lo mandáis, porque Vos así lo queréis.

CAPÍTULO 8

En que se declara cómo haremos las obras con gran rectitud y pureza de intención.

Para declarar cómo haremos con más perfección y puridad nuestras obras, suelen los maestros de la vida espiritual traer una buena comparación: Así como los matemáticos abstraen de materia, quieren decir, que no hacen caso de la materia, sino que tratan de las cantidades y figuras de los cuerpos, sin hacer caso de la materia en que están, sea oro, sea plata u otra cualquiera, porque ésta no pertenece a ellos, así el siervo de Dios en las obras que hiciere principalmente ha de poner los ojos en hacer la voluntad de Dios, abstrayendo de toda materia, no mirando si es de oro o si es de barro, esto es, no mirando si le ponen en este oficio o en aquél, si le mandan esto o lo otro, porque no está en eso nuestro aprovechamiento y perfección, sino en hacer la voluntad de Dios y buscar su gloria en lo que hiciéremos. El glorioso San Basilio dice esto muy bien y fúndalo en la doctrina del Apóstol San Pablo: Toda la vida y obras del hombre cristiano tienen un blanco y un fin, que es la gloria de Dios: porque *ahora comáis, ahora bebáis, ahora hagáis otra cualquier cosa,* dice el Apóstol (1 Cor 10, 31), *todo lo habéis de hacer a gloria de Dios.*

Cuenta el Evangelista San Juan (4, 31) que estaba Cristo nuestro Redentor con la Samaritana bien fatigado y cansado del camino, y los discípulos habían ido al pueblo a buscar de comer, que pasaba ya de hora; y viniendo con la comida, le dicen: *Maestro, comed.* Responde: *Yo tengo otro manjar que comer que vosotros no sabéis.* Decían ellos entre sí: *¿Por ventura, alguno le ha traído de comer? Mi manjar,* dice Él, *es hacer la voluntad de mi Padre, que me envió.* Pues ése ha de ser nuestro manjar en todas las cosas que hiciéremos. Cuando estudiáis, cuando confesáis, cuando leéis y cuando predicáis, no ha de ser vuestro manjar el gusto de saber, estudiar o predicar, porque eso sería de oro hacer lodo; sino vuestro manjar y vuestro gusto y contento ha de ser que estáis haciendo la voluntad de Dios, el cual quiere que entonces hagáis esas cosas. Y ese mismo ha de ser también vuestro manjar cuando servís en los oficios de casa: De manera que el mismo manjar y el mismo entretenimiento tienen el portero y el enfermero que el predicador y el lector. Y así tan contento habéis de estar vos en vuestro oficio, como él en el suyo; porque la causa del contento, que es estar haciendo la voluntad de Dios, tan bien la tenéis vos como él; porque como buen matemático espiritual no habéis de parar en la obra material que hacéis, sino que estáis haciendo en ella la voluntad de Dios. Y así siempre habemos de procurar de traer en la boca y en el corazón estas palabras: Por

Vos, Señor, hago esto, por vuestra gloria, porque Vos así lo queréis. Y no habemos de parar en este ejercicio hasta que vengamos a hacer las obras *como quien sirve a Dios y no a hombres,* como dice San Pablo (Ef 6, 7); y hasta que de tal manera las hagamos, que estemos siempre en ellas actualmente amando a Dios y holgándonos en ellas de que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. De suerte que cuando estuviéremos obrando, más parezca que estamos amando que obrando.

Trae el B. Padre Maestro Ávila una comparación buena y muy casera: como cuando una madre está lavando los pies a su hijo o marido que viene de camino, que juntamente le está sirviendo y le está amando y gozándose, y tomando particular gusto y contentamiento en aquel regalo que le hace. ¡Oh si acertásemos a hacer las obras de esta manera! ¡Oh si diésemos con este *tesoro escondido en el campo:* tan manifiesto y patente, por una parte, y tan escondido y oculto por otra! ¡Cuán espirituales y cuán interiores y aprovechados andaríamos! Esta es la alquimia verdadera y certísima para hacer de cobre y de hierro oro finísimo, porque aunque la obra sea de suyo bajísima, con esto se hace altísima y de grandísimo calor. Pues procuremos de aquí adelante que todo cuanto hiciéremos sea oro finísimo, pues lo podemos hacer tan fácilmente. En el Sancta Sanctorum y templo de Salomón todo era oro o cubierto de oro (1 Ry 6, 19-21); así en nosotros todo ha de ser amor de Dios o hecho por amor de Dios.

CAPÍTULO 9

Que la causa de hallarnos algunas veces distraídos y desaprovechados no son las ocupaciones exteriores, sino el no hacerlas como debemos.

De lo dicho se entenderá que la causa de hallarnos algunas veces distraídos y desmedrados con las ocupaciones exteriores no está en las ocupaciones, sino en nosotros, que no sabemos aprovecharnos de ellas ni hacerlas como debemos. Y así, no eche nadie la culpa a las ocupaciones que tiene, sino a sí, que no se sabe aprovechar de ellas. Quebrad la nuez, que no se come lo de fuera, sino lo de dentro. Si vos paráis en lo exterior de la obra y en esta corteza de fuera, eso

os quebrantará el cuerpo y os secará el espíritu. Lo de dentro, el tuétano, que es la voluntad de Dios. Ese ha de ser vuestro manjar. Pues quebrad con los dientes de la consideración esa cáscara, y dejad esa corteza de fuera, y pasad a la medula, como aquella águila grande de Ezequiel (17, 7), que entró y sacó la medula del cedro, no parando en la corteza (Sal 65, 15): [*Te ofreceré holocaustos medulosos*]. Eso es en lo que habéis de parar y ofrecer a Dios, y de esa manera medrará y crecerá vuestra alma.

Marta y María hermanas son; no estorba ni impide la una a la otra, antes se ayudan. La oración ayuda a hacer bien la acción; y la acción, hecha como se debe, ayuda a la oración, como buenas hermanas, Y si vos os sentís turbado y desasosegado en la acción, es porque no os ayuda María, que es la oración (Lc 10, 40): [*Marta, Marta, solícita andas, y turbada en muchas cosas*]: se turba Marta, porque no le ayuda su hermana María: [*Decidle, Señor, que me ayude*]; procurad vos que os ayude María, que es la oración, y veréis cómo cesa la turbación. De aquellos santos animales de Ezequiel (1, 8) se dice que tenía cada uno la mano debajo del ala, para dar a entender que los varones espirituales traen la mano del obrar debajo del ala de la contemplación, sin apartar lo uno de lo otro; porque obrando contemplan, y contemplando obran. Y así dice Casiano de aquellos monjes de Egipto que estando trabajando con las manos, no dejaban por eso de contemplar en Dios, haciendo con las manos el oficio de Marta, y con el corazón el de María.

San Bernardo dice esto muy bien: Los que tratan de espíritu y de oración tienen mucho cuidado de ocuparse de tal manera en los oficios y ocupaciones exteriores, que no se ahogue el espíritu, ni se apague la devoción. Y así, aunque el cuerpo trabaje y se fatigue, procuran que el alma tenga también allí su refección espiritual. De manera que no impiden las ocupaciones exteriores el recogimiento y devoción interior, antes ayudan, porque no ocupan el entendimiento, sino le dejan desembarazado para que pueda pensar en Dios. Y así decía un Padre muy antiguo y muy espiritual que a dos géneros de personas tenía él gran envidia acá en la Religión: a los novicios, porque no atienden ni vacan a otra cosa sino a su aprovechamiento; y a los hermanos legos, porque tienen desocupado y desembarazado el entendimiento para poder andar todo el día en oración.

Cuenta San Juan Clímaco que halló en un monasterio un cocinero, que tenía mucha ocupación, porque era grande el número de reli-

giosos (dice que eran doscientos y treinta, fuera de los huéspedes), y en medio de todas sus ocupaciones tenía un recogimiento interior muy grande, y además de eso había alcanzado don de lágrimas. Y maravillado San Juan Climaco, le preguntó cómo con tan grande y tan perpetua ocupación había alcanzado esto. Y al fin importunado respondió: Nunca pensé que servía a hombres, sino a Dios, y siempre me tuve por indigno de quietud y reposo; y la vista de este fuego material me hace siempre llorar y pensar en la acerbidad del fuego eterno.

Y de Santa Catalina de Sena se cuenta en su vida que la perseguían mucho sus padres, y le daban mucho trabajo porque se casase. Y llegó a tanto la persecución, que mandaron que no tuviese lugar apartado, ni celda en que recogerse, y la ocuparon en los oficios de casa: quitaron de la cocina a una esclava que tenían y la pusieron a ella en su lugar, para que así no tuviese tiempo para orar ni para los demás ejercicios espirituales. Pero ella, enseñada por el Espíritu Santo, dice su historia que fabricó allá dentro de su corazón una muy secreta celda espiritual, y propuso en sí de nunca jamás salir de ella; y así lo hizo. De manera que en la primera celda, que antes tenía, algunas veces estaba dentro en ella, otras, fuera; pero de esa otra santa celda espiritual, que ella dentro de sí había fabricado, nunca salía; aquella celda primera se la quitaron, esta segunda ninguno se la podía quitar. Imaginaba dentro de sí que su padre representaba a Jesucristo y su madre a Nuestra Señora, y sus hermanos y la otra familia a los Apóstoles y discípulos del Señor. Y así andaba con grande alegría y diligencia, porque estando en la cocina, y andando sirviendo, siempre pensaba en su esposo Jesucristo, al cual hacía cuenta que servía: siempre gozaba de la presencia de Dios y se estaba con Él en el Sancta Sanctórum. Y así decía ella muchas veces a su confesor, cuando él tenía muchas ocupaciones exteriores y temporales, o había de ir algún camino: Padre, haced dentro de Vos una celda de la cual nunca salgáis. Pues hagámoslo nosotros así, y no nos distraerán los oficios y ocupaciones exteriores, antes nos ayudarán para andar siempre en oración.

CAPÍTULO 10

Del bien y ganancia grande que hay en hacer las obras de la manera que habemos dicho.

Las obras hechas al modo dicho se dicen obras llenas; y los que viven de esa manera, según San Jerónimo y San Gregorio, se dicen en la Sagrada Escritura vivir *días llenos, y* estar *llenos de días; y esto,* aunque hayan vivido poco tiempo y mueran de poca edad, conforme a aquello del Sabio (Sab 4, 13): [*Acabado en breve tiempo, cumplió largos años*]. ¿Cómo puede ser en poco tiempo vivir uno mucho y cumplir muchos años? ¿Sabéis cómo? Haciendo obras llenas y viviendo días llenos (Sal 72, 10): [*Se encontrarán en ellos días llenos*]. Este segundo lugar declara el primero; desde la mañana hasta la noche, y desde la noche hasta la mañana vive el buen religioso y el siervo de Dios un día lleno de veinticuatro horas, porque todo lo emplea en hacer la voluntad de Dios. El mismo comer, el descansar, el tomar el sueño necesario, no son obras vacías para él, sino todas las endereza y refiere para mayor honra y gloria de Dios, y las está haciendo porque es voluntad de Dios que las haga; no come por el gusto como las bestias, ni busca su contento y recreación en esas cosas, antes quisiera él poder pasar sin nada de eso si el Señor fuera servido. ¡Oh Señor, quién se pudiera pasar sin comer, y sin dormir, y sin estas recreaciones y entretenimientos! ¡Oh, quién pudiera, Señor, estaros siempre amando, y no tuviera necesidad de acudir a estas miserias del cuerpo! *Libradme, Señor, de estas necesidades* (Sal 24, 17) y miserias, para que siempre os esté amando, para que siempre esté ocupado en Vos.

Ya veo que no es ese estado de esta vida; mas llévalo eso el justo en paciencia, pero no sin dolor. Si no, díganoslo el santo Job (3, 24) y el real Profeta David (Sal 101, 10), cómo pasaban por esas cosas; el uno dice que suspiraba antes de comer; el otro, que mezclaba su bebida con lágrimas, y que cuando se iba a acostar, regaba también su cama con ellas (Sal 6, 7). Así lo habíamos nosotros de hacer, derramando lágrimas de nuestros ojos cuando nos vamos a acostar: ¡Ah, Señor, que tengo yo que estar aquí tanto tiempo sin acordarme de Vos! [*¡Ay de mí!, que se ha dilatado mi destierro*] (Sal 119, 5). ¡Ay de mí! ¿y cuánto ha de durar este cautiverio? ¿Cuándo me alzaréis, Señor, este destierro? ¿Cuándo me quitaréis esta servi-

dumbre? [*Saca mi alma de la cárcel*] (Sal 141, 8). ¿Cuándo me sacaréis, Señor, de la cárcel de este cuerpo, para que me pueda dar del todo a Vos? ¡Oh, cuándo será! ¡Oh, cómo se tarda ya aquella hora! Estas son obras llenas y días llenos. De esta manera en breve tiempo vive el justo mucho, y pocos días de vida son muchos años de merecimiento.

Pero el que no ha obrado bien ni ha gastado ni empleado bien los días de su vida, aunque haya vivido mucho tiempo y tenga muchos años, se dice que muere vacío de días (Job, 7, 3): [*Conté meses vacíos*]*;* porque ha dejado pasar los días y los años en balde, y puede decir que *sus años son pocos y malos* (Gen 47, 9).

Sobre aquellas palabras de Isaías (38, 10), que dijo el rey Ezequías, convaleciendo de su enfermedad: *Yo dije: en medio de mis días entraré por las puertas del infierno,* nota San Jerónimo que los santos y justos cumplen sus días, como fue un Abrahán, del cual dice la Escritura (Gen 25, 8) que *murió lleno de días y en buena vejez;* pero los malos siempre mueren en la mitad de sus días, y aun no llegan a eso, conforme a aquello del Profeta (Sal 54, 24): [*Los hombres sanguinarios y engañadores no sumarán sus días*]*,* porque han dejado pasar los años en balde. Y así llama la Sagrada Escritura (Is 65, 20) al pecador de cien años niño de cien años; y dice que será maldito este tal: [*Porque el niño de cien años perecerá, y el que de cien años pecador fuere, será maldito*]*.* Porque no ha vivido como hombre, sino como niño. De aquí es que a los malos siempre los coge la muerte en agraz, sin estar maduros ni sazonados. Y así, dicen cuando viene: ¡Oh, quién tuviera siquiera otro año de vida para hacer penitencia! De la misma manera acontece a los religiosos tibios y flojos, que, aunque tengan muchos años de hábito, tendrán pocos días de Religión.

En las Crónicas de San Francisco se cuenta de uno de aquellos santos religiosos, que le preguntó otro cuánto tiempo había que era fraile; él respondió que ni un solo punto; el otro no lo entendió y extrañó mucho la respuesta. Entonces díjole el siervo de Dios: Bien sé yo que hace setenta y cinco años que traigo el hábito de fraile menor; mas cuánto tiempo he sido fraile con las obras, yo no lo sé. ¡Ruega al Señor que no pueda ninguno de nosotros decir con verdad lo que aquel Santo dijo por humildad! No está el negocio en muchos años de Religión, ni en larga vida, sino en buena vida. Muchos cuentan los años de su conversión, y muchas veces es poco el fruto de la en-

mienda, dice aquel santo (*Kempis*). Más valen pocos días de buena vida, que muchos de una vida tibia y floja; porque delante de Dios no se cuentan los años de vida, sino los años de buena vida; ni los años de Religión, sino los que uno ha vivido como buen religioso.

Tenemos de esto un ejemplo muy bueno en la Sagrada Escritura. En el libro primero de los Reyes (1 Sam 13, 1) se dice que reinó Saúl sobre Israel dos años: [*Hijo de un año era Saúl cuando comenzó a reinar, y dos años reinó en Israel*]. Y es cosa cierta que fue rey cuarenta años, porque lo dice San Pablo en los Actos de los Apóstoles (13, 21): [Y *después pidieron rey, y les dio Dios a Saúl, hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, por cuarenta años*]. Pues ¿cómo en las historias y crónicas de los reyes de Israel se dice solamente que reinó dos años? La razón es porque en los anales y crónicas de Dios no se cuentan sino los años que vivió bien; y así dice que reinó dos años, porque ésos reinó como buen rey. Y en el Sagrado Evangelio (Mt 20, 8), los que fueron a trabajar a la viña, a la postre, *con una sola hora que trabajaron* fueron preferidos a los que habían ido desde la mañana, porque en aquella hora merecieron tanto o más que los otros en todo el día. Pues regíos por esta cuenta, y mirad por aquí lo que habéis vivido de esa manera en la Religión.

Todo esto dice muy bien San Eusebio Emiseno. «Solemos contar los tiempos y los años que habemos estado en la Religión, pero no os engañe, cualquiera que seáis, el número de los días que con el cuerpo dejasteis el mundo; aquel solo día habéis de hacer cuenta que habéis estado en la Religión, en el cual habéis tratado de mortificar vuestra voluntad y resistir a vuestras pasiones y apetitos, y en que habéis guardado bien vuestras reglas, y tenido bien vuestra oración y vuestros ejercicios espirituales». Pues haced de esos días años, si podéis, y medid por ahí el tiempo que habéis sido religioso; y temed no se os diga a vos lo que se dice en el Apocalipsis (3, 1, 2) al obispo de la Iglesia de Sardo: [Y *al ángel de la iglesia de Sardo escribe: Conozco tus obras y que tienes nombre de vivo y estás muerto; vela, porque no hallo tus obras llenas delante de mi Dios*]. Bien sé yo vuestras obras, dice Dios; aunque los hombres no las saben, yo bien las sé. Tenéis nombre de vivo, y estáis muerto; tenéis nombre de cristiano y no tenemos obras de cristiano; tenéis nombre de religioso, y no tenéis obras de religioso: no concuerdan vuestras obras con el nombre que tenéis, porque vuestras obras no son llenas, sino vanas y vacías, no están llenas de Dios, sino vacías de Dios y llenas de

vos. Todo es buscaros a vos mismo en ellas, vuestras comodidades, vuestra honra y estimación. Pues velemos sobre nosotros. Procuremos que nuestras obras sean llenas, y que nuestros días sean llenos, para que así en poco tiempo vivamos mucho y merezcamos mucho, delante de Dios.

CAPÍTULO 11

Declárase más la rectitud y puridad de intención que habemos de tener en nuestras obras.

Un aviso muy bueno se suele dar a los que tratan con prójimos, de cómo se han de haber en las obras y ministerios que hacen, con que se declara mucho qué tan pura ha de ser nuestra intención en las obras, y cuán desnuda y sencillamente habemos de buscar a Dios en ellas; y es doctrina de los gloriosos padres y doctores de la Iglesia Jerónimo, Gregorio y Crisóstomo, como veremos. Cuando ponéis la mano en alguna obra a fin que de ella resulte algún provecho general o particular en los prójimos, no pongáis principalmente los ojos en el fruto y buen suceso de la obra, sino en hacer en ella la voluntad de Dios, de manera que cuando confesamos, cuando predicamos, cuando leemos, no habemos de poner principalmente los ojos en si se convierten o enmiendan y aprovechan aquellos con quien tratamos, o a quien confesamos o predicamos sino en hacer en aquella obra la voluntad de Dios, y en hacerla lo mejor que pudiéremos para agradar a Dios. El suceso de la tal obra, que el otro se enmiende y saque fruto del sermón con efecto, eso no nos toca a nosotros, sino a Dios (1 Cor 3, 6): [*Yo planté y Apolo regó, pero Dios dio el crecimiento*]. Plantar y regar, dice el Apóstol, eso es lo que podemos nosotros, como el hortelano; pero el crecer de las plantas, el dar fruto los árboles, eso no lo hace el hortelano, sino Dios. El fruto de las almas, el que salgan de pecado y se conviertan y crezcan en virtud y perfección, eso está a cuenta de Dios. El valor y perfección de nuestra obra no depende de eso. Pues esa puridad de intención habemos nosotros de procurar tener en las obras, y de esta manera será nuestra intención muy pura y gozaremos de grande paz. Porque el que de esta manera se conduce en las obras, no se turba cuando por alguna vía se le impide o imposibilita el suceso y fruto que pretendía en la

buena obra, porque no pone él en eso su fin y su contento, sino en hacer en ella la voluntad de Dios, y en hacerla lo mejor que puede para agradar a Dios. Pero si vos, cuando predicáis, confesáis o negociáis, vais muy casado con el provecho y fruto de esa buena obra, y ponéis en eso vuestro fin principal, entonces, si por alguna vía se impidiere el efecto de vuestro deseo, os turbaréis, y vendréis a perder algunas veces, no solamente la paz del corazón, más también la paciencia y aun más adelante.

Declaraba esto nuestro bienaventurado Padre Ignacio con un ejemplo o comparación muy buena. ¿Sabéis, dice, cómo nos habemos nosotros de proceder en los ministerios con nuestros prójimos? Como se comportan los ángeles de guarda con aquellos que de mano de Dios reciben a su cargo, que cuanto pueden los avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno; mas si ellos usan mal de su libertad y se hacen rebeldes y obstinados, no por eso se congojan ni entristecen los ángeles, ni reciben pena, ni pierden un punto de la bienaventuranza que tienen gozan de Dios: antes dicen aquello de Jeremías (51, 9): *Curamos a Babilonia y no ha sanado, dejémosla.* Así nosotros habemos de poner todos los medios posibles para sacar de pecado a nuestros prójimos y para aprovecharlos, y después que hubiéremos hecho con diligencia nuestro deber, habemos de quedar con mucha paz de nuestra alma, y no desmayar porque el enfermo se quede con su dolencia y no quiera ser curado.

Cuando los discípulos vinieron de predicar, muy contentos porque habían hecho maravillas, y echado demonios de los cuerpos, les respondió Cristo Muestro Redentor (Lc 10, 20): *no os gocéis en eso, sino gozaos porque vuestros nombres están escritos en el cielo.* No ha de pender nuestro gozo de esos sucesos, aunque tan buenos como eso; sino mirad vos si hacéis obras por las cuales merezcáis que vuestro hombre se escriba en el reino de los Cielos: mirad si hacéis lo que debéis en vuestro oficio, y en eso habéis de poner vuestro gozo y contento, que esos otros sucesos y conversiones y maravillas no están a vuestra cuenta, y el premio y gloria que os han de dar no ha de ser conforme a eso, sino conforme a como hubiereis trabajado, ahora se conviertan y aprovechan, ahora no.

Y se verá esto claramente por lo contrario: si se hiciese mucho fruto *y se convirtiese todo el mundo* con vuestros sermones y ministerios, y vos no anduvieseis como debíais, *¿qué os aprovecharía,*

como dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio? (Mt 16,26). Pues de la misma manera, si hacéis lo que debéis, aunque no se convierta nadie, no por eso será menor vuestro premio. Bueno estuviera por cierto el Apóstol Santiago si su premio dependiera de eso, y si en eso hubiera de poner su contento, que dicen no, convirtió sino siete o nueve en toda España; pero no por eso mereció menos, ni agradó menos a Dios que los demás Apóstoles.

Y más, tenemos otro consuelo grande en esto, que se sigue de lo dicho; que no sólo no nos pedirá Dios cuenta si se hizo mucho fruto o no, sino que aún no os pedirá cuenta si hicisteis gran sermón o gran lección. No nos manda Dios eso, ni está en eso nuestro merecimiento sino lo que Dios manda y quiere de mí es que haga yo lo que supiere y fuere de mi parte, conforme al talento que recibí; si poco, poco; si mucho, mucho; y con eso queda satisfecho (Lc 12, 48). *Al que dieron mucho, mucho le pedirán,* y al que poco, poco.

Declara esto muy bien San Crisóstomo tratando aquella parábola de los talentos. Pregunta: ¿cuál es la causa que el siervo que ganó dos talentos reciba la misma honra que el que ganó cinco? Cuando vino el Señor a pedir cuenta de los talentos que había repartido a sus siervos, dice el sagrado Evangelio que llegó el que había recibido cinco, y dijo (Mt 25, 20): *Señor, cinco talentos me disteis; veis aquí, he ganado y acrecentado otros cinco.* Y le dice el Señor: *Alégrate, siervo bueno y fiel, que porque fuiste fiel en lo poco, Yo te pondré y constituiré sobre lo mucho.* Llega el que había recibido dos talentos, y dice: *Señor, dos talentos me entregasteis; veis aquí, he ganado y acrecentado otros dos.* Y le respondió el Señor con las mismas palabras, y prometiéndole el mismo premio que al que había ganado cinco talentos. ¿Cuál es la causa de esto? Responde el Santo: Con mucha razón, porque él acrecentar el uno cinco talentos, y el otro no más de dos, no fue porque el uno fuese más diligente y el otro menos, sino porque al uno le dieron cinco talentos con que pudiese doblarlos y acrecentar otros cinco, y al otro no dieron más de dos; pero tanta diligencia puso éste como aquél, y tanto trabajo en hacer lo que fue de su parte con lo que recibió, como el otro; y así pudo merecer y recibir la misma honra y galardón.

Este punto es muy provechoso y de mucho consuelo, porque se puede aplicar a todas las cosas y a todos los oficios y ministerios. Si uno trabaja y pone tanto cuidado como otro en lo que se le encomienda, puede merecer tanto como él, aunque no haga tanto. Pongo

ejemplo: si yo trabajo tanto en predicar desgraciadamente, como vos en predicar bien, puede ser que merezca en ello tanto como vos y aún más. De la misma manera en los estudios: aunque aquél sea ruin estudiante y vos bueno, y él sepa poco y vos mucho, podrá ser que merezca él más en lo poco que sabe, que vos en lo mucho que sabéis; y lo mismo es en todos los oficios. Aunque yo no haga el oficio con tanto primor como vos, y mis fuerzas y talento no se extiendan a tanto como eso, podrá ser que merezca más en lo poco que hago, que vos en lo mucho que hacéis. Y ayudará mucho esta consideración para que ni a los unos les venga vanagloria, ni a los otros desmayo.

Esta doctrina es también de San Jerónimo sobre aquella misma parábola. Con semejante gozo y honra recibe el Señor al que trajo cuatro talentos como al que trajo diez; porque Dios no mira tanto la cantidad de la ganancia cuanto a la voluntad, diligencia y caridad con que se hace la obra.

«Más se complace Dios en el afecto, que en el precio de nuestras ofrendas», dice Salviano; que es lo que dice San Gregorio: «Dios no mira cuánto se le da, sino con cuánto amor se le da». Más mira Dios el corazón que el don. Y así puede uno agradar más a Dios con menos obras, que otro con más, si las hace con mayor amor. En lo cual resplandece mucho la grandeza de Dios, que ningún servicio, por grande que sea, es grande delante de Él, si no es grande el amor; porque quien no tiene necesidad de nuestros bienes, ni puede crecer en riqueza ni otro bien (Job, 35, 7): [Y *si fueres justo, ¿qué le darás por eso?, o ¿qué recibirá de tu mano?*]*; lo* que quiere y estima es el ser amado, y que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte. Y vérnoslo esto al pie de la letra en los dos cornadillos que ofreció aquella viuda del Evangelio. Estaba Cristo nuestro Redentor sentado junto al gazofilacio o cepo del templo, donde la gente echaba sus limosnas, y venían aquellos fariseos y aquellos ricazos, y unos echarían reales, otros, por ventura, oro. Llegó una pobre viuda y echó dos cornadillos; vuélvese Cristo a sus discípulos y fieles: *De verdad os digo que esta pobre viuda ha ofrecido más que todos, porque los otros dieron de lo que les sobraba, y* aún no dieron conforme a su estado; *sin embargo, ésta, de su pobreza, dio todo lo que tenía* (Mc 12, 43). Pues, dice San Crisóstomo, de la misma manera se habrá Dios con los que predican, estudian, trabajan y hacen los demás ministerios y

oficios, que no mirará tanto lo que hacen cuanto a la voluntad, amor y diligencia con que lo hacen.

CAPÍTULO 12

De algunas señales en que se conocerá cuándo hace uno las cosas puramente por Dios, y cuándo se busca en ellas a sí mismo.

El bienaventurado San Gregorio pone una señal buena para conocer si en los ministerios que uno ejercita con los prójimos, busca puramente la gloria dé Dios o se busca a sí mismo: Mirad si cuando el otro predica muy bien y se lleva toda la gente y hace mucho fruto en las almas, os holgáis como cuando vos lo hacéis; porque si no os holgáis, sino que antes parece que tenéis no sé qué sentimiento o tristeza y una manera de envidia, ésa, dice San Gregorio, es clara señal que no buscáis puramente la gloria de Dios. Y trae para esto aquello del Apóstol Santiago (3, 14): [*Si tenéis celo amargo, y hubiere contiendas en vuestros corazones, no es ésta sabiduría que viene de arriba, sino terrena, animal, diabólica*]. Eso no es, celo de la gloria y honra de Dios, sino celo de vos; celo de ser honrado y estimado como el otro. Porque si deseaseis la gloria de Dios y no la vuestra, os holgaríais que hubiese muchos de ésos, y que lo que vos no podéis o no sabéis hacer, lo hiciesen otros: como dice la Escritura (Num 11, 29) de Moisés, que queriendo Josué resistir a unos que profetizaban, le dijo como enojado: [*¿Para qué tienes emulación por mí? ¡Quién me diese que todo el pueblo profetizase y a todos diese Dios su santo espíritu!*] Así ha de decir el siervo de Dios. ¡Pluguiese a Dios que todos fuesen grandes predicadores y les diese el Señor mucho espíritu, para que así se dilatase más la honra y gloria de Dios, y fuese conocido y santificado su santo nombre en todo el mundo!

Del B. Padre Maestro Ávila tenemos un buen ejemplo de esto. Dícese de él que cuando supo que Dios nuestro Señor había enviado al mundo la Compañía de Jesús por medio de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, y entendió el fin e instituto de ella, dijo que esto era tras lo que él tantos años con tanto deseo había andado, sino que no sabia atinar a ello, y que le había acontecido a él lo que a un niño, que está a la halda de un monte, y desea y procura con todo su poder subir a él alguna cosa muy pesada y no puede por sus pocas fuerzas;

y después viene un gigante y arrebata la carga, que no puede llevar el niño, y con mucha facilidad la pone donde quiere; haciéndose a sí con esta comparación por su humildad pequeño, y a nuestro Padre Ignacio gigante. Pero lo que hace a nuestro propósito es que quedó él tan contento y regocijado, como si por su medio se hubiera instituido la Compañía; porque él no deseaba en aquello sino la gloria de Dios y la salvación de las almas. Estos son buenos y fieles ministros de Dios, que no, se buscan a sí, sino a Jesucristo.

El verdadero siervo de Dios ha de desear tan puramente la gloria y honra de Dios y el fruto y salvación de las almas, que cuando Dios quisiere que esto se haga por medio de otro, quede tan contento y tan gozoso como si por su medio se hiciera. Y así es muy bueno lo que usan algunos siervos de Dios, muy celosos del fruto y conversión de las almas, que es pedir a Dios: Señor, conviértase aquél, gánese aquella alma para Vos, hágase el fruto y la hacienda, y sea por el medio que Vos fuereis servido, qué yo no quiero que se atribuya nada a mí. Esto es andar en verdad y en puridad, deseando, no nuestra honra y estima, sino la mayor honra y gloria de Dios.

De la misma manera podemos decir en lo que toca al aprovechamiento espiritual nuestro y de nuestros hermanos. El que viendo que su hermano va adelante aprovechando y creciendo en virtud, y que él se queda atrás, recibe tristeza y desmayo, ese tal no busca puramente la mayor gloria de Dios. «Porque, aunque es verdad que el verdadero siervo de Dios ha de tener un cuchillo atravesado en el corazón porque no sirve tanto al Señor como debería y podría; mas no se sigue de aquí que si ve crecer el otro más que él, reciba por eso tristeza y desmayo; antes el refrigerio y alivio que ha de recibir su alma en la gran tristeza porque no sirve mucho al Señor, ha de ser el ver que, ya que él por su flaqueza no hace lo que debe, hay otros que cumplen lo que él desea, glorificando y sirviendo mucho al Señor. Y ese otro desmayo y tristeza que algunos tienen, nace de amor propio y de alguna soberbia o envidia secreta; porque si uno desea de veras la mayor honra y gloria de Dios, y para eso desea él servir a Dios, claro está que le dará grande alegría y contento ver que los otros crezcan mucho en virtud y en perfección, aunque por otra parte ande él con dolor y confusión de que no le sirve tanto.

Lo segundo, cuando el religioso hace su oficio y las cosas que le mandan, de tal manera, que no se le da más que le manden esto o aquello, ni que le pongan en este oficio o en el otro, sino que está tan

contento en lo uno como en lo otro, es muy buena señal de que hace las cosas puramente por Dios; porque por eso tiene él esa igualdad e indiferencia en todo, porque no busca sino hacer la voluntad de Dios, y no repara en lo material de las obras. Pero si no hace tan de buena gana lo humilde y trabajoso, como lo fácil y honroso, señal es que no lo hace puramente por Dios, sino que se busca a sí mismo y su gusto y comodidad. Y así dice muy bien aquel santo: (*Kempis*)*:* Si Dios fuese la causa de tu deseo, te holgarías de cualquier manera que Él lo ordenase.

Lo tercero es señal que no hace uno las cosas puramente por Dios, sino por respetos humanos, cuando quiere que el superior le agradezca lo que hace y lo mucho que trabaja, dándole a entender con palabras que lo ha hecho bien, o, a lo menos, mostrando alguna significación de contento, y cuando no hay algo de esto, se desanima. Si vos hicierais las cosas puramente por Dios, no mirarais en eso, ni hicierais caso de ello: antes os habíais de confundir y avergonzar cuando el superior os muestra algo de eso entendiendo que es por vuestra imperfección y flaqueza, y quejaros de vos mismo, y decir: ¡Que sea yo tan ruin y miserable, y esté tan niño y tierno en la virtud, que haya menester que me alienten y animen con estas cosas!

En el Prado Espiritual se cuenta del abad Juan, el menor, Tebeo, discípulo del abad Amón, que sirvió doce años enteros a un padre anciano, enfermo, y aunque el padre veía que tenía tanto y tan largo trabajo, nunca jamás le dijo una palabra blanda, ni amorosa, antes le trataba ásperamente. Después, al tiempo que se quiso partir de esta vida, le fueron a visitar muchos ermitaños, y estando todos alrededor de él, llamó a su paciente y humilde discípulo, y trabándole de la mano, le dijo tres veces: Quédate con Dios, quédate con Dios, quédate con Dios; con esto le encomendó a los Padres, y se lo entregó por hijo, diciendo: Este no es hombre, sino ángel, pues en todos estos doce años que ha que me sirve en mis enfermedades, nunca jamás oyó de mí una buena palabra y con todo eso siempre ha servido con mucha voluntad y diligencia.

CAPÍTULO 13

Cómo habemos de ir creciendo y subiendo en la rectitud y puridad de intención.

Nuestro bienaventurado Padre Ignacio nos declara más en particular cómo habemos de ir subiendo en esta rectitud y pureza de intención. «Todos, dice, se esfuercen en tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares; siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni esperanza de premios, aunque de esto deben también ayudarse.» Hay muchas maneras de buscar y servir a Dios; servir a Dios por temor de las penas, buscar a Dios es, y bueno es, porque el temor servil es bueno, y don de Dios. Y así le pedía a Dios el Profeta (Sal 118, 120): [*Enclava, Señor, mis carnes con tu temor*]. Cuando uno dijese o tuviese en su corazón esta voluntad: Si no hubiera infierno, o si no temiera el castigo, ofendiera a Dios; eso dicen los teólogos que es malo y pecado, porque ya muestra uno en eso su mala voluntad. Pero ayudarnos del temor de las penas y del temor de la muerte y del juicio para servir a Dios y no pecar, bueno es; y para eso la sagrada Escritura nos pone muchas veces delante estas cosas, y nos amenaza con ellas.

Lo segundo, servir a Dios por el premio que esperamos de la gloria, también es buscar a Dios, y es bueno y mejor que lo primero. Mejor es hacer las cosas por esperanza del premio y de la gloria que por temor del infierno; eso es ir creciendo en perfección. Y así dice San Pablo (Heb 11, 24) que lo hacía Moisés. *Moisés, creciendo en fe y haciéndose grande no tuvo en nada ser hijo de la hija del rey Faraón, que le había adoptado por hijo: menospreció eso, y quiso ser más abatido y perseguido por Dios que todos los tesoros y riquezas de Egipto: porque tenía ojo al galardón y premio que esperaba.* Y el real Profeta decía (Sal 118, 112): *Incliné mi corazón a guardar, Señor, vuestra ley, mirando el premio que nos habéis prometido.*

Bueno es todo eso; y así nos habemos de ayudar de ello. Pero quiere nuestro Padre que pasemos mas adelante, que levantemos más el corazón y tengamos más altos pensamientos (1 Cor 12, 31): [*Pretended con emulación dones mejores, y Yo os demuestro un camino aún más excelente*]. No se contenta con que sirvamos y busquemos a Dios como quiera, sino muéstranos otro camino más excelente y más subido, Quiere que busquemos y sirvamos a Dios por Dios, puramente por sí mismo, por su infinita bondad, por ser Dios quien es, que es el mayor de todos los títulos.

Los gloriosos Padres de la Iglesia Basilio, Crisóstomo y Gregorio tratan muy bien este punto. Comparan a los que sirven a Dios por el premio que les ha de dar, y dicen que son como Simón Cireneo, que llevaba la cruz de Cristo por precio, alquilado por su jornal. Así éstos, sirven a Dios y llevan su cruz por el precio y jornal que les han de dar. Dicen estos santos que no habemos de andar solícitos y cuidadosos de la remuneración, computando y tanteando el galardón y la paga; porque eso es de siervos mercenarios y jornaleros, que buscan su interés. Nosotros no habemos de servir a Dios de esa manera, sino como hijos verdaderos, por puro amor. Hay, dicen, mucha diferencia del servir del esclavo y del servir del criado al servir del hijo. Porque el esclavo sirve a su señor por miedo del castigo y del azote; el criado sirve a su amo por la paga y galardón que espera de él; y si anda diligente en servirle, es porque de esa manera piensa medrar, y que le hará mercedes. Pero el hijo sirve a su padre por amor, y tiene mucha cuenta de no ofenderle, no por temor del castigo, que no teme eso el hijo cuando es ya grande, ni por lo que espera tener de él, sino por puro amor. Y así el buen hijo, aunque su padre sea pobre y no tenga qué dejarle, le sirve y honra, porque lo merece por ser su padre; y el darle contento tiene por suficiente premio de su servicio y trabajo.

Pues así, dicen estos santos, habemos nosotros de servir a Dios, no por temor del castigo como esclavos, ni poniendo los ojos principalmente en la paga y galardón que esperamos, como criados mercenarios y jornaleros, sino como hijos verdaderos, pues nos ha hecho Dios esa merced que lo seamos. Dice San Juan (1 1*n* 3, 1): [*Mirad qué tan grande es el amor que el Padre nos tiene*]*: no sólo nos llamamos hijos de Dios,* sino *que verdaderamente lo somos,* y con verdad llamamos Padre a Dios, y a su Hijo, hermano. Pues si somos hijos de Dios, amemos y sirvamos a Dios como hijos, y honrémosle como a padre, por puro amor, por dar contento a nuestro Padre celestial, porque lo merece Él por ser quien es, por su sola infinita bondad, aunque tuviéramos infinitos corazones y cuerpos que emplear en amarle y servirle.

Dice muy bien San Crisóstomo: Si fueres digno por divina la gracia de hacer alguna cosa que agrade a Dios, y fuera de esto buscas otro galardón y paga, verdaderamente no sabes cuán grande bien sea agradar a Dios; porque si lo supieras, no buscaras fuera de esto otro galardón. Porque ¿qué mayor bien podemos desear ni pretender, que agradar y dar contento a Dios? Dice el Apóstol San Pablo

(Ef 5, 1): *Imitad a Dios como hijos muy amados, y amadle como Cristo nos amó a nosotros.* Considerad, dice San Buenaventura, cuán liberalmente y sin interés alguno suyo nos amó Dios, y nos hizo tantas mercedes; y no sólo sin interés, sino muy a costa suya, pues le costamos su sangre y su vida. Pues de esa manera habemos de amar y servir nosotros a Dios, puramente y sin ninguna manera de interés. Las mismas virtudes y dones sobrenaturales habemos de desear, no por nuestro provecho y contento, sino puramente por Dios y por su mayor gloria, por tener con qué agradar y contentar más a Dios. Y la misma gloria habemos de desear de esa manera. De suerte que cuando pusiéremos delante a nuestra alma el premio que le han de dar por lo bueno que hiciere, por animarla a bien obrar, no sea ese el último fin y paradero, sino querer servir y glorificar más a Dios, porque mientras más gloria tuviéremos, más podremos honrar y glorificar al Señor.

Este es verdadero amor de caridad y verdadero y perfecto amor de Dios, y esto es buscar puramente a Dios y su mayor gloria, que lo demás es buscarnos y amarnos a nosotros mismos. Y se verá esto bien, porque ésta es la diferencia que ponen los teólogos y los filósofos morales entre el amor perfecto, que llaman amor de amistad, y el amor de concupiscencia; que aquél ama al amigo por el bien del amigo y por el bien de la virtud, sin tener respeto a su propio interés y provecho. Sin embargo; el amor de concupiscencia es cuando yo amo a otro, no tanto por él, cuanto por el interés y provecho que piense me vendrá de él; como el que sirve al rico y al poderoso porque espera que le favorecerá. Y éste, bien se ve, que no es perfecto amor; sino que está muy lleno de amor propio, porque eso no es tanto amar al amigo, cuanto amaros a vos y vuestras comodidades e intereses; como decimos que amáis el pan y el vino con amor de concupiscencia, porque no lo amáis por sí, sino por vos y para vos; eso es amaros a vos. Pues de esta manera aman y sirven a Dios los que le sirven por el temor del castigo o por la esperanza del premio que les ha de dar; eso está muy mezclado con amor propio. No buscáis pura y desinteresadamente a Dios en eso. Y así nos lo dio a entender Cristo, nuestro Redentor, por San Juan. Habiendo hecho aquel famoso milagro de hartar a cinco mil hombres, sin mujeres y niños, con cinco panes y dos peces, dice el sagrado Evangelio que le seguía mucha gente por aquello, a los cuales dijo (Jn 6, 26-27)*: De verdad, de verdad os digo que me buscáis y os venís tras Mí, no porque me ten-*

gáis por Dios, por haber visto las señales y milagros que he hecho, sino porque habéis comido y os habéis hartado de los panes. Por vuestro interés me buscáis. *Buscad, no el manjar perecedero, sino el manjar que permanezca para siempre,* que es Cristo, y hacer puramente la voluntad de Dios.

¡Oh!, qué bien respondió aquel siervo de Dios de quien cuenta Gerson que hacía grande penitencia y tenía mucha oración, y el demonio, teniendo envidia de tantas buenas obras, para apartarle de ellas le acometió con una tentación de la predestinación: ¿Para qué te cansas y fatigas tanto, que no te has de salvar, no has de ir a la gloria? Respondió él: Yo no sirvo a Dios por la gloria, sino por ser Él quien es. Y quedó con esto el demonio muy confuso.

El glorioso San Bernardo pasa más adelante en esto; quiere que estemos tan olvidados y tan ajenos de nuestro interés en las obras que hacemos, que aún no se contenta con el amor y servir de los hijos, sino que nos adelantemos y subamos más. «Bueno es el amor de los hijos; sin embargo todavía tienen ojo a la hacienda y herencia, y piensan en ella; y algunas veces, porque no se la quiten o porque los mejoren, honran y sirven a sus padres. Por sospechoso tengo el amor que se sustenta con la esperanza de alcanzar otra cosa del amado, y quitada ésa, se pierde o se disminuye. No es puro ni perfecto ese amor. El verdadero y perfecto amor no es mercenario. El amor puro no cobra fuerzas con la esperanza, ni siente los daños de la desconfianza.» Quiere decir, que no tiene necesidad de esforzarse a servir a Dios, y trabajar por lo que espera que le hayan de dar, ni desmayaría, ni dejaría de trabajar, aunque supiese que nada le habían de dar; porque no se mueve a eso por interés, sino por puro amor.

¿Pues cuál será ese amor tan alto y tan perfecto que exceda y sobrepuje al amor de los hijos? ¿Sabéis cuál?, dice el Santo: El amor que tiene la esposa al esposo: «porque el verdadero y perfecto amor consigo solo se contenta». Premio tiene; pero su premio es lo que ama, amar al amado, ése es su premio. Pues tal es el amor de la esposa, que no busca ni pretende otra cosa sino amar, y el esposo, sino ser amado; ése es todo su negocio. Pues de esa manera, dice San Bernardo, habemos de amar nosotros a Dios, que es Esposo de nuestras ánimas: que paremos en ese amor, por ser Él quien es, y que ése sea todo nuestro contento y regocijo. «El verdadero y perfecto amor consigo solo se contenta; con este amor queda contento y

satisfecho el que ama. Este ha de ser nuestro merecimiento, y éste ha de ser nuestro premio; no habemos de buscar ni pretender otra cosa, sino amar. Y la causa para amar a Dios ha de ser amarle; y el fruto de amarle ha de ser amarle; y el fin de amarle ha de ser amarle: amo porque amo, y amo para amar.»

Pero añade muy bien aquí San Crisóstomo: No penséis que por no tener ojo al premio e interés, será menor vuestro interés y vuestro premio y galardón; antes por eso será mayor. Cuanto menos pretendéis ganar, tanto más ganáis; porque cierto es que cuanto la obra fuere más desnuda de todo interés, tanto será más pura y más perfecta, porque no habrá en ella mezcla de cosa propia, y así será más meritoria. Mientras más desviéis los ojos de todo género de interés, y más puramente pretendiereis agradar a Dios, dice San Crisóstomo, tanto será mayor vuestro galardón. Cuanto más lejos estuviereis del espíritu de jornalero, tanto será mayor vuestro jornal: porque no os pagará como a siervo mercenario, sino como a hijo heredero de los tesoros de su padre (Rm 8*,* 17)*:* Seremos *hijos herederos de Dios y* hermanos *herederos juntamente con Cristo,* que entraremos con Él en partija, heredando y gozando los bienes de nuestro Padre, que está en los Cielos. A la madre de Moisés, premio y galardón le daba la hija del rey Faraón porque criase a su mismo hijo; pero ella no lo hacia por el premio y salario que le daban, sino por el amor que le tenía (Exod 2*,* 9)*.*

CAPÍTULO 14

De tres grados de perfección, por los cuales podemos ir subiendo a gran pureza de intención y a grande y perfecto amor de Dios.

De la doctrina de los santos, y especialmente del glorioso San Bernardo, podemos colegir tres grados de perfección, por los cuales puede uno subir a gran pureza de intención, y a un grande y perfectísimo amor de Dios. El primero es cuando uno solamente pretende y busca la gloria de Dios, de manera que en las cosas que hace, todo su contento es en Dios, y en que está allí cumpliendo y haciendo la voluntad de Dios, olvidado de todas las cosas del mundo. Dice San Bernardo: ¿Queréis una buena señal para conocer si amáis mucho a Dios y si vais creciendo en ese amor de la manera que acá

se puede conocer? Mirad si hay alguna cosa fuera de Dios que os pueda consolar y dar contento, y por ahí entenderéis lo que habéis aprovechado y crecido en el amor de Dios. Mientras haya alguna cosa criada que me dé consuelo y contento, verdaderamente no me atrevo a decir que el amor de Dios es muy ardiente y fervoroso.

Y esto es también lo que dice San Agustín: Menos os ama, Señor, aquel que ama juntamente otra cosa, la cual no ama por Vos. No será ese amor muy singular ni muy excelente, cual era el de aquella santa reina, que en medio de sus pompas y fausto real decía (Est 14, 18)*: Señor, bien sabéis Vos que no me ha dado contento ni la corona, ni la majestad y aparato real, ni los banquetes del rey Asuero, ni en otra cosa alguna he tenido consuelo hasta el día de hoy, sino en Vos, Señor, Dios de Abrahán.* Ese es perfecto y singular amor.

San Gregorio, sobre aquello de Job (3, 14)*:* [*Los que edifican para si soledades*]*,* dice que esto es edificar soledad: el que está tan desasido y despegado de todas las criaturas, y ha perdido de tal manera el amor y afición a todas las cosas de la tierra, que aunque se halle en medio de cuantas recreaciones y entretenimientos hay en el mundo, con todo eso se halla solo, porque no le da eso contento ni consuelo; ése ha edificado para sí soledad, porque tiene puesto su contento en Dios, y así no halla compañía ni consuelo en otra cosa alguna. Aun acá experimentamos esto, que cuando uno tiene un amigo en quien ha puesto toda su afición, en faltándole aquél, aunque esté muy acompañado de otra gente, siente soledad, y se halla muy solo sin él, porque aquél era de quien él gustaba. Pues de la misma manera, el que tiene puesto todo su amor y contento en Dios, y ha echado de sí la afición de todas las criaturas, aunque esté muy acompañado de gente, y aunque esté en medio de todas las recreaciones y entretenimientos del mundo, se halla solo, porque no gusta de eso, sino solamente de su amado. Los que han llegado a esto, dice San Gregorio, gozan de muy grande quietud y tranquilidad en su alma; no hay cosa que les inquiete ni dé pena. Ni las cosas adversas les turban, ni las prósperas les desvanecen y engríen, ni causan en ellos vano contentamiento ni alegría. Porque como no aman ni tienen afición a cosa alguna del mundo, no se inquietan ni mudan con la variedad y suceso de ellas, ni dependen de eso, porque no lo tienen en nada. ¿Sabéis, dice San Gregorio, quién había llegado a esto y edificado para sí esta soledad? Aquel que decía (Sal 26, 4)*: Una cosa pedí al Señor, ésa buscaré y procuraré: morar para siempre en la casa*

del Señor. Porque no hay otra cosa que buscar ni que desear, ni en el Cielo ni en la tierra, sino a Vos, Señor. A esto también había llegado aquel santo abad, Silvano, del cual leemos que cuando salía de la oración le parecían tan bajas y apocadas todas las cosas de la tierra, que levantaba las manos y tapaba sus ojos por no verlas, y hablando consigo mismo, decía: cerraos, ojos míos, cerraos, y no miréis cosas del mundo, porque no hay cosa en él digna de mirar. Lo mismo leemos de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, cuando levantaba el corazón a Dios y miraba al Cielo y decía": ¡Ay!, ¡cuán viles y bajas me parecen todas las cosas de la tierra cuando miro al Cielo!

El segundo grado puede ser el que pone el glorioso San Bernardo en el tratado del amor de Dios, cuando uno no solamente está olvidado de todas las cosas exteriores, sino también de sí mismo, no amándose a sí, sino en Dios, y por Dios y para Dios. habemos de estar tan olvidados de nosotros y de todo nuestro provecho e interés, y amar tan pura y perfectamente a Dios, que en los bienes que de su mano recibiéremos, así de gracia como de gloria, todo nuestro contento y regocijo, sea, no por nuestro bien y provecho, sino porque en aquello se cumple la voluntad y contento de Dios, como lo hacen los bienaventurados en el Cielo, donde más se alegran en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que en la grandeza de su gloria. Aman tanto y tan puramente a Dios, y están tan transformados en Él, y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen, y la buena suerte que les cupo, no la quieren tanto por el bien y provecho que a ellos les viene, ni por el contento que reciben, como porque huelga Dios de ello, y es aquella su voluntad. De esta manera habemos de amar nosotros a Dios, dice San Bernardo, como hacía aquel que decía (Sal 117*,* 1)*:* [*Alabad al Señor porque es bueno.*] No dice: Porque es bueno para mí; sino porque es bueno. No ama ni alaba a Dios porque es bueno para él, como el otro de quien dice (Sal 48, 19): Te alabará cuando le *hiciereis bien,* sino ama y alaba a Dios porque es bueno en sí mismo, por ser Dios quien es, por su infinita bondad.

El tercero y último grado de perfección y amor de Dios, dice San Bernardo (1. c.), que es cuando uno está tan olvidado de sí, que ya, en lo que hace, no mira si Dios está contento conmigo, sino en agradar y contentar yo a Dios, y en que se agrade y contente y huelgue Dios con aquella obra que hago; de manera que solamente tiene cuenta con el gusto y contento y beneplácito de Dios, sin acordarse ni hacer caso de sí, más que si no fuese ni estuviese en el mundo. Este

es purísimo y perfectísimo amor de Dios. Este amor, verdaderamente, es monte, monte de Dios, alto, fértil, abundante (Sal 67, 16), cosa de grande y aventajada perfección; que eso quiere decir *monte de Dios,* una cosa muy excelente y grandiosa.

Sin embargo, *¿quién podrá subir a este monte tan alto?* (Sal 23, 3), *¿quién me dará alas como de paloma para violar y descansar en él?* (Sal 54, 7). ¡Ay de mí, dice el glorioso santo, que en este destierro no me puedo olvidar del todo de mí! (Rm 7, 24). *Miserable de mí, ¿quién me librará de este cautiverio?* (Is 38, 14) [*Señor, padezco violencia, responded por mí*]. ¿Cuándo moriré, Señor, del todo a mí, y viviré solamente a Vos? [*Ay de mí, que mucho se alarga mi destierro* (Sal 119, 5). *¿Cuándo vendré y pareceré ante la cara de Dios?*] (Sal 41, 3). ¿Cuándo se me alzará este destierro? ¿Cuándo estaré yo, Señor, unido y transformado en Vos por amor, del todo enajenado y olvidado de mí, y hecho un espíritu con Vos, y que ya no ame cosa en mí, ni para mi, ni a mí mismo, sino todo en Vos y para Vos? [El no hallarte en cierto modo a ti mismo, como si no existieras, y del todo no sentirte, y vaciarte de ti mismo, y casi aniquilarte, propio es de la vida y conversación del Cielo, no de aficiones terrenas] Esa perfección es cosa más del cielo que del suelo. Y así decía el Profeta (Sal 70, 16): [*Entraré en las potencias de Dios; de sola tu justicia me acordaré, Señor.*] Cuando el siervo bueno y fiel entrare en el gozo de su Señor, y fuere embriagado de la abundancia de su amor, entonces estaremos tan absortos y trastornados en Dios que no nos acordaremos de nosotros (1 Jn 3, 2): [*Cuando se descubriere*], *entonces seremos semejantes a Dios, y* concordará la criatura con su Creador. Porque así como la Escritura dice (Prov 16, 4) que Dios todas las cosas hizo por sí mismo y por su gloria, así entonces amaremos puramente a Dios, y nos amaremos a nosotros, ni a otra cosa alguna, sino en Dios. [Cierto, no tanto nos deleitará el ver colmados nuestros deseos, ni la felicidad que nos ha cabido en suerte, como el que en nosotros se cumpla la voluntad de Dios]. Todo nuestro gozo será, no en nuestro gozo, sino en el gozo y contento de Dios. Eso es *entrar en el gozo de Dios* (Mt 25, 21).

Exclama muy bien San Bernardo (1. c.): ¡Oh amor santo y casto, oh dulce y suave afecto, oh pureza y rectitud grande de intención! Por eso más pura y acendrada, porque no ha quedado en ella mezcla de cosa propia; por eso más suave y más dulce, porque todo lo que en ella se siente es divino. Esto es deificarnos y transformarnos en

Dios, y lo que dice San Juan, que entonces seremos semejantes a Dios. Pone el santo tres comparaciones para declarar cómo quedaremos entonces deificados y transformados en Dios. Así como una gota de agua echada en grande cantidad de vino pierde todas sus propiedades y calidades, y toma el color y sabor del vino; y así como un hierro encendido y hecho ascua en la fragua no parece ya hierro, sino fuego, y así como el aire, cuando recibe la claridad del sol, se transforma de tal manera en claridad, que parece que él es la misma claridad, así, dice, nosotros, en la bienaventuranza, perderemos del todo nuestros resabios, y quedaremos todos deificados y transformados en Dios; todo será allí Dios, y por Dios lo que amaremos. Porque de otra manera, ¿cómo se cumplirá lo que dice el apóstol San Pablo, que entonces será Dios todas las cosas en todos, si quedase allí algo propio nuestro? No habrá allí nada nuestro, porque mi gloria y mi contento será, el contento y gloria de Dios, no la mía. [*Tú eres, Señor, mi gloria, y el que me hiciste levantar cabeza*] (Sal 3*,* 4). No pararemos ni descansaremos en nuestro bien, sino todo nuestro descanso y gozo será en Dios. Pero aunque no podamos acá llegar a tanto, habemos de procurar poner los ojos en eso, porque cuanto más nos adelantáremos y acercáremos a eso, tanto mayor será nuestra perfección y unión con Dios. Y así concluye el santo: Esta es, Padre Eterno, la voluntad de vuestro Hijo, esto fue lo que os pidió en su oración al partir de esta vida, que así como Él es uno con Vos, así nosotros seamos uno con Él y con Vos, con unión de perfecto amor: que os amen a Vos por Vos, y así no se amen sino en Vos. [Esta es la paz, éste el gozo del Señor, éste el gozo en el Espíritu Santo, éste el silencio del Cielo.] Este es el fin y la última perfección a que podemos llegar.

TRATADO CUARTO

DE LA UNIÓN Y CARIDAD FRATERNA

CAPÍTULO PRIMERO

Del valor y excelencia de la caridad y unión fraterna

Advertid, dice el profeta David (Sal 132*,* 1)*, cuán bueno y cuán agradable es morar los hermanos en uno,* cuán bien parece la unión y conformidad entre los hermanos. El glorioso Jerónimo dice que este salmo propiamente conviene a los religiosos, que cuán congregados en la Religión. Verdaderamente es bueno y cosa de grande alegría y contento, que por un hermano que dejamos allá en el mundo; hallamos acá en la Religión muchos hermanos, que nos aman y quieren más que nuestros hermanos carnales. Vuestro hermano carnal, dice el santo, no os ama tanto a vos, cuanto a vuestra hacienda. Eso es lo que pretenden los parientes. Todo es interés, para eso nos buscan, para eso nos inquietan, y en no habiendo esto de por medio, no se les da nada de nosotros, no es amor verdadero, sino interés propio. Sin embargo, nuestros hermanos espirituales, que han dejado y menospreciado todas sus cosas, no vienen a buscar acá las ajenas, no aman vuestra hacienda, sino vuestra alma. Ése es verdadero amor. Y así dice San Ambrosio: Mayor es la hermandad espiritual que la carnal; porque la hermandad de la carne y sangre nos hace semejantes en los cuerpos; pero la espiritual hace que tengamos toda un ánima *y un corazón,* como se dice en los actos de los Apóstoles, de la multitud de los creyentes.

San Basilio va ponderando muy bien esta unión tan grande de los religiosos. ¿Qué cosa, dice, más agradable, qué cosa más dichosa y bienaventurada, qué cosa más maravillosa y admirable se puede imaginar? Ver hombres de tan diversas naciones y regiones, tan conformes y semejantes en las costumbres y modo de proceder, que no parecen sino una ánima en muchos cuerpos, y que muchos cuerpos son instrumentos de una ánima. Esto es lo que en la Vida de nuestro bienaventurado Padre Ignacio se pone por grande maravilla y como por milagro, que ha hecho Dios en la Compañía: ver una

unión y conformidad tan grande y tan trabada entre hombres de tan diversas naciones, y tan diferentes y desiguales, o por naturaleza, o por estado, o por la inclinación, ingenio y condición de cada uno: aunque difieren los naturales, pero la gracia y virtudes y dones sobrenaturales nos hacen conformes y unos: [*Dios es el que hace conformes en el modo de vida a los que moran en su casa.*] Eso quiere decir ahí el profeta (Sal 67, 7). Y es tan grande la merced que el Señor, por su bondad y misericordia, nos hace en esto, que no solamente nosotros, que estamos acá dentro, la gozamos, sino su olor se esparce y extiende también a los de allá fuera con grande edificación y provecho suyo, y con grande gloria de Dios nuestro Señor. Y así vemos que muchos de los que entran en la Compañía, preguntados qué les movió e inclinó a ella, dicen que esta unión y hermandad que ven en ella. Y concuerda esto muy bien con aquello que dice San Agustín sobre estas mismas palabras: [*Advertid cuán bueno y cuán agradable es morar los hermanos en uno.*] Con este sonido tan dulce, y con esta voz tan suave se despertaron los hombres a dejar sus padres y haciendas y juntarse en uno en la Religión. Esta es la trompeta que los convocó y juntó de diversas partes del mundo, pareciéndoles que era vida del Cielo esta unión y caridad de unos con otros. Esto es lo que ha engendrado los monasterios y poblado las Religiones, y ésa es la piedra imán, que atrae los corazones. Y así, de tres cosas que dice el Sabio (Eclo 25, 1-2) que agradan mucho a Dios, la primera es: *la concordia y unión entre los hermanos.*

Dos mandamientos tenemos de esta caridad: el uno es aquel primero y principal mandamiento de amar a Dios con todo nuestro corazón, y con toda nuestra ánima, y con todas nuestras fuerzas. El segundo es que amemos al prójimo como a nosotros mismos (Mt 22, 39). De este segundo mandamiento habemos de tratar ahora, porque él es el que hace la unión y hermandad de que pretendemos tratar; esa unión de los ánimos y corazones es efecto y propiedad de esta caridad y amor, que, como dice San Dionisio, tiene fuerza de unir y trabar unas cosas con otras. Y así San Pablo (Cl 3, 14) la llama *atadura y trabazón perfecta,* que traba y une entre sí las cosas apartadas; hace de muchas voluntades una; hace que lo que quiero para mí, quiera para los otros; hace que los quiera como a mí; y que el amigo sea otro yo, que seamos como una cosa. Y así San Agustín aprueba el dicho de aquel que llamaba a su amigo: la mitad de mi alma, un alma partida en dos cuerpos.

Para que veamos el valor y excelencia de esta caridad y amor del prójimo, y cuánto la estima el Señor, comencemos por estas últimas palabras de Cristo. Pondera aquí San Crisóstomo que habiendo puesto Cristo nuestro Señor aquel primero y grande mandamiento de amar a Dios, añade luego que *el segundo mandamiento de amar al prójimo es semejante a este primero.* Mirad, dice, la bondad y benignidad del Señor, que distando el hombre infinitamente de Dios, con todo eso quiere que le amemos con un amor tan cercano y semejante al amor con que amamos a Dios. Y así casi la misma medida nos pone en el amor del prójimo, que puso en el amor de Dios. Porque a Dios dice que le amemos con todo nuestro corazón y con toda nuestra ánima; y al prójimo dice que le amemos como a nosotros mismos. Más: así como acá, cuando queremos encomendar mucho a otro, solemos decir: Si amaseis a éste, me amaréis *a* mí; así, eso dice San Crisóstomo que quiso decir Cristo nuestro Redentor, en decir: [*El segundo es semejante a éste*] (Mt 22*,* 39)*:* Si amáis al prójimo, amaréis a Dios. Y así Él a San Pedro: Si me amas, *apacienta mis ovejas* (Jn 21*,* 17)*:* como si dijera: Si me amas a Mí, ten cuidado de los míos, y en eso se verá si me amas a Mí.

Más: quiere el Señor que amemos al prójimo con el mismo amor que le amamos a Él. Y éste es el mandamiento nuevo que nos dio Cristo nuestro Redentor: [*Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros, así como yo os amé*]. Así como Cristo nos amó puramente por Dios y para Dios, así quiere también que nosotros amemos al prójimo por Dios y para Dios. Por eso dice San Agustín que le llama mandamiento nuevo, no sólo porque nos fue nuevamente explicado y nuevamente encomendado por Cristo, por palabra y por ejemplo, sino porque verdaderamente es amor nuevo el que nos pide. El amor natural fundado en carne y en sangre y en respetos humanos, y en intereses propios y particulares, ése es amor muy viejo y muy antiguo; ése es amor que le tienen no sólo los buenos, sino también los malos; y aun no sólo los hombres, sino también los brutos animales: [*Todo animal ama a sus semejantes*]*,* dice el Sabio (Eclo 13*,* 19)*.* Pero el amor con que Cristo quiere que nosotros amemos a nuestros prójimos y hermanos, es amor nuevo, porque ha de ser amor espiritual y sobrenatural, amando al prójimo por Dios, y con el mismo amor de caridad que amamos a Dios. Y así notan los teólogos y los santos que es una misma caridad y una misma virtud la con que amamos a Dios por Dios, y la con que amamos al prójimo

por el mismo Dios. Y dicen que así como cuando amamos a Dios es virtud teologal, quiere decir divina y que mira y tiene a Dios por blanco y por objeto; así también es virtud teologal y divina cuando amamos al prójimo, porque le amamos por Dios, esto es, porque la infinita bondad de Dios es digna de ser por sí misma amada, y que por ella juntamente amemos al prójimo.

Finalmente, no hallaremos en toda la divina Escritura cosa más encarecida ni más a menudo encomendada y repetida que esta unión y caridad fraterna. Y Cristo, nuestro Redentor, al tiempo de su partida en aquel último sermón de la Cena, nos la torna a encomendar una y otra vez (Jn 15, 12)*: Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros, como Yo os he amado a vosotros. Y* luego torna a decir (Jn 15, 17)*: Esto os encargo: que os améis mutuamente.* Esto os mando como en testamento; ésta es mi última voluntad. Para que por aquí veamos cuánto deseaba que quedase esto impreso y arraigado en nuestros corazones, como quien sabia cuánto nos importaba, y que de aquí dependía toda la ley, y el cumplimiento de todos los demás mandamientos, conforme a aquello del Apóstol (Rm 13, 8)*:* [*El que ama a su prójimo, tiene cumplida la ley*]*. Y* de ahí tomó esta doctrina su amado discípulo, que no parece que trata de otra cosa en sus Canónicas, como quien la había mamado a los pechos de su Maestro. Refiere de él San Jerónimo que siendo ya muy viejo, que apenas podía ir a la iglesia, sino que era menester que le llevasen sus discípulos en brazos, solamente predicaba esto: Hijos míos, amaos unos a otros. Y cansados y enfadados los discípulos de que siempre les repitiese la misma cosa, dijéronle: Maestro, ¿por qué nos decís siempre esto? Respondió, dice San Jerónimo, una sentencia digna de San Juan: Porque es mandamiento del Señor, y si le cumplís, él sólo basta. *Aquí se resumen todos los mandamientos:* [*amarás a tu prójimo como a ti mismo*] (Gal 5, 14). Si éste guardáis, todos los guardaréis.

Pondera aquí San Agustín: Mirad, dice, cuánto peso y cuánta fuerza puso el Señor en este mandamiento, que ésta quiere que sea la señal y divisa para que el mundo nos conozca y tenga por discípulos suyos.

No para ahí Cristo nuestro Redentor, porque en aquella oración que hizo al Padre Eterno, que refiere San Juan en el CAPÍTULO diecisiete de su sagrado Evangelio, no sólo quiere que nos conozcan en esto por discípulos suyos, sino que haya tanta unión y hermandad entre nosotros, que baste a convencer al mundo de la verdad de

nuestra fe y religión, y de que Cristo es Hijo de Dios; que es una cosa que pondera muy bien San Crisóstomo: *Ruégote, Padre Eterno, no sólo por estos mis discípulos, sino también por todos aquellos que por medio de ellos han de creer en Mi, que todos ellos sean uno entre sí, así como Tú estás en Mí y Yo en Ti, para que crea el mundo que Tú me enviaste* (Jn 17, 20). ¿Pudo encarecerse más la excelencia de esta unión y hermandad, pues basta y ha de bastar para que el mundo confiese ser ella obra de la venida del Hijo de Dios al mundo, y para que se rinda a recibir su doctrina y religión cristiana?

Se vio bien la verdad y fuerza de esto en lo que acaeció a Pacomio, que siendo soldado en el ejército de Constantino Magno, y gentil, faltando el mantenimiento a los soldados y muriendo de hambre, llegaron a una ciudad donde les favorecieron, y se juntaron los de ella a traerles todo lo necesario con tanta abundancia y voluntad, que, espantado Pacomio preguntó qué gente era aquélla, tan inclinada a hacer bien. Le respondieron que eran cristianos, cuyo instituto era recibir a todos y ayudarlos y hacerles bien. Luego se sintió tocado interiormente para seguir su instituto; y levantando las manos al Cielo y poniendo por testigo a Dios, se entregó a la religión cristiana. Aquello le fue motivo para convertirse y creer que aquélla era la verdadera fe y religión.

Añade el Redentor del mundo otra cosa de grandísimo consuelo: *Ruégote, Padre Eterno, que sean uno entre sí, para que conozca el mundo que los amas a ellos, así como me amas a Mí* (Jn 17, 23). Una de las principales señales en que se ve un especial privilegio del amor que Dios tiene a una congregación, y que la ama con amor privilegiado y singular, a imitación y semejanza del amor que tiene a su Hijo, es en que les da esta gracia de unión y hermandad de unos con otros, como vemos que la dio y comunicó en la primitiva Iglesia a aquella gente que tenía las primicias del espíritu. Y así, dice San Juan (1 Jn 4, 12): *Si nos amamos unos a otros, es señal que mora Dios en nosotros, y nos ama mucho. Si adonde están congregados dos o tres en nombre del Señor,* dice Él que *está allí en medio de ellos* (Mt 18, 20), ¿qué será donde están unidos y congregados tantos en su nombre y por su amor? Pues para que gocemos de tantos bienes y tengamos esta prenda tan grande de que mora Dios en nosotros y nos ama con particular amor, procuremos conservarnos siempre en esta caridad y unión.

CAPÍTULO 2

De la necesidad que tenemos de esta unión y caridad, y de algunos medios para conservarnos en ella.

El Apóstol San Pablo, escribiendo a los Colosenses (3, 14), va enseñando y encomendándoles muchas virtudes, pero sobre todas, dice, os encomiendo la caridad, que ata y conserva y da vida a todas. Lo mismo hace el Apóstol San Pedro en su primera Canónica (4, 6): *Ante todas las cosas os encomiendo la caridad y unión continua de unos con otros;* de donde podemos colegir de cuánta importancia sea esta caridad unión, pues estos sagrados Apóstoles y príncipes de la Iglesia nos la encomiendan tanto, que dicen que eso ha de ser el *ante todo y* el *sobre todo,* ante todas y sobre todas las cosas; de manera que de esto hagamos siempre más caso que de todo lo demás.

Y cuanto a lo primero, la necesidad general de esto bien se ve, porque ¿qué Religión puede haber sin unión y conformidad? Y no digo Religión, pero ni congregación, ni comunidad ninguna puede haber sin alguna manera de unión y orden. Quitad de la muchedumbre alguna trabazón y unión; ¿qué quedará sino una Babilonia, confusión y barullo? Dice el proverbio: Donde hay multitud, hay confusión. Y entiéndese, si la multitud está sin orden y unión, porque ordenada y unida no es sino jerarquía.

Y así todas las congregaciones y repúblicas, por bárbaras que sean, siempre procuran alguna unión y orden, dependiendo todos de una cabeza, o de muchos que representan un gobierno. Y aun hasta en los animales vemos esto: no sólo en las abejas, que en ésas es admirable el instinto que la naturaleza les dio en esta parte; mas aun los lobos y leones y otras fieras, por el mismo caso que apetecen su conservación, procuran alguna unión, porque con la división se acabarían y perecerían. Y aun los mismos demonios, con ser espíritus de división y sembradores de cizaña, el mismo Cristo dice que no se debe creer que entre sí mismos anden en división, por esta misma razón: [*Pues si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reino?*] (Lc 11, 18). Y a este mismo propósito trae allí aquel principio tan cierto y tan experimentado en materia de república: *El reino dividido entre sí no ha menester enemigos para ser destruido y asolado,* porque *ellos mismos se irán* consumiendo y

asolando unos a otros, y unas casas se irán cayendo sobre otras. Y así Platón viene a decir que no hay en la república cosa más perniciosa que la discordia y desunión, ni cosa más útil y provechosa que la paz y unión de unos con otros.

San Jerónimo dice esto mismo de la Religión, y con más fuerza. Esta unión y caridad, dice, hace a los religiosos que sean religiosos. Sin ésta el monasterio es un infierno, y los moradores, demonios. Porque ¿qué mayor infierno que, habiendo de estar siempre juntos con el cuerpo y tratar cada día unos con otros, tener diferentes voluntades y pareceres? Pero si hay unión y caridad, la Religión será un paraíso en la tierra, y los que en ella viven, serán ángeles, porque comenzarán acá a gozar de aquella paz y quietud de que ellos gozan. Y confirma esto San Basilio: Los que viven en la Religión con esta paz y con esta caridad y unión, son, dice, semejantes a los ángeles, entre los cuales no hay pleitos ni contiendas ni disensiones ningunas. San Laurencio Justiniano dice que no hay acá en la tierra cosa que tan al vivo represente la junta del Cielo y de aquella Jerusalén celestial, como la junta de los religiosos unidos en amor y caridad. Esa es vida de ángeles, vida del Cielo. [*Verdaderamente Dios está en este lugar, no hay aquí otra cosa, sino casa de Dios y puerta del Cielo.*] (Gen 28, 16-17)

Pero dejado lo general, y viniendo a la necesidad particular que nosotros tenemos de esta unión y caridad fraterna, tratando nuestro Padre de los medios con que se conservará y aumentará la Compañía en su buen ser espiritual, dice que uno de los medios principales que ayudará mucho para ello será esta unión y caridad de unos con otros. Y fuera de las razones generales, que muestran ser necesaria esta unión en cualquier religión y comunidad, hay otras razones particulares por donde nos es aún más necesaria a nosotros.

Y sea la primera: porque la Compañía es un escuadrón de soldados que Dios ha enviado de refresco a su Iglesia pare ayudar a la guerra que trae contra el mundo y el demonio, y ganar almas para el Cielo; y así nos lo propone la forma de nuestro instituto, y ése es el bando que se echa en la bula de la elección de nuestra Compañía: «Quien se quisiere asentar debajo de la bandera de la cruz, y dar su nombre en esta milicia, etc.». Y el mismo nombre de Compañía se lo dice: es Compañía de soldados, sonamos las cajas, levantamos bandera, y hacemos gente para pelear contra los enemigos de la cruz. Pues si el escuadrón va muy unido y bien ordenado, yendo to-

dos a una, romperán por peñas, y a ellos nadie los desbaratará; es cosa fortísima. Y así, el Espíritu Santo compara a él la Iglesia (Cant 6, 3); a *un escuadrón bien ordenado y unido entre sí,* no hay por donde entrarle, unos defienden a otros; pero en desuniéndose y desordenándose, es flaquísimo, y luego es roto y desbaratado.

En el segundo libro de los Reyes (2 Sam 5, 20), para decir David que venció a sus enemigos, dice: *Dividió el Señor mis enemigos delante de mí, como se dividen las aguas.* Y al monte donde esto pasó llamó *Baalpharasin* [esto es, *lugar de división*]. De manera que lo mismo es vencer que dividir y lo mismo es lugar de división que lugar de victoria. Y así dicen allá los que tratan de guerra: Cuando el ejército va desconcertado y desordenado, más va al matadero que a pelear, no hay cosa más encomendada en la disciplina militar que no romper ni desordenar el escuadrón, sino procurar que esté siempre muy unido y ordenado, y que cada uno mire por el otro y guarde su puesto.

Y no sólo el bien común, sino el bien particular de cada uno depende de que este orden se guarde, porque perdido el escuadrón, se perderá él también. Pues de la misma manera será en nuestra Compañía y escuadrón. Si nos unimos y nos ayudamos unos a otros y vamos todos a una, romperemos los enemigos, y de nadie seremos vencidos ni desbaratados. Dice el Sabio (Prov 18, 19)*: El hermano que es ayudado de su hermano es como una ciudad muy fuerte.* [*La cuerda de tres ramales es dificultosa de romper*] (Ecl 4, 12). Cuando muchos cordeles se juntan y se hace uno de ellos, queda muy fuerte. En la cuerda de la ballesta, aquellos hilos de que se compone, cada uno por sí tiene poca fuerza o ninguna, y muchos juntos vemos que son bastantes para doblar un fortísimo acero. Así seremos nosotros, si estamos unidos y vamos todos a una.

San Basilio, animando a esto a los religiosos, dice: Considerad con cuánta unión y conformidad peleaban aquellos Macabeos las guerras del Señor. Y de aquellos ejércitos copiosos de mas de trescientos mil hombres, dice la Sagrada Escritura en los libros de los Reyes (1 Sam 11, 7) que iban como si fueran un hombre solo, porque iban todos con una misma voluntad y ánimo, y de esa manera ponían temor y espanto a sus enemigos y alcanzaban grandes victorias. Pues de esa manera habemos de pelear nosotros las guerras espirituales del Señor, y así haremos grande fruto en las almas con nuestros ministerios, y pondremos grande espanto a nuestros enemigos.

El mismo demonio, dice San Basilio, temerá y no se atreverá contra nosotros, porque desmayará viendo tantos tan unidos contra él y desconfiará de podernos hacer daño.

Nuestro Padre pone ésta por una de las razones principales, porque nos es muy particularmente necesaria esta unión. «La unión, dice, y conformidad de unos con otros debe muy diligentemente procurarse, y no permitir lo contrario, para que con el vinculo de la fraterna caridad unidos entre sí, mejor puedan y más eficazmente emplearse en el servicio de Dios y ayuda de los prójimos.» Y en otra parte dice que sin esta unión no podrá la Compañía ni conservarse, ni regirse, ni alcanzar el fin para que fuera instituida. Cosa cierta es que en habiendo divisiones, bandos o disensiones acá dentro, no sólo no alcanzaremos el fin de nuestro instituto, que es ganar almas para Dios, pero ni nos podremos regir ni conservar a nosotros mismos. Si los soldados que se habían de unir para pelar contra los enemigos, se vuelven a pelear entre sí, unos con otros, claro está que no sólo no vencerán, sino que ellos se destruirán y asolarán a sí mismos. (Os 10, 2): [*Se han vuelto los soldados a pelear contra sí, unos con otros: ellos se perderán*]. Así dice el Apóstol (Gal 5, 15)*:* [*Si entre vosotros os mordéis y coméis, mirad que no os consumáis*]. Si entran entre vosotros discordias, envidias y murmuraciones, sin duda os iréis consumiendo y destruyendo unos a otros. Y esto es lo que hay que temer en la Religión, no los enemigos de fuera, ni las persecuciones y contradicciones que en el mundo se nos pueden levantar, que ésas no nos dañarán.

Dice muy bien San Bernardo, hablando a este propósito con sus religiosos: ¿Qué cosa os podrá venir y suceder de fuera, que os pueda turbar o entristecer, si acá dentro os va bien y gozáis de la hermanable paz y caridad? Y trae aquello del Apóstol San Pedro (1 *Pd* 3, 13)*:* [*¿Quién os podrá dañar, si sois celosos imitadores de lo bueno?*]. Mientras nosotros fuéremos lo que debemos, y anduviéremos muy unidos y hermanados unos con otros, ninguna contradicción ni persecución de fuera nos podrá dañar ni perjudicar, antes ayudará y servirá para mayor bien y acrecentamiento nuestro, como leemos en las historias eclesiásticas de las persecuciones que la Iglesia tuvo de fuera, que no hicieron en ella más daño que el podador a la viña: por un sarmiento que cortaba, brotaban otros más fructíferos. Y así dijo muy bien uno de aquellos santos mártires al tirano que lo que hacia

derramando sangre de cristianos era regar la haza para que creciese y se multiplicase más el trigo.

En el libro primero de los Macabeos (8, 16) alaba la sagrada Escritura a los romanos de que tenían mucha unión y conformidad entre sí: [*Cada año confían la magistratura a un solo hombre, a quien todos obedecen, y no hay entre ellos envidia ni celos*]. Y todo el tiempo que los romanos estuvieron de esta manera unidos entre sí, fueron señores del mundo y rendían los enemigos; pero en entrando las guerras civiles entre ellos, fueron destruidos; de donde sacaron aquel proverbio: Con la unión y concordia crecen y medran las cosas, por pequeñas y flacas que sean, y con la discordia y desunión, por grandes y fuertes que sean, se menoscaban y deshacen y del todo perecen.

Fuera de esto hay otra razón particular, por la cual en la Compañía tenemos más necesidad de procurar esta unión, la cual nos pone nuestro Padre en la octava parte de las Constituciones y es que en la Compañía hay particulares dificultades y estorbos para conseguir esta unión, y por eso es menester apoyarla más y buscar remedios contra esos impedimentos. Las dificultades que hay en la Compañía para esto, las reduce allí nuestro Padre a tres.

La primera es estar la Compañía tan esparcida y derramada por todo el mundo, entre fieles e infieles, y así por estar tan lejos y tan apartados unos de otros, es más difícil el conocerse y el comunicarse y unirse y especialmente abrazando, como abraza, tan diversas naciones, y que en muchas de ellas hay oposición y contrariedad: y no es tan fácil quitar la aversión con que el hombre nace y se cría perpetuamente, y mirar al extranjero, no como a extraño, sino como a hijo y hermano de la Compañía.

La segunda dificultad es que los de la Compañía, por la mayor parte han de ser gente de letras y la ciencia hincha y cría en el hombre estima de sí mismo y desestima de otros, cría también dureza de juicio; y Santo Tomás dijo que los letrados no suelen ser tan aplicados a la devoción como los sencillos. Y así se puede con razón temer no venga a ser esto causa de que no se unan ni hermanen tanto entre sí, queriendo cada uno seguir su opinión y parecer, y echar por su vereda y procurar honra y estima para sí, que suele ser raíz de gran desunión y división.

La tercera dificultad e impedimento, y no pequeño, es que estos mismos serán personas de prendas, que tendrán cabida con los príncipes y señores y con las ciudades y cabildos, y de estas privanzas se suelen seguir diversas parcialidades; y también suele entrar por aquí la singularidad y el privilegio y exención, y no vivir como los demás, lo cual perjudica, mucho a la unión y hermandad.

Pues para mayores contrarios, mayores prevenciones son menester, y así nuestro Padre va poniendo allí remedios para obviar estas dificultades El primero y fundamento de todos los demás es que no se tengan ni incorporen en la Compañía hombres que no han tratado de domar bien sus vicios y pasiones; porque gente inmortificada no sufrirá ni disciplina, ni orden, ni unión. El letrado será hinchado y querrá privilegios sobre los demás; querrá ser preferido, no hará caso de los otros, buscará el favor del príncipe y del señor; querrá tener quien le sirva: de lo cual se siguen luego los bandos y las divisiones. Cuanto más letrado y de mayores prendas fuere uno en la Compañía, si no tiene mucha virtud y mucha mortificación, tanto hay más que temer la desunión, y que dará en qué entender a la Religión. Dicen muy bien que las letras y talentos grandes en un hombre inmortificado son como una buena espada en manos de un hombre furioso, que a sí mismo y a otros dañará con ella. Pero si los letrados fueren mortificados y humildes y no se buscaren a sí mismos, [*sino las cosas de Jesucristo*], como dice San Pablo (Flp 2, 21), entonces habrá mucha paz y unión y todo andará bien; porque con su ejemplo ayudarán mucho a los demás, y los llevarán tras sí. Este es el principal remedio, así para esto, como para otras cosas, y que, si se guarda, él sólo bastará.

Pero fuera de esto va poniendo allí nuestro Padre otros remedios particulares para obviar los impedimentos dichos; como para la falta de comunicación y conocimiento, por estar tan lejos y tan apartados unos de otros, el comunicarse mucho con cartas de edificación que usa la Compañía, con las cuales tienen los unos mucha noticia de los otros, y se animan atener un mismo modo de proceder, en cuanto lo sufre la diversidad de las naciones; que ayuda mucho para la unión.

Otro remedio muy principal pone allí nuestro Padre para conservarnos en esta unión, y es que se guarde la obediencia exactamente, porque la obediencia traba y une los religiosos entre sí, hace de muchas voluntades una y de muchos pareceres uno, porque qui-

tada la propia voluntad y el propio juicio de los particulares, como se quita por la obediencia, queda una voluntad y parecer común del superior que a todos une, y unidos los súbditos con su superior, quedan tímidos entre sí, conforme a aquella regla: [Las cosas que son iguales a una tercera son iguales entre sí.] Y cuanto mas unidos estuvieren los súbditos con el superior, tanto más lo estarán entre sí. La obediencia y disciplina religiosa y observancia de las reglas es un rasero que allana e iguala a todos, y así causa grande orden y unión. Solían los antiguos, para significar la unión, poner un jeroglífico, que era una vihuela con muchas cuerdas, que, por razón de estar entre sí concordes y templadas con la prima, hacían una melodía suavísima. Así una comunidad de tantas cuerdas templadas con la prima, que es el superior, hace una suavísima consonancia y armonía; y así como en la vihuela una sola cuerda que se destemple o se roce, se pierde y deshace toda aquella consonancia y armonía, así también en la Religión, uno sólo que se destempla y no concuerde con el superior, hará que se pierda la consonancia y armonía de esta unión. De aquí vinieron a decir algunos que concordia se dice [*de cuerda*]*:* pero mejor dijeron los que dicen que [*de corazón*]*,* porque todos tienen un corazón, conforme a aquello de los Actos de los Apóstoles (4, 32) [*La muchedumbre de los creyentes tenía un corazón y una ánima*].

San Bernardo dice que así como la causa de hacer agua la nave es por no estar bien juntas las tablas o por no estar bien embreadas, así también la causa de arruinarse y perderse la Religión es por no estar bien trabados y unidos unos con otros con este vínculo de amor y caridad fraterna. Y así nuestro Padre General, Claudio Aquaviva, en la carta que escribió de la unión y caridad fraterna, dice que hay bemol de tener tanta estima de esta unión y caridad, y que la habernos de procurar con tanto cuidado, como si de ella dependiese, como, en efecto, dice, depende todo el bien de la Compañía. Y Cristo, nuestro Redentor, en aquella oración que hizo a la despedida la noche de su Pasión, le pidió al Padre Eterno para nosotros como cosa necesaria para nuestra conservación: *Padre Santo, guardad a estos que me disteis, para que sean uno como Yo Vos lo somos* (Jn 17, 11).

Y consideremos de camino en estas palabras la comparación que pone: así como el Hijo es uno con el Padre por naturaleza, así quiere que nosotros seamos uno por amor, y esa será nuestra guarda y conservación.

CAPÍTULO 3

De algunas razones sacadas de la Sagrada Escritura que nos obligan a tener caridad y unión con nuestros hermanos.

[*Carísimos, pues Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos mutuamente*] (1 Jn 4, 11). Habiendo declarado el glorioso Evangelista San Juan el amor grande que Dios nos tuvo y nos mostró en darnos a su Unigénito Hijo, infiere y concluye, de ahí que, pues Dios nos amó tanto, nosotros también nos habemos de amar unos a otros. Podrá dudar y preguntar aquí alguno, y con razón, cómo de habernos Dios amado tanto a nosotros, infiere y concluye el Apóstol el amor de los prójimos, porque parece que no había de inferir y concluir, sino que amásemos a Dios pues Él nos había amado tanto. A esto hay buenas respuestas.

La primera, que esto hizo el Apóstol para mostrarnos la excelencia del amor del prójimo y cuánto lo estima Dios; como también en el CAPÍTULO veintidós de San Mateo dice el sagrado Evangelio que preguntó un doctor de la ley a Cristo nuestro Redentor (Mt 22, 36): *Maestro, ¿cuál es el mayor de los mandamientos de la ley?* Respondió: *Amarás a Dios con todo tu corazón y con toda tu ánima, y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primero de los mandamientos; y* añade luego: Y *el segundo, que es semejante a éste, es: amarás a tu prójimo como a ti mismo.* Que no os preguntan, Señor, sino del primero: ¿por qué decís del segundo? Todo es para mostrarnos la excelencia del amor del prójimo y lo mucho que lo estima Dios.

La segunda respuesta es, porque el amor de Dios y el amor del prójimo son como dos anillos eslabonados y puestos en el dedo, que no se puede quitar el uno sin sacar el otro: juntos han de ir. Así el amor de Dios y el amor del prójimo siempre andan juntos; no puede estar el uno sin el otro, porque con un mismo amor de caridad amamos a Dios y al prójimo por amor de Dios; y así podemos amar al prójimo con amor de caridad sin amar al mismo Dios, porque la razón de amar al prójimo es Dios.

Y así, para mostrar el Apóstol que amando al prójimo amamos también a Dios, añadió luego (1 Jn 4 12): *Si nos amamos unos a otros, también está Dios por amor en nosotros* [*y su caridad es per-*

fecta en nosotros]. Y para mostrarnos que en el amor de Dios se encierra también el amor de los prójimos, dijo (1 Jn 4, 21): *Este mandamiento tenemos de Dios, que el que ama a Dios ha de amar también a su hermano.* Mucho se muestra y resplandece el amor que Dios tiene a los hombres, y cuánto quiere y estima que nosotros también se lo tengamos, en que no podemos amar a Dios sin amar al prójimo, ni podemos ofender al prójimo sin ofender a Dios.

Si un rey amase tanto a un criado suyo que se pusiese siempre delante de él cuando le quisiesen ofender o matar, de manera que no pudiesen tocar ni ofender al criado, ni darle con el arcabuz o espada sin herir y ofender primero al rey, ¿no sería extremado amor? Pues eso hace Dios con los hombres: se pone siempre delante, que no podáis ofender al prójimo sin ofenderle a Él, para que así os guardéis de ofender a vuestro hermano por no ofender a Dios. *El que os tocare a vosotros,* dice el Señor (Zac 2, 8), *me toca a mí en las niñas de los ojos.* De manera que ofendiendo al prójimo, ofendemos a Dios, y amando al prójimo, amamos a Dios; y amando a Dios, amamos al prójimo. Pues como andan siempre juntos amor de Dios y amor del prójimo, y el uno se encierra en el otro y no se pueden dividir ni apartar, pudo inferir y concluir San Juan cualquiera de los dos amores, porque en él nos pedía el otro; pero infirió y concluyó expresamente el amor de los prójimos y no el amor de Dios, porque la deuda de amar a Dios es principio de suyo manifiesto y sabido, y los principios se suponen y no se prueban, sino las conclusiones. Y así saltó a la conclusión del amor del prójimo, y la puso expresa porque alguno no la acertara a sacar.

Lo tercero se responde que no habla San Juan en esta epístola del amor solo y seco, sino del amor fructífero y provechoso, acompañado de beneficios y buenas obras. Y así dice (1 Jn 3, 18): *Hijos míos, no amemos solamente con la lengua y con palabras, sino con obras,* porque ése es el verdadero amor. Y para darnos a entender que esas buenas obras las quiere Dios para nuestros prójimos y hermanos, conforme a aquello de Oseas (6, 6), referido en el sagrado Evangelio (Mt 12, 7): [*Misericordia quiero y no sacrificio*], por eso sacó e infirió expresamente el amor del prójimo. De la manera que un acreedor ausente escribe una carta a su deudor: lo que a mi me debéis, holgaré que lo deis a fulano, que está ahí presente, que es cosa mía, y yo lo doy por recibido; de esa manera, dice San Juan, en nombre de Dios, nuestro acreedor, a quien tanto amor y beneficios

debemos (1 *Jn..* 4, 11): *Pues tanto nos amó Dios y* tanto le debemos, *amemos nosotros a nuestros prójimos* y hermanos, porque en ellos traspasa Dios la deuda de lo que le debemos a Él.

La caridad y buena obra que hacéis a vuestro hermano, a Dios la hacéis, y Él la recibe como si a Él mismo la hiciereis [*En verdad os digo, que cuando eso hicisteis a uno de estos mis hermanos pequeñuelos, a Mí lo hicisteis*], dice el mismo Cristo (Mt 23*,* 40). Y éste es otro motivo, y muy grande, para amar y hacer bien a nuestros hermanos, porque de esta manera vendrá a ser que, aunque mirando a ellos, nos parezca no deber nada a nadie; pero mirando a Dios, y lo mucho que le debemos, y que Él ha cedido y traspasado su derecho en los prójimos, nos reconoceremos por obligados y por esclavos suyos. Y así dice muy bien el B. Padre Maestro Ávila: Cuando vuestra carne os dijere: qué le debo yo a aquél para hacerle bien, y cómo le amaré, habiéndome él hecho mal a mi: responded que quizá la oyerais, si la causa de vuestro amor fuera el prójimo; mas, pues, es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho y el perdón al prójimo dado, como si a Él mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas obras, el ser el prójimo quien fuere o hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él, sino con Cristo? Y así, muy bien infiere el Apóstol el amor de los prójimos del amor grande que Dios nos tuvo a nosotros. Y para movernos y persuadirnos más este amor, en la premisa de donde sacó esta conclusión, añadió el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios (1 Jn 4, 9): [*Que Dios envió a su Unigénito Hijo al mundo*] para que nos acordemos y consideremos que emparentó Dios con los hombres, y así los miremos *ya* como parientes de Dios y hermanos de Jesucristo y los amemos como a tales.

CAPÍTULO 4

De qué manera ha de ser la unión que habemos detener con nuestros hermanos

Los gloriosos santos y doctores de la Iglesia Basilio y Agustino nos declaran bien cuál ha de ser la unión que habemos de tener con nuestros hermanos, con aquella comparación o metáfora que trae el Apóstol San Pablo del cuerpo humano y de la unión y conformidad

que los miembros tienen entre sí. Mirad, dicen, la unión y conformidad que hay entre los miembros de nuestro cuerpo, y cómo se ayudan y sirven los unos a los otros, el ojo al pie, el pie a la mano; cómo defiende la mano a la cabeza; y cuando os pisan el pie, dice la lengua: Mirad que me pisáis; cómo acuden todos a favorecer la parte más flaca, como se ve si tenéis alguna herida o alguna otra necesidad. Cada uno toma para sí lo que ha menester del mantenimiento, y da al otro lo que le sobra. Y aquella *simpatía* que llaman los médicos, que si tenéis el estómago doliente, padece la cabeza, y cuando sana un miembro, todo el cuerpo se alegra y regocija: [*Templó Dios de tal manera el cuerpo, que unos miembros cuidan con solicitud del bienestar de los otros,* dice San Pablo (1 Cor 12*,* 25)*, de modo que si un miembro está doliente, todos los demás se compadecen; o si sana un miembro, todos se regocijan*]*.*

Ya ponderando San Agustín muy bien esto (1. c.): ¿Qué cosa hay en todo el cuerpo que esté más *lejos* de los ojos que el pie? Pues en pisando el pie la espina y en hincándosele, luego los ojos buscan la espina, luego se inclina el cuerpo y pregunta la lengua: ¿dónde está?; luego la mano acude a sacarla. Sanos están los ojos, sana está la mano, el cuerpo, cabeza, lengua y aun el pie está sano en todo lo demás, solamente en un puntillo duele, donde está la espina y se compadecen todos los miembros y acuden a socorrerle con gran solicitud, y cuando sana, todos se regocijan. Pues de esta manera nos habemos de haber nosotros con nuestros hermanos, mirando los unos por los otros como por sí mismos, y holgándonos los unos del bien de los otros, y compadeciéndonos del trabajo de ellos, como del propio nuestro.

Estas dos cosas dice San Basilio (1*. c.*) que son las principales en que se echa de ver el amor y caridad de unos con otros; que nos entristezcamos y compadezcamos de las aflicciones y trabajos espirituales y corporales de nuestros prójimos, y nos alegremos de su bien, conforme a aquello del Apóstol (Rm 12*,* 15)*:* [*Gozaos con los que se gozan, llorad con los que lloran*]*.* Y así dice San Juan Climaco (cap. 4): Si alguno quisiere examinar la caridad y amor que tiene para con sus prójimos, mire si llora en las culpas de ellos, y si se alegra en sus gracias y aprovechamiento. Esa es muy buena prueba del amor de los prójimos. Decía una Santa: Mayor gracia recibió mi alma de Dios, cuando lloré y me dolí de los pecados del prójimo, que cuando lloré los míos: no porque no haya uno de sentir y llorar más

sus propias culpas que las ajenas, sino para darnos a entender, por este encarecimiento, cuánto agrada a Dios este ejercicio de caridad con los prójimos.

San Bernardo dice que estos dos ejercicios de caridad son los dos pechos de la Esposa, entre los cuales descansa el Esposo, Cristo. [*Entre mis pechos morará*]. Y el uno y el otro, dice el Santo, tienen su leche propia, más dulce y sabrosa que la miel: el uno de congratulación y exhortación, el otro de consolación.

Más: hace de considerar en esta comparación de San Pablo, por una parte, la diversidad de los miembros y la condición y calidad tan diferente de ellos; porque unos son ojos, otros pies, otros manos, cada uno tiene su oficio distinto; y por otra parte, se ha de considerar la unión y hermandad tan grande que hay entre ellos, cada uno está contento con el oficio que tiene, y no envidia el del otro, aunque mas alto. Así habemos de hacer nosotros: cada uno ha de estar contento con el oficio que tiene, y no envidiar a los que tienen más altos oficios y ministerios.

Más: nunca un miembro superior despreció al inferior, sino estímale, ayúdale y guárdale todo lo que puede. Así, los que tienen altos ministerios, no han de despreciar a los que tienen ministerios y oficios inferiores, sino estimarlos, ayudarlos y mirar mucho por ellos, como por miembros de que tenemos necesidad. Dice el Apóstol San Pablo (1 Cor 12, 21)*: No puede decir el ojo a la mano, ni la cabeza al pie, no tengo necesidad de ti.* Antes dice que templó y ordenó Dios de tal manera los miembros del cuerpo, que *los que parecen más bajos y* más flacos, *de ésos* tengamos más necesidad. Sino, mirad cuán necesarios son los pies, y qué falta nos harían si nos faltasen. Y esto dice San Pablo que lo ordenó así el Señor con su altísima sabiduría y providencia, *para que no haya cisma* ni división *entre los miembros del cuerpo,* sino mucha unión y conformidad. Así es acá en este cuerpo de la Religión, que unos hacen oficio de cabeza, otros de ojos, otros de pies y manos; y no puede decir la cabeza no tiene necesidad de las manos, ni los ojos que no tienen necesidad de los pies; antes eso parece que es de lo que más necesidad tenemos para poder vivir y hacer algo en la Religión, y así solemos decir que esos son nuestros pies y manos, porque sin ellos no parece que podemos hacer nada. Y fue esa altísima providencia de Dios para que no haya cisma entre nosotros sino mucha unión y conformidad.

Este es el retrato de la verdadera unión y hermandad, y de aquí habemos de aprender cómo nos habemos de ayudar a servir los unos a los otros, que es nula cosa con que se conserva y aumenta grandemente la unión, y nos la encomienda mucho el Apóstol San Pablo (Gal 5, 13): Ayudaos y servíos unos a otros con caridad. Y así es de mucha loa en la Religión ser uno obsequioso, amigo de servir y ayudar a dar contento a todos, porque es muestra de caridad, de humildad y de mortificación. Y no como algunos, que por no mortificarse ni tomar un poco de trabajo, ni perder ellos un poco de su gusto, no saben dar gusto ni contento a sus hermanos. En aquel hecho tan heroico de Cristo nuestro Redentor de lavar los pies a sus discípulos, no se duda, sino que nos quiso dar ejemplo de humildad, mas de humildad encaminada al ejercicio de la caridad y hermandad. (Jn 13, 14): *Si Yo, siendo vuestro señor y Maestro, os he servido y lavado los pies, razón será que vosotros hagáis lo mismo unos con otros. Os he dado ejemplo* de cómo os habéis de haber unos con otros y de cómo os habéis de servir y ayudar los unos a los otros con humildad y con caridad.

CAPÍTULO 5

Se comienza a declarar en particular qué es lo que nos pide la unión y caridad fraterna, y lo que nos ayudará, a conservarla.

La caridad es paciente, es benigna; la caridad no tiene envidia de nadie, no hace cosa mala, no es hinchada, no es ambiciosa, no busca su propio interés (1 Cor 13, 4). Lo que pide la unión y caridad fraterna es que haya ejercicio de todas las virtudes, porque lo que la impide y hace guerra es la soberbia, la envidia, la ambición, la impaciencia, el amor propio, la mortificación y otras cosas semejantes. Y así, para conservarnos en ella, es menester el ejercicio de las virtudes contrarias. Esto es lo que nos enseña el Apóstol San Pablo en estas palabras, y así no será menester sino irlas declarando.

La caridad es paciente; la caridad es benigna. Estas dos cosas, sufrir y hacer bien a todos, son muy importantes y necesarias para conservar esta unión y caridad de unos con otros. Porque como somos hombres y estamos llenos de defectos e imperfecciones, todos tenemos harto que nos sufran: y como, por otra parte, somos tan flacos y tan menesterosos, tenemos necesidad que nos ayuden y nos

hagan bien. Y así, dice el Apóstol, que de esta manera se conservará la caridad y se cumplirá este mandamiento de Cristo, ayudándonos y sobrellevándonos los unos a los otros (Gal 6, 2): [*Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo.*]

San Agustín, sobre estas palabras, trae una buena comparación a este propósito. Escriben, dice, los naturales que los ciervos cuando quieren pasar a nado algún río o brazo de mar para ir a buscar pasto a alguna isla, se ponen y ordenan de esta manera: como tienen las cabezas tan pesadas por razón de aquellos cuernos, se ponen todos en una hilera, y cada uno, para alivio del trabajo, lleva puesta la cabeza sobre las ancas del que va delante, y así se ayudan unos a otros. De manera que todos van descansados y llevan la cabeza sobre otro; sólo el primero lleva la cabeza en el aire, sufriendo este trabajo por aliviar el de sus compañeros. Y para que ése también no trabaje tanto, en cansándose, de primero se hace postrero, y el que iba tras él, sucede en el oficio otro poco, y así se van remudando hasta que llegan a tierra. De esta manera nos habemos de ayudar y sobrellevar los unos a los otros: cada uno ha de procurar descargar al otro y quitarle el trabajo cuanto pudiere. Eso pide la caridad; y huir el cuerpo al trabajo y dejar la carga al otro es falta de caridad. Mientras más hiciereis, más mereceréis; para vos hacéis.

Dice San Agustín que una de las cosas en que se prueba y echa más de ver la caridad es en saber sufrir y llevar las pesadumbres e imperfecciones de nuestros prójimos. (Ef 4, 2-3): [*Sobrellevándoos unos a otros con caridad, siendo solícitos en conservar la unidad del espíritu con nudo de paz*]. *La caridad lo sufre* [*y todo lo lleva sobre sí*] (1 Cor 13, 7); y con eso se conserva. Y si no sabéis sufrir y tener paciencia y sobrellevar a vuestros hermanos, entended que no se podrá conservar la caridad, por más consideraciones y más medios y remedios que multipliquéis. Si el amor natural y el amor carnal sufren las importunidades del enfermo, como vemos en la madre que cura a su hijo o a su marido, más razón es que el amor espiritual de la caridad sepa sufrir y sobrellevar las importunidades y flaquezas de nuestros hermanos. Y acordaos, dice San Agustín, que este oficio y ejercicio de caridad no ha de durar para siempre, porque en la otra vida no habrá qué sufrir ni qué sobrellevar en nuestros hermanos: por eso sufrámoslos, dice, y sobrellevémoslos en esta vida: No perdamos la ocasión, porque el trabajo durará poco, y lo que merecemos por él durará para siempre. Son tan importantes estas

dos cosas: sufrir y sobrellevar a nuestros hermanos, y ayudarlos y hacerles bien, que viene a decir San Agustín que en estas dos cosas está la suma de la vida cristiana. Y con razón, porque la vida cristiana es por la caridad, y en ella está encerrada toda la ley, como dice Cristo, nuestro Redentor (Mt 22, 40); y así, lo que es suma de la caridad es suma de la vida cristiana.

Más: dice el Apóstol San Pablo: *La caridad no* es *hinchada ni soberbia.* San Ambrosio dice: El amor y la amistad no saben qué cosa es soberbia ni altivez, antes causa una igualdad grande entre los que se aman. Y por eso dice que dijo el Sabio (Eclo 22, 31): [*No me avergonzaré de saludar al amigo*]*.* Con el amigo no hay puntos ni pundonores, ni mira el amigo si el otro le hace primero la cortesía. Nadie se avergüenza de hacer honra y cortesía al amigo y prevenirle en ella, porque entre los amigos hay grande igualdad y llaneza; no sabe el amor de esas mayorías. Y así dijo allá Aristóteles que la amistad ha de ser entre iguales. Y el otro dijo: Majestad y amor no concuerdan bien. Estar uno entronizado y tener mucha autoridad, no dice eso con la amistad. Habéis de abajaros y humillaros e igualaros con el amigo, si ha dé haber verdadera amistad, porque el amigo es otro yo.

Aun en Dios pudo tanto el amor que tuvo a los hombres, que le hizo abajarse e igualarse con ellos (Sal 8*,* 6)*:* [*Lo hiciste poco menor que los ángeles*]*.* Se hizo menor que los ángeles; se hizo hombre como nosotros, y así nos dice (Jn 15*,* 15)*: Ya no os llamaré siervos, sino amigos* que dice una manera de igualdad. Mirad las entrañas de amor de Cristo, que aun acá no decimos: fulano es amigo del rey, aunque sea un gran personaje, un marqués y un duque; sino fulano es muy privado del rey, porque amigo dice una manera de igualdad. Y aquella majestad infinita de Dios se quiso humanar tanto con nosotros y nos amo tanto, que nos llama, no criados, sino amigos a boca llena, pues así acá, en la Religión, la caridad no ha de saber qué cosa es altivez, sino ha de causar una igualdad y llaneza grande entre todos. Y esa misma igualdad, que es efecto del amor, ayuda mucho para conservar y aumentar la caridad y unión; lo uno se anda a lo otro. Y de ahí es que cuando hay esta humildad y llaneza entre todos, es señal que hay grande unión y hermandad. Y así vemos por la bondad del Señor que en la Compañía, así como resplandece la caridad, así también resplandece en ella mucho esta igualdad y llaneza entre todos; deseando y procurando cada uno dar ventaja a los otros, estimándonos en su ánima a todos, como si le fuesen superiores»t Y el

que era algo en el mundo, como dice San Agustín, más se honra y se goza de la compañía de sus hermanos pobres, que de la dignidad y nobleza de sus padres ricos; porque lo que precia y estima es la virtud, y todo lo demás lo tiene en nada.

San Ambrosio notó muy bien cuánto ayuda esto para conservar la caridad, por estas palabras: [Para robustecer la unión y caridad de unos con otros; mucho ayuda que, según la doctrina del Apóstol, se ganen unos a otros por la mano honrándose y dándose la ventaja, y teniendo cada uno al otro por superior; que deseen servir los súbditos, y los superiores no sepan ensoberbecerse; que el pobre no se desprecie de que el rico le sea preferido. Y el rico se huelgue de que se le iguale el pobre; que los nobles no se envanezcan por la sangre ilustre de su linaje, y los plebeyos no se engrían por ser de la misma naturaleza y profesión; que, finalmente, no se atribuya más a las grandes riquezas que a las buenas costumbres, ni se haga más caudal del fastuoso poderío de los malos, que de la olvidada virtud de los buenos.]

CAPÍTULO 6

De otras dos cosas que pide la caridad y unión.

La caridad, dice el Apóstol San Pablo (1 Cor 13, 4), *no es envidiosa:* antes, el que de veras ama a otro, desea tanto su bien y se huelga tanto con él como si fuese suyo propio. El glorioso San Agustín declara esto con el ejemplo de Jonatás y el amor grande que tenía a David. Dice la sagrada Escritura (1 Sam 18, 1)*: Se juntó y unió el ánima de Jonatás con el ánima de David, hízose un corazón y una ánima de las dos, porque amaba Jonatás a David como a su propia ánima. Y* lo que se siguió de ahí fue que con ser él el hijo del rey, quería el reino antes para David que para sí: *Tú serás rey de Israel y yo seré el segundo después de ti* (1 Sam 23, 17)*.* Se holgaba Jonatás del bien de David como si fuera suyo propio.

Otro ejemplo traen los Santos con que se declara más esta propiedad y efecto de la caridad, que es de los bienaventurados. Allá en el Cielo no hay envidia de que otros sean mayores; antes, si pudiese ser, querría el uno al otro mayor gloria y repartir de la suya con él, y que el menor fuese su igual o mayor; porque así se goza el uno de la

gloria del otro, como si fuese suya propia. Y no es esto muy dificultoso de entender, porque si acá el amor natural de las madres hace que se huelguen tanto del bien de los hijos como si fuese suyo propio, ¿cuánto más lo hará aquel amor, siendo tanto más excelente y perfecto? Pues así, en nosotros, la caridad y amor ha de hacer que nos holguemos del bien ajeno como si fuese propio, porque ése es efecto propio de la caridad.

Y para convidarnos y animarnos más a esto, nota San Agustín que la caridad y amor hace suyo el bien de los otros, no despojando a ninguno de él, sino con sólo holgarse y alegrarse de él. Y no dice mucho en esto, porque si con amar el pecado ajeno y holgarse de él le hace uno suyo, porque Dios mira al corazón, ¿qué maravilla, que con amar el bien ajeno y holgarse de él, le haga también suyo, especialmente siendo Dios más presto para premiar que para castigar? Pues consideremos y ponderemos aquí, por una parte, cuán excelente cosa sea la caridad y cuán grande ganancia y granjería tenemos en ella, pues con ella podemos hacer nuestras todas las buenas obras de nuestros hermanos con sólo holgarnos y complacernos de ellas, y aun con más seguridad que las nuestras propias, porque de aquéllas no nos suele venir vanagloria como de las nuestras; y consideremos, por el contrario, cuán mala cosa es la envidia y cuán perniciosa, pues el bien ajeno hace mal propio, para que procuremos huir ésta y abrazar aquélla.

De aquí se sigue lo segundo que añade luego el Apóstol (1 Cor 15, 5)*: La caridad no es ambiciosa ni busca sus comodidades,* porque el que el bien ajeno tiene por propio, y se huelga de él como si fuese suyo, muy lejos está de eso. Una de las cosas que hace mayor guerra a la caridad y más impide esta unión es el amor propio, el buscarse uno a sí mismo sus comodidades e intereses. Por eso nuestro Padrea llama al amor propio gravísimo y capital enemigo de todo orden y unión. Y Humberto, en la regla de San Agustín, le llama peste de la vida común y religiosa, porque todo lo inficiona y echa a perder. Y aunque es verdad que de todas las virtudes es general enemigo este amor propio, pero particularmente lo es de ésta. Y el mismo nombre se lo dice; porque si es propio, no es común, cual es el de la caridad. El amor propio es división, es particular, todo lo quiere para sí, en todo se busca a sí mismo; lo cual es derechamente contrario a la caridad y unión.

Sobre aquello que dice la Escritura de Abrahán y Loth (Gen 13, 6): [*No podían caber en la tierra, de modo que habitasen juntos*], tenía tanto ganado cada uno, que era angosta la tierra para el pasto, y así reñían sobre eso los pastores del uno con los del otro, y fue menester, por bien de la paz, que se dividiesen los dos, dice San Crisóstomo: Porque donde hay mío y tuyo, luego hay pleitos y ocasiones de contiendas y discordias, aun entre los parientes y hermanos; pero donde esto no hay, allí hay segura paz y concordia. Y así vemos, dice el Santo, que en la primitiva Iglesia había grande unión y concordia entre los fieles (Hech 4, 12)*: Tenían todos un ánimo y un corazón* porque no había mío ni tuyo entre ellos, sino todas las cosas eran comunes. Esa es la causa de haber entre ellos tanta unión y hermandad. Y por esto todas las Religiones, inspiradas por Dios y fundadas en la Escritura, pusieron por primero y principal fundamento la pobreza, y de eso hacemos el primer voto, para que no habiendo mío ni tuyo, ni teniendo el amor propio dónde se asir, tengamos todos una ánima y un corazón.

No hay duda, sino que es grande ayuda para conservar la caridad y unión entre todos, el habernos desapropiado y deshecho de todas las cosas del mundo. Pero no basta que en estas cosas temporales no haya mío ni tuyo; es menester que en las demás cosas tampoco lo haya, porque si lo hay, eso nos hará la guerra e impedirá esta unión y caridad. Si vos queréis la honra y estimación para vos, si deseáis el mejor puesto, si andáis buscando vuestros gustos y comodidades, por ahí os vendréis a desunir y a desavenir con vuestros hermanos: eso es lo que suele hacer la guerra a la caridad. De ahí nace el venirle a uno una manera de envidia de que su hermano descubra el talento y de que luzca y sea alabado, tenido y estimado; porque quisiera él aquella honra y estimación para sí, y parécele que el otro se la lleva. De ahí nace también el holgarse, o, a lo menos, venirle no sé qué manera de complacencia, cuando al otro no le sucede alguna cosa bien, porque le parece que con aquello queda humillado e inferior a él. De ahí viene el procurar algunas veces oscurecer al otro, directa o indirectamente, unas veces con el argumento, otras con algunas palabrillas que salen desmandadas y brotan de la abundancia que de eso hay en el corazón. Todo lo cual es amor propio desordenada, ambición, soberbia y envidia, que son las polillas que suelen destruir la unión y caridad de unos con otros; [*La caridad,* dice el Apóstol (1 Cor 13, 6), *no huelga con la maldad, mas se goza*

con la verdad]. La caridad no se huelga de que los otros vayan a menos, sino de que suban y se aventajen y vayan a más, y cuanto a más, mejor (Gen 24, 60): *Hermano nuestro sois, crezcáis* muy en buena hora *millares de millares,* que ése será mi gozo y mi contento, porque vuestro bien es mío, y vuestro acrecentamiento es mío. Al mercader, que tiene trato de compañía, no le pesa de las ganancias que hacen sus compañeros, ni de la buena industria con que las hacen; antes se huelga mucho de eso; porque todo viene a ser en provecho suyo y de toda la compañía. Así nos habemos de holgar nosotros de cualquier bien y talento y acrecentamiento de nuestros hermanos, porque todo viene a ceder y redundar en bien y provecho de todo este cuerpo de la Compañía, cuyo miembro y parte soy yo y de cuyos bienes gozo.

CAPÍTULO 7

De otra cosa que nos pide la caridad y nos ayudará a conservarla, que es tener y mostrar mucha estima de nuestros hermanos y hablar siempre bien de ellos.

La caridad y amor de unos con otros no ha de ser solamente interior en el corazón, sino se ha de mostrar también en las obras conforme a aquello de la Escritura (1 Jn 3, 17): [*El que viere a su hermano padecer necesidad, y con todo cerrare sus entrañas, ¿cómo diremos que la caridad de Dios está en él?*] Cuando estemos en el Cielo, como no tendremos necesidad, dice San Agustín, no serán menester estas obras para conservar la caridad. Como el fuego allá en su esfera no tiene necesidad de materia y leños para conservarse; pero acá abajo, sin ellos, luego se apaga; así también, en esta miserable vida, presto se apagará la caridad si no hay obras que la sustenten y conserven. San Basilio trae a este propósito aquello que dice el Apóstol y Evangelista San Juan en au primera Canónica (3, 16): *En esto conocemos el amor grande que Dios nos tuvo, en que dio su vida por nosotros, y así nosotros habemos de dar la vida por nuestros hermanos,* si fuere menester. Infiere de aquí muy bien San Basilio: Sí el amor que nos pide Cristo que tengamos a nuestros hermanos ha de ser hasta dar la vida por ellos, ¿cuánto más será razón que se ex-

tienda a otras cosas que se suelen ofrecer, que son de menos dificultad que dar la vida por ellos?

Una de las cosas principales que pide esta unión y caridad, y que nos ayudará mucho para conservarla y llevarla adelante, es que tengamos mucha estima de nuestros hermanos. Antes éste es el fundamento en que se funda y estriba todo este negocio de la caridad. Porque este amor de caridad no es pasión, ni es amor de antojo, que va a ciegas, ni de sola ternura o sentimiento de este corazón de carne que tenemos, sino es amor de razón, amor espiritual de la superior parte del ánima, que mira a las razones superiores y eternas. Es amor que llamamos apreciativo, que nace del que tenemos a Dios, a quien estimamos sobre todas las cosas y al prójimo amamos como a cosa de Dios. Y de la estima y buena opinión que tiene uno de sus hermanos nace el amarlos y honrarlos y reverenciarlos, y todos los demás oficios y ejercicios de caridad. Y al paso que anduviere esta estima, a ese paso andará el amor y todo lo demás. Y así dice San Pablo, escribiendo a los Filipenses (2, 3), que *los estimemos en nuestra ánima a todos, como si nos fuesen superiores,* como raíz y fundamento de todo este negocio. Y escribiendo a los Romanos (12, 10), dice: [*Ganándoos por la mano en honraros unos a otros*]. Nota el glorioso Crisóstomo que no dijo que nos honremos unos a otros, sino que nos prevengamos en este oficio; no tengo yo de aguardar a que el otro me dé a mí la honra, y haga primero caso de mí; cada uno ha de procurar prevenir al otro y ganarle por la mano. Y eso es lo que nos encomienda a nosotros nuestro Padre, que procuremos dar ventaja a los otros, dejarles lo mejor. Eso es [*ganarse por la mano en honrar unos a otros*].

Para que digamos alguna cosa más en particular de esto, una de las cosas en que habemos de procurar mostrar mucha estima de nuestros hermanos, es en hablar siempre bien de ellos, con respeto y con palabras que muestren que tenemos de ellos esa estima. De nuestro B. Padre Ignacio leemos, que así hablaba de todos, que cada uno se persuadía que tenía buena opinión de él y le amaba como Padre, y eso hacía que todos también le tuviesen a él mucho amor y respeto. No hay cosa que así encienda la caridad y que así la conserve, como saber cada uno que su hermano le ama y le quiere bien y siente y habla bien de él. Mírelo cada uno por sí, el contento que le da naturalmente cuando le dicen o dan a entender la buena voluntad que otro le tiene, y el buen oficio que en esto le hace, cómo le vuelve

con el mismo retorno y cómo comienza a hablar luego bien de él. ¡Qué de buenos efectos se siguen de aquí! Y así dijo allá Séneca: Si quieres ser amado, ama. No hay medio más eficaz para ser amado, porque el amor no se puede pagar sino con otro amor.

San Crisóstomo nota esto muy bien sobre aquellas palabras de Cristo (Mt 7, 12): *Lo que queréis que hagan los hombres con vos, hacedlo vos con ellos.* Dice el Santo: ¿Queréis recibir beneficios? Hacedlos vos al otro. ¿Queréis alcanzar misericordia? Tenedla de vuestro prójimo. ¿Queréis ser alabado? Alabad a los otros. ¿Queréis ser amado? Amad. ¿Queréis que os den la ventaja y lo mejor y más honrado? Ceded vos primero de eso y procurad darlo a otro.

Fuera de esto, este hablar bien de todos es una cosa que edifica mucho, y la razón por que edifica es porque es señal que hay mucho amor y mucha unión. Y, por el contrario, cualquier palabrilla que directa o indirectamente pueda oscurecer o deslustrar a otro, la menor brizna que de esto se sintiese en nosotros, sería cosa de mucha desedificación, porque luego entienden que hay alguna emulación o envidia. Y así cualquiera cosa que huela a eso, ha de estar muy lejos de nosotros. Aunque vuestro hermano tenga algunas faltas, también tendrá algo bueno; echad mano de eso y dejad eso otro. Imitad a la abeja, que escoge la flor y deja las espinas que están alrededor, y no seáis como el escarabajo, que luego se va al estiércol.

CAPÍTULO 8

Que nos debemos guardar mucho de decir a otro: «Fulano dijo esto de vos», siendo cosa que le puede amargar.

No es mi intento tratar aquí de la murmuración porque eso hacemos en otra parte. Ahora solamente diremos una cosa de mucha importancia, que hace a nuestro propósito, y la advierte San Buenaventura. Así como se ha uno de guardar de murmurar y decir mal de otro, así se ha de guardar mucho de decir a nadie: «Fulano dijo esto de vos», siendo cosa que le pueda dar disgusto, porque eso no sirve sino de enconar al uno con el otro y sembrar discordias entre los hermanos, que es una cosa muy perjudicial y perniciosa; y como tal, dice el Sabio (Prov 6, 16 y 19), que la aborrece mucho Dios: *Seis cosas aborrece Dios, y la séptima, que aborrece de corazón y de que*

abomina mucho, dice que es ésta: *al que siembra* cizaña y *discordias entre sus hermanos.* Como acá, cuando aborrecemos mucho una cosa, decimos que la aborrecemos de corazón, así habla la Escritura a nuestro modo, para darnos a entender cuánto desagradan a Dios estos tales. Y no solamente a Dios, sino a los hombres también es ésta una cosa muy aborrecible (Eclo 21, 31): [*El chismoso manchará su alma, y será de todos aborrecido, y se hará odioso al que tratare con él*]. No sólo el que hace esto, sino el que tratare con él, dice el Sabio, será aborrecido. Estos son los que llaman chismosos. Eso es propiamente andar en chismerías, cosa indigna de hombres de bien, cuanto más de religiosos. Dice el Eclesiástico (5, 16): *No deis ocasión para que puedan decir que sois chismoso.* ¿Qué cosa puede haber en una comunidad más perniciosa y perjudicial que ser uno revoltoso y andar revolviendo a sus hermanos, unos con otros? Esa parece cosa propia del demonio, porque ése es su oficio.

Y adviértase aquí que para revolver a uno con otro no es menester que las cosas que se dicen sean graves. Cosas muy pequeñas y menudas, y que algunas veces no llegan a culpa venial, bastan para eso. Y así esto con lo que se ha de tener cuenta, no sólo si la cosa que se dice o se refiere era de suyo grave o liviana, sino si es cosa que puede inquietar o contristar a vuestro hermano, y causar en él alguna acedía *o* desunión con el otro. Se descuidó uno en decir una palabrilla que daba a entender menos estima de alguno, o en letras, o en ingenio, o en la virtud, o en el talento, o en otra cosa semejante, y vais vos con mayor descuido a referírsela al otro; ya veis qué estómago le puede hacer. Pensáis que no hacéis nada y le atravesáis el corazón. Dice el Sabio (Prov 26, 22): [*Sencillas parecen las palabras del chismoso, y penetran hasta lo íntimo de las entrañas*]. Hay algunas cosas que algunos no las suelen tener en nada, porque no se por donde se las miran, o es que no las miran; y miradas por donde se han de mirar, hacen tan diferente viso, que hay mucho temor y duda si llegaron a pecado mortal, por los inconvenientes y malos efectos que de ahí se siguen: y ésta es una de ellas.

Y si decir estas cosas y sembrar estas discordias entre los hermanos es cosa tan perjudicial y tan perniciosa, y que tanto aborrece Dios, ¿qué sería si sembrase uno esta cizaña entre los súbditos y el superior, y fuese causa de desunión entre los miembros y la cabeza, entre padres e hijos? ¿Cuánto más aborrecible seria eso a Dios? Pues esto se hace también con semejantes palabras dichas del supe-

rior. Grande amor y obediencia tenían al rey David sus súbditos, y muy unidos estaban con él; y porque oyeron decir mal de él y de su gobierno a un mal hijo suyo, Absalón, le negaron la obediencia y se levantaron contra él. ¡Oh, cuántas veces acontece que viviendo uno con muy buena fe y teniendo mucho crédito de su superior, y juzgando muy bien de todas sus cosas, y fiando de él su alma y descubriéndole todo su corazón, por solo una palabrilla que el otro dijo, se cae todo esto, y en su lugar suceden mil malicias y dobleces, juicios temerarios, recatos, murmuraciones; y algunas veces de tal manera cunde esto, que aquél lo pega a éste, y éste al otro, y el otro al otro no se puede acabar de creer cuánto daño hacen algunas palabrillas de éstas.

Pero dirá alguno: algunas veces le conviene al otro saber lo que se nota y dice de él, para que ande con recato y no dé ocasión. Verdad es; mas entonces se le puede decir la cosa; pero no se le ha de declarar quién la dijo, y esto aunque se hubiese dicho en público, para que no se excuse nadie diciendo que otro se lo había de decir luego. Cada uno mirará por sí. Y *¡ay de aquel por quien viniere el escándalo!* (Mt 18, 7). Y aunque el otro importune mucho por saber quién dijo aquello, y sepáis que recibirá mucho gusto en ello, no se lo habéis de decir, que algunas veces engaña esto de dar contento al amigo, no es buena amistad ésa, porque a él le hacéis mal en decírselo, y al otro también, y a vos mismo más, porque quedáis con el escrúpulo del mal que hicisteis al uno y al otro.

Entiéndase bien el mal e inconvenientes que hay en esto; porque cuando uno avisa una falta de otro al superior para que él, con su paternal cuidado y providencia, le pueda poner conveniente remedio, conforme a la regla que tenemos de ello, no quiere que el otro entienda que él lo avisó; y el superior lo procura y debe procurar hacer así, como se lo encomienda su regla, para que no sea eso causa de alguna amaritud o disgusto entre los hermanos. Pues si, aun cuando esto se hace legítimamente y conforme a la regla y con caridad y deseo de mayor bien, con todo eso hay estos temores y es menester todo este recato, ¿con cuánta mayor razón se deben temer estos inconvenientes, cuando uno descubre al que dijo la falta, no legítimamente, ni conforme a regla, ni con celo de caridad, sino con descuido y con indiscreción con mal modo, y por ventura algunas veces con alguna emulación o envidia, o con otros respetos no buenos, o que a lo menos el otro podrá imaginar que son tales? San Agustín alaba

mucho a su madre Santa Mónica, de que oyendo muchas veces de la una parte y de la otra quejas y palabras de sentimiento y amargura, nunca refería cosa que hubiese oído de los unos a los otros, sino solamente lo que podía amansarlos y desenojados y aprovechar para unirlos y reconciliarlos. Así lo habemos de hacer nosotros, siendo siempre ángeles de paz.

CAPÍTULO 9

Que las palabras buenas y blandas ayudan mucho a conservar la unión y caridad, y las no tales le son contrarias.

Una de las cosas que ayudará mucho a conservar y llevar adelanta la unión y caridad fraterna son las buenas blandas palabras. Dice el Sabio (Eclo 6, 5): *Las palabras dulces y* suaves y dichas con amor y caridad *multiplican los amigos, y mitigan y* ablandan a los *enemigos.* Y, por el contrario (Prov 15, 1): *Las palabras duras,* ásperas y desabridas *despiertan rencillas y* son causa de desunión. Porque como somos hombres, nos sentimos de semejantes palabras, y como queda uno disgustado y sentido, ya no mira a su hermano como antes, ya le parecen mal sus cosas, por ventura dice mal de ellas, por esto importa mucho que nuestras palabras vayan siempre con alguna sal de gracia y de suavidad, de manera que causen amor y caridad, conforme a aquello del Eclesiástico (20, 13): *El hombre sabio con sus palabras se hace amable.*

Y cuanto a lo primero, es menester advertir aquí como fundamento para todo lo que se ha de decir, que no se engañe nadie en esto con decir: son de mucha virtud mis hermanos, y no se escandalizarán ni tentarán por una palabrilla algo alta o desgraciada, ni mirarán en eso. Ahora no tratamos de lo que son o han de ser vuestros hermanos, sino de lo que vos habéis de ser, y cómo os habéis de comportaros con ellos. Dice muy bien San Bernardo a este propósito: Si dijereis: ¡oh, que no se ofenderá el otro por cosa tan liviana!, respondo: cuanto la cosa es más liviana, tanto más fácilmente la pudierais vos excusar. Y San Crisóstomo dice que antes agrava eso más vuestra culpa, pues no os supisteis vencer en una cosa tan ligera. Por ser vuestro hermano bueno, no por eso habéis vos de ser ruin (Mt 20, 15): [*¿Ha de ser tu ojo malo porque yo sea bueno?*] Pues digo que a

todos habemos de tener en mucho, y no pensar que son tan de vidrio que se sentirán de una nonada; pero con todo eso, en el modo de tratar nos habemos de conducir con ellos con tanto recato y tiento, como si fuesen de vidrio, y los más frágiles quebradizos del mundo, no dándoles ocasión de nuestra parte para que se puedan tentar ni desabrir, por flacos e imperfectos que fuesen. Y esto, lo uno, por lo que toca a nosotros, porque el tener el otro mucha virtud y perfección no quita ni hace que deje de ser falta la nuestra. Lo segundo, por lo que toca a nuestros hermanos, porque no todos ni todas veces están tan dispuestos ni tan a punto, que dejen de sentir las faltas que se hacen con ellos.

Cuáles sean las palabras de que nuestros hermanos se pueden ofender, no es dificultoso de entender; porque por sí podrá sacar cada uno las palabras y el modo de decirlas de que podrá gustar o disgustar su hermano. Esta es la regla que nos da el Espíritu Santo por el Sabio, para saber cómo nos habemos de haber con nuestros hermanos (Eclo 31, 18): [*De lo que quieres para ti, entiende lo que debes hacer para con tu prójimo*]. Mire cada uno si se sintiera él de que el otro le hablase con sequedad, y de que le respondiese desgraciadamente, y de que le mandase con resolución y con imperio, y guárdese de hablar de esa manera, porque el otro también es hombre como él, y se podrá sentir de lo que él se siente.

También es muy buen medio, para acertar a hablar cromo debemos, la humildad. Si uno fuere humilde y se tuviere por el menor de todos, no será menester más; eso le enseñará cómo se ha de comportar: nunca dirá a nadie palabra descompuesta ni de que se pueda ofender, sino a todos hablará con respeto y estima. Claro está que no diría uno al superior: no entiende Vuestra Reverencia lo que digo: porque le habla como inferior y le tiene respeto. Pues si dice eso y otras palabras semejantes a su hermano, es porque no se tiene por inferior a él, y así no le habla con respeto. Seamos humildes y tengámonos por los menores de todos, como nos lo aconseja el Apóstol (Flp 2, 3), y eso nos dirá las palabras que habemos de hablar, y el modo con que las habemos de decir. Pero fuera de estas reglas y remedio generales, iremos diciendo en particular algunas maneras de palabras que son contrarias a la caridad, para que nos guardemos de ellas.

CAPÍTULO 10

Que nos debemos guardar mucho de palabras picantes que pueden lastimar o disgustar a nuestro hermano.

Cuanto a lo primero, nos habemos de guardar mucho de decir palabras picantes. Hay algunas palabrillas que suelen picar y lastimar a otros, porque disimuladamente le notan en la condición, o en el entendimiento, o en ingenio no tan agudo, o en alguna otra falta natural o moral. Estas son unas palabras muy perjudiciales y muy contrarias a la caridad; y algunas veces se suelen decir por vía de gracia y con donaire, y entonces son peores y más perjudiciales; y tanto más, cuanto con más gracia se dicen; porque quedan más impresas en los oyentes, y se acuerdan más de ellas. Y lo peor es que algunas veces suele quedar muy contento el que las dice, pareciéndole que ha dicho alguna delicadeza y mostrado buen entendimiento, y se engaña mucho, que no muestra en eso sino mal entendimiento y peor voluntad; pues emplea el entendimiento que Dios le dio para servirle, en decir dichos agudos que lastiman y escandalizan a sus hermanos y turban la paz y la caridad.

Dice San Alberto Magno que así como cuando a uno le huele mal la boca es señal que tiene allá dentro dañado el hígado o el estómago, así también cuando habla palabras malas es señal de la enfermedad que hay allá dentro, en el corazón. Y ¿qué diría San Bernardo del religioso que es mordedor en los donaires? Si a cualquier gracia en la boca del religioso llama él blasfemia y sacrilegio, a las gracias que son perjudiciales ¿cómo las llamará? Estas cosas son muy ajenas de Religión; y así, todo lo que toca a esto ha de estar muy lejos de la boca del religioso, como es el tratar de apodos y lo que dicen dar cordelejo o fisgar, y el hacer o referir coplas graciosas que toquen falta o descuido de alguno, y otras cosas semejantes: y ni en burlas ni en veras es razón que se permitan. Y por sí lo juzgará cada uno: ¿os gustaría que otro os apodara, y de que todos se rieran de que os cuadraba muy bien el apodo? Pues lo que no querríais que se hiciese con vos, no lo hagáis vos con otro, que ésa es la regla de la caridad. ¿Os holgaríais de que en diciendo alguna palabra no tal, luego haya quien se precie de no dejarla caer en el suelo, como dicen, haga platillo y conversación de ella? Claro está que pues ¿cómo queréis para otro lo que no querríais para vos, y lo que sentiríais y

quedaríais muy corrido, si se hiciera con vos? Aun sólo el nombre de cordelejo y de fisgar o apodar ofende y parece mal en la boca de un religioso, cuanto más la obra; y así habíamos de aborrecer tanto esto, que ni aun los nombres de ello tomásemos en la boca, como dice San Pablo del vicio deshonesto (Ef 5, 3): [*La fornicación y toda suerte de inmundicia ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a gente santa*]. De la misma manera ha de ser en esto, y así lo añadió allí San Pablo y lo juntó con eso otro: *Ni palabras torpes, ni necias, ni chanzas que son impertinentes.* No dice con la santidad que profesamos ni aun el nombrar esas cosas. Dice muy bien San Bernardo: Si de las palabras ociosas habemos de dar cuenta a Dios el día del Juicio, ¿qué será de las que pasan de ociosas?, ¿qué será de las que tocan a mi hermano?, ¿qué será de las perniciosas?

CAPÍTULO 11

Que nos hemos de guardar de porfiar, contradecir, reprender y de otras palabras semejantes.

Hemos también de guardar de porfiar con otro o contradecirle, porque ésta es una cosa muy contraria a la unión y caridad fraterna; y el Apóstol San Pablo nos avisa de ella escribiendo a su discípulo Timoteo (2 Tm 2, 14): *Guárdate de porfías y contiendas, porque ésas no sirven sino de desedificar a los que lo oyen.* Y un poco más adelante (2, 24) dice: *Al siervo de Dios no le conviene porfiar,* que eso quiere decir, allí *litigare; sino ser manso y pacifico con todos.* Y así los Santos nos encomiendan mucho esto, y de ellos la tomó nuestro Padre y nos lo puso en las reglas. San Doroteo dice que más querría que no se hiciese la cosa, que no que hubiese contiendas y porfías entre los hermanos; y añade: mil veces repetiré esto. San Buenaventura que es cosa muy indigna de los siervos de Dios porfiar y tener contiendas, como las tienen las mujercillas y vendedoras. San Juan Climaco añade que el que es porfiado en llevar adelante su parecer, aunque sea verdadero, tenga por cierto que el demonio le mueve a ello. Y la razón es, porque lo que suele mover a esto es el apetito demasiado que tienen los hombres de honra humana; por esto procuran de salir con la suya, por parecer sabios y entendidos y quedar

vencedores, o por no parecer menos que los otros; y así el demonio de la soberbia es el que les mueve a esto.

Dos faltas puede haber aquí: la una es del que contradice a otro que es el principio de la contienda y porfía y el que emprendió el fuego, y así es mayor su culpa. En la cosa de que trata, muchas veces no va nada en que sea así o así, y en perder la paz y la caridad, lo cual se suele seguir de ahí, va mucho. El otro dice aquello con buena fe y entiende que es así: dejadle con su buena fe, pues no va nada en ello. [*No porfíes por cosa que no te agravia*], dice el Sabio (Eclo 11, 9): No tengáis espíritu de contradicción, que es mal espíritu, especialmente sobre lo que no os va ni os viene. Aun cuando en ello fuese algo o se le pudiese seguir algún inconveniente a vuestro hermano de quedarse en aquel parecer, dicen que es buen consejo no contradecirle entonces, sino después, aparte, declararle la verdad, para que no quede en el error, y con eso se consigue el fin y se evitan los inconvenientes.

La otra falta que hay que advertir aquí es que cuando alguien os contradiga, no porfiéis vos ni queráis llevar adelante vuestro parecer y salir con la vuestra, sino después que hubiereis afirmado una o dos veces lo que tenéis por verdad, si no os creyeren, dejad a los otros sentir lo que quisieren. Y esto ha de ser callando, como si más no supieseis, no con un sonsonete, con que algunos no tanto se muestran rendidos, cuanto deseosos de parecerlo y de que los otros queden culpados.

El ceder uno como debe de su derecho, y dejarse vencer en semejantes contiendas y porfías, y apartarse de ellas, dice el Sabio (Prov 20, 3) que es de nobles y generosos corazones: [*Honra gana el hombre en apartarse de contiendas.*] Y con mucha razón dice esto. Porque este tal hace en esto un acto de caridad con el prójimo, atajando las amarguras y enojos que de las contiendas y porfías se suelen seguir; y hace un acto de humildad para consigo, venciendo el apetito de querer salir vencedor y con honra; y hace un acto de amor de Dios, excusando las culpas que se podían seguir de la porfía, conforme a aquello del Sabio (Eclo 28, 10): *Apártate de las contiendas y disminuirás los pecados.* Y, por el contrario, el que porfía, fuera de la desedificación que en eso da, es causa de que se pierda la paz y la caridad, y que se sigan de ahí muchos inconvenientes y amarguras, y en lugar de ganar honra y estima, como él pretendía; la pierde,

porque le tienen por cabezudo y amigo de salir con la suya, y que no sabe dar de sí.

De Santo Tomás de Aquino se dice que en las disputas escolásticas nunca contradecía a ninguno porfiadamente, sino decía lo que sentía con increíble mansedumbre y templanza de palabras y sin despreciar a nadie, antes con estima de todos, porque no pretendía salir de la disputa victorioso, sino que la verdad fuese conocida. Bien sabido es también el ejemplo de aquellos dos viejos que moraban juntos en una celda, y nunca habían tenido rencilla ni porfía entre sí, y quisieron probar a ver si sabían porfiar sobre de quién era un ladrillo, y no acertaron. Así nosotros no habemos de acertar a porfiar.

También se debe uno de guardar de entremeterse en reprender y corregir a su hermano, aunque le parezca que lo hace con caridad y con buen modo, porque éste es oficio del superior; y tener un superior o dos que nos avisen y reprendan, se lleva con algún consuelo; pero que el que no es superior quiera usurpar este oficio, no se lleva bien, no gustan los hombres comúnmente de ser corregidos y reprendidos de sus iguales. Y así tenemos regla que ninguno mande cosa alguna ni reprenda a otro, sin tener autoridad para ello del superior. Así como no puede uno mandar a otro sin tener autoridad del superior para ello, así ni corregir. No es éste negocio para fiar de todos; aun el mismo superior, para tener que corregir a uno y avisarle de su falta, lo debe primero de mirar muy bien, y aguardar su coyuntura, y medir las palabras que le ha de decir y el modo con que se las ha de decir, para que la corrección y aviso se reciba bien y entre en provecho, y es todo menester. Y querrá el otro sin más ni más decir luego la falta a su hermano, y muchas veces *in fraganti* so color de celo: no es ése celo de caridad, sino una cosa muy contraria a la caridad, y que antes suele dañar que aprovechar. Porque, aunque tuvieseis mucha razón en ello, está a la mano la tentación del otro, que dirá entre sí (y plega a Dios no os lo diga de palabra) que quién os hizo a vos superior, y para qué os entremetéis en oficio ajeno: [*¿Quién te puso por príncipe y juez sobre nosotros?*] (Exod 2, 14). Si vos decís al otro que lo que hace es contra la regla, él os podrá decir que el sorprenderle vos a él también es contra la regla.

Se cuenta de Sócrates que estando comiendo con otros sus amigos en casa de un hombre principal que los había convidado, reprendió ásperamente a uno de ellos por no sé qué falta que le vio hacer en la mesa, al cual Platón, que estaba también allí presente,

dijo: ¿No fuera mejor dejar eso para después y reprenderle aparte? Replicó Sócrates: ¿Y no fuera también mejor que vos me dijerais eso después aparte?, rechazándole agudamente su reprensión y notándole que hacia él lo que reprendía. De esto sirven estas reprensiones. Y así, no sólo no es ése celo ni caridad, antes muchas veces es mala condición del que reprende, e impaciencia e inmortificación suya que le da tan en rostro la falta de su hermano, y aun, algunas veces lo que no es falta, que no se puede contener hasta decírsela y con aquello parece que descansa y queda satisfecho, no puede o no quiere mortificarse a sí, y quiere mortificar al otro. El espíritu de mortificación y de rigor es muy bueno que le tenga cada uno para consigo, pero con su hermano siempre ha de tener espíritu de amor y suavidad, que eso es lo que nos enseñan los santos por palabra y por ejemplo, y lo que ayuda mucho a la unión y caridad fraterna.

De aquí se verá que si no es bueno reprender y corregir a vuestro hermano, aun cuando a vos os parece que lo hacéis con buen modo y con caridad y blandura, menos lo será cuando le dais a entender la falta, no con tan buen modo ni con tan buen término como eso. Y así nos habemos de guardar mucho de esto, y generalmente de todas las palabras que pueden mortificar a nuestros hermanos.

Cuenta Casiano, que disputando una vez el abad Moisés con el abad Macario, le vino a decir una palabra mortificante y algo descompuesta, y luego al punto le castigó Dios, permitiendo que entrase en él un demonio tan feo y sucio, que le hacía meter en la boca horruras e inmundicias, hasta que, haciendo oración, el abad Macario fue libre de él; para que se vea, cuánto aborrece Dios esta falta, pues así la castigó en tan grande siervo suyo y de tan probada santidad, cual sabemos que fue el abad Moisés.

Y a imitación de este castigo, leemos en las Crónicas de la Orden de San Francisco que un fraile viejo delante de un hombre noble de Asís dijo a otro fraile unas palabras ásperas y desabridas con alguna cólera; sin embargo, en diciéndolas volvió en sí, y viendo a su hermano turbado por aquellas palabras, y a aquel seglar mal edificado, encendido en venganza contra sí mismo, tomó estiércol y lo metió en su boca, y, masticándole, decía: Estiércol masque la lengua que contra su hermano derramó veneno de saña. Y se dice allí que quedó aquel hombre noble muy edificado y como fuera de sí, viendo el celo y fervor con que aquel religioso satisfizo a su culpa, y quedó

con mayor devoción a los frailes, ofreciendo a sí y a todas sus cosas para servir a la Orden.

CAPÍTULO 12

Del buen modo y buenas palabras con que se ha de ejercitar el oficio de caridad.

El bienaventurado San Basilio, en un sermón que hace exhortando a la vida monástica, da un aviso y documento muy bueno para los que se ocupan en oficios exteriores, sobre el modo cómo han de ejercitarlos. Cuando os tocare, dice, hacer estos oficios, no os habéis de contentar solamente con el trabajo corporal, sino habéis de procurar hacer con buen modo lo que hacéis, y tener blandura y suavidad en vuestras palabras, para que los demás entiendan que hacéis aquello con caridad, y así les sea grato vuestro ministerio. Que es lo que dice el Eclesiástico (18, 15): [*No des, hijo, motivo de queja en tus obras buenas; ni en tus dones causes tristeza con palabras malas. ¿Acaso el rocío no mitigará el ardor? Así también, la palabra mejor que el don. ¿No ves que la palabra buena vale más que la dádiva?*]

Esta es la sal que dice San Pablo que ha de hacer gracioso y gustoso todo lo que hacéis. Más vale y más se estima el modo y gracia con que servís y las buenas palabras con que respondéis, que todo cuanto hacéis. Y, por el contrario, entended que por mucho que trabajéis y os canséis, si no lo hacéis con buen término y tenéis buenas palabras y respuestas, no se estimará ni tendrá en nada, sino todo parece que lo perdéis. Vuestras palabras y respuestas, dice el Apóstol (Cl 4, 6), *siempre han de ir llenas de sal de gracia* y de suavidad. «Que me place, de muy buena voluntad.» Por estar vos ocupado y tener mucho que hacer, y aunque no podáis hacer lo que os piden, no por eso habéis de responder, sacudida y desgraciadamente a vuestro hermano; antes entonces habéis de procurar que la respuesta sea tan buena, que vaya el otro tan contento y satisfecho, como si lo hicierais, viendo vuestras entrañas, como diciendo: Por cierto que holgara mucho de hacerlo si pudiera, pero ahora no puedo. ¿Bastará hacerlo después? Y si es por no tener licencia, decid: Yo iré a pedir licencia para ello. Lo que no pudiereis cumplir con la obra, suplidlo con buenas palabras, de manera que se entienda

vuestra buena voluntad. Esto es también lo que dice el Sabio (Eclo 6, 5): *Las palabras dichas con gracia y que muestran entrañas de amor, siempre han de abundar en el hombre bueno* y virtuoso, porque con eso se conserva mucho la caridad y unión de unos con otros.

Dice San Buenaventura que nos habemos de avergonzar de decir palabra áspera y desabrida, que pueda ofender o disgustar a nuestro hermano, aunque sea súbitamente y sea primer movimiento, y aunque la palabra sea muy liviana. Y si alguna vez aconteciere descuidarnos en esto, que luego habemos de procurar confundirnos y humillarnos y satisfacer a nuestro hermano, pidiéndole perdón.

De San Dositeo se cuenta que era enfermero y andaba con particular cuidado de no encontrarse con nadie, sino hablar a todos con mucha paz y caridad; pero como trataba con tantos, unas veces con el cocinero, sobre si se ha de poner aquí esta olla; otras con el despensero, porque no le daba lo mejor para los enfermos, o porque no se lo daba luego; otras con refilotero [curioso, entrometido], porque le llevaba algunas cosas del refectorio; algunas veces hablaba alto, y decía alguna palabra áspera y desabrida; y se confundía tanto cuando le acontecía esto, que se iba a su celda y postrado ten tierra se hartaba de llorar hasta que iba allá San Doroteo, su maestro, que lo entendía: ¿Qué es esto, Dositeo? ¿Qué has hecho? Él decía luego su culpa con muchas lágrimas: Padre, hablé con desdén a mi hermano. San Doroteo le reprendía muy bien la falta: ¿Esa es la humildad? ¿Vivo estás todavía? Después que le había reprendido, le decía: Ahora, levántate, que Dios te ha perdonado; comencemos de nuevo. Y dice que se levantaba con una alegría como si oyera de boca de Dios que le perdonaba, y tornaba a proponer de nuevo de nunca hablar a nadie con desabrimiento y aspereza.

Para que todos, así los que hacen los oficios de caridad como los que los reciben, se aprovechen, da San Basilio dos avisos breves y sustanciales. Pregunta el Santo: ¿Cómo haremos bien este oficio de servir a nuestros hermanos? Y responde: Si hacemos cuenta que sirviendo al hermano servimos a Cristo, pues Él dijo (Mt 25, 40): *De verdad os digo que lo que hicisteis con el menor de vuestros hermanos, conmigo lo hicisteis,* haced vos las cosas como quien sirve a Dios y no a hombres, y de esa manera las haréis bien, con buen modo y con buena gracia. Y pregunta luego: Y ¿cómo tengo yo de recibir el oficio que mi hermano me hace? Responde: Como cuando el señor sirve a su siervo, y como se sintió San Pedro cuando el Señor le qui-

so lavar los pies (Jn 13, 6)*: ¿Vos, Señor, me laváis a mí los pies?* De esta manera se ha de conservar por una parte, la humildad, así en los unos como en los otros: porque ni el uno se desdeñará ni se cansará de servir a su hermano, porque le mira como a hijo de Dios y hermano de Cristo, y hace cuenta que en él sirve al mismo Cristo; ni el otro se engreirá de que todos le sirvan; antes se confundirá y humillará más con esto, considerando que no es por él, sino por Dios. Y, por otra parte, se conservará y aumentará mucho la caridad de unos con otros por la misma razón.

CAPÍTULO 13

Cómo nos debemos haber cuando hubo algún encuentro o disgusto con nuestro hermano.

Pero, porque al fin somos hombres y no están todos siempre tan sobre los estribos, que no se descuiden alguna vez en decir alguna palabra áspera o desabrida, o en dar alguna ocasión de ofensión a sus hermanos, será bien que veamos cómo nos habemos de comportar entonces.

Cuando esto aconteciere, no habemos de responder al mismo tono áspera y desabridamente, sino ha de haber en nosotros virtud y humildad para llevarlo bien y saberlo disimular, no ha de ser tan pequeño el fuego de nuestra caridad, que gotitas de agua le apaguen; que por eso dice San Basilio que la llamó San Pablo caridad hermanable, para denotar que no ha de ser el amor ligero ni como quiera, sino señalado, fervoroso y fuerte (Heb 13, 1): [*La caridad fraterna dure siempre entre vosotros* (Rm 12, 10)*: amándoos unos a otros como hermanos*]. Mucho es de desear que nadie dé ocasión a su hermano, ni en obra ni en palabra, del menor disgusto del mundo; pero también es de desear que no sea uno tan de vidrio, ni tan niño y tierno en la virtud, que por una nonada luego *se* descomponga y hable alto y pierda la paz. Mejor sería que nadie reprendiese a otro, ni se entremetiese en oficio ajeno; pero cuando aconteciere que alguno se desmande en eso, no es razón que luego el otro le dé en rostro con ello, diciendo si tiene licencia para reprender, o que hay regla que ninguno se entremeta en oficio de otro; que eso no sirve sino de hacer algo lo que fuera nada callando y disimulando.

Cuando da una cosa dura con otra dura, suena y hace ruido; pero si lo duro da en blando, no se oye o se siente. Una bala de una culebrina vemos que deshace una torre de muy buena cantería y hace mucho ruido, y en unas sacas de lana se amortigua con aquella blandura y pierde su fuerza. Así, acá, *dice* Salomón (Prov 15, 1): *La respuesta blanda y suave quiebra y ataja la ira;* y por el contrario, *la respuesta áspera* y desabrida la despierta *y enciende más;* porque es echar leña al fuego, contra lo que dice el Sabio (Eclo 8, 4): [*No echarás leña en el fuego del hombre desbocado.*] No habéis de avivar ni cebar el fuego con vuestras respuestas, sino ha de haber tanta blandura y virtud en vos, que aunque alguna vez os digan alguna palabra dura y áspera, no haga ruido, ni se sienta, ni se eche de ver, sino que allí se hunda y amortigüe.

San Doroteo nos enseña un muy humilde modo de responder en estas ocasiones. Dice que cuando otro nos hablare ásperamente y nos reprendiere, y aun cuando nos dijere lo que no hicimos, que con todo eso respondamos con humildad, pidiéndole perdón, como si nosotros le hubiéramos dado ocasión, aunque no se la hayamos dado, y digamos: Perdóneme, hermano, y ruegue a Dios por mí. Y trae esto de uno de aquellos Padres antiguos, que lo aconsejaba así.

Si de esta manera andamos pertrechados, los unos por una parte con mucho cuidado de no ofender ni dar ocasión alguna de disgusto a nuestros hermanos, y los otros, por otra parte, muy apercibidos para sufrir y llevar bien cualquier ocasión que se ofreciere, viviremos con mucha paz y unión.

Pero cuando alguna vez faltareis en esto y aconteciere que tuvisteis algún encuentro con vuestro hermano, porque él se desmandó, y en vos no hubo tanta virtud y humildad que lo supieseis llevar y disimular, sino que dio duro con duro e hizo algún ruido, de manera que vos quedasteis ofendido y sentido de vuestro hermano, y él también de vos por la respuesta y retorno con que correspondisteis, entonces dice San Buenaventura que no ha de durar ese sentimiento con vuestro hermano, ni en el uno ni en el otro, sino que habéis de procurar satisfacerle y reconciliaros con él luego antes de comer, o a lo menos antes que os vais a acostar. Y trae para esto aquello de San Pablo (Ef 4, 26): *No se ponga el sol sobre vuestra ira,* acábese antes de la noche.

Y el modo de satisfacer y reconciliarse dice que ha de ser pidiéndose perdón el uno al otro. Y nuestro Padre nos avisa de esto mismo en las Constituciones: «No se ha de permitir, dice, ni dar lugar a que haya algún enojo o perturbación entre los nuestros; pero si alguna cosa de éstas acaeciese por nuestra flaqueza *e* instigación del enemigo, que anda siempre soplando y atizando el fuego de la discordia entre los hermanos, se ha de procurar que luego, con debida satisfacción, vuelvan a su primera hermandad y gracia.» Y entre otros avisos espirituales que andan de nuestro Padre, manuscritos, dice uno que en habiendo algo de esto, luego se pidan perdón el uno al otro: y ésta es la debida satisfacción que piden las Constituciones; con esa humildad se repara la quiebra de la caridad, como lo notó muy bien San Bernardo; y todos habemos de ser muy fáciles en pedir perdón y en perdonar, conforme a aquello del Apóstol (Cl 3, 13): [*Sufriéndoos unos a otros, y perdonándoos mutuamente si alguno tiene queja del otro*]*;* antes cada uno ha de procurar prevenir al otro en esto, no esperando ni consintiendo que *el otro le lleve* en eso la *corona* (Apoc 3, 1 l); porque el que comienza a dar de sí humillándose y yendo primero a pedir perdón, ése gana grande corona. Y así el más antiguo y el que tiene o había de tener más prendas de virtud y de mortificación, ha de procurar ser el primero en esto, ceder de su derecho, y no mirar en puntos, ni si soy yo el agraviado o tengo más razón. Cuando riñeron los pastores de Abrahán y de Lot, su sobrino, sobre el pasto de los ganados, luego Abrahán cedió de su derecho y dio a escoger a Lot, diciéndole (Gen 13, 8): [*Te ruego no haya discordia entre nosotros, entre mis pastores y los tuyos, pues somos hermanos: ahí tienes a la vista toda la tierra, apártate de mí, te ruego: si fueres a la izquierda, yo tomaré la derecha; si tú escogieres la derecha, yo me iré a la izquierda.*]

En las Crónicas de la Orden Cisterciense se cuenta de un monje que siempre que comulgaba le hacia el Señor tanto regalo, que le parecía, que recibía un panal de miel, y le duraba aquella suavidad y dulzura tres días. Le acaeció un día que reprendió a otro y fue algo demasiado, y se fue a comulgar sin reconciliarse con su hermano, y aquel día dice que sintió en su boca una amargura más que de hiel, porque no cumplió lo que manda Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Mt 5, 23): [*Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí se te acordases que tu hermano tiene alguna querella contra ti, deja la ofrenda a los pies del altar, y ve primero a reconciliarte con tu her-*

mano, y esto hecho, podrás volver a ofrecer tu don]. En lo cual se verá cuánto estima el Señor que se reconcilie uno luego con su hermano, pues aunque esté al pie del altar, quiere que se vuelva y se reconcilie con él, antes de ofrecer su ofrenda a Dios.

CAPÍTULO 14

De tres avisos que habemos de guardar cuando otro nos dio alguna ocasión de disgusto.

De lo dicho podemos colegir tres avisos que habemos de guardar cuando nuestro hermano nos ofendió o nos dio alguna ocasión de disgusto. El primero es que habemos de estar muy lejos de desear vengarnos. Todos somos hermanos y miembros de un mismo cuerpo, y ningún miembro herido del otro se vengó de él, ni hubo jamás muchacho tan loco, que porque se mordió la lengua, se sacase con enojo los dientes que hicieron el maleficio; de casa son, ya que se hizo un daño, no se hagan dos. Así habemos de decir nosotros cuando otro nos ofendiere: Mi cuerpo es; perdonémosle, no le hagamos ni deseemos mal; ya que hubo un daño, no haya dos en este cuerpo de la Religión (Rm 12, 17)*:* [*No volviendo a nadie mal por mal*]. No trato de venganza en cosa grave, porque acá, en la Religión, muy ajenos están y han de estar todos de eso; sino trato de cosas livianas, que le parece a uno que las puede desear y hacer sin pecado grave. Dice el otro: No deseé yo que le viniese mal a mi hermano; mas cierto, que le quisiera decir dos palabras que las sintiera y echara de ver que había hecho mal en aquello. Y el otro se huelga de la reprensión y de la penitencia que dan a aquel con quién tiene alguna tema. Y el otro tiene no sé qué contento o complacencia de que no le sucedió bien tal cosa, y de que quedó mortificado y humillado. Esa, venganza es, mala cosa es; este tal que ha perdonado de todo corazón; con algún escrúpulo dirá aquello de la oración del Paternóster (Mt t, 12): *Perdónanos, Señor, nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* En cierto modo, sería más esto *acá* entre nosotros, que en los del mundo desear venganza grave de sus enemigos. Dice el Sabio (Prov 24, 29): no deseéis a vuestro hermano otro tanto como él os hizo a vos, no digáis: *Como él se hubo conmigo, así me habré yo con él;* porque eso es desear Vengaros.

Lo segundo, no solamente habemos de estar lejos de desear género alguno de venganza del que os ofendió, sino guardarnos también de otra cosa, que a los del mundo parece lícita. Suelen decir los del mundo: Yo no quiero mal a Fulano, pero no me entrará más de los dientes adentro. Quedan allá en su corazón con una acedía y aversión con aquel que les injurió, que no le pueden tragar de allí adelante, como ellos dicen. En los seglares se tiene esto por malo, y aun algunas veces dudamos si han cumplido en rigor con la obligación del precepto; porque esto suele ser causa de que le quiten el habla y den algún escándalo. Pues ¿cuánto mayor falta sería, si acá, entre nosotros, hubiese algo de esto, y quedase en vuestro corazón alguna amargura o disgusto contra vuestro hermano, y que ya no le miraseis como antes (Gen 31, 2): [*Como ayer y antes de ayer*]*?* Esa es cosa muy ajena de Religión. [*Toda amargura de corazón, toda ira e indignación sea quitada de vosotros*], dice el Apóstol (Ef 4, -31). No ha de quedar en nosotros raíz ni rastro de amargura, ni de aversión. [*Sed unos para otros benignos, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como también Dios os perdonó por Cristo.*]

Hemos de ser muy benignos unos con otros, y muy misericordiosos, y muy fáciles en olvidar las injurias, y esto muy de corazón: ¿sabéis qué tan de corazón dice San Pablo? (Cl 3, 13): *Como Dios nos perdona a nosotros.* Mirad cuán de corazón nos perdona Dios, cuando nos arrepentimos y le pedimos perdón de nuestros pecados: no le queda a Dios enojo ni ojeriza ninguna ni queda rostrituerto con nosotros, sino amigos como de antes; así nos quiere y ama Dios, como si nunca le hubiéramos ofendido, y no nos da en rostro con los pecados pasados, ni se acuerda más de ellos (Heb 10, 17): [*Nunca más me acordaré de sus pecados e iniquidades.* (Miq 7, 19): Y *arrojará en el profundo de la mar todos nuestros pecados*]. Pues de esa manera habemos de perdonar nosotros, y de esa manera nos habemos de olvidar de las injurias, no ha de quedar en nosotros aversión ni ojeriza alguna con nuestro hermano, sino como si nunca nos hubiera ofendido ni hubiera pasado nada entre nosotros. Si queréis que Dios os perdone a vos de esta manera, perdonad vos también así a vuestro hermano, y si no, temed lo que dice Cristo nuestro Redentor, en el Evangelio (Mt 18, 35): *Así se habrá mi Padre celestial con vos, como vos os hubiereis con vuestro hermano* (Lc 6, 37): *Perdonad y seréis perdonado: con la medida que midiereis a otros, con ésa seréis medido.*

Lo tercero, con que se declara más lo pasado, dice San Basilio, que así como no habemos de tener afición particular a ninguno, porque esas amistades particulares son causa de muchos inconvenientes, como después diremos, así tampoco habemos de tener aversión con ninguno, porque esas aversiones son también causa de muchos inconvenientes. Y ¿qué mayor inconveniente, que si (lo que Dios no quiera) se nos entrase acá este lenguaje: «Fulano no se lleva bien con fulano; después que sucedió tal cosa, no se tratan como solían; anda torcido con él, están encontrados»? Encuentros son ésos que bastan para dar en tierra con la Religión. Porque si en esto quiere Cristo nuestro Redentor, que *nos conozcan por discípulos suyos, en que nos amamos unos a otros* (Jn 13, 35), el que no tuviere esto, sino, lo contrario, no será discípulo de Cristo ni buen religioso.

Pues para remedio de esto, así como cuando sentís alguna afición particular a alguno, habéis de procurar con diligencia desecharla para que no se arraigue en vuestro corazón ni se enseñoree de él; y particularmente avisan los maestros de la vida espiritual que es menester entonces tener mucha cuenta con que no salga a luz esa voluntad y afición particular, ni se muestre en las obras, ni la pueda entender ni echar de ver nadie, porque eso es lo que suele escandalizar y ofender mucho; así también, cuando sintiereis alguna aversión o disgusto contra alguno, lo habéis de procurar desechar luego con mucha diligencia, para que no prenda ni eche raíces en vuestro corazón. Y particularmente habéis de procurar que en ninguna manera se pueda echar de ver en las obras que tenéis esa aversión o tentación, porque eso es lo que puede causar mucha ofensión y muchos inconvenientes.

Y no solamente habéis de procurar que no puedan echar de ver eso otros, sino que él mismo no lo pueda echar de ver. Entiéndase esto bien con el mismo ejemplo en que vamos. Así como hay algunos, que la afición particular que tienen a alguno, procuran que no la echen de ver los otros, por evitar la nota y escándalo que en eso podían dar; pero al mismo a quien tienen la afición se la dan a entender en muchas cosas, unas veces claramente, otras disimuladamente, lo cual es muy malo y pernicioso; así también hay algunos que, aunque se guardan que otros echen de ver que están sentidos con su hermano por evitar la nota y escándalo que en eso podían dar; pero al que les ofendió se lo muestran en el semblante y en el trato, retirándose de ellos y no tratándoles como antes, y mostrándose severos y

graves con ellos en ocasiones que se ofrecen y de propósito quieren que el otro eche de ver que están sentidos por lo que hizo; y esto es también muy malo, porque es un género de venganza que toman de su hermano. De todas estas cosas nos habemos de guardar mucho.

Para esto, así como cuando tenemos alguna tentación, aconsejan los Santos que por razón de peligro andemos más prevenidos y con más cuidado, para que no nos lleve tras sí la tentación y nos haga hacer alguna cosa conforme a ella, así también cuando sintiereis en vos alguna aversión o algún disgusto o desabrimiento con alguno, habéis de andar más prevenidos y en más recato, para que no os lleve tras sí aquella aversión o disgusto, y os haga salir en alguna palabra, u obra que muestre el sentimiento y tentación que tenéis, y deis ocasión de ofender a vuestro hermano; antes, entonces, habéis de procurar de esforzaros más a hacerle buenas obras, rogando a Dios por él, y hablando bien de él, y ayudándole en todo lo que se ofreciere, conforme al consejo del Evangelio (Mt 5, 44) y a lo que dice el Apóstol San Pablo, que con hacer bien se ha de vencer y sobrepujar el mal. Eso será *echar sobre la cabeza* de vuestro hermano *brasas de amor* y de caridad (Rm 12, 20).

Cuenta Tomás de Kempis de un sacerdote siervo de Dios y compañero suyo en el mismo monasterio, que yendo a otro convento a cierto negocio, se encontró en el camino con un hombre lego, con el cual se fue hablando familiarmente y vinieron a tratar cosas de Dios, entre estas pláticas vino el lego a decir que le quería descubrir cierta cosa que en otro tiempo le había acaecido, y fue, que habiendo mucho tiempo que cuando oía misa no podía ver jamás el Santísimo Sacramento en las manos del sacerdote, y entendiendo que esto era porque estaba muy apartado y que con su flaca vista no alcanzaba a poderlo ver, se llego al altar y al sacerdote que celebraba, pero que con todo eso no vio más así que así, y que esto le duró por más de un año. Y como se hallase perplejo y confuso, no sabiendo la causa de esto, dice que volviendo en sí, determinó de comunicar esto en confesión con un buen sacerdote, el cual, después de haberle examinado con prudencia, halló que este dicho hombre estaba enemistado con un prójimo suyo por cierta injuria que de él había recibido, la cual por ninguna cosa había querido perdonar; y considerando el buen confesor la malicia y dureza del corazón de ésta parte reprendiéndole, parte amonestándole, dándole a entender el gran peligro en que estaba, y que si de corazón no perdonaba

las injurias, que era por demás pensar alcanzar perdón de sus pecados, y que ésta había sido la causa por que no podía ver el Santísimo Sacramento. Oyendo esto, compungido en su corazón y obedeciendo al consejo del buen confesor, perdonó a su enemigo, y acabada su confesión y recibida la penitencia y absolución, entró en la iglesia y oyó misa, y vio sin dificultad alguna el Santísimo Sacramento; y en acción de gracias no se hartaba de bendecir al Señor por este beneficio y por los demás que maravillosamente obra con sus criaturas.

CAPÍTULO 15

De los juicios temerarios; declárase en qué consiste su malicia y gravedad.

¿Y *vos,* dice el Apóstol San Pablo (Rm 14*,* 10), *cómo os atrevéis a juzgar a vuestro hermano y a menospreciarle* y desestimarle en vuestro corazón? Entre otras tentaciones con que el demonio, enemigo de nuestro bien, nos suele hacer guerra, una, y muy principal, es trayéndonos juicios y sospechas contra nuestros hermanos, para que quitándonos la estima y buena opinión que de ellos tenemos, nos quite juntamente el amor y caridad, o a lo menos nos haga entibiar y resfriar en ella. Por la misma razón habemos nosotros de procurar resistir con mucha diligencia a esta tentación y tenerla por muy grave, por tocarnos en una tecla tan principal como es la caridad. Así nos lo avisa San Agustín: Si queréis conservaros en amor y caridad con vuestros hermanos, ante todas cosas es menester que os guardéis mucho de juicios y de sospechas, porque ése es el veneno de la caridad. San Buenaventura dice: Pestilencia oculta y secreta, pero gravísima, que echa lejos de sí a Dios y destruye la caridad de los hermanos.

La malicia y gravedad de este vicio consiste en que infama uno a su prójimo consigo mismo, despreciándole y teniéndole en menos, y dándole bajo e injurioso lugar en su corazón por indicios livianos y no bastantes para eso; en lo cual hace agravio e injuria a su hermano, y tanto será mayor la culpa de esto cuanto la cosa de que le juzga fuere más grave, los indicios más insuficientes. Entiéndase bien la gravedad de esta culpa por otra semejante: si acerca de otro despreciaseis vos a vuestro hermano, haciendo que otro perdiese la

estima y buena opinión que tenía de él, infamándole, bien se ve que sería pecado grave. Pues ese mismo agravio e injuria le hacéis en quitarle sin causa y sin indicios bastantes para ello la estima y buena opinión que de él teníais; porque, tanto estima vuestro hermano tener buena reputación con vos, como con el otro. Y por sí echará cada uno bien de ver la injuria y agravio que en esto hace sí su prójimo. ¿No os agraviaríais vos de otro os tuviese por tal, sin haber dado causa bastante para ello? Pues ese agravio hacéis al otro en juzgarle por tal. Medidlo por vos, que ésa es la medida de la cariad con nuestro prójimo, y de la justicia también. Se ha de advertir aquí que una cosa es tener tentación de juicios, y otra ser vencido de la tentación de ellos. Como solemos decir en las demás tentaciones, que una cosa es tener tentaciones deshonestas, y otra ser vencido y consentir en ellas, y decimos que no está el mal en lo primero, sino en lo segundo; así aquí no está el mal en ser uno molestado de pensamientos de juicios, aunque mejor sería que tuviésemos tanta caridad y amor a nuestros hermanos y tanta estima de ellos y tanto conocimiento propio de nuestras faltas, que no se nos levantase el pensamiento a mirar ni a pensar en faltas ajenas. Pero al fin, como dice San Bernardo, no está la culpa en el sentimiento, sino en el consentimiento y en ser vencido de la tentación. Y entonces es uno vencido de la tentación de los juicios, cuando se determina y consiente en ellos, y por ellos pierde la buena estima y reputación que tenía de su hermano, y le tiene en menos, conforme a las palabras dichas del Apóstol. Y en tal caso, cuando se confesare, no ha de decir que le han venido juicios contra su hermano, sino que ha consentido en ellos y sido vencido en esta tentación.

Y avisan aquí los teólogos que se ha de guardar uno mucho de decir a otro el juicio o sospecha mala que le vino de su prójimo, porque no sea causa de que el otro tenga el mismo juicio y sospecha, o se confirme en la que ya por ventura le había venido; porque es tan mala nuestra inclinación, que más fácilmente creemos lo malo de otro, que lo bueno. Y aun confesándose, advierten que no ha de declarar uno la persona contra la quien le vino el juicio, así como la persona de quien se ofendió por tal o tal cosa que hizo, porque no engendre con eso en el confesor alguna mala sospecha o menos estima de él. Tanto es el recato y cuidado que los doctores y los santos quieren que tengamos con el honor y buena opinión de nuestro prójimo. Y ¿queréis vos, por unos indicios livianos y ligeros, quitarle la

estima y reputación que tenía con vos, y que tiene derecho natural a tener con todos mientras sus obras no dieren suficiente testimonio de lo contrario?

Fuera de la injuria y agravio que en esto se hace al prójimo, contiene en sí este vicio otra malicia e injuria grave contra Dios, que es usurpar la jurisdicción y juicio, que es propio de Dios, contra aquello que Cristo nuestro Redentor, dice en el Evangelio (Lc 6*,* 37)*:* [*No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados*]. Dice San Agustín que prohíbe aquí los juicios temerarios, cuales son: juzgar la intención del corazón u otras causas inciertas y ocultas, porque reservó Dios para sí el conocimiento de esta causa, y así manda que no nos entremetamos nosotros en ella.

El Apóstol San Pablo declara esto más en particular escribiendo a los Romanos: *¿Quién sois vos, que os atrevéis a juzgar al siervo ajeno?* [*En el acatamiento del Señor está cada uno en pie o caído*] (Rm 14*,* 4) Juzgar es acto de superior; ese hombre no es vuestro súbdito; dueño tiene, que es el Señor, dejadle a él que le juzgue, no usurpéis vos la jurisdicción de Dios (1 Cor 4*,* 5)*:* [*No juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual alumbrará lo escondido de las tinieblas, y manifestará los designios de los corazones y entonces cada uno tendrá de Dios su alabanza*]. Esa es la razón que da el Apóstol para que no juzguemos, porque son cosas inciertas y ocultas que pertenecen al juicio de Dios, y así el que se entremete en juzgar esas cosas, usurpa la jurisdicción y juicio de Dios.

En las *Vidas de los Padres* se cuenta de uno de aquellos monjes, que por algunos indicios que vio u oyó, juzgó mal de otro monje, y luego oyó una voz del Cielo que le dijo: Los hombres se han alzado con mi juicio y se han entremetido en jurisdicción ajena. Y si esto decimos, y lo dicen los Santos, aun de las cosas que tienen alguna apariencia de mal, ¿qué será de los que aun las cosas de suyo buenas echan a mala parte, juzgando que se hacen con mala intención y por respetos humanos? Eso es más propiamente usurpar la jurisdicción y juicio de Dios; pues aun dentro de los corazones de los hombres quieren entrar y juzgar las intenciones y pensamientos ocultos, que es propio de Dios. [*Os habéis hecho jueces dando sentencias inicuas*]*,* dice el Apóstol Santiago (2, 4); y el Sabio dice que se quieren hacer adivinos, juzgando lo que no saben ni pueden saber (Prov 23.7): [*A semejanza de adivino y conjeturador juzga lo que ignora*]*:*

CAPÍTULO 16

De las causas y raíces de donde proceden los juicios temerarios, y de sus remedios.

La primera raíz de donde suelen nacer los juicios temerarios es la que lo es de todos los males y pecados, que es la soberbia: pero particularmente lo es de éste. Nota aquí San Buenaventura una cosa digna de consideración: dice que la gente que se tiene por espiritual suele ser más tentada que otra en esto de juzgar y calificar a otros, que parece quieren cumplir lo que el Apóstol San Pablo dijo en otro sentido (1 Cor 2, 15)*:* [*El varón espiritual juzga todas las cosas*]*.* Les parece a éstos que ven en sí dones de Dios, y habiendo de ser con eso más humildes, se desvanecen con ellos y piensan que son algo, y a respecto suyo tienen en poco a los otros, cuando los ven que andan menos recogidos o más ocupados y divertidos en cosas exteriores, y de aquí les viene un espíritu reformativo de vidas ajenas, olvidándose de sí mismos.

Dicen los Santos que la simplicidad es hija de la humildad, porque el verdadero humilde tiene los ojos abiertos solamente para ver sus faltas, y cerrados para ver las de sus prójimos, y halla en sí siempre tanto que mirar y que llorar, que no se le levantan los ojos ni el pensamiento a mirar faltas ajenas. Y así, si uno fuese verdadero humilde, lejos estaría de esos juicios. Por lo cual dan los Santos este remedio por muy importante, así para esto como para otras muchas cosas, que traigamos los ojos abiertos solamente para ver nuestras faltas, y cerrados para ver las faltas de nuestros prójimos, y que no seamos como los hipócritas que reprende Cristo en el sagrado Evangelio (Mt 7, 3), que ven la paja en los ojos de su vecino, y no ven la viga que traen atravesada en los suyos. Porque el traer siempre los ojos en nuestros propios defectos, trae consigo grandes bienes y provechos: trae humildad y confusión, trae grande paz y sosiego. Pero el andar mirando defectos ajenos trae consigo grandes males e inconvenientes; como son soberbia, juicios temerarios, indignación contra mi hermano y desestima de él, desasosiegos de conciencia, celos indiscretos, y otras cosas que turban el corazón. Y si alguna vez viereis algún defecto en vuestro prójimo, dicen los Santos, sea para sacar fruto de ello.

San Buenaventura enseña un buen modo para esto; diré: Cuando viereis en vuestro hermano alguna cosa que os desagrada, antes que le juzguéis, volved los ojos adentro, y mirad si hay en vos alguna cosa digna de reprensión; y si la hay, tornad la sentencia contra vos mismo y condenaos en aquello en que queríais condenar al otro, y decid con el Profeta (2 Sam 24,17): [*Yo soy el que pequé, yo el que hice la maldad*]*.* ¡Yo soy el malo y el perverso, que no merecía besar la tierra que el otro pisa, y me atrevo a juzgarle! ¿Y qué tiene que ver aquello que yo veo en mi hermano, con lo que yo sé de mí? San Bernardo enseña otro modo muy bueno, que podemos tener en esto: Si viereis alguna cosa en otro, que os desagrada, volved luego los ojos a vos y mirad si tenéis aquello, y quitadlo. Y cuando veis alguna cosa en vuestro hermano que os agrada, volved también los ojos a vos y mirad si tenéis aquello, y si lo tenéis, procurad conservarlo, y si no lo tenéis, procurad alcanzarlo. De esta manera, de todo sacaremos provecho.

Santo Tomás pone otras raíces de estos juicios.; Dice que suelen nacer algunas veces de tener uno maleado el corazón, y por lo que él ha hecho o haría, juzga a los demás, conforme a aquello del Sabio (Ecl 10*,* 3)*:* [*El necio que va siguiendo su camino, como él! es un insensato, tiene por tales a todos los demás*]*.* Que es, en buen romance, lo que dice el refrán: Piensa el ladrón que todos son de su condición. Así, como cuando uno mira por un vidrio azul, todo le parece azul, y si mira por un vidrio colorado, todo le parece colorado; así, al malo y al imperfecto todo le parece malo, y todas las cosas echa a mala parte, porque las mira por vidrio de esa misma calidad; porque él hace las cosas de aquella manera y por aquellos fines y respetos, piensa que así las hacen los demás. A éstos les cuadra bien aquello que dice San Pablo (Rm 2*,* 1)*: A vos mismo os condenáis en esos juicios, pues hacéis aquello que juzgáis.* El que es bueno y virtuoso siempre, echa las cosas a la mejor parte, aunque haya algunos indicios que hagan la cosa dudosa, y el echarlas a la peor parte no es buena señal.

Dice San Doroteo que así como el que tiene buena complexión y buen estómago, aun el manjar malo convierte en buena sustancia; y, por el contrario, el que tiene mala complexión y mal estómago, el buen manjar convierte en mal humor, así es también en esto, que el que tiene buena alma y trata de virtud, todo lo convierte en bien, todo

lo echa a buena parte; pero el que no trata de virtud, todo lo convierte en mal humor, echando las cosas a mala parte.

Añaden más los Santos; que aun cuando lo que se ve, fuese claramente malo, aunque no es pecado juzgar por malo lo que de cierto lo es; pero que entonces se ha de echar de ver la virtud y perfección de uno, procurando excusar a su prójimo en cuanto pudiere. Dice San Bernardo: Si no podéis excusar la obra, excusad la intención; pensad que fue alguna inconsideración o ignorancia; pensad que debió de ser olvido natural; pensad que fue algún súbito y primer movimiento. Si amásemos al prójimo como a nosotros mismos y le mirásemos como a otro yo, pues [que el amigo es otro yo], no nos faltarían modos y maneras para excusarle. ¡Oh, cómo se excusa el hombre a sí mismo! ¡Cómo se defiende! ¡Cómo disminuye y aligera sus culpas! Así haríamos con nuestro prójimo, si le amásemos como a nosotros mismos.

Y cuando la falta es tan evidente y culpable, que no da lugar a excusa, dice San Bernardo, pensad que fue muy grave y vehemente la ocasión y tentación que tuvo, y decid dentro de vuestro, corazón: Si aquella tentación me combatiera a mí con tanta fuerza como combatió a aquél, y el demonio tentador tuviera tanto poder para tentarme a mí como tuvo para tentar a aquél, ¿qué fuera de mi? De nuestro B. Padre Ignacio leemos que cuando la obra era tan evidentemente mala, que no daba lugar a excusa, ni tenía otra salida, suspendía su juicio, y se asía a la Escritura y decía (1 Cor 4, 5)*: No queráis juzgar antes de tiempo; y* a aquel otro dicho del Señor a Samuel (1 Sam 16, 7)*: Dios sólo es el que mira los corazones; y* a aquello de San Pablo (Rm 14, 4)*: En el acatamiento del Señor está cada uno en pie o caído.*

Otra raíz de esto y muy principal pone Santo Tomás (1. c.): dice que muchas veces suelen nacer los juicios de tener uno alguna aversión, alguna envidia o emulación con aquel a quien juzga; porque esto indica mucho a que le parezcan mal sus cosas, y a que las eche a la peor parte, por livianos indicios que haya, porque fácilmente cree uno aquello que desea. Esto se ve bien por el contrario, porque cuando uno, tiene mucho amor a otro, luego le parecen bien todas sus cosas, y está tan lejos de interpretar y echarlas a mala parte, aunque las vea no tales, que antes las excusa y aligera (1 Cor 13, 5): [*La caridad no piensa mal*]. Una misma falta y unos mismos indicios, ¡cuán diferente viso hacen en aquel que amáis, y en aquel a quien tenéis alguna aversión! Cada día experimentamos esto; que las co-

sas de éste os dan en rostro, y hará otro por ventura más que eso, y no os ofende ni reparáis en ello.

Lo uno y lo otro dijo muy bien el Sabio (Prov 10, 12): *El odio despierta rencillas; sin embargo, la caridad, por, el contrario, todo lo cubre y hace que no se echen de ver las faltas. Y* así, el juzgar es falta de amor. De ahí es también que aun lo que no es falta en nuestro hermano, nos da muchas veces en rostro: sus meneos, sus pláticas, su modo de proceder y aun algunas veces lo que es virtud. De donde se sigue que así como la simplicidad ayuda mucho para conservar la caridad de unos con otros, así también la caridad ayuda mucho para que haya simplicidad: se dan la mano estas dos virtudes como buenas hermanas.

Nos ayudará también mucho a esto considerar atentamente la astucia y malicia del demonio, que nos quiere quitar la estima y consiguientemente el amor de nuestros hermanos por unas cosillas que algunas veces no son faltas, y si lo son, son tan livianas, que no pueden carecer los hombres de semejantes faltas, porque en esta vida no hay hombre que no tenga faltas y pecados veniales. Dice el Apóstol y Evangelista San Juan en su primera Canónica (1, 8): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos y no decimos verdad. Y* el Sabio dice (Prov 24, 16): *Siete veces caerá el justo,* quiere decir muchas veces, y no por eso deja de ser justo. Pues por lo que uno no deja de ser justo ni pierde un punto de la gracia de Dios, no es razón que pierda con vos, porque el verdadero amor de caridad no está preso de alfileres, ni está fundado en palillos, como las amistades del mundo, que se pierden por cualquier niñería, y por sólo que no hicisteis un cumplimiento con vuestro amigo. El amor de caridad está fundado en Dios, que no puede faltar; pues imitemos aquellas entrañas y condición de Dios, que no nos deja de querer y amar, aunque estemos tan llenos de faltas e imperfecciones y de pecados veniales como estamos; ni se disminuye por eso un punto de su amor. Dios me sufre a mí tantas faltas e imperfecciones, y yo no puedo sufrir una falta pequeña de mi hermano, sino que luego me da en rostro y me enfada, y quedo amargado y desabrido con él. Muestra dais en eso que no es vuestro amor puro, de caridad y por Dios, porque si lo fuese, lo que no enoja a Dios, no os había de enojar y disgustar a vos. Lo que no enoja a nuestro dueño y Señor, no es razón que enoje a sus siervos y criados. Aquél es hijo de Dios, y muy querido y amado tuyo; pues si Dios le ama y estima, razón es

que también vos le améis y le estiméis (1 Jn 4, 11): *Carísimos, pues Dios nos amó tanto, nosotros también nos habemos de amar unos a otros.*

Se añade a esto una doctrina de San Gregorio, y es común de los Santos. Dicen que algunas veces Dios, nuestro Señor, a los que da grandes dones, les niega otros menores, y los deja con algunas faltas e imperfecciones por alta y secreta dispensación y providencia suya, para que viendo que desean y procuran quitar un mal siniestro y una mala condición que tienen y que nunca acaban, sino que proponiendo tantas veces, con todo eso faltan, anden siempre humillados y confundidos, y entiendan que menos podrían de sí las cosas mayores, pues no pueden las menores. De manera que puede uno, por una parte, tener mucha virtud y mucha perfección y ser santo, y por otra, tener juntamente con eso algunas faltas e imperfecciones que le ha dejado Dios para ejercicio suyo, y para que con eso se conserve con humildad en los dones que tiene.

Pues de aquí habemos de sacar para nuestro propósito que no debemos juzgar ni desestimar a nadie por tener algunas faltas de éstas, ni estimaros ni preferiros vos, por pareceros que no tenéis aquellas faltas: acordaos de esto que dice San Gregorio: que aquél con aquello puede ser perfecto, y vos sin ello podéis ser imperfecto; y de esa manera conservaréis en vos, por una parte, la humildad, y por otra, la estima y amor de vuestro hermano y el no juzgarle ni tenerle en menos por aquello.

CAPÍTULO 17

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En las VIDAS DE LOS PADRES, se cuenta del abad Isaac que viniendo un día de la soledad en que vivía a una congregación de monjes, juzgó mal de uno, teniéndole por digno de pena, porque vio en él algunos indicios de poca virtud. Yendo después de vuelta hacia su celda, halló a la puerta de ella un ángel en pie que le impedía la entrada, y preguntándole el santo abad la causa, respondió el ángel que el Señor le había enviado para que le dijese dónde quería o mandaba que echase aquel monje, a quien él ya había juzgado y condenado. Entonces el abad, conociendo su culpa, pidió al Señor perdón.

El ángel le dijo que el Señor le perdonaba por entonces, y que para adelante se guardase mucho de hacerse juez ni dar sentencia contra nadie, antes que el Señor, que era juez universal, juzgase.

Cuenta San Gregorio de Casio, obispo Narmense, gran siervo de Dios, que era naturalmente muy dorado y encendido de rostro. Viéndole Totila, rey de los godos, juzgó que aquello era de beber bien. Pero el Señor tuvo cuidado de volver luego por la honra de su siervo, permitiendo que el demonio entrase de repente en un criado suyo, el que llevaba su estoque, y que le atormentase delante del rey y de todo su ejército. Llevaron el endemoniado al Santo, y haciendo sobre él oración y la señal de la cruz, le libró luego del demonio; por lo cual el rey mudó su juicio, y le tuvo en mucho de allí adelante.

En las VIDAS DE LOS PADRES, se cuenta que había dos monjes muy santos y muy hermanos, a los cuales nuestro Señor había hecho esta gracia: que cada uno de ellos veía en el otro la gracia de Dios que en él moraba, por alguna señal visible, que allí no se dice cuál era. Salió uno de ellos un viernes por la mañana fuera de la celda, y vio a un monje comiendo, y como le viese, sin más examinar la necesidad o causa que tenía para comer tan de mañana, le dijo: ¿Pues cómo a esta hora comes siendo hoy viernes?, pareciéndole aquello falta en el otro. Cuando volvió a la celda se entristeció mucho el monje compañero, porque no vio en él la señal que solía de la gracia de Dios y le dijo: Hermano, ¿qué has hecho después que saliste? El respondió que no sabía de sí que hubiese hecho algún mal. Le replicó entonces el compañero: ¿Has por ventura hablado alguna palabra ociosa? Él luego se acordó de lo que había dicho y juzgado del otro monje, le contó lo que pasaba y ayunaron ambos dos semanas en penitencia de aquella culpa, y, pasadas, vio la señal que solía.

En las Crónicas de San Francisco se refiere una visión maravillosa que mostró el Señor a fray León, uno de los compañeros de San Francisco. Veía gran número de frailes menores en procesión, muy resplandecientes y hermosos, entre los cuales vio uno más glorioso, de cuyos ojos salían rayos más resplandecientes que los del sol, y eran tan claros y hermosos, que no le podía mirar al rostro. Y preguntado el santo fray León quién era aquel fraile de tan claros y resplandecientes ojos, le fue respondido que era fray Bernardo de Quintaval, primer compañero de San Francisco; y que tener los ojos con tanta luz y resplandor era porque siempre juzgaba a la mejor

parte cuanto veía en los otros, y tenía a todos por mejores que a sí. Cuando veía a los pobres y remendados, decía: Estos guardan mejor la pobreza que tú; y los juzgaba como si voluntariamente prometieran y quisieran aquella pobreza. Y cuando veía a los ricos y bien vestidos, decía con mucha compunción: Por ventura, ésos traen cilicios debajo, y secretamente castigan su carne, y exteriormente se visten de esta manera por huir la vanagloria, y así puede ser quo sean mejores que tú; que por esta sencillez de ojos le daba el Señor aquella particular gloria en ellos. Esto habemos nosotros de imitar. Dice San Doroteo: Cuando entráis en la celda de otro y lo veis todo descompuesto, o al hermano que anda desaliñado, decid allá en vuestro corazón: ¡Oh dichoso y bienaventurado hermano, que todo anda embebido en Dios, y así no mira en estas cosas!; y cuando le viereis muy compuesto y aseado, decid: Así tiene el alma.

En las mismas Crónicas se cuenta que predicando San Francisco por Italia, halló en un camino un hombre pobre y muy enfermo, del cual, habiendo piedad y compasión, comenzó a hablar con su compañero con palabras compasivas de la enfermedad y pobreza de aquel pobre; y el compañero dijo: Hermano, verdad es que éste parece muy pobre; mas por ventura será más rico en los deseos, que cuantos hay en esta tierra. Le reprendió luego San Francisco de esta palabra y temerario juicio muy ásperamente, diciendo: Hermano, Si quieres andar en mi compañía, has de hacer la penitencia que yo te diré, por este pecado contra tu prójimo. El fraile se ofreció con mucha humildad y conocimiento a toda penitencia, y le mandó el Padre San Francisco que se despojase, y desnudo se echase a los pies de aquel pobre, y confesase que había pecado murmurando contra él, y le pidiese perdón y que rogase por él a nuestro Señor. Y el compañero cumplió luego muy enteramente la penitencia que le fue impuesta.

Del mismo San Francisco se cuenta allí que estando él ciego un tiempo por la enfermedad de los ojos, causada de muchas y continuas lágrimas, fue a buscar a fray Bernardo para consolarse con él hablando de Dios, porque tenía gracia especial de hablar de Dios, y por eso muchas veces gastaban toda la noche hablando en cosas espirituales y del Cielo. Llegando a la celda, que era apartada en la montaña, estaba fray Bernardo arrebatado en oración, y el santo varón le llamó de junto a la celda, diciendo: Fray Bernardo, ven a ha-

blar a este ciego. Mas, como estaba todo suspenso en Dios, ninguna cosa oía, ni respondía el Santo. Y pasado algún intervalo, le tornó a llamar otra vez: Hermano Fray Bernardo, ven a consolar a este pobre ciego. Como fray Bernardo no respondiese, se tornó San Francisco muy triste y murmurando entre sí que fray Bernardo, llamado muchas veces, no le había querido responder. Yendo así el Santo quejándose por el camino y confuso, se apartó del compañero y se puso en oración sobre esta duda, de cómo fray Bernardo no le respondía, y luego oyó la respuesta de Dios, que le reprendió y le dijo: ¿Por qué te turbas, hombrecillo? ¿Es, por ventura, razón que deje el hombre a Dios por la criatura? Fray Bernardo, cuando tú le llamabas, estaba conmigo y no consigo; por tanto, no podía venir a ti ni responderte alguna cosa, porque no te oía. Y luego el santo Padre se tornó a fray Bernardo muy aprisa para acusarse y recibir de él penitencia de aquel pensamiento. Y hallándole que salía de oración, se echó a sus pies diciendo su culpa y dándole cuenta de la reprensión que el Señor le había dado; y mandó a fray Bernardo por obediencia que hiciese en él por penitencia lo que él le mandase hacer; mas recelando fray Bernardo que le mandase el Santo hacer alguna cosa de extremo en humildad, como lo solía hacer en su propio menosprecio y castigo, queriendo por algunas razones excusarse, dijo: Dispuesto estoy, Padre, para hacer lo que me mandares, con tanto que prometas también tú de hacer lo que yo te dijere; de lo cual el santo Padre fue contento, como el que estaba más pronto para obedecer que para mandar.

Entonces dijo el Santo: Por santa obediencia te mando que, para castigo de mi presunción, estando yo postrado en tierra, pongas tus pies el uno sobre mi pescuezo y el otro sobre mi boca, y así pases tres veces sobre mí pisándome el pescuezo y la boca, diciendo las palabras que yo merezco: Está ahí, en tierra, villano, hijo de Pedro Bernardón; ¿de dónde te vino tanta soberbia, siendo tú tan bajo y tan vil? Oyendo esto fray Bernardo, estuvo en duda de hacerlo; mas por la obediencia y por no enojar al santo Padre, lo hizo con la mayor reverencia que pudo. Esto hecho, dijo San Francisco: Ahora manda tú lo que quisieres por santa obediencia. Dijo fray Bernardo: por santa obediencia te mando que cuando ambos estuviéremos juntos, me reprendas de mis defectos muy ásperamente. Quedó el Padre San Francisco con esto muy penado, porque le tenía en mucha reverencia por su santidad, y de allí en adelante no estaba el Santo mucho tiempo, con fray Bernardo, por no tener ocasión de reprender tan

santa alma; mas cuando le iba a ver o a oír hablar de Dios, brevemente se despedía de él.

Cuenta Surio que una vez vino el sacerdote de la iglesia a visitar al santo abad Arsenio, que estaba enfermo: le halló sobre una alfombra y a la cabecera una almohada. Venía con el sacerdote un monje viejo el cual, hallando así a Arsenio, comenzó a desedificarse, pareciéndole que era aquello mucho regalo para un hombre que decían ser tan santo, no conociendo quién era Arsenio. Entonces el sacerdote, que era prudente, apartó un poco al viejo y le preguntó: Te ruego, Padre, que me digas cuál, era tu vivienda antes que fueras monje. Él respondió que era muy pobre y que no tenía hacienda ni vivienda particular. Entonces le replicó el sacerdote: Pues sabe que Arsenio, antes que fuese monje, era persona muy regalada y principal, ayo de los príncipes, y que rodaba el oro en su casa; y un hombre tal como éste, haber dejado todo eso, y venir a esta pobreza y humildad ya ves si es de admirar, mucho regalo para un hombre criado en tanta abundancia, y ahora viejo y enfermo, la alfombra y almohada que tiene. Quedó con eso confundido y convencido el viejo.

Casiano cuenta del abad Maquete que tratando y enseñando que no habíamos de juzgar a nadie, contaba de sí que había él juzgado a los monjes particularmente de tres cosas. La primera era que algunos monjes se les hacía en lo interior de la boca una hinchazón que les daba mucha pena, y ellos por librarse de ella se la curaban y hacían abrir, lo cual juzgaba él por falta y poca mortificación. La segunda, que algunos, aflojando un poco en el rigor de la vida áspera que hacían, por alguna necesidad que tenían, usaban de una manta hecha de pelos de cabra para acostarse sobre ella o cubrirse, y juzgaba él quo era esto demasiado regalo y contra el rigor que como monjes debían guardar. La tercera, que venían hombres seglares, y movidos de devoción, pedían a los monjes que les diesen aceite bendito, y ellos lo bendecían y se lo daban; y le parecía a él que esto era mucha presunción y dar a entender que eran santos. Y confiesa él mismo que en castigo de estos juicios culpables Dios le había dejado caer en todas estas tres cosas, y que había hecho lo mismo que condenaba en los otros; porque él tuvo la hinchazón de la boca, compelido del gran dolor y tormento que le causaba y de la amonestación de los mayores, se la curó e hizo abrir; y por necesidad de esta misma enfermedad usó de la dicha manta; y constreñido de la grande instancia e importunación de los seglares, les dio también el

aceite bendito. Y concluye, amonestando a todos con su ejemplo, que teman y huyan con gran cuidado este vicio, diciendo que vendrán a caer en lo mismo que juzgaren, como a él le aconteció.

Cuenta Anastasio, abad del monasterio del Monte Sinaí, que floreció en la sexta sínodo, que hubo en su monasterio un monje que no acudía tanto a las cosas de la comunidad, coro, ayunos, disciplinas, etc. y así no era tenido por tan buen religioso. Viene la hora de su muerte; le hallan con gran alegría. Le reprende de ello Anastasio: ¿Cómo?, ¿y un monje que tan flojamente ha vivido, ríe y está ahora tan alegre? Respondió el monje: no te espantes, oh Padre, que el Señor me envió un ángel que me ha dicho que me tengo de salvar, porque cumplirá su palabra (Lc 6, 37)*: No queráis juzgar, y no seréis juzgados; perdonad, y seréis perdonados. Y* aunque es verdad que yo no acudía tanto a las cosas de la comunidad, parte por mi flojedad, parte por mi poca salud: pero sufría que me maltratasen, y los perdonaba de corazón, y no los juzgaba; antes excusaba lo que hacían o decían; por tanto, estoy alegre.

CAPÍTULO 18

De tres maneras de unión y amistades no buenas.

Ya habemos tratado de la unión amor bueno y espiritual; ahora iremos tratando de tres maneras que hay de unión y amor no bueno y espiritual, sino malo y perjudicial.

San Basilio en las CONSTITUCIONES MONÁSTICAS (cap. 30), dice que los religiosos han tener mucha unión y caridad unos con otros; pero de tal manera que no haya amistades ni aficiones particulares, juntándose dos o tres entre sí para tenerlas, porque eso no sería caridad, sino división y sedición; y esto aunque las tales amistades parezcan buenas y santas. Y en el sermón primero de la INSTRUCCIÓN DE LOS MONJES, descendiendo en esto más en particular, dice: Si se hallare que alguno tiene más afición a un religioso que a otro, aunque sea por ser su hermano carnal, o por otro cualquier respeto, ese tal sea castigado como injuriador de la caridad común. Y da la razón allí, y más de propósito, en el sermón siguiente, de cómo hace en esto injuria a la comunidad: Porque el que ama a uno más que a otro da claras muestras que no ama a los otros perfectamente,

pues no los ama tanto como a aquél, y así eso ofende a los otros y hace injuria a toda la comunidad. Y si ofender a sólo uno es cosa tan grave; que dice el Señor (Zac 2, 8): que *es tocarle a El en niñetas de sus ojos,* ¿qué será ofender a toda una comunidad, y tal comunidad? Y así encarga a mucho San Basilio a los religiosos que en ninguna manera amen más particularmente a unos que otros, ni comuniquen singularmente más con unos que con otros; porque no hagan agravio a ninguno *ni den ocasión de ofender a nadie* (2 Cor 6, 3), sino que tengan un amor y caridad común y general a todos, imitando en esto la bondad y caridad de Dios, *el cu envía su sol y su lluvia sobre todos igualmente* (Mt 45).

Y dice el Santo que estas amistades particulares son en la Religión grande seminario de envidias y sospechas, y aun de odios y enemistades; y más, son causa de que haya divisiones, corrillos y aliados, que es la peste de la Religión; porque allí descubre uno sus tentaciones, otro sus juicios, éste sus quejas, aquél otras cosas secretas, que se habían de callar; allí hay murmuraciones y calificaciones del uno y del Otro, y algunas veces del superior; allí se pegan unos a otros las faltas, de modo que cada uno saca las del otro en pocos días; y finalmente, son causa estas amistades de que se quebranten muchas reglas, y de que haga uno muchas cosas que no debe, por corresponder con su amigo, como lo experimentan bien los que las tienen.

San Efrén, tratando de estas amistades y familiaridades, dice que es muy grande el daño que causan en el ánima. Y así es menester que huyamos y nos guardemos mucho de ellas, y que vayamos siempre en este fundamento, que acá en la Religión no ha de haber amigos particulares con familiaridades y singularidades, que puedan ofender a la comunidad; nuestra amistad ha de ser espiritual, no fundada en carne y sangre, ni con trato de familiaridad, ni en otros títulos y fundamentos humanos, sino en Dios, nuestro Señor, que todo lo abraza, y así ha de haber una igualdad de amor con todos, como a hijos de Dios y hermanos de Cristo. No consintamos en ninguna manera que nuestro corazón sea cautivo de criatura alguna, sino de sólo Dios.

En las Crónicas de la Orden de San Francisco se cuenta del santo varón fray Juan de Luca que se tiraba y huía mucho de conversaciones y familiaridades; y uno que le estaba aficionado, que deseaba aprovecharse de su conversación, se le quejó una vez diciendo

que por qué era tan esquivo y tan seco en su trato con los que le querían bien. Respondió el siervo de Dios: Por vuestro bien lo hago, porque cuanto más con Dios estuviere unido, más provechoso seré a los que me quieren bien, y esas vuestras blandas amistades me apartan alguna cosa de Dios, y así a vos y a mí hacen daño.

CAPÍTULO 19

De la segunda manera de amistades y juntas no buenas

Otra segunda manera de amistades particulares hay diferentes de las pasadas, porque tienen otro fin diferente. Y no son menos perjudiciales a la comunidad y a la unión y caridad fraterna, sino antes más; y son cuando uno, deseando subir y valer y ser tenido y estimado, se junta y allega a aquellos que le parece que podrán ayudar a esto. Casiano dice que así como las enfermedades grandes del cuerpo poco a poco se van engendrando, así las enfermedades espirituales y males grandes del alma se van también engendrando poco a poco. Pues declaremos ahora cómo se va evangelizando en el alma esta enfermedad, y juntamente iremos diciendo el camino ordinario por donde se suele venir a malear y a perder un estudiante religioso.

Sale uno del noviciado aprovechado con la gracia del Señor, y con mucha estima de las cosas espirituales y mucha afición a ellas, como es razón que salga; va a los colegios y allí, con el fervor de los estudios, comienza a aflojar en los ejercicios espirituales, o dejándolos en parte, o haciéndolos por costumbre y cumplimiento, sin sacar fruto de ellos, que viene a ser lo mismo. Pasa adelante, y como ya por una parte le van faltando las armas espirituales, por no hacer sus ejercicios como debe, y por otra *la ciencia hincha,* y desvanece (1 Cor 8, 1), va poco a poco teniendo grande aprecio y estima de lo que es ingenio y talento, y perdiéndola de lo que es virtud y humildad. Estas es la puerta por donde entra y comienza de ordinario todo el desconcierto y daño de los estudiantes, y así se debe advertir mucho para prevenirlo: va decreciendo en ellos el aprecio y estima de lo que es virtud, humildad, mortificación, y de todo lo que toca a las cosas espirituales, de su aprovechamiento y crecimiento el aprecio y estima de lo que es letras y habilidad, pareciéndoles que por allí han de medrar y valer y ser tenidos y estimados, y así comienzan a poner la mira en

eso, y desean que los tengan por de buenos ingenios y talentos, y para eso desean que les salga bien el argumento y las conclusiones, y beben los vientos por eso, y buscan ocasiones para lucir y mostrarse, y por ventura para deslustrar y deshacer a otros, porque no les lleven la ventaja. De aquí pasan adelante y comienzan a procurar agradar al maestro y al Padre grave y a todos aquellos que piensan les podrán ayudar y apoyar con los prelados, y traban con ellos amistad, todo en orden a subir y valer y a ser tenidos y estimados, y a que les sean favorables, en sus cosas.

Esta es una cosa de las más perjudiciales y perniciosas que puede haber en la Religión, y de las más contrarias a la unión. Porque, ¿qué mayor mal puede entrar en la Religión, que entrar en ella la ambición y la pretensión? ¿Y qué mayor pestilencia nos podía entrar acá, que írsenos entrando este lenguaje: que ya es menester que mire el hombre por sí que se ayude de otros; porque si no, se quedará olvidado y arrinconado y no harán caso de él, y que ya van también acá las cosas de esa manera? Dios nos libre de tan mal lenguaje, y mucho más de que haya quien comience a sembrar esta ponzoña en el corazón del otro inocente y del otro que estaba tan apartado de eso, y les abra los ojos para su perdición. Muy diferente es de eso la verdad de lo que profesa la Compañía. Dice nuestro Padre en la décima parte de las Constituciones: «Todos los de la Compañía se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales, y se haga de ellas más caudal, que de las letras y otros dones naturales y humanos.» Esto es lo que estima y precia la Compañía: por eso no os engañe la serpiente antigua con su astucia y veneno, persuadiéndoos que traspasando los mandamientos de vuestros mayores, y comiendo de lo vedado: [*seréis como dioses*] (Gen 3, 5). No os haga creer que por ahí creceréis y seréis honrado y estimado, que miente como quien es que no seréis sino desestimado; y si vais por este otro camino de la virtud, haciendo siempre más caudal de las cosas espirituales y de lo que toca a vuestro aprovechamiento de esa manera medraréis y os levantará el Señor en lo uno y en lo otro. Os dará la virtud que deseáis, y también honra y estimación; seréis tenido y estimado delante de Dios y delante de los hombres.

Tenemos en confirmación de esto una historia muy a propósito en el tercer libro de los Reyes. Cuenta la sagrada Escritura que dijo Dios a Salomón que pidiese lo que quisiese, y se lo daría. Puso Salomón los ojos en la sabiduría, y lo pidió a Dios, y dice la Escritura (1

Ry 3, 10-12): *Se contentó Dios tanto de que Salomón hubiese puesto los ojos en la sabiduría, que le dijo: Porque me pediste eso y no me pediste larga vida, ni riqueza, ni victoria, ni venganza de tus enemigos, Yo te doy la sabiduría; y de tal manera te la doy que serás llamado el Sabio por excelencia, porque ni antes ni después de ti ha habido ni habrá otro semejante.*

Y más, que es lo que hace a nuestro propósito: fue tanto lo que se agradó Dios de que Salomón hubiese acertado a escoger y pedir, que no se contenta con darle la sabiduría que le pidió y tan largamente como se la dio, sino que también le da lo que no le pidió, eso y eso otro le da Dios: *Porque pediste tan acertadamente, Yo te daré también lo que no me pediste, riquezas y honra, y eso con tanta abundancia, que no haya habido jamás entre los reyes otro semejante a ti.* Pues así hará también Dios con vos, si acertáis a escoger y a poner los ojos en la verdadera sabiduría, que es en las verdaderas y sólidas virtudes; os dará la virtud que deseáis y en que pusisteis los ojos, porque le agrada eso mucho a Dios; y os dará también la honra y estimación en que vos no pusisteis los ojos; eso y esotro os dará Dios.

Y así lo vemos por experiencia, que ésos son los tenidos y estimados delante de Dios y delante de los hombres. Porque palabra es de Dios (Lc 14. 11: 18, 14) *que el que se humillare, será ensalzado,* y mientras más os humillareis y diereis a la virtud, más ensalzado y estimado seréis; y mientras más huyereis de honra y estimación, ella os irá siguiendo más, como la sombra al que huye de ella. Y esos otros ambiciosos y que como camaleones andan papando aire para quedar hinchados y parecer grandes, mientras más lo pretendieren, más huirá de ellos la honra: porque por donde piensan subir, bajan; y por como piensan ser tenidos y estimados, son desestimados: que vienen a ser tenidos por soberbios, inquietos y perturbadores de la Religión, y así no falta sino echarlos fuera de ella como a miembros dañados y podridos, para que no inficionen a otros.

Pues volviendo a nuestro punto, digo que acá en la Religión, así como habemos de estar muy lejos de ambiciones y pretensiones, así también lo habemos de estar de trabar estas amistades, que se ordenan a eso: no habemos de ser allegados de nadie, ni ha de haber acá (1 Cor 1, 12): [*Yo soy de Pablo, yo de Apolo y yo de Cefas*]. No soy de éste ni de aquél, sino de mi superior: con él tengo que estar unido y con ninguno en particular. No habemos menester en la Compañía padrinos, ni apoyos, ni andar en cumplimientos, ni lisonjeando

a nadie; que no somos pretendientes, ni venimos acá a pretender sino nuestra salvación. Sed vos buen religioso y tratad de veras de eso a que vinisteis a la Religión, y no habréis menester sino a Dios. Ese es el que tiene paz y descanso en la Religión, y los otros nunca lo tendrán, como ellos mismos lo experimentan y confiesan.

Se había de afrentar un religioso de que le tengan por hombre que anda buscando estos patrocinios, y ganando voluntades, y lisonjeando por ventura a otros, para que le apoyen y hagan espaldas; porque arguye eso grande imperfección y gran flaqueza. La casa que ha menester apoyos, flaca está, para caer está; el árbol que ha menester rodrigones, tierno está, poco firme y arraigado está. Así, si vos andáis a buscar rodrigones y apoyos, tierno estáis, poco arraigado estáis en la virtud y aun en la Religión. Y así avisó nuestro Padre General muy en particular de esto a los estudiantes, y dice que en ninguna manera se ha de permitir que se arrimen a Padres antiguos, ni los tengan por padrinos; y a los mismos Padres antiguos les avisa que se guarden de semejantes patrocinios, mucho más se han de guardar de querer que otros se alleguen a ellos y se quieran valer de ellos, y de ofrecerles que les ayudarán con todo lo que hubieren menester, y mucho más de que haya quien tome como por honra y autoridad que acudan a él, y se sienta de que no lo hagan, pareciéndole que aquello es no estimarle y hacer poco caso de él, y venga por ventura por eso a notar al otro de que es muy tieso y que se muestra muy grave: no se muestra en eso sino muy religioso, porque eso es Religión, y eso otro no, sino cosa muy de mundo y muy seglar. Y si alguno se quejare de vos por esto, será quejarse de que sois virtuoso, y de que como buen religioso estáis muy apartado de ese trato tan de mundo y tan contrario a la Religión. ¡Quiera el Señor que nunca haya de nosotros otra queja!

CAPÍTULO 20

De la tercera manera de unión y junta unta muy perjudicial a la Religión.

La tercera manera de juntas y amistades particulares es peor y más contraria a la unión y caridad fraternidad que las pasadas. Y es, cuando algunos particulares se unen y juntan entre sí para alte-

rar el instituto de la Religión y las cosas establecidas y estatuidas santamente en ella. San Bernardo declara muy bien a este propósito aquello de los Cantares (1, 5): [*Los hijos de mi madre pelearon contra mí*], donde se queja la Esposa en nombre de la Iglesia, de lo que ha padecido de sus hijos. No es, porque no se acuerde cuánto ha padecido de gentiles, judíos y tiranos, sino llora más particularmente aquello que le llega más al alma, que es la guerra que le hacen los enemigos caseros y de dentro, que es mucho mayor y más perjudicial que la le pueden hacer todos cuantos enemigos hay de fuera.

Esto mismo podemos aplicar a la Religión, que es un miembro principal de la Iglesia, y va por los pasos que ella fue. Mis propios hijos se han levantado contra mí, que los crié yo y les di estudios y los hice letrados con tanta costa y trabajo mío, y esas armas que les di para que peleasen contra el mundo y convirtiesen almas a Dios, las han vuelto contra mí, y con ellas hacen guerra a su misma madre. ¡Mirad si es dolor éste para sentir!

Pero aunque es mucho de sentir, no nos haremos de maravillar de semejante persecución, pues el bienaventurado San Francisco la alcanzó en sus días en su Religión; y la Iglesia católica, aun viviendo los santos Apóstoles, padeció esta persecución de sus propios hijos, que se levantaban contra ella con errores y herejías que inventaban. Van siguiendo los miembros a su cabeza, que es Cristo, que fue por ese camino de trabajos y persecuciones, porque con ellas se apuran más los escogidos, como el oro en el crisol. Y así dijo el Apóstol San Pablo (1 Cor 11. 19): [*Conviene que haya en el mundo herejías, para que con esta ocasión se conozcan los verdaderamente buenos*]. Y Cristo, nuestro Redentor, dice por San Mateo (18, 7): [*No pueden faltar escándalos, mas ¡ay de aquel por quien el escándalo viene!*] Escándalos ha de haber en la Iglesia, y escándalos ha de haber en la Religión; eso no se excusa, que somos hombres; pero ¡ay de aquel que fuere causa de tal escándalo! Más le valiera no haber nacido.

El glorioso San Basilio habla muy grave y severamente contra estas juntas. Retirarse y apartarse algunos de la comunidad y querer hacer congregación en la congregación, mala congregación es esa; malas juntas son ésas; sedición y división es ésa; grande mal andan maquinando en la Religión los que tratan de alterar y adulterar los establecimientos de ella y su primer instituto, por más colores de bien y de reformación que le pongan. Y así dice San Basilio que sean éstos

avisados y corregidos, primero en particular y secreto, y después delante de otros, conforme al orden del Evangelio; y si esto tampoco aprovechare, a ese tal tenedle como descomulgado y a apartadle de los demás como a enfermo de enfermedad contagiosa y de peste, para que no la pegue a otros. Y así lo manda también nuestro Padre en las Constituciones que se haga con los tales, que es conforme a lo que de éstos dice el Apóstol San Pablo (Gal 5, 12): [*Ojalá fuesen cortados y apartados de nosotros los que os turban y escandalizan*] El miembro podrido, cortarle, para que no inficione a los demás.

Bien se echa de ver cuán grande mal sea éste y cuán perjudicial a la Religión, pues con sólo ponerlo delante descubre bien su ponzoña, y así no era menester cansarnos en afearle más. Pero por ser ésta una cosa de suyo tan grave, haremos cerca de esto un discurso, y diremos, una razón que parece bastará para que cobremos, no sólo aborrecimiento, sino error a tan grande mal, y quedemos más confirmados en nuestro Instituto.

La Religión no es invención de hombres, sino de Dios, y así, las cosas instituidas para conservación y aumento de la Religión no se han de tomar como invenciones humanas, ni como si fuesen trazas de algún particular, sino como trazas e invenciones de Dios, el cual así como tomó y escogió al bienaventurado San Francisco por fundador de su Orden, y al bienaventurado Santo Domingo por fundador de la suya, y a nuestro bienaventurado Padre Ignacio por fundador de la Compañía, así de las demás, así les dio y descubrió los medios y modo particular de proceder que más convenía para el buen ser y progreso de su Religión, que ellos no podían por sí alcanzar; porque *las obras de Dios son perfectas* (Deut 32, 4), y de otra manera quedara manca e imperfecta la obra de Dios.

Y así, en la Vida de nuestro Padre, de una respuesta que él dio en conformidad de otra del Padre Diego Laínez, se colige bien que las cosas más sustanciales, que son como los fundamentos y nervios de nuestro instituto, Dios nuestro Señor, como autor y fuente de esta Religión, se las reveló o inspiró a nuestro S. Padre Ignacio, a quien el tomó por cabeza y por principal instrumento para fundar esta Religión. Y puédese también colegir esto del modo que ahí se dice tenía en hacer y escribir las Constituciones, y cuánta oración y lágrimas le costaría cada palabra de las que nos dejó escritas, pues leemos qué para determinar si convenía o no que las iglesias de nuestras casas profesas tuviesen alguna renta para su fábrica, que no es

lo más sustancial de nuestro instituto, dijo misa cuarenta días arreo y se dio a la oración con más fervor que solía. Por donde se ve cuán comunicadas y consultadas iban con Dios las Constituciones, y la luz que el Señor le daría para escoger y determinar lo que a su divina Majestad había de ser más agradable. Y porque no parezca que hablamos de cabeza, y que nosotros somos los que alabamos nuestras agujas, aunque la razón dicha sea bastante prueba de esto, *tenemos otro testimonio más fuerte que éste* (Jn 5, 36), y es bien que lo digamos, porque importa mucho que vayamos bien fundados en esté principio.

En las Crónicas de la Orden del bienaventurado San Francisco se cuenta que se retiró el Santo con dos compañeros al monte Caynerio, junto de Reate, para hacer y escribir su regla para presentarla al Sumo Pontífice y alcanzar Bula apostólica de su confirmación, porque entonces aún no estaba confirmada con Bula, sino solamente de palabra, *vivae vocis oráculo,* por Inocencio tercio. Y allí, en aquel monte, ayunando cuarenta días a pan y agua, y perseverando de día y de noche en continua oración, compuso la regla como el Señor le inspiró y reveló. Así se dice allí, y así fue, como luego se verá. Y trayendo la regla escrita del monte, la dio a guardar a fray Elías, que era su vicario general, varón prudente según el mundo, y letrado; el cual, como la vio fundada en mayor desprecios humildad y pobreza de lo que a él le parecía que era bien, la dejó perder, porque no se confirmase aquélla, sino otra más a su voluntad.

El Padre San Francisco, que quería más seguir la voluntad divina que la humana, no haciendo caso de los pareceres de los prudentes del mundo, se tornó al monte a hacer otra cuarentena, para con ayunos y oraciones alcanzar la voluntad de Dios y hacer otra regla. Fray Elías, sabiendo esto, procuró estorbarlo, y juntó algunos ministros y letrados de sus frailes, y les dijo cómo e Padre San Francisco quería hacer una regla tan estrecha, que no era posible guardarse. Ellos le requirieron que él, como vicario general, fuese a fray Francisco, y le dijese de parte de todos que ellos no se querían obligar a aquella regla. Fray Elías no se atrevió a ir solo con aquel recaudo, pero dijo que iría con ellos. Van todos juntos al monte, donde el santo Padre estaba orando en una celda solitaria, y llegando cerca de ella, llamó fray Elías a San Francisco. El Santo, conociéndole, salió de la celda, y viendo con él tantos frailes, le preguntó que querían aquellos frailes. Fray Elías respondió: Son ministros, los cuales, oyendo decir

que haces nueva regla, y temiendo que la hagas muy áspera, protestan que no se quieren obligara ella, que la hagas para ti, y no para ellos. Oyendo el Santo estas palabras, puso las rodillas en tierra, y los ojos en el Cielo, diciendo: Señor, ¿no os dije yo que éstos no me habían de creer? Y vino súbitamente una voz del Cielo, que dijo: Francisco, ninguna cosa tuya está en la regla; todo es mío cuanta en ella está, y quiero que la regla se guarde así a la letra, a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa. Yo sé cuánto puede la flaqueza humana, y cuánto los quiero Yo ayudar: los que no la quisieren guardar, sálganse de la Orden y déjenla guardar a los otros. Y se volvió San Francisco a los ministros, y les dijo: ¿Oísteis? ¿Oísteis? ¿Oísteis? ¿Queréis que haga que se os diga otra vez? Y fray Elías y los ministros, fuera de sí, temblando y confusos, conociendo su culpa, se tornaron sin hablar más palabra.

El santo Padre tornó a componer la regla, ni más ni menos que aquella que el Señor antes le revelara. Y después de compuesta, la llevó a Roma al Sumo Pontífice, que era Honorio tercero, y leyendo el Papa la regla y platicando sobre su aspereza y pobreza, que parecía muy estrecha y dificultosa de guardar, respondió San Francisco: Yo, Santo Padre, no puse alguna palabra en esta regla por mi parecer y juicio; mas nuestro Señor Jesucristo la compiló y compuso, el cual sólo sabe muy bien todo lo que es necesario y provechoso para la salvación de las almas, y buen estado de los frailes, y conservación de esta su Religión, a quien todas las cosas por venir en la Iglesia y en esta Religión son manifiestas y presentes, y, por tanto, no debo ni puedo mudar alguna cosa. Y el Papa, movido por inspiración de Dios, dio Bula y confirmación apostólica de la regla: *Ad perpetuam rei memoriam*.

De esta manera suele Dios inspirar y dar la regla e instituto a los fundadores de las Religiones, y de esta manera la inspiró y dio a nuestro B. Padre Ignacio. Y de esto tenemos otra historia aún más auténtica que la pasada, porque tenemos Bulas apostólicas, plomadas y selladas, que lo dicen así. Gregorio XIII, de feliz recordación, en la Bula o Constitución que comienza: *Ascendente Domino*, y en otra que dio antes de ella, que comienza: *Quanto fructuosius*, habiendo, referido primero las cosas de nuestro instituto, ven especial aquellas que parece tenían alguna dificultad, y en que había sido informado que alguno de dentro y de fuera de la Compañía reparaban, declara y dice expresamente estas palabras formales: El mismo Ig-

nacio, por divina inspiración, dispuso y ordenó de esa manera los miembros, orden y grados de este cuerpo de la Compañía. ¿Qué más claramente se puede decir?

Pues supuesto esto, vengamos al punto y entremos en cuenta con los que quisiesen hacer juntas particulares para alterar el instituto de la Religión y las cosas establecidas por su fundador. ¿No os parece que es gran soberbia tener uno tanta estima de sí y de su juicio y parecer, que se atreva a decir: No es buen camino ese que el B. Padre Ignacio dejó en las Constituciones, mejor será que vayamos por el camino que a mí me parece? ¿Qué mayor locura y disparate?

Y se verá cuán grande sea este desatino por otro semejante, que uno con otro se declaran bien. Uno de los mayores males y pecados que hay en la Iglesia de Dios es la herejía. No disputo ahora si puede haber otro pecado mayor, porque, claro está, que el odio formal de Dios mayor pecado sería. Pero esos pecados acá comúnmente no se hacen; allá en el infierno hay eso. Pues digo que de los pecados que comúnmente suele haber en los hombres, la herejía, con la cual se aparta uno de la Iglesia, dicen que es el mayor. Y con razón, porque fuera de que destruye el fundamento de toda la Religión cristiana, que es la fe, y otras razones que hay, ¿no os parece que es grandísima y extremada soberbia fiarse uno tanto de sí mismo y aferrar tanto en su propio juicio, que venga a creer y tener por más verdadero lo que a él le parece y se le antoja, que lo que la Iglesia católica romana ha determinado que se crea, y se ha aprobado en tantos Concilios, donde se ha juntado la nata de todo cuanto bueno ha habido en el mundo, así en letras como en santidad, y se ha confirmado con la sangre de tantos millares de mártires que han muerto por ello, y con innumerables milagros que se han hecho en su confirmación? ¿Y que venga el otro a decir: Pues más creo yo en lo que he soñado esta noche, o lo que me dice un Martín Lutero, hombre malo y perverso, apóstata, deshonesto y amancebado sacrílegamente? ¿Qué mayor soberbia y locura, qué mayor ceguedad y disparate puede haber? Pues de esta manera proceden, y esto hacen en su modo los que vamos diciendo que anteponen su juicio y parecer al de aquel que Dios, nuestro Señor, tomó por cabeza y fundador de la religión, y les parece que es mejor camino el que ellos han soñado e inventado, que el que Dios nuestro Señor inspiró y reveló al que El

mismo quiso tomar por instrumento principal para fundar la Compañía. Eso es una soberbia y presunción luciferina.

¿Cómo? ¿Que había Dios de encubrir a nuestro B. Padre Ignacio, a quien Él escogió por cabeza y por fundador, el buen camino que convenía para el buen ser de su Religión, y descubrírosle a vos? ¿No basta esto para que entendáis que es engaño e ilusión del demonio, que os quiere tomar a vos por medio e instrumento para hacer guerra a la Compañía, a quien él tanto aborrece, y turbar la paz y unión de la Religión, como tomó por medio al otro hereje para turbar la paz de la Iglesia?

—¡Oh!, que yo no pretendo sino la reformación de la Religión.

Os engañáis; os ciega el demonio con ese titulo falso y mentiroso, como padre de mentiras; que eso no es querer reformar la Compañía, sino querer destruir y deshacer la Compañía.

Y nótese esto, que no es exageración, sino verdad llana y muy clara. Porque reformar una Religión es, cuando la Religión ha caído y desdicho de su primer instituto, procurar que vuelva a sus primeros principios, y que se guarde la regla y orden que su primer fundador dejó. Y esto bueno y santo es, y lo han hecho muchas religiones, con deseo de conservarse en su primer instituto y regla. Pero mudar el instituto y el camino primero que nuestro primer fundador nos dejó, inspirado por Dios, y querer introducir otro camino diferente de ése, eso no es reformar la Religión, sino quererla destruir y deshacer, y hacer otra Religión diferente, a vuestra traza y modo, y a vuestro gusto, como quería hacer fray Elías en la Religión de San Francisco. Y así ése no es el espíritu de Dios, sino del demonio.

Tratándose en el sagrado Concilio de Trento de reformar las religiones, y haciéndose algunos decretos santísimos en razón de esto, propuso nuestro Padre General Diego Laínez a aquellos Padres: Padres santísimos, esos decretos de reformación no parece que se dicen entender con nuestra Compañía de Jesús, porque ella es ahora Religión nueva, distinta de las demás religiones, y como tal tiene su modo de proceder distinto, aprobado por la Sede Apostólica, y por la bondad del Señor no habemos desdicho de nuestro primer instituto y regla; y así, si esos decretos se entendiesen de ella, no sería reformarla, sino deshacerla. Cuadró la razón al sagrado Concilio, y responde como lo tenemos en la sesión veinticinco: no es nuestra intención prohibir ni innovar cosa alguna en la Religión de la Compañía de Je-

sús, sino que proceda y persevere sirviendo a Dios y a su Iglesia, conforme a su instituto aprobado por la Sede Apostólica; y así no queremos que estos decretos de reformación se entiendan con ella. El sagrado Concilio Tridentino no quiere ni se atreve a mudar el instituto y modo de proceder que el Señor dio a la Compañía por medio de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, aprobado por la Sede Apostólica, sino que le aprueba y confirma, ¿y os atrevéis vos a quererle alterar y mudar, por no sé qué respetos y razones humanas, que se os ofrecen?

Otra estima y otro respeto y reverencia tenía a nuestro instituto y a su fundador aquel cardenal, de quien se cuenta en la VIDA de nuestro Padre una cosa muy a nuestro propósito. Se cuenta allí que el cardenal de Santa Cruz, Marcelo Cervino, que después vino a ser Papa y fue llamado Marcelo II, poco antes que fuese levantado a la silla del Sumo Pontificado tuvo una grande disputa con el Padre doctor Olave, insigne teólogo de la Compañía, sobre aquella constitución que tenemos, que ninguno de ella pueda admitir dignidad ninguna fuera de la Compañía, si no es compelido a ello por obediencia de quien se lo pueda mandar so pena de pecado; y el mismo General no se lo puede mandar, si no es por orden y mandato del Sumo Pontífice; y de esto hacen voto particular todos los profesos. Decía el cardenal que la Compañía haría mayor servicio a la Iglesia de Dios si la proveyese de buenos obispos, que dándole buenos predicadores y confesores, y que sería tanto mayor el fruto cuanto puede hacer más un buen obispo que un pobre clérigo. Y traía muchas razones a este propósito, a las cuales iba respondiendo el Padre Olave, dándole a entender que el mayor servicio que la Compañía podía hacer a la santa Iglesia era conservarse en su puridad y bajeza, para servirla en ella más tiempo y con más seguridad. Y como, en fin, el cardenal, pareciéndole mejor sus razones, se quedase en su opinión, díjole el doctor Olave: Si no bastan razones para convencer a vuestra ilustrísima y hacerle mudar de parecer, a nosotros nos basta la autoridad de nuestro Padre Ignacio, que siente esto, para que creamos ser mejor. Entonces dijo el cardenal: Ahora me rindo y digo que tenéis razón, porque puesto caso que me parece que la razón está de mi parte, todavía más peso tiene en este negocio la autoridad del Padre Ignacio que todas las razones del mundo. Y esto lo dice la misma razón, porque pues Dios nuestro Señor le eligió para plantar en su Iglesia una Religión como la vuestra, y para extenderla por todo el mundo

con tanto provecho de las almas, y para gobernarla y regirla con tanto espíritu y prudencia como vemos que lo ha hecho y lo hace también es de creer, y no parece que puede ser otra cosa, sino que el mismo Dios le haya revelado y descubierto la manera con que quiere que esta Religión le sirva y se conserve para adelante.

Pues ¿cuánta mayor razón será que nosotros, que somos religiosos y habemos de ser hijos de obediencia, sujetemos y rindamos nuestro juicio en viendo que una cosa es regla y constitución de la Compañía, y ordenada por el que Dios nuestro Señor nos quiso dar por cabeza y por fundador, especialmente viéndolo después todo tan aprobado y confirmado por todos los Sumos Pontífices que después acá ha habido, y por el sagrado Concilio Tridentino, y que por aquí nos ha hecho el Señor merced, y se ha servido tanto de la Compañía, haciendo tanto fruto por medio de ella hace sesenta y tantos años? ¿Quién con esto se ha de atrever, ni pasarle por pensamiento de querer alterar sus estatutos y modo de proceder? Dice el Sabio (Prov 22, 28): No traspaséis los términos antiguos, que pusieron vuestros padres.

Y así, para refrenar semejante presunción y osadía, la santidad de Gregorio decimotercero, en la Bula o constitución que comienza: *Ascendente Domino*, después de haber aprobado y confirmado de nuevo el instituto y modo de proceder de la Compañía, y en particular aquellas cosas en que algunos podían reparar, manda, en virtud de santa obediencia y so pena de descomunión *latae sententiae*, y de ser inhábiles e incapaces para cualquier oficio o beneficio, ipso facto, sin otra declaración alguna, que ninguno, de cualquier estado, grado y preeminencia que sea, por ninguna manera sea osado a impugnar ni contradecir ninguna cosa del Instituto o Constituciones de la Compañía, ni directa ni indirectamente, ni so color de disputar o querer saber la verdad; y si se ofreciere alguna duda sobre estas cosas, dice que es su voluntad que sea consultada sobre ella la Sede Apostólica o el Prepósito general de la Compañía o las personas a quien él lo cometiere, y que ninguno otro se pueda entremeter en eso.

Lo mismo hace, y más copiosamente, Gregorio decimocuarto, su sucesor, en otra Constitución que sobre esto hizo, que comienza: *Ecclesia Catholicae*, con palabras gravísimas. Considerando, dice, que sería no pequeño detrimento de la disciplina religiosa y de la perfección espiritual, y gran perturbación y detrimento de toda la Religión, si

lo que está santamente estatuido por los fundadores, y recibido y aprobado muchas veces de la misma Religión en sus Congregaciones generales; y lo que más es, establecido y confirmado por esta Santa Sede Apostólica, no sólo se mudase, sino se alterase o impugnase con cualquier pretexto; mandamos, en virtud de santa obediencia, a todas las personas, de cualquier estado y condición que sean, eclesiásticas, o seglares, o religiosos, aunque sean de la misma Compañía, so pena de descomunión *latae sententiae* y ser tenidos por inhábiles e incapaces de cualquier oficio y dignidad y de privación de voz activa y pasiva, las cuales penas, ipso facto, sin otra declaración, se incurran, y cuya absolución sea reservada a la Sede Apostólica, y renovando la Constitución de Gregorio decimotercero, nuestro predecesor, y todas las penas en ella contenidas, qué ninguno se atreva a impugnar ni contradecir ninguna cosa del Instituto o Constituciones o decretos de la Compañía, ni directa ni indirectamente, ni so color de mayor bien o celo u otro cualquier pretexto. Y añade otra cosa muy particular y sustancial: ni a proponer ni a dar memoriales algunos cerca de lo dicho, para que se añada o quite o mude, a otro alguno, si no es al Sumo Pontífice inmediatamente o por medio de su Nuncio o Legado apostólico, o al Prepósito general de la Compañía, o a la Congregación general.

Y nuestro Santísimo Padre presente, Paulo V, en la Bula que escribió el año de mil y seiscientos y seis, hace mención particular de estas dos Constituciones de Gregorio decimotercero y decimocuarto, y las aprueba y concede de nuevo. Para que se vea cuán zanjado está este negocio, pues ya ninguno se puede desmandar en esto sin gravísimas penas y sin incurrir en descomunión mayor, *ipso facto*, ahora sea de la Compañía, ahora de fuera, religioso, clérigo o lego, de cualquier estado, grado, condición y preeminencia que sea.

Pues concluyamos con lo que concluye el Apóstol San Pablo escribiendo a los de Corinto (2 Cor 13, 11): [*Por lo demás, hermanos, alegraos, sed perfectos, exhortaos unos a otros, procurad de sentir todos una misma cosa y conservad paz y unión entre vosotros; y el Dios de la paz y de la caridad será con vosotros*.] Alegrémonos, padres y hermanos míos, y regocijémonos que nos ha traído el Señor a una Religión tan santa y que tanta perfección profesa, y tratemos siempre de esta perfección, y de conservarnos en grande paz y unión, exhortándonos y animándonos los unos a los otros a ella, y de esta manera

el Señor, que es Autor y fuente de paz y amor, será siempre con nosotros.

TRATADO QUINTO

DE LA ORACIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

Del valor y excelencia de la oración.

El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, en el capítulo quinto y octavo del Apocalipsis, declara bien el valor y excelencia de la oración. Dice que estaba el ángel delante del altar, y tenía un incensario de oro en su mano, y que le fue dada mucha cantidad de incienso, que eran las oraciones de los santos, para que las ofreciese ante el altar de oro que estaba delante del trono de Dios, y que subió el humo de los inciensos, de la mano del ángel delante de Dios. San Crisóstomo, tratando de este lugar, dice: En esto veis cuán alta y cuán preciosa cosa es la oración, pues sola ella se compara en la Escritura divina al timiama, que era una confección de incienso y de otros fragantísimos olores. Porque así como el timiama bien compuesto y confeccionado deleita grandemente con su olor, así la oración hecha como se debe hacer, es muy suave y agradable a Dios, y alegra y recrea a los ángeles y a todos aquellos ciudadanos del Cielo, de tal manera, que dice San Juan (Apoc 5, 8) que tienen en sus manos unos pomos de admirables olores, que son las oraciones de los santos, a los cuales muy de ordinario aplican su olfato purísimo, hablando de la manera que acá podemos hablar, para gozar de este suavísimo olor.

San Agustín, tratando de la oración, dice: ¿Qué cosa hay más excelente que la oración? ¿Qué cosa hay más útil y provechosa? ¿Qué cosa más dulce y suave? ¿Qué cosa más alta y levantada en toda nuestra Religión cristiana? Lo mismo dice San Gregorio Niseno: [Ninguna cosa de las que en esta vida se estiman y aprecian aventaja a la oración.] San Bernardo dice que aunque es cosa cierta que los ángeles, muy de ordinario, asisten a los siervos de Dios con su presencia invisible para librarlos de los engaños y asechanzas del enemigo, y para levantar sus deseos a servir a Dios con mayor fer-

vor, pero mayormente asisten estos espíritus angélicos cuando nos ocupamos en hacer oración. Y trae para esto muchos lugares de la sagrada Escritura, como aquello del Salmista (137, 2): *En el acatamiento y presencia de los ángeles te alabaré;* (67, 26): [*Iban delante los príncipes, juntos con los que cantaban, en medio de las doncellas que tocaban sus panderos*]*;* que lo declara también de los ángeles que se juntan con los que hacen oración; y lo que dijo el ángel a Tobías (12, 1*p): Cuando orabas con lágrimas, yo ofrecía tu oración a Dios.* En saliendo que sale la oración de la boca del que ora, luego los ángeles que están presentes la llevan y ofrecen a Dios.

Lo mismo dice San Hilario: [Los ángeles presiden a las oraciones de los santos y las ofrecen cada día a Dios.] De manera que cuando estamos en oración, estamos cercados de ángeles, y en medio de ángeles, y haciendo oficio de ángeles, ejercitándonos en lo que habemos de hacer para siempre en el cielo, alabando y bendiciendo al Señor: y por eso somos particularmente favorecidos y amados de los ángeles, como compañeros suyos que somos y habemos de ser después, reparando las sillas de sus compañeros que cayeron.

San Juan Crisóstomo, tratando de las excelencias de la oración, y queriendo decir grandezas de ella, que una de las mayores grandezas que se le ofrece decir de ella es que cualquiera que hace oración trata y habla con Dios. Considerad la alteza, dignidad y gloria a que os ha levantado el Señor, que podáis tratar y conversar con Dios, tener pláticas y coloquios con Jesucristo, desear lo que quisiereis y pedir lo que deseareis. No hay lengua, dice, que baste a declarar de cuánta dignidad y alteza sea este trato y conversación con Dios, y de cuanta utilidad y provecho para nosotros. Porque si en los que acá tienen conversación ordinaria con hombres prudentes y sabios, en breve tiempo se siente notable provecho, y se conoce que se han aventajado en la penitencia y saber, y a los que tratan con buenos se les pega la virtud y lo bueno, y así dice el proverbio: trata con buenos y serás uno de ellos; ¿qué será de aquellos que tratan y conversan a menudo con Dios? (Sal 33*,* 6.) [*Allegaos al Señor, y recibiréis lumbre de El.*] ¡Qué luz y conocimiento, qué bienes y provechos recibirán con tal trato y conversación! Y así dice San Crisóstomo que no hay cosa que tanto nos haga crecer en virtud como la frecuente oración y el tratar y conversar a menudo con Dios, porque con esto se viene a hacer el corazón del hombre generoso y menospreciador de las cosas del mundo, y a levantarse sobre todas ellas, y unirse y transformarse en cierta manera en Dios y hacerse espiritual y santo.

CAPÍTULO 2

De la necesidad que tenemos de la oración.

Cuán necesaria nos sea la oración, harta experiencia tenemos de ello: ¡pluguiera al Señor no tuviéramos tanta! Porque como el hombre está tan necesitado del favor de Dios, por estar sujeto a tantas caídas y cercado de tantos y tan graves enemigos, y con tan grande necesidad de muchas cosas que pertenecen así al ánima como al cuerpo, no tiene otro remedio sino acudir siempre a Dios, pidiéndole con todo corazón le favorezca y ayude en todos sus peligros y necesidades, conforme a aquello que dijo el rey Josafat viéndose rodeado de enemigos (2 *Paralip* 10*,* 12): *Como* seamos tan flacos y estemos tan pobres y tan menesterosos, y *no sepamos lo que debemos hacer, no tenemos otro remedio sino levantar los ojos a Dios y* pedirle con la oración aquello de que estamos faltos y necesitados. Y así, Celestino, Papa, en una epístola decretal, dice, para enseñar la importancia de esta oración: Yo no sé cosa mejor que deciros que lo que mi predecesor Zósimo dijo: ¿Qué tiempo hay en el cual no tengamos necesidad de la ayuda de Dios? Ninguno. Luego en todo tiempo, y en todas las cosas, y en todos los negocios habemos de acudir a Él con la oración a pedirle favor; porque grande soberbia es que un hombre flaco y miserable presuma algo de sí.

Santo Tomás, tratando de la oración, da una razón muy buena y muy sustancial de la necesidad de la oración, y es doctrina de los Santos Damasceno, Agustino, Basilio, Crisóstomo y Gregorio. Dicen estos santos que lo que Dios con su divina providencia y disposición tiene determinado desde la eternidad de dar a las almas, lo da en tiempo por este medio de la oración, y que en este medio tiene El librada la salud y conversión y remedio de muchas almas, y el aprovechamiento y perfección de otras, de manera, que así como determinó Dios y dispuso que mediante el matrimonio se multiplicase el género humano, y que arando y sembrando y cultivando la tierra hubiese abundancia de pan y vino y los demás frutos, que habiendo artífices y materiales hubiese casas y edificios, así tiene ordenado hacer muchos efectos en el mundo, y comunicar muchas gracias y dones a las almas por este medio de la oración. Y así dijo Cristo nuestro Redentor en el evangelio (Mt 7, 7): *Pedid, y se os dará; buscad, y hallareis; llamad, y se os abrirá; porque el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que*

llama, se le abre. De manera que este es el medio y el arcaduz por el cual quiere el Señor socorrer nuestras necesidades, y enriquecer nuestra pobreza, y llenarnos de bienes y gracias.

En lo cual se ve bien la necesidad grande que tenemos de acudir a la oración. Y así la comparan muy bien los santos y dicen que es una cadena de oro que está colgada del Cielo y llega hasta la tierra, por la cual bajan y descienden a nosotros los bienes, y por la cual nosotros habemos de subir a Dios. O digamos que es la escala de Jacob, que *llegaba desde el suelo al Cielo, y por ella subían y descendían los ángeles* (Gen 28, 12). El glorioso San Agustín dice que la oración es llave del Cielo, que hace a todas las puertas de él, todos los cofres de los tesoros de Dios, sin que se le esconda ninguno. Y en otra parte dice que lo que es el pan al cuerpo, eso es la oración al alma. Lo mismo dice el santo mártir y abad Nilo.

Una de las razones más principales con que los santos declaran, por una parte, el valor y estima de la oración, y por otra, la necesidad grande que de ella talemos, es porque la oración es un medio muy principal y muy eficaz para concertar y ordenar nuestra vida, y para vencer y allanar todas las dificultades que se nos ofrecieren en el camino de la virtud. Y así dicen que de ella depende el gobierno de nuestra vida, que cuando la oración anda concertada, la vida lo anda también, y cuando ella se desconcierta, todo lo demás se desconcierta. Dice San Agustín: «Aquél sabe vivir bien, que sabe orar bien». Y San Juan Clímaco dice que un siervo de Dios le dijo una palabra memorable, y fue ésta: Desde el principio de la mañana sé cuál haya de ser la jornada de todo el día: dando a entender que si cumplía bien con la oración de la mañana, todo lo demás le sucedía bien; y al revés, cuando no cumplía ni tenia bien la oración de la mañana; y lo mismo es de todo el resto de la vida. Y así lo experimentamos nosotros muy comúnmente, que cuando tenemos bien nuestra oración, andamos tan concertados, tan alegres, tan esforzados, tan llenos de buenos propósitos y deseos, que es para alabar a Dios; y, por el contrario, en descuidándonos en la oración, luego se va todo perdiendo.

Dice San Buenaventura: En no habiendo oración, luego anda todo de capa caída; luego entra la tibieza; luego, poco a poco, comienza el ánimo a enflaquecerse y a marchitarse y a perder aquel vigor y aliento que tenía; luego, no sé cómo desaparecen todos aquellos santos propósitos y pensamientos primeros, comienzan a despertar y revivir todas nuestras pasiones; luego se halla el hombre amigo de ale-

gría vana, amigo de parlar, reír y holgar y de otras semejantes vanidades; y, lo que es peor, luego revive el apetito de la vanagloria, de la ira, de la envidia, de la ambición y otros semejantes, que antes parecía que estaban muertos.

El abad Nilo dice que la oración ha de ser el espejo del religioso. En éste nos habernos de mirar y remirar cada día muy despacio para ver y conocer nuestras faltas e ir quitando lo feo que halláremos en nosotros; en este espejo habernos de mirar y considerar las virtudes que resplandecen en Cristo, para ir ataviando y hermoseando con ellas nuestra ánima. El glorioso San Francisco decía: Una de las cosas que más se han de desear en el religioso es la gracia de la oración, porque sin ella no hay que esperar frutos ni aprovechamiento, y con ella todo se puede esperar.

Santo Tomás de Aquino, entre otras sentencias graves que refiere su historia, decía que el religioso sin oración era soldado en batalla sin armas y desnudo. Y aquel santo arzobispo de Valencia, fray Tomás de Villanueva, decía que la oración es como el calor natural del estómago, sin el cual es imposible conservarse la vida natural, ni ser algún manjar de provecho; con él todo se cuece y digiere bien, y es alimentado el hombre, y abastecidos todos los miembros de virtud y fuerza para hacer sus operaciones. Así, dice, sin oración no se puede conservar la vida espiritual, y con ella se conserva, porque con ella se aviva y cobra fuerza el espíritu para todas las obras y obediencias que ha de hacer, y para todas las ocasiones y trabajos que se pueden ofrecer; con la oración se digieren todas esas cosas y se hacen llevaderas, y se revierte todo en provecho del alma.

Finalmente, si usamos de esta oración como debemos, en ella hallaremos remedio para todas nuestras faltas, y para conservarnos en virtud y religión. Porque si por ventura os descuidareis en la obediencia y guarda de las reglas, si comenzareis a desmandaros en algo, si comenzase a reverdecer la pasión y el siniestro malo, echando mano de la oración, luego con el favor del Señor se atajará y remediará todo eso. Y si aflojareis en la misma oración y os descuidareis en ella, con ella misma os habéis de remediar y volver en vos. Para todo tenemos remedio en la oración, y para la misma oración también. Y así comparan muy bien la oración y dicen que es como la mano en el cuerpo, que es instrumento para todo el cuerpo y para sí misma, porque la mano trabaja para que todo el cuerpo se sustente y se vista, y para todo lo demás necesario del cuerpo y alma, y tam-

bién para sí misma; porque si está enferma, la mano cura la mano; y si está sucia, la mano lava la mano; y si fría, la mano calienta la mano; en fin, todo lo hacen las manos. Pues así es la oración.

CAPÍTULO 3

Que debemos mucho a Dios por habernos hecho tan fácil una cosa por una parte tan excelente y por otra tan necesaria.

Razón será que consideremos y ponderemos aquí la grande y singular merced que el Señor nos hizo, que con ser la oración una cosa de suyo tan alta y tan excelente, por sernos por otra parte tan necesaria, nos la hizo tan fácil a todos, que siempre está en nuestra mano tenerla, y en todo lugar y en todo tiempo la podernos tener. *Cerca de mi está la oración para hacerla a Dios, que me da la vida,* dice el Profeta David (Sal 41, 9). Nunca se cierran aquellas puertas de la misericordia de Dios, sino a todos están siempre patentes y abiertas en todo tiempo y a todas horas: siempre le hallaremos desocupado y deseoso de hacernos bien, y aun solicitándonos a que le pidamos.

Es muy buena consideración la que se suele traer a este propósito: Si una vez sola en el mes diera Dios licencia para que todos los que quisiesen pudiesen entrar a hablarle, y que les daría audiencia de muy buena gana y les haría mercedes; era de estimar en mucho, pues se estimaría si lo ofreciese un rey temporal: pues ¿cuánto más es razón que estimemos el ofrecernos y convidarnos Dios con esto, no solamente una vez en el mes, sino cada día y muchas veces al día? A *la noche y a la mañana y al mediodía y a la tarde* —dice el Profeta (Sal 54, 18), abrazando todos los tiempos — *contaré y representaré a Dios mis trabajos y miserias,* y estoy muy confiado que todas las veces y en cualquier tiempo que acudiere a Él, *me oirá* y favorecerá.

No se enfada Dios de que le pidan, como los hombres, porque no es como ellos, que se empobrecen cuando dan, porque todo aquello que el hombre da a otro, eso le queda menos a él; y como va dando, va quitando de sí; y como va enriqueciendo a quien da, se va empobreciendo a sí. Y por eso los hombres se enfadan cuando les piden; y si una vez o dos dan de gana, a la tercera se cansan y no

dan, o dan de manera que no les pidan más. Pero Dios, como dice el Apóstol San Pablo (Rm 10, 12), [*rico es para todos los que le invocan*]. Es infinitamente rico, y como no se empobrece en dar, no se enfada ni cansa en que le pidan, aunque a cada punto y todo el mundo le pida, porque es rico para todos, y para enriquecer a todos, sin dejar de ser tan rico como antes. Y como su riqueza es infinita, así su misericordia infinita para remediar las necesidades de todos, y desea que le pidamos y que acudamos a Él muy a menudo.

Pues razón será que reconozcamos y agradezcamos tan grande merced y beneficio, y que nos aprovechemos de tan larga y tan provechosa licencia, procurando de ser muy continuos en la oración, porque como dice San Agustín sobre aquellas palabras (Sal 65, 20): [*Bendito sea Dios, que no apartó mi oración ni su misericordia de mí*]; tened por cierto que si el Señor no aparta la oración de vos, que tampoco apartará su misericordia de vos. Pues para que el Señor no aparte su misericordia de nosotros, procuremos nosotros nunca dejar ni apartar de nosotros la oración.

CAPÍTULO 4

De dos maneras de oración mental.

Dejada aparte la oración vocal, tan santa y tan usada en la Iglesia de Dios, ahora solamente trataremos de la mental, de que habla el Apóstol San Pablo escribiendo a los de Corinto (1 Cor 14, 15): *Oraré, cantaré y clamaré a Dios con el espíritu y con el corazón.*

Dos maneras hay de oración mental: una es común y llana; otra, especialísima, extraordinaria y aventajada, la cual se recibe más que se hace, como decían aquellos santos antiguos muy ejercitados en la oración. Y San Dionisio Areopagita dice que su maestro Hieroteo que más *recibía lo que Dios le daba, que hacía*.

Entre estas dos maneras de oración hay muy gran diferencia, porque la primera puédese enseñar en alguna manera acá con palabras, pero la segunda no la podemos nosotros enseñar, porque no se puede declarar con palabras. Es un *maná escondido que nadie sabe lo que es, sino el que lo gusta* (Apoc 2, 17). Y aun ese mismo no puede declarar cómo es, ni aun él propio entiende cómo es aquello, como lo notó muy bien Casiano; y trae a este propósito una senten-

cia del bienaventurado San Antonio Abad, que llama él divina y celestial: no es perfecta oración, decía el Santo, cuando uno se acuerda de sí, o entiende lo que ora. Esta alta y encumbrada oración no da lugar a que el que ora se acuerde de sí, ni haga reflexión en lo que está haciendo; por mejor decir, padeciendo, más que haciendo.

Como acontece acá muchas veces, que está un hombre tan absorto y embebecido en un negocio, qué no se acuerda de sí, ni dónde está, ni hace reflexión sobre lo que piensa, ni advierte cómo lo piensa; pues; así en esta perfecta oración está el hombre tan absorto y embebecido en Dios, que no se acuerda de sí, ni entiende cómo es aquello, ni por dónde va, ni por dónde viene; ni tiene entonces cuenta con trazas, ni con preámbulos, ni con puntos, ni con ahora viene esto, ahora viene estotro. Como le acontecía al mismo San Antonio y lo trae Casiano, que se ponía en oración por la tarde, y se estaba en ella hasta que el sol al otro día por la mañana le daba en los ojos, y él quejaba del sol, porque madrugaba tanto a quitarle la luz que nuestro Señor interiormente le daba. Y San Bernardo dice de esta oración: Rara es esa hora, y breve es siempre el tiempo que en ella se gasta; por*que* por largo que sea, se hace un soplo. Y San Agustín, sintiendo en sí esta oración, decía: Me habéis dado, Señor, un afecto y una dulzura y suavidad tan nueva y tan desusada, que si esto va delante, no sé en qué ha de parar.

Y aun en esta misma especialísima oración y contemplación pone San Bernardo tres grados: el primero compara al comer; el segundo, al beber, que se hace con más facilidad y suavidad que el comer, porque no hay el trabajo de mascar; el tercero es embriagarse. Y trae para esto aquello que dice el Esposo en los Cantares (5, 1): [*Comed, amigos, y bebed; embriagaos, los muy amados*]. *Lo* primero, dice, comed; lo segundo, bebed, y lo tercero, embriagaos de este amor: esto es lo más perfecto. Todo esto es recibir más que hacer.

Unas veces saca el hortelano el agua a fuerza de brazos de un pozo; otras, estándose él mano sobre mano, viene la lluvia del Cielo que empapa la tierra, y no tiene que hacer el hortelano más que recibirla y enderezarla a los pies de los árboles para que fructifiquen. Así son estas dos maneras de oración, que la una se busca con in-

dustria ayudada de Dios, y la otra se halla hecha. Por la primera andáis vos trabajando y mendigando, y comiendo de esa mendiguez; la segunda os pone una mesa llena, que Dios os tiene preparada para hartar vuestra hambre; mesa rica y abundante (Cant 1*,* 3*):* [*Me introdujo el rey en sus botillerías*]*,* que decía la Esposa. *Los alegraré y regalaré en la casa de mi oración,* que dice Isaías (86, 7).

Esta oración es un don particularísimo de Dios, que da Él a quien es servido; unas veces en pago de los servicios que le han hecho, y de lo mucho que uno se ha mortificado y padecido por su amor; otras sin tener cuenta con méritos precedentes, porque es gracia liberalísima suya, y la comunica Él a quien quiere, conforme a aquello del Evangelio (Mt 20, 15): *Por ventura, ¿no puedo yo hacer lo que quisiere de mi hacienda?*

Al fin, no es cosa ésta que la podamos nosotros enseñar. Y así son reprendidos y aun prohibidos algunos autores, por haber querido enseñar lo que no se puede aprender ni enseñar, y poner en arte lo que es sobre todo arte, como si infaliblemente hubieran de sacar a uno contemplativo. Lo cual reprende muy bien Gerson en un libro que hizo contra Rusbroquio con estas palabras: Quitaste la flor de su raíz. Así como la flor cortada de su raíz y puesta en la mano se marchita luego y pierde su hermosura, así son estas cosas que comunica Dios al alma íntimamente en esta alta y encumbrada oración, que al quererlas sacar de su lugar, y declarar y comunicar a otros, pierden su lustre y resplandor.

Y eso hacen los que quieren declarar y enseñar lo que no se puede declarar, ni aun entender. Aquellas analogías, aquellas transformaciones del alma, aquel silencio, aquel aniquilarse, aquel unirse sin medios, aquel hondo de Taulero, ¿de qué sirve decir esas cosas, que si vos las entendéis, yo no las entiendo, ni sé lo que queréis decir? Antes dicen aquí, y muy bien, que esta diferencia hay de esta divina ciencia a las demás, que en las demás ciencias antes de alcanzarlas, es menester entender primero los términos; pero en ésta no entenderéis los términos hasta haberla alcanzado. En las demás precede la teórica a la práctica; pero en ésta ha de preceder la práctica a la teórica.

Y más digo, que no solamente no se puede declarar esta ora-

ción ni enseñar a otros; pero ni vos mismo os habéis de querer poner en ella, ni levantaros a ella, si Dios no os levanta y os pone y sube a ella; porque sería gran soberbia y presunción, y mereceríais perder la oración que tenéis, y quedaros sin nada. [*Me entró el rey en la bodega de sus vinos*], dice la Esposa en los Cantares (2, 4). Aquel entrar Dios al alma en su retrete para tratar familiarmente con ella, y en la bodega del vino para hartarla y embriagarla de su amor, es don particularísimo del Señor: no se entró la Esposa, no, sino el Esposo la tomó por la mano, y la curó allá. Aquel levantaros al ósculo de la boca no es cosa que vos podéis ni debéis hacer, si Él no os levanta, que sería grande atrevimiento; y así, no se atreve a eso la Esposa, que más vergonzosa y más humilde es que eso, sino pide al Esposo que Él dé a ella ese ósculo (Cant 1, 1): [*Me dé paz con el beso de su boca*]. Como si dijera, dice San Bernardo: Yo no puedo por mis fuerzas llegar a ese amor y a esa unión y contemplación tan alta, sino que El me la dé a mí. Él, por su bondad y graciosa liberalidad nos ha de levantar a ese ósculo de la boca, a esa altísima oración y contemplación, si Él fuese servido que la tengamos; no es esa cosa que nosotros podemos enseñar, ni en que nosotros nos podemos ni debemos poner.

CAPÍTULO 5

Cómo la Sagrada Escritura nos declara estas dos maneras de oración.

Estas dos maneras de oración, que habemos dicho, nos declara maravillosamente el Espíritu Santo en el capítulo treinta y nueve del Eclesiástico. Dice allí el varón sabio, que interpreta la Iglesia el justo: [*Entregará su corazón a velar por la mañana delante del Señor que le crió; y en la presencia del Altísimo derramará su oración*]. Pone primero la oración ordinaria: Levantarse ha de mañana, que es tiempo acomodado para la oración y célebre en la Escritura [*Por la madrugada me presentaré delante de Ti*] (Sal 5, 5). *Me adelanté al alba y clamé* (Sal 118, 14). *Madrugaron, Señor, mis ojos hacia ti por la mañana para meditar tus palabras* (Sal 118, 148). *A Ti velo desde la alborada* (Sal 62, 2). Dice: [*a velar*], porque va a estar alerta, no a dor-

mirse y hacer almohadilla de la oración. ¿Qué más?: *Entrega su corazón* a la oración; no está allí solamente con el cuerpo, y el corazón en el negocio, lo que llaman los santos [somnolencia del corazón]. Un corazón, desmazalado y, flojo es grande impedimento para la oración, porque éste impide la reverencia que se debe tener para tratar con Dios. Y ¿qué es lo que causa esta reverencia en el justo? El considerar que estoy en la presencia de Dios, y que voy a hablar con aquélla tan grande Majestad, eso hace estar con reverencia y atención. Esta es la preparación y disposición con que habemos de ir a la oración.

Pero veamos qué oración es la que hace el justo. *Abrirá su boca en la oración, y comenzará pidiendo a Dios perdón de sus pecados, y* confundiéndose y arrepintiéndose de ellos. Esa es la oración que nosotros habemos de hacer de nuestra parte, llorar nuestras culpas y pecados y pedir a Dios misericordia y perdón de ellos. No nos habemos de contentar con decir: Ya hice una confesión general al principio de mi conversión, y entonces me detuve algunos días en llorar y arrepentirme de mis pecados. No es razón que tras confesarnos nos olvidemos de los pecados, sino que procuremos traerlos siempre delante de los ojos; conforme a aquello del Profeta (Sal 50, 5): [*Mi pecado esta siempre contra mí;* esto es, *delante de mis ojos*].

Dice muy bien San Bernardo sobre aquellas palabras (Cant 1, 15): [*Nuestro lecho es florido*]: Vuestro lecho, que es vuestro corazón, aún está todavía hediondo, que no se ha acabado de quitar el mal olor de los vicios y resabios que trajisteis del mundo, ¿y tenéis atrevimiento para convidar al Esposo a que venga a él, y queréis ya tratar de otros ejercicios altos y levantados de amor y unión con Dios, como si fuerais perfecto? Tratad primero de limpiar y lavar muy vuestro lecho con lágrimas (Sal 6, 7): [*Lavaré cada una de las noches mi cama, y con lágrimas regaré mi estrado*]*, y* de adornarle con las flores de las virtudes, y con eso convidaréis al Esposo a que venga a él, como lo hacia la Esposa. Tratad del ósculo de los pies, humillándoos y doliéndoos mucho de vuestros pecados; y del ósculo de las manos, que es de ofrecer a Dios vuestras buenas obras, y procurar recibir de sus manos las verdaderas y sólidas virtudes; y ese otro tercer ósculo de la boca, esa unión altísima, dejadla para cuando el Señor sea servido dé levantaros a ella.

De un padre muy antiguo y muy espiritual se dice que se estuvo veinte años en estos ejercicios de la vida purgativa, ¡y nosotros luego

nos cansamos y nos queremos subir al ósculo de la boca y a ejercicios de amor de Dios! Es menester buen fundamento para levantar tan alto edificio. Y hay en este ejercicio, fuera de otros muchos bienes y provechos de que diremos después, que es un remedio muy grande y una medicina muy preservativa para no caer en pecado; porque el que anda continuamente aborreciendo el pecado y confundiéndose y doliéndose de haber ofendido a Dios, muy lejos está de cometerle de nuevo. Y, por el contrario, advierten los santos que la causa de haber caído algunos, que parecían muy espirituales y hombres de oración, y por ventura lo eran, ha sido por falta de este ejercicio, porque se dieron de tal manera a otros ejercicios y consideraciones suaves y gustosas, que se olvidaron del ejercicio de su propio conocimiento y de la consideración de sus pecados, y así vinieron a asegurarse demasiado de sí mismos, y a no andar tan temerosos y recatados como debieran, y con eso vinieron a caer en lo que no debieran. Porque se olvidaron presto de su bajeza, cayeron de la alteza que parecía que tenían. Pues por esto conviene que nuestra oración por mucho tiempo sea llorar nuestros pecados, como dice el Sabio, hasta que el Señor nos dé la mano y nos diga (Lc 14, 10): [*Amigo, sube más arriba*].

Ahora veamos cuál es la oración alta y especialísima que el Señor da, cuando Él es servido. Dice luego (Eclo 39, 8): [*Si el gran Dios y Señor quisiere, lo henchirá de espíritu de inteligencia*]. *Si Él quisiere,* porque no es éste juro de heredad, sino gracia muy liberal y muy graciosa. Estaréis en la oración, y acaece venir una luz del Cielo, un relámpago con que caéis en la cuenta, y cobráis aprecio y estima de lo que antes no entendíais: ése es el don de oración. ¿Cuántas veces habíais pasado por eso, y no habíais reparado en ello como ahora? Se le llama espíritu de inteligencia, porque no parece sino una aprehensión simple, según está el hombre de quieto y sosegado con aquella luz.

Acontece acá encontrarse uno con una imagen muy perfecta y muy acabada, y estársela mirando un gran rato sin pestañear y sin discurrir, con un contento y con una suspensión y admiración grande, que no se harta de mirarla: de esa manera es esta oración y contemplación alta y levantada. O, por mejor decir, es al modo de la que tienen los bienaventurados viendo a Dios. La bienaventuranza consiste en la vista y contemplación de Dios; y estaremos allí absortos y embebidos viendo y amando a Dios para siempre jamás, con una sim-

ple vista de aquella majestad de Dios, gozando de su presencia y de su gloria, sin discurrir ni cansarnos jamás de estarle mirando; antes siempre se nos hará *nuevo* aquel *cantar* (Apoc 44; 3) y aquel divino maná, y estaremos como con una nueva admiración. Pues a ese modo se tiene acá esta alta y perfecta oración, y la que llaman contemplación, cuando el Señor es servido de darla, que nunca se harta uno de estarse mirando y contemplando a Dios, sin discurrir ni cansarse, sino con una simple vista.

Y dice: *lo henchirá,* porque es tan abundante y tan copiosa esta gracia, que rebosa y no cabe en vaso tan estrecho. Y añade luego lo que de aquí se sigue (Eclo 39, 9): Y *él derramará como lluvia las palabras de su sabiduría, y en la oración alabará al Señor*]. De aquí vienen luego los coloquios; éste es el tiempo propio para hablar con Dios, cuando el alma está movida, enseñada y levantada con aquella luz y sabiduría celestial. Y así nuestro Padre en este tiempo dice que se han de hacer los coloquios: [Cuando se nos ofreciera algún afecto espiritual, haremos coloquios]. Nótese mucho aquella palabra: después que nosotros nos habemos ayudado del discurso de nuestras potencias meditando y considerando, cuando la meditación ha inflamado ya el corazón y nos sentimos movidos para ello, entonces es el tiempo de los coloquios y trato familiar con Dios y de las peticiones y despachos; porque la oración que sale del corazón ya tocado de Dios, ésa es la que oye Él y la que halla buen despacho con su Majestad. Porque, como dice San Agustín, cuando Dios mueve a pedirle, es señal que quiere dar lo que se pide.

Esta es la oración especialísima que Dios da a quien Él es servido. [*Porque si el gran Dios y Señor quisiere, lo henchirá de espíritu de inteligencia*]. *Si el* Señor, que es grande y poderoso, quisiere, fácilmente podemos tener esa oración alta y aventajada.

Pero si el Señor no fuere servido de levantarnos a tan alta oración como ésa, dice San Bernardo que no por eso nos habemos de afligir ni desmayar, sino nos habemos de contentar con el ejercicio de las virtudes, y con que nos conserve el Señor en su amistad y gracia, y no nos deje caer en pecado. Ojalá, dice, sea el Señor servido de darme paz, bondad, gozo en el Espíritu Santo, misericordia, simplicidad y caridad con los prójimos, que con esto me contentaré. Esas otras contemplaciones altas quédense en buen hora para los Apóstoles y para los grandes Santos (Sal 103, 18): [*Los montes altos para los ciervos; la piedra, lugar de refugio para los erizos*]. *Esos* montes

altos de contemplación sean para aquellos que con ligereza de ciervos y de gamos corren a la perfección; yo, que soy erizo lleno de espinas, de faltas y pecados, me acogeré a los agujeros de aquella *piedra, que es Cristo* (1 Cor 10, 4), para esconderme en sus llagas y lavar mis culpas y pecados con la sangre que sale de ellas, y ésa será mi oración.

Pues si el glorioso Bernardo se contenta con el ejercicio de las virtudes y dolor y contrición de los pecados, y deja esotra oración especialísima para los varones apostólicos y para los grandes santos, a quien el Señor se la quisiere comunicar, razón será que nosotros también nos contentemos con esto, y que ése sea nuestro ejercicio en la oración: dolernos y confundirnos de nuestros pecados, y atender a mortificar nuestras pasiones, y a desarraigar los vicios y malas inclinaciones, y a vencer todas las repugnancias y dificultades que se nos pueden ofrecer en el camino de la virtud; y esotra oración especialísima y aventajada dejémosla para cuando el Señor fuere servido de llamarnos y levantarnos a ella. Y aun entonces, cuando nos parece que somos llamados a eso, es menester estar muy recatados y muy sobre aviso, porque suele haber en esto muchos engaños. Algunas veces piensa uno que le llama Dios a esa oración por no sé qué dulzura y suavidad o facilidad que siente en el ejercicio del amor de Dios; y no le llama, sino él se sube y entremete, porque le engaña el demonio y le ciega para que deje lo que ha menester, y no haga nada ni aproveche en uno ni en otro.

Dice muy bien un gran maestro de espíritu: Así como sería poca cordura que indiscretamente se asentase a la mesa del rey sin su mandamiento y conciencia aquel a quien el mismo rey le hubiese encomendado que asistiese a ella y le sirviese; así hace muy mal y descomedidamente aquel que se quiere entregar del todo al ocio dulce de la contemplación, no siendo con evidencia llamado del mismo Dios para ello. Y San Buenaventura da en esto un consejo muy bueno. Dice que se ejercite uno en lo que es seguro y provechoso, que es en extirpar de sí los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes; porque éste es un camino muy llano y muy seguro, en el cual no puede haber engaño, sino que mientras más tratare uno de la mortificación, humillación y resignación, más agradará a Dios, y más merecerá delante de Él; y en esos otros modos exquisitos y extraordinarios, dice San Buenaventura, suele haber muchos engaños y muchas ilusiones del demonio, porque muchas ve-

ces piensa uno que es Dios lo qué no es Dios, y que es mucho lo que es nada. Y así, esto se ha de examinar por aquello, y no aquello por esto; la cual es común doctrina de loa Santos, como luego veremos.

CAPÍTULO 6

En que se declara y confirma más esta doctrina.

Para mayor confirmación y declaración de esta doctrina, advierten aquí los Santos y maestros de la vida espiritual que para venir a aquella oración y contemplación alta que decíamos, es menester mucha mortificación de nuestras pasiones, y fundarse uno primero muy bien en las virtudes morales, y ejercitarse mucho tiempo en ellas; y si no, dicen que será en vano pretender entrar en esa contemplación, y hacer profesión de ella. [Conviene, dicen, que seas] Jacob que lucha, antes que Israel, que ve a Dios y dice: *Vi a Dios cara a cara*] (Gen 32, 30). Primero es menester que seáis luchador muy fuerte y venzáis vuestras pasiones y malas inclinaciones, si queréis; llegar a aquella unión íntima con Dios.

Dice Blosio que el que quiere llegar a un grade muy excelente del divino amor, y no procura con gran diligencia corregir y mortificar sus vicios y desechar de sí el desordenado amor de las criaturas, es semejante al que estando cargado de plomo y de hierro, y teniendo atadas las manos y los pies, quiere subir al un árbol muy alto. Y así avisan a los maestros de espíritu que antes que traten de esta contemplación a los que enseñan, han de hacerles que traten primero de mortificar muy bien todas sus pasiones, y de adquirir los hábitos de las virtudes, de la paciencia, de la humildad, de la obediencia, y que se ejerciten mucho en eso; lo cual llaman ellos vida activa, que ha de ser primero que la contemplativa; porque, por falta de esto, muchos que no fueron por estos pasos, sino que se quisieron subir a la contemplación sin orden, después de muchos años de oración se hallan muy vacíos de virtud, impacientes, airados, soberbios, que en tocándoles en algo de esto, luego vienen a reventar con impaciencia en palabras desordenadas, con que descubren bien su imperfección e inmortificación.

Lo cual declaró muy bien nuestro Padre General Everardo Me-

curiano, en una carta que acerca de esto escribió, por estas palabras: Muchos, más con falta de discreción que con deseo de ir adelante, oyendo decir que hay otro ejercicio de oración más alto, de amor de Dios, de unos actos analógicos, de no sé qué silencio, se han querido subir al ejercicio de la vida unitiva antes de tiempo, oyendo decir que es ejercicio más heroico y más perfecto, y que con él se vencen recen los vicios y alcanzan las virtudes más fácil y suavemente; y porque se subieron a eso antes de tiempo, han perdido en eso mucho tiempo, y han andado poca tierra; y al cabo de muchos años se hallan tan vivos en sus pasiones, tan enteros en sus aficiones, tan amigos de su regalo, como si ningún trato ni comunicación tuvieran con Dios; tan enteros en su propia voluntad, tan difíciles en sujetar su propio juicio, cuando los superiores han querido disponer de ellos en lo que a ellos no les agradaba o no era según su dictamen, como el día primero. Y la causa de esto es porque quisieron volar antes de tener alas; saltaron y atrancaron el camino, y no fueron por los pasos que habían de ir; no se fundaron primero en la mortificación ni en el ejercicio de las virtudes; y así sin fundamento, no pudieron edificar buen edificio; fabricaron sobre arena, y así faltan al mejor tiempo.

Para que se vea cuán verdadera y cuán común y general es esta doctrina, esto es lo que dicen comúnmente los Santos, cuando ponen aquellas tres partes o tres maneras de oración según las tres vías que llaman purgativa, iluminativa y unitiva, que es doctrina sacada de San Dionisio Areopagita, y de él la tomó San Gregorio Nacienceno y todos los demás que tratan de cosas espirituales. Dicen y convienen todos en esto, que antes de tratar de esta oración tan alta y tan encumbrada, la cual corresponde a la vía unitiva, habemos de tratar de lo que pertenece a la vía purgativa *e* iluminativa. Primero es menester ejercitarnos en el dolor y arrepentimiento de los pecados, y desarraigar de nosotros los vicios y malas inclinaciones, y en adquirir las verdaderas virtudes, imitando a Cristo, en quien resplandecen; porque si quisiésemos pasar adelante sin eso, sería ir sin fundamento, y así siempre quedaríamos mancos; como el que quiere pasar a la clase de mayores sin haberse fundado bien en la de menores, y subir al escalón postrero sin pasar por el primero.

CAPÍTULO 7

De la oración mental ordinaria.

Dejada aparte la oración especialísima y extraordinaria, pues no podemos enseñar ni declarar lo que es, ni de la manera que es, ni está en nuestra mano tenerla, ni nos la manda Dios tener, ni nos pedirá cuenta de eso; trataremos ahora de la oración mental ordinaria y común que se puede en alguna manera enseñar, y alcanzar con trabajos y consejos, ayudados de la gracia del Señor.

Entre las demás mercedes y beneficios que nos ha hecho el Señor en la Compañía, ha sido éste muy particular, que nos ha dado el modo de oración que habemos de tener, aprobado por la Sede Apostólica, en el libro de los Ejercicios Espirituales de nuestro santo Padre Ignacio, como consta del Breve que está al principio de ellos, en el cual la Santidad de Paulo tercero, después de haberlos hecho examinar con mucha exacción, los aprueba y confirma diciendo ser muy útiles y saludables, y exhorta mucho a todos los fieles que se ejerciten en ellos. Nuestro Señor comunicó a nuestro Padre este modo de oración, y él nos lo comunicó a nosotros con el mismo orden que nuestro Señor se le comunicó a él. Y así, habemos de tener grande confianza en Dios, que por este camino y modo que Él nos ha dado, nos ayudará y hará mercedes; pues con él ganó a nuestro Padre y a sus compañeros, y después acá a otros muchos, y ahí le comunicó el modo y traza de la Compañía, como él lo dijo; y no habemos de buscar otros caminos ni otros modos extraordinarios de oración, sino procurar amoldarnos al que ahí tenemos, como buenos y verdaderos hijos.

En el *ejercicio de las tres potencias,* que es el primero de los ejercicios, nos enseña nuestro Padre el modo que se ha de tener en la oración en todos los demás ejercicios. Y es que en cualquier punto que tomáremos entre manos, habemos de ir ejercitando las tres potencias de nuestra ánima: memoria, entendimiento y voluntad. Lo primero, poniendo con la memoria delante de los ojos del entendimiento el punto o misterio sobre el cual queremos tener oración, y luego entrar con el entendimiento discurriendo, meditando y considerando aquellas cosas que más nos ayudaren para mover nuestra voluntad, y luego se han de seguir los afectos de la voluntad. Y esto

tercero es lo principal y en lo que habemos de parar; porque ése es el fin de la meditación y el fruto que se ha de sacar de todas las consideraciones y discursos del entendimiento. Todo eso se ordena para mover la voluntad al deseo de lo bueno y aborrecimiento de Io malo. Por esto se le dio a este ejercicio ese nombre de las tres potencias, por ser el primero en que se nos enseña este modo de oración, porque en lo demás, en todos los ejercicios siguientes se han de ejercitar también las tres potencias del ánima, como en éste.

Este modo de oración, que nos enseña aquí nuestro Padre y usa la Compañía, no es singular ni con invenciones acomodadas a ilusiones, como lo son algunos otros; antes es modo muy común y muy usado de los Padres antiguos, y muy conforme a la naturaleza humana, que es discursiva y racional, y por razón se gobierna y con razón se persuade, convence y rinde; y por consiguiente, es más fácil, más seguro y fructuoso. De manera que no habemos de estar en la oración a modo de dejados o alumbrados, sin hacer nada, que sería ése engaño y error grande, sino habemos de llamar allí a Dios mediante el ejercicio de nuestras potencias, y cooperar juntamente con Él; porque quiere Dios cooperación de sus criaturas, y esto es lo que nos enseña nuestro Padre en el libro de los Ejercicios.

Otros modos que hay de oración, quitando el discurso, usando de negaciones, con ciertos silencios, tomados de la mística teología, comúnmente no deben enseñarse, ni aun buscarse, como dijimos arriba; y gente nueva, que no tiene mucho hecho en el conocimiento de sus pasiones y ejercicio de virtudes; puesta en estos modos particulares, esta sujeta a ilusiones y engaños, y cuando piensan que tienen algo ganado, se hallan con todas sus pasiones enteras, las cuales con aquel cebo y gusto de la oración estaban corno adormecidas, y después despiertan con mucho peligro. Y también en estos modos retirados y particulares se cría una dureza de juicio, disposición para cualquier engaño; y así la temía nuestro Santo Padre Ignacio, porque decía que comúnmente los tales tenían algo de esto.

Digo, pues, que lo primero que habemos de hacer en la oración, en cualquier punto que tomáremos entre manos, ha de ser poner con la memoria delante el punto o misterio sobre el cual queremos tener oración. Lo segundo, ha de ser entrar meditando, que es ir discurriendo con el entendimiento, considerando y ponderando las particularidades de aquel Misterio; y luego se han de seguir los afectos de la voluntad. De manera, que la memoria propone, y luego ha de entrar

el discurso y meditación del entendimiento; porque ése es el fundamento de donde han de manar todos los actos y ejercicios que hacemos en la oración, y en virtud de eso se hace en la oración todo lo demás. La razón de esto está clara en buena filosofía; porque nuestra voluntad es una potencia ciega, que no puede dar paso sin que el entendimiento vaya adelante. Esa es máxima común de los filósofos; no puede querer cosa la voluntad que no hoya pasado primero por el entendimiento, que es el paje de hacha que va delante alumbrando la voluntad y guiándola, y descubriendo lo que ha de querer o aborrecer.

Y así dice San Agustín: [Se puede amar lo que no se ve con los ojos; mas no así lo que no se conoce]. Y San Gregorio dice: [Nadie puede amar lo que absolutamente ignora]. Bien podemos amar las cosas que no vemos; sin embargo, aquello, de lo cual no tenemos algún conocimiento, no lo podemos amar, porque el objeto de la voluntad es el bien entendido. Por eso amamos y queremos alguna cosa, porque la aprehendemos por buena y por digna de ser amada; y al contrario, por eso la aborrecemos y huimos de ella, porque la juzgamos y aprehendemos por mala y por digna de ser aborrecida. Y así, cuando queremos que uno mude su voluntad y propósito, le persuadimos con razones y procuramos de convencerle el entendimiento que aquello que quiere hacer no conviene ni es bueno, y que lo otro es lo mejor y lo que le conviene, para que así deje lo uno y abrace lo otro. De manera que el acto y discurso del entendimiento es fundamento para los demás actos y ejercicios que hacemos en la oración, y por eso es tan necesaria la meditación; lo cual iremos declarando más en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO 8

De la necesidad de la meditación.

Hugo de San Víctor dice que no puede ser perfecta la oración si no precede o la acompaña la meditación. Y es doctrina de San Agustín, el cual dice que la oración sin meditación es tibia. Pruébalo muy bien, porque si uno no se ejercita en conocer y considerar su miseria y flaqueza, andará engañado y no sabrá pedir en la oración lo que le conviene, ni lo pedirá con el calor que conviene. Muchos,

por no conocerse, ni considerar sus faltas, andan muy engañados y presumen de sí lo que no presumieran si se conocieran, y así tratan en la oración otras cosas diferentes de las que han menester. Pues si queréis saber orar y pedir a Dios lo que os conviene, ejercitaos en considerar vuestras faltas y miserias, y de esa manera sabréis lo que habéis de pedir; y considerando y entendiendo vuestra grande necesidad pediréis con calor y como lo habéis de pedir; como lo hace el pobre necesitado que conoce y entiende bien su necesidad y pobreza.

San Bernardo, tratando que a la perfección no habemos de subir volando, sino andando, dice que el andar y subir a la perfección ha de ser con estos dos pies, meditación y oración; porque la meditación nos muestra lo que nos falta, y la oración lo alcanza; la meditación nos muestra el camino, y la oración nos lleva allá; finalmente, con la meditación conocemos los peligros que nos cercan, y con la oración nos escapamos y libramos de ellos. De aquí viene a decir San Agustín que la meditación es principio de todo bien; porque quien considera cuán bueno es Dios en sí, y cuan bueno y misericordioso ha sido para con nosotros, cuánto nos ha amado, cuánto ha hecho y padecido por nosotros, luego se enciende en amor de tan buen Señor; y quien mira bien sus culpas y miserias, viene a humillarse y tenerse en poco; y quien considera cuán mal ha servido a Dios y lo mucho que le ha ofendido, siéntese digno de cualquier pena y castigo; y de esta manera con la meditación se viene a enriquecer el alma de todas las virtudes.

Por esto se nos encomienda tanto en la sagrada Escritura la meditación. *Bienaventurado el varón que medita de día y de noche en la ley del Señor,* dice el Profeta David (Sal 1, 2). *Ese tal será como árbol plantado junto a las corrientes de las aguas, que dará mucho fruto.* [*Bienaventurados los que escudriñan sus mandamientos y le buscan con todo su corazón*] (Sal 118, 2). Esos son los que le buscan de todo corazón, y eso les hace que le busquen. Y así, eso decía el Profeta a Dios para guardar su ley (*Sal.;* 118, 34): [*Dame, Señor, entendimiento, y escudriñaré tu ley y la guardaré con todo mi corazón*]. Y por el contrario, dice (Sal118, 92): *Si no fuera por la meditación ordinaria que tengo en vuestra ley, ya por ventura hubiera perecido en mi humildad;* esto es, *en mis aprietos y trabajos,* como declara San Jerónimo. Y así, una de las mayores alabanzas que ponen los Santos de la meditación y consideración, o la mayor, es que

ella es una grande ayudadora de todas las virtudes y de todas las buenas obras. [Es, dice Gerson, hermana de la lección, ama de la oración; guía de la obra, perfección y juntamente consumación de todas las cosas].

Para que por el un contrario se acabe de conocer mejor el otro, una de las principales causas de todos los males que hay en el mundo es falta de consideración, conforme a aquello del Profeta Jeremías (12, 11): [*Asolada y destruida está toda la tierra; porque no hay quien se pare a pensar con atención).* La causa de por qué está tan asolada la tierra en lo espiritual, y hay tantos pecados en el mundo, es porque apenas hay quien entre dentro de sí y se pare a pensar y revolver en su corazón los misterios de Dios. Porque ¿quién se atrevería a cometer un pecado mortal si considerase que murió Dios por el pecado; y que es tan grande mal, que fue menester que se hiciese Dios hombre para que de todo vigor de justicia satisficiese por él? ¿Quién se atrevería a pecar si considerase que por un solo pecado mortal castigó Dios con infierno para siempre jamás? Si se pusiese uno a pensar y a ponderar aquel [*Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno*] (Mt 25, 41), aquella eternidad, aquel para siempre jamás, y que mientras Dios fuere Dios ha de arder en los infiernos, ¿quién habría que por un deleite de un momento escogiese tormentos eternos?

Decía Santo Tomás de Aquino que una cosa no podía él entender: cómo era posible que el que estaba en pecado mortal se pudiese reír y tener contento. Y tenía mucha razón, porque sabe de cierto que si muriese, se iría al infierno para siempre jamás, y no tiene seguro un momento de vida. Estaba el otro en banquetes y en grandes músicas y regocijos, y porque tenía sobre la cabeza una espada desnuda colgada de un hilo, estaba temblando cuándo caería, y nada le daba gusto; ¿qué será al que le amenaza, no solamente la muerte temporal, sino la eterna, que depende de un hilito de la vida, que se puede caer allí muerto de repente, y acostarse bueno y sano, y amanecer en el infierno? Un siervo de Dios decía a este propósito que le parecía a él que en la república cristiana no había de haber más de dos cárceles: una de la santa Inquisición y otra de locos: porque, o cree uno que hay infierno para siempre jamás para el que peca, o no; si no lo cree, llévenle a la Inquisición por hereje; se lo cree, y con todo eso se quiera estar en pinado mortal, llévenle a la casa de los locos; porque ¿qué mayor locura puede ser que ésa? No hay duda sino que si uno considerase con atención estas cosas, le sería gran

freno para no pecar. Por eso procura el demonio con tanta diligencia impedirnos esta meditación y consideración.

Lo primero que hicieron los filisteos en cogiendo a Sansón fue sacarle los ojos (Jud 16, 21); así, el demonio eso es lo primero que procura con el pecador, ya que no le puede quitar la fe, procura que de esa manera crea, como si no creyese; procura que no considere ni que cree, ni repare en ello más que si no lo creyese; ciérrale los ojos, que es lo mismo para él. Porque así como no aprovecha nada abrir los ojos si estáis en lo oscuro, porque no veréis nada, así, dice San Agustín, no aprovechará nada estar en lo claro si tenéis cerrados los ojos, porque tampoco veréis nada. Pues por esto es de tanta importancia la meditación y oración mental, que hace abrir los ojos.

CAPÍTULO 9

De un bien y provecho grande que habemos de sacar de la meditación, y cómo se ha de tener para aprovecharnos de ella.

Muy bueno es ejercitarnos en la oración, en afectos y deseos de la voluntad, de lo cual trataremos luego; pero es menester que esos afectos y deseos vayan bien fundados en razón, porque el hombre es racional y quiere ser llevado por razón y por vía de entendimiento. Y así, una de las cosas principales a que se ha de ordenar y enderezar la meditación ha de ser para quedar muy desengañados y enterados en las verdades y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene. Suelen acá decir, cuando uno se reduce a una vida buena y concertada: está desengañado. Pues este desengaño ha de ser uno de los frutos principales que habemos de procurar sacar de la oración. Y se debe notar mucho este punto, porque es muy principal en esta materia; y especialmente a los principios es menester que se ejercite uno más en esto, para que vaya bien fundado y enterado en las verdades.

Para que mejor podamos sacar esto de la meditación y sea ella de mucho fruto, es menester que no se haga superficialmente ni de corrida, ni muerta y flojamente, sino con viveza y con mucha atención y reposo. Habéis de meditar y considerar muy despacio y con mucho sosiego la brevedad de la vida y la fragilidad y vanidad de las cosas del mundo, y cómo con la muerte se acaba todo, para que así me-

nospreciéis todas las cosas de acá, y pongáis todo vuestro corazón en lo que ha de durar para siempre. Habéis de considerar y ponderar muchas veces cuán vana cosa es la estima y opinión de los hombres que tanta guerra nos hace, pues no os quita ni os pone nada, ni os puede eso hacer mejor ni peor, para que vengáis a menospreciarla y a no hacer caso de eso; y así de todo lo demás. De esta manera se va uno desengañando y convenciendo y resolviendo en lo que le conviene, y se va haciendo hombre espiritual (Lam 3, 28): [*Se asientará en la soledad y callará, porque ¿aventó a sí sobre sí*]; se va levantando sobre sí y va cobrando un corazón generoso y menospreciador de todas las cosas del mundo, y viene a decir con San Pablo (Flp 3, 8): *Lo que antes tenía por ganancia, tengo ahora por pérdida y por estiércol para ganar a Cristo*.

Hay mucha diferencia de meditar a meditar, y conocer a conocer; porque de una manera conoce el sabio una cosa, y de otra el simple e ignorante; el sabio la conoce como ella es de verdad, mas el simple conoce solamente la apariencia de fuera. Como una piedra preciosa, si la halla una persona simple, la codicia por el resplandor y hermosura exterior de ella, y no por otra cosa, porque no conoce su valor; mas el lapidario sabio, que halla la tal piedra preciosa, la codicia mucho, no por el resplandor y hermosura de fuera, sino porque conoce bien el valor y virtud de ella. Pues ésa es la diferencia que hay del que sabe meditar y considerar los misterios divinos y las cosas espirituales, al que no sabe: que éste mira las cosas superficialmente y como por de fuera, y aunque le parecen bien por el lustre y resplandor que en ellas ve, no se mueve mucho al deseo de ellas; pero el que sabe meditar y ponderar esas cosas, se desengaña y resuelve: como conoce bien el valor del tesoro escondido y de la margarita preciosa que ha hallado, todo lo menosprecia y tiene en poco en su comparación (Mt 13, 46): [*Se fue y vendió cuanto tenía y la compró*].

Esta diferencia nos declara Cristo nuestro Redentor en el Evangelio, en la historia de aquella mujer que padecía flujo de sangre. Cuentan los sagrados Evangelistas que yendo el Redentor del mundo a sanar o resucitar aquella hija del príncipe de la Sinagoga, iba tanta gente con El, que le apretaban; le vio pasar una mujer que padecía flujo de sangre de hacía doce años, y había gastado toda su hacienda en médicos, y no la habían podido sanar, antes se hallaba peor; y con el deseo que tenía de alcanzar la salud, rompe por medio de la gente con grande fe y confianza: [*Pues decía dentro de sí mis-*

ma]*: Si tocare tan solo el ruedo y orilla de su vestidura, seré sana.* Llega y toca, y luego se secó aquella fuente de sangre que corría. Se vuelve Cristo nuestro Redentor y dice: ¿Quién me ha tocado? Le dice San Pedro y los demás discípulos: Maestro, *os está apretando tanta gente, y decís ¿quién me ha tocado?* [*Alguno me ha tocado, porque Yo sé que ha salido virtud de mí*]. Ni digo eso, dice Cristo, sino que alguno me ha tocado, no de manera que la demás gente, sino de otra manera más particular, porque Yo he sentido que ha salido virtud de Mí. Ahí está el punto, eso es, tocar a Cristo, y eso es lo que Él pregunta; que de eso otro tocar a bulto, como el vulgo y la demás gentes toca, no hay que hacer caso.

Pues en esto está todo el negocio de la meditación, ha tocar a Cristo y sus misterios, de manera que sintamos en nosotros la virtud y fruto de ellos; y para esto importa mucho que vayamos en la meditación con atención, rumiando y desmenuzando las cosas muy despacio. Lo que no se masca, ni amarga ni da sabor; por eso el enfermo se traga la píldora entera, para que no le amargue. Pues por eso también no le amarga al pecador el pecado, ni la muerte, ni el juicio, ni el infierno, porque no desmenuza esas cosas, sino se las traga enteras, tomándolas a bulto y a carga cerrada; y por eso tampoco os da a vos gusto ni sabor el misterio de la Encarnación, y de la Pasión y Resurrección, y de los demás beneficios de Dios, porque no los desmenuzáis, ni rumiáis, ni ponderáis como debéis: mascad vos y desmenuzad el granito de mostaza o pimienta, y veréis cómo quema y os hace saltar la lágrima.

CAPÍTULO 10

De otros bienes y provechos que hay en la meditación.

Otro bien y provecho grande dice Santo Tomás que hay en la meditación, y es que de ella nace verdadera devoción, cosa tan importante en la vida ritual y tan deseada de todos los que caminan ella. Devoción no es otra cosa sino una prontitud y presteza de la voluntad para todo lo bueno, y así, varón devoto es el que está pronto y dispuesto para todo bien; y es doctrina común de los Santos. Pues dice Santo Tomás que dos causas hay de esta devoción: una extrínseca y principal, que es Dios; otra intrínseca de parte nuestra, que es la

meditación; porque esa voluntad pronta para las cosas de virtud nace de la consideración y meditación del entendimiento; porque ésa es la que, después dé la gracia de Dios, mueve y enciende ese fuego en nuestro corazón, de manera que no está la verdadera devoción y el fervor de espíritu en la dulzura y gustó sensible que experimentan y sienten algunos en la oración, sino en tener una voluntad pronta y dispuesta para todas las cosas del servicio de Dios. Y ésta es la devoción que dura y permanece; que esa otra, luego se acaba, porque son unos afectos de devoción sensible, que nace del deseo súbito que uno tiene de alguna cosa apetecible y amable, y muchas veces proviene de complexión natural, de tener una condición blanda y un corazón tierno que luego se mueve a sentimiento y a lágrimas, y en agotándose esa devoción, se suelen secar los buenos propósitos. Ese es un amor tierno, fundado en gustos y consuelos. Mientras dura aquel gusto y devoción, andará uno muy diligente y puntual, amigo del silencio y recogimiento; y en cesando; todo se acaba.

Pero los que van fundados en la verdad por medio de la meditación y consideración, convencidos y desengañados con la razón, ésos perseveran y duran en la virtud, y aunque les falten los gustos y consuelos, son los mismos que antes, porque dura la causa, que es la razón que les convenció y movió. Ése es amor fuerte y varonil; y en eso se echan de ver los verdaderos siervos de Dios y los que han aprovechado, no en los gustos y consolaciones. Suelen decir, que nuestras pasiones son como unos perrillos que están ladrando, y al tiempo de la consolación tienen las bocas tapadas; échales Dios a cada uno su pedazo de pan con que están quietas, y no piden nada; pero quitado ese pan de la consolación, ladra una y ladra otra, y así entonces se ve lo que es cada uno. Comparan también los gustos y consolaciones a los bienes muebles que se gastan presto, y las virtudes sólidas a los bienes raíces que duran y permanecen, y así son de mayor estima.

De aquí nace una cosa que la experimentamos muchas veces, y es digna de consideración. Vemos algunas personas que por una parte tienen en la oración grandes consuelos, y después en las ocasiones y tentaciones las vemos flacas y aun caídas; y, por el contrario, vemos otras que padecen grandes sequedades en la oración y no saben qué cosa es consuelo ni gusto, y por otra parte las vemos muy fuertes en las tentaciones y lejos de caer. La causa de esto es la que vamos diciendo; que aquéllos iban fundados en gustos y sentimien-

tos; pero estos otros van fundados en razón, quedan desengañados, convencidos y enterados en la verdad, y con eso duran y perseveran en lo que una vez se persuadieron y resolvieron. Y así, uno de los medios que se suele dar para perseverar en los buenos propósitos que tenemos en la oración y ponerlos por obra, y muy bueno, es que procure uno conservar el motivo y la razón que le causó entonces aquel buen propósito y deseo, porque lo que entonces le movió a desearlo le ayudará después a conservarlo y ponerlo por obra. Y aun hay más en esto, que cuando uno se va desengañando y convenciendo de esta manera en la oración, aunque después no se le acuerde, en particular el medio, o razón que entonces le movió, en virtud de aquel desengaño y de aquella resolución que allí tomó convencido de la verdad y de la razón, queda firme y fuerte para resistir después a la tentación y perseverar en la virtud.

Por esto Gerson estima tanto la meditación, que, consultado qué ejercicio sería más útil y provechoso al religioso que está recogido en su celda, la lección, o la oración vocal, o alguna obra de manos, o vacar a la meditación, responde que, salva siempre la obediencia, lo mejor será vacar a la meditación. Y da esta razón, porque aunque con la oración vocal y con la lección espiritual sienta por ventura uno de presente mayor devoción y provecho, que con la meditación; mas en quitando el libro de delante, o en dejando de hablar, se suele acabar también aquella devoción. Pero la meditación le aprovecha y dispone más para adelante; y por eso dice que es menester que nos acostumbremos a la meditación, para que aunque falten los libros, la meditación sea nuestro libro, y así no falte la verdadera devoción.

CAPÍTULO 11

Del modo que se ha de tener en la oración, y el fruto que habemos de sacar de ella.

[*Se enardeció mi corazón dentro de mí, y con mi meditación se encenderá fuego*] (Sal 38, 4). En estas palabras nos declara el Profeta David el modo qui habemos de tener en la oración, conforme a la explicación de muchos doctores y santos, los cuales declaran este lugar del fuego de la caridad y amor de Dios y del prójimo, que con la

meditación de las cosa celestiales se encendía y ardía en el pecho del real Profeta. Mi corazón, dice, cobró calor y se encendió allá dentro. Ese es el efecto de la oración. Pero ¿cómo cobró ese calor? ¿Cómo se encendió ese fuego allí dentro en el corazón? ¿Sabéis cómo? Con la meditación: [*Y con mi meditación se encenderá fuego*]; ése es el medio y el instrumento para encender ese fuego de manera que la meditación —dice San Cirilo Alejandrino— es como el dar con el eslabón en el pedernal para que salga fuego. Con el discurso y meditación del entendimiento habéis de dar golpes en ese pedernal duro de vuestro corazón, hasta que se encienda en amor de Dios y en deseo de la humildad y de la mortificación y de las demás virtudes, y no habéis de parar hasta sacar y encender en él este fuego.

Aunque la meditación es muy buena y necesaria, pero no se nos ha de ir toda la oración en discursos y consideraciones del entendimiento, ni habemos de parar ahí, porque eso más sería estudio que oración; sino todas las meditaciones y consideraciones que tuviéremos, las habemos de tomar por medio para despertar y encender en nuestro corazón los afectos y deseos de las virtudes. Porque la bondad y santidad de la vida cristiana y religiosa no consiste en los buenos pensamientos e inteligencia de cosas santas, sino en las virtudes sólidas y verdaderas, y especialmente en los actos y operaciones de ellas, en las cuales, como dice Santo Tomás, está la última perfección de la virtud. Y así, en eso principalmente habemos de insistir y ocuparnos en la oración.

Este se ha de tener por primer principio en esta materia. Aun allá dijo el otro filósofo, y lo trae Gerson: Andamos inquiriendo e investigando qué sea la virtud, no para saber, sino para ser buenos - y virtuosos. Aunque es necesaria la aguja para coser, pero no es ella la que cose, sino el hilo, y así indiscreto sería el que todo el día gastase en entrar y sacar la aguja sin hilo, porque sería trabajar en vano; pues eso hacen los que en la oración todo es entender y meditar, y poco amar. La meditación ha de ser como la aguja, que entra ella primero, pero para que entre tras ella el hilo del amor y afición de la voluntad, con la cual nos habemos de unir y juntar con Dios.

Nuestro Padre nos advierte de esto mismo muy en particular y nos lo repite muchas veces en el libro de los Ejercicios Espirituales. Después de haber puesto los puntos que habemos de meditar con algunas breves consideraciones, dice luego: «Y referirlo todo a mí, para sacar algún fruto.» En eso está el fruto de la oración, en saber

referir y aplicar cada, uno a sí, y para su propio provecho, lo que medita, conforme a lo que ha menester. Dice muy bien el glorioso Bernardo: Así como el sol no a todos los que alumbra calienta, así la ciencia y la meditación, aunque enseña lo que se ha de hacer, no a todos mueve y aficiona a hacer lo que enseña. Y una cosa es el tener noticia de muchas riquezas y otra el poseerlas; lo que hace ricos no es tener noticias de las riquezas, sino el poseerlas. Así, dice, una cosa es conocer a Dios, y otra temer y amar a Dios; y el conocer muchas cosas de Dios, no nos hace verdaderos sabios ni ricos, sino el temer y amar a Dios. Traen también otra buena comparación para esto: Así como al que tiene hambre le aprovechará poco ponerle delante una mesa muy espléndida de muchos y muy buenos manjares, si no come de ellos; así, al que tiene oración le aprovechará poco tener delante de sí una mesa muy rica y abundante de muchas y may excelentes consideraciones, si no come, aplicándola a sí con la voluntad para aprovecharse de ellas.

Descendiendo en esto más en particular, digo que lo que habemos de sacar de la meditación y oración ha de ser afectos y deseos santos, que se forman primero interiormente en el corazón, para que después, a su tiempo, salgan en obra. El bienaventurado San Ambrosio dice que el fin de la meditación es la obra. Aquellos santos y misteriosos animales que vio el Profeta Ezequiel (1, 8), entre otras condiciones, dice que tenían alas, y debajo de ellas manos de hombre, para darnos a entender que el volar y discurrir como el entendimiento ha de ser para obrar. Pues habemos de sacar de la oración afectos y deseos de humildad, despreciándonos a nosotros mismos y deseando ser despreciados de otros; deseos de padecer penas y trabajos por amor de Dios, y holgarnos con los que de presente tenemos; afectos de la pobreza de espíritu, deseando que lo peor de casa sea para nosotros; y que aun en las cosas necesarias nos falte algo; dolor y contrición de los pecados y propósitos firmes de antes reventar que pecar; agradecimiento de los beneficios recibidos; resignación verdadera y entera en las manos de Dios; y, finalmente, deseo de imitar a Cristo nuestro Redentor y Maestro en todas las virtudes que resplandecen en Él. Y a esto se ha de enderezar y ordenar nuestra meditación, y ése es el fruto que habemos de sacar de ella.

De aquí se sigue que, pues la meditación y discurso del entendimiento lo tomamos como medio para mover la voluntad a estos afectos, y ése es el fin de todo este negocio, que tanto habemos de

usar de la meditación y discurso del entendimiento, cuanto fuere menester para esto y no más, porque los medios se han de proporcionar y medir con su fin. Y así, en sintiendo aficionada y movida la voluntad con algún afecto de alguna virtud, como con dolor de pecados, desprecio del mundo, amor de Dios, deseo de padecer por Él u otro semejante, luego habemos de cortar el hilo del discurso del entendimiento como quien quita a los arcos o puentes las cimbras de madera, y elementos y hacer pausa en ese afecto y deseo de la voluntad, hasta satisfacernos y embeberle muy bien en nuestra ánima.

Este es un aviso muy importante, y nos le pone nuestro Padre en el libro de los Ejercicios Espirituales, donde dice que en el punto que halláremos la devoción y sentimiento que deseamos, ahí paremos y en eso nos detengamos, sin tener ansia de pasar a otra cosa, hasta que quedemos satisfechos. Así como el hortelano cuando riega una era, en comenzando a entrar el agua en ella, detiene el hilo de la corriente y deja empapar y embeber el agua por las entrañas de la tierra seca, y hasta que está bien empapada y embebida, no pasa adelante así, en comenzando a entrar el agua del buen afecto y deseo en nuestra ánima, que es como una tierra sin agua, como dice el Profeta (Sal 142, 6): [*Mi alma, Señor, está como tierra sin agua delante de Ti*], habemos de detener la corriente del discurso del entendimiento, y estarnos gozando de ese riego y afecto de la voluntad cuanto pudiéremos, hasta que se embeba y empape en el corazón, y quedemos bien satisfechos.

El bienaventurado San Crisóstomo trae otra comparación buena para declarar esto. ¿No habéis visto, dice, cuando un corderillo va a buscar los pechos de su madre, que no hace sino dar una vuelta por aquí y otra por allí, y ahora toma la ubre y luego la deja pero en comenzando a venir el golpe de la leche, luego para y con sosiego está gozando de ella? Así, es en la oración, antes que venga el rocío del Cielo, anda el hombre discurriendo de aquí para allí; pero en viniendo aquel rocío celestial, luego habemos de parar y gozar de aquella suavidad y dulzura.

CAPÍTULO 12

De cuánta importancia sea el detenernos en los actos y afectos de la voluntad.

Es de tanta importancia el detenernos y hacer pausa en los actos y afectos de la voluntad, y tanto lo estiman los Santos y los maestros de la vida espiritual, que dicen que en esto consiste la buena y perfecta oración y aun lo que llaman contemplación, cuando ya el hombre no busca con la meditación incentivos de amor, sino goza del amor hallado y deseado, y descansa en él como en el término de su adquisición y deseo, diciendo con la Esposa en los Cantares (3, 4): *He hallado al que ama mi ánima, le tengo y no le dejaré.* Y esto es lo que dice allí también la misma Esposa (5, 2): *Yo duermo, pero mi corazón esta velando:* porque en la perfecta oración está como adormecido el entendimiento, porque ha dejado el discurso y especulación, y la voluntad está velando y derritiéndose en amor de su Esposo. Y le agrada tanto al Esposo este sueño en su Esposa, que manda que se le guarden y no la despierten de él hasta que ella quiera (3, 5): [*Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras montesas y por los ciervos de los campos, que no despertéis ni hagáis recordar a mi amada, hasta que ella quiera*].

De manera que la meditación y todas las demás partes que ponen de la oración se ordenan y enderezan esta contemplación, y son como unos escalones por donde habemos de subir a ella. Así lo dice San Agustín en un libro que llama Escala del Paraíso: La lección busca, la meditación halla, la oración pide; pero la contemplación gusta y goza de aquello que buscó y pidió y halló. Y trae aquello del Evangelio (Mt 7, 7): *Buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá.* Dice San Agustín: Buscad leyendo y hallaréis meditando; llamad orando, y se os abrirá contemplando.

Y así, advierten los Santos, y lo trae San Alberto Magno, que ésta es la diferencia que hay entre la, contemplación de los fieles católicos y de los filósofos gentiles: que la contemplación de los filósofos toda se ordena a perfeccionar el entendimiento con el conocimiento de las verdades conocidas, y así para en el entendimiento, porque ése es su fin, saber y conocer más y más; pero la contemplación de los católicos y de los Santos, de que ahora tratamos, no para en el entendimiento, sino pasa adelante, a regalar y mover la voluntad, y a inflamarla y encender en el amor de Dios, conforme a aquello de la Esposa (Cant 5, 6): *Mi ánima se derritió en hablando mi amado.* Y notó esto muy bien Santo Tomás tratando de la contemplación; dice que aunque la contemplación esencialmente consiste en el entendimiento, pero que su última perfección está en el amor y afecto de la voluntad;

de manera que el intento y fin principal de nuestra contemplación ha de ser el afecto de la voluntad y el amor de Dios.

De esta manera dice San Agustín que nos enseñó a orar Cristo nuestro Redentor en el Evangelio cuando dijo (Mt 6, 7): *Cuando oréis, no habléis mucho.* Dice San Agustín: Una cosa es hablar mucho y discurrir y conceptuar mucho con el entendimiento, y otra cosa es detenernos mucho en el amor y afectos de la voluntad. Lo primero es lo que se ha de procurar excusar en la oración, porque eso es hablar y parlar mucho; y este negocio de la oración, dice el Santo, no es negocio de muchas palabras. No se negocia con Dios en la oración con retóricas, ni con abundancia de discursos y delicadezas de pensamientos y razones, sino con lágrimas y gemidos; y co suspiros y deseos del corazón, conforme a aquello del Profeta Jeremías (Lam 2, 18): *No calle la niñeta de tu ojo.*

Pregunta San Jerónimo sobre estas palabras: Cómo dice el Profeta: *No calle la niñeta de tu ojo* ¿La lengua no es la que habla? ¿Cómo pueden hablar las niñetas de los ojos? Responde el Santo: Cuando derramamos lágrimas delante de Dios, entonces se dice que las niñas de los ojos dan voces a Dios; como aunque no hablemos palabra con la lengua, podemos clamar a Dios con el corazón, como dice San Pablo (Gal 4, 6): [*Envió Dios el espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual está clamando: Padre, Padre*]. Y en el Éxodo (14, 15) dijo Dios a Moisés: *¿Para qué clamas?* Y no hablaba palabra, sino dentro de su razón oraba con tanto fervor y eficacia, que le dice Dios: ¿Para qué me das voces? Pues de esa manera habemos nosotros de dar voces a Dios en la oración, con los ojos: *No calle la niñeta de tu ojo;* con lágrimas y gemidos, y con suspiros y deseos del corazón.

CAPÍTULO 13

En que se satisface a la queja de los que dicen que no pueden o no saben meditar ni discutir con el entendimiento

Con esto queda respondido a una queja muy común de algunos que se congojan, diciendo que no pueden o no saben discurrir en la oración, porque no se les ofrecen consideraciones con que dilatar y extender los puntos, sino que luego se les acaba la hebra. No hay

que tener pena ninguna de eso; porque, como habemos dicho, este negocio de la oración más consiste en afectos y deseos de la voluntad, que en discursos y especulaciones del entendimientos Antes advierten aquí los maestros de la vida espiritual que es menester tener en cuenta que la meditación del entendimiento no sea demasiada, porque eso suele impedir mucho la moción y afecto de la voluntad, que es lo principal; y especialmente cuando uno se detiene en consideraciones sutiles y delicadas, se impide más esto.

Y la razón es natural, porque claro está que si una fuente no tiene más de un real de agua y tiene muchos caños, que cuanto más corriere por uno, tanto menos correrá por el otro. Pues la virtud del ánima es finita y limitada, y cuanto más se derrama por el caño del entendimiento, tanto menos corre por el de la voluntad. Y así vemos por experiencia que si el ánima está con devoción y sentimiento, y el entendimiento se desmanda con alguna especulación o curiosidad, luego se seca el corazón y se apaga aquella devoción; es que se fue desaguando la fuente por el otro caño del entendimiento, y por eso quedó seco el de la voluntad.

Y así, dice Gerson que de aquí viene que los que no son letrados, algunas veces y muchas son más devotos, y les va mejor en la oración que a los letrados, porque se desaguan menos por el entendimiento, no ocupándose ni distrayéndose en especulaciones ni en curiosidades, sino procurando luego con consideraciones llanas y sencillas mover y aficionar la voluntad; y más les mueven a ellos aquellas consideraciones humildes y caseras, y más efecto hacen en ellos que en otros las altas y delicadas. Como lo vemos en aquel santo cocinero, de quien dijimos a arriba que del fuego material que traía entre manos tomaba ocasión de acordarse del fuego eterno, y andaba con tanta devoción, que tenía don de lágrimas, en medio de sus ocupaciones.

Y se debe notar mucho este punto: sea el afecto y el deseo muy alto y muy espiritual, y no se os dé nada que el pensamiento o consideración sea bajo o común. Tenemos de esto hartos ejemplos en la sagrada Escritura, donde el Espíritu Santo, con muy llanas y comunes comparaciones, nos declara cosas muy altas y subidas. Sobre aquellas palabras (Sal 54, 7): *¿Quién me dará alas como de paloma y volaré y descansaré?* pregunta San Ambrosio: ¿Por qué desean el Profeta volar y subir a lo alto pide alas de paloma y no de otras aves, pues hay otras más ligeras que la paloma? Y responde: Por-

que sabía muy bien que para volar a lo alto de la perfección y para tener muy buena y alta oración, mejores son las alas de paloma, esto es, los simples de corazón, que los agudos y delicados entendimientos, conforme a aquello del Sabio (Prov 3, 34): A *los humildes y simples de corazón se comunica Dios.*

De manera que no hay que tener pena por no poder discurrir ni hallar consideraciones con que dilatar los puntos de la meditación. Antes dicen, y con mucha razón, que es mejor y más dichosa suerte la de aquellos a quien cierra Dios la vena de la demasiada -especulación y abre la de la afición, para que, sosegado y quieto el entendimiento, la voluntad descanse en sólo Dios, empleándose toda en el amor y gozo del sumo bien. Si nuestro Señor os hace merced que con una consideración llana y sencilla o con sólo considerar que Dios se hizo hombre, que nació en un pesebre, que se puso en una cruz por vos, os encendéis en amor de Dios y en deseo de humillaros y mortificaros por su amor, y en eso os detenéis toda la hora, y muchas horas, mejor y más provechosa oración es ésa, que si tuvierais muchos discursos y consideraciones muy altas y delicadas, porque os ocupáis y detenéis en lo mejor y más sustancial de la oración, y en lo que es el fin y el fruto de ella. De donde se entenderá el engaño de algunos, que cuando no se les ofrecen consideraciones en que detenerse les parece que no tienen buena oración, y cuando hallan muchas consideraciones, les parece que la tienen buena.

En las Crónicas de San Francisco se cuenta que dijo una vez el santo fray Gil a San Buenaventura, que era Ministro General de la Orden: Muchas gracias os dio el Señor a vosotros los letrados con que le podáis servir y loar; mas nosotros, ignorantes e idiotas, que ninguna suficiencia tenemos, ¿qué podemos hacer para agradar a Dios? Respondió San Buenaventura: Si nuestro Señor no diera otra gracia al hombre, sino que le pudiese amar, bastara ésa para que le hiciera mayores servicios, que por todas las otras juntas. Dijo el santo fray Gil: ¿Y puede un idiota amar tanto a nuestro Señor Jesucristo como un letrado? Puede, dijo San Buenaventura, una vejezuela simple amar más a nuestro Señor que un maestro en Teología. Se levantó luego el santo fray Gil con mucho fervor y se fue a la huerta a la parte que caía hacia la ciudad, y con muy grandes voces decía: Vejezuela pobre, idiota y simple, ama a tu Señor Jesucristo, y podrás ser mayor que fray Buenaventura. Y quedó arrobado en éxtasis como solía, sin moverse de aquel lugar por tres horas.

CAPÍTULO 14

De dos avisos que nos ayudarán mucho para tener buena oración y sacar fruto de ella.

Para tener bien la oración y sacar de ella el fruto que debemos, nos ayudará mucho: lo primero, que entendamos y vayamos siempre en este fundamento: que la oración no es fin, sino medio que tomamos para nuestro aprovechamiento y perfección. De manera que no habemos de parar en la oración como en término y fin, porque no está nuestra perfección en tener gran consolación y gran dulzura y contemplación, sino en alcanzar una perfecta mortificación y victoria de nosotros mismos y de nuestras pasiones y apetitos; reduciéndonos, en cuanto fuere posible, a la perfección de aquel dichoso estado de justicia original en que fuimos criados, cuando la carne y apetito estaban del todo sujetos y conformes con la razón y la razón con Dios; y la oración la habemos de tomar como medio para llegar a esto.

Así como en la fragua con el fuego se prepara el hierro blando para que le puedan labrar y doblar y hacer de él lo que quisieren, así ha de ser en la oración. Se nos hace muy dura y muy dificultosa la mortificación, y el quebrar nuestra propia voluntad y el trabajo y ocasión que se ofrece; es menester acudir a la fragua de la oración; y allí, con el calor y fuego de la devoción y con el ejemplo de Cristo, se va ablandando el corazón, para que le podamos labrar y amoldar a todo lo que fuere menester, para servir más a Dios. Ese es el oficio de la oración, y ése es el fruto que habemos de sacar de ella; y para eso son los gustos y consolaciones que el Señor suele dar en ella; no son para que paremos en ellas, sino para que con mayor prontitud y ligereza corramos por el camino de la virtud y de la perfección (Sal 118, 32).

Esto nos quiso, dar a entender el Espíritu Santo en aquello que le aconteció a Moisés cuando salía de hablar con Dios. Dice la sagrada Escritura (Exod 34. 29) que salió con un resplandor grande en el rostro, y nota que aquel resplandor era a manera de cuernos, en los cuales suele estar la fortaleza de los animales, para darnos a entender que de la oración habemos de sacar esfuerzo y fortaleza para bien obrar. Esto mismo nos enseñó Cristo nuestro Redentor con su mismo ejemplo la noche de su Pasión, acudiendo a la oración una, y

dos, y tres veces, para apercibirse para el trabajo que le estaba ya tan cercano; no porque Él tuviese necesidad, como nota San Ambrosio, sino para darnos a nosotros ejemplo. Y dice el sagrado Evangelio (Lc 22, 43) *que se le apareció allí un ángel que le confortó;* y salió tan confortado de la oración, que dice luego a sus discípulos (Mt 26, 46): *Levantaos y salgamos a recibir a nuestros enemigos; que ya está cerca el que me va a entregar.* El mismo se ofrece y se entrega en sus manos (Is 53, 7). Todo esto es para enseñarnos que habemos de tomar la oración como un medio para vencer las dificultades que se nos ofrecen en el camino de la virtud.

Dice San Crisóstomo que la oración es un templar y concertar la vihuela de nuestro corazón, para hacer buena música a Dios: a eso vamos a la oración, a templar nuestro corazón, y a concertar y moderar las cuerdas de nuestras pasiones y aficiones y de todas nuestras acciones, para que todo vaya acompasado con la razón y con Dios. Y esto es lo que cada día decimos y oímos decir en las pláticas y exhortaciones espirituales, que nuestra oración ha de ser oración práctica, quiere decir, enderezada a la obra, porque ha de ser para allanar las dificultades y vencer las repugnancias que se nos ofrecen en el camino espiritual. Y por eso la llamó el Espíritu Santo (Prov 9, 10) *prudencia,* porque la prudencia es para obrar, a diferencia de la ciencia de los letrados, que es solamente para saber. Y así dicen los Santos que la oración es un remedio general y eficacísimo para todas nuestras tentaciones y para todas cuantas necesidades, y ocasiones se pueden ofrecer; y, una de las principales alabanzas de la oración es ésta.

Refiere Teodoreto en su HISTORIA RELIGIOSA, de un santo monje, que decía: Los médicos curan enfermedades del cuerpo, cada una con su remedio; y muchas veces, para sanar una, aplican muchos remedios, porque todos son remedios cortos y de virtud finita y limitada; sin embargo, la oración es un remedio general y eficacísimo para todas las necesidades, y para resistir a todas las tentaciones y encuentros del enemigo, y para alcanzar todas las virtudes, porque aplica al ánima bien infinito, que es Dios, y en Él se funda y estriba. Y así, llaman a la oración omnipotente: la oración como omnipotente, con ser una, puede todas las cosas. Y Cristo nuestro Señor, para todas las tentaciones, nos dio este medio de la oración (Mt 26, 41): *Velad y orad para que no caigáis en la tentación.*

El segundo aviso, que nos servirá mucho para la ejecución del pasado, es que, así como cuando vamos a la oración habemos de llevar prevenidos los puntos que habemos de meditar, así también habemos de llevar prevenido el fruto que habemos de sacar de ella. Pero dirá alguno: ¿Cómo sabré yo el fruto que tengo de sacar de la oración antes de entrar en ella para llevarlo prevenido? Eso querríamos que declaraseis más. Que me place.

¿No acabamos de decir que a la oración vamos a buscar remedio de nuestras necesidades espirituales y alcanzar victoria de nosotros mismos y de nuestras pasiones y malas inclinaciones, y que la oración es medio que tomamos para nuestra reformación y enmienda? Pues antes de entrar en la oración ha de tratar cada uno consigo mismo, muy despacio, qué es la mayor necesidad espiritual que yo tengo, qué es lo que más me impide mi aprovechamiento y lo que hace más guerra a mi alma; y eso es lo que ha de llevar prevenido y delante de los ojos, para insistir en ello y sacar de la oración el remedio de ello; y el prevenir y preparar los puntos de la meditación ha de ser enderezándolos a eso.

Pongamos ejemplo: siento yo en mí una inclinación grande a ser tenido y estimado y a que hagan caso de mí, y que me llevan mucho tras sí respetos humanos, y que cuando se me ofrece la ocasión de ser tenido en poco, me turbo y lo siento mucho; aun por ventura algunas veces doy muestra de ello. Esto me parece que es lo que me hace más guerra y lo que me impide más mi aprovechamiento y la paz y quietud de mi alma, y me hace caer en mayores faltas. Pues si en eso está vuestra mayor necesidad, en vencer y desarraigar eso está vuestro remedio, y eso es lo que habéis de llevar prevenido, y lo qué habéis de tener delante de los ojos, y tomarlo a pechos e insistir en ello para sacarlo de la oración.

Y así, es engaño irse uno de ordinario a la oración, a Dios y a ventura, a sacar lo que allí se le ofreciere; como cazador que tira a bulto, dé donde diere y salga lo que saliere, dejando aquello de que tiene más necesidad. Que no vamos a la oración a echar mano de lo que primero se ofreciere, sino de lo que tenemos necesidad. El enfermo que va a la botica, no echa mano de lo primero que halla, sino de lo que necesita para su enfermedad. Está el otro lleno de soberbia hasta las entrañas, y el otro de impaciencia, y el otro de propio juicio y de propia voluntad, como se ve bien cuando se ofrece la ocasión, y él se toma cada día con el hurto en las manos, y se va a la oración a

florear y a conceptuar, y a echar mano de lo primero que se le ofrece o le da más gusto, picando ahora aquí, ahora allí. No es ése buen camino para aprovechar. Siempre ha uno de tener cuenta con aquello de que tiene mayor necesidad, y procurar remediarlo, pues a eso va a la oración. San Efrén trae a este propósito el ejemplo de aquel ciego del Evangelio que acudió a Cristo clamando y dando voces que tuviese misericordia de él. Considerad, dice, cómo preguntándole Cristo qué era lo que quería que hiciese con él, luego le representó su mayor necesidad y lo que más pena le daba que era la falta de la vista, y de ésa pide remedio (Lc 18, 41); [*Señor, que vea*]. ¿Por ventura pidió alguna de las otras cosas que en realidad, de verdad, también tenía necesidad? ¿Por ventura dijo: Señor, dadme un vestido que soy pobre? No pide eso, sino, dejado todo lo demás acude a la mayor necesidad. Pues así, dice, habemos de hacer nosotros en la oración, acudiendo mayor a la mayor necesidad e insistiendo y perseverando en eso hasta alcanzarlo.

Para que no haya excusa en esto, se ha de notar que, aunque es verdad que cuando el que va a la oración pretende sacar afectos de particulares virtudes que le faltan, ha de procurar ordinariamente que los puntos y materia que llevare para meditar, sea conveniente y proporcionada, para que la voluntad se mueva más presto y con mayor firmeza y fervor a esos afectos, y así saque más fácilmente el fruto que desea; pero también es menester que tengamos entendido que cualquier ejercicio o misterio que se medite, le puede uno aplicar a lo que ha menester. Porque la oración es como el maná del Cielo, que sabe a cada uno a lo que quiere: si queréis que os sepa a humildad, a eso os sabrá la consideración de los pecados, de la muerte, de la pasión y de los beneficios recibidos; si queréis sacar dolor y confusión de vuestros pecados, a eso os sabrá cualquiera cosa de éstas; si queréis sacar paciencia, también os sabrá a eso; y así, de todo lo demás.

CAPÍTULO 15

Cómo se entiende que en la oración habemos de tomar a pechos una cosa, aquella de que tenemos más necesidad, e insistir en ella hasta alcanzarla.

No queremos por esto decir que siempre habemos de entender en una cosa en la oración; porque aunque nuestra necesidad particular y mayor sea humildad u otra cosa semejante, bien podemos ocuparnos en la oración en los actos y ejercicio de otras virtudes. ¿Se os ofrece un acto de conformaron con la voluntad de Dios, en todo lo que Él quisiere y ordenare de vos? Deteneos en él cuanto pudiereis, que muy buena oración será ésa, y muy bien empleada, y no embotará la lanza para la humildad, antes ayuda. ¿Se os ofrece un acto de agradecimiento y reconocimiento grande de los beneficios que habéis recibido de Dios, así generales como particulares? Deteneos en eso cuanto pudiereis, que mucha razón es que cada día demos gracias a Dios por los beneficios recibidos, y especialmente por habernos traído a la Religión. ¿Se os ofrece un aborrecimiento y dolor grande de vuestros pecados y un propósito firme de antes morir mil muertes que ofender a Dios? Deteneos en eso, que es uno de los buenos y más provechosos actos en que os podéis ejercitar en la oración. ¿Se os ofrece un amor grande de Dios, un celo y deseo grande de la salvación de las almas y de ofreceros a cualquier trabajo por ellas? Deteneos en eso. Y también nos podemos detener en pedir a Dios mercedes así para nosotros como para nuestros prójimos y para toda la Iglesia, que es una y muy principal parte de la oración.

En todas estas cosas y otras semejantes nos podemos detener en la oración, y será muy buena oración. Y así los Salmos, que son una perfectísima oración, los vemos llenos de infinidad de afectos diferentes. Por lo cual dijo Casiano y el abad Nilo que la oración es un campo lleno de flores, o como una guirnalda tejida de muchas flores de olores diferentes (Gen 27, 27): [*Este es el olor de mi Hijo, como el olor de un campo lleno, a quien bendijo el Señor*]. Y hay otro provecho en esta variedad, y es que suele ayudar a que se nos haga más fácil la oración, y, por consiguiente, a que podamos durar y perseverar más en ella, porque repetir siempre una misma cosa suele causar fastidio, y la variedad deleita y entretiene.

Lo que queremos decir es que importa mucho para nuestro aprovechamiento espiritual tomar a pechos por algún tiempo una cosa, y que ésa sea aquella de que más necesidad sentimos en nuestra alma, y que en eso insistamos principalmente en la oración, pidiéndolo mucho a nuestro Señor, y actuándonos en ella una vez y otra, y un día y otro, y un mes y otro; y que ése sea nuestro principal negocio, y eso traigamos siempre delante de los ojos y atravesa-

do en el corazón, hasta alcanzarlo, porque de esa manera se hacen los negocios aun acá en el mundo. Y así suelen decir ¡Dios me libre de hombre de un negocio!

El glorioso Santo Tomás, tratando de la oración, que el deseo tanto es mejor y más eficaz cuanto más se reduce a una cosa; y trae para esto aquello del Profeta (Sal 26, 4): *Una cosa pedí al Señor, ésa demandaré y procuraré siempre hasta alcanzarla.* El que pretende saber bien alguna ciencia o arte, no comienza un día a aprender una, y otro día otra, sino prosigue por algún tiempo una hasta salir con ella; pues, así también el que pretende salir bien con una virtud; conviene que por algún tiempo se ejercite principalmente en ella, enderezando su oración y todos sus ejercicios a alcanzarla.

Especialmente que, según doctrina de Santo Tomás, todas las virtudes morales están conexas, quiere decir que andan juntas y trabadas unas con otras de tal manera, que el que tuviere una perfectamente las tendrá todas. Y así, si vos alcanzáis la verdadera humildad, alcanzaréis con ella todas las virtudes: desarraigad del todo de vuestro corazón la soberbia y plantad en él una profundísima humildad, que si ésa tenéis, tendréis mucha obediencia y mucha paciencia; no os quejaréis de nada, cualquier trabajo se os hará pequeño y todo os parecerá que os viene muy ancho para lo que vos merecíais; si tenéis humildad, tendréis mucha caridad con vuestros hermanos, porque a todos los tendréis por buenos y a vos sólo por malo; tendréis mucha simplicidad, y no juzgaréis a nadie, porque sentiréis tanto vuestros duelos, que no os curaréis de los ajenos; y así podríamos ir discurriendo por las demás virtudes.

Por eso es también muy buen consejo aplicar el examen particular a lo mismo que la oración, y juntarle con ella, porque de esta manera, yendo todos nuestros ejercicios a una, se hace mucha hacienda. Y aún mas que eso dice Casiano: no solamente en el examen y en la oración retirada quiere que insistamos en aquello de que tenemos más necesidad sin que muchas veces entre día levantemos el espíritu a Dios con oraciones jaculatorias, y con suspiros y gemidos del corazón, y que añadamos otras penitencias y mortificaciones y devociones particulares para ese fin, como diremos después más largamente. Porque si ésa es mi mayor necesidad, si ése es el vicio o la pasión o inclinación mala, que reina más en mí y me hace caer

en mayores faltas; si de desarraigar y vencer ese vicio y alcanzar esa virtud depende el vencer y desarraigar todos los vicios y alcanzar todas las virtudes, cualquier trabajo y diligencia que en eso se pusiere serán muy bien empleados.

Dice San Crisóstomo que la oración es como una fuente en medio de un jardín o huerto, que sin ella todo está seco y con ella todo está verde, fresco y hermoso. Todo lo ha de regar esta fuente de la oración; ella es la que ha de tener siempre todas las plantas de las virtudes en su frescor y hermosura: la obediencia, la paciencia, la humildad, la mortificación, el silencio y recogimiento. Pero así como en el huerto o jardín suele haber algún árbol o florecita más regalada y estimada, a que se acude principalmente con el riego, y aunque falte el agua para lo demás, para aquello no ha de faltar; y aunque falte tiempo para lo demás, para aquello no ha de faltar; así ha de ser también en el jardín y huerto de nuestra ánima: todo se ha de regar y conservar con el riego de la oración; pero siempre habéis de tener ojo a una cosa principal, que es aquello de que tenéis más necesidad; a eso habéis de acudir principalmente, para eso nunca ha de faltar tiempo. Y como al salir del jardín echáis mano de la flor que más os contenta, y la cortáis y os salís con ella, así también en la oración habéis de echar mano de aquello que habéis más menester, y eso habéis de sacar de ella.

Con esto queda suficientemente respondido a lo que se suele preguntar, si es bueno ir en la oración sacando fruto conforme al ejercicio que uno medita: Ya habemos dicho que, aunque siempre ha de tener uno cuenta con aquello de que tiene más necesidad pero que también es bueno irse ejercitando y actuando en afectos y actos de otras virtudes, conforme al misterio que medita. Sin embargo, se ha de advertir aquí un punto muy importante: que estos actos y afectos que tuviéremos e hiciéremos en la oración, de las virtudes que allí se ofrecen conforme a las cosas que se meditan, no se han de hacer superficialmente ni de corrida, sino muy despacio, deteniéndonos en ellos con mucha pausa y sosiego, hasta que nos satisfagamos y sintamos que se nos pega y embebe aquello en el corazón, aunque en eso

se nos pase toda la hora, conforme a lo que dijimos arriba, porque más vale y aprovecha un acto y afecto de éstos, continuado de esta manera, que hacer muchos actos de diversas virtudes y pasar por ellos de corrida.

Una de las causas porque algunos no se aprovechan tanto de la oración es porque pasan muy de corrida por los actos de las virtudes, van saltando y salpicando; aquí viene bien un acto de humildad, hacen un acto de humildad, y luego pasan adelante y viene a propósito un acto de obediencia, y hacen un acto de obediencia, luego otro de paciencia; y así van corriendo como gato por brasas, que aunque fuera fuego no se quemaran. Por eso, en saliendo de la oración, se olvida y acaba todo, y se quedan tan tibios y tan inmortificados como antes.

El B. Padre Maestro Ávila reprende a los que estando en una cosa, si se les ofrece otra, luego dejan aquélla y se pasan a la otra. Y dice que suele ser éste engaño del demonio, para que saltando de uno en otro como picaza, les quite el fruto de la oración. Importa mucho que nos detengamos en los afectos y deseos de la virtud hasta que ella quede embebida y entrañada en nuestra alma; como si os queréis actuar en la contrición y dolor de los pecados; os habéis de detener en eso, hasta que sintáis en vos un horror y aborrecimiento grande del pecado, conforme a aquello del Profeta (Sal 118, 163): [*He aborrecido la maldad y la he abominado*]; porque eso os hará salir con propósitos firmes de morir mil muertes antes que cometer un pecado mortal.

Y así notó muy bien San Agustín que por tener terror con algunos pecados, como blasfemia, matar a su padre, no caen en ellos los hombres, sino raras veces. Y, por el contrario, dice de otros pecados, que [con el uso vienen a ser tenidos en poco]. Porque con la costumbre les han perdido ya los hombres el miedo y el horror, por eso caen fácilmente en ellos. De la misma manera, si os queréis actuar y ejercitar en la humildad, habéis de deteneros en el afecto y deseo de ser menospreciado y tenido en poco, hasta que se vaya embebiendo y entrañando en vuestra alma esta afición y deseo, y se

vayan cayendo y acabando todos los humos y bríos de soberbia y altivez, y os sintáis inclinado al menosprecio y desestima; y así, en los demás afectos y actos de las otras virtudes.

De donde se verá también cuánto ayudará para vuestro aprovechamiento el tomar a pechos una cosa e insistir y perseverar en ella de la manera que habemos dicho. Porque si durase en nosotros el afecto y deseo de ser despreciados y tenidos en poco, u otro afecto semejante, una hora a la mañana y otra a tarde, y después otro tanto ese otro día y ese otro, claro está que haría otro efecto en nuestro corazón, y que de otra manera quedaría impresa y embebida la virtud en nuestra alma, que pasando por ello de corrida. Dice San Crisóstomo que así como no basta una lluvia ni un riego para las tierras, por buenas que sean, sino que son menester muchas lluvias y muchos riegos, así también son menester muchos riegos de oración para que quede empapada y embebida la virtud en nuestra alma. Y trae a este propósito aquello del Profeta (Sal 118, 164): [*Siete veces al día te alabé*]. Siete veces al día regaba el Profeta David su ánima con el riego de la oración, y se detenía en un mismo afecto, repitiéndole muchas veces, como lo vemos a menudo en los Salmos. En uno solo (Sal 135) repite veintisiete veces: [*Porque eternamente dura su misericordia*], predicando y engrandeciendo la misericordia de Dios; y en otro (Sal 150), en solos cinco versos que tiene, nos despierta y convida once veces a alabar a Dios.

Y Cristo nuestro Redentor nos enseñó también con su ejemplo este modo de orar y de perseverar en uní misma cosa, en la oración del Huerto; porque no contentó con hacer una vez aquella oración a su Padre Eterno, sino segunda y *tercera vez tornó a repetir la misma oración* (Mt 26, 44); *y* aun al fin, dice el sagrado Evangelio (Lc 22, 43), más prolijamente que al principio deteniéndose más en la oración, para enseñarnos a nosotros a insistir y perseverar en la oración en una misma cosa, dando y tomando en ella una y otra vez, porque de esa manera y con esa perseverancia vendremos a alcanzar la virtud y perfección que deseamos.

CAPÍTULO 16

Cómo nos podremos detener mucho en la oración en una misma cosa; y, se pone la práctica de un modo de oración muy provechoso, que es ir descendiendo a casos particulares.

Resta que digamos el modo que podremos tener para ir en la oración deteniéndonos en el afecto de una misma virtud mucho tiempo, pues es de tanto provecho como habemos dicho. El medio común y ordinario que se suele dar para esto es procurar de continuar ese mismo acto y afecto de la voluntad, o tornarle a reiterar y repetir de nuevo, como quien da otro golpe a la rueda para que no pare, o como quien va echando leña al horno, ayudándonos para esto, unas veces de la misma primera consideración que al principio nos movió a ese afecto y deseo, tornando a despertar con ella la voluntad cuando vemos que se va resfriando, diciendo con el Profeta (Sal 114, 7): [*Vuélvete, ánima mía, a tu descanso, pues el Señor te ha hecho tanto bien*]*:* Despierta, ánima mía, y vuélvete a tu descanso; mira cuánto te va en esto y cuánto es razón que hagas por el Señor, a quien tanto debes.

Y cuando ya la primera consideración no bastare, ni nos moviere, nos habemos de ayudar de otra consideración, o pasar a otro punto, porque para eso habemos de llevar siempre prevenidos diversos puntos, para que cuando se nos acabare el uno, que ya parece que aquello no nos mueve, pasemos a otro y otro que de refresco nos mueva y nos aficione a aquello que deseamos.

Y más: así como acá, para evitar el fastidio que suele causar el continuar a menudo un mismo manjar, solemos guisarlo de diversas maneras, y con aquello parece nuevo y nos da nuevo gusto, así también, para poder perseverar mucho tiempo en una misma cosa en la oración, que es el manjar y mantenimiento de nuestra ánima, es buen medio guisarla de diversas maneras; y esto podemos hacer unas veces pasando a otro punto y a otra consideración como ahora decíamos, porque cada vez que con diversa razón o consideración se mueve y actúa uno en una cosa, es como guisarla de otra manera, y así con eso se hace como nueva. Y también, aunque no haya nueva razón ni nueva consideración, el afecto de una misma virtud se puede guisar de muchas maneras como si trata uno de humildad, unas ve-

ces se puede estar deteniendo en el conocimiento propio de sus miserias y flaquezas, confundiéndose y despreciándose por ellas; otras, se puede. detener en deseos ser despreciado y tenido en poco de otros, no haciendo caso de la opinión y estima de los hombres, si teniéndolo todo por vanidad; otras, se puede estar confundiendo y avergonzando de ver las faltas en que cada día se coge, y en pedir a Dios perdón y remedio de ellas; otras, admirándose de la bondad de Dios que le sufre, no pudiendo nosotros algunas veces sufrirnos a nosotros mismos; otras, dándole gracias porque no le ha dejado caer en otras cosas mayores. Y con esta variedad y diferencia se evita el fastidio que suele causar la continuación de una misma cosa y se hace fácil y gustoso el durar y perseverar en los afectos de una misma virtud, con lo cual se va ella arraigando y entrañando más en el corazón. Porque al fin así como la lima, cada vez que pasa por el hierro lleva algo, así cada vez que hacemos un acto de humildad u otra virtud, se va desbastando y quitando algo del vicio contrario.

Fuera de esto hay otro modo para perseverar en la oración en una misma cosa muchos días, muy fácil y muy provechoso, que es ir descendiendo a casos particulares. Notan aquí los maestros de la vida espiritual que no nos habemos de contentar con sacar de la oración un deseo o propósito general de ir a Dios o aprovechar o ser perfectos así, en común, sino que habemos de descender en particular a aquello en que sabemos que podremos servir y agradar más a Dios.

Ni tampoco nos habemos de contentar con sacar deseo general de alguna virtud particular, como de ser humildes, de ser obedientes, de ser pacientes o mortificados, porque ese deseo o veleidad de la virtud, así, en general, aun los viciosos le tienen, porque como la virtud es cosa hermosa y honrosa y de mucho provecho para esta vida y para la otra, es cosa fácil amarla y desearla, así, en general; sino en esa misma virtud que deseamos, habemos de descender a casos particulares. Como si tratamos de alcanzar una conformidad grande con la voluntad de Dios, habemos de descender a conformarnos con su voluntad en cosas particulares, así en la enfermedad como en la salud, así en la muerte como en la vida, así en la tentación como en la consolación; y si tratamos de alcanzar la virtud de la humildad, habemos de descender en particular imaginando casos particulares, que se suelen o pueden ofrecer de nuestro desprecio y desestima; y así en las demás virtudes, porque éstos son los que más se sienten, y en lo que está la dificultad de la virtud, y en lo que ella más se prueba y

echa de ver; y ésos son los medios con que se alcanza la misma virtud.

Y habemos de poner primero ejemplo en cosas menores y más fáciles, y después en otras más dificultosas, que nos parece las sentiríamos más, si se ofreciesen, y así, ir añadiendo y subiendo poco a poco, actuándonos en ellas, como si las tuviésemos presentes, hasta que no se nos ponga nada delante de aquella virtud que deseamos, sino que a todo hagamos rostro y quede todo el campo por nuestro. Y cuándo hay algunas ocasiones verdaderas de presente, en ésas nos hemos de ejercitar primero, disponiéndonos para llevarlas bien y con provecho cada uno conforme a su estado. Añadía un siervo de Dios que siempre en la oración habíamos de proponer algo que hacer aquel mismo día: tan en particular como esto quieren que descendamos en la oración.

Esta es una de las cosas más provechosas en que nos podemos ejercitar en la oración, porque, como habernos dicho (cap. 14), nuestra oración ha de ser práctica, que quiere decir enderezada a la obra, que nos ayude a obrar la virtud que deseamos, y a allanar las dificultades y vencer las repugnancias que se nos pueden poner delante. Y para esto importa mucho ejercitarse y ensayarse primero en eso, a la manera que hacen los soldados, que antes de la guerra se suelen ejercitar en justas, torneos, escaramuzas y otros ejercicios semejantes, por estar preparados y diestros para la verdadera guerra.

Así, Casiano encomienda mucho este ejercicio para vencer los vicios y pasiones, y alcanzar las virtudes. Y aun allá dijo Plutarco, y también Séneca: Los ignorantes no entienden cuánto hace al caso, para aliviar los trabajos, ejercitar en ellos el pensamiento. Aprovecha mucho, dicen, ocupar siempre el pensamiento en consideraciones de trabajos; porque así como aquel que ocupa siempre el pensamiento en cosas fáciles y deleitables se hace flojo y para poco, y en ofreciéndosele alguna cosa despreciable y enojosa recibe mucha pena, y acostumbrado a una vil delicadeza vuelve las espaldas y se acoge a pensar en cosas dulces y agradables; así, aquel que se acostumbra a imaginar siempre enfermedades, destierros, cárceles y todas las otras adversidades que pueden acaecer, estará más dispuesto y apercibido para cuando vinieren, y hallará que estas cosas espantan más al principio que pueden dañar al fin. San Gregorio dijo esto muy bien: [Los dardos que se ven venir hieren menos]. No lastima tanto el

golpe cuando lo estabais esperando y le teníais ya medio tragado, como cuando os coge de repente; claro está que espantan más los enemigos cuando vienen de sobresalto que cuando los estaban aguardando.

Es maravilloso ejemplo a este propósito el que leemos de nuestro santo Padre Ignacio. Estando una vez enfermo, le dijo el médico que no diese lugar a tristeza ni a pensamientos penosos, y con esta ocasión comenzó él a pensar atentamente dentro de sí qué cosa le podría suceder tan desabrida y dura, que le afligiese y turbase la paz y sosiego de su ánima; y habiendo vuelto los ojos de su consideración por muchas cosas, una sola se le ofreció, la cual él tenía más en el corazón, y era si por algún caso nuestra Compañía se deshiciese; pasó más adelante examinando cuánto le duraría esta aflicción y pena en caso que sucediese, y le pareció que si esto aconteciese sin culpa suya, dentro de un cuarto de hora que se recogiese y estuviese en oración, se libraría de aquel desasosiego y se tornaría a su paz y alegría acostumbrada; y aún añadía más, que tendría esa quietud y tranquilidad, aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua. Esta es muy buena y muy provechosa oración.

Dice el Apóstol Santiago en su Canónica (5, 13): *Cuando sintiereis alguna tristeza o desconsuelo, acudid a la oración*, que ahí hallaréis el consuelo y el remedio. Y así lo hacia el Profeta David (Sal., 76, 4): [*Mi ánima rehusó ser consolada; me acordé de Dios, y hallé consuelo*]. Cuando se sentía desconsolado, se acordaba de Dios y levantaba su corazón a Él, y luego su ánima se llenaba de gozo y de consuelo: Esta es la voluntad de Dios. Él lo quiere así: Él contento, todos contentos. Pues así como después de venida la ocasión y el trabajo, es muy buen remedio acudir a la oración para llevarlo bien y con provecho; así también importa mucho tomar este remedio de antemano para que no se nos haga después de nuevo, sino fácil y llevadero.

San Crisóstomo dice que una de las causas principales por que el santo Job estuvo tan fuerte y tan constante en sus adversidades y trabajos, fue porque se había prevenido, para ellos de la manera qué hemos dicho, premeditándolos e imaginándolos o actuándose en ellos como en cosa que le podía suceder, conforme a aquello que él mismo dice (Job, 3, 25): [*Porque me ha sucedido lo que temía; y se ha realizado lo que recelaba*]. Pero si vos no estáis prevenido en eso, y si aun en el deseo sentís dificultad, ¿qué será en la obra? Y si

aun estando en la oración y lejos de la ocasión no sentís en vos ánimo y fortaleza para abrazar aquel oficio, o aquel ejercicio, o aquel trabajo y desprecio, ¿qué será cuando estéis fuera de la oración y con la dificultad de la ocasión y de la obra, y sin la consideración y meditación del ejemplo de Cristo, que os alienta y anima? Aun allá lo habréis deseado mucho en la oración, y después, cuando se ofrece la ocasión, faltáis; ¿qué será si no estáis prevenido y si aun en la oración no lo deseáis? Si el que propone falta muchas veces, ¿que será el que tarde o nunca propone?.

Con esto damos muy copiosa materia para poder durar y perseverar en la oración en una misma cosa y en un mismo afecto muchas horas y muchos días, porque los casos particulares que se nos pueden ofrecer y a que podemos descender son sin cuento, y para llegar a hacer rostro a todo, hay bien que hacer Y cuando llegareis a eso, que os parece que sentís en vos ánimo y esfuerzo para todo, y que lo llevaréis de buena gana, no penséis que está ya acabado el negocio, aún os falta mucho que andar, porque hay mucho del dicho al hecho, y del deseo a la obra. Claro está que la obra es más dificultosa que el deseo, porque en la obra el objeto está presente, y en el deseo en sola la imaginación. Y así nos acontece muchas veces que en la oración estamos muy fervorosos, que no parece que se nos pone nada delante, y después, al tiempo de la obra, cuando se ofrece la ocasión, nos hallamos muy lejos de lo que pensábamos.

Y así, no basta que sintáis en vos esos deseos, sino habéis de procurar que los deseos lleguen a ser tales y tan eficaces, que se extiendan a la obra, porque ésa es la prueba de la virtud. Y si veis que no concuerdan las obras con los deseos, sino que cuando se ofrece la ocasión os halláis otro del que os parecía que erais en la oración, confundíos, que todo se os va en deseos, o, por mejor decir, confundíos, que no deben de ser deseos verdaderos, sino antojos e imaginaciones. Pues una cosa muy liviana os turba e inquieta después y os hace volver atrás. Y como el oficial, cuando no le salió bien la obra, la torna otra vez a la fragua para hacerla de nuevo y ajustarla y que venga bien, así vos tornad a la fragua de la oración para fraguar mejor esos deseos, y no paréis hasta que diga y concuerde bien la obra con el deseo y no haya en qué tropezar.

Y aun cuando llegareis a eso, que os parece que lleváis bien las ocasiones que se os ofrecen, no penséis que está ya todo acabado porque en la misma obra hay muchos grados y escalones que subir

para llegar a la perfección de la virtud. Porque lo primero es menester que os ejercitéis en llevar con paciencia todas las ocasiones que se os ofrecieren, que es el primer grado de la virtud: «Súfrelo con paciencia, si no puedes con alegría»; y en eso habrá en que entender algunos días y aun hartos. Y cuando llegareis a sufrir con paciencia todas las ocasiones que se ofrecieren, aún os queda mucho que andar para llegar a la perfección de la virtud; porque, como dicen los filósofos, la señal de haber uno alcanzado la perfección de la virtud es cuando obra las obras de ella con prontitud, con facilidad y con deleite.

Pues mirad si obráis las obras de la virtud, de la humildad, de la pobreza de espíritu, de la paciencia y de las demás, con prontitud y facilidad, y con deleite y gusto; y en eso veréis si habéis alcanzado la virtud. Mirad si os holgáis tanto con el desprecio y deshonra, como se huelgan los mundanos con la honra y estimación, que es la regla que nos pone nuestro Padre, sacada del Evangelio. Mirad si gustáis y os holgáis tanto con la pobreza en la comida y en el vestido y en el aposento, y de que lo peor de casa sea para vos, como el avariento con las riquezas y abundancia. Mirad si os holgáis tanto con la mortificación y con el padecer como los del mundo con el descanso o regalo. Pues si hemos de llegar a esta perfección en cada virtud, bien tendremos en qué entender, aun en una sola, por muchos días y aun por ventura, años.

CAPÍTULO 17

Que en la consideración de los misterios hemos de ir también despacio, y no pasar por ellos superficialmente, y de algunos medios que nos ayudarán para esto.

En la consideración de los misterios divinos aporta también mucho cavar y ahondar en una misma cosa y no pasar por ellos de corrida; porque más nos aprovechara un misterio bien considerado y ponderado, que muchos, superficialmente mirados. Por esto nuestro Padre, en el libro de los Ejercicios Espirituales, hace tanto caso de las repeticiones, que tras cada ejercicio luego manda que se haga una y otra repetición de él; porque lo que no se halla la primera vez, perseverando más se halla (Mt 7, 7)) [*El que brasca, halla, al que*

llama, se le abrirá]. Moisés dio con la vara en la piedra, y no sacó agua; y dio otra vez y sacó agua (Nm 20, 11). Y al otro ciego del Evangelio no le curó Cristo nuestro Redentor de una vez, sino le fue curando poco a poco: primero le echó saliva en sus ojos y le preguntó si veía algo; dice que unos bultos, pero que no divisaba bien lo que era (Mc 8, 24): [*Veo andar unos hombres como árboles*]. Los hombres le parcelan árboles. Tomó el Señor a poner las manos sobre sus ojos, y le sanó del todo, que veía ya clara y distintamente.

Así suele ser en la oración, que tornando una y otra vez sobre la misma cosa, y perseverando en ella, va uno descubriendo más; como cuando uno entra en un aposento oscuro, que al principio no ve nada, y si se detiene, va viendo algo. Y particularmente, hemos de procurar detenernos siempre en la consideración de las cosas, hasta quedar muy desengañados y enterados en las verdades, y muy convencidos y resueltos en lo que nos conviene, porque ése es uno de los frutos principales que habemos de sacar de la oración, y en que es menester que vayamos bien fundados, como decíamos arriba (cap. 9).

Viniendo a los medios que nos ayudarán para considerar y ponderar de esta manera los misterios; cuando el Señor envía su luz divina y abre los ojos del alma, halla tanto que considerar y en qué detenerse, que puede decir con el Profeta. (Sal 118, 18): [*Abre, Señor, mis ojos, y consideraré las maravillas de tu ley*]. (L.c., 162): [*Me gozaré con tus palabras como el que hallé muchos despojos*]. Este segundo lugar declara el primero. Me alegraré con la abundancia de los misterios y maravillas que hallé en vuestra ley, como se alegra el que después de alcanzada la victoria halla muchos despojos.

Al bienaventurado San Francisco y San Agustín, los días y las noches enteras se les pasaban en aquellas dos breves palabras: «¿Quién Vos y quién yo?»; «Conózcame a mí, y conózcate a Ti»; «Dios mío y todas las cosas»; que es un modo de oración muy conforme a aquel que dice el Profeta Isaías (6, 3) que tienen aquellos ciudadanos del Cielo que, suspenso con la contemplación de aquella divina Majestad, están perpetuamente cantando, diciendo y repitiendo: Sanctus, Sanctus, Sanctus. Lo mismo dice San Juan en el Apocalipsis (4, 8), tratando de aquellos misteriosos animales que estaban delante del trono de Dios: *Y no descansaban de día ni de noche, diciendo: Santo, Santo, Santo el Señor Dios todopoderoso, el que era, y es, y ha de venir*.

Pero para llegar a esto es menester que hagamos nosotros lo que es de nuestra parte, acostumbrándonos a detener en los misterios, ponderando y ahondando mucho en eso. Gerson dice que uno de los principales medios que podemos poner, y que nos ayudará mucho para saber tener bien esta oración, será el ejercicio muy continuo de ella. No es negocio éste que se enseña con retórica de palabras, ni que se ha de aprender con oír muchas pláticas, ni leer muchos tratados de oración, sino con echar mano a la obra y ejercitamos mucho en ella. Cuando una madre quiere enseñar a andar a su hijo, no se está una hora en darle documentos del modo que ha de tener en andar, diciéndole que mude los pies, ahora de esta manera, ahora de la otra, sino poniéndole en el ejercicio, le hace andar, y de esa manera aprende y sabe el niño a andar. Pues ése ha de ser el medio con que hemos de aprender esta ciencia.

Y aunque es verdad que para alcanzar el don de oración u otro alguno sobrenatural no es bastante ningún ejercicio nuestro, sino que nos ha de venir de la graciosa y liberal mano del Señor (Prov 2, 6): [*Porque el Señor da la sabiduría, y de su boca procede la prudencia y la ciencia*]; pero quiere su Majestad que nosotros nos ejercitemos en eso, como si por sólo ese medio lo hubiéramos de alcanzar; (Sab 8, 1): *porque dispone Él todas las cosas suavemente,* [*y alcanza de cabo a cabo con fortaleza*]. Y así dispone las obras de gracia conforme a las de naturaleza; y como las demás ciencias y artes se alcanzan con el ejercicio, quiere Él enseñarnos esta ciencia también de esa manera: tañendo, se aprende a tañer; y andando, se aprende a andar; y orando, se aprende a orar. Y así dice Gerson (1. c.) que la causa porque el día de hoy hay tan pocos contemplativos es por falta de este ejercicio. Antiguamente vemos que en aquellos monasterios de monjes había tantos varones de grande oración y contemplación, y ahora apenas hallaréis un hombre de oración, sino que cuando se trata de la contemplación, les parece aquello como una algarabía o metafísica que no se entiende. La causa de esto, dice, es porque antiguamente aquellos santos monjes se ejercitaban mucho en oración, y a los mancebos que entraban en los monasterios, luego los imponían e instruían en este ejercicio, y hacían que se ejercitasen mucho en él, como leemos en la regla de San Pacomio y de otros Padres de monjes. Y así da Gerson este consejo por muy importante para los monasterios, que tengan varones espirituales, doctos y ejercitados en la oración, que instruyan a los mancebos que

entran, luego desde el principio, cómo se han de ejercitar en la oración. Y nuestro Padre tomó tan de veras este consejo y lo dejó tan encargado en las Constituciones, que no sólo a los principios en las casas de probación quiere que haya quien instruya en esto a los que entran de nuevo, sino en todos los colegios y casas de la Compañía quiere que haya un prefecto de las cosas espirituales, que atienda a esto y vea cómo procede cada uno en la oración, por la importancia grande que entendió había en ello.

Otra cosa nos ayudará también mucho para continuar este ejercicio de oración y perseverar mucho en él, y es el tener grande amor a Dios y a las cosas espirituales. Y así decía el Real Profeta (Sal 118, 97): *Cono amo, Señor, tanto vuestra ley*, no me harto de pensar en ella de día y de noche; ése es todo mi gusto y entretenimiento. [*Y me recreaba en tus mandamientos, que amo*]. Pues si nosotros amásemos mucho a Dios, de buena gana nos estaríamos pensando en Él días y noches, y no nos faltaría que pensar.

¡Oh!, ¡qué de buena gana se está pensando la madre en el hijo que tiernamente ama, y qué poca necesidad tiene de discursos y consideraciones para regalarse con su memoria! En hablándole de él, luego se le enternecen las entrañas y se le saltan las lágrimas de los ojos sin más discursos ni consideraciones. Comenzad a tratar a una viuda de su marido difunto, que mucho amaba; y veréis cómo luego comienza a suspirar y a llorar. Pues si esto puede el amor natural, ¿que digo el amor natural?, si el amor furioso de un perdido vemos que le suele traer muchas veces tan absorto y embebecido en aquello que ama, que no parece que puede pensar en otra cosa, ¿cuánto más podrá esto el amor sobrenatural de aquella infinita bondad y hermosura de Dios? Porque más poderosa es la gracia que la naturaleza y la culpa. Si Dios fuese todo nuestro tesoro, luego se nos iría ahí el corazón (Mt 6, 32): [*Porque donde está tu tesoro ahí está tu corazón*].

Cada uno piensa de buena gana en aquello que ama y en aquello de que gusta; y por eso dice la Escritura divina (Prov 31, 18): [*Gustó y vio*. (Sal 33, 9) *Gustad y ved cuán suave es el Señor*]. El gusto precede al ver, y el ver causa más gusto y más amor. Y así dice Santo Tomás, tratando de esto, que la contemplación es hija del amor, porque su principio es amor; y dice también que su fin es amor, porque de amar a Dios se mueve uno a pensar y contemplar en Él, y cuanto más le mira y le contempla, más le ama; porque las

cosas buenas miradas nos convidan a amarlas, y mientras más las miramos, más las amamos, y más nos holgamos de estarnos mirándolas y amándolas.

CAPÍTULO 18

Muéstrese prácticamente cómo está en nuestra mano tener siempre buena oración y sacar fruto de ella.

La oración especialísima y extraordinaria de que dijimos arriba (cap. 4), es un don particularísimo de Dios, el cual no da a todos, sino a quien Él es servido; sin embargo, la oración mental ordinaria y llana de que ahora vamos tratando, no la niega el Señor a nadie. Y es error de algunos que, porque no alcanzan aquella rica oración y contemplación, les parece que no pueden tener oración o que no son para ella, siendo esto otra muy buena y muy provechosa oración, y que con ella podemos ser perfectos, y que si Dios nos quiere dar aquella alta, ésta es muy buena y muy propia disposición. Pues de esta oración iremos ahora declarando cómo con la gracia del Señor está en nuestra mano tenerla siempre bien y sacar fruto de ella, que es cosa de gran consuelo.

Por dos vías podemos colegir esto muy bien de lo dicho. La primera, porque el modo de oración que nuestro Padre nos enseña es ejercitar allí las tres potencias de nuestra ánima, poniendo con la memoria delante de los ojos del entendimiento el punto o misterio sobre el cual queremos tener oración, y luego entrar con el entendimiento, discurriendo, meditando y considerando aquellas cosas que más nos ayudaren a mover nuestra voluntad, y luego se han de seguir los afectos y deseos de la voluntad. Y esto tercero dijimos (cap. 7) que es lo principal y el fruto que habemos de sacar de la oración. De manera que no consiste la oración en las dulzuras y gustos sensibles que sentimos y experimentamos algunas veces, sino en los actos que hacemos con las potencias de nuestra alma. Pues hacer esto siempre está en nuestra mano, por más secos y desconsolados que estemos, porque aunque esté yo más seco que un palo y más duro que una piedra, está en mi mano, con el favor del Señor, hacer un acto de aborrecimiento y dolor de mis pecados, y un acto de amor de Dios, y un acto de paciencia, y un acto de humildad, y de desear

ser despreciado y tenido en poco por imitar a Cristo, despreciado y tenido en poco por mí.

Es menester advertir aquí que no está el negocio de tener buena oración, ni el fruto de ella, en que uno haga esos actos con gusto y consolación sensible, ni en que sienta mucho eso que hace, ni está en eso la bondad y perfección de los mismos actos, ni el merecimiento de ellos. Y se debe notar esto mucho, porque suele ser engaño muy común de muchos, que se desconsuelan pareciéndoles que no hacen nada en la oración, porque no sienten tanto dolor de sus culpas y pecados, o tanta afición y deseo de la virtud como querrían. Esos sentimientos son del apetito sensitivo; la voluntad es potencia espiritual y no depende de eso, y así no es menester que uno sienta de esa manera sus actos, sino basta que quiera aquello con la voluntad.

Y así, los teólogos y los Santos, tratando de la contrición y dolor de los pecados, consuelan con esto a los penitentes, que, cayendo en la cuenta de la gravedad del pecado mortal, se desconsuelan porque no se pueden deshacer en lágrimas, ni sienten en sí aquel dolor sensible, que quisieran ellos que se les rompieran las entrañas de dolor. Y dicen: la contrición verdadera y el dolor de los pecados no está en el apetito sensitivo, sino en la voluntad. Os pesa de haber pecado por ser ofensa de Dios, digno de ser amado sobre todas las cosas, que es la verdadera contrición. Ese otro sentimiento, cuando el Señor os lo diere, recibidle con acción de gracias; y cuando no, no tengáis pena, que no nos pide Dios eso. Porque claro está que no nos había de pedir lo que no está en nuestra mano; pues ese sentimiento que vos querríais tener, es un gusto y devoción sensible que no está en nuestra mano; y así no nos le pide Dios, sino lo que está en nuestra mano, que es el dolor de la voluntad, que no depende nada de eso. Y lo mismo es en los actos de amor de Dios: amad vos a Dios con vuestra voluntad sobre todas las cosas, que ese es amor fuerte y apreciativo, y el que nos pide Dios: eso otro es amor tierno, que no está en nuestra mano, Lo mismo es en los actos de las demás virtudes y en todos los buenos propósitos que tenemos.

Se verá bien la verdad de esto por lo contrario: porque cierta cosa es, que si uno con la voluntad quiere y consiente en un pecado mortal, que aunque no tenga otro sentimiento ni gusto alguno en ello, pecará mortalmente y merecerá por ello el infierno. Luego, queriendo lo bueno, aunque no tenga otro gusto ni otro sentimiento, agradará a

Dios y merecerá el Cielo; especialmente siendo Dios más presto para premiar que para castigar. Antes muchas veces son estos actos más meritorios y agradables a Dios cuando se hacen así a secas, sin gusto ni consolación sensible, porque son más puros y más fuertes y durables, y más pone uno en ellos de su casa entonces que cuando es llevado de la devoción. Y así, es señal de virtud más sólida y de voluntad más firme en el servicio de Dios. Porque quien sin esas ayudas de costa, de gustos y consuelos espirituales hace tales actos, ¿qué hiciera con ellas? Dice muy bien el B. Padre Maestro Ávila: A ese otro le llevan en brazos como a niño; éste se va ya por su pie como mayor. Blosio dice que éstos son como los que sirven a su costa a algún señor. E importa mucho que nos acostumbremos a tener la oración de esta manera; porque lo más ordinario de la oración en muchos suele ser sequedad, esos otros son regalos extraordinarios. Así como los que caminan por alta mar en galeras, cuando les falta el viento navegan con la fuerza de los remos, así los que tratan de ejercitarse en oración, cuando faltare el próspero viento de las ilustraciones y regalo del Señor, han de procurar navegar con los remos de sus potencias, ayudadas con el fervor del Espíritu Santo, aunque no sea tan copioso y superabundante.

Lo segundo, podemos llevar esto por otra vía; porque la oración, como dijimos (cap. 14) no es fin, sino medio que tomamos para nuestro aprovechamiento para alcanzar victoria de nuestras pasiones y malas inclinaciones, para que, allanado el camino y quitados los estorbos e impedimentos, nos entreguemos del todo a Dios. Cuando a San Pablo se le cayeron las cataratas de los ojos del alma con aquella luz del Cielo y con aquella voz divina (Hech 9, 5): *Yo soy, Jesús, a quien tú persigues*, ¡qué trocado quedo, qué convencido, qué resuelto y rendido para hacer la voluntad de Dios! Señor, ¿qué queréis que haga? Ese es el fruto de la buena oración. Y decíamos (cap. 16): que no nos habemos de contentar con sacar de la oración propósitos y deseos generales, sino descender en particular a aquello de que tenernos más necesidad, y prepararnos y apercibirnos para llevar bien las ocasiones que se nos pueden y suelen ofrecer entre día, para proceder en todo con edificación.

Pues aplicándolo a nuestro propósito, esto, con la gracia del Señor siempre está en nuestra mano, porque siempre podemos echar mano de aquello de que tenemos más necesidad. Eche mano uno de la humildad, otro de la paciencia, otro de la obediencia, otro

de la mortificación y resignación, y procurad salir de la oración muy humilde, muy resignado e indiferente, muy deseoso de mortificaros y de conformaros en todo con la voluntad de Dios, y especialmente procurad siempre sacar de la oración vivir aquel día bien y con edificación, cada uno conforme a su estado; y de esa manera habréis tenido muy buena oración, y mejor que si hubierais tenido muchas lágrimas y mucha consolación.

Con esto no hay que tener pena de no tener muchos discursos y consideraciones, ni otros sentimientos y devociones; porque no está en esto la oración, sino en eso otro. Ni hay tampoco que hacer mucho caso de las distracciones y pensamientos que nos suelen inquietar en la oración, sin nosotros querer, de que nos solemos quejar muy de ordinario. Procurad, cuando advertís y volvéis en vos, echar mano de lo que habéis menester y del fruto que habíais de sacar, y con uso supliréis y remediaréis el tiempo que se os ha pasado en la distracción, y os vengareis del demonio, que os ha procurado tener tan distraído con pensamientos impertinentes.

Este es un aviso muy provechoso para la oración. Así como cuando uno que caminaba con otros se durmió, y pasaron los compañeros adelante, cuando despierta se da tanta prisa, que los alcanza, y en un cuarto de hora camina lo que había de caminar en una si no se durmiera; así vos, cuando advertís y volvéis en vos de la distracción, en el cuarto de hora postrero os habéis de dar tan buena maña, que hagáis todo lo que habíais de hacer en toda la hora, si estuviereis muy atento. Entrad en cuenta con vos y decid: ¿Qué era lo que yo pretendía sacar de la oración?, ¿qué era el fruto que llevaba preparado para sacar de aquí?: ¿Humildad?, ¿indiferencia?, ¿resignación?, ¿conformidad con la voluntad de Dios? Pues cierto que lo tengo de sacar también de esta oración, a pesar del demonio. Y cuando en toda la oración os pareciere que os ha ido mal, y que no habéis sacado el fruto que deseabais, en el examen de la oración (de que diremos después) habéis de hacer esto, y con eso supliréis las faltas que habéis tenido en la oración, y sacaréis siempre fruto de ella.

CAPÍTULO 19

De algunos medios y modos fáciles para tener buena y provechosa oración.

Otros medios hay muy fáciles que nos ayudarán mucho para tener oración, por donde se verá también cómo está siempre en nuestra mano tener buena y provechosa oración, y que es para todos la oración mental, y que no hay ninguno que no la pueda tener.

Cuanto a lo primero, es muy bueno para esto lo que aquí advierten algunos maestros de espíritu; dicen que no hagamos en la oración ficción ni artificio, sino que hagamos en ella lo que hacen los hombres en negocios de hacienda, que se paran a pensar lo que hacen, y cómo les va en sus negocios, y cómo les irá mejor. Así, el siervo de Dios, sencillamente y sin artificio, ha de tratar consigo en la oración: ¿Cómo me va a mí en el negocio de mi aprovechamiento y de mi salvación? Que éste es nuestro negocio y no estamos para otra cosa en esta vida, sino para negociar esto.

Pues entre en cuenta consigo el religioso y póngase a pensar muy despacio cómo me va a mí en este negocio, qué provecho he sacado yo de estos diez, veinte, treinta o cuarenta años que he estado en la Religión; qué es lo que he ganado y adquirido de virtud, de humildad y de mortificación. Quiero ver la cuenta que podré dar a Dios de la comodidad y medios tan grandes que he tenido en la Religión para granjear y acrecentar, el caudal y talento que me dio. Y si hasta aquí he empleado mal el tiempo y no he sabido aprovecharme de él, lo quiero reparar de aquí en adelante, no se me pase toda la vida como hasta aquí.

De la misma manera puede cada uno en su estado, llana y sencillamente y sin artificio alguno, pararse a pensar en particular cómo le va en su oficio, cómo le hará bien y conforme a la voluntad de Dios, cómo tratará cristianamente los negocios, cómo gobernará su casa y familia de manera que todos sirvan a Dios, cómo llevará bien las ocasiones y pesadumbres que el estado u oficio trae consigo, en lo cual hallará harto que pensar, que llorar y que enmendar. Y ésa será muy buena y muy provechosa oración.

Juan Gerson cuenta de un siervo de Dios que solía decir muchas veces: Cuarenta años ha que trato de oración con todo el cui-

dado que he podido, y no he hallado medio mejor ni más breve y compendioso para tener buena oración como presentarme delante de Dios como un niño y como un pobre mendigo, ciego, desnudo y desamparado. Esta manera de oración vemos que usaba el Profeta David muy frecuentemente, llamándose unas veces enfermo, otras huérfano, otras ciego, otras pobre mendigo; y tenemos los Santos llenos de esto. Y por experiencia sabemos que muchos, que han usado y frecuentado esta manera de oración, han venido por este medio a tener muy alta oración. Pues usadla vos, y será el Señor servido que por este medio vengáis a alcanzar lo que deseáis. Oración de pobre, muy buena oración es. Mirad, dice Gerson, con cuánta paciencia y humildad está el pobre esperando a la puerta del rico una pequeña limosna, y con qué diligencia acude adonde sabe que se da limosna. Y así como el pobre desnudo y desamparado está delante del rico pidiéndole limosna y esperando de él el remedio de su necesidad con grande humildad y reverencia, así habemos de estar nosotros delante de Dios en la oración, representándole nuestra pobreza, necesidad y miseria, y esperando el remedio de su liberalidad y bondad (Sal 122, 2):

Como los ojos de la esclava están colgados de las manos de su señora, esperando lo que le ha de dar, así nuestros ojos han de estar pendientes y colgados de Dios, hasta alcanzar misericordia de Él.

En aquella historia que se cuenta del abad Pafnucio, viviendo él en el interior del yermo, y oyendo decir de aquella mala mujer Tais, que era lazo y perdición de las almas y causa también de muchas pendencias y muertes; con deseo de convertirla y traerla a Dios, tomó hábito seglar y dineros, y fue a la ciudad donde ella vivía, y la convirtió, tomando ocasión de unas palabras suyas, que pidiendo él lugar más escondido, le dijo: De los hombres bien seguro estás aquí que no te verán; pero de los ojos de Dios, en ningún lugar, por secreto que sea, te puedes esconder. Es historia larga; pero viniendo a lo que hace a nuestro propósito, convertida esta mujer, la llevó al yermo y la encerró en una celda, sellando la puerta con un sello de plomo, dejando solamente una ventanilla para que por allí le diesen cada día un poco de pan y una poca de agua. Ya que Pafnucio se despedía de ella, le preguntó cómo había de hacer oración a Dios. A esto le respondió el santo abad: no mereces tú tomar en tu boca sucia el nombre de Dios; tu oración será que te pondrás de rodillas, y mirarás al Oriente, y dirás muchas veces estas palabras: «Tú que me

formaste, ten misericordia de mí.» Y así estuvo tres años, sin osar tomar en su boca el nombre de Dios, sino teniendo siempre delante de los ojos sus muchos y grandes pecados, pidiendo a Dios misericordia y perdón de ellos con aquellas palabras que le dijo el Santo.

Y agradó a Dios tanto esta oración, que consultando el abad Pafnucio al bienaventurado San Antonio al cabo de estos tres años si la había Dios perdonado sus pecados, San Antonio llamó a sus monjes y les mandó que aquella noche siguiente todos velasen y estuviesen en oración, cada uno por sí, para que el Señor declarase a alguno de ellos la causa por que había ido Pafnucio. Estando, pues, todos en oración, Pablo, que era el principal de los discípulos del gran Antonio, vio una cama en el Cielo, adornada de preciosas cortinas y aderezos, la cual guardaban cuatro vírgenes. Como vio cosa tan rica, pensaba y decía para sí: «No es esta merced y gracia guardada para otro que para mi Padre Antonio». Pensando en esto, bajó a él una voz divina que dijo: «No es esta cama para tu Padre Antonio, sino para Tais la pecadora.» Y quince días después fue el Señor servido de llevarla a gozar de aquella gloria y tálamo celestial. Pues contentaos vos con tener esta oración, y entended que no merecéis tener otra, y por ventura agradaréis más a Dios con eso que con la oración que imagináis.

En un tratado espiritual manuscrito que hizo un monje cartujo de la comunión espiritual, cuenta una cosa de nuestro santo Padre Ignacio y sus compañeros, que afirma la supo de persona fidedigna. Dice que caminando ellos como solían, a pie y con su hatillo a cuestas, yendo hacia Barcelona, un buen hombre que los vio se apiadó de ellos y les pidió con mucha instancia que le diesen los hatillos, que él tenía buenas fuerzas y se los llevaría; y aunque ellos lo rehusaban, al fin, importunados, se los dieron, y proseguían así su camino; y cuando llegaban a las posadas, los Padres procuraban buscar cada uno su rincón para recogerse y encomendarse a Dios. El buen hombre, que les veía hacer esto, procuraba también buscar su rincón y ponerse allí de rodillas como ellos. Prosiguiendo su camino, preguntáronle una vez: Hermano, ¿qué hacéis allí en aquel rincón? Respondió: Lo que hago es decir: Señor, éstos son santos, y yo soy un jumento; lo que ellos hacen quiero yo hacer: y eso estoy ofreciendo allí a Dios. Y dice que aprovechó el hombre tanto con esta ora-

ción, que vino a ser muy espiritual y a tener muy alta oración. Pues ¿quién no podrá tener esta oración, si quiere?

Conocí a un Padre muy antiguo de la Compañía y muy gran predicador, que su oración por mucho tiempo fue decir con mucha humildad y simplicidad a Dios: Señor, yo soy una bestia, y no sé tener oración; enseñadme Vos a tenerla. Y con esto aprovechó y vino a tener muy subida oración, cumpliéndose en él aquello del Profeta (Sal 72, 23): [*Así como un jumento soy, Señor, ante Ti, y yo siempre estoy contigo*]. Pues humillaos vos y haceos como un jumento delante de Dios, y el Señor será con vos. Mucho vale delante de Dios el humillarse, y mucho se negocia y alcanza de esta manera con su divina Majestad. Y notan aquí los Santos una cosa de mucha importancia, que así como la humildad es medio para alcanzar la oración, así también la oración ha de ser medio para alcanzar la humildad, y para conservarnos e ir creciendo en ella. Y así dicen que de la buena oración siempre ha de salir uno humillado y confundido. De donde se sigue que cuando uno sale de la oración muy contento de sí, con no sé qué complacencia y con una oculta estima y reputación de sí mismo, pareciéndole que está ya aprovechado y que va siendo hombre espiritual, debe tener por sospechosa su oración. Pues si decís que no podéis tener muchas consideraciones ni grandes contemplaciones, humillaos y sacad eso de la oración, que para eso no podéis tener excusa alguna, y ésa será muy buena oración.

Es también muy buen medio para cuando no puede entrar uno en oración y es combatido en ella de diversos pensamientos y tentaciones, el que da el B. Padre Maestro Ávila en una de sus cartas. Echaos, dice, a los pies de Cristo y decid: Señor, en cuanto esto es culpa mía, a mí me pesa mucho por cierto de la culpa que en esto tengo, y de la causa que para ello he dado; pero en cuanto es voluntad vuestra y pena y castigo justamente merecido por mis grandes culpas pasadas y por mis descuidos y faltas presentes, yo lo acepto de muy buena voluntad, y me huelgo de recibir de vuestra mano esta cruz, esta sequedad y distracción, y este desconsuelo y desamparo espiritual. Esta paciencia y humildad será muy buena oración y agradará más a Dios que la oración que vos desearíais tener, como diremos después más largamente.

De nuestro Padre San Francisco de Borja se dice que, cuando le parecía que no había tenido bien la oración, procuraba aquel día mortificarse más y andar con más cuidado y diligencia en todas sus

obras, para suplir con esto la falta de la oración, y así aconsejaba que lo hiciésemos nosotros. Este es muy buen remedio para suplir las faltas de la oración, y lo será también para venir a tener buena oración. Dice el santo abad Nilo, tratando de la oración, que así como cuando nos desconcertamos y descomponemos entre día y hacemos alguna falta, parece que luego sentimos el castigo de Dios en la oración, porque se nos muestra allí rostrituerto; así también cuando nos habemos mortificado y vencido en algo, parece que luego lo sentimos en la oración, y que nos lo quiere pagar Dios allí de contado. [Cualquier cosa dura o áspera que sufrieres con paciencia, hallarás el fruto de tu trabajo al tiempo de la oración].

Da allí el Santo otro medio muy bueno para tener oración, y muy conforme al que acabamos de decir. Si queréis tener bien oración, no hagáis cosa que sea contraria a la oración. De esa manera se os comunicará Dios y os hará muchas mercedes.

Y generalmente tengan todos entendido que el principal cuidado del siervo de Dios ha de ser limpiar y mortificar el corazón, y guardarse de todo pecado, y estar siempre muy firme y determinado de no hacer un pecado mortal por cuanto hay en el mundo; y en esto se ha de fundar muy bien en la oración, e insistir y afanarse muchas veces en ello, porque lo habemos menester mientras estamos en esta vida miserable. Y sobre este fundamento ha de edificar cada uno todo lo demás que quisiere de perfección. Y con esto no tiene que andar acongojado, sino muy agradecido a Dios, aunque no le dé otra oración más alta; porque no consiste la santidad en tener don de oración, sino en hacer la voluntad de Dios. Con esto concluye Salomón aquel su alto sermón del Eclesiastés (12, 13): *Temed a Dios y guardad sus mandamientos, porque esto es todo hombre*; que es decir: En esto consiste todo el buen ser del hombre y el cumplimiento de las obligaciones que tiene, y con esto puede ser santo y perfecto.

Quiero concluir con un medio de mucho consuelo para todos: cuando no sentís en la oración aquella entrada, aquella atención y devoción, aquella unión íntima que deseáis, ejercitaos en tener gran voluntad y deseo de ello, y con eso supliréis lo que parece que os falta; porque Dios nuestro Señor, dicen los Santos, no menos se contenta y satisface con esa buena voluntad y deseo, que con la alta y levantada oración. Este medio enseñó Dios a la santa virgen Gertrudis, y lo trae Blosio. Dice que, como se quejase una vez esta Santa de que no podía tener tan levantado su corazón a Dios como quisie-

ra y le parecía que estaba obligada, fue enseñada del Cielo que para con Dios basta que el hombre quiera y desee de veras tener gran deseo, cuando le siente en sí pequeño o ninguno; porque tan grande tiene el deseo delante de Dios, cuan grande le querría tener; y en el corazón que tiene semejante deseo, conviene a saber, voluntad y deseo de tenerle, dice que mora Dios de mejor gana que podría un hombre morar entre frescas y deleitosas flores.

No necesita Dios vuestra alta oración, no quiere sino vuestro corazón, y a eso mira, y eso recibe Él por obra. Ofreceos vos del todo a Dios en la oración, y dadle todo vuestro corazón, y desead estar allí con aquel fervor que están los más altos serafines, y esa voluntad mirará y recibirá Dios por obra. Y si, conforme a esto será muy buena devoción y muy provechosa consideración, cuando estamos tibios y secos en la oración, considerar cuántos siervos de Dios estarán en esa hora en oración, y por ventura derramando lágrimas, y aun sangre, e imaginarnos que estamos juntamente con ellos; y no solamente con ellos sino con los ángeles y espíritus celestiales, amando y alabando a Dios, y remitirnos a lo que ellos hacen, supliendo con ello lo que nosotros no sabemos hacer, diciendo con el corazón y con la boca muchas veces aquellas palabras: [*Dignaos, Señor, admitir juntamente con las alabanzas de los ángeles y bienaventurados todos, también nuestras voces, que con humilde confesión os aclaman: Santo, Santo, Santo*]. Señor, lo que ellos dicen, digo yo, y lo que ellos hacen, eso quiero yo también hacer, y como ellos os alaban y aman, os querría yo alabar y bendecir y amar. Y algunas veces será bueno remitirnos a nosotros mismos cuando en algún tiempo nos parece que tuvimos buena oración, diciendo: Señor, lo que entonces quise, quiero ahora; como entonces me ofrecí a Vos del todo, me ofrezco ahora; de la manera que entonces me pesaba de mis pecados, y deseaba la humildad, la paciencia, la obediencia, de esa manera, Señor, la deseo y os la pido ahora.

Y, sobre todo, es maravilloso ejercicio unir nuestras obras con las de Cristo, y suplir nuestras faltas e imperfecciones con los merecimientos de Cristo de su sacratísima Pasión, así en lo que toca a la oración, como en las demás obras; ofreciendo al Padre Eterno nuestras oraciones en unión del amor y fervor con que Cristo oró y le alabó en la tierra; nuestros ayunos en unión de los que Él ayunó; pidiéndole sea servido de suplir nuestra impaciencia con la paciencia de Cristo, nuestra soberbia con su humildad, nuestra malicia con su

inocencia. Este ejercicio, dice Blosio, que reveló nuestro Señor a algunos especiales amigos suyos, para que así hagamos nuestras obras de valor y merecimiento, y para que por este camino aliviemos nuestra pobreza con el tesoro infinito de los merecimiento de Cristo.

CAPÍTULO 20

Que nos habemos de contentar con la oración que hemos dicho, y no andar congojados ni quejosos por no llegar a otra más alta.

San Alberto Magno dice que el verdadero humilde no se atreve ni se le levanta el corazón a desear la alta y encumbrada oración, y aquellos favores extraordinarios que el Señor suele algunas veces comunicar a los suyos, porque se tiene en tan poco, que se siente indigno de toda gracia y consolación espiritual; y si alguna vez, sin él desearlo, le visita el Señor con alguna consolación, la recibe con temor, pareciéndole que no merece él estos consuelos y favores, ni se sabe aprovechar de ellos como debía. Y así, si hubiese en nosotros humildad, bien nos contentaríamos con cualquiera manera de oración de las que habemos dicho. Antes tendríamos por particular merced del Señor que nos llevase por el camino de la humildad, porque por ése nos conservaremos, y por ese otro por ventura nos desvaneciéramos y perdiéramos.

Dice San Bernardo que se comporta Dios con nosotros como se llevan acá los padres con los hijos chiquitos, que cuando el niño pide pan, se lo dan de buena gana; pero si el niño pide el cuchillo para partir el pan, no se le quieren dar, porque ven que no le es necesario, antes le podría hacer daño, cortándose con él; sino toma el padre el cuchillo y le parte el pan, porque así no tendrá el niño trabajo ni peligro alguno. De esa manera hace el Señor: os da el pan partido, y no os quiere dar los gustos y consolaciones que hay en aquella altísima oración, porque por ventura os cortaríais, y os hicierais daño, engriéndoos y desvaneciéndoos en eso, teniéndoos por espiritual y prefiriéndoos a otros. Mayor merced os hace el Señor en daros el pan partido, que si os diera el cuchillo para partir el pan. Si Dios con esa oración os da firmeza y fortaleza grande para antes reventar que

pecar, y os conserva toda la vida sin caer en pecado mortal, ¿qué mejor oración queréis y qué mejor fruto?

Esta es la respuesta que dio el padre del hijo pródigo al hermano mayor, que viendo que había recibido a su hermano con tanta fiesta y regocijo, se indignó y no quería entrar en casa, diciendo: Hace tantos años que os sirvo y estoy sujeto a vuestro mandato, y siempre os he sido obediente, y nunca me habéis dado siquiera un cabrito para que comiese con mis amigos; y a ese otro, que ha desperdiciado la hacienda y ha sido desobediente, habéis matado el becerro grueso y le habéis hecho un banquete espléndido con música y regocijo. El padre le respondió: Hijo, mirad que no hago esto por querer al otro más que a vos; *vos siempre estáis* en mi casa y *conmigo* (Lc 15, 31); también será razón que conozcáis y estiméis lo que yo hago con yo hago con vos. ¿No os hago harto favor y merced en teneros siempre conmigo?

Pues así acá, ¿os parece poco teneros el Señor siempre consigo y en su casa? Más es daros el Señor el don de la perseverancia y teneros siempre, que no os apartéis de El ni caigáis en pecado, que después de caído daros la mano, como la dio al hijo pródigo; como más es teneros que no os quebréis la cabeza, que después de quebrada sanaros. Pues si Dios con esa oración que tenéis os da esto, ¿de qué os quejáis? Si con esa oración os da una prontitud grande para todas las cosas del servicio de Dios, y una indiferencia y resignación entera para todas las cosas de la obediencia, ¿qué más queréis? Si Dios con esa oración os conserva en humildad y temor suyo, y en andar con recato, guardándoos de las ocasiones y de los peligros, ¿para qué hay que suspirar por más? Ese es el fruto que vos habíais de sacar de la oración, cuando la tuvierais muy alta y muy subida; y cuando el Señor os diera muchos gustos y consolaciones en ella, a eso lo habíais de enderezar. Pues esto es lo que hace Dios en esa oración llana y ordinaria: da el fin y fruto sin aquellos medios extraordinarios de elevaciones y de gustos y consolaciones, como lo experimentan los que perseveran en ella.

Y así debemos por ello a Dios dobladas gracias; porque por una parte nos quita el peligro de vanidad y soberbia, que pudiéramos tener si nos llevara por ese otro camino; y por otra parte nos da el fruto y provecho de la oración muy cumplido. Del santo patriarca José dice la sagrada Escritura (Gen 42, 7 y 25) que habló a sus hermanos con palabras duras y ásperas, y por otra parte les hinchó los sacos de

trigo y mandó al mayordomo que les hiciese buen tratamiento. Así hace muchas veces el Señor con nosotros.

No acabamos de entender en qué consiste la oración, o, por mejor decir, no acabamos de entender en qué consiste nuestro aprovechamiento y perfección, que es el fin y fruto al que se ordena la oración. Y así muchas veces, cuando, nos va mal, pensamos que nos va bien; y cuando nos va bien, pensamos que nos va mal. Sacad vos de la oración lo que habemos dicho, y especialmente proceded aquel día bien y con edificación, como decíamos arriba (cap. 18), y habréis tenido buena oración, aunque hayáis estado allí más seco que un palo y más duro que una piedra. Y si no sacáis eso, no habéis tenido buena oración, aunque hayáis estado derramando lágrimas toda ella, y aunque os parezca que os habéis elevado hasta el tercer Cielo.

Y así de aquí en adelante no os quejéis de la oración, sino volved todas las quejas contra vos, y decid: Me va mal en la mortificación; me va mal en la humildad, en la paciencia, en el silencio y recogimiento. Esa es buena queja, porque es quejaros de vos, que no hacéis lo que debéis y está en vuestra mano; y eso otro de andaros quejando de la oración, parece que es quejaros de Dios, porque no os da en ella la entrada y quietud y consuelo que vos quisierais; y ésa no es buena queja: *no es palabra ésa para provocar a Dios a misericordia, sino a ira e indignación*, como dijo la Santa Judit (8, 12) a los de Betulia.

Y es cosa de ver cuán al revés andamos en esto, porque no veo que nos quejamos de que no nos queremos mortificar, ni humillar, ni enmendar, que es lo que está en nuestra mano, y nos andamos quejando de lo que no está en nuestra mano, sino a cuenta de Dios. Tratad vos de mortificaros y venceros, y haced en esto lo que es de vuestra parte, y dejad a Dios lo que está de su cuenta; que más deseo tiene El de nuestro bien que nosotros mismos; y si nosotros hacemos lo que es de nuestra parte, bien seguros podemos estar que no faltará El de la suya en darnos lo que nos conviene. Diremos de esto más largamente, tratando de la conformidad con la voluntad de Dios, donde satisfaremos más de propósito a esta queja y tentación.

CAPÍTULO 21

De las causas de la distracción en la oración y de sus remedios.

Queja suele ser ésta muy ordinaria, y así tratan de ella comúnmente los Santos y Casiano muy en particular. De tres causas o raíces dicen que puede proceder la distracción en la oración: Lo primero, de nuestro descuido y negligencia, por andar nosotros derramados durante el día, con poca guarda del corazón y poco recogimiento de nuestros sentidos. El que anda de esta manera no tiene que preguntar de dónde le viene el estar distraído en la oración y no poder entrar en ella; porque claro está que las imágenes, figuras y representaciones de las cosas que deja entrar allá dentro, le han de molestar e inquietar después en la oración.

Dice muy bien el abad Moisés que aunque no está en manos del hombre el no ser combatido de pensamientos, pero que lo está el no admitirlos y desecharlos cuando vienen. Y añade más; que también está en manos del hombre en gran parte el corregir y enmendar la calidad de esos pensamientos, y hacer que se le ofrezcan pensamientos buenos y santos, y que estos otros de cosas vanas e impertinentes se le vayan olvidando. Porque si se da a ejercicios espirituales de lección, meditación y oración, y se ocupa en obras buenas y santas, tendrá pensamientos buenos y santos; pero si no trata de eso durante el día, sino de apacentar sus sentidos en cosas vanas e impertinentes, de eso serán sus pensamientos. Y trae una comparación, que es también de San Anselmo y San Bernardo. Dicen estos Santos que el corazón del hombre es como la piedra del molino, que siempre muele; pero en manos del que la rige está hacer que muela trigo, o cebada, o centeno; lo que le echaren, eso molerá. Así, el corazón del hombre no puede estar sin pensar en alguna cosa, siempre ha de moler; pero con vuestra industria y diligencia podéis hacer que muela trigo, cebada, o centeno, o tierra; lo que echareis, eso molerá.

Pues, conforme a esto, si queréis estar recogido en la oración, es menester que procuréis durante el día traer recogido el corazón y guardadas las puertas de vuestros sentidos; porque con las almas que son huertos cerrados gusta el Señor de conversar. Y así era dicho común de aquellos Padres antiguos, y lo trae Casiano: Es me-

nester tomar la corrida de más atrás, y andar durante el día cual queréis hallaros en la oración; porque del estado y temple que tiene el corazón fuera de la oración, de ahí se forma y fragua ella. Dice San Buenaventura: Cual fuere el licor que echareis en el vaso, tal será el olor; y cuales fueren las yerbas que plantareis en el huerto de vuestro corazón, tal será el fruto y semilla que producirán.

Y porque es cosa muy común y natural el pensar uno muchas veces en lo que ama, si queréis tener firme y estable el corazón en la oración, y que los pensamientos de cosas vanas e impertinentes se vayan olvidando y acabando, es menester mortificar la afición de ellas, menospreciando todas las cosas de la tierra, y poniendo el corazón en las del Cielo. Y cuanto más aprovechareis y creciereis en esto, tanto más aprovecharéis y creceréis en la firmeza, estabilidad y atención en la oración.

Lo segundo, suelen nacer estas distracciones de tentación del demonio, nuestro enemigo. Dice San Basilio que como el demonio ve que la oración es el medio por donde nos viene todo el bien, procura por todas las vías y modos que puede impedirla, y ponernos mil estorbos en ella, para que, quitado este socorro, pueda tener más fácil entrada en nuestra alma con sus engaños y tentaciones. Hace con nosotros como hizo el capitán Holofernes para tomar la ciudad de Betulia, que se defendía, que quebró los arcaduces por donde entraba el agua a la ciudad (Judit 7, 6). Así, el demonio procura con toda diligencia quebrar y desbaratar en nosotros este arcaduz de la oración, por donde viene a nuestra alma el agua de la gracia y de todos los bienes espirituales. Y así dice San Juan Climaco que como al sonido de la campana se juntan los fieles y los religiosos visiblemente para orar y alabar a Dios, así nuestros enemigos, que son los demonios, se juntan también entonces visiblemente para tentarnos e impedirnos la oración.

En el PRADO ESPIRITUAL se cuenta de uno de aquellos Padres del Yermo (el abad Márulo) que levantándose una noche a orar y cantar salmos como solía, oyó una voz de trompeta, que parecía señal de romper batalla; y turbándose el santo viejo de dónde podía salir tal voz en lugar tan solitario, donde no había soldados ni guerra, se le apareció el demonio y le dijo que aunque él pensaba que no había batalla, que sí había, y que aquella trompeta apercibía para darla los demonios a los siervos de Dios, y que si él quería ser libre del combate, se volviese a acostar y dormir, y si no, se apercibiese;

pero él, confiado en el Señor, entró en su oración y perseveró en ella.

Una de las cosas en que se echa mucho de ver la excelencia e importancia grande de la oración es en la ojeriza grande que el demonio tiene con ella y en la guerra tan continua que le hace, como lo notó bien el santo abad Nilo. Otras obras buenas sufre el demonio y pasa por ellas: el ayuno, la disciplina, el cilicio; pero un rato de oración no lo puede sufrir, sino que por todas las vías que puede lo procura impedir y poner mil estorbos en ello. De aquí que cuando estamos en la oración solemos algunas veces sentir más tentaciones que en otros tiempos; entonces parece que viene todo el tropel de pensamientos, y algunas veces tan malos y feos, que no parece que vamos allí sino a ser tentados y molestados con todo género de tentaciones; porque cosas que nunca se nos ofrecieron, ni se nos pasaron por el pensamiento en toda nuestra vida, se nos ofrecen en la oración: todo parece que se guarda para allí. Es que como el demonio sabe que la oración es el remedio de todos nuestros males, y principio y fuente de todos los bienes espirituales, y medio eficaz para alcanzar todas las virtudes, le da grande pena y pone todas sus fuerzas para estorbarla; y así llaman los Santos a la oración «tormento y azote del demonio».

Esto mismo ha de ser para nosotros causa y motivo para estimarla más y darnos más a ella; y tanto más, cuanto más vemos que el demonio por envidia nos la quiere impedir. Santo Tomás, Abulense y otros graves autores dicen que por esto la santa madre Iglesia, regida por el Espíritu Santo, entendiendo la costumbre de nuestro adversario de tentar y hacer toda la guerra que puede a los que hacen oración, tiene ordenado que en el principio de cada una de las horas canónicas se diga aquel verso (Sal 69, 2): [*¡Oh Dios!, venid en mi ayuda; Señor, no tardéis en ayudarme*]; donde pedimos favor al Señor para orar como debemos, y defendernos de las asechanzas y tentaciones de nuestros enemigos.

Lo tercero, nacen algunas veces estos pensamientos y distracciones sin culpa nuestra, de nuestra propia enfermedad y flaqueza, porque somos tan flacos y miserables, y quedó nuestra naturaleza tan lisiada y estragada por el pecado, y especialmente nuestra imaginación, que ni un Paternóster podemos decir sin que se nos ofrezcan diversos pensamientos, como se quejaba San Bernardo. Para esto será muy buen remedio tomar por materia de oración lo mismo

que padecemos, humillándonos, considerando y conociendo cuán grande sea nuestra flaqueza, porque esa humildad y ese conocimiento propio será buena oración. Pero fuera de esto, diremos otros remedios que dan los Santos y maestros de la vida espiritual.

CAPÍTULO 22

De algunos medios para estar con atención y reverencia en la oración.

El bienaventurado San Basilio pregunta cómo podrá uno tener su corazón firme, atento y no divertido en la oración; y responde que el medio más eficaz para esto es considerar que está delante de Dios, y que le está mirando cómo ora. Porque si acá, el que está delante de un príncipe, hablando con él, está con grande respeto y reverencia, teniendo grande atención a lo que hace, y a la manera y modo que guarda en ello, y tendría por gran descortesía volver las espaldas o mezclar otras razones impertinentes, ¿qué hará el que atentamente, considerare que está delante de la majestad de Dios, y que le está mirando, no sólo lo exterior que se ve de fuera, sino lo más íntimo de su corazón? ¿Quién habrá, dice, que ose apartar los ojos y el corazón de lo que está haciendo, y se atreva a volver las espaldas a Dios, y estar pensando allí en otras cosas impertinentes?

Aquel gran Jacob, monje, como cuenta Teodoreto, usaba de esta consideración para mostrar cuán gran desacato sea éste, y tráela también San Agustín: Si yo, dice, fuese criado de un hombre que es de mi misma naturaleza, y en el tiempo que le tengo de servir dejase de traerle el manjar y la bebida por hablar con otro criado, con justa razón me reprendería y castigaría. Y si yendo delante de un juez a querellarme de alguno que me injurió, le dejase con la palabra en la boca, y le volviese las espaldas, y me parase a hablar con alguno de los que estuviesen presentes, ¿No os parece que el Juez me tendría por descomedido, y me mandaría echar del tribunal donde estaba juzgando, como a hombre mal criado? Pues eso es lo que hacen los que yendo a la oración a hablar con Dios se distraen pensando en otras cosas impertinentes. Nuestro Padre nos pone también este medio en una de las adiciones [75] o advertencias que da para la oración, donde dice que un poco antes de entrar en la oración, por

espacio de un Paternóster, levantemos el espíritu al Cielo, y consideremos que está allí Dios presente y que nos está mirando, y así, con gran reverencia y humildad, entremos en la oración. Y habemos de procurar que esta presencia de Dios no se nos pierda de vista en todo el tiempo de la meditación, conforme a aquello del Profeta (Sal 18, 15): [*La meditación de mi corazón siempre en tu presencia*].

San Crisóstomo dice: Haced cuenta que cuando vais a la oración entráis en aquella corte celestial, en la cual el Rey de la gloria está sentado en un Cielo estrellado, cercado de innumerables ángeles y Santos, que todos os están mirando, conforme a aquello de San Pablo (1 Cor 4, 9): [*Somos el blanco de las miradas de Dios, y de los ángeles y de los hombres*]. San Bernardo aconseja en esto lo que él debía de hacer: Cuando entrares en la iglesia o te recogieres a orar, pon la mano sobre tu boca y di: Quedaos aquí a la puerta, pensamientos y apetitos malos; y tú, ánima mía, entra en el gozo de tu Señor, para que veas y hagas su santa voluntad.

San Juan Clímaco dice: El que cuando hace oración considera de veras que está delante de Dios, está como una columna firme y constante que no se mueve. Y refiere que mirando él una vez que un religioso estaba más atento que los otros en el cantar de los, salmos, y que especialmente al principio de los himnos, con la figura y semblante que mudaba, parecía que hablaba con otro, le rogó después que le dijese qué significaba aquello. Respondió el monje: Yo al principio del oficio divino suelo recoger con gran cuidado mi corazón y pensamientos, y llamándolas ante mí les digo (Sal 94,1): [Venid, adoremos y postrémonos, y lloremos delante del Señor, que nos crió, porque Él es nuestro Señor y Dios, y nosotros comos el pueblo de su dehesa y ovejas de su rebaño]. Venid, adoremos y postrémonos delante del Señor. Todas éstas son muy buenas y muy provechosas consideraciones para estar con atención y reverencia en la oración.

Otros dan por remedio estar delante del Santísimo Sacramento, si estamos donde lo podemos hacer; o si no, mirar adonde está el Santísimo Sacramento más cerca, y poner allá el corazón, y también mirar a las imágenes; otros se ayudan mirando al Cielo. También es muy buen remedio para avivarse uno, cuando tiene distracciones y sequedad en la oración, decir algunas oraciones jaculatorias y hablar vocalmente con Dios, representándole su flaqueza y pidiéndole remedio para ella (Is 38, 14): *Señor, responded por mí, que padezco fuerza*. Aquel ciego del Evangelio, aunque Cristo nuestro Redentor

parece que disimulaba y se pasaba de largo, y aunque la gente le decía que callase, él no dejaba de dar voces, antes las levantaba más, clamando y diciendo (Mc 10, 47): *Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí*. Así lo habemos de hacer nosotros: aunque el Señor disimule y parezca que se pasa de largo sin visitarnos, aunque la turba y muchedumbre de pensamientos y tentaciones nos impela a callar, no por eso habemos de callar, sino dar mayores voces: Señor, [Jesús, hijo de David], tened misericordia de mí. Señor, fortaleced y confortad este corazón en esta hora (*Judit*, 13, 7), para que pueda pensar en Vos y estar firme y constante en la oración.

Decía una Santa [Ángela de Foligno]: Si no pudiereis hablar con Dios con el corazón, no dejéis de hablarle con la boca muy a menudo; porque lo que así se dice frecuentemente, fácilmente da calor y fervor al corazón. Y confiesa de sí esta Santa que algunas veces, por no hacer estas oraciones vocales, perdió la oración mental; porque era, dice, agravada e impedida de la pereza y del sueño. Y por nosotros pasa esto; algunas veces acontece dejar uno de hablar en la oración de pereza y flojedad y por estar medio dormido; y si hablara, se despertara y avivara para la oración.

También dice Gerson que es buen remedio para las distracciones llevar preparado el ejercicio y determinados diversos puntos para la oración; porque con esto, cuando uno se distrae, en advirtiendo en ello, tiene ya su punto cierto y determinado para acogerse a él, y si en él no halla entrada, pasa luego a otro punto de los que lleva prevenidos, y torna más fácilmente a enhilar su oración. Y nosotros hallamos, cuando, cuando nos examinamos, que muchas veces la causa de estar distraídos y andar vagueando en cosas diversas, suele ser no llevar bien prevenidos y sabidos los puntos sobre los que habemos de tener la oración, ni tener cosas ciertas y determinadas a que acogernos.

Fuera de esto, este aviso y el siguiente son necesarios para ir bien preparados a la oración; y así, nuestro Padre nos encomienda esto con palabras encarecidas. «Ayudará, dice [228], grandemente, antes de entrar en la oración, recapacitar los puntos que se han de meditar, y llevar determinado el número de ellos.» Y leemos de él que lo hacía así, no solamente en sus principios, sino después también, siendo ya viejo, leía y preparaba su ejercicio de noche, y se acostaba con ese cuidado; para que nadie piense que es ésta cosa de novicios. Y aunque uno sepa bien el ejercicio por haberle medita-

do ya otras veces, con todo eso es muy bueno prepararle de nuevo; especialmente que como aquéllas son comúnmente palabras de la divina Escritura dictadas por el Espíritu Santo, el leerlas con un poco de quietud y reposo despierta una nueva atención y devoción para meditarlas y aprovecharse más de ellas.

También nos ayudará mucho para esto que luego, en despertando, no dando lugar a otros pensamientos, pensemos en el ejercicio que habemos de tener, preparándonos para la oración con alguna consideración acomodada a lo que habemos de meditar. Casiano, San Buenaventura y San Juan Climaco tienen por muy importante este aviso: dicen que de esto suele depender el gobierno de la oración, y, por consiguiente, el concierto de todo el día. Y advierte San Juan Clímaco que como el demonio ve que esto es de tanta importancia, anda muy diligente y solicito aguardando a que despertemos, para ocupar luego la posada y coger las primicias de todo el día. Y dice que hay entre los espíritus malos uno que llaman precursor, el cual tiene este oficio, que está aguardando a saltearnos de noche al tiempo que despertamos del sueño, aun antes que acabemos de despertar, cuando uno aun no está del todo en sí, para ponernos delante cosas feas y sucias, o, a lo menos, cosas impertinentes, para tomar la posesión de todo el día; porque le parece que todo él será del que primero ocupare el corazón. Por eso importa mucho que nosotros también estemos muy sobre aviso para no dar lugar a esto, sino que luego, en despertando, apenas hayamos abierto los ojos, cuando ya esté plantada en nuestro corazón la memoria del Señor antes que otro pensamiento peregrino ocupe la posada.

De lo cual nos avisa también nuestro Padre [74], y añade que lo mismo se ha de guardar en su manera cuando la oración se tiene a otra hora [311], recogiéndonos un poco antes, a pensar a dónde voy y delante de quién tengo de parecer, y recapacitando brevemente el ejercicio que tengo de meditar [239], como quien templa la vihuela para tañer. Y generalmente decía nuestro Padre que de la guarda de esto y otros semejantes avisos, que él llama adiciones, dependía en gran parte el tener bien la oración y el sacar fruto de ella. Y nosotros lo experimentamos muy ordinariamente, que, cuando vamos bien preparados, y guardamos bien estos avisos, nos va bien en la oración, y cuando no, nos va mal.

Dice el Espíritu Santo por el Sabio (Eclo 18,23): *Antes de la oración preparaos bien para ella, y no seáis como el hombre que*

tienta a Dios. Notan Santo Tomás y San Buenaventura sobre estas palabras que irse a la oración sin preparación es como tentar a Dios; porque tentar a Dios, dicen los Teólogos y los Santos, es querer alcanzar alguna cosa sin poner los medios ordenados y necesarios para eso, como si uno dijese: no quiero comer, que Dios bien me puede sustentar sin comer, El me sustentará: sería tentar a Dios y pedir milagro sin necesidad. Como dijo Cristo nuestro Redentor al demonio, cuando le llevó al pináculo del templo, y le persuadía que se echase de allí abajo, que Dios mandaría a sus ángeles que le recibiesen y llevasen en palmas. Respondió Él: La Escritura dice (Mt 4, 7): *No tentarás a tu Dios y Señor*. Yo me puedo bajar por la escalera, eso otro es tentar a Dios y pedir que haga un milagro sin necesidad. Pues tan principal y tan necesario medio es para la oración el prepararnos para ella, que dice el Sabio que querer tener oración sin esta preparación es como tentar a Dios y querer que haga milagro con vos. Nuestro Señor bien quiere que tengamos buena oración, y con mucha atención y reverencia; pero por los medios ordinarios, que es, disponiéndonos y preparándonos para ella de la manera que habemos dicho.

CAPÍTULO 23

De un consuelo grande para los que son molestados de distracciones en la oración.

Para consuelo de los que son molestados de esta tentación, nota San Basilio que en la oración entonces solamente se ofende a Dios con estos pensamientos y distracciones, cuando uno, por su voluntad, advertidamente y viendo lo que hace, está distraído y con poca reverencia y respeto. El que en la oración se pone de propósito a pensar en el estudio, o en el oficio, o en el negocio, bien merece que no le acuda Dios, sino que le castigue. Aquí viene bien lo que dice San Crisóstomo: «¿Cómo quieres que te oiga Dios, si tú mismo no te oyes?» Pero cuando uno hace buenamente lo que puede, y por flaqueza se distrae y no puede tener tanta atención como querría, sino que le deja el corazón y se le huye a otras partes, conforme a aquello del Profeta (Sal 39, 13): [*Mi corazón me desamparó*], entonces no se ofende el Señor de eso, antes le mueve a compasión y miseri-

cordia, porque conoce Él muy bien nuestra enfermedad y flaqueza (Sal 102, 13): [*De la manera que el padre se compadece de sus hijos, así se compadece el Señor de los que le temen, porque El conoce la masa de que estamos hechos*]. Así como el padre que tiene un hijo frenético se compadece y lo siente mucho, cuando ve que comenzando a hablar ahora su hijo en seso, luego salta en un disparate; así aquel piadosísimo Padre celestial se apiada y compadece de nosotros cuando ve que es tanta la flaqueza y enfermedad de nuestra naturaleza, que al mejor tiempo que estamos hablando con Él juiciosamente, saltamos en mil pensamientos desvariados.

Y así, aunque no sienta uno devoción ni jugo en la oración, sino muy gran sequedad y combate de pensamientos e imaginaciones, y esté todo el tiempo de la oración de esa manera, no por eso deja aquella oración de ser muy agradable a Dios nuestro Señor, y de grande valor y merecimiento delante de su divino acatamiento; antes suele muchas veces ser más grata y meritoria que si la hubiera pasado con mucha devoción y consuelo, por haber sufrido y padecido más trabajo y dificultad en ella por amor de Dios. Ni tampoco deja de alcanzar con aquella oración gracia y favores para servir mejor el Señor y crecer mas en virtud y perfección, aunque él no lo sienta; como le acontece al enfermo que come un manjar de sustancia que aunque no tome gusto ni sabor en él, sino pena y tormento, recibe fuerza y se conserva y crece con él.

De lo dicho se verá ser grande engaño y grave tentación dejar uno la oración por hallarse en ella con muchos pensamientos y tentaciones. Solamente es menester estar advertidos que con esta ocasión, y bajo apariencias de no poder más, no se nos entre la tibieza y flojedad, siendo fáciles y remisos para ser llevados de todos vientos, dejando con descuido andar vagueando el pensamiento y la imaginación por donde quisiera, como diremos después más largamente; sino que hagamos lo que es de nuestra parte, procurando con mucho cuidado y diligencia ojear y aventar los pensamientos, como el santo patriarca Abrahán aventaba y ojeaba las aves, que descendían sobre el sacrificio (Gen 15, 11); pero haciendo en esto buenamente lo que es de nuestra parte, no hay que tener pena.

De Santa Brígida se lee que, como en la oración fuese fatigada de muchas tentaciones, le apareció una vez nuestra Señora y le dijo: El demonio, envidioso del bien de los hombres, procura cuanto puede ponerles impedimentos y estorbos cuando están en la oración;

pero tú, hija, aunque seas molestada en ella de cualquier tentación, por mala que sea, y te parezca que no la puedes desechar, procura perseverar como pudieres en tu buena voluntad y deseos santos, y ésa será muy buena y muy provechosa oración y de mucho merecimiento delante de Dios. Arriba (cap. 8) dijimos un medio muy bueno para restaurar lo que nos parece que perdimos con la distracción.

CAPÍTULO 24

De la tentación del sueño, de dónde proviene y de los remedios para ella.

La tentación del sueño, que es otro género de distracción, puede proceder algunas veces de causa natural, como de falta de sueño, de mucho cansancio y trabajo, del tiempo, de la edad y del demasiado comer y beber, aunque sea agua. Otras veces procede de tentación del demonio, como contaban aquellos santos Padres del Yermo que les mostraba Dios en espíritu que había unos demonios que se ponían sobre los cuellos y cabezas de los monjes y los hacían dormir; y otros que les ponían el dedo en la boca y les hacían bostezar. Otras veces nace esto de flojedad y negligencia nuestra, y por estar uno en la oración con una postura apropiada para dormirse.

El principal remedio que dan para esto es el que dijimos (cap. 22) para la atención, que nos acordemos que estamos delante de Dios. Y así como uno que está delante de un gran príncipe no se osa dormir, así nosotros, si consideramos que estamos delante de la Majestad de Dios y que El nos está mirando, nos avergonzaríamos mucho de dormimos en la oración. Es también buen remedio levantarse en pie, no arrimarse, lavarse los ojos con agua fría, y suelen algunos llevar un pañuelo mojado para esto cuando son fatigados de esta tentación. Otros se ayudan de mirar al Cielo, o tener claridad, o irse a tener oración delante del Santísimo Sacramento en compañía de otros, y de tomar una disciplina antes de la oración, con que quedan despiertos y devotos. Otros en la misma oración toman algún dolor, con que se despiertan; y cuando están solos, se ponen algún rato en cruz. También ayuda para esto hablar y decir algunas oraciones vocales, con que se despierta y aviva uno mucho, como decíamos arri-

ba (cap. 22). De estos y otros semejantes remedios es bueno ayudarnos, pidiendo al Señor que nos sane de esta enfermedad.

Cesáreo, en sus diálogos, cuenta de un religioso de su Orden Cisterciense que se solía dormir muchas veces en la oración, y se le apareció una vez Cristo nuestro Redentor crucificado, vueltas las espaldas a él, y le dijo: Porque eres flojo y perezoso, no mereces ver mi rostro. De otro cuenta allí que le avisó más duramente, porque estando en oración en el coro y durmiéndose como solía, vino a él un crucifijo del altar y le dio un tal golpe en la mejilla, que murió al tercer día. Todo esto nos da bien a entender cuánto desagrada a Dios esta flojedad y tibieza. El religioso flojo y tibio, dice allí Cesáreo, que provoca a Dios a vómito conforme a aquello del Apocalipsis (3, 16): [*Porque eres tibio, comenzaré a echarte de mi boca*].

De San Romualdo, abad y fundador de la Orden de la Camáldula, cuenta Pedro Damián, tratando de la oración que sus religiosos tenían, que era tan grave culpa dormitar algo al tiempo de la oración, que San Romualdo no permitía aquel día decir misa al que caía en esta culpa, por el poco respeto con que había estado en el acatamiento del Señor que había de recibir.

CAPITULO 25

Cuánto conviene tomar algunos tiempos extraordinarios para darnos más a la oración.

Así como para el cuerpo los hombres del mundo, además de la refección de cada día, tienen sus fiestas extraordinarias y sus banquetes, en que suelen exceder de lo ordinario, así también conviene que nosotros, además de la oración cotidiana, tengamos nuestras fiestas y banquetes espirituales, donde nuestras almas no coman por tasa como los otros días, sino antes sean llenas de la abundancia de la dulzura y gracia del Señor. Y la misma naturaleza nos enseña esto; porque no se contenta con el rocío que cae todas las noches sobre la tierra, sino que quiere que también a veces llueva toda una semana y dos sin cesar; y todo es menester para que así quede la tierra tan empapada en agua, que no basten los soles y aires que después hiciere para secarla. Pues así también conviene que nuestras ánimas, además del común rocío de cada día, tengan algunos

tiempos señalados, en los cuales queden tan llenas de virtud y de jugo de devoción, que no basten las ocupaciones, ni los vientos de las tentaciones y sucesos del mundo para secarlas. Y así leemos de muchos Santos y Prelados de la Iglesia que dejadas las ocupaciones y negocios, se recogían muchas veces por algún tiempo a lugares apartados para darse más a la oración y contemplación. Del santo abad Arsenio se lee que tenía por costumbre tomar un día de la semana para esto, y era el sábado, en el cual perseveraba desde la tarde hasta otro día por la mañana en oración.

Y no solamente para adelantarnos y crecer más en virtud y perfección, sino para no volver atrás, es esto muy importante; porque es tanta la flaqueza y miseria del hombre y la inclinación que tenemos a lo malo, que aunque comencemos algunas veces con fervor nuestros ejercicios espirituales, luego vamos poco a poco aflojando y desdiciendo de aquel fervor con que comenzamos. Así como el agua, por mucho que este hirviendo, en apartándola del fuego, luego poco a poco se vuelve a su natural frialdad, así nosotros luego nos volvemos a nuestra tibieza y flojedad, que parece la tenemos más arraigada y connaturalizada que el agua la frialdad (Gen 8, 21): [*Porque los sentidos y el pensamiento del corazón humano son inclinados al mal desde su mocedad*] dice el Espíritu Santo [*Porque es malvada su casta y connatural su malicia*] (Sab 12, 10). Como somos de nada, volvemos a nuestra nada.

Se añade a esto que andando tan ocupados como andamos, unos con los estudios, otros con sus ministerios, otros en oficios y ocupaciones exteriores, tenemos más particular necesidad de esto; porque aunque las ocupaciones son buenas y santas, así como el cuchillo se embota con usarle cada día, y de tiempo en tiempo es menester tomarle a afilar por habérsele gastado los filos y aceros, así nosotros nos vamos embotando y descuidando de nuestro aprovechamiento para ayudar a los otros. Aun allá dicen los filósofos: «El que hace, también padece y va gastando de suyo.» Y cada uno experimenta bien esto en sí. Pues por esto importa mucho el recogernos a tiempo, desembarazándonos de todas las demás ocupaciones para remediar este daño, y reparar lo que se va gastando cada día, y cobrar nuevas fuerzas para pasar adelante, porque más obligados estamos a nosotros que a nuestros prójimos, y la caridad bien ordenada, de sí mismo ha de comenzar.

Especialmente, que para el mismo fin de ayudar y aprovechar a los prójimos, importa mucho esto. Porque cierta cosa es que del mayor aprovechamiento nuestro depende el mayor aprovechamiento de los prójimos; y así, no se pierde tiempo con los prójimos en lo que uno toma para sí, antes se gana: es como el dejar holgar las tierras un año para que den después más fruto. El B. Padre Maestro Ávila decía que era como el picar la piedra para moler. Y así el andar uno muy ocupado no solamente no es causa para dejar de hacer esto, sino antes, cuanto uno anda más ocupado y está más embarazado en ministerios y en negocios, tanto tiene mayor necesidad de acudir a este remedio. Los que andan navegando por el mar necesitan acudir muchas veces al puerto para tomar refresco; así los que andan embarcados en negocios y ocupaciones y ministerios con prójimos, y en medio de tantos peligros y ocasiones, requieren acudir muchas veces al puerto de la soledad y recogimiento para tomar refresco y rehacerse y prevenirse de lo que necesitan.

En el sagrado Evangelio tenemos de esto un ejemplo muy bueno. Cuenta el Evangelista San Marcos que andaban los Apóstoles muy ocupados en los ministerios con los prójimos, tanto, que aun para comer apenas tenían lugar, según era la multitud de gente que acudía a ellos: fueron a dar cuenta a Cristo nuestro Redentor de lo que pasaba, y les dice (Mc 6, 31): *Recogeos un poco a solas en el desierto*. Pues si los Apóstoles necesitaban este descanso y recogimiento, y así se lo aconsejó el Salvador del mundo, ¿cuánto más lo necesitaremos nosotros?

Dicen muy bien los que tratan de oración, que lo que es el sueño para el cuerpo, es la oración para el alma; y así, la sagrada Escritura la llama sueño (Cant 5, 2): *Yo duermo, pero mi corazón está velando*. [*Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las cabras monteses y ciervos de los campos, no despertéis ni hagáis desvelar a mi amada hasta que ella quiera*] (Cant 8, 4). Y declarando más esto, dicen que así como el cuerpo descansa con el sueño corporal y cobra nuevas fuerzas, así el alma descansa y cobra nuevos alientos para trabajar por Dios. Y más: así como un hombre, aunque coma muy buenos manjares, si no tiene el reposo y sueño necesario, anda flaco y enfermo y aun en peligro de perder el juicio; así también el que anduviere muy ocupado en obras exteriores, por buenas y santas que sean, si le falta el sueño y reposo necesario de la oración, andará flaco y enfermo en el espíritu y a peligro de perderse. Y por eso dice

el Esposo que no despierten a su amada hasta que ella quiera. Cuando del sueño despierta uno por ruido que le hacen, es cosa desabrida; pero cuando despierta por estar ya satisfecho el cuerpo y haberse gastado los humos que suben al cerebro, es cosa más apacible; pues así el alma quiere Dios que nada la turbe ni impida su oración, sino que cuando hubiere estado lo necesario, entonces ella despierte y se emplee en obras de caridad, porque de esa manera se harán éstas bien.

Aunque para todos y en todo tiempo es de mucha importancia el recogernos a estos ejercicios espirituales y darnos más tiempo a la oración, y mientras más lo usáremos mejor; pero particularmente en algunas coyunturas y ocasiones es esto más necesario: como cuando uno ve que se va entibiando y aflojando en los ejercicios espirituales de oración, exámenes, lección espiritual, que ya no los hace como debe, ni saca de ellos el fruto que es razón; cuando ve que anda flojo y descuidado en la observancia de las reglas, y que no repara ya en cosas pequeñas; cuando le parece que no anda en espíritu, sino muy exterior y muy llevado de las cosas y negocios que trata.

También cuando uno ve que no acaba de vencerse y mortificarse en alguna cosa, de que tiene necesidad, es muy bueno recogerse algunos días a estos ejercicios para acabarse de resolver y vencer; porque podrá ser que en una temporada de éstas alcance más gracia del Señor y más fortaleza para mortificarse y alcanzar victoria de sí mismo, que con el trabajo ordinario de muchos días. Muchas veces acontece que anda uno cojeando, se cae y se levanta: y con unos ejercicios de éstos queda desengañado y enterado y resuelto en lo que le conviene, y muda estilo y toma otro modo de proceder; porque al fin, el estar uno tanto tiempo a solas tratando consigo y con Dios es gran disposición para que el Señor le hable al corazón y le haga muchas mercedes: [*Se asentará en la soledad y callará, porque levantó a sí sobre sí*] (Lam 3, 28). Levántase uno sobre sí, y hácese otro; y así habemos visto mudanzas extraordinarias por este medio: [*Y no se ha estrechado la mano del Señor*] (Is 59, 1). Nunca habemos de desconfiar, sino hacer siempre lo que es de nuestra parte: ¿qué sabéis lo que Dios obrará en vuestra alma, mediante esta disposición? Podrá ser que tenga Dios librado vuestro aprovechamiento y vuestra perfección en uno de estos ejercicios.

Fuera de esto, después de algunos caminos largos o algunos negocios y ocupaciones de mucho distraimiento, parece tan impor-

tante este recogimiento, como el regalo y buen tratamiento del cuerpo después de una larga enfermedad, para que pueda uno volver sobre sí y restaurar lo que hubiere perdido. Y por la misma razón es también muy bueno el prevenirse con unos ejercicios, cuando alguno se ha de ocupar en semejantes ocupaciones, para hacer las cosas con más espíritu y sin detrimento suyo. La medicina preservativa es mejor que la que cura después la enfermedad; y por eso encomienda nuestro Padre a todos los superiores que antes de comenzar su oficio se recojan primero a hacer algunos días de ejercicios. Y lo mismo es bueno hacer cuando uno ha de ir a alguna misión larga, de lo cual nos dio ejemplo Cristo nuestro Redentor, que antes de comenzar a predicar se recogió cuarenta días al desierto (Mt 4, 1). También el tiempo de tribulaciones y trabajos, así propios y particulares, como generales de toda la Iglesia o de toda la Religión, es muy buena ocasión para esto; porque añadir más oración y más penitencia y mortificación, siempre ha sido medio muy usado en la Iglesia para aplacar a Dios y alcanzar misericordia de Él.

Todas éstas son muy buenas ocasiones para recogerse uno a estos ejercicios. Pero no es menester andar a buscar ocasiones: nuestra propia necesidad e interés nos ha de solicitar a desear y procurar esto muchas veces; y a lo menos no se nos debería pasar año ninguno sin tomar estas vacaciones espirituales. Y cuando esto se hiciere, ha de ser muy de veras y de corazón; porque una cosa de tanta sustancia como ésta, en ninguna manera se ha de hacer por ceremonia ni por cumplimiento o bien parecer.

El Señor ha dado este medio muy particularmente a la Compañía, no solamente para nuestro propio aprovechamiento, sino también para ayudar y aprovechar a nuestros prójimos, y así en las Bulas de nuestro Instituto se pone éste por uno de los principales medios que la Compañía tiene para ayudar a los prójimos. Y ésta es otra razón muy principal por la cual quiere también nuestro Padre que nosotros tengamos mucho uso de estos ejercicios, y nos la pone en las Constituciones y en las reglas de los sacerdotes, para que estemos muy diestros en este género de armas tan provechoso para ganar a otros: «En dar los ejercicios espirituales a otros, después de haberlos en sí probado, se tome uso, y cada uno sepa dar razón de ellos, y ayudarse de esta arma, pues se ve que Dios N. S. la hace tan eficaz para su servicio.» Por este medio ganó nuestro Señor a nuestro bienaventurado Padre Ignacio; por este medio ganó a sus

compañeros; por este medio se han ganado después acá otros muchos, así de dentro como de fuera de la Compañía; y en los unos y en los otros habemos visto que concurre el Señor con maravillosos efectos, al fin, como con medio dado tan particularmente de su mano; y así habemos de tener gran confianza que por él nos ayudará también a nosotros y nos hará muchas mercedes.

Añado a lo dicho otra cosa muy principal, que nos debe ayudar y animar mucho a esto, que es el singular favor y gracia que su Santidad Paulo V ha hecho en este particular a todos los religiosos en la Bula o Constitución que expidió en veintitrés de mayo del año de mil seiscientos y seis, y primero de su pontificado, declarando las indulgencias de que gozan los religiosos: donde concede indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados a todos los religiosos, de cualquier orden que sean, que por espacio de diez días se recogieren a hacer estos ejercicios espirituales, por cada vez que esto hicieren. En lo cual se verá bien la estima en que Su Santidad tiene este negocio, y en la que nosotros le debemos tener. Y para mayor consuelo de todos pondré aquí las mismas palabras del Pontífice, en romance, que son las siguientes: «Item, a todos aquellos que con licencia de sus superiores, dejados los negocios, y recogidos en la celda, o apartados del trato y conversación de los demás, por diez días, se ejercitaren en lección de libros píos y otras cosas espirituales que llevan el corazón a espíritu y devoción, añadiendo muchas veces consideraciones y meditaciones de los misterios de la fe católica, de los beneficios divinos, de los cuatro novísimos, de la Pasión de Jesucristo nuestro Señor, y otros ejercicios de oraciones jaculatorias o vocales, ejercitándose en oración mental a lo menos dos horas cada día, haciendo en el dicho tiempo confesión general o anual u ordinaria, y recibiendo el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, o diciendo misa: todas las veces que hicieren los sobredichos ejercicios, por cada vez les concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados.»

CAPÍTULO 26

Del fruto que debemos, sacar cuando nos recogemos a estos ejercicios.

En tres cosas principalmente habemos de poner los ojos, para sacarlas de los ejercicios. La primera es rehacernos en estas cosas ordinarias que cada día hacemos, y perfeccionarnos en ellas, porque todo nuestro aprovechamiento y perfección está en hacer estas cosas ordinarias bien hechas, como dijimos en su lugar. No piense nadie que el hacer los ejercicios es solamente para estarse allí recogido ocho o quince días, teniendo mucho tiempo de oración; no es sino para que salga de allí acostumbrado a tener mejor su oración, y a guardar las adiciones y documentos que se dan para tenerla bien, y hacer bien sus exámenes, y decir y oír bien la misa y oficio divino, y tener con fruto la lección espiritual, y así todo lo demás; para eso se desocupa uno por este tiempo de las demás ocupaciones, para actuarse y ejercitarse en hacer estas cosas bien, para que así salga renovado y acostumbrado a hacerlas después de esa manera.

Y así dice nuestro Padre que todo el tiempo que duren los ejercicios, que, cuando se hacen enteramente, suele ser por espacio de un mes, se traiga el examen particular sobre la guarda de las adiciones, y sobre hacer con diligencia y exacción los ejercicios espirituales, notando las faltas que cerca de lo uno y de lo otro se hicieren, para que quede uno habituado y acostumbrado a hacer de ahí adelante muy bien todas las cosas. Y repite esto muchas veces, como quien entendía bien el provecho grande que hay en ello. Y no solamente en los ejercicios espirituales, que es lo principal y lo que ha de dar fuerza y espíritu a todo lo demás, sino en todos los ejercicios y ocupaciones exteriores ha de salir uno aprovechado de los ejercicios, sacando de ellos aliento para hacer de ahí adelante mejor su, oficio y sus ministerios, y guardar mejor sus reglas. De manera que no es el fruto de los ejercicios para aquellos días, sino para después principalmente; y así, cuando saliere uno de los ejercicios, se ha de ver el provecho de ellos en las obras.

La segunda cosa que habemos de procurar sacar de los ejercicios es vencemos y mortificarnos en algunos siniestros e imperfecciones que tenernos. Ponga cada uno los ojos en aquellas cosas en que suele tropezar más ordinariamente, o ser causa que otros tropiecen, ofendiéndose y desedificándose de ellas, y procure salir de los ejercicios enmendado en eso, y entonces habrá hecho muy buenos ejercicios; porque para esto son ellos particularmente, y ése es su fin. Y así, el título que pone nuestro Padre en los ejercicios, en nuestro romance castellano, es éste: «Meditaciones espirituales para

vencerse el hombre a sí mismo y ordenar su vida y afectos en mayor servicio de Dios nuestro Señor». De manera que ha uno de procurar salir de los ejercicios mudado y trocado en otro hombre: [*Y mudarte has en otro hombre*], como dijo Samuel a Saúl (1 Sam 10, 6): *en varón perfecto*, que dice San Pablo (Ef 4, 13): que se eche de ver después en las obras que ha hecho ejercicios; que si antes era amigo de parlar y de perder tiempo, se vea que ya es amigo del silencio y del recogimiento; si antes era amigo del regalo y de sus comodidades, se eche de ver que ya es amigo de la mortificación y penitencia; si antes hablaba palabras mortificativas, que de ahí adelante no las hable; si antes andaba flojo y descuidado en la guarda de las reglas y no hacia caso de cosas pocas, que ya de ahí adelante sea muy obediente y muy puntual, y haga caso de cosas muy pequeñas y menudas, y que con la gracia del Señor no haga falta ninguna de propósito. Porque si uno se ha de quedar con los mismos siniestros y faltas, y ha de salir el mismo que antes era, ¿de qué sirven los ejercicios?

San Ambrosio cuenta de un mancebo una cosa, que, pues él la dice, también la podremos nosotros decir. Había sido perdido; ofreciósele un camino largo, y en aquel tiempo mudó sus propósitos, y volviendo después a la ciudad, se encontró con su antigua compañía, y pasaba de largo sin hacer caso de eso; ella, maravillada y pensando que no la había conocido, se llegó a él y le dijo: «Yo soy aquélla.» Respondió él: «Pues yo no soy aquél.» Venía trocado y era ya otro. De esta manera nos habemos de trocar y mudar nosotros, que podamos decir con el Apóstol (Gal 2, 20): *Vivo yo, ya no yo*; ya no vive aquel que vivía antiguamente en la ley, aquel que perseguía la Iglesia, sino *Cristo es el que vive en mí*. Y esto dice San Ambrosio que es lo que dijo Cristo nuestro Redentor [*Si alguno quisiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo*]. Aquél, dice, se niega a sí mismo, que se muda en otro hombre y procura no ser ya el que ser solía. De nuestro padre Francisco de Borja se cuenta en su Vida que, después que llevó el cuerpo de la emperatriz a Granada, donde el Señor le dio grande luz y desengaño de la vanidad del mundo con aquel espectáculo de la muerte que tenía presente, tornando a la corte, dice que le parecía que hallaba la corte trocada, y era que se había él trocado y mudado con el conocimiento y desengaño que Dios le había dado. Pues de esta manera habemos nosotros de salir de los ejercicios con la nueva luz y desengaño que el Señor en ellos suele comunicar.

Lo tercero en que habemos de poner los ojos para sacarlo de los ejercicios, que se sigue de lo pasado, es en alcanzar alguna virtud o alguna cosa de perfección, particularmente aquello de que tenemos más necesidad; porque para eso es el desarraigar los vicios, para plantar las virtudes. «Dos cosas, dice aquel Santo, ayudan mucho para aprovechar: la una, desviarse uno con esfuerzo de aquello a que le inclina su naturaleza viciosamente (que es la pasada); la otra, trabajar con fervor por la virtud que más nos falta», que es esta tercera. Y así el Directorio de los Ejercicios, tratando del modo que habemos de tener nosotros cuando nos recogemos a ellos, advierte que no se nos ha de ir todo en la primera semana; para eso, dice, bastan dos o tres días, para que haya lugar de pasar a otras meditaciones, de donde saquemos más perfección.

Y entre otras que pone allí para esto es que tomemos de cuando en cuando algunas reglas principales, en que parece que está toda la perfección que podemos desear; como aquella que dice que, como los mundanos, aman y buscan con tanta diligencia honras, fama y estimación de mucho nombre en la tierra, así nosotros amemos y deseemos intensamente lo contrario. Tomad a pechos en unos ejercicios alcanzar esta perfección y llegar a este grado de humildad, que os holguéis tanto con los desprecios y afrentas, y con las injurias y falsos testimonios, como se huelgan los mundanos con la honra y estimación; y quedaréis con eso señor de muchos debates e impertinencias, que se nos suelen ofrecer de ser tenidos y estimados, al uno en sus letras, al otro en su oficio, al otro en los ministerios y negocios que trata, que inquietan e impiden mucho el aprovechamiento espiritual.

Tomad otra vez a pechos aquella regla que dice 10: Pretendan todos en todas cosas puramente servir y complacer a la divina bondad por sí misma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni esperanza de premios. Procurad llegar a esta pureza de intención que no busquéis vuestro interés en cosa alguna, ni en lo poco ni en lo mucho, ni en lo temporal ni en lo eterno, sino que en todo deseéis puramente la voluntad y gloria de Dios, y que ése sea vuestro contento, olvidado de vos mismo y de todo vuestro provecho y comodidad.

Tomad otra vez a pechos alcanzar una perfectísima conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que se os ofrecieren, así grandes como pequeñas, de cualquier manera y por

cualquier vía o medio que vengan, como venidas de la mano de Dios. En estas y otras cosas semejantes de perfección habemos de poner los ojos cuando nos recogemos a ejercicios, y no parar hasta alcanzarlas.

CAPÍTULO 27

De algunos avisos que nos ayudarán para aprovecharnos más de estos ejercicios.

Para aprovecharnos más de estos ejercicios espirituales y sacar de ellos el fruto que habemos dicho, se debe advertir, lo primero, que así como dijimos arriba (cap. 14) que cuando va uno a la oración, no solamente ha de llevar prevenidos los puntos que ha de meditar en la oración, sino también el fruto que ha de sacar de ella; así también el que ha de hacer los ejercicios ha de llevar prevenido en particular lo que ha de sacar de ellos, de esta manera: que antes que se recoja a ellos, ha de mirar y tratar consigo mismo muy despacio y con mucha atención, ¿qué es la mayor necesidad espiritual que yo tengo? ¿Qué es aquello a que mi naturaleza viciosa o mis pasiones, o mi mala costumbre más me inclina? ¿Qué es lo que hace más guerra a mi ánima? ¿Qué hay en mí en que se puedan ofender y desedificar mis hermanos? Y eso es lo que ha de llevar delante de los ojos para sacarlo de los ejercicios, y para resolverse, con efecto, de enmendarlo. Esta es muy buena preparación para entrar en ejercicios.

Y así es menester advertir que, cuando uno se recoge a hacer ejercicios, no ha de poner los ojos en que ha de tener muy alta oración, ni pensar que por recogerse y encerrarse ha de tener luego entrada con Dios y mucha quietud y atención, que podrá ser que tenga más distracciones y más inquietud y tentaciones que cuando andaba en los oficios y ministerios, sino ha de poner los ojos en sacar de ellos lo que habemos dicho y resolverse en ello muy de veras. Y si esto saca, tendrá buenos ejercicios, aunque no tenga aquella devoción que deseaba; y si esto no saca, aunque desde el principio hasta el cabo se derrita en lágrimas y devoción, no habrá tenido buenos ejercicios, porque no es ése el fin de ellos, sino eso otro.

Ayudará también mucho aquel aviso que nuestro Padre nos da y quiere que guardemos siempre en la oración: que, después que

haya acabado uno su hora de oración, por espacio de un cuarto de hora o cerca, sentado o paseándose, haga examen de la oración y se tome cuenta cómo le ha ido en ella, y si le ha ido mal, mire la causa de donde procedió: mire si llevaba bien preparado el ejercicio, si dio lugar a otros pensamientos impertinentes, si se dejó vencer del sueño, si se detuvo demasiado en la especulación del entendimiento, si estuvo en la oración con el corazón caído y remiso, si no procuró de ejercitar los afectos de la voluntad, si no tuvo la intención tan pura como era razón, buscando más su consuelo que el beneplácito divino. Y si hallare haber faltado, arrepiéntase de ello y proponga la enmienda para adelante; y si le ha ido bien, dará gracias a Dios nuestro Señor, procurando de haberse de la misma manera en las demás oraciones.

Este documento es de mucha importancia. Lo primero, porque con este examen y reflexión que uno hace de cómo le ha ido en la oración, toma experiencia por dónde le va mal para quitarlo, y por dónde le va bien, para seguirlo: con lo cual se alcanza la discreción espiritual y el magisterio que nace de la ciencia experimental. Por esto nuestro Padre estima en mucho este examen y reflexión para sacar maestros, no sólo en esto, sino también en otros ejercicios y ministerios nuestros. Y así en la cuarta parte de las Constituciones dice que le ayudará mucho al confesor para hacer bien su oficio, después que ha oído alguna confesión, hacer reflexión para ver y considerar si ha hecho alguna falta en aquella confesión, especialmente a los principios, para enmendarse otra vez, y de esos yerros sacar aciertos. Pues para esto se hace también este examen de la oración, y esto es lo primero que habemos de hacer en él. Es de tanta estima la oración e impórtanos tanto el acostumbrarnos a hacerla bien, y el ir quitando las faltas que en ella hacemos, que no se contentó nuestro Padre en esto con el examen que cada día acostumbramos a mediodía y a la noche, sino luego inmediatamente, en acabando de tener la oración, quiere que hagamos examen de ella.

Lo segundo que ha de hacer uno en este examen, y muy principal, ha de ser mirar qué es el fruto que ha sacado de aquella oración, y tornarse a actuar de nuevo en él; como cuando uno repite la lección y saca en limpio las conclusiones y verdades, y hace como un epílogo de ellas. Y ha de darse tanta importancia a este examen, que cuando uno no tuviese tiempo para hacerlo después de la oración, lo debe hacer en la misma oración o al fin de ella.

Podemos añadir aquí otro punto, y es que será muy buen consejo apuntar uno lo que saca de la oración, escribiendo, no a la larga, sino brevemente, los deseos y propósitos que saca de ella, y también algunas verdades e ilustraciones, o desengaños, que el Señor suele allí dar, unas veces cerca de algunas virtudes, otras cerca de los mismos misterios que se meditan. Y así leemos que lo usaron nuestros primeros Padres, nuestro B. Padre Ignacio, el Padre Pedro Fabro, y tenemos algunas cosas suyas que escribieron de esto; y el Padre Francisco Javier aconsejaba también lo mismo, como leemos en su Vida; y en el Directorio de los ejercicios se nos pone también este aviso; y nuestro Padre General Claudio Aquaviva, en las Industrias que escribió, tratando de la oración nos lo encomienda. Y fuera de que con esto se perfeccionan más los propósitos y deseos, y se arraigan más en el corazón, tenemos experiencia que se aprovecha uno mucho después de leer estas cosas; porque como han sido propias, y las ha uno sentido como tales, le mueven después más que otras, y fácilmente se torna a actuar en ellas; y cuando ve que después no llega a aquello, se confunde de que no es tal, cual entonces era, y que en lugar de ir adelante, vuelve atrás. De manera que, o se anima a llevar adelante aquello, o a lo menos suple con confusión lo que le falta de perfección; y así siempre suele ser esto de mucho provecho; pero particularmente lo es en tiempo de ejercicios.

Últimamente digo que si en todo tiempo es bueno dar uno cuenta de su conciencia y de su oración a algún varón espiritual, como diremos después, en éste lo será muy particularmente: y algunos, por no humillarse a esto, no sacan el fruto que habían de sacar de los ejercicios.

CAPÍTULO 28

De la lección espiritual, cuán importante sea, y de algunos medios que nos ayudarán a tenerla bien y provechosamente.

La lección es hermana de la oración y grande ayudadora de ella; y así aconseja el Apóstol San Pablo a su discípulo Timoteo (1 *Tim* 4, 13) que atienda a ella: [*Atiende a la lección*]. Es de tanta importancia esta lección espiritual para el que trata de servir a Dios,

que dice San Atanasio en una exhortación que hace a los religiosos: no veréis a nadie que trate de veras de su aprovechamiento, que no sea dado a la lección espiritual, y el que la dejare, presto se le echará de ver en su aprovechamiento. San Jerónimo, en la epístola a Eustaquio, encomendándole mucho que se diese a esta sagrada lección, dice: Te alcance el sueño leyendo, y cuando vencida del sueño cabeceares, caiga tu cabeza sobre el libro santo. Todos los Santos encomiendan mucho esta lección espiritual, y la experiencia nos muestra bien de cuánto provecho sea; pues tenemos llenas las historias de conversiones grandes, que el Señor ha obrado por este camino.

Por ser esta lección un medio tan principal y tan importante para nuestro aprovechamiento, los instituidores de las religiones, fundados en la doctrina del Apóstol y en la autoridad y experiencia de los Santos, vinieron a ordenar que sus religiosos tuviesen cada día lección espiritual. Del bienaventurado San Benito dice Humberto que ordenó que cada día hubiese tiempo señalado para esta lección, y juntamente ordenó que en el tiempo de ella dos de los monjes más antiguos anduviesen visitando el monasterio a ver si alguno lo dejaba o impedía a los otros. Por donde se verá cuánto caso hacía de ella; y de camino también se entenderá que estas visitas, que se usan hacer acá en la Religión cada día en los ejercicios espirituales, están fundadas en la doctrina y experiencia de los Santos antiguos. Y por la primera y segunda vez mandaba el Santo que el tal fuese corregido blandamente; pero si no se enmendaba, que lo corrigiesen y diesen penitencia de tal manera, que los demás temiesen y escarmentasen.

En la Compañía tenemos regla de esta lección espiritual, que dice: «Todos, cada día dos veces, den el tiempo, que les fuere señalado, al examen de su conciencia y a la oración, meditación y lección, con toda diligencia en el Señor»; y el superior y el prefecto de las cosas espirituales tienen cuidado que cada uno disponga siempre algún tiempo para esto. Y generalmente es éste un medio muy usado de todos los que tratan de virtud y perfección; y así, para que todos le ejerciten con más fruto, diremos aquí algunas cosas que ayudarán para ello.

San Ambrosio, exhortando a que todo el tiempo que pudiéremos nos demos a la oración y a la lección espiritual, dice ¿Por qué el tiempo que tenéis desocupado no lo empleáis en lección o en ora-

ción? ¿Por qué no os vais a visitar a Cristo nuestro Señor, y hablar con Él y oírle? Porque cuando oramos, dice, hablamos con Dios, y cuando leemos, oímos a Dios.» Pues sea éste el primer medio para aprovecharnos de la lección espiritual, que hagamos cuenta que Dios está hablando con nosotros y nos dice aquello que allí leemos.

San Agustín pone también este medio: Cuando leas, has de hacer cuenta que Dios te está diciendo aquello que lees, no sólo para que lo sepas, sino para que lo cumplas y pongas por obra. Y añade otra consideración muy buena y devota: ¿Sabéis, dice cómo habemos de leer las santas Escrituras? Como quien lee unas cartas que le han venido de su tierra; a ver qué nuevas tenemos del Cielo, qué nos dicen de nuestra patria, donde tenemos a nuestros padres y hermanos, y a nuestros amigos y conocidos, y adonde estamos deseando y suspirando por ir.

San Gregorio, tratando de esto, dice que la Sagrada Escritura, y lo mismo podemos entender de cualquiera otra lección espiritual, es como ponernos un espejo delante de los ojos del alma para que en él veamos nuestro interior; porque ahí conocemos y echamos de ver lo bueno y lo malo que tenemos, y cuánto aprovechamos, o cuán lejos vamos de la perfección. Y se nos cuentan allí algunas veces los hechos admirables de los Santos para animarnos a imitarlos, y para que viendo sus grandes victorias y triunfos, no desmayemos en las tentaciones y trabajos. Y otras veces, no sólo se cuentan sus virtudes, sino también sus caídas, para que con lo uno sepamos lo que habemos de imitar, y con lo otro lo que habemos de temer. Y así se nos pone delante unas veces un Job, que creció como espuma con la tentación, y otras veces un David, que fue derribado con ella, para que aquello nos anime y dé confianza en medio de las tribulaciones, y esto otro nos haga humildes y temerosos en medio de las prosperidades y consolaciones, y no nos haga nunca fiar ni asegurarnos de nosotros mismos, sino andar siempre con grande cautela y recato. Y así dice San Agustín: «Entonces usas muy bien de la lección de las Escrituras santas, cuando la tomas como espejo en que se mira tu ánima, procurando de corregir y quitar lo feo y malo que allí se reprende, y adornarla y hermosearla con los ejemplos y virtudes que allí lees.»

Pero descendiendo más en particular al modo que habemos de tener en esto, se ha de notar que para que esta lección sea provechosa, no ha de ser apresurada ni corrida, como quien lee historia,

sino muy sosegada y atenta: porque así como el agua recia y el turbión no cala ni fertiliza la tierra, sino la llovizna mansa; así para que la lección entre y se embeba más en el corazón, es menester que el modo de leer sea con pausa y ponderación. Y es bueno, cuando hallamos algún paso devoto, detenernos en él un poco más y hacer allí una como estación, pensando lo que se ha leído, procurando de mover y aficionar la voluntad, al modo que lo hacemos en la meditación, aunque en la meditación se hace eso más despacio, deteniéndonos más en las cosas y rumiándolas y digiriéndolas más; pero también se debe hacer esto en su modo en la lección espiritual. Y así lo aconsejan los Santos, y dicen que la lección espiritual ha de ser como el beber de la gallina, que bebe un poco y luego levanta la cabeza, y torna a beber otro poco y torna a levantar la cabeza.

En lo cual se ve cuán hermana y compañera sea la lección de la oración. Es lo tanto que, cuando queremos poner de nuevo a alguno en oración mental y nos queremos ir poco a poco con él por pedirlo así la disposición de la persona, le aconsejamos primero que lea algunos libros devotos, yendo en la lección haciendo sus estaciones y paradas, de la manera que habemos dicho; porque por aquí les suele muchas veces el Señor levantar al ejercicio de la oración mental. Y también a otros cuando no pueden entrar en la oración, ni les parece que pueden hacer nada en ella, les suelen aconsejar que tomen algún libro, y junten en uno la oración con la lección, leyendo un poco y meditando y teniendo oración sobre ello, y luego otro poco; porque de esta manera, yendo así atado el entendimiento a las palabras de la lección, no tiene tanto lugar para derramarse en diversas imaginaciones y pensamientos, como cuando está libre y suelto. De manera que en la lección podemos también tener oración.

Por esto los Santos encomiendan tanto la lección espiritual, que dicen de ella casi las mismas alabanzas y bienes que de la oración. Porque dicen que es manjar espiritual del alma, que la hace fuerte y constante contra las tentaciones; que cría en ella buenos pensamientos y deseos del Cielo; que da luz a nuestro entendimiento; que inflama y enciende nuestra voluntad; que quita las tristezas del siglo y causa una alegría verdadera, espiritual y según Dios; y otras cosas semejantes.

El bienaventurado San Bernardo da otra advertencia para aprovecharnos de la lección espiritual. Dice «El que se llega a leer, no busque tanto el saber, cuanto el sabor» y gusto de la voluntad; por-

que sólo el saber del entendimiento es cosa seca, si no se aplica a la voluntad de manera que se vaya cebando el afecto y conservando la devoción, que es lo que hace jugosa y fructuosa la lección y es el fin de ella. Ésta es una advertencia muy principal, porque hay mucha diferencia de leer para saber, y de leer para aprovecharse; de leer para otros, o para sí; porque lo primero es estudiar, y lo segundo, lección espiritual. Y así, si cuando leéis ponéis los ojos en saber cosas o en sacar que poder después predicar y decir a otros, ése será estudio para otros, y no lección espiritual para vuestro aprovechamiento. Para aquello hay otros tiempos (Ecl 3, 1): *Cada cosa tiene su tiempo*. El tiempo de la lección espiritual no es para eso, sino para lo que habemos dicho.

También encomiendan aquí los Santos por la misma razón, que no lea uno de una vez muchas cosas ni pase muchas hojas, por que no canse el espíritu con la prolija lección, en lugar de recrearse: que es otro aviso muy bueno y muy necesario para algunos que parece que ponen su felicidad en leer mucho y pasar muchos libros. Así como no sustenta el cuerpo el mucho comer, sino la buena digestión de lo que se ha comido, así tampoco sustenta al alma el leer mucho, sino el rumiar y digerir bien lo que se leyere.

Por la misma causa dicen también que la lección espiritual no ha de ser de cosas dificultosas, sino de cosas llanas, y más devotas que difíciles, porque las difíciles suelen fatigar y secar la devoción. Hugo de San Víctor trae un ejemplo de un siervo de Dios, que, por revelación, fue amonestado que dejase la lección de estas cosas, y leyese las vidas y martirios de los Santos y otras cosas llanas y devotas, con lo cual aprovechó mucho.

Dice más San Bernardo: Siempre, de lo que leemos habemos de guardar algo en la memoria para rumiarlo y digerirlo después mejor, especialmente lo que vemos que nos podrá ayudar más a lo que habemos menester, y para andar pensando durante el día en cosas buenas y santas, y no en cosas impertinentes y vanas. Así como no comemos el manjar corporal para gastar aquel espacio de tiempo en eso, sino para que en virtud de aquel mantenimiento, que entonces tomamos, podamos trabajar todo el día y toda la vida; así también la lección, que es manjar y mantenimiento espiritual de nuestra ánima, porque son palabras de Dios, no es solamente para gastar bien aquel tiempo que leemos, sino para aprovecharnos de ella después durante el día.

También será muy bueno y nos ayudará mucho para todo, antes que comencemos a leer, levantar el corazón a Dios, y pedirle gracia para que sea con provecho, y que se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazón lo que leyéremos, y quedemos más aficionados a la virtud, y más desengañados y resueltos en lo que nos conviene. Y así leemos del bienaventurado San Gregorio que antes de la lección se preparaba siempre con oración, y solía decir aquel verso (Sal 118, 15): *Apartaos de mí, espíritus malignos y consideraré la ley y mandamientos de mi Dios*.

Para que estimemos más esta lección y nos animemos más a ella, van comparando los Santos la lección espiritual con el oír la palabra de Dios; y dicen que aunque la lección no tiene la energía que tiene la viva voz, tiene otras comodidades que no tienen los sermones. Porque lo primero, al predicador no le puede uno haber tan a la mano y a todos los tiempos como al libro bueno; lo segundo, lo bien dicho en un predicador se me pasa de largo, y así no hace tanto efecto en mí; pero lo bien dicho en un libro, puede revolver sobre ello una y muchas veces, rumiarlo y ponderarlo, y así hacer mayor presa en ello; lo tercero, en el buen libro tengo un consejero bueno y libre, porque, como dijo bien el otro filósofo, lo que no me osa a veces decir el amigo o el consejero, me lo dice el libro sin miedo, avisándome de mis vicios y defectos, y riñéndome y exhortándome; lo cuarto, con la lección estoy conversando con aquellos que escribieron el libro: unas veces os podéis ir a tener un rato de conversación con San Bernardo, otras con San Gregorio, otras con San Basilio, otras con San Crisóstomo, y estarlos oyendo y escuchando lo que os dicen, como si entonces fuerais discípulo suyo. Y así dicen, y con mucha razón, que los libros buenos son un tesoro público, por los bienes y riquezas grandes que de ellos podemos sacar.

Finalmente, son tantos los bienes y provechos que se siguen de la lección espiritual, que San Jerónimo, tratando del incendio interior del ánima, pregunta: ¿Dónde está este incendio? Responde: no hay duda sino que está en las Escrituras sagradas, con cuya lección se enciende el ánima en Dios, y queda purificada de todos los vicios. Y trae para esto aquello que dijeron los discípulos, cuando yendo al castillo de Emaús les apareció Cristo nuestro Redentor en forma de peregrino, e iba hablando con ellos de las santas Escrituras (Lc 24, 32): *¿Por ventura no estaba encendido y ardiendo nuestro corazón, cuando por el camino nos iba hablando y declarando las Escrituras?*

Y trae también aquello del Profeta (Sal 11, 7): *Las palabras del Señor son palabras castas y puras, como planta purificada con el fuego*. Y San Ambrosio dice: Que la lección sagrada sea vida del alma, el Señor lo dice (Jn 6, 64): *Las palabras que Yo os he hablado son espíritu y vida*. Pues para que vivamos vida espiritual, y andemos siempre en espíritu y encendidos e inflamados en amor de Dios, démonos mucho a esta sagrada lección y usémosla de la manera que habemos dicho.

De lo dicho se sigue que hacen mal los que en habiendo leído algún buen libro, le echan al rincón con decir: Ya lo he leído. El buen libro no se ha de leer una vez sola; la segunda vez que lo leyereis, os aprovechará más, y la tercera más, y siempre se os hará nuevo, como lo experimentan los que tienen deseo de aprovechar. Y es muy bueno lo que hacen algunos, que cuando encuentran en el libro alguna cosa que les mueve mucho y les da particular satisfacción la notan y señalan, para tener algunas cosas más sustanciales, y en que hallen más fácilmente algún jugo de devoción o algún consuelo, en algunos tiempos y ocasiones, que se ofrecen.

Muchos ejemplos pudiéramos traer en confirmación de los bienes y provechos grandes que se siguen de esta lección; pero solamente traeré uno de San Agustín que contiene mucha doctrina. Cuenta el Santo que un caballero de África, llamado Ponticiano, viniéndole a visitar un día, le dio nuevas de las maravillas que por el mundo se decían del bienaventurado San Antonio; y añadió más: que una tarde, estando el emperador en la ciudad de Tréveris ocupado en ver ciertos juegos públicos que allí se hacían, él con otros tres cortesanos amigos suyos, se salieron a pasear por el campo, y los dos de ellos se apartaron a una celda de un monje, y hallando allí un libro en que estaba escrita la vida de San Antonio, comenzó el uno de ellos a leer por ella, y súbitamente encendido su corazón con un amor santo y enojado consigo mismo, dijo al amigo: Dime, ruégote, ¿qué es lo que pretendemos alcanzar con todos nuestros trabajos, en que hace tantos años andamos peleando en tantas guerras? ¿Por ventura podemos venir a mejor fortuna en palacio que a ser íntimos del emperador? Pues en este estado, ¿qué cosa hay que no sea quebradiza y de gran peligro? Y a este tan gran peligro, ¿por cuántos otros peligros caminamos? Mas si quiero ser amigo de Dios, luego lo puedo ser.

Diciendo estas palabras, turbado con el parto de la nueva vida, volvía los ojos al libro, y se mudaba por dentro, y se despedía de las cosas mundanas, según que luego pareció; porque después que acabó de leer y se levantaron muchas olas en su corazón, con un gran gemido dijo a su amigo: Ya yo estoy quieto y descansado, y he dado de mano a nuestras esperanzas y tengo determinado de servir a Dios, y desde esta hora me quedo en este lugar; tú, si no quieres imitarme, no quieras estorbarme. Respondió el otro que él no podía apartarse de él, en dejar de tenerle compañía con la esperanza de tan grande paga. Y así comenzaron ambos a levantar el edificio espiritual y seguir a Cristo con suficientes expensas, que era con dejar todas las cosas. Y lo que no es menos de maravillar, ambos tenían sus esposas, las cuales, cuando esto supieron, se consagraron a Dios e hicieron voto de virginidad.

Esto refiere San Agustín; y fue para él de tan grande eficacia este ejemplo, que dio luego voces a un amigo suyo con mucha turbación, diciendo: ¿Qué hacemos? ¿Qué es esto que has oído? Levántanse los ignorantes y roban el reino de los Cielos, y nosotros con nuestras letras andamos sumidos en el profundo. Con esta alteración y sentimiento dice el Santo que se entró en un huerto que allí tenía y se dejó caer debajo de una higuera, y soltando las riendas a las lágrimas, con grande angustia y turbación de su corazón comenzó a decir: Y Tú, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo estarás enojado? ¿No ha de tener fin tu ira? No te acuerdes, Señor de nuestras maldades antiguas. Y tornaba a repetir estas palabras: ¿Hasta cuándo, hasta cuándo? Mañana, mañana. ¿Por qué no ahora? ¿Por qué no se dará hoy fin a mis torpezas? Y diciendo esto con un gran sentimiento, oyó una voz que le dijo: *Toma, lee; toma, lee*. Entonces dice que se levantó para tomar un libro sagrado, que cerca de sí tenía, para leer por él; porque había oído del mismo Antonio, que de una lección del Evangelio que acaso oyera, la cual decía (Mt 19, 21): *Ve y vende todo lo que tienes, dalo a los pobres, y ven y sígueme, y tendrás un tesoro en el Cielo*, se había determinado de dejar todas las cosas y seguir a Cristo. Pues movido él con este ejemplo, y más con la voz que había oído, dice que tomó el libro y comenzó a leer por él; y allí le infundió Dios una tan grande luz, que, dejadas todas las cosas del mundo, se entregó del todo a servirle.

TRATADO SEXTO
DE LA PRESENCIA DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

De la excelencia de este ejercicio y de los bienes grandes que hay en él.

Buscad a Dios con fortaleza y perseverancia, dice el Profeta David (Sal 104, 4), *buscad siempre su faz*. La faz del Señor dice San Agustín que es la presencia del Señor. Y así, buscar la faz del Señor siempre es andar siempre en su presencia convirtiendo el corazón a Él con deseo y con amor. Isiquio, en la centuria última —tráelo también San Buenaventura—, dice que andar siempre en este ejercicio de la presencia de Dios es comenzar a ser acá bienaventurados; porque la bienaventuranza de los Santos consiste en ver a Dios perpetuamente, sin jamás perderle de vista. Pues ya que en esta vida no podemos ver a Dios claramente, ni como Él es, porque eso es propio de los bienaventurados, a lo menos les imitamos a nuestro modo, según lo sufre nuestra fragilidad, procurando estar siempre mirando, respetando y amando a Dios. De manera que así como Dios nuestro Señor nos crió para estar eternamente delante de el en el Cielo y gozarle, así quiso que tuviésemos acá en la tierra un retrato y ensayo de aquella bienaventuranza, andando siempre delante de Él mirándole y reverenciándole, aunque a oscuras. [*Ahora vemos por espejo y en enigma, y después rostro a rostro*] (1 Cor 13, 12). Ahora miramos y vemos a Dios por la fe como por espejo; después le veremos descubiertamente y cara a cara. Aquella vista clara, dice Isiquio, es el premio y la gloria y bienaventuranza que esperamos; esta otra oscura es mérito por donde habemos de venir a alcanzar aquélla; pero al fin, en nuestro modo imitamos a los bienaventurados, procurando de nunca perder a Dios de vista en las obras que hacemos.

Así como los santos ángeles que son enviados en nuestra ayuda para guardarnos y defendernos, de tal manera se ocupan en estos ministerios, que nunca pierden de vista a Dios, como lo dijo el ángel Rafael a Tobías (12, 19): *Parecía que estaba comiendo y bebiendo con vosotros; sin embargo, yo uso de otro manjar invisible y*

de otra bebida que no puede ser vista de los hombres; se están sustentando de Dios: [*Siempre ven el rostro de mi Padre, que está en los Cielos*] (Mt 18, 10); y así nosotros, aunque comemos y bebemos, tratamos y negociamos con los hombres, y parezca que nos ocupamos y entretenemos en eso, habemos de procurar que no sea ése nuestro manjar y entretenimiento, sino otro invisible que no ven los hombres, que es estar siempre mirando y amando a Dios y haciendo su santísima voluntad.

Grande fue el ejercicio que los Santos y aquellos Patriarcas antiguos tuvieron de andar siempre en la presencia de Dios (Sal 15, 8): [*Traía yo al Señor siempre ante mis ojos, porque El está siempre a mi lado derecho para que no sea yo movido*]. No se contentaba el real Profeta con alabar a Dios siete veces al día, sino siempre procuraba tener a Dios presente. Era tan continuo este ejercicio en aquellos Santos, que era también su común lenguaje: *Vive el Señor en cuyo acatamiento estoy* (Ry 17, 1).

Son grandes los bienes y provechos que se siguen de andar siempre delante de Dios, considerando que nos está mirando y por eso lo procuraban tanto los Santos, porque basta esto para andar uno muy concertado y muy compuesto en todas sus obras. Si no, decidme, ¿qué siervo hay que ante los ojos de su señor no ande muy justo? O ¿qué siervo hay tan atrevido que en presencia de su señor no haga lo que le manda, o se atreva a ofenderle en su cara? Y ¿qué ladrón hay que se atreva a hurtar viendo que el juez le está mirando a las manos? Pues Dios nos está mirando, que es nuestro juez, y es todopoderoso, que puede hacer que se abra la tierra y trague el infierno al que le enojare, y lo ha hecho algunas veces: ¿quién se atreverá a enojarle? Y así decía San Agustín: Cuando yo, Señor, considero con atención que me estás mirando siempre y velando sobre mí, de noche y de día, con tanto cuidado, como si en el Cielo y en la tierra no tuvieras otra criatura que gobernar, sino a mí solo; cuando considero bien que todas mis obras, pensamientos y deseos están patentes y claros delante de Ti, todo me lleno de temor y me cubro de vergüenza. Ciertamente, grande obligación nos pone de vivir justa y rectamente considerar que hacemos todas las cosas delante de los ojos del Juez, que todo lo mira y a quien nada se puede encubrir. Si acá la presencia de un hombre grave nos hace estar compuestos, ¿qué será la presencia de Dios?

San Jerónimo, sobre aquello que dice Dios de Jerusalén por el Profeta Ezequiel (22, 12): *Te has olvidado de mí*, dice: La memoria de Dios despide todos los pecados. Lo mismo dice San Ambrosio. Y en otra parte dice San Jerónimo: Es tan eficaz medio la memoria de Dios y el andar en su presencia, que si considerásemos que Dios está presente y nos está mirando, nunca nos atreveríamos a hacer cosa que le desagradase. A Tais, la pecadora, esto le bastó para dejar su mala vida e irse al yermo a hacer penitencia, como dijimos arriba. Decía el santo Job (31, 4): [*¿Por ventura no están sus ojos sobre mis caminos, y no tiene cuenta con todos mis pasos?*] Me está Dios mirando como testigo de vista y me va contando los pasos, ¿quién se ha de atrever a pecar ni a hacer cosa mal hecha?

Por el contrario, todo el desorden y perdición de los malos nace de no acordarse que está Dios presente y les está mirando, conforme a aquello que tantas veces repite la Escritura divina en persona de los malos (Is 47, 10): [*No hay quien me vea*] (Jer 12, 4): [*No verá nuestros caminos*]. Y así lo notó San Jerónimo sobre el capítulo veintidós, de Ezequiel, donde, reprendiendo el Profeta a Jerusalén de muchos vicios y pecados que tenía, viene a resumir que la causa de todos ellos era porque se había olvidado de Dios. Y la misma causa da en otros muchos lugares la Escritura. Así como un caballo sin freno y un navío sin gobernalle se va a despeñar y perder; así, quitado este freno, se va el hombre tras sus apetitos y pasiones desordenadas. Dice el Profeta David (Sal 9, 26): *No trae a Dios delante de sus ojos*, no le mira presente delante de sí, y por eso sus caminos, que son sus obras, están manchados con culpas en todo tiempo.

El bienaventurado San Basilio, en muchas partes, el remedio que da para todas las tentaciones y trabajos, y para todas las cosas y ocasiones que se pueden ofrecer, es la presencia de Dios. Y así, si queréis un medio breve y compendioso para alcanzar la perfección, que contenga y encierre en sí la fuerza y eficacia de todos los otros medios, éste es, y por tal se le dio Dios a Abrahán (Gen 17, 1): *Anda delante de Mí y serás perfecto*. Aquí, como en otros lugares de la Sagrada Escritura, se toma imperativo por futuro, para encarecer la infalibilidad del suceso. Es tan cierto que seréis perfecto si andáis siempre mirando a Dios y advirtiendo que Él os está mirando, que, desde luego, os podéis dar por tal.

Porque así como las estrellas, del aspecto del sol que tienen presente y a quien miran, sacan luz para resplandecer dentro y fuera

de sí, y virtud para influir en la tierra; así los varones justos, que son como estrellas en la Iglesia de Dios, del aspecto de Dios, de mirarle presente y convertir su pensamiento y deseo a Él, sacan luz con que en lo interior, que ve Dios, resplandecen con verdaderas y sólidas virtudes, y en lo exterior, que ven los hombres, resplandecen con toda decencia y honestidad, y sacan virtud y fuerza para edificar y aprovechar a otros. No hay cosa en el mundo que declare tan al propio la necesidad que tenemos de estar siempre en la presencia de Dios como ésta. Mirad la dependencia que tiene la luna del sol, y la necesidad que tiene de estar siempre delante de él; la luna de sí no tiene claridad sino la que recibe del sol, según el aspecto con que la mira; y obra en los cuerpos inferiores según la claridad que recibe del sol; y así crecen y menguan sus efectos conforme a la creciente y menguante de ella; y cuando alguna cosa se pone delante de la luna que le estorbe el aspecto y vista del sol, luego en ese punto se eclipsa y pierde su claridad y resplandor, y con ella también mucha parte de la eficacia de obrar, que tenía mediante la luz. De la misma manera pasa en el alma con Dios, que es su sol.

Por esto los Santos nos encomiendan tanto este ejercicio. San Ambrosio y San Bernardo, tratando de la continuación y perseverancia que habemos de tener en esto, dicen: «Así como no hay punto ni momento en el cual el hombre no goce de la bondad y misericordia de Dios, así no ha de haber punto ni momento en el cual no tenga a Dios presente en su memoria.» Y en otra parte dice San Bernardo: En todas sus obras y en todos sus pensamientos ha de procurar el religioso acordarse que tiene a Dios presente, y todo el tiempo que no piensa en Dios le ha de tener por perdido. Nunca se olvida Dios de nosotros; razón será que nosotros procuremos nunca olvidarnos de Él. San Agustín, sobre aquello del salmo treinta y uno (v. 8): [*Tendré fijos mis ojos sobre Ti*], dice: No apartaré, Señor, mis ojos de Vos, porque Vos nunca apartáis los vuestros de mí; siempre los tendré fijos y firmes en Vos, como decía el Profeta (Sal 24, 15): [*Mis ojos traigo siempre puestos en el Señor*]. San Gregorio Nacianceno dice tan a menudo y tan frecuente ha de ser el acordarnos de Dios, y aun más que el respirar. Porque así como tenemos necesidad de respirar para refrescar el corazón y templar el calor natural, así tenemos necesidad de acudir a Dios con la oración para refrenar el ardor desordenado de la concupiscencia, que nos está estimulando e incitando a pecar.

CAPÍTULO 2

En qué consiste este ejercicio de andar siempre en la presencia de Dios.

Para que mejor nos podamos aprovechar de este ejercicio, es menester que declaremos en qué consiste. En dos puntos consiste, que es en dos actos: uno, del entendimiento; otro, de la voluntad. El primer acto es del entendimiento, que ése siempre se requiere y presupone para cualquier acto de la voluntad, como enseña la filosofía. Pues lo primero ha de ser con el entendimiento considerar que Dios está aquí y en todo lugar, que llena todo el mundo, y que está todo en todo, y todo en cualquiera parte y en cualquiera criatura, por pequeña que sea; hacer un acto de fe porque ésa es una verdad que nos propone la fe para que la creamos: [*No está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos y nos movemos y somos*], dice el Apóstol San Pablo (Hech 17, 27). No habéis de imaginar a Dios como lejos de vos, o cómo fuera, porque está dentro de vos. Decía San Agustín: Buscaba yo. Señor fuera de mí al que tenía dentro de mí. Dentro de Vos está; más presente y más íntima e intrínsecamente está Dios en mí que yo mismo; *en Él vivimos y nos movemos y tenemos el ser*. Él es el que da vida a todo lo que vive y el que da fuerza a todo lo que algo puede y el que da el ser a todo lo que es; y si Él no estuviese presente sustentando las cosas, todas dejarían de ser y se volverían en nada. Pues considerad que estáis todo lleno de Dios, cercado y rodeado de Dios, nadando en Dios. Aquel: *Llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria* (Is 6, 3), son muy buenas palabras para esto.

Algunos, para ayudarse más en esto, consideran todo el mundo lleno de Dios, como lo está, e imagínense a sí en medio de este mar infinito de Dios, cercados y rodeados de Él, de la manera que estaría una esponja en medio de la mar, toda empapada y llena de agua y fuera de eso, cercada y rodeada de agua por todas partes. Y no es mala comparación para nuestro corto entendimiento, pero queda muy corta, no llega ni con mucho a declarar lo que decimos, porque esta esponja en medio de la mar, si sube arriba, halla cabo, y si baja abajo, halla suelo, y si va a un lado o a otro, halla término; pero en Dios no hallaréis nada de eso. (Sal 138, 8): *Si subo al Cielo, allí estáis Vos, Señor; y si bajo hasta el infierno, también; y si tomase alas*

y pasase a esa otra parte del mar, allá me llevará y tendrá vuestra mano poderosa; no hay cabo, ni término en Dios, porque es inmenso e infinito. Y más, que la esponja, al fin, como es cuerpo, no puede ser del todo penetrada del agua, que es otro cuerpo; mas nosotros en todo y por todo somos penetrados de Dios, que es puro espíritu. Pero al fin estas y otras semejantes comparaciones, aunque cortas, ayudan y son buenas para que entendamos en alguna manera la inmensidad infinita de Dios, y cómo está presente e íntimamente dentro de nosotros y en todas las cosas, y para eso las trae San Agustín.

Sin embargo, se ha de advertir en este ejercicio que para esta presencia de Dios no es menester formar concepto ni representación alguna de Dios con la imaginación, fingiendo que está aquí a nuestro lado o en otra parte señalada, ni que le imaginemos con tal forma o figura. Algunos hay que imaginan delante de sí o a su lado a Jesucristo nuestro Redentor, que anda con ellos y los está siempre mirando en todo lo que hacen, y de esta manera andan siempre en la presencia de Dios. Y de éstos, unos imaginan delante de sí a Cristo crucificado, otros atado a la columna, otros en la oración del huerto sudando gotas de sangre, otros en el otro paso de la Pasión o en algún misterio gozoso de su vida santísima, conforme a lo que más mueve a cada uno; o una temporada la imaginan en un paso y otra en otro. Y aunque esto es muy bueno, si se sabe hacer; pero, comúnmente hablando, no es lo que nos está mejor a nosotros, porque todas estas figuras e imaginaciones de cosas corporales cansan y fatigan y quiebran mucho las cabezas. Un San Bernardo y un San Buenaventura debían de saber hacer eso de otra manera que nosotros, y hallaban en ello mucha facilidad y descanso; y así se entraban en aquellos agujeros de las llagas de Cristo y dentro de su costado, y aquélla era su guarida y su refugio y descanso, pareciéndoles que oían aquellas palabras del Esposo en los Cantares (2, 13): [*Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven, paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en la concavidad de la cerca*]. Otras veces imaginaban el pie de la cruz hincado en su corazón y estaban recibiendo en su boca con grandísima dulzura aquellas gotas de sangre que corrían y manaban de las fuentes del Salvador: [*Cogeréis agua con alegría de las fuentes del Salvador*] (Is 12, 3). Aquellos Santos hacían muy bien eso, y hallábanse muy bien en ello; pero si vos queréis andar todo el día en esas consideraciones y con esa presencia de Dios, podrá ser que por un día o un mes que andéis de esa ma-

nera, perdáis todo el año de oración, porque os quebraréis la cabeza en eso.

Se verá bien cuánta razón tenemos de advertir esto, porque aun para hacer la composición de lugar, que es uno de los preámbulos de la oración, con que nos hacemos presentes a lo que habemos de meditar, imaginando que realmente pasa aquello delante de nosotros, advierten los que tratan de oración, que no ha de ahincar uno mucho la imaginación en la figura y representación de estas cosas corporales que piensa, porque no se quiebre la cabeza y por otros inconvenientes de ilusiones que suele haber en ello. Pues si para un preámbulo de la oración, y que se hace tan brevemente y estando uno sosegado y despacio, sin tener otra cosa en que entender, es menester tanto aviso y recato, ¿qué será querer todo el día y en medio de otras ocupaciones conservar esa composición?

Pero esta presencia de Dios, de que ahora tratamos, excluye todas estas imaginaciones y consideraciones y está muy lejos de ellas, porque ahora tratamos de la presencia de Dios en cuanto Dios; que lo primero, no es menester fingir que está aquí, sino creerlo, porque así es la verdad. Cristo nuestro Redentor, en cuanto hombre, está en el Cielo y en el Santísimo Sacramento del altar; pero no está en todo lugar, y así, cuando imaginamos presente a Cristo en cuanto hombre, es imaginación que nosotros fingimos; pero en cuanto Dios, está aquí presente, y dentro de mí y en todo lugar, todo lo llena: [*El espíritu del Señor hinche la redondez de la tierra*] (Sab 1, 7): no habemos menester fingir lo que no es, sino actuarnos en creer lo que es. Lo segundo, la humanidad de Cristo se puede imaginar y figurar con la imaginación, porque tiene cuerpo y figura; pero Dios, en cuanto Dios, no se puede imaginar ni figurar cómo es, porque no tiene cuerpo ni figura, que es puro espíritu. Aun ni un ángel ni a nuestra propia ánima podemos imaginar cómo es, porque es espíritu, ¿cuánto menos podremos imaginar ni hacer concepto de cómo es Dios?

Pues ¿cómo habemos de considerar a Dios presente? Digo que no más que haciendo un acto de fe, presuponiendo que Dios está aquí presente, pues la fe nos lo dice, sin querer saber cómo ni de qué manera, como dice San Pablo que hacía Moisés (Heb 11, 27): *A Dios, que es invisible, le consideraba y tenía presente, como si le viera*, sin querer saber ni imaginar cómo es, sino como cuando uno está hablando con su amigo de noche, sin reparar en cómo es, ni acordarse de eso, sino solamente gozándose y deleitándose con la

conversación y presencia de su amigo que sabe que está allí presente. De esa manera habemos de considerar nosotros a Dios presente: nos basta saber que está aquí nuestro amigo para gozar de él; no os paréis a mirar cómo es, que no acertaréis, porque es de noche ahora para nosotros; esperad que amanezca y cuando venga la mañana de la otra vida, entonces se descubrirá y le podremos ver claramente como es (1 Jn 3, 2): [*Cuando se descubra, seremos semejantes a Él, porque le veremos como es en sí*]. Por eso le apareció Dios a Moisés en la niebla y oscuridad, para que no le veáis, sino solamente creáis que está presente.

Todo esto que habemos dicho pertenece al primer acto del entendimiento que se ha de presuponer. Pero es menester advertir que lo principal de este ejercicio no consiste en esto, porque no solamente se ha de ocupar el entendimiento mirando a Dios presente, sino también se ha de ocupar la voluntad deseando y amando a Dios y uniéndose con El; y en esos actos de la voluntad consiste principalmente este ejercicio, de lo cual trataremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO 3

De los actos de la voluntad en que consiste principalmente este ejercicio, y cómo nos habemos de ejercitar en ellos.

San Buenaventura, en su Mística Teología, dice que los actos de voluntad con que en este santo ejercicio habemos de levantar el corazón a Dios, son unos deseos encendidos del corazón, con que el alma desea unirse con Dios con perfecto amor, unos afectos inflamados, unos suspiros vivos de las entrañas, con que llama a Dios, unos movimientos piadosos y amorosos de la voluntad con que como con alas espirituales se extiende y levanta hacia arriba y se va allegando y uniendo más con Dios. Estos deseos y afectos vehementes y encendidos del corazón llaman los Santos aspiraciones, porque con ellos el alma se levanta a Dios, que es lo mismo que aspirar a Dios; y también, dice San Buenaventura, porque de la manera que respirando sacamos sin deliberación el anhélito y huelgo de lo interior de nuestro cuerpo, así con grande presteza y algunas veces sin deliberación o casi sin ella, sacamos estos deseos encendidos de

lo interior del corazón. Estas aspiraciones y deseos los declara el hombre con unas oraciones breves y frecuentes, que llaman jaculatorias [lanzadas con rapidez], dice San Agustín, porque son como unos dardos y saetas encendidas que salen del corazón y en un punto se arrojan y envían a Dios.

De estas oraciones usaban mucho aquellos monjes de Egipto, como dice Casiano y las estimaban y tenían en mucho: lo uno, porque, como son breves, no cansan la cabeza; lo otro, porque se hacen con fervor y espíritu levantado, y en un punto se hallan en el acatamiento de Dios, y así no dan lugar al demonio de perturbar al que las hace, ni ponerle impedimento alguno en el corazón. Dice San Agustín unas palabras dignas de consideración para los que tratan de oración: Porque aquella vigilante y viva atención, que es menester para orar con la reverencia y respeto debido, no se vaya remitiendo y perdiendo, como suele acontecer en la larga oración. Pues con estas oraciones jaculatorias procuraban aquellos santos monjes andar siempre en este ejercicio levantando muy frecuentemente el corazón a Dios, tratando y conversando con Él.

Este modo de andar en la presencia de Dios es comúnmente más a propósito para nosotros, más fácil y más provechoso; pero será menester declarar más la práctica de este ejercicio. Casiano la pone en aquel verso (Sal 69, 2): [*Acude, ¡oh Dios!, en mi favor; Señor, apresúrate a socorrerme*], que la Iglesia repite al principio de cada hora. Comenzáis algún negocio en que hay peligro, pedid a Dios que os ayude para salir bien de él: Señor, entended en mi ayuda; Señor, no tardéis en ayudarme. Para todas las cosas tenemos necesidad del favor del Señor, y así siempre se lo habemos de andar pidiendo. Y dice Casiano que este versito es maravilloso y muy a propósito para declarar todos nuestros afectos en cualquier estado y en cualquiera ocasión o acaecimiento que nos veamos; porque con él invocamos el auxilio de Dios, con él nos humillamos y reconocemos nuestra necesidad y miseria, con él nos levantamos y confiamos ser oídos y favorecidos de Dios, con él nos encendemos en el amor del Señor, que es nuestro refugio y protector. Para todos cuantos combates y tentaciones se os pueden ofrecer, tenéis aquí un escudo fortísimo y una cota impenetrable y un muro inexpugnable. Y así siempre le habéis de traer en la boca y en el corazón, y ésa ha de ser vuestra perpetua y continua oración, y vuestro andar siempre en la presencia de Dios.

San Basilio pone la práctica de este ejercicio en que de todas las cosas tomemos ocasión de acordarnos de Dios. ¿Coméis?, dad gracias a Dios; ¿vestís?, dad gracias a Dios; ¿salís al campo o a la huerta?, bendecid a Dios que lo crió: ¿miráis al Cielo?, ¿miráis al sol y a todo lo demás?, alabad al Criador de todo: cuando durmáis, todas las veces que despertareis, levantad el corazón a Dios.

Otros, porque en el camino espiritual hay tres vías: una purgativa, que pertenece a los principiantes; otra iluminativa, que pertenece a los que van aprovechando; otra unitiva, que pertenece a los perfectos; ponen tres géneros de aspiraciones y oraciones jaculatorias: unas, que se enderezan a alcanzar perdón de pecados y purgar el alma de vicios y aficiones terrenas, que pertenecen a la vía purgativa; otras, que se enderezan a alcanzar virtudes y vencer tentaciones y abrazar dificultades y trabajos por la virtud, que pertenecen a la vía iluminativa; otras, que se enderezan a alcanzar la unión del alma con Dios con vínculo de perfecto amor, que pertenecen a la vía unitiva: para que cada uno se ejercite en este ejercicio conforme al estado y disposición que tuviere.

Pero cuanto a esto, por muy perfecto que sea uno, se puede ejercitar en dolor de pecados, y en pedir a Dios perdón de ellos y gracia para nunca ofenderle, y será muy buen ejercicio y muy agradable a Dios; y éste, y el que trata de purgar su ánima de vicios y pasiones desordenadas y alcanzar virtudes, se podrá también ejercitar en actos de amor de Dios para hacer eso mismo con más facilidad y suavidad. Y así todos se pueden ejercitar en este ejercicio, unas veces con estos actos: ¡Oh Señor, quién nunca os hubiera ofendido! no permitáis, Señor, que yo os ofenda jamás; morir, sí, mas no pecar; ruego a vuestra divina Majestad que antes muera yo mil muertes que caiga en pecado mortal. Otras veces puede uno levantar su corazón a Dios dándole gracias por los beneficios recibidos, generales y particulares, o pidiendo algunas virtudes; unas veces profunda humildad, otras perfecta obediencia, otras caridad, otras paciencia. Otras veces puede uno levantar su corazón a Dios con actos de amor y conformidad con su santísima voluntad, como diciendo (Cant 2, 16): [*Mi Amado para mí y yo para él*. (Lc 22, 42): *No se haga mi voluntad, sino la tuya*. (Sal 72, 25): *¿Qué hay para mí en el Cielo, y fuera de Ti qué otra cosa quiero yo sobre la tierra?*].

Estas y otras cosas semejantes son muy buenas aspiraciones y oraciones jaculatorias para andar siempre en este ejercicio de la pre-

sencia de Dios; y las mejores y más eficaces suelen ser las que el corazón, movido de Dios, concibe de sí mismo, aunque no sea con palabras tan compuestas y tan ordenadas como las que habemos dicho. Y no es menester tampoco que sean muchas y diversas estas oraciones, porque una sola repetida muy a menudo y con grande afecto le puede bastar a uno para andar en este ejercicio muchos días y aun toda la vida. Si os halláis bien con andar siempre diciendo aquellas palabras del Apóstol (Hech 9, 6): *Señor, ¿qué queréis que haga?*, o aquellas de la Esposa: *Mi amado para mí y yo para Él*, o aquellas del Profeta: *¿Qué tengo yo, Señor, que querer, ni en el Cielo ni en la tierra, sino a Vos?*, no habéis menester más; deteneos y entreteneos en eso, y ése sea vuestro continuo ejercicio y vuestro andar en la presencia de Dios.

CAPÍTULO 4

Se declara más la práctica de este ejercicio y se pone un modo de andar en la presencia de Dios muy fácil y provechoso y de mucha perfección.

Entre otras aspiraciones y oraciones jaculatorias que podemos usar, es muy principal y muy a propósito para la práctica de este ejercicio la que nos enseña el Apóstol San Pablo en la primera epístola a los de Corinto (10, 31): *Ya comáis, ya bebáis, ya hagáis otra cualquier cosa, hacedlo todo a gloria de Dios*. Procurad en todas las cosas que hiciereis, o lo más frecuentemente que pudiereis , levantar el corazón a Dios, diciendo: Por Vos, Señor, hago esto, por contentaros y agradaros a Vos, porque Vos así lo queréis; vuestra voluntad, Señor, es la mía, y vuestro contento es el mío, y no tengo yo otro querer ni otro no querer sino lo que Vos quisiereis o no quisiereis ; ésa es toda mi alegría y todo mi contento y regocijo: el cumplimiento de vuestra voluntad, el agradaros y contentaros a Vos; y no hay otra cosa que querer, ni que desear, ni en que poner los ojos, ni en el Cielo, ni en la tierra. Éste es muy buen modo de andar siempre en la presencia de Dios, y muy fácil y provechoso y de mucha perfección, porque es andar en un continuo ejercicio de amor de Dios.

Y porque en otras partes tratamos de esto, aquí solamente quiero añadir que ésta es una de las mejores y más provechosas

maneras que hay de andar siempre en oración, de cuantas podemos tener; que no parece que faltaba otra cosa para acabar de canonizar y levantar este ejercicio, sino decir que con él traeremos aquella continua oración, que Cristo nuestro Redentor nos pide en el sagrado Evangelio (Lc 18, 1): [*Conviene siempre orar, y nunca desfallecer*]. Porque ¿qué mejor oración puede ser que estar uno siempre deseando la mayor gloria y honra de Dios y estar siempre conformándose con su voluntad, no teniendo otro querer ni otro no querer, sino lo que Dios quiere o no quiere, y que todo su contento y gozo sea el contento y gozo de Dios?

Por esto dice un doctor, y con gran razón, que el que perseverare con cuidado en este ejercicio con estos afectos y deseos interiores, sacará tanto fruto de él, que en breve tiempo sentirá mudado y trocado su corazón, y hallará en él aversión particular al mundo, y afición singular a Dios. Esto es comenzar a ser ciudadanos del Cielo y continuos de la casa de Dios (Ef 2, 19): [*Ya no sois peregrinos y advenedizos, sino que sois conciudadanos de los Santos y familiares de la casa de Dios*]. Estos son aquellos gentiles hombres que vio San Juan en el Apocalipsis (22, 4), que tenían el nombre de Dios escrito en sus frentes, que es la continua memoria y presencia de Dios: [*Y ellos verán su cara, y tendrán él nombre de Él escrito en sus frentes*], porque (Flp 3, 20) su trato y conversación ya no es en la tierra, sino en el Cielo (2 Cor 4, 18): [*poniendo la mira, no en las cosas que se ven, sino en las que no se ven; porque estas visibles son temporales, y las invisibles, eternas*].

Se ha de advertir en este ejercicio que, cuando hacemos estos actos diciendo: Por Vos, Señor, hago esto, por Vuestro amor, y porque Vos así lo queréis, y otros semejantes, los habemos de hacer y decir como quien habla con Dios presente, y no como quien levanta el corazón o pensamiento lejos de sí o fuera de sí. Esta advertencia es de mucha importancia en este ejercicio, porque eso es propiamente andar en la presencia de Dios, y eso es lo que hace este ejercicio fácil y suave, y que mueva y aproveche más.

Aun en las demás oraciones, cuando meditamos a Cristo en la cruz o en la columna, avisan los que tratan de oración, que no habemos de imaginar aquello allá en Jerusalén y que hace mil y tantos años que pasó, porque eso cansa más y no mueve tanto; sino que lo habemos de imaginar presente y que pasa aquí delante de nosotros y que oímos los golpes de los azotes y las martilladas de los clavos.

Y si meditamos el ejercicio de la muerte, dicen que habemos de imaginar que estamos ya para morir, desahuciados de los médicos y con la candela en la mano. ¿Cuánta mayor razón será que en este ejercicio de la presencia de Dios hagamos estos actos que habemos dicho, no como quien habla con quien está ausente y lejos de nosotros, sino como quien habla con Dios presente, pues el mismo ejercicio lo pide, y en realidad de verdad ello es así?

CAPÍTULO 5

De algunas diferencias y ventajas que hay de este ejercicio de andar en la presencia de Dios a otros.

Para que se vea mejor la perfección y provecho de este ejercicio y modo de andar en la presencia de Dios, que habemos dicho, y para que con eso quede más declarado, diremos algunas diferencias y ventajas que hay en él.

Lo primero, en otros ejercicios que suelen traer algunos de andar en la presencia de Dios, todo parece que es acto de entendimiento, y todo parece que se acaba en imaginar presente a Dios; pero éste presupone ese acto de entendimiento y de fe, que está Dios presente, y pasa adelante a hacer actos de amor de Dios, y en eso consiste principalmente; y esto claro está que es mejor y de más provecho que lo primero. Así como en la oración decimos que no habemos de parar en el acto del entendimiento, que es la meditación y consideración de las cosas, sino en los actos de la voluntad, que es en los afectos y deseos de la virtud e imitación de Cristo, y ése ha de ser el fruto de la oración; así aquí lo más principal de este ejercicio, y lo mejor y más provechoso de él, está en los actos de la voluntad, y así eso es en lo que habemos de insistir.

Lo segundo que se sigue de aquí es, que este ejercicio es más fácil y suave que los demás, porque para los demás es menester discurso y trabajo del entendimiento y de la imaginación para representar las cosas delante, que es lo que suele cansar y quebrar las cabezas, y así no puede durar eso tanto; pero para este ejercicio no es menester discurso, sino un afectos y actos de la voluntad, los cuales se hacen sin cansancio. Porque aunque es verdad que hay allí algún acto del entendimiento, pero ése se presupone por la fe, sin

cansarnos en eso. Como cuando adoramos el Santísimo Sacramento, presuponemos por la fe que está allí Cristo nuestro Salvador, pero toda nuestra atención y ocupación es en adorar, reverenciar, amar y pedir mercedes a aquel Señor que sabemos que está allí; así es en este ejercicio. Y de aquí es que por ser más fácil, podrá uno durar y perseverar en él más tiempo; porque aun a los enfermos que no pueden tener otra oración, les solemos aconsejar que usen levantar el corazón a Dios a menudo con algunos afectos y actos de la voluntad, porque ésos se pueden hacer con facilidad. Y así, aunque no hubiese otra ventaja en este ejercicio, sino poder durar y perseverar en él más que en los demás, le habíamos de estimar en mucho, cuanto más habiendo en él tantas ventajas.

Lo tercero y principal y que se ha de advertir aquí mucho es que la presencia de Dios no es sólo para parar en ella, sino para que nos sea un medio para hacer bien las obras que hacemos; porque si nos contentásemos con sólo traer atención a que Dios está presente, y por eso nos descuidásemos en las obras e hiciésemos faltas en ellas, ésa no sería buena devoción, sino ilusión. Siempre habemos de tener cuenta con que, aunque un ojo lo traigamos en su Majestad, el otro, lo pongamos en hacer bien las obras por Él; y el mirar que estamos delante de Dios nos ha de ser medio para hacer mejor y con más perfección todo lo que hacemos. Y esto mucho mejor se hace con este ejercicio que con otros. Porque con otros se ocupa mucho el entendimiento en aquellas figuras corporales que quiere uno representar delante, o en los conceptos que quiere sacar de lo que tiene presente, y por sacar el buen pensamiento muchas veces no mira bien lo que hace, y lo hace mal hecho; pero este ejercicio, como no hay en él ocupación de entendimiento, no impide nada al ejercicio de las obras, antes ayuda mucho para que vayan bien hechas, porque las está haciendo por amor de Dios y delante de Dios, que le está mirando; y así procura hacerlas de tal manera y tan bien echas que puedan parecer delante de los ojos de la divina Majestad, y que no haya en ellas cosa indigna de su presencia. Cerca de lo cual dijimos arriba otro punto, que es otro modo de andar en la presencia de Dios muy bueno y muy provechoso, que ponen también los Santos, y así excusaremos el repetirlo aquí.

TRATADO SÉPTIMO

DEL EXAMEN DE LA CONCIENCIA

CAPÍTULO PRIMERO

Cuán importante es el examen de la conciencia.

Uno de los principales y más eficaces medios que hay para nuestro aprovechamiento, es el examen de la conciencia; y como tal nos le encomiendan los Santos. San Basilio, que fue de los más antiguos que dieron reglas a monjes, manda que cada noche hagan este examen; San Agustín, en su regla 2, manda lo mismo; San Antonio Abad enseñaba y encomendaba mucho esto a sus religiosos; San Bernardo y San Buenaventura, Casiano, y todos comúnmente.

El bienaventurado San Crisóstomo, sobre aquellas palabras del real Profeta David (Sal 4, 5): *Compungíos y confundíos en vuestras camas*, tratando de este examen y aconsejando que se haga cada noche, antes que nos acostemos, apunta dos razones buenas. La primera, para que al día siguiente nos hallemos más dispuestos y preparados para no pecar, ni caer en las culpas en que hoy habemos caído, porque habiéndonos hoy examinado y arrepentido de ellas y propuesto la enmienda, claro está que será eso algún freno para no tornar a cometerlas mañana. Lo segundo, aun para el mismo día de hoy nos será algún freno el habernos de examinar a la noche, porque el saber que habemos de dar cuenta y que nos han de tomar residencia ese mismo día, nos hará andar sobre aviso y vivir con más recato. Pues así como un señor, dice San Crisóstomo, no consiente que su despensero deje de dar cada día sus cuentas, porque no sea eso ocasión a que se descuide y olvide y haya después mala cuenta, así también será razón que nosotros nos la tomemos cada día, para que el descuido y olvido no turbe la cuenta.

San Efrén y San Juan Clímaco añaden otra tercera razón, y dicen que así como los mercaderes diligentes cada día tantean y hacen cuenta de las pérdidas y ganancias de aquel día, y si hallan alguna pérdida la procuran remediar y restaurar con mucha diligencia,

así nosotros cada día nos habemos de examinar y tomar cuenta de nuestras pérdidas y ganancias, para que no vaya adelante la pérdida y se acabe el caudal, sino que lo restauremos y remediemos luego. San Doroteo añade otro provecho grande, y es que examinándonos y arrepintiéndonos cada día de nuestras culpas, no se arraigará en nosotros el vicio y la pasión, ni vendrá a crecer el hábito y mala costumbre.

Por el contrario, del ánima que no es cuidadosa en examinarse, dicen que es semejante a la viña del hombre perezoso, de la cual dice el Sabio (Prov 24, 30) que pasó por ella y vio su seto caído y todo lleno de ortigas y espinas: [*Pasé por el campo de un perezoso y por la viña de un necio, y vi que todo estaba lleno de ortigas y la superficie cubierta de espinas, y destrozado el valladar*]; así está el alma del que no tiene cuenta con examinar su conciencia, como viña que no se labra, hecha un eriazo, llena de malezas y espinas. Esta mala tierra de nuestra carne nunca deja de brotar algunas malas yerbas, y así siempre es menester andar con el escardillo en la mano, escardando y arrancando la mala yerba y la mala semilla que brota. De eso sirve el examen, de escardillo, para quitar y arrancar el vicio y el siniestro malo que comenzaba a brotar, y no dejar que vaya adelante, ni que eche raíces.

No solamente los Santos, sino los filósofos gentiles, con la luz natural, conocieron la importancia y eficacia de este medio. Aquel gran filósofo Pitágoras, como refieren San Jerónimo y Santo Tomás, entre otros documentos que daba a sus discípulos, daba éste por muy principal, que cada uno tuviese señalados cada día dos tiempos, uno a la mañana y otro a la noche, en los cuales se examinase y tomase cuenta de tres cosas: qué hice, cómo lo hice y qué dejé de hacer de lo que debía, alegrándose de lo bueno y pesándole de lo malo. Lo mismo encomiendan Séneca, Plutarco, Epicteto y otros.

Por esto nuestro B. Padre Ignacio, fundado en la doctrina de los Santos y en la razón y experiencia, nos encomienda el examen de la conciencia por uno de los medios más principales y eficaces de cuantos podemos poner de nuestra parte para nuestro aprovechamiento, y nos puso regla de ello. «Usen, dice, examinar cada día sus conciencias.» Y en otra parte dice que se haga esto dos veces al día, y en cierta manera estimaba más el examen que la oración, porque con el examen se ha de ir ejecutando y poniendo por obra lo que uno saca de la oración, que es la mortificación de sus

pasiones y extirpación de sus vicios y defectos. San Buenaventura dice que el examen de la conciencia es el más eficaz medio que podemos poner de nuestra parte para nuestro aprovechamiento. Y así se hace tanto caso en la Compañía de él, que a campana tañida nos llaman a él dos veces al día: una a la mañana y otra a la noche, y así nos visitan al examen como a la oración, para que nadie le deje de hacer, ni a la mañana, ni a la noche.

Y no se contentó nuestro Padre con que nosotros usásemos este examen, sino quiere que le persuadamos a los que tratamos; y así los buenos obreros de la Compañía, en tratando con alguno, luego le enseñan a hacer el examen general de la conciencia, y también el particular, para quitar alguna mala costumbre, como de jurar, mentir, maldecir u otra cosa semejante, como lo hacían nuestros primeros Padres y lo leemos del Padre Pedro Fabro, que ésa era de las primeras devociones que daba a los que trataba. Y de nuestro bienaventurado Padre leemos que no se contentaba con dar este medio del examen particular al que quería curar de algún vicio, sino porque no se olvidase de dejarle por obra, le hacia que antes de comer y acostar diese cuenta a alguna persona de confian.za, que él señalaba, y le dijese si había hecho el examen, cómo y de la manera que se lo había ordenado. Y sabemos también que a sus compañeros los entretuvo mucho tiempo con solos exámenes y frecuencia de Sacramentos, pareciéndole que si esto se hacía bien, bastaba para conservarse en virtud.

De aquí hemos de sacar una estima y aprecio tan grande de este ejercicio de examinar cada día dos veces nuestras conciencias, que le tengamos por un medio importantísimo y eficacísimo para nuestro aprovechamiento, y como tal le usemos cada día; y el día que faltáremos en esto, hemos de entender haber faltado en una cosa muy principal de nuestra religión. No ha de haber ocupación ninguna que baste para dejar este examen: y si por alguna ocupación forzosa no le pudo uno hacer a la hora señalada, le ha de procurar hacer lo más presto que pudiere, como después de comer, lo primero de todo; ni aun la enfermedad e indisposición, que basta para no tener oración larga, ha de bastar para no hacer los exámenes. Y así es razón que lo tengan todos entendido, que los exámenes nunca se han de dejar, ni el particular, ni el general. Y bien tiene el enfermo de qué hacer examen particular, como de conformarse con la voluntad de Dios en la enfermedad y dolores que le envía, y en los remedios

que manda el médico, que algunas veces son más penosos que la misma enfermedad; de llevar con paciencia las faltas que le parece se le hacen; de estar indiferente y resignado para vivir o morir, como el Señor fuere servido,

CAPÍTULO 2

De qué casas se ha de hacer el examen particular.

Dos exámenes usamos en la Compañía: uno particular, otro general. El particular se hace de una cosa sola, y por eso se llama particular; el general se hace de todas las faltas que en el día hemos hecho en pensamientos, palabras y obras, y por eso se llama general, porque lo abraza todo. Trataremos primero del examen particular, y después diremos brevemente del general lo que hubiere que añadir; porque en muchas cosas lo mismo se ha de hacer en el general que en el particular; y así, lo que se dijere del particular, servirá también para el general.

Dos cosas trataremos cerca de este examen: la primera, de qué cosas se ha de hacer; la segunda, cómo se ha de hacer.

Cerca de lo primero, para que entendamos de qué cosas hemos de traer principalmente este examen, se debe notar mucho una regla o advertencia que pone nuestro Padre en el libro de los Ejercicios Espirituales [327] y es de San Buenaventura; dice que el demonio se ha con nosotros como un capitán que quiere combatir y conquistar una ciudad o fortaleza, el cual procura con toda diligencia reconocer primero la parte más flaca del muro, y allí asesta toda la artillería y emplea todos sus soldados, aunque sea con peligro de la vida de muchos, porque derrocada aquella parte, entrará y tomará la ciudad: así el demonio procura reconocer en nosotros la parte más flaca de nuestra ánima para combatirnos y vencemos por allí. Pues esto nos ha de servir a nosotros de aviso para prevenirnos y apercibirnos contra nuestro enemigo: hemos de mirar y reconocer con atención la parte más flaca de nuestra ánima y más desamparada de virtud, que es aquélla donde la inclinación natural, o la pasión, o mala costumbre, o hábito malo más nos lleva, y ahí hemos de poner y mayor recaudo. Eso dicen los Santos y maestros de la vida espiritual, que es lo que principalmente y con mayor cuidado y diligencia habremos de

procurar desarraigar de nosotros, porque eso es de lo que tenemos mayor necesidad, y así a eso principalmente hemos de aplicar el examen particular.

Casiano da dos razones de esto: la primera, porque eso es lo que nos suele poner en mayores peligros y nos hace caer en mayores faltas, y así es razón que ahí pongamos mayor cuidado y diligencia y lo segundo, porque habiendo vencido y sobrepujado los enemigos más fuertes y que más guerra nos hacen, fácilmente venceremos y echaremos por tierra todos los demás, porque con el triunfo y victoria queda el ánima más esforzada y más fuerte, y el enemigo más flaco. Y trae Casiano para esto el ejemplo de aquellos juegos que se hacían antiguamente en Roma delante del emperador, donde sacaban muchas fieras para que peleasen hombres con ellas; y los que se querían señalar más y dar contento al emperador, daban primero contra aquella que veían ser más feroz y más fuerte, la cual, vencida y muerta, fácilmente vencían y triunfaban de las demás. Pues así, dice, hemos de hacer nosotros. Por experiencia vemos que comúnmente cada uno tiene un vicio como rey, que le lleva tras sí por la grande inclinación que tiene a aquello; hay unas pasiones que llaman predominantes, que parece que se enseñorean de nosotros y nos hacen hacer lo que no querríamos, y así suelen decir algunos: Si yo no tuviere esto, paréceme que no hubiera cosa que me embarazara y diera pena; pues de eso hemos de traer principalmente el examen particular.

En aquella guerra que, el rey de Siria tuyo contra el rey de Israel, dice la Sagrada Escritura (2 Paralip., 18, 30) que mandó a todos los capitanes de su ejército que no peleasen contra nadie, ni contra chico ni contra grande, sino solamente contra el rey de Israel, pareciéndole que en venciendo al rey estaba vencido todo el ejército. Y así fue, que en hiriendo al rey Acab con una saeta, que tiró uno acaso, a Dios y a ventura, se acabó la batalla. Eso es lo que hemos de hacer nosotros: venced vos ese vicio rey, que todo lo demás fácilmente quedará rendido; cortad la cabeza a ese gigante Goliat, y luego huirán y quedarán desbaratados todos los demás filisteos, esta es la mejor regla general para que cada uno entienda de lo que ha traer este examen.

Pero, en particular, uno de los mejores avisos que en esto se puede dar, es que cada uno lo comunique con su confesor y padre espiritual, habiéndole dado primero entera cuenta de su conciencia,

de todas sus inclinaciones, pasiones, aficiones y hábitos malos, sin quedar cosa que no le descubra; porque de esa manera, vista y entendida la necesidad de cada uno, y las circunstancias particulares, será fácil determinar de qué le convendrá traer el examen particular. Y una de las cosas principales que ha uno de tratar cuando da cuenta de su conciencia, es de qué cosa hace examen particular, y cómo se aprovecha de él, como se dice n las reglas del Prefecto de las cosas espirituales y en la instrucción que de esto tenemos.

Importa mucho el acertar uno a traer examen particular de lo que más le conviene. Así como no ha hecho poco, sino mucho, el médico cuando ha acertado con la raíz de la enfermedad, porque entonces se acierta con los remedios, y van haciendo efecto las medicinas; así nosotros no hemos hecho poco, sino mucho, si acertamos con la raíz de nuestras enfermedades y dolencias, porque será acertar con la cura de ellas, aplicando allí el remedio y medicina del examen. Una de las causas por que muchos se aprovechan poco del examen es porque no le aplican a lo que le habían de aplicar; si vos cortáis la raíz del árbol o arrancáis la raíz de la mala yerba, luego todo lo demás se marchitará y secará; pero si os andáis por las ramas y dejáis la raíz, luego tornará a brotar y a crecer.

CAPÍTULO 3

De dos avisos importantes para acertar a elegir de qué cosa se ha de traer el examen particular.

Descendiendo en esto más en particular, se han de advertir aquí dos cosas principales. Lo primero, que cuando hay algunas faltas exteriores, que ofenden y desedifican a nuestros hermanos, eso ha de ser lo primero que se ha de procurar quitar con el examen particular, aunque haya otras cosas interiores mayores, como si tiene uno falta en el hablar, o porque habla mucho, o porque habla con impaciencia y cólera, o palabras que puedan mortificar a su hermano, o por ventura palabras de murmuración y que puedan desdorar algo a otro, u otras cosas semejantes. Porque la razón y la caridad piden que quitemos primero aquellas faltas que suelen ofender y desedificar a nuestros hermanos, y que procuremos vivir y conversar de tal manera entre ellos, que no se pueda nadie quejar ni ofender

de nosotros, como dice el sagrado Evangelio de los padres del glorioso Bautista (Lc 1, 6): [*Ambos eran justos delante de Dios, andando en la guarda do todos los mandamientos y justificaciones del Señor sin queja de nadie*]. Eran justos delante de Dios y vivían sin queja delante de los hombres. Ésta es una gran loa de un siervo de Dios, y una de las cosas que ha de procurar mucho un religioso que vive en comunidad; no basta que sea justo delante de Dios, sino ha de procurar que su modo de proceder en la Religión sea tal, que nadie se pueda quejar de él, que no puedan decir de él un *si no*. Y si hay algo que pueda ofender, de allí se ha de comenzar a traer el examen particular.

Pero es menester advertir lo segundo, que no se nos ha de ir toda la vida en traer examen particular de estas cosas exteriores, porque éstas son más fáciles y están más en nuestra mano que las interiores. Dice muy bien San Agustín: Mando a la mano, y obedece la mano; mando al pie, y obedece el pie; empero, mando al apetito, y no obedece el apetito. Claro está que está más sujeta y obediente la mano y el pie que el apetito; porque no tienen movimiento contrario, como lo tiene el apetito. Y así henos de procurar desembarazarnos de estas cosas exteriores lo más presto que pudiéremos, y concluir con ellas, para que nos quede tiempo para otras mayores, como es alcanzar alguna virtud principal o alguna perfección superior: una profundísima humildad de corazón, que llegue, no sólo a que sienta uno bajamente de sí mismo, sino a holgarse que los otros sientan también bajamente de él y le tengan en poco; hacer todas las cosas puramente por Dios, hasta que vengamos a decir lo que decía el otro Santo: nunca pensé que servía a hombres, sino a Dios; una conformidad grande con la voluntad de Dios en todo, y otras cosas semejantes.

Porque, aunque es verdad que el examen particular propia y derechamente es para quitar faltas e imperfecciones, y siempre hay en nosotros harto recaudo de esto, porque mientras durare la vida, no podemos estar sin faltas ni sin pecados veniales, pero no se nos ha de ir toda la vida en eso. Muy bien empleado es el tiempo que se gasta en arrancar las malas yerbas del vergel; pero no todo ha de ser quitar el vicio y maleza de la tierra; antes eso se ordena para plantar buenas flores; así muy bien empleado es el tiempo que se gaste en los exámenes, desarraigando vicios y malas inclinaciones de nuestra ánima; pero todo esto se ordena para plantar en ella las

flores buenas y olorosas de las virtudes. [*Mira que hoy te he puesto para que arranques y destruyas, asueles y descepes, y edifiques y plantes*], dijo Dios a Jeremías (1, 10); primero ha de ser el derrocar y el arrancar; pero después ha de ser el edificar y plantar.

Especialmente, que aun para quitar esas mismas faltas e imperfecciones exteriores, conviene algunas veces traer examen particular de alguna virtud o perfección superior, porque muchas veces suele ser ése medio más eficaz para eso y más breve y suave. ¿Tenéis vos falta en hablar a vuestros hermanos con algún sacudimiento y libertad? Traed examen de tenerlos a todos por superiores y a vos por el menor, y eso os dirá cómo les habéis de hablar, y cómo les habéis de responder; bien seguro podéis estar que no diréis a nadie palabra áspera ni mortificativa si alcanzáis esa humildad. De la misma manera, ¿sentís repugnancia y dificultad en algunas cosas y ocasiones que seos ofrecen? Traed examen particular de tomar todas las cosas que os sucedieren como venidas de la mano de Dios y por particular disposición y providencia suya, y que os las envía para vuestro mayor bien y provecho, y de esa manera os habréis bien en ellas. ¿Tenéis falta de modestia, sois fácil en volver los ojos y la cabeza a una parte y a otra, o curioso en querer saber nuevas e inquirir todo lo que pasa? Traed examen de andar en la presencia de Dios y de hacer todas las cosas de manera que puedan parecer delante de su acatamiento, y en breve os hallaréis modesto, recogido y espiritual; y eso sin cansancio ninguno y parece que sin reparar en ello.

Si no, mirad cómo cuando salís de la oración devoto no os toma gana de hablar ni de mirar, porque el trato y conversación con Dios os hace olvidar de todo eso. Y si queréis tomar y remediar todas esas faltas exteriores una a una, fuera de ser ése un camino muy largo y prolijo, muchas veces si queréis traer examen de le modestia de los ojos, no le sabéis traer y os duele luego la cabeza por querer andar tan enfrenado. Y así reprende un doctor a los maestros de espíritu, que todo se les va en avisar de estas faltas exteriores; y dice que el principal cuidado del buen maestro y pastor de las almas ha de ser reformar el corazón, y hacer que entre uno dentro de sí, como dice la Sagrada Escritura de Moisés (Exod 3, 1): [*Llevaba el ganado a lo interior del desierto*]. Tratad vos de reformar el corazón, y luego quedara todo reformado.

CAPÍTULO 4

Que el examen particular se ha de traer de una cosa sola.

1. El examen particular siempre se ha de traer de una cosa sola, como el nombre lo dice. Y la razón porque conviene se haga así es porque de esa manera es más eficaz este medio y de mayor efecto, que si le trajésemos de muchas cosas juntas; porque, claro está, y la misma razón natural nos lo enseña, que mucho más puede el hombre contra un vicio que tomándolos todos juntos, porque quien mucho abarca poco aprieta, y uno a uno se vencen mejor los enemigos. Este modo de vencer nuestros enemigos, que son nuestros vicios y pasiones, dice Casiano, que nos enseñó el Espíritu Santo, dando instrucción a los hijos de Israel cómo se habían de haber con aquellas siete gentes y naciones contrarias para vencerlas y destruirlas (Deut 7, 22): *no las podréis vencer todas juntamente, pero poco a poco os dará Dios victoria de todas ellas*.

Y nota Casiano, como respondiendo a una tácita objeción, que no tiene uno que temer que ocupándose contra un solo vicio y poniendo allí su principal cuidado, los demás le hagan mucho daño. Lo primero, porque ese mismo cuidado que trae de enmendarse de ese vicio particular causará en su ánima horror y aborrecimiento grande contra todos los demás vicios, por la razón común en que todos convienen, y así andando armado y prevenido contra aquel particular, andará armado contra todos y guardado y defendido de ellos. Lo segundo, porque el que anda con cuidado en el examen particular de desarraigar de sí una cosa, va cortando la raíz que hay en el corazón para todas las demás cosas, que es la licencia de dejarle salir con todo lo que quiere: y así, el traer examen contra un vicio es pelear contra todos los vicios, porque aquella sofrenada y apercibimiento para aquel particular, lo es también para los demás, como se ve en un caballo desbocado, que al tirar la rienda y darle la sofrenada para que no se desmande y corra con desorden por un camino, sirve también para que no corra con desorden por otros. Y a esto se añade lo tercero, que hacemos también cada día otro examen general, que abraza todo lo demás.

En tanto grado ha de ser el no traer el examen particular sino de

una cosa sola, que aun un vicio o una virtud conviene muchas veces, y lo más ordinario, dividir en partes y grados, e ir poco a poco trayendo examen particular, primero de una parte o grado y después de otra, para así poder mejor conseguir lo que se desea; porque si lo tomásemos en general todo junto, no haríamos nada. Como si uno quiere traer examen particular de desarraigar de sí la soberbia y alcanzar la humildad, no lo ha de tomar así en general: «no tengo de ser soberbio en nada, sino en todo humildes; porque eso comprende mucho, y sería más que si se trajese examen de tres o cuatro cosas juntas, y así hará poca hacienda, porque abarca mucho; sino ha de dividir eso en partes o grados, porque de esa manera divididos los enemigos y tomando a cada uno por sí se vencerán mejor y vendremos a alcanzar más brevemente lo que deseamos.

Para que esto se pueda poner mejor en práctica, pondremos aquí algunas cosas principales de que se puede traer el examen particular, dividiéndolas en sus partes y grados, y aunque en algunas virtudes hacemos esto en sus tratados particulares, pero para que se halle todo junto, por ser éste su propio lugar, lo recogeremos aquí: y podrá nos también servir de dechado y espejo en que nos miremos, si vamos aprovechando, y veamos lo que nos falta para alcanzar la perfección.

CAPÍTULO 5

Cómo se ha de traer y dividir el examen particular por las partes y grados de las virtudes.

I. De la humildad.

1. No decir palabras que puedan redundar en mi alabanza y estima.

2. No holgarme cuando otro me alaba y dice bien de mí, antes tomar de eso ocasión para humillarme y confundirme más, viendo que no soy tal, como los otros piensa, ni cual debía ser; y con esto se puede juntar holgarme cuando alaban y dicen bien de otro. Y cuando tuviere algún sentimiento de esto, o algún movimiento de envidia, apuntarlo por falta; y también cuando tuviere alguna complacencia o contentamiento vano de que dicen bien de mí.

3. No hacer cosa alguna por respetos humanos, ni por ser visto

y estimado de los hombres, sino puramente por Dios.

4. No excusarme, y mucho menos echar la culpa a otro, ni exterior ni interiormente.

5. Cortar y cercenar luego los pensamientos varios, altivos y soberbios, que me vinieren, de cosas que toquen a mi honra y estima.

6. Tenerlos a todos por superiores, no en sola la especulación sino en la práctica y en el ejercicio, habiéndome con todos con aquella humildad y respeto, como si me fuesen superiores.

7. Llevar bien todas las ocasiones que se me ofrecieren de humildad; y en esto tengo de ir creciendo y subiendo por estos tres grados: I.º, llevándolas con paciencia; 2.º, con prontitud y facilidad; 3.º, con gozo y alegría. Y no tengo de parar hasta tener gozo y regocijo en ser despreciado y tenido en poco, por parecer e imitar a Cristo nuestro Redentor, que quiso ser despreciado y tenido en poco por mí.

8. Lo octavo se puede traer examen particular, así en esta materia como en otras semejantes, de hacer algunos actos y ejercicios de humildad, y de cualquiera otra virtud de que trajere uno examen particular, así interiores como exteriores, actuándose en aquello tantas veces a la mañana, y tantas a la tarde, comenzando con menos y yendo añadiendo más, hasta que vaya ganando hábito y costumbre en aquella virtud.

2. De la caridad fraterna.

1. No murmurar ni decir falta alguna de otro, aunque sea ligera y pública, ni deshacer sus cosas, ni dar muestra alguna de desestima de él, ni en presencia ni en ausencia, sino procurar que de mi boca todos sean buenos, honrados y estimados.

2. Nunca decir a otro: «Fulano dijo esto de vos», siendo cosa de que puede recibir algún disgusto, por pequeño que sea, porque es sembrar discordias y cizaña entre los hermanos.

3. No decir palabras picantes, ni de que otro se pueda mortificar, ásperas o impacientes. No porfiar ni contradecir, ni reprender a otro sin tener cargo de ello.

4. Tratar a todos con amor y caridad, y mostrarlo en las obras procurando acudirles, ayudarles y darles contento en cuanto pudiere;

y especialmente cuando uno tiene oficio de acudir a otros, ha de procurar mucho esto, y suplir con el buen modo y con las buenas respuestas y palabras lo que no pudiere con la obra.

5. Evitar cualquier aversión, y mucho más el mostrarla, como sería dejar por algún disgusto de hablar a otro y de acudirle en algo pudiendo, o dar significación alguna de estar quejoso de él.

6. No ser singular con ninguno en el trato, evitando familiaridades y amistades particulares que ofenden.

7. No juzgar a nadie, antes procurar de excusar sus faltas consigo y con otros, teniendo mucha estima de todos.

3. De la mortificación.

1. Mortificarme en las cosas y ocasiones que ofrecen sin andarlas yo a buscar, ahora vengan inmediatamente de parte de Dios, ahora vengan por medio de los superiores, o por medio de nuestros prójimos y hermanos, o por otra cualquiera vía, procurando llevarlas bien y aprovecharme de ellas.

2. Mortificarme y vencerme en todo aquello que me impidiere el guardar mis reglas y el hacer bien hechas las cosas ordinarias, que cada día hago, así espirituales como exteriores; porque todas las faltas que en esto hacemos son, o por vencernos y mortificarnos en padecer algún trabajo, o por no abstenernos en algún gusto y deleite.

3. Mortificarme en andar con la modestia que debo a religioso, y especialmente en lo que toca a ojos y lengua, cuando en eso hubiere alguna falta.

4. Mortificarme en algunas cosas que lícitamente pudiera hacer, como en no salir del aposento, no ver alguna cosa curiosa, no preguntar, ni querer saber lo que no importa, no decir alguna cosa que tengo gana de decir, y otras cosas semejantes; trayendo examen de hacer tantas mortificaciones de éstas a la mañana y tantas a la tarde, comenzando con menos y yendo añadiendo más, porque el ejercicio de estas mortificaciones voluntarias, aunque sea en cosas pequeñas, es de muy gran provecho.

5. Mortificarme en las mismas cosas que tengo obligación de hacer, de esta manera: que cuando voy a comer, estudiar, leer, predicar o a otro cualquier ejercicio de que gusto, mortifique primero mi apetito y voluntad, diciendo con el corazón: «No quiero, Señor, hacer

esto por mi gusto, sino porque Vos lo queréis.»

4. De la abstinencia, o gula.

1. No comer cosa alguna antes ni después de la hora común, ni fuera del lugar de la refección.

2. Contentarme con lo que se da a la comunidad, no queriendo otras cosas, ni aquellas mismas guisadas de otra manera, no admitiendo particularidades, sin muy conocida necesidad.

3. En esas cosas comunes no exceder en la cantidad la regla de la templanza.

4. No comer con mucha ansia, ni con mucha prisa, sino con modestia y decencia, no dejándome llevar del apetito.

5. No hablar de cosas de comida, y mucho menos murmurar o quejarme de ella.

6. Cortar y atajar pensamientos de gula.

5. De la paciencia.

1. No dar ninguna señal exterior de impaciencia, antes darla de mucha paz en palabras y en obras, y en el semblante del rostro, reprimiendo todos los movimientos y afectos contrarios.

2. No dar lugar a que entre en el corazón perturbación alguna o sentimiento, o indignación, o tristeza; y mucho menos deseo de venganza alguna, aunque sea muy liviana.

3. Tomar todas las cosas y ocasiones que se me ofrecieren como enviadas de la mano de Dios para mi bien y provecho, de cualquiera manera y por cualquier medio o vía que vengan.

4. Irme ejercitando y actuando en esto por estos tres grados: lo primero, llevando todas las cosas que se ofrecieren, con paciencia; lo segundo, con prontitud y facilidad; lo tercero, con gozo y alegría, pon ser aquélla la voluntad de Dios.

6. De la obediencia.

1. Ser puntual en la obediencia exterior, dejando la letra comenzada, y acudiendo también a la significación de la voluntad del superior, sin esperar mandato expreso.

2. Obedecer de voluntad y corazón, teniendo un mismo querer y voluntad con el superior.

3. Obedecer también con el entendimiento y juicio, teniendo un mismo parecer y sentir con el superior, no dando lugar a juicios o razones contrarias.

4. Tomar la voz del superior y de la campanilla, como si fuese voz de Dios; y obedecer al superior, cualquiera que sea, como a Cristo nuestro Señor, y también a los oficiales subordinados.

5. Tener obediencia ciega: esto es, obedecer sin inquirir ni examinar, ni buscar razones por qué ni para qué, sino que me baste por razón el ser obediencia y mandato del superior.

6. Pasar a los actos de voluntad, actuándome cuando obedezco en que estoy allí haciendo la voluntad de Dios, y que ése sea todo mi gusto y contento.

7. De la pobreza.

1. No dar ni recibir de otros, de dentro o fuera de casa, cosa alguna sin licencia.

2. No prestar ni tomar cosa alguna de la casa o aposento de otro, sin licencia.

3. No tener cosa alguna superflua; deshaciéndome de todo lo que no me fuere necesario, así en los libros, y aderezo del aposento, como en el vestido y comida y en todo lo demás.

4. En las mismas cosas necesarias de que usare, tengo de procurar parecer pobre, pues lo soy, procurando que sean de las más pobres, llanas y de menos valor; de manera que en el aposento, vestido, comida y en todo lo demás resplandezca siempre la virtud de la pobreza y se eche de ver que soy pobre; deseando y holgándome que lo peor de casa sea siempre para mi mayor abnegación y provecho espiritual.

5. Holgarme que aun en las mismas cosas necesarias me falte algo, porque ése es verdadero y perfecto pobre de espíritu e imitador de Cristo nuestro Redentor, que *siendo tan rico* y poderoso *se hizo pobre por nuestro amor* (2 Cor 8, 9), y quiso sentir falta en las cosas necesarias, padeciendo hambre, sed, frío, cansancio y desnudez.

8. De la castidad.

Traer recato en la vista, no mirando persona ni cosas que puedan ser incentivo de tentación.

No decir ni oír palabras que toquen a esa materia, o que puedan despertar movimientos o pensamientos malos, ni leer cosas semejantes.

No dar lugar a pensamientos ningunos que toquen a esto, aunque sea muy de lejos, desechando los con mucha diligencia y presteza luego al principio.

No tocar a otra persona ni en las manos, y mucho menos en rostro o cabeza, ni dejarse tocar.

Guardar consigo mismo mucha decencia y honestidad en no mirarse, descubrirse o tocarse, fuera de lo precisamente necesario.

No tener amistades particulares, ni dar, ni recibir donecillos, ni cosas de comer. Y con personas complicadas y con quien siente este afecto e inclinación, andar con mucho recato, huyendo buenamente su trato y conversación, que suele ser único remedio en estas cosas.

9. De hacer las obras ordinarias bien hechas.

1. No dejar día ninguno de hacer mis ejercicios espirituales cumplidamente, dándoles todo el tiempo designado para ellos; y cuando en este tiempo hubiese alguna ocupación forzosa, suplirlo en otro.

2. Hacer la oración mental y los exámenes general y particular bien hechos, guardando sus adiciones y deteniéndome en los exámenes en el dolor y confusión de las faltas, y en el propósito de enmendarme de ellas, más que en examinar las veces que he faltado, porque en eso está la fuerza y fruto del examen, y por falta de esto suelen algunos aprovecharse poco de él.

3. Hacer bien los demás ejercicios espirituales, misa, rezar, lección espiritual y las penitencias y mortificaciones, así públicas como particulares, procurando sacar de ello el fin y fruto para que está ordenada cada cosa, y no haciéndola como por costumbre, por cumplimiento y ceremonia.

4. Hacer mi oficio y ministerios bien hechos, haciendo todo lo que yo pudiere y fuere de mi parte para que vayan bien, como quien lo hace por Dios y delante de Dios.

5. De no hacer falta ninguna de propósito.

6. De hacer mucho caso de cosas pequeñas.

7. Y porque en hacer bien y con perfección estas obras ordinarias, que cada día hacemos, está mi aprovechamiento y perfección, tengo de tener mucho cuidado, de tiempo en tiempo, cuando sintiere que me voy entibiando en esto, tornar a traer por algunos días el examen particular de ellos, para renovarme y rehacerme en hacerlas bien.

10. De hacer todas las cosas puramente por Dios.

1. No hacer cosa por respeto alguno humano, ni por ser visto y estimado de los hombres, ni por mi comodidad e interés, ni por mi gusto o contentamiento

2. Hacer todas las obras puramente por Dios, acostumbrándome a referirlas actualmente todas a Dios: lo primero, a la mañana, en despertando; lo segundo, al principio de cada obra; lo tercero, también en la misma obra, levantando muchas veces en ella el corazón a Dios, diciendo: «Por Vos, Señor, hago esto, por vuestra gloria, porque Vos así lo queréis.»

3. Ir trayendo este examen de actuarme en lo sobredicho tantas veces a la mañana, y tantas a la tarde, comenzando con menos y yendo añadiendo hasta que vaya ganando hábito y costumbre de levantar muy frecuentemente el corazón en las obras a Dios, y que ya no se me vayan los ojos a mirar en ellas otra cosa que a su divina Majestad.

No tengo de parar en este examen y ejercicio hasta que venga a hacer las obras, como quien sirve a Dios y no a hombre, y hasta que venga a hacerlo de tal manera, que esté siempre en ellas actualmente amando a Dios, holgándome de que estoy allí haciendo su voluntad, y que todo mi gusto y contentamiento en ellas sea éste, de suerte que cuando estuviere obrando, más parezca que estoy amando que obrando.

5. esta ha de ser la presencia de Dios en que tengo que andar, y la continua oración que tengo de procurar traer; porque será muy

buena y muy provechosa para mi alma, y me ayudará a hacer las cosas bien hechas y con perfección.

11. De la conformidad con la voluntad de Dios

1. Tomar todas las cosas y ocasiones que se ofrecieren, ahora sean grandes, ahora pequeñas, por cualquier vía y de cualquiera manera que vengan, como venidas de la mano de Dios, que me las envía con entrañas de padre para mi mayor bien y provecho y conformarme en ellas con su santísima y divina voluntad, como si viese al mismo Cristo, que me está diciendo: «Hijo, Yo quiero que ahora hagas o padezcas esto.»

2. Procurar ir creciendo en esta conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas por estos tres grados: lo 1.º, llevándolas con paciencia; lo 2.°, con prontitud y facilidad; lo 3.°, con gozo alegría; por ser aquélla la voluntad y contento de Dios.

3. No tengo de parar en este examen y ejercicio hasta que halle un entrañable gusto y regocijo, en que se cumpla en mí la voluntad del Señor, aunque sea con trabajos, menosprecios y dolores, y hasta que todo mi gozo y contento sea la voluntad y contento de Dios.

4. No dejar de hacer cosa que entienda ser voluntad de Dios y mayor gloria y servicio suyo, procurando imitar en esto a Cristo nuestro Redentor, que dijo (Jn 8, 29): Yo siempre hago aquello que agrada más a mi Eterno Padre.

5. Andar en este ejercicio será muy buen modo de andar en presencia de Dios y en continua oración, y muy provechoso.

6. El examen de la mortificación, que pusimos arriba, se podrá traer mejor por vía de conformidad con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas y ocasiones como venidas de la mano de Dios, de la manera que aquí se ha dicho, y de esta manera será más fácil y gustoso, y más provechoso, porque será ejercicio de amor de Dios.

12. Advertencia.

Se ha de advertir que no queremos por esto decir que el examen particular se haya de traer por el orden que aquí se ponen las virtudes, ni por el orden de los grados o partes que se pone en cada una de ella; sino la regla que en esto se ha de tener ha de ser que toda uno escoja la virtud de que más necesidad tuviere, y en ella

comience por aquella parte o grado que más ha menester; y en concluyendo con eso, vaya escogiendo de lo demás lo que más le conviniere hasta alcanzar la perfección de aquella virtud con la gracia del Señor.

CAPÍTULO 6

Que no se ha de mudar fácilmente la materia del examen particular y qué tanto tiempo será bien traerle de una misma cosa.

1. Se ha de advertir aquí que no habemos mudar fácilmente la materia del examen, tomando una cosa, ya otra, porque eso es andar, como dicen, alrededor, y no hacer jornada; sino habemos de procurar seguir una cosa hasta el cabo, y después dar tras otra. Una de las causas de aprovecharse algunos poco del examen suele ser ésta, porque no hacen sino dar unas arremetidas, trayendo examen sobre una cosa por ocho o quince días o por un mes, y luego se cansan y pasan a otra, sin haber alcanzado la primera, y dan otra arremetida, y después otra. Así como el que tomase a pechos subir una piedra por usa ladera arriba a la cumbre de un monte, y después de subida ya un trecho, se cansase y la soltase y dejase rodar hasta abajo, y después tornase otra y otra vez a hacer lo mismo, éste nunca jamás, por mucho que trabajase, acabaría de poner esta piedra en su lugar; así son los que comienzan a traer examen de una cosa, y antes de llevarla a cabo y alcanzarla, la dejan y toman otra y otra. Esto es cansar y no acabar (2 Tm 3, 7): [*Siempre aprendiendo, sin llegar jamás conocimiento de la verdad*]. Este negocio de la perfección no se alcanza con arremetidas, sino con mucha perseverancia; es menester insistir y tomar a pechos una cosa, y porfiar hasta salir con ella, aunque nos cueste mucho.

Dice el glorioso San Crisóstomo: Así como los que cavan algún tesoro o alguna mina de oro o plata no dejan de cavar y sacar la tierra, y quitan todos los impedimentos que se les ponen delante, y ahondar diez y veinte estados, hasta dar con el tesoro que buscan, así nosotros, que buscamos las verdaderas riquezas espirituales y el verdadero tesoro de la virtud y perfección, no habemos de descansar hasta dar con él, venciendo todas las dificultades, sin que cosa alguna se nos ponga por delante: *Perseguiré mis enemigos,* dice el Pro-

feta (Sal 17, 38), *y no me cansaré ni volveré atrás hasta alcanzar victoria de ellos*. Esta santa porfía es la que vence el vicio y alcanza la virtud, y no el dar arremetidas.

Pues entremos ahora en cuenta. ¿De cuántas cosas habéis traído examen, después que tratáis de eso? Si habéis salido con todas, ya seréis perfecto; y si no habéis salido con una, ¿para qué la dejasteis? Diréis que no os iba bien en aquello; y aun por eso no os va bien, porque andáis mudando hitos y no tenéis perseverancia en llevar una cosa hasta el cabo. Si trayendo examen y cuidado particular de aquella cosa, decís que no os iba bien en ella, peor os irá no trayendo examen de ella. Porque si el que propone falta muchas veces, ¿qué será el que tarde o nunca propone? Todavía aquel proponer a la mañana, y a mediodía, y a la noche, os será algún freno para no caer tantas veces. Y aunque os parezca que nunca os acabáis de enmendar y que no hacéis nada, no por eso desmayéis ni lo dejéis, sino humillaos y confundíos en el examen, y tornad a proponer y comenzar de nuevo, que para eso permite Dios las caídas, y que quede algún jebuseo en la tierra de vuestra ánima, para que acabéis de entender que no podéis nada por vuestras fuerzas, sino que todo os ha de venir de la mano de Dios, y así tengáis recurso a Él y andéis siempre colgado de Él. Muchas veces anda uno con esto más fervoroso y diligente en su aprovechamiento, que si luego le diera el Señor lo que deseaba.

Pero preguntará alguno: ¿cuánto tiempo será bueno traer examen particular sobre una cosa? San Bernardo y Hugo de San Víctor tratan esta cuestión: ¿cuánto tiempo será bueno pelear contra un vicio? Y responden que hasta que vaya tan de caída el vicio que, en asomando y rebelándose, luego le podáis fácilmente reprimir y sujetar con la razón. De manea que no es menester esperar a no sentir la pasión ni la repugnancia que eso sería nunca acabar. Dice Hugo de San Víctor: Esto es más de ángeles que de hombres. Basta que ya aquel vicio o pasión no os sea molesta ni os dé mucho en que entender, sino que en levantándose, la aventéis y echéis de vos con facilidad; entonces bien podréis pasar a pelear y traer examen de otra cosa. Aun allá dijo Séneca: «Peleamos contra los vicios, no para vencerlos del todo sino para no ser vencidos». No es menester que del todo no sintamos el vicio, basta que vaya ya de vencida, de manera que no nos sea impedimento ni estorbo para lo que nos conviene.

Para acertar mejor en esto, el medio más conveniente es comunicarlo cada uno con su padre espiritual; que ésta es una de las cosas principales en que es menester consejo. Porque algunas cosas hay de que basta traer examen poco tiempo, como dijimos arriba (cap. 3): otras hay en que es bien empleado el examen un año y aun muchos años, porque «si cada año desarraigásemos un vicio, presto seriamos perfectos; y cosas hay que toda la vida será muy bien empleada en una de ellas, porque ésa le bastará a uno para alcanzar la perfección. Y así habemos conocido algunos que han tomado a pechos una cosa, y traído de ella examen particular casi toda su vida, y así se señalaron y esmeraron en ella: unos en la virtud de la paciencia, otros en una profundísima humildad, otros en una conformidad grande con la voluntad de Dios, otros en hacer todas las cosas puramente por Dios. Pues de esta manera también nos habemos de procurar aventajar nosotros en alguna virtud, insistiendo y perseverando tan eso hasta alcanzarlo. Y no quita esto el interrumpir algunas veces este examen; antes conviene que se haga así, volviendo a traer examen por ocho o quince días del silencio, de hacer bien hechos los ejercicios espirituales, de hablar bien de todos, de no decir palabra que pueda ofender a nadie en ninguna manera, y de otras cosas semejantes, que suelen tornar a brotar y reverdecer en nosotros; y volvernos luego a nuestro puesto, y proseguir nuestro intento principal, hasta salir con lo que pretendemos.

CAPÍTULO 7

Cómo se ha de hacer el examen particular.

La segunda cosa principal que propusimos tratar es cómo se ha de hacer este examen. El examen particular tiene tres tiempos, y dos veces examinarse. El primer tiempo es, luego a la mañana en levantándose, ha de proponer cada uno de guardarse con diligencia de aquel vicio o defecto particular, de que se quiere corregir y enmendar. El segundo tiempo es mediodía, en que se ha de hacer el primer examen, el cual tiene tres puntos: el primero es pedir gracia a nuestro Señor para acordarse cuántas veces ha caído en aquel defecto, de que trae examen particular; el segundo es tomar cuenta a su ánima de aquel defecto o vicio, discurriendo desde la hora que se levantó y propuso hasta la hora presente, y ver cuántas veces ha caído en

él, y ha de hacer tantos puntos en una línea o raya de un cuadernito o librito, que ha de tener para esto, cuantas veces hallare haber caído; el tercer punto es pesarle de haber caído, pidiendo a Dios perdón de ello, y proponer de no caer a la tarde en aquello con la gracia del Señor. El tercer tiempo es a la noche antes de acostarse; entonces se ha de hacer el examen segunda vez, ni más ni menos que al mediodía, por aquellos tres puntos discurriendo desde el examen pasado hasta entonces, y poniendo en otra segunda línea tantos puntos cuantas veces hallare haber caído.

Y para extirpar más fácilmente y más presto aquel defecto o vicio de que trae examen, pone nuestro Padre cuatro advertencias que llama adiciones: la primera, que cada vez que cae el hombre en aquel vicio o defecto particular, se arrepienta de ello, poniendo la mano en el pecho, lo cual se puede hacer aunque esté delante de otros, sin que sientan lo que hace; la segunda, que a la noche, después de hecho el examen, confiera los puntos de la tarde con los de la mañana, a ver si ha habido alguna enmienda; la tercera y cuarta, que confiera también el día de hoy con el de ayer, y la semana presente con la pasada para el mismo efecto.

Toda esta doctrina es sacada de los Santos. El bienaventurado San Antonio abad, como se refiere en la Historia Eclesiástica, aconsejaba que se no se anotasen por escrito las faltas que resultaban del examen, para que así se avergonzase más el hombre y trabajase de enmendarse viendo y considerando sus faltas. Lo mismo dice San Juan Climaco, el cual no sólo a la noche y al tiempo del examen, sino a todas horas quiere que ande uno notando la falta en que cae, luego en haciéndola, para que así pueda mejor hacer el examen, como el buen cambiador o mercader y el buen despensero luego apunta en un memorial lo que vende o compra, para que no se quede nada por olvido, y así a la noche pueda hacer mejor sus cuentas. San Basilio y San Bernardo expresamente ponen y aconsejan el conferir un día con otro, para que así pueda uno conocer mejor su aprovechamiento o desaprovechamiento y procure con diligencia ser cada día mejor y más semejante a los santos ángeles. San Doroteo aconseja el conferir una semana con otra y un mes con otro.

El modo que nos pone nuestro Padre de tomar la enmienda de nuestra falta a trechos y poco a poco, de medio día en medio día no más, es un medio que ponen San Crisóstomo, San Efrén y San Bernardo por eficacísimo para desarraigar cualquier vicio o falta que

tengamos; y aun allá le pone Plutarco y trae el ejemplo del otro, que de su condición era muy colérico y sentía mucha dificultad en irse a la mano, y tomó por tarea no enojarse por un día, y así estuvo un día sin enojarse, y luego ese otro día dice: «Pues hoy tampoco me tengo de enojar, por hoy siquiera»; y lo guardó, que tampoco se enojó aquel día, e hizo así otro día y otro, hasta que vino a hacerse de una condición muy suave y blanda. Pues éste es el modo nos enseña nuestro Padre en el examen particular para que la pelea se nos haga más fácil.

Así como al enfermo que tiene hastío le dan poco a poco la comida para que la pueda comer; si le pusiereis delante toda la gallina, le parecería imposible haber de comer todo aquello y no podría comer bocado; le cortáis un poquito y se lo dais, y lo otro lo tenéis allá escondido entre dos platos; de esa manera poco a poco, bocadico a bocadico le hacéis comer todo lo que necesita; a ese modo nos quiere llevar nuestro Padre en el examen particular, comos enfermos y flacos, poco a poco, de mediodía en mediodía, para que lo podamos llevar. Porque si lo tomaseis todo junto, «en todo el año no tengo de hablar, toda mi vida tengo de andar con los ojos bajos, tan refrenado y con tanta modestia», en sólo pensarlo por ventura os cansaréis y os parecerá que no lo podréis llevar, y que será una vida triste y melancólica; pero por medio día siquiera, por una mañana, hasta la hora de comer, ¡quién no andará modesto y con la lengua dominada! Después a mediodía proponéis solamente para la tarde, porque ese otro día Dios dijo lo que será, y ¿qué sabéis si llegaréis allá? Y si llegareis, tampoco es más que un día, y no os pesará mañana de haber andado hoy con ese recato, ni quedaréis cansado de haber andado con cuidado el día de hoy, antes os hallaréis muy alegre por ello, y muy dispuesto para hacerlo mejor y con más facilidad y suavidad. Algunas veces creo que faltan algunos es hacer hincapié en esto de proponer solamente por este medio día, y le ayudaría mucho para proponérselo con más eficacia.

En las Crónicas de San Francisco se cuenta de fray Junípero que aunque él siempre hablaba muy poco, pero una vez por seis meses continuos guardó perpetuo silencio, de esta manera: El primer día se propuso de no hablar por honra de Dios Padre; el segundo, a reverencia de Dios Hijo; el tercero, por reverencia del Espíritu Santo; el cuarto, por amor de nuestra Señora; y así discurría por todos los Santos, guardando cada día silencio con nuevo fervor y devoción por

amor de alguno de ellos. De esta manera se anima uno más a enmendarse de aquello de que trae examen particular, y se confunde y avergüenza también más de las faltas que hace, pues en tan poco tiempo no pudo cumplir su propósito; y así por todas partes nos ayudará mucho este medio.

CAPÍTULO 8

Que en el examen habemos de insistir y detenernos principalmente en el dolor y propósito de la enmienda.

Lo que particularmente se debe advertir mucho acerca del modo de hacer el examen, es que de los tres puntos que tiene, los dos postreros son los más principales, que es, el dolernos y arrepentimos de nuestras culpas y descuidos, y el proponer firmemente la enmienda, conforme a aquello del Profeta (Sal 4, 5): *Compungios en vuestras camas*. En esta compunción y arrepentimiento y en este propósito firme de no tornar a caer está toda la fuerza y eficacia del examen para enmendarnos, y así en esto se ha de gastar el principal tiempo.

Una de las causas principales porque muchos se aprovechan y enmiendan poco con los exámenes es que se les va todo aquel tiempo en andar buscando las veces que cayeron en las faltas; y apenas han probado este punto, cuando se acaba el tiempo del examen, y hacen superficialmente lo demás. No se detienen en el dolor y arrepentimiento de sus culpas, ni en confundirse y pedir perdón de ellas, ni en hacer propósitos firmes de enmendarse a la tarde o al otro día, ni en pedir a Dios gracia y fuerza para ello. De ahí viene que cuantas veces caísteis hoy, tantas caéis mañana, porque en el examen no hicisteis sino acordaros y traer a la memoria las veces que habíais caído, y eso no es medio para enmendaros, sino es el primer punto del examen y el fundamento sobre el cual han de caer esos otros dos puntos principales. El medio eficaz para enmendaros es el doleros y arrepentiros muy de veras de vuestras culpas, y proponeros firmemente la enmienda, y pedir a nuestro Seña gracia para ello; y si eso no hacéis, no os enmendaréis. Andan tan hermanadas entre sí estas dos cosas; dolor de lo pasado y enmienda del por venir, que al paso que anda lo uno, anda lo otro; porque cierto es que, cuando aborrecemos de veras alguna cosa, tenemos cuidado para no dar en ella.

Cada día decimos y predicamos esto a los seglares, razón será que lo tomemos para nosotros ¿Qué es la causa, decimos, que los del mundo tornan tan fácilmente a recaer en los mismos pecados después de tantas confesiones? ¿Sabéis qué? La causa suele ser muy comúnmente que no los aborrecieron de veras, ni vienen a las confesiones con propósitos firmes de nunca más tornar a pecar; y así, como nunca el corazón se acaba de volver del todo a Dios sino a media cara, como dicen, fácilmente se vuelven a lo que nunca dejaron del todo; que si de veras les pesara y aborrecieran el pecado y tuvieran propósito firme de nunca más volver a pecar, no tornaran tan fácilmente a él luego en saliendo de la confesión, como si no se hubieran confesado. Pues por eso también caéis vos en las mismas faltas a la tarde que a la mañana, y hoy en las mismas que ayer, porque no os pesó de veras de ellas, no las aborrecisteis de corazón, no propusisteis firmemente la enmienda, ni os detuvisteis en eso; que si eso hicierais, no tornaríais tan fácilmente y tan presto a ellas, porque no solemos hacer tan fácilmente aquello que aborrecimos, nos dolió y dio pena el haberlo hecho.

El dolor y arrepentimiento de los pecados, cuando es verdadero, no sólo quita los pecados pasados, sino es medicina preservativa para lo por venir, como dijimos arriba; porque el que anda aborreciendo el pecado lejos está de caer de nuevo en él. Aun allá el otro filósofo [Demóstenes] conoció la eficacia y fuerza de este medio para no caer en pecado; porque pidiéndole una mala mujer un precio excesivo por pecar, respondió: «No compro yo tan caro el arrepentirme y pesarme.» Nótese esta razón, que es digna, no sólo de filósofo, sino de hombre cristiano y religioso.

Algunas veces me pongo a considerar el desatino de los que se atreven a pecar con decir: «Después me arrepentiré y Dios me perdonará.» Pues ¿cómo? ¿En qué seso cabe que por cumplir ahora vuestro apetito y recibir un gusto breve, que se pasa en un momento, escojáis y compréis tener después toda la vida un perpetuo pesar y arrepentimiento de haberle cumplido? Porque aunque es verdad que Dios os perdonará después ese pecado, si os arrepentís de él; pero, al fin, para que os perdone es menester que os arrepintáis y os pese después de haberle hecho. Mucha fuerza hace esta razón, aun hablando acá de tejas abajo, aunque no hubiese de por medio el amor de Dios, que ha de ser siempre lo principal, sino sólo nuestro contento y amor propio. No quiero hacer aquello que sé que después me ha

de dar mucha pena y mucho dolor el haberlo hecho; el gusto de hacerlo se pasa en un momento, y el pesar y el dolor de haberlo hecho ha de durar toda la vida, de manera que nunca jamás me puedo contentar ni complacer de ello. Gran desatino es escoger tanto pesar por tan pequeño placer.

Y mejor lo dijo el Apóstol (Rm 6, 21): *¿Qué fruto sacasteis de aquello de que ahora os avergonzáis?* ¿Que tiene que ver aquel contentillo que tomasteis con el pesar que habéis de tener después? Esto se ha de considerar de antemano antes de caer. Cuando viene la tentación, habéis de hacer esta cuenta y decir: no quiero hacer aquello de que me tengo después de avergonzar y arrepentir toda mi vida. Aun acá, cuando queréis persuadir a uno de que no haga una cosa, le decís: mirad que os arrepentiréis después de haberlo hecho; y dice el otro: no me arrepentiré, porque si pensase que se había de arrepentir bien ve que sería disparate hacer lo que sabe que después le ha de pesar y dar mucha pena.

Esto he dicho para que se vea cuán eficaz medio es para no tornar a caer en las culpas el dolor y arrepentimiento verdadero de ellas, y para que se entienda cuánto importa el detenernos en esto en los exámenes. Es verdad que puede uno tener dolor y propósito verdadero de enmendarse, y con todo eso volver después a caer, porque no somos ángeles, sino hombres flacos y de barro, que se puede quebrar y deshacer y tornarse luego a rehacer; pero así como cuando uno, al acabarse de confesar, se vuela luego a los mismos juramentos y a los mismos deseos y pecados que acabó de confesar, solemos decir comúnmente que no debió de tener contrición, ni dolor verdadero de aquello, ni propósito firme de enmendarse, pues tan presto se volvió a ello; así también es grande indicio y argumento que no os pesó a vos de veras cuando hicisteis el examen a mediodía o a la noche, de haber quebrantado el silencio, y que no tuvisteis propósito firme de enmendaros de ello, ver que luego a la tarde o al otro día lo quebrantáis de la misma manera, como si no hubierais hecho examen; y lo mismo digo de las demás faltas de que traéis examen. Aun delante de vuestros hermanos tenéis vergüenza de decir una culpa o que os la digan, cuando la habéis dicho ya otras tres o cuatro veces; cuánto más la tendríais de Dios, si de veras hubieseis dicho la culpa delante de Él, arrepintiéndoos de corazón y pidiéndole perdón y proponiendo la enmienda, no tres o cuatro veces, sino más de tres o cuatro docenas de veces. No hay duda sino que

nos enmendaríamos y nos aprovecharíamos de otra manera, si nos arrepintiésemos y nos pesase de veras, y tuviésemos propósitos firmes de enmendarnos.

CAPÍTULO 9

Que ayuda mucho añadir al examen algunas penitencias

Aun no se contentaba nuestro Padre con el dolor y arrepentimiento y propósitos interiores, sino para que pueda uno salir mejor con lo que desea, leemos en su vida que aconsejaba se añadiese al examen particular alguna penitencia, poniéndonos cierta pena, la cual ejecutemos en nosotros todas las veces que cayéremos en aquella falta de que tenemos examen. El P. fray Luis de Granada trae ejemplo de esto en algunos siervos de Dios que él conoció: de uno dice que, cuando al examen de la noche, hallaba que había excedido en alguna palabra mal hablada, se echaba una mordaza en la lengua en penitencia de ella; y de otro, que tomaba una disciplina, así por esto como por cualquier otro defecto en que cayese.

Del santo abad Agatón se dice que por tres años trajo una piedra en la boca para alcanzar la virtud del silencio. Como traemos acá un cilicio para mortificar la carne, y que nos sirva de despertador para la castidad, así traía aquel santo una piedrecilla debajo de la lengua para que fuese como un cilicio suyo, y le sirviese de recuerdo y despertador para no hablar más de lo necesario. Y de nuestro B. Padre Ignacio leemos que al principio de su conversión fue muy tentado de risa, y que venció esta tentación a puras disciplinas, dándose tantos azotes cada noche cuantas eran las veces que se había reído en el día, por liviana que hubiese sido la risa.

Y suele aprovechar mucho este añadir alguna penitencia al examen; porque con la penitencia queda el ánima hostigada y medrosa para no osar cometer otra vez aquella culpa. Con la espuela anda la bestia, por lerda que sea. Ayuda tanto la espuela, que no más de que ella sienta que la hay, aunque no le piquen, la hace caminar. Si cada vez que quebranta uno el silencio hubiese de hacer una disciplina pública o comer tres días pan y agua, que era la penitencia que antiguamente venía señalada en las reglas para los que

quebrantaban el silencio, cierta cosa es que nos retraería mucho de hablar.

Fuera de esto y del mérito y satisfacción que hay en ello, hay aquí otro bien grande, y es que Dios nuestro Señor, viendo la penitencia con que uno se castiga y aflige, suele oír su petición y deseo, y éste es uno de los efectos de la penitencia y mortificación exterior que ponen los santos, y lo trae nuestro Padre en el libro de los Ejercicios. Dijo el ángel a Daniel (10, 12): *Desde el primer día que determinaste afligirte delante del Señor, fue oída tu oración*. Añadió el Profeta Daniel a la oración el ayuno y la mortificación de su carne, y así alcanzó la libertad de su pueblo, y que le descubriese Dios grandes misterios, y le hiciese otros beneficios muy particulares. Y así vemos que es y ha sido siempre muy usado en la Iglesia de Dios este medio para impetrar y alcanzar el favor de Dios en los trabajos y necesidades.

Cuando el niño pide a la madre el pecho de que tiene necesidad, y le pide solamente con el deseo significado por señales, muchas veces se lo niega la madre o se lo dilata; mas cuando se lo pide llorando y afligiéndose, no se puede contener la madre que no se le dé luego. Así, cuando, el hombre pide a Dios la virtud de humildad, de paciencia, de castidad o victoria de alguna tentación, u otra cosa semejante, si lo pide orando solamente con el deseo y palabra, muchas veces no alcanza lo que pide, o se le difiere mucho: pero cuando con la oración juntamos la penitencia y mortificación de nuestra carne, y nos afligimos delante de Dios, entonces alcanzamos mucho mejor lo que pedimos y con más certidumbre y brevedad. Ama Dios mucho a los justos, y viéndolos penados y afligidos por alcanzar lo que piden, se compadece y usa de mayor misericordia con ellos. Del patriarca José dice la Escritura divina que no se pudo contener viendo la aflicción y lágrimas de sus hermanos, sino que se les descubrió y les hizo participantes de todos sus bienes (Gen 45, 1 y 3): [*No podía ya José contenerse más, y dijo a sus hermanos: Yo soy José*]. ¿Qué hará el que nos ama más que José y es más hermano nuestro, viendo nuestra aflicción y dolor? Por todas partes nos ayudará mucho este medio.

Concuerda muy bien con esto lo que dice Casiano, tratando del cuidado y diligencia con que habemos de andar en esta guerra y examen particular. Si la pelea y examen particular ha de ser, como dijimos (cap. 2), de aquello de que más necesidad tenemos; si ha de

ser de desarraigar aquella pasión o inclinación mala que reina más en nosotros y nos lleva más tras sí y nos pone en mayores peligros y nos hace caer en mayores faltas; si ha de ser de vencer aquel vicio, el cual vencido, quedarán vencidos todos los demás; y de alcanzar aquella virtud, con la cual habremos alcanzado todas las virtudes; ¿con cuánta solicitud y diligencia será razón que andemos en una cosa en que tanto nos va? ¿Sabéis con cuánta? Dice Casiano: [*Contra ese vicio predominante emprenda la principal batalla, poniendo todo su cuidado y solicitud en combatirle y observarle: contra él dirija las saetas diarias de los ayunos; contra él dispare a cada momento los suspiros del corazón y los dardos frecuentes de los gemidos; contra él emplee los trabajos de las vigilias y la meditación del corazón; contra él también derrame sin tregua delante de Dios el llanto de las oraciones, pidiéndole especial e incesantemente que se extingan sus acometimientos*]

No nos habemos de contentar con andar con este cuidado solamente en el examen, sino también en la oración; y no solamente en la oración reiterada, sino muchas veces entre día habemos de levantar el corazón a Dios con oraciones jaculatorias y con suspiros y gemidos del corazón: «Señor, humildad; Señor, castidad; Señor, paciencia». Para esto habemos de visitar muchas veces el Santísimo Sacramento, pidiendo con mucha instancia al Señor que nos dé gracia para alcanzar una cosa en que tanto nos va; sí acudir a nuestra Señora y a los Santos, que sean nuestros intercesores. A esto habemos de enderezar nuestros ayunos, cilicios, disciplinas, y añadir algunas devociones, y ofrecer algunas mortificaciones particulares. Siempre habemos de traer atravesado aquello en el corazón, pues nos importa tanto. Si de esta manera, y con este cuidado y diligencia anduviésemos en el examen particular, presto sentiríamos el provecho; porque el Señor vería nuestra aflicción y oiría nuestra oración y cumpliría el deseo de nuestro corazón. Y débese notar mucho todo esto para ayudarnos de ello también en otras tentaciones y necesidades graves que se ofrecen. San Buenaventura dice que nuestra Señora dijo a Santa Isabel de Hungría que ninguna gracia espiritual viene al alma, regularmente hablando, sino por medio de la oración y de las aflicciones del cuerpo.

CAPÍTULO 10

Del examen general de la conciencia.

El examen general de la conciencia tiene cinco puntos. El primero es dar gracias a Dios por los beneficios recibidos. Se pone primero el acordarnos de los beneficios recibidos, para que contraponiendo a eso las faltas y pecados que nosotros habemos hecho en recompensa de tantos beneficios, tomemos de ahí ocasión para confundirnos y sentirlos más como el profeta Natán contó primero a David los beneficios que Dios le había hecho para afear y encarecer el pecado que había cometido. El segundo punto es pedir a nuestro Señor gracia para conocer las faltas y pecados en que habemos caído. El tercero, pedir cuenta a nuestra ánima, discurriendo desde la hora que propusimos; lo primero, por los pensamientos; lo segundo, por las palabras; lo tercero, por las obras. El cuarto punto es pedir a Dios perdón de las faltas que halláremos haber hecho, doliéndonos y arrepintiéndonos de ellas. El quinto, proponer la enmienda con la gracia del Señor, y acabar con un Pater Noster.

Este examen general se ha de hacer siempre con el particular; porque luego, a la mañana, en levantándonos, habemos de ofrecer a nuestro Señor todo lo que hiciéremos aquel día. Así como dice nuestro Padre en el examen particular que luego en levantándonos habemos de proponer de guardarnos de aquel vicio particular, de que nos queremos enmendar y ése es el primer tiempo del examen particular; así también entonces habemos de ofrecer a Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel día, que todo sea para gloria suya, proponiendo de no ofenderle y pidiéndole gracia para ello. Y todos es razón que tengan costumbre de hacerlo así. Después, dos veces al día, al mediodía y a la noche, habemos de hacer el examen general juntamente con el particular, y así es la costumbre de la Compañía, fundada en nuestras Constituciones, y lo tenemos sacado en la primera regla de las comunes: «Todos, cada día dos veces, den el tiempo que les fuere señalado al examen de su conciencia.» Así como se concierta el reloj y se le suben las pesas dos veces al día, a la mañana y a la noche, para que ande concertado; así habemos de concertar el reloj de nuestro corazón con el examen a la mañana y a la noche, para que ande siempre concertado.

De manera que al mediodía, como discurrimos tomándonos cuenta de las veces que habemos faltado en aquello de que traemos examen particular, desde la hora que propusimos, que fue en levantándonos hasta entonces; así también habemos de discurrir y tomarnos cuenta de lo que habemos faltado en pensamientos, palabras y obras desde que nos levantamos hasta entonces; y después nos habemos de confundir y arrepentir juntamente de lo que hubiéremos faltado acerca del examen particular y acerca del general, y proponer la enmienda para la tarde, así de lo uno como de lo otro. Y a la noche habemos de hacer de la misma manera juntamente el examen general con el particular, discurriendo y tomándonos cuenta solamente desde el examen pasado de mediodía.

Lo principal que hay que advertir acerca del modo de hacer este examen general, es lo mismo que dijimos del particular: que toda la fuerza y eficacia de él está en aquellos dos puntos postreros, que es el arrepentirnos y confundirnos de las culpas en que habemos caído, y en proponer firmemente la enmienda para la tarde o para la mañana; y en esto consiste el hacer bien el examen y sacar fruto de él. Dice el B. Padre Maestro Ávila, tratando de este examen: Habéis de hacer cuenta que os han encomendado un hijo de príncipe para que tengáis cuidado continuo de mirar por él y ponerle en buenas costumbres y quitarle las malas, y que cada día le pedís cuenta. Pues si tuvieseis este cargo, claro está que no pondríais la fuerza de su enmienda en que os dijese cuántas veces ha caído y faltado hoy, sino en hacerle conocer su falta, y en la reprensión y avisos que le dais, y en sacarle propósitos firmes, y que os dé la palabra, como hijo de quien es, que se ha de enmendar. Pues de esa manera habéis de mirar vuestra alma, como cosa encomendada por Dios, y de esa manera os habéis de haber con ella en la cuenta que pedís, y en eso habéis de poner la fuerza de vuestro examen y de vuestra enmienda; no en traer a la memoria las faltas que habéis hecho y las veces que habéis caído, sino en confundiros y arrepentiros de ellas, y en reprenderos como hicierais a otra persona que tuvierais a cargo, y en hacer propósitos firmes de no tornar a caer mas en aquellas culpas.

Y débenos ayudar para esto que el examen general es la disposición y preparación propia y legible para la confesión, y ése es el título que le da vuestro Padre en el libro de los Ejercicios Espirituales: «Examen general de conciencia para limpiarse, y para mejor confesarse.» Y la razón es manifiesta: porque dos cosas principales son

las que se requieren para la confesión: la primera es examen de las culpas; la segunda, dolor de ellas; y éstas se hacen cumplidamente en el examen de la conciencia. Y así, si hacemos bien este examen, haremos bien la confesión. Y se ha de advertir que el dolor necesario para la confesión, como dice el Concilio Tridentino y el Florentino, incluye dos cosas: pesar y arrepentimiento de lo pasado y propósito de no tornar más a pecar y cualquiera de ellas que falte, no será disposición bastante para la confesión.

Algunos piensan que solamente cuando dejan da confesar algún pecado por vergüenza, no quedan confesados; pero yo creo que son muchas más las confesiones malas, sacrílegas y nulas por falta de verdadera dolor y propósito de enmienda: para que se vea cuán necesaria es esta preparación y cuánto importa acostumbrarnos, en el examen a ejercitamos y detenernos en este dolor de las culpas y propósito de no tornar a caer en ellas. Y así digo que de los tres puntos principales que hay en el examen (que esos otros son como preámbulos), lo principal del tiempo habemos de gastar en los dos postreros, que es en pedir a Dios perdón, arrepintiéndonos y confundiéndonos de nuestras culpas, en hacer propósitos de enmendarnos; y lo menos se ha de gastar en discurrir y traer a la memoria las falta en que habemos caído; para eso, que es una parte de las tres, basta la tercera parte del tiempo del examen; y las otras dos sean para esotros dos puntos, pues son los más principales y donde está la fuerza y eficacia del examen y el fruto de él.

Pero dirá alguno: ¿cómo podremos en tan poco tiempo como la tercera parte de un cuarto de hora discurrir por las veces que habemos caído en lo del examen particular, y también por las faltas que habemos hecho en el general, en pensamientos, palabras y obras?, que aun todo el cuarto de hora parece poco. El mejor medio para esto es llevar ya hecho el primer punto, cuando vamos al examen. De nuestro bienaventurado Padre Ignacio se dice que cada vez que faltaba en aquello de que traía examen particular, hacia un nudo en una corregüela que traía colgada á la cinta para este efecto, y después por los nudos sabía las veces sin detenerse más en esto. Y para lo que tocaba al examen general, no se le pasaba hora del día que no se recogiese dentro de sí, y dando de mano a todo lo demás, examinaba su conciencia. Y si por ventura se le ofrecía algún negocio tan grave o se urgente ocupación, que no le dejase cumplir aque-

lla hora con esta su devoción, lo recompensaba la siguiente o luego que le daba lugar la ocupación.

Muy buena devoción sería ésta: cada vez que da el reloj, dar una ojeada por nuestra conciencia; y aun algunos usan examinarse tras cada obra que hacen. Pero si os pareciere mucho hacerlo cada hora o tras cada obra, será bueno hacerlo a lo menos tras cada obra de las principales que hacemos en el día; y algunas ya tenemos orden que en acabándolas de hacer hagamos examen de ellas, como dijimos arriba. San Buenaventura dice que siete veces al día se ha de examinar el siervo de Dios. Y si en el examen particular guardásemos aquella adición de cada vez que faltamos poner la mano en el pecho, fácilmente nos acordaríamos por allí de las veces que habemos caído. Aunque esta adición no la pone nuestro Padre para que nos acordemos de las faltas, sino para que luego nos arrepintamos de ellas, y por eso pone esa señal de poner la mano en el pecho, que es decir; «Señor, pequé»; pero al fin, si nosotros guardamos esta adición, mucho nos ayudará para que después nos acordemos fácilmente de las veces que habemos caído. Y añádase a esto, que cuando uno trae cuenta consigo y anda con cuidado de aprovechar, en haciendo la falta luego siente un remordimiento de la conciencia, que es el mejor despertador que puedo tener para acordarse de ella.

Con esto queda respondido a dos géneros de personas: porque unos hay que aun todo el cuarto da hora les parece poco tiempo para acordarse de las culpas en que han caído, y a éstos ya les habemos dado modo cómo han de llevar ya casi hecho este primer punto, para que así les quede tiempo para ocuparse en los dos postreros. Otros hay, al contrario, que se les hace largo el cuarto del examen, y ni hallan en qué gastarle: a éstos más fácilmente leo podemos satisfacer, porque ya dijimos que así a mediodía como a la noche se ha de hacer el examen general juntamente con el particular, y después da vistas las faltas en que habemos caído, así en el uno como en el otro, nos habemos de detener en confundirnos y arrepentimos de ellas, y en pedir perdón y en proponer firmemente la enmienda y pedir a nuestro Señor gracia para ello: en lo cual mientras más se detuvieren, será mejor.

Añade aquí San Doroteo un aviso de mucho provecho: dice que en el examen no solamente se ha de tener cuenta con las faltas en que caemos, sino mucho más con la raíz de las faltas, examinando las causas y ocasiones que hubo para caer, para prevenirnos y

guardarnos de ellas de ahí adelante; como si por salir del aposento quebranté el silencio o murmuré, tengo de proponer de no salir de ahí adelante sin necesidad, y entonces ir prevenido, y así de otras cesas semejantes. Porque de otra manera será como el que tropieza en la piedra, y porque no repara en la ocasión de tropezar, tropieza allí también mañana; o como el que quisiese remediar un árbol dañado con sólo quitarle algunas ramas y la fruta carcomida y pena de gusanos. Si de esta manera hacemos los exámenes, no nos parecerá el tiempo, que está señalado para ellos, largo, sino corto.

CAPÍTULO 11

Que el examen de la conciencia es medio para poner por obra todos los demás medios y avisos espirituales, y que la causa de no aprovechar es no hacerlo como debemos.

El bienaventurado San Basilio, después de haber dado a los monjes muchos avisos espirituales, concluye con que cada noche, antes de acostarse, hagan el examen de la conciencia, pareciéndole que aquello bastará para guardar todo lo que les había dicho y conservarse en ello. Pues con esto también quería yo concluir este tratado, encomendando mucho a todos este examen; porque él, con la gracia del Señor, bastará para poner por obra todos los demás avisos espirituales y remediar todas nuestras faltas. Si aflojareis en la oración, si os descuidareis en la obediencia, si os desmandareis en el hablar, si comenzareis a cobrar un poco de libertad, con el examen se atajará y remediará todo eso. El que hiciere cada día este examen de la conciencia bien hecho, puede hacer cuenta que trae consigo un ayo, y un maestro de novicios, y un superior, que cada día y cada hora le está pidiendo cuenta y avisando de lo que ha de hacer y reprendiendo en faltando en cualquiera cosa.

Dice el B. P. Maestro Ávila: No podrán durar mucho vuestras faltas, si dura en vos este examen y este tomaros cuenta y reprenderos cada día y cada hora. Y si duran las faltas, y al cabo de muchos días y por ventura años, os estáis tan inmortiticado y tan vivo y entero en vuestras pasiones como al principio, es porque no usáis, como debéis, de estos medios que tenemos para nuestro aprovechamiento. Porque si tomaseis de veras y muy a pechos el quitar una falta o

alcanzar una virtud, y anduvieseis con cuidado y diligencia en eso, proponiendo la enmienda tres veces al día por lo menos, a la mañana, a medio día y a la noche, y confiriendo cada día las faltas de la tarde con las de la mañana, y las de hoy con las de ayer, y las de esta semana con las de la pasada, arrepintiéndoos y confundiéndoos tantas veces de haber caído, y pidiendo favor a nuestro Señor y a los santos para enmendaros, a cabo de tanto tiempo ya habríais salido con algo.

Pero si uno se va al examen por costumbre y por cumplimiento, sin tener verdadero dolor de sus culpas, y sin hacer propósitos firmes de enmendarse, ése no es examen, sino ceremonia y entretenimiento. De ahí es que los mismos siniestros y los mismos malos hábitos e inclinaciones que trajo uno del sigo se tiene después de muchos años; si era soberbio, soberbio es ahora; si era impaciente y airado, el mismo es ahora; si tenía palabras ásperas y mortificativas, también las tiene ahora; tan mal acondicionado se está ahora como el primer día; tan voluntarioso, tan apetitoso, tan amigo de sus comodidades y aun plega a Dios que en lugar de aprovechar y crecer en virtud, no haya crecido en algunos la mala condición, y que con la antigüedad no haya crecido la libertad, y que habiendo de ser más humildes, tengan más presunción, y caigan en aquella perversión que dice San Bernardo: Muchos hay que allá en el mundo no se hiciera caso de ellos, y acá quieren ser estimados; y que allá no tuvieran lo necesario, y acá buscan el regalo.

De lo dicho se verá también cuán mala excusa es la que dan algunos de sus faltas, diciendo ser aquélla su condición; antes eso es digno de mayor reprensión, que sabiendo uno que tiene ésa u otra mala condición, y debiendo de haber puesto todo su cuidado y diligencia en fortificar esa parte flaca para no perderse por ahí, se esté a cabo de tanto tiempo tan vivo y tan entero como el primer día.

Pues vuelva sobre sí el que trata de servir a Dios, que con todos hablamos aquí, y comience como de nuevo procurando de aquí en adelante hacer el examen de la conciencia bien hecho, de manera que se eche de ver el fruto. Hombres somos y faltas tenemos y tendremos mientras estuviéremos en esta vida; pero habemos de procurar con el examen tres cosas: la primera, que si eran muchas las faltas, de aquí adelante sean pocas; la segunda, que si eran grandes, sean menores; la tercera, que no sean siempre las mismas,

porque el reiterar muchas veces una misma falta arguye gran descuido y negligencia.

Cuenta Evagrio en un libro que hace de la conversación y ejercicios corporales de los monjes, de un santo monje que decía: no sé que en una misma culpa me hayan enlazado dos veces los demonios. Éste hacia bien el examen de la conciencia; éste se arrepentía de veras y hacia firmes propósitos de enmendarse. Pues de esta manera lo habemos de hacer nosotros. Por este medio llevó Dios a nuestro bienaventurado Padre Ignacio y le subió a tanta perfección. Leemos de él en su Vida una cosa notable y muy particular, que comparando el día de ayer con el de hoy, y el provecho presente con el pasado, cada día hallaba haber aprovechado más y ganado tierra o, por mejor decir, Cielo; en tanto grado, que en su vejez vino a decir que aquel estado que tuvo en Manresa (al cual en tiempo de los estudios solía llamar su primitiva Iglesia) había sido como su noviciado, y cada día iba Dios en su alma hermoseando y poniendo con sus colores en perfección el dibujo de que en Manresa no había hecho sino echar las primeras líneas. Pues usemos nosotros como debemos de este medio que el Señor tan particularmente nos ha dado, y tengamos gran confianza que por él nos llevará a la perfección que deseamos.

TRATADO OCTAVO

DE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

CAPÍTULO PRIMERO

En que se ponen dos fundamentos principales.

No se haga, Señor, como yo quiero, sino como Vos queréis (Mt 26, 39). Para dos cosas dicen los Santos que bajó el Hijo de Dios del Cielo y se vistió de nuestra carne, haciéndose verdadero hombre: la una para redimirnos con su sangre preciosa; la otra, para enseñarnos con su doctrina el camino del Cielo e instruirnos con su ejemplo. Porque así como no aprovechara saber el camino, si estuviéramos presos en la cárcel, así, dice San Bernardo, no aprovechara el sacarnos de la cárcel, si no supiéramos el camino. Y como Dios era invisible, para que le viésemos y le pudiésemos seguir e imitar, era menester que se hiciese visible y se vistiese de nuestra humanidad; como el pastor se viste de la zamarra, que es vestidura de la oveja, para que las ovejas le sigan viendo su semejanza. Y San León Papa dice: «Si no fuera verdadero Dios, no nos trajera el remedio; y si no fuera verdadero hombre, no nos diera ejemplo.» Lo uno y lo otro hizo Él muy cumplidamente con el exceso de amor que tenía a los hombres. Así como la redención fue muy copiosa (Sal 129, 7), así lo fue también la enseñanza; porque no fue sólo con palabras, sino muy más abundantemente con ejemplo de obras. [*Comenzó Jesús a obrar y a enseñar*], dice el Evangelista San Lucas (Hech 1, 1). Primero comenzó a obrar, y esto toda la vida, y después a predicar los tres años postreros, o los dos y medio.

Pues entre otras cosas que nos enseñó Cristo nuestro Redentor, una de las más principales fue que tuviésemos entera conformidad con la voluntad de Dios en todas las cosas, y esto no solamente nos lo enseñó con palabras, cuando enseñándonos a orar nos puso ésta por una de las principales peticiones (Mt 6, 10): *Hágase, Señor,*

vuestra voluntad en la tierra, así como se hace en el Cielo; mas también con su ejemplo confirmó bien esta doctrina. Porque a esto dice El que bajó del Cielo (Jn 6, 38): *Descendí del Cielo, no para hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió*. Y al tiempo de rematar el negocio de nuestra redención el jueves de la cena, en aquella oración del huerto, aunque el cuerpo y el apetito sensitivo naturalmente rehusaba la muerte, y así para mostrar que era verdadero hombre, dijo (Mt 26, 39) *Padre mío, si es posible, pase de Mi este cáliz*; pero la voluntad siempre estuvo muy pronta y muy deseosa de beber el cáliz que su Padre le enviaba. Y así añadió luego: *Sin embargo, no se haga, Señor, lo que Yo quiero, sino lo que Vos queréis*.

Para que llevemos esto de raíz y nos fundemos bien en esta conformidad, se han de suponer dos fundamentos breves, pero muy sustanciales, sobre los cuales, como sobre dos quicios, se ha de resolver todo este negocio. El primero es que nuestro aprovechamiento y perfección consiste en la conformidad con la voluntad de Dios; y cuanto ésta fuere mayor y más perfecta, tanto él será mayor. Este fundamento fácilmente se deja entender, porque cosa cierta es que la perfección esencialmente consiste en la caridad y amor de Dios; y tanto será uno más perfecto, cuanto más amare a Dios. Lleno está de esta doctrina el agrado Evangelio, llenas las epístolas de San Pablo, llenos los libros de los Santos (Mt 22, 38): [*Éste es el mayor y primero de los mandamientos*. (Cl 3, 14): *La caridad es el vínculo de la perfección*; (1 Cor 13, 13): *es la mayor de todas las virtudes*]. Lo más alto y más perfecto es la caridad y amor de Dios. Pues lo más alto y más subido y más puro de ese amor de Dios y como la nata de él, es conformarse en todo con la voluntad de Dios, y tener un querer y no querer con su Majestad en todas las cosas. Dice San Jerónimo, y lo trae del otro filósofo: «El tener un mismo querer y no querer con el amado, ésa es la verdadera y firme amistad.» Luego cuanto uno estuviere más conforme y más unido con la voluntad de Dios, tanto será mejor y más perfecto. Y más: claro está que no hay cosa mejor ni más perfecta que la voluntad de Dios: luego cuanto uno más se uniere y conformare con la voluntad de Dios, tanto será mejor y mas perfecto, como argüía el otro filósofo: Si Dios es la cosa más perfecta que hay, luego cuanto una cosa más se asemejare y pareciere a Dios, tanto será más perfecta.

El segundo fundamento es que ninguna cosa puede acontecer ni suceder en el mundo sino por voluntad y orden de Dios. Siempre

se ha de entender, excepto la culpa y pecado, porque de eso no es Dios causa ni autor, ni lo puede ser; porque así como repugna a la naturaleza del fuego enfriar, y a la del agua calentar, y a la del sol oscurecer, así infinitamente más repugna a la bondad de Dios amar la maldad. Y así dijo el Profeta Habacuc (1, 13): *Señor, vuestros ojos son limpios para no ver el mal, y no podéis ver la maldad*. Como decimos acá, «no le puede ver», cuando queremos dar a entender el aborrecimiento que uno tiene a otro; así dice que no puede Dios ver la maldad, por el odio y aborrecimiento grande que le tiene (Sal 5, 5): [*Porque no eres Tu, Dios, que quieres la maldad*]. Dice David (Sal 44, 8): [*Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad*]. Toda la Sagrada Escritura está llena de cuánto aborrece Dios el pecado: y así no puede ser causa ni autor de él, Pero fuera de eso, todas las demás cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y orden de Dios. Este fundamento es también muy cierto.

No hay fortuna en el mundo, como fingía el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay, sino sólo Dios. Así lo dice el Espíritu Santo por el Sabio (Eclo 11, 14): *Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las da*. Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, mas cierto es que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo, sino por voluntad y orden de aquel sumo Emperador que la gobierna. Ninguna cosa viene al azar respecto de Dios; todo viene registrado y pasado por su mano. Contados tiene todos los huesos de vuestro cuerpo y todos los cabellos de vuestra cabeza, y ni uno solo os será quitado sin orden y voluntad suya. ¿Qué digo yo cerca de los hombres? Un pájaro no cae en el lazo, dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Mt 10, 29), sin dispensación y voluntad de Dios: [*¿Por ventura no se venden dos pájaros por un as, y ni uno de ellos cae en la tierra sin la providencia de vuestro Padre*?]; que ni una hoja de un árbol se mueve sin su voluntad. Aun de las suertes dice el Sabio (Prov 16,33): [*Las suertes se echan en el cántaro, pero Dios es el que las endereza*]. Aunque las suertes se sacan del seno o cántaro, no penséis que salen al azar, que no salen sino con orden de la divina Providencia, que lo dispone y quiere así. No fue acaso que cayese la suerte sobre Matías (Hech 1, 26), sino particular acuerdo y providencia de Dios que le quiso escoger por Apóstol suyo por aquella vía.

Esta verdad aun con sola la luz natural la alcanzaron los buenos filósofos, y dijeron que aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son por casualidad, pero respecto de la primera causa no son por casualidad, sino pretendidas muy de propósito. Y ponen ejemplo: como si un señor enviase a un criado a alguna parte a negocios, y enviase por otra parte otro criado al mismo lugar a otro negocio, sin saber el uno del otro, pretendiendo que allá se juntasen; el encontrarse estos dos criados respecto de ellos es por casualidad, pero respecto del señor que lo pretendió, no es por casualidad, sino pensado y pretendido muy de propósito. Así aquí, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas por casualidad; porque ellos no pretendieron aquello ni lo pensaron; pero respecto de Dios no es por casualidad, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó así para los fines secretos y ocultos que Él sabe.

Lo que habemos de sacar de estos dos fundamentos es la conclusión y tema que propusimos: que pues todas las cosas que nos suceden vienen de la mano de Dios, y toda nuestra perfección está en confirmarnos con su voluntad, que las tomemos todas como venidas de su mano, y nos conformemos en ellas con su santísima y divina voluntad. Ninguna cosa habéis de tomar como venida por casualidad, o por industria y actitudes de los hombres; porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja. No penséis que os vino esto o aquello porque el otro lo meneó, y que si no fuera por tal o tal cosa, de otra manera sucediera. No habéis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier vía o por cualquier rodeo que vengan, porque El es el que las envía por esos medios.

Solía decir uno de aquellos famosos Padres del Yermo que no podría el hombre tener verdadero descanso ni contento en esta vida, si no hiciere cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y San Doroteo dice que aquellos Padres antiguos tenían grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por pequeñas que fuesen, y de cualquiera manera que viniesen, y que con esto se conservaban en grande paz y quietud, y vivían una vida del Cielo.

CAPÍTULO 2

En que se declara más el segundo fundamento.

Es una verdad tan asentada en la Escritura divina que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurara oscurecerla. Porque de la otra verdad, también cierta, que dijimos, que es, no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusión falsa y mentirosas haciendo creer a algunos que aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales, como la enfermedad, el hambre y la esterilidad vienen de la mano de Dios, porque allí no hay pecado ni le puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él; pero que el mal y trabajo que sucede por culpa del hombre que me hirió o robé o deshonré, no viene de la mano de Dios ni guiado por su orden y providencia, sino por la malicia y dañada voluntad del otro; el cual es un error muy grande. Dice muy bien San Doroteo, reprendiendo esto y a los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: Hay algunos que, cuando otro dice alguna palabra contra ellos o les hace algún otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando a los perros que muerden la piedra y no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró.

Para desterrar este error, y que vayamos bien fundados en la verdad católica, notan los teólogos que en el pecado que hace el hombre concurren dos cosas: la una, el movimiento y acto exterior; la otra, el desorden de la voluntad con que se aparta de lo que Dios manda: de la primera es autor Dios; de la segunda, el hombre. Pongamos caso que un hombre riñe con otro y le mata: para matarle tuvo necesidad de echar mano a la espada, levantar y menear el brazo, tirar el golpe y hacer otros movimientos naturales, que se pueden considerar por sí sin el desorden de la voluntad del hombre que los hizo para matar a otro: de todos estos movimientos, en sí considerados, es causa Dios, y él los hace como hace todos los otros efectos de las criaturas irracionales. Porque así como ellas no se pueden menear ni obrar sin Dios, así tampoco, sin El, no pudiera el tal hombre menear el brazo ni echar mano a la espada. Y además de esto, aquellos actos naturales, de sí no son malos, porque del hombre usase de ellos para su necesaria defensa, en guerra justa, o como

ministro de justicia, y si matase a otro, no pecaría. Pero de la culpa, que es el defecto y desorden de la voluntad, con que el malo hace la injuria, de aquella desviación de la razón y torcimiento de ella, no es causa Dios, aunque la permite, porque pudiéndola impedir, no la impide por sus justos juicios. Declaran esto con una comparación. Tiene un hombre una herida en el pie y anda con él cojeando: la causa de que ande con el pie es la virtud y fuerza motiva del alma; mas del cojear, la causa es la herida y no la virtud del alma. Así en la obra que uno hace pecando, la causa de la obra es Dios; mas que falte y peque obrando, es del libre albedrío del hombre.

De manera, que aunque Dios no es ni puede ser causa ni autor del pecado, pero habemos de tener por cierto que todos los males de pena, ahora vengad por medio de causas naturales y de criaturas irracionales, ahora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier vía y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios y por su dispensación y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó, y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa. [*¿Habrá algún mal en la ciudad, que no venga por mano de Dios?*], dice el profeta Amós (3, 6); y está llena la sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo a Dios el mal que un hombre hizo a otro, diciendo que Dios es el que hizo aquello.

En el segundo libro de Samuel (12, 11), es aquel castigo con que castigó Dios a David por medio de su hijo Absalón, por el pecado de adulterio y homicidio que cometió, dice Dios que Él lo había de hacer. [*Yo haré surgir el mal contra ti, tu misma casa, y tomaré ante tus mismos ojos tus mujeres y se las daré a otro; porque tú has obrado ocultamente, pero yo lo haré a vista de todo Israel y a la cara del sol.*] Y de aquí es también, que a los reyes impíos, que por su soberbia y crueldad ejecutaban atrocísimos castigos en el pueblo de Dios, los llama la Escritura instrumentos de la justicia divina (Is 10, 5): *¡Ay de Asur, vara de mi furor!* Y Ciro, rey de los persas, por quien había el Señor de castigar a los caldeos, dice (Is 45, 1): *Cuya diestra yo tengo de menear*. Dice muy bien San Agustín a este propósito: Hace Dios con nosotros, como se suele hacer acá un padre, que enojado con su hijo toma un palo que halló por ahí y castiga con él al hijo, y después al palo échale en el fuego, y al hijo le hace heredero de todos sus bienes. De esta maneta, dice el santo, suele también el Señor tomar a los malos por instrumento y azote para castigar a los buenos.

En las historias eclesiásticas leemos que en la destrucción de Jerusalén, como Tito, capitán de los romanos, paseándose alrededor de la ciudad, viese las cavas llenas de calaveras y cuerpos muertos, y que toda la comarca se inficionaba por su hedor, levantó los ojos al Cielo con gran voz, y puso a Dios por testigo que él no era en que tan grande estrago se hiciese. Y cuando aquel bárbaro Alarico iba a saquear y destruir a Roma, le salió al encuentro un venerable monje y le dijo que no quisiese ser causa de tantos males como en aquella jornada se cometerían. Y él respondió: no voy yo por mi voluntad a Roma; mas una persona me combate cada día y me atormenta, diciéndome: Ve a Roma y destruye la ciudad. De manera que todas estas cosas vienen de mano de Dios y por orden y voluntad suya. Y así el real profeta David, cuando Semeí le maldecía y le tiraba piedras y polvo, dijo a los que le querían vengar de él (2 Sam 16, 10): [*El Señor le mandó que maldijese a David; y ¿quién hay que se atreva a decir por qué lo mando?*] Dejadle, que el Señor le mandó que me maldijese; quiere decir: el Señor le ha tomado por instrumento para afligirme y castigarme.

Pero ¿qué mucho es reconocer a los hombres instrumento de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia y ansiosos de nuestra perdición? Nótalo esto maravillosamente San Gregorio sobre aquello que dice la Escritura en el prime libro de Samuel (16, 23): *Un espíritu malo del Señor atormentaba a Saúl*. El mismo espíritu se llama espíritu del Señor, y espíritu malo: malo, por el deseo da su mala voluntad; y del Señor, para dar a entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento a Saúl, y que Dios lo obraba por él. Y así lo declara allí el mismo texto, diciendo (16, 14): [*Por ordenación divina atormentábale un espíritu maligno*]. Y por la misma razón dice el santo que a los demonios que atribulan y persiguen a los justos, los llama la Escritura ladrones de Dios: ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos a entender que el poder que tienen para hacer mal lo tienen de Dios.

Y así pondera muy bien San Agustín: no dijo el santo Job: El Señor me lo dio y el demonio me lo quitó, sino todo lo refirió luego a Dios, y dijo (1, 21): *El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó*; porque sabía muy bien que el demonio no puede hacer más mal de lo que le es permitido por Dios. Y prosigue el santo: Ninguno diga: el demonio me hizo este mal; atribuid a Dios vuestro trabajo y azote, porque el

demonio no puede hacer nada, ni tocaros al pelo de la ropa, si Dios no le da licencia para ello. Aun en los puercos de los gerasenos no pudieron entrar los demonios sin pedir primero licencia a Cristo nuestro Redentor, como cuenta el sagrado Evangelio (Mt 8, 31): ¿cómo os tocarán a vos ni os podrán tentar sin licencia de Dios? El que no pudo tocar a los puercos, ¿cómo tocará a los hijos?

CAPÍTULO 3

De los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.

El bienaventurado San Basilio dice que la suma la santidad y perfección de la vida cristiana consiste en atribuir las causas de todas las cosas, así grandes como pequeñas, a Dios, y conformarnos en ellas con su santísima voluntad. Pero para que entendamos mejor la perfección e importancia de esto y así nos aficionemos más a ello y lo procuremos con mayor cuidado, iremos declarando en particular los bienes y provechos grandes que encierra en sí esta conformidad con la voluntad de Dios.

Cuanto a lo primero, ésta es aquella resignación verdadera y perfecta que tanto engrandecen los santos y todos los maestros de la vida espiritual, y dicen que es raíz y principio de toda nuestra paz y quietud; porque de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de barro en manos de un artífice para que haga de él todo lo que quisiere, no queriendo ya ser más suyo ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí, sino todo por Dios y para Dios. Pues eso hace esta conformidad, porque con ella se entrega uno del todo a la voluntad de Dios, de tal manera que no desea ni procura otra cosa sino que en él se cumpla perfectamente la divina voluntad, así en aquello que el mismo hombre ha de hacer, como en todo lo que le puede acontecer; y así en las cosas prósperas y de consuelo, como en las adversas y trabajosas. Lo cual agrada tanto a Dios, que por esto el rey David fue llamado de Dios varón según su corazón (1 Sam 13, 14): [*He hallado a David varón según mi corazón, el cual cumplirá todas mis voluntades*]; porque tenía su corazón tan rendido y sujeto al corazón del Señor y tan pronto y dispuesto para cualquiera cosa que él quisiese imprimir en él de trabajo

o alivio, como está una cera blanda para recibir cualquiera figura o forma que le quisieren dar; que por eso dijo él una y otra vez (Sal 56, 8): *Dispuesto está mi corazón, Dios mío, dispuesto y preparado está*.

Lo segundo, el que tuviere esta conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, habrá alcanzado entera y perfecta mortificación de todas sus pasiones y malas inclinaciones. Bien sabemos cuán necesaria es esta mortificación y cuán alabada y encomendada de los Santos y de la sagrada Escritura. Pues esa mortificación es un medio que necesariamente se ha de presuponer para venir a alcanzar esta conformidad con la voluntad de Dios. De manera que éste es el fin, y la mortificación es medio para alcanzarle; y el fin principal siempre suele ser más alto y más perfecto que el medio. Que la mortificación sea medio necesario para venir a alcanzar esta unión y conformidad entera y perfecta con la voluntad de Dios, bien se ve; porque lo que nos impide esta unión y conformidad es nuestra propia voluntad y apetito desordenado; y así, cuanto uno más negare y mortificare su voluntad y apetito, tanto más fácilmente unirá y se conformará con la voluntad de Dios. Para unir y ajustar un palo basto con otro muy labrado y pulido, es menester labrarle y desbastarle primero porque, si no, no se podrá unir y juntar bien con él. Pues eso hace la mortificación: vamos desbastando, acepillando y labrando, para que así nos podamos unir y ajustar con Dios, conformándonos en todo con su divina voluntad; y así, cuanto uno más se fuere mortificando, tanto más se irá uniendo y ajustando con la voluntad de Dios; y cuando estuviere perfectamente mortificado, llegará a esta perfecta unión conformidad.

De aquí se sigue otra cosa, que puede ser la tercera: que esta resignación y conformidad entera con la voluntad de Dios es el mayor y más acepto y agradable sacrificio que el hombre puede ofrecer de sí a Dios. Porque en los otros sacrificios ofrécele sus cosas, mas en éste ofrécese a sí mismo; en los otros sacrificios y mortificaciones mortificase uno en parte: en la templanza o en la modestia, en el silencio o en la paciencia, ofrece a Dios parte de sí; pero éste es un holocausto en el cual se ofrece uno enteramente y del todo a Dios para que haga de él todo lo que quisiere y cuanto quisiere, sin exceptuar ni sacar cosa alguna, ni reservar nada para sí; y así, cuanto va del hombre a las cosas del hombre, y cuanto va del todo a la parte, tanto va de este sacrificio a los demás sacrificios y mortificaciones.

Y estima Dios esto en tanto, que eso es lo que quiere, y pide de nosotros (Prov 23, 26): *Hijo, dame tu corazón*. Así como el amor real no se ceba sino de corazones, así Dios lo que más precia y estima es el corazón, y si ése no le dais, con ninguna otra cosa le podréis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto, porque si a nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, no nos basta a hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequeñuelo corazón con menos que Dios, ¿cómo pensáis vos contentar y satisfacer a Dios dándole aún no todo vuestro corazón, sino parte de él, y reservando parte para vos? Muy engañado estáis, que no es nuestro corazón para poderle dividir ni repartir de esa manera. Cama pequeña y estrecha es el corazón, dice el Profeta Isaías (28, 20), no cabe en él más que Dios; y por eso le llama la Esposa *camilla pequeña* (Cant 3, 1), porque tenía su corazón estrechado de tal manera, que en él no cabía otro que su Esposo. Y el que quisiere extender y dilatar su corazón para dar en él lugar a otro, echará a Dios de él; y de eso se queja su Majestad por Isaías (57, 8): Adulterado habéis recibiendo en la cama de vuestro corazón a otro que a vuestro Esposo, y por cubrir al adúltero descubrís y echáis fuera a Dios. Mil corazones que tuviéramos los habíamos de ofrecer a Dios, y todo nos ha de parecer poco para lo que debemos a tan gran Señor.

Lo cuarto, como decíamos al principio (cap. I), quien tuviere esta conformidad, tendrá perfecta caridad y amor de Dios, y cuanto más creciere en ella, tanto más irá creciendo en amor de Dios, y consiguientemente en la perfección, que consiste en esa caridad y amor. Lo cual, fuera de lo dicho, se colige bien de lo que acabamos de decir, porque el amor da Dios no consiste en palabras, sino en obras; dice San Gregorio: «La prueba del verdadero amor son las obras.» Y cuanto las obras son más dificultosas y nos cuestan más, tanto más manifiestan el amor. Y así, el Apóstol y Evangelista San Juan, queriendo declarar así el amor grande que Dios tuvo al mundo, como el amor grande que Cristo nuestro Redentor tenía a su Padre Eterno, de lo primero dice (3, 16): *Fue tan grande el amor que Dios tuvo al mundo, que nos dio a su Unigénito Hijo* para que padeciese y muriese por nosotros. Y de lo segundo dice el mismo Cristo (Jn 14, 31): *Para que conozca el mundo que amo a mi Padre, levantaos y vamos de aquí*; y el negocio a quo iba era a padecer muerte de cruz. En eso mostró y dio testimonio al mundo que amaba a su Padre, en

que cumplía su mandamiento tan riguroso. De manera que en las obras se muestra el amor, y tanto más cuanto las obras son mayores y más trabajosas.

Pues esta conformidad entera con la voluntad de Dios, como habemos dicho, es el mayor sacrificio que podemos hacer a Dios de nosotros, porque presupone una perfectísima mortificación y resignación, con la cual se ofrece uno a Dios y se pone del todo en sus manos para que haga de él lo que quisiere. Y así no hay cosa en que más muestre uno el amor que tiene a Dios que en esto, pues le da y ofrece todo lo que tiene y todo lo que podía tener y desear, y si más tuviera y pudiera, todo se lo diera.

CAPITULO 4

Que esta perfecta conformidad con la voluntad de Dios es una felicidad y bienaventuranza en la tierra.

El que llegare a tener esta conformidad entera con la voluntad de Dios, tomando todas las cosas que sucedieren como venidas de su mano, y conformándose en ellas con su santísima y divina voluntad, habrá alcanzado una felicidad y bienaventuranza acá en la tierra, gozará de una paz y tranquilidad muy grande, tendrá siempre un gozo y alegría perpetua en su alma, que es la felicidad y bienaventuranza de que gozan acá los grandes siervos de Dios. Porque, como dice el Apóstol (Rm 14, 17): [*El reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo*]. No está la bienaventuranza de esta vida en comer y beber y darse a pasatiempos y deleites sensuales, sino en la justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo. Ese es el reino del Cielo en la tierra, y el paraíso de los deleites de que podemos acá gozar.

Y con razón se llama ésta bienaventuranza, pues los hace en cierta manera semejantes a los bienaventurados. Porque así como allá en el Cielo no hay mudanzas ni vaivenes, sino siempre permanecen los bienaventurados en un ser, gozando de Dios; así acá los que han llegado a esta entera y perfecta conformidad, que todo su contento es el contento y voluntad de Dios, no se inquietan ni turban con las mudanzas de esta vida, ni con los varios sucesos que acontecen; porque está su voluntad y corazón tan unido y conforme con

la divina voluntad, que el ver que todo aquello viene de su mano, y que se cumple en ello la voluntad y contento de Dios, hace que los trabajos se les conviertan en gozo y los desconsuelos en alegría, porque más quieren y aman la voluntad de su amado que la suya. Y así, a estos tales no hay cosa que les pueda turbar; porque si lo que les podía turbar y dar pena, que son los trabajos, adversidades y deshonras toman ellos por particular regalo y consuelo, por venirles de la mano de Dios y ser aquélla su voluntad, no queda cosa que les pueda inquietar ni quitar la paz y tranquilidad de su alma.

Esta es la causa de aquella paz y alegría perpetua con que leemos que andaban siempre aquellos santos antiguos: un San Antonio, un Santo Domingo, un San Francisco y otros semejantes. Y lo mismo leemos de nuestro Santo Padre Ignacio, y lo vemos ordinariamente en los grandes siervos de Dios. ¿Por ventura carecían de trabajos aquellos Santos? ¿No tenían tentaciones y enfermedades como nosotros? ¿No pasaban por ellos varios y diversos sucesos? Sí, por cierto, y más dificultosos que por nosotros; porque a los más santos les suele Dios probar y ejercitar más con semejantes cosas. Pues ¿cómo estaban siempre en un mismo ser, con un mismo semblante, con una serenidad y alegría interior y exterior, que siempre parece que era pascua para ellos? La causa de esto era la que vamos diciendo, porque habían llegado a tener una conformidad entera con la voluntad de Dios, y puesto todo su gozo en el cumplimiento de ella; y así todo se les convertía en contento (Rm 28): [*A los que aman a Dios, todas las cosas suceden para su bien*. (Prov 12, 21): *No entristecerá al justo cosa que le acaezca*]. El trabajo, la tentación y la mortificación, todo se les convertía en gozo, porque entendían que aquella era la voluntad de Dios, la cual era todo su contento. Habían alcanzado ya la felicidad y bienaventuranza de que acá en esta vida se puede gozar, y así andaban como en gloria.

Dice muy bien a este propósito Santa Catalina de Sena que los justos son como Cristo nuestro Redentor, el cual nunca perdió la bienaventuranza del ánima, aunque tenía muchos dolores y penas. Así los justos nunca pierden esta bienaventuranza, que consiste en la conformidad con la voluntad de Dios, aunque tengan muchas adversidades, porque siempre dura y permanece en ellos el gozo y contento de la voluntad y contento de Dios que en aquello se cumple.

Esta es una perfección tan alta y tan aventajada, que dice el Apóstol San Pablo que sobrepuja todo sentido (Flp 4, 7): [*La paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, guarde vuestros corazones y vuestros entendimientos en Cristo Jesús*]. Dice que esta paz sobrepuja todo sentido, porque es un tan alto y tan sobrenatural don de Dios, que no puede el entendimiento humano por sí solo entender cómo sea posible que un corazón de carne esté quieto, pacífico y consolado en medio de los torbellinos y tempestades de las tentaciones y trabajos de esta vida. Parece eso a la maravilla de la zarza que vio Moisés (Exod 3, 2) *que se ardía y no se quemaba*; y al milagro de aquellos mancebos que estaban en el horno de Babilonia, que en medio del fuego permanecieron sanos y enteros alabando a Dios. Esto es lo que el santo Job (10, 16), hablando con Dios, decía: *Maravillosamente, Señor, me atormentáis*; dando a entender por una parte el trabajo y dolor grande que padecía, y por otra, el gusto y contento grande que tenía en padecerle, por ser aquella la voluntad y contento de Dios.

Cuenta Casiano que estando un santo viejo en Alejandría cercado de grande muchedumbre de infieles que le decían maldiciones, él estaba en medio ellos como un cordero, sufriendo y callando con grande quietud de corazón. Escarnecían de él, dábanle golpes y empellones, y hacíanle otras gravísimas injurias, y entre otras cosas le dijeron con escarnio: ¿Qué milagros ha hecho Jesucristo? Respondió: Los milagros que ha hecho son que estando sufriendo las injurias que me hacéis, y otras mayores que fuesen, no me indigne ni enoje contra vosotros, ni me turbe con alguna pasión. Esa es grande maravilla, y una muy alta y aventajada perfección.

De aquel monte de Macedonia llamado Olimpo, dicen los antiguos, y lo trae San Agustín en muchos lugares, que es de tan grande altura, que no sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes [*Sobre las nubes se alza el Olimpo*]. Ni aun las aves pueden aportar allá, porque está tan alto, que sobrepuja esta primera región del aire y llega a la segunda; y así está allí el aire tan puro y delicado que no se pueden engendrar ni sustentar en él las nubes, que habían menester aire más denso. Y por la misma razón no se pueden tener allí las aves, ni aun los hombres pueden vivir allí; porque por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subían allá de año en año a hacer ciertos sacrificios, los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que

puestas a las narices, pudiesen condensar el aire y así respirar. Estos escribían allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habían dejado, lo cual no pudiera ser si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues éste es el estado de perfección a que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios [*Sobre las nubes se alza el Olimpo, y sus cumbres tienen paz*.] Se han subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande, que no hay nubes ni vientos ni lluvias que lleguen allá, ni aves de rapiña que salteen ni roben la paz y alegría de su corazón.

San Agustín sobre aquellas palabras (Mt 5, 9): [*Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios*], dice que por eso llama Cristo nuestro Redentor a los pacíficos bienaventurados e hijos de Dios, porque no hay cosa en ellos que resista ni contradiga la voluntad de Dios, sino en todo se conforman con ella, como buenos hijos que en todo procuran ser semejantes a su Padre, no teniendo otro querer ni no querer, sino lo que su Padre quiere o no quiere.

Este es uno de los puntos más espirituales y principales que hay en la vida espiritual. El que llegare a tomar todas las cosas que le sucedieren, así grandes como pequeñas, como venidas de la mano de Dios, y a conformarse en ellas con su divina voluntad, de manera que todo su contento sea el contento de Dios y el cumplimiento de su santísima voluntad, ese tal ha hallado paraíso en la tierra: [*Su morada es en la paz y su habitación en Sión*] (Sal 75, 3). «Este tal, dice San Bernardo, podrá con toda seguridad y confianza cantar aquel cántico del Sabio (Eclo 24, 11): [*En todas las cosas busqué quietud y reposo, y en la heredad del Señor será mi morada*]; porque ha hallado el verdadero descanso y el gozo lleno y cumplido qué nadie se le podrá quitar (Jn 16, 22 y 24): [*Sea vuestro gozo lleno; y vuestro gozo ninguno os lo quitará*].»

¡Oh, si acabásemos de poner todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que nuestra voluntad sea siempre la suya y nuestro contento el suyo! Que no tenga yo, Señor, otro querer ni no querer, sino lo que Vos queréis o no queréis, y qué, ése sea mi consuelo en todas las cosas. (Sal 72, 28): [*A mi me está bien juntarme a Dios y poner en el Señor Dios mi esperanza*]. ¡Oh, cuán bueno sería para mi alma juntarme de esta manera con Dios! ¡Oh, qué dichosos seríamos si estuviésemos siempre tan unidos con Él,

que no mirásemos en todo lo que hacemos y padecemos sino que estamos cumpliendo la voluntad de Dios, y ése fuese todo nuestro contento y regocijo! Esto es lo que dice aquel Santo: «Aquel a quien todas las cosas le fueren uno, y todas las cosas trajere a uno, y todas las cosas viere en uno, podrá ser firme de corazón y permanecer pacífico en Dios.»

CAPÍTULO 5

Que en sólo Dios se halla contento y el que le pusiera en otra cosa no podrá tener verdadero contento.

Los que ponen su contento en Dios y en su divina voluntad, gozan de un contento y alegría perpetua; porque como están asidos a aquella firme columna da la voluntad de Dios, participan de aquella inmutabilidad de la divina voluntad, y así están siempre firmes e inmobles y en un mismo ser. Pero los que están asidos a las cosas del mundo y tienen puesto su corazón y contento en ellas, no pueden tener contento verdadero ni durable, porque andan con las cosas y dependen de ellas, y así están sujetos a las mudanzas de ellas. El glorioso San Agustín declara esto muy bien sobre aquello del Profeta (Sal 7, 15): [*Concibió dolor, y dio a luz iniquidad*]. Dice: Tened por cierto que mientras no pusiereis vuestro contento en lo que no os pueda nadie quitar contra vuestra voluntad, siempre estaréis con pena y con sobresalto.

De nuestro Padre Francisco de Borja leemos que cuando llegó a Granada con el cuerpo de la emperatriz, al tiempo que hubo de hacer la entrega de él, destaparon la caja de plomo en que iba y descubrieron su rostro, el cual estaba tan trocado, tan feo y desfigurado, que ponía horror a los que le miraban. Causó esto en él tanto sentimiento, que trocándole Dios el corazón con aquel desengaño tan grande del mundo, propuso firmemente: Yo os ofrezco, Dios mío, de no servir más a Señor que se me pueda morir. Pues tomemos nosotros esta resolución, que es muy buena: Yo propongo, Señor, de no poner de aquí adelante mi corazón en cosa que se me pueda morir, en cosa que se pueda acabar, ni en cosa que otro me pueda quitar contra mi voluntad; porque de otra manera no podremos tener contento verdadero. Porque —dice San Agustín— si tenéis puesto vues-

tro amor y afición en aquello que os pueden quitar contra vuestra voluntad, claro está que cuando os lo quitaren, lo habéis de sentir.

Esa es cosa natural; no se deja sin dolor lo que se posee con amor; y cuanto mayor fuere el amor, tanto mayor será el dolor. Y confirmando esto mismo en otro lugar, dice: [El que quiere contentarse de sí mismo, estará triste]. Si ponéis vuestro contento en tal oficio, o en tal ocupación o en estar en tal lugar, o en otra cosa semejante, ese contento fácilmente os le podrá quitar el superior, y así nunca viviréis contento. Si ponéis vuestro contento en las cosas o en el cumplimiento de vuestra voluntad, ésas se mudan fácilmente y cuando ellas no se mudasen, vos mismo os mudáis, porque lo que hoy os agrada y contenta, mañana os desagrada y descontenta. Si no, vedlo en aquel pueblo de Israel, que en teniendo el maná, se enfadaron y pidieron otro manjar; y en viéndose libres, luego tornaron a desear la sujeción, y suspiraban por Egipto y por los ajos y cebollas que allá comían, y desearon mucha veces volverse allá. Nunca tendréis contento, si le ponéis en esas cosas. Sin embargo, el que pusiere todo su contento en Dios y en el cumplimiento de su divina voluntad, ése siempre vivirá contento, porque Dios es sempiterno, nunca se muda, siempre permanece en un ser. Pues ¿queréis tener un gozo y un contento perpetuo y sempiterno? Dice el Santo: Poned vuestro corazón en Dios, que es sempiterno.

El Espíritu Santo pone esta diferencia entre el hombre necio y el hombre sabio y santo (Eclo 27, 12): [*El justo permanece en su sabiduría sin mudarse, como el sol; mas el necio se muda como la luna*]. El necio se muda como la luna, hoy creciente y mañana menguante; hoy le veréis alegre, mañana triste; ahora de un temple, luego de otro; porque tiene puesto su amor y contento en las cosas del mundo, mudables y perecederas, y así anda al son de ellas, y se muda conforme al suceso de ellas: anda con la luna como la mar, lunático. Pero el justo y santo permanece como el sol, siempre de una misma manera y en un mismo ser, no hay en él crecientes ni menguantes, siempre anda alegre y contento; porque tiene puesto su contento en Dios y en el cumplimiento de su santísima voluntad que no puede faltar, ni nadie se le puede quitar.

De aquel santo abad que llamaban Deícola se dice que siempre se andaba riendo. Y preguntado por qué, decía: Sea lo que fuere, y venga lo que viniere, que «nadie me puede quitar a Dios». Este había hallado el verdadero contento, porque le había puesto en lo que

no podía faltar, ni nadie le podía quitar. Pues hagámoslo nosotros así [*Alegraos, justos, en el Señor*] (*Sal*, 32, 1). Dice San Basilio sobre estas palabras: Advertid que no dice el Profeta que os alegréis en la abundancia de las cosas temporales, ni en que tenéis mucha habilidad, o grandes letras y talentos; ni en que tenéis mucha salud y muchas fuerzas corporales, ni en que sois muy tenido y estimado de los hombres, sino que os alegréis en el Señor, que pongáis todo vuestro contento en Dios y en el cumplimiento de su santísima voluntad; porque eso sólo es lo que harta, y todo lo demás no puede satisfacer ni dar verdadero contento.

San Bernardo, en un sermón que hace sobre las palabras de San Pedro: [*Mirad, Señor, que nosotros dejamos todas las cosas*], va declarando y probando esto muy bien. Dice: Todas las demás cosas fuera de Dios pueden ocupar el alma y el corazón del hombre, pero no le pueden hartar; pueden provocar e incitar la hambre, pero no la pueden matar (Ecl 5, 9): [*El avariento no se hartará con el dinero*], como el avariento, dice el Sabio, tiene mucha hambre de dineros, pero por más que tenga, no se hartará. Y así es de todas las demás cosas del mundo, que no podrán hartar nuestra alma.

Y da la razón San Bernardo: ¿Sabéis por qué las riquezas y todas las cosas del mundo no nos pueden hartar? Porque no son manjar natural ni proporcionado del alma. Así como el aire y el viento no son manjar natural ni proporcionado de nuestro cuerpo, y os reiríais si vieseis a un hombre que está muerto de hambre ponerse abierta la boca al aire, come camaleón, pensando que con aquello se había de hartar y sustentar, y le tendríais por loco, así no es menor locura, dice el Santo, pensar que el ánima racional del hombre, que es espíritu, se ha de hartar con las cosas temporales y sensuales. Hincharse puede, como el otro con el aire; pero hartarse es imposible, porque no es ése su manjar. Dadle a cada uno sustento proporcionado: al cuerpo, manjar corporal; y al espíritu, espiritual. El pan del alma, su manjar natural y proporcionado, es la justicia y la virtud; y así, solamente los que tienen hambre y sed de esa justicia serán bienaventurados, porque ésos serán los hartos.

El bienaventurado San Agustín, declarando más esta razón en los Soliloquios (cap. 30), hablando del ánima racional, dice: «Hicisteis, Señor, el alma racional capaz de vuestra Majestad, de tal manera, que ninguna otra cosa la pueda satisfacer ni hartar sino Vos.» Cuando el hueco y encaje de un anillo está hecho a la medida de al-

guna piedra preciosa, ninguna otra cosa que pongáis allí viene bien ni acaba de llenar el tal vacío, sino sólo aquella piedra preciosa a cuya medida se hizo; y si el hueco es triangular, ninguna cosa redonda le podrá llenar. Pues nuestra ánima fue criada a imagen y semejanza de la Santísima Trinidad, con un vacío y un hueco y encaje en nuestro corazón capaz de Dios y proporcionado para recibir en sí al mismo Dios; y así es imposible que otra cosa pueda henchir y llenar ese vacío, sino el mismo Dios. Todo el mundo redondo no bastará para llenarle. «Nos hicisteis, Señor, para Vos, y así no se puede quitar ni sosegar nuestro corazón ni tener descanso, sino en Vos».

Es muy buena comparación, y que declara esto bien, aquella común, que se suele traer de la aguja del relojico de sol. La naturaleza de esta aguja, después de tocada con la piedra imán, es mirar al Norte, porque Dios le dio esa natural inclinación; y veréis qué desasosiego tiene aquella aguja, y qué de veces se vuelve y se revuelve, hasta que endereza la punta al Norte, y esto hecho, luego para. Pues de esa manera crió Dios al hombre con esta natural inclinación y respecto a Él, como a su norte y último fin; y así, mientras no pusiéremos nuestro corazón en Dios, siempre estaremos como aquella aguja, inquietos y desasosegados. A cualquier parte del Cielo, de las que se mueven, que mire aquella aguja, no sosiega; y en mirando a un punto del Cielo que no se mueve, queda fija e inmoble. Así, mientras pusiereis los ojos y corazón en las cosas del mundo, mudables y perecederas, no podréis tener sosiego ni contento: ponedlo en Dios y lo tendréis.

Esto nos había de mover mucho a buscar a Dios, aunque no fuese sino por nuestro propio interés, porque todos deseamos tener contento. Dice San Agustín: Bien sabemos, hermanos míos, que todo hombre naturalmente desea contento y descanso, y lo procura cuanto puede, porque no puede vivir sin él, pero todo el acierto o engaño de los hombres está en acertar a poner los ojos y el corazón en el verdadero contento o en el aparente y falso. El avariento, el lujurioso, el soberbio, el ambicioso y el glotón, todos desean tener contento; sino que el uno pone su contento en tener muchas riquezas; el otro, en tener muchas honras y dignidades; el otro, en comer y banquetear; el otro, en sus deleites deshonestos. No acertaron a poner su contento en lo que habían de ponerlo, y así nunca lo hallarán; porque todas esas cosas, y todo cuanto hay en el mundo, no basta para hartar el alma, ni para darle contento; y así dice el Santo: ¿Para

qué te cansas, hombrecillo, buscando las cosas de acá? Si quieres tener hartura y contento, ama a Dios, y eso basta, porque en Él están todos los bienes, y Él solo es el que puede hartar y llenar el deseo de tu corazón (Sal 102, 5): [*Bendice, alma mía, al Señor, que llena de bienes tus deseos*]. Bendito y alabado y glorificado sea Él por ello para siempre jamás. Amén.

CAPÍTULO 6

En que se declara por otra vía cómo el conformarnos con la voluntad de Dios es medio para tener contento.

El glorioso Agustino, sobre aquellas palabras del Salvador (Jn 14, 13): *Cualquiera cosa que pidiereis a mi Padre en mi nombre, os la concederá*, dice que no debe uno buscar la paz y quietud por vía de hacer su voluntad y de alcanzar lo que apetece, que no es eso lo bueno ni lo que le conviene, antes por ventura será eso malo, para él, sino allanándose en lo bueno o mejor que Dios le ofrece, y eso es lo que ha de pedir a Dios. Si no halláis gusto en el cumplimiento de la voluntad de Dios que es lo bueno, sino que vuestro gusto y apetito se va al cumplimiento de vuestra voluntad, habéis de pedir y suplicar a Dios, no que os conceda lo que vos queréis, sino que os dé gusto en el cumplimiento de su voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene.

> Y trae a este propósito aquello de los Números (11, 4), cuando los hijos de Israel se enfadaron del maná del Cielo que Dios les enviaba, y desearon y pidieron carne. Les cumplió Dios su deseo, pero muy a costa suya, porque [*Aún tenían el bocado en la boca, cuando sobre ellos vino la ira de Dios, y mató a los más robustos y derribó la flor de Israel*] (Sal 77, 30); los castigó Dios haciendo una grande matanza en ellos. Claro está que era mejor el maná del Cielo que Dios les enviaba, que la carne que ellos pedían y las cebollas y ajos de Egipto por que suspiraban; y así no habían de pedir a Dios eso, dice el Santo, sino que les sanase el paladar, para que les supiese bien el manjar del Cielo y gustasen de él, y de esa manera no tuvieran que desear otro manjar, pues en el maná tenían todas las cosas y todos los sabores que podían desear (Sab 16, 20).

De la misma manera, cuando vos estáis con la tentación o con la pasión, y tenéis el gusto estragado, y así no gustáis de la virtud ni de lo bueno, sino que como enfermos, apetecéis lo malo y lo dañoso, no os habéis de regir por vuestro apetito, ni querer que se cumpla lo que deseáis; porque eso no será medio para tener contento, sino para tener después mayor descontento y mayor inquietud y desasosiego. Lo que habéis de desear y pedir a Dios es que os sane el paladar y os dé gusto en el cumplimiento de su santísima voluntad, que es lo bueno y lo que os conviene; y de esa manera vendréis a alcanzar la verdadera paz y el verdadero contento.

San Doroteo lleva esto por otro camino, o por mejor decir, declara esto mismo de otra manera. Dice que el que en todo conforma su voluntad con la de Dios, de manera que no tiene otro querer ni no querer sino lo que Dios quiere o no quiere, viene de esa manera a hacer siempre su propia voluntad, y a tener siempre mucha paz y quietud. Pongamos ejemplo en la obediencia, y con eso quedará declarado lo que queremos decir, y haremos de un camino dos mandados. Decimos comúnmente a los que quieren ser religiosos y seguir el camino de la obediencia: Mirad que acá en la Religión, no habéis de hacer vuestra voluntad en ninguna cosa. Dice San Doroteo: Andad, que bien podéis hacer vuestra voluntad; yo os daré un medio con que hagáis todo el día vuestra voluntad, no solo lícita, sino santamente y con mucha perfección. ¿Sabéis cómo? El religioso que es buen obediente y no tiene propia voluntad, siempre hace su voluntad, porque hace suya la voluntad ajena: [y así, sin pretender hacer la propia voluntad, siempre nos hallamos con que la estamos haciendo]. Procurad vos que vuestra voluntad no sea otra sino la voluntad del superior, y así, todo el día andaréis haciendo vuestra voluntad, y con mucha perfección y merecimiento. Porque de esa manera yo duermo lo que quiero, porque no quiero dormir más de lo que tiene ordenado la obediencia; y como lo que quiero, porque no quiero comer más de lo que me dan; y tengo la oración que quiero, y la lección y ocupación y penitencia que quiero, porque no quiero en eso sino lo que la obediencia me tiene tasado y ordenado; así en todo lo demás. De manera que el buen religioso, no queriendo hacer su voluntad, viene a hacer siempre su voluntad, y con eso andan tan alegres y contentos los buenos religiosos. Aquel hacer suya la voluntad de la obediencia los trae alegres y contentos.

En esto está todo el punto de la facilidad o dificultad de la Religión, y de esto depende la alegría y contento del religioso. Si vos os resolvéis en dejar vuestra propia voluntad y tomar por vuestra la voluntad del superior, se os hará muy fácil y suave la Religión, y viviréis con mucho contento y alegría; pero si tenéis otra voluntad diferente de la del superior, no podréis vivir en la Religión. Dos voluntades diferentes en uno no se pueden compadecer. Aun con no tener nosotros sino una voluntad sola, por tener un apetito sensitivo que contradice a la voluntad y a la razón, no nos podemos averiguar con él, con ser ese apetito inferior y subordinado a nuestra voluntad: ¿qué será con dos voluntades que cada una pretende ser la señora? (Mt 6, 25): *Ninguno puede servir a dos señores*. Que no está la dificultad de la Religión tanto en las cosas y trabajos que hay en ella, cuanto en la repugnancia de nuestra voluntad y en la aprensión de nuestra imaginación; ésa es la que nos hace las cosas pesadas y dificultosas.

Se entenderá esto bien por la diferencia que experimentamos en nosotros, cuando tenemos tentaciones, y cuando no las tenemos; porque cuando estamos sin tentaciones, vemos que se nos hacen las cosas fáciles y ligeras; pero os vendrá una tentación y cargará sobre vos una tristeza y melancolía, y entonces, lo que se os solía hacer fácil, se os hace muy dificultoso, y os parece que no lo podéis llevar, sino que se junta el Cielo con la tierra. No está la dificultad en la cosa, pues ésa es la misma que era antes, sino en vuestra mala disposición, como cuando el enfermo aborrece el manjar, no está la falta en el manjar, que ése bueno es y bien guisado está, sino en el mal humor del enfermo, el cual le hace que le parezca el manjar malo y desabrido; así es acá.

Esta es la merced que hace Dios a los que llama la Religión, que les da gusto y sabor en seguir la voluntad ajena. Esa es la gracia de la vocación con que nos aventajó el Señor sobre nuestros hermanos que se quedaron allá en el mundo ¿Quién os dio a vos esa facilidad en dejar vuestra voluntad y seguir la ajena? ¿Quién os dio un corazón nuevo, con que aborrecieseis las cosas del mundo y gustaseis del recogimiento y de la oración y mortificación? No nacisteis vos con eso, no por cierto, sino antes con lo contrario (Gen 8, 21): [*Porque los sentidos y el pensamiento del corazón humano son inclinados al mal desde su mocedad*]. Gracia y don fue ése del Espíritu Santo; Él es el que como buena madre os puso acíbar en los pechos

del mundo, para que se os hiciese amargo lo que antes os era dulce, y miel suavísima en las cosas de la virtud y de la Religión para que se os hiciese sabroso y suave lo que antes os parecía amargo y desabrido. Decía la otra Santa: Gracias infinitas os doy, Señor, porque me habéis guardado y escogido desde mi niñez, porque habéis quitado de mi corazón el amor del siglo. Que no es mucho lo que nosotros hacemos en ser religiosos, si no es mucha y muy grande merced que el Señor nos ha hecho en traernos a la Religión y hacer que gustemos del maná del Cielo, gustando los otros y entreteniéndose con los ajos y cebollas de Egipto.

Algunas veces me pongo a considerar cómo los del mundo dejan su voluntad, y hacen propia la ajena por sus ganancias e intereses, desde el grande que está al lado del rey, hasta el lacayo y mozo de caballos. Comen (como dicen) a hambre ajena, y duermen a sueño ajeno, y están tan hechos a aquello, y han hecho tan suya la voluntad ajena, que gustan ya de aquella manera de vida y la tienen por entretenimiento (1 Cor 9, 25): [*Y esto lo hacen ellos por alcanzar una corona corruptible; mas nosotros la incorruptible*]. Pues ¿qué mucho, que nosotros gustemos de un modo de vivir tan concertado como el de la Religión, y hagamos propia la voluntad del superior, que es mejor que la nuestra? Si aquéllos, por un poco de honra y de interés temporal hacen tan suya la voluntad ajena, que les es ya gusto y entretenimiento el seguirla, y el hacer de las noches días y de los días noches, ¿qué mucho que nosotros hagamos esto por el amor de Dios y por alcanzar la vida eterna? Pues resolvámonos en hacer nuestra la voluntad del superior, y de esa manera siempre haremos nuestra voluntad, y viviremos muy contentos y alegres en la Religión, y será nuestra alegría y gozo muy espiritual.

Ahora volvamos a nuestro intento y apliquemos esto a nuestro propósito. Hagamos nuestra la voluntad de Dios, conformándonos con ella en todas las cosas, y no teniendo otro querer ni no querer sino lo que Dios quiere o no quiere, y de esa manera vendremos a hacer siempre nuestra propia voluntad y a vivir con grande contento y alegría. Claro está que si no quisiereis sino lo que Dios quiere, que se cumplirá vuestra voluntad, porque se cumplirá la de Dios, que es lo que vos queréis y deseáis. Aun allá Séneca acertó a decir esto: Lo más subido y perfecto hombre es, dice, saber sufrir con alegría los trabajos y adversidades, y llevar todo lo que sucediere, como si por

su voluntad propia le sucediese, porque obligado está el hombre a quererlo así, sabiendo que es ésa la divina voluntad.

¡Oh, qué contentos viviríamos si acertásemos a hacer nuestra la voluntad de Dios, y a nunca querer sino lo que Él quiere; no sólo porque siempre se cumpliría nuestra voluntad, sino principalmente por ver que siempre se cumple y hace la voluntad de Dios, a quien tanto amamos! Que aunque nos hayamos de ayudar de lo dicho, pero en esto habemos de venir a parar, y esto es en lo que habemos de poner todo nuestro contento, en el contentamiento de Dios y en el cumplimiento de su santísima y divina voluntad (Sal 134, 6): [*Hizo el Señor todas las cosas que quiso en el Cielo y en la tierra, en el mar y en todos los abismos*]. Todas las cosas que el Señor quiso, hizo, y hará todas las que quisiere; y puede hacer cuanto puede querer, como dice el Sabio (Sab 12, 18): [*En tu mano está el poder, cuando quisieres*], y no hay quien se lo pueda estorbar, ni quien le pueda resistid (Est 13, 9): [*Porque todas las cosas están, Señor, sujetas a tu señorío, ni hay quien pueda resistir a tu voluntad*]. ¿Quién le podrá ir a Dios a la mano? (Rm 9, 19): [*¿Quién resiste a su voluntad?*]

CAPÍTULO 7

De otros bienes y provechos que hay en esta conformidad con la voluntad de Dios.

Otro grande bien y provecho hay en este ejercicio, y es que esta conformidad y resignación entera con la voluntad de Dios es de las mejores y más principales disposiciones que de nuestra parte podemos poner, para que el Señor nos haga mercedes y nos llene de bienes. Y así, cuando Dios nuestro Señor quiso hacer a San Pablo de perseguidor, predicador y Apóstol suyo, le previno y dispuso con esta disposición. Le envió una gran luz del Cielo que le derribó del caballo, y le abrió los ojos del alma y le hizo decir (Hech 9, 6): *Señor, ¿qué queréis que haga?* Veis aquí, Señor, como un poco de barro en vuestras manos para que hagáis de mí lo que quisiereis. Y así hizo Dios de él un *vaso escogido, para que llevase y derramase su nombre por todo el mundo* (Hech 9, 15), De la santa virgen Gertrudis se lee que le dijo Dios: Cualquiera que desee que Yo venga libremente

a morar en él, ha de resignarme la llave de la propia voluntad sin tornármela más a pedir.

Por esto, nuestro santo Padre nos pone esta resignación e indiferencia por la principal disposición para recibir grandes mercedes de Dios, y con ésa quiere que entre uno en los Ejercicios, y ése es el fundamento que nos pone al principio de ellos, que estemos indiferentes y despegados de todas las cosas del mundo, no deseando más esto que aquello, sino deseando que en todo se cumpla y haga en nosotros la voluntad de Dios. Y en las reglas o anotaciones que pone para más ayudar, así al que da como al que hace los Ejercicios, en la quinta de ellas dice: Le ayudará muy mucho al que hace los ejercicios entregarse y ofrecerse liberalmente y del todo en las manos de Dios, para que haga de él y de sus cosas lo que Él fuere más servido. Y la razón de ser ésta tan gran disposición y medio para que el Señor nos haga mercedes, es porque por una parte se quitan con esto los estorbos e impedimentos que podía haber de nuestras malas aficiones y deseos, y por otra, cuanto uno más se fía de Dios, poniéndose del todo en sus manos y no queriendo sino lo que Él quiere, tanto más obliga a Dios a que mire por Él y por todo lo que le conviene.

Por otra vía es también esta conformidad con la voluntad de Dios medio muy eficaz para adquirir y alcanzar todas las virtudes, porque éstas se adquieren con el ejercicio de sus actos. Ese es el modo natural para alcanzar los hábitos, y de esa manera quiere también Dios darnos la virtud, porque quiere Él obrar las obras de gracia conforme a las obras de naturaleza. Pues ejercitaos vos en esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios, y de esa manera os ejercitaréis en todas las virtudes, y así las vendréis a alcanzar; porque unas veces se os ofrecerán ocasiones de humildad, otras de obediencia, otras de pobreza, otras de paciencia, y así de las demás virtudes. Y mientras más os ejercitareis en esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios, y más fuereis creciendo y perfeccionándoos en ella, más iréis creciendo y perfeccionándoos en todas las virtudes. [*Júntate con Dios y sufre, para que en adelante crezcas y medres en tu vida*], dice el Sabio (Eclo 2, 3). Juntaos con Dios, conformaos en todo con su voluntad. Allegaos, dice otra letra, y uníos con Él, y de esa manera creceréis y aprovecharéis mucho.

Por esto aconsejan los maestros de la vida espiritual, y es maravilloso consejo, que pongamos los ojos en una virtud superior, la

cual encierre en sí las demás, y que ésa procuremos principalmente en la oración, y a ésa enderecemos el examen y todos nuestros ejercicios; porque poniendo los ojos en una cosa, es más fácil dar tras ella, y alcanzada ésa, se alcanza todo. Pues una de las cosas principales en que podemos poner los ojos para esto, es esta resignación y conformidad entera con la voluntad de Dios; y así, en ésta será muy bien empleada la oración y el examen, aunque gastemos en eso muchos años y toda la vida, porque si ésta alcanzamos, alcanzaremos todas las virtudes.

Sobre aquellas palabras del Apóstol San Pablo (Hech 9, 6): *Señor, ¿qué queréis que haga?*, dice San Bernardo: ¡Oh palabra breve, pero llena, todo lo abraza, ninguna cosa deja! *Señor, ¿qué queréis que haga?* Palabra breve, pero compendiosa, pero viva, pero eficaz y digna de ser muy estimada! Pues si queréis un documento breve y compendioso para alcanzar la perfección, éste es: decid siempre con el Apóstol: *Señor, ¿qué queréis que haga?* Y con el Profeta (Sal 56, 8): *Dispuesto y preparado está mi corazón, Señor; dispuesto y preparado está para lo que quisiereis de mí*. Traed siempre esto en la boca y en el corazón, y al paso que fuereis creciendo en esto, iréis creciendo en perfección.

Otro bien y provecho hay también en este ejercicio, y es que podemos sacar de él un remedio muy bueno para cierto género y manera de tentaciones que se suelen ofrecer. El demonio procura algunas veces inquietarnos con algunas tentaciones de pensamientos condicionales y de preguntas: Si el otro te dijese esto, ¿qué responderías?; si acaeciese esto, ¿qué harías?; en este caso, ¿cómo te habrías? Y como él es sutil, nos representa las cosas de tal manera, que por cualquier parte parece que nos hallamos perplejos y no acertamos a salir, por hallar allí armado lazo. Porque el demonio no cura que sea verdadero o aparente y fingido aquello con que engaña; como él haga su hecho de traer al hombre a algún consentimiento malo, no le importa más eso que eso otro. En estas tentaciones dicen comúnmente que no está uno obligado a responder ni sí ni no, antes hará mejor en no responder. Y especialmente a gente escrupulosa les conviene más esto, porque si comienzan a trabar pláticas con el demonio y andar en demandas y respuestas con él, eso es lo que él quiere, porque a él no le faltarán réplicas; y por bien librados que salgan de la escaramuza, saldrán quebrada la cabeza.

Pero una respuesta hallo yo buena y provechosa para estas tentaciones; y responder esto lo tengo por mejor que el no responder. Y es lo que vamos diciendo. A cualquiera cosa de ésas puede uno responder a ojos cerrados: Si eso es voluntad de Dios, yo lo quiero; yo querría en eso lo que Dios quisiese; en todo me remito a la voluntad de Dios; yo haría en eso lo que fuese obligado; el Señor me daría gracia para que en eso no le ofendiese, sino que hiciese lo que fuese su voluntad. Esta es una respuesta general que satisface muy bien a todo, y no tiene dificultad así en general, sino mucha facilidad; porque si es voluntad de Dios, es buena; si es voluntad de Dios, es lo mejor; si es voluntad de Dios, es lo que a mí más me convienes Bien seguramente me puedo arrojar en la voluntad de Dios y decir todas estas cosas; y con eso quedará el demonio muy burlado y confundido, y nosotros muy contentos y animados con la victoria. Así como en las tentaciones de fe aconsejan que no respondamos a ellas en particular, especialmente a los escrupulosos, sino que digamos en general: Yo tengo y creo todo lo que tiene y cree la santa madre Iglesia; así en estas tentaciones es muy buen remedio no responder en particular, sino acogernos a la voluntad de Dios, que es sumamente buena y perfecta.

CAPÍTULO 8

En que se confirma con algunos ejemplos cuánto agrada a Dios este ejercicio de la conformidad con su voluntad, y la perfección grande que hay en él.

Cuenta Cesáreo que en un monasterio había un monje al cual había Dios dado tanta gracia de hacer milagros, que con sólo tocar sus vestiduras o el cíngulo con que se ceñía, sanaban los enfermos; lo cual como considerase atentamente su abad, y, por otra parte, no viese en aquel monje cosa especial que resplandeciese de santidad, le llamó aparte y le preguntó que le dijese la causa de hacer Dios por él tantos milagros. Él respondió que no lo sabía, porque yo, dice, no ayuno más que los demás, ni hago más disciplinas ni penitencias, ni tengo más tiempo de oración, ni velo más; lo que puedo decir de mí es que ni las cosas prósperas me levantan, ni las adversas me desmayan; ninguna cosa que acontezca me turba ni inquieta; con la

misma paz y sosiego está mi alma en todos los sucesos, por diversos que sean, ahora sean propios, ahora ajenos. Díjole el abad: ¿No os turbasteis o inquietasteis algo el otro día cuando aquél caballero, nuestro contrario, pegó fuego a nuestra granja y la quemó? No, dice, ninguna turbación sentí en mi alma, porque todo lo tengo ya dejado en las manos de Dios, y así lo próspero como lo adverso, y lo poco como lo mucho, lo tomo con igual hacimiento de gracias, como venido de su mano. Y conoció entonces el abad que ésta era la causa de aquella virtud de hacer milagros.

Blosio cuenta que siendo preguntado de un teólogo cierto pobre mendigo de vida perfecta cómo había alcanzado la perfección, respondió de esta manera: Determiné llegarme a sola la divina voluntad con la cual de tal suerte conformé la mía, que cuanto Dios quiere, también lo quiero yo. Cuando el hambre me fatiga, cuando el frío me molesta, alabo a Dios; ahora sea el aire sereno, ahora recio y tempestuoso, asimismo alabo a Dios. Cualquiera cosa que Él me da o permite que me venga, ahora sea próspera, ahora adversa, ahora sea dulce, ahora amarga y desabrida, la recibo de su mano con grande alegría, como cosa muy buena, resignándome todo en Él con humildad. Jamás pude hallar descanso en cosa alguna que no fuese Dios; y ya hallé a mi Dios, donde tengo descanso y paz eterna.

Él mismo cuenta de una santa virgen que siendo preguntada cómo había alcanzado la perfección, respondió: Todos los trabajos y adversidades los tomé con gran conformidad, como venidos de la mano de Dios; y a cualquiera que me hacía alguna injuria, o me daba alguna molestia, procuré recompensárselo haciéndole algún particular beneficio. A ninguno me quejé de mis trabajos, sino solamente acudí a Dios, del cual recibía luego esfuerzo y consuelo.

De otra virgen de gran santidad dice que preguntada con qué ejercicios había alcanzado tanta perfección, respondió con mucha humildad: Nunca tuve tantos dolores y trabajos que no desease padecerlos mayores por amor de Dios, teniéndolos por dones grandes suyos y juzgándome por indigna de ellos.

Cuenta Taulero que a una sierva de Dios totalmente resignada en sus manos encomendaban diferentes personas que hiciese oración por algunos negocios; ella respondía que sí haría, y a veces se olvidaba, y todo cuanto le encargaban sucedía a pedir de boca. Volvían a darle las gracias, como si por su oración lo hubieran alcanza-

do, y ella se confundía y decía que las diesen a Dios, que ella no había puesto nada de su parte. Vinieron de esta manera muchos. Ella fuese a Dios a formar amorosa querella de Él, porque todos los negocios que a ella le encomendaban los efectuaba de suerte que a ella le viniesen a dar las gracias, no habiendo ella hecho nada. Le respondió el Señor: Mira, hija, el día que tú me diste tu voluntad, te di Yo la mía; y aunque no me pidas nada en particular, como Yo entienda que gustas tú de ello, lo hago como tú quisieras.

En las Vidas de los Padres se cuenta de un labrador que siempre sus campos y viñas llevaban más abundantes frutos que las de los otros. Preguntado de sus vecinos cómo era aquello, respondió que no se espantasen de tener él mejores frutos que ellos, porque tenía siempre los tiempos como él los quería y espantándose los otros más de esto, preguntándole cómo podía ser aquello; respondió: Yo nunca quiero otro tiempo sino el que Dios quiere, y como yo quiero lo que Dios quiere, dame Él los frutos como yo los quiero.

Del bienaventurado San Martín, obispo, cuenta Severo Sulpicio en su Vida que en todo el tiempo que conversó con él, nunca le vio airado ni triste, sino siempre con mucha paz y alegría. Y la causa de esto, dice, era porque todo cuanto le sucedía lo tomaba y recibía como cosa enviada de la mano de Dios; y así se conformaba en todo con su voluntad con grande igualdad y alegría.

CAPÍTULO 9

De algunas cosas que nos harán fácil y suave este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios.

Para que este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios se nos haga fácil y suave, es menester lo primero, que tengamos siempre delante de los ojos aquel fundamento que pusimos al principio (caps. 1 y 2), que ninguna adversidad ni trabajo nos puede venir y acontecer que no pase por las manos de Dios y venga colado y registrado por su voluntad, Esta verdad nos enseñó Cristo nuestro Redentor. No solamente de palabra, sino también con su ejemplo. Cuando mandó a San Pedro la noche de su pasión que envainase el cuchillo, añadió: *¿No quieres que beba el cáliz que me ha dado mi Padre?* (Jn 18, 11). No dijo el cáliz que me ha procurado Judas o los

escribas y fariseos, porque sabía bien que todos ésos no eran sino criados que le servían la copa del Padre, y que lo que ellos hacían con malicia y envidia, el Padre Eterno con su infinita bondad v sabiduría lo ordenaba para remedio del género humano. Y así dijo también después a Pilato, que decía que tenía potestad de crucificarle y de librarle: *No tendrías tú potestad ninguna contra Mí si no te lo hubiesen dado de arriba* (Jn 19, 11). Lo declaran los Santos: [Si no se hiciera aquello por traza y ordenación divina.] De manera que todo vino de arriba, por disposición y orden de Dios.

Dijo esto maravillosamente el Apóstol San Pedro en el capítulo cuarto de los Actos de los Apóstoles (v. 27), declarando aquello del Profeta: [*¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos trataron consejos vanos? Levantáronse los reyes de la tierra, y los príncipes se hicieron a una contra el Señor y contra su Cristo*] (Sal 2, 1). Declara y dice: [*Porque verdaderamente se aliaron en esta ciudad contra tu Santo Hijo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y los pueblos de Israel, para ejecutar lo que tu poder y consejo habían determinado que se hiciese*]. Se juntaron los príncipes y potestades de la tierra contra Cris nuestro Redentor, para ejecutar y poner por obra lo que en el consistorio de la Santísima Trinidad se había decretado y determinado; porque no podían ellos hacer más que eso. Y así vemos que cuando Dios no quiso, no fue bastante todo el poder del rey Herodes para quitarle la vida, cuando Niño; y aunque hizo matar a todos los niños que había en aquella comarca, de dos años abajo, no pudo dar con el Niño que buscaba, porque no quería El morir entonces

Y los judíos y fariseos muchas veces quisieron echar mano de Cristo y darle la muerte. Una vez le llevaron a lo alto del monte sobre el que estaba edificada su ciudad, para despeñarle de allí abajo; y dice el sagrado Evangelio: *Él se iba con mucha paz por medio de ellos* (Lc 4, 20), porque no había escogido aquella manera de muerte, y así ellos no se la podían dar. Otra vez le quisieron apedrear, y ya tenían las manos levantadas en alto con sus piedras para tirarle, y se pone Cristo nuestro Redentor con mucha paz a razonar con ellos y preguntarles: *Muchas buenas obras os he hecho, ¿por cuál de ellas me queréis apedrear?* (Jn 10, 32). No permitió ni les dio licencia que meneasen las manos, porque no era llegada su hora (Jn 7, 30). Pero cuando llegó la hora en que Él había determinado morir, entonces pudieron hacer lo que el Señor había determinado padecer, por-

que quiso Él y les dio licencia para ello. [*Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*.] (Lc 22, 53), les dijo cuando le vinieron a prender. Cada día estaba con vosotros en templo, y no me prendisteis porque no era llegada la hora; ya es llegada, y así me veis aquí: Yo soy. ¿Qué hizo allá Saúl, que fue figura de esto, qué diligencias y medios puso para haber a las manos a David? Un rey de Israel contra un hombre particular [*persiguiendo a una pulga*], como dijo el mismo David (1 Sam 24, 15). Y con todo eso nunca le pudo haber. Nótalo bien la divina Escritura, y da esta razón: *Porque no quiso Dios entregarle en sus manos* (1 Sam 23,). Ahí está todo el punto.

Y así nota muy bien San Cipriano sobre aquellas palabras: [*No nos dejes caer en la tentación*] (Mt 6, 13), que todo nuestro temor y toda nuestra devoción y atención en las tentaciones y trabajos la habemos de poner en Dios; porque ni el demonio ni otro ninguno nos puede hacer mal alguno, si Dios primero no le da poder para ello.

Lo segundo, aunque esta verdad bien sentida es muy bastante y de grande eficacia para conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios, con todo eso no habemos de parar ahí, sino pasar adelante a otra cosa que se sigue de ésa y la notan los Santos, y es, que juntamente con venirnos todas las cosas de la mano de Dios, habemos de entender que vienen para nuestro bien y provecho. Las penas de los condenados, de manos de Dios les vienen, pero no para provecho y remedio de ellos, sino para puro castigo. Mas las penas y trabajos que en esta vida envía Dios a los hombres, ahora sean justos, ahora pecadores, siempre habemos de creer y confiar de aquella infinita bondad y misericordia que los envía para nuestro bien, y porque aquello es lo que más conviene para nuestra salvación. Así lo dijo la Santa Judit (8, 27) a su pueblo cuando estaban en aquella aflicción y aprieto tan grande cercados de sus enemigos: *Creamos que nos ha enviado Dios estos trabajos, no para nuestra perdición, sino para enmienda y provecho nuestro*. De una voluntad tan buena como la de Dios y que tanto nos ama, bien ciertos y seguros podemos estar que no quiere sino lo bueno y lo mejor, y lo que más nos conviene a nosotros, lo cual adelante (capítulos 10 y 12) se declarará más.

Lo tercero, para que nos aprovechemos más de esta verdad, y este medio sea más eficaz para alcanzar una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, no nos habemos de contentar con entender especulativamente que todas las cosas vienen de la mano de Dios,

ni con creerlo en general y a carga cerrada, porque así nos lo dice la fe o porque así lo habemos leído u oído; sino es menester que actuemos y avivemos esta fe, procurando entender y sentir esto prácticamente: de manera que vengamos a tomar todas las cosas que nos suceden como si sensible y visiblemente viésemos a Cristo nuestro Señor que está diciendo: Toma, hijo, esto te envío; mi voluntad es que hagas o padezcas ahora esto y esto; porque de esta manera se nos hará muy fácil y suave el conformarnos en todas las cosas con la voluntad de Dios. Porque si se os apareciera el mismo Jesucristo en persona y os dijera: Mira, hijo, que esto es lo que quiero de ti; este trabajo o enfermedad quiero que padezcas ahora por Mí; en este oficio o ministerio quiero que me sirvas; claro está que aunque fuese la cosa más dificultosa del mundo, la haríais de muy buena voluntad todos los días de vuestra vida, y os tendríais por muy dichoso de que Dios se quisiese servir de vos en aquello; y por mandároslo Él entenderíais que aquello era lo mejor y lo que más convenía para vuestra salvación, y no dudaríais de eso ni os vendría primer movimiento contra ello.

Lo cuarto, es menester que en la oración nos ejercitemos y actuemos mucho en este ejercicio, cavando y ahondando en aquella riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros, porque de esa manera daremos con este tesoro; lo cual iremos declarando en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO 10

De la providencia paternal y particular que tiene Dios de nosotros, y de la confianza filial que habemos de tener nosotros en Él

Una de las mayores riquezas y tesoros de que gozamos los que tenemos fe es la providencia tan particular y tan paternal que Dios tiene de nosotros, que estamos ciertos que no nos puede venir ni acontecer cosa alguna que no venga colada y registrada por las manos de Dios; y así decía el Profeta David: *Nos habéis, Señor, cercado y guardado con vuestra buena voluntad como con un escudo fortísimo* (Sal 5, 13). Estamos rodeados por todas partes de la buena voluntad de Dios, que no nos puede entrar ninguna cosa sino por ella; y así no hay que temer, porque no dejará Él entrar ni pasar a

nosotros cosa alguna si no es para mayor bien y provecho nuestro: [*Porque Dios me recogió en su tabernáculo, y en lo más secreto de él me escondió en el día del trabajo*], dice el real Profeta (Sal 26, 5). En lo más secreto de su tabernáculo y de su recámara nos tiene Dios escondidos; debajo de sus alas nos tiene guardados. Y más que eso dice: [*Los esconderéis en lo escondido y secreto de vuestro rostro*] (Sal 30, 21). Escóndenos el Señor en lo más escondido y amparado de su rostro, que son los ojos; en las niñetas de ellos nos esconde; y así dice otra letra: [*en los ojos de tu cara*]. Nácenos Dios niñas de sus ojos, para que así se verifique bien lo que dice en otra parte: [*Guárdame, Señor, como a las niñas de los ojos*] (Sal 16, 8); como las niñetas de los ojos, así estamos guardados debajo de su amparo y protección; y *quien tocare a vosotros*, dice Dios, *me toca a mí en la lumbre de los ojos* (Zac 2, 8). No se puede imaginar cosa más rica ni más preciosa ni más para estimar y desear que ésta.

2. ¡Oh si acabásemos de conocer y entender bien esto! ¡Cuán amparados y remediados nos sentiríamos y cuán confiados y consolados estaríamos en todas nuestras necesidades y trabajos! Si acá un hijo tuviese un padre muy rico y poderoso, y muy privado y favorecido del rey, ¡qué confiado y seguro estaría en todos los negocios que se le ofreciesen, que no le faltaría el favor y amparo de su padre! Pues ¡con cuánta mayor razón habemos nosotros de tener esta confianza y seguridad, considerando que tenemos por padre a aquel en cuyas manos está todo el poder del Cielo y de la tierra, y que no nos puede acontecer cosa alguna sin que primero pase por su mano! Si esta manera de confianza tiene un hijo con su padre, y con ella duerme seguro, ¡cuánto más la debemos nosotros tener en aquel que es más padre que todos los padres, y que en su comparación no merecen los otros nombre de padres! Porque no hay entrañas de amor que se puedan comparar a las que Dios tiene con nosotros; sobrepujan infinitamente todos los amores que pueden tener todos los padres de la tierra. De tal Padre y Señor bien confiados y seguros podemos estar que todo lo que nos enviare será para nuestro mayor bien y provecho; porque el amor que nos tiene en su Unigénito Hijo no le dejará hacer otra cosa sino buscar el bien de aquel por cuyo amor entregó a su Hijo a dolores de cruz. [*Quien a su propio Hijo no perdonó, sino que le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos habrá dado con Él todas las cosas?*], dice el Apóstol San Pablo (Rm 8, 32). El que nos dio a su Unigénito Hijo y le entregó a muerte por no-

sotros, ¿qué no hará por nosotros? El que nos dado lo más, ¿cómo no nos dará lo menos?

Y si todos deben tener esta confianza en Dios, ¿cuánto más los religiosos, a quien Él particularmente ha recibido por suyos, y les ha dado espíritu y corazón de hijos, y hecho que nieguen y dejen a sus padres carnales y que tomen a Él por Padre? ¿Qué corazón y amor de Padre y qué cuidado de providencia tendrá Dios con estos tales? (Sal 26, 10). [*Porque mi padre y mi madre me desampararon, mas el Señor me tomó a su cargo*] ¡Oh, qué buen padre habéis tomado en lugar del que dejasteis! Con más razón y con mayor confianza podéis vos decir: *Dios se ha encargado y tomado cuidado de mí* y de todas mis cosas*, no me faltará nada.* [*Mendigo soy yo pobre; mas el Señor tiene cuidado de mi*] (Sal 22, 1). ¡Dios anda solicito y cuidadoso de mí! ¿Quién no se consolará con esto y se derretirá en amor de Dios? ¡Que estáis Vos, Señor, encargado de mí y tenéis tanto cuidado de mí, como si en el Cielo y en la tierra no tuvierais otra criatura que gobernar sino a mí solo! ¡Oh, si cavásemos y ahondásemos bien en este amor y providencia y protección tan paternal y tan particular que tiene Dios de nosotros!

3. De aquí nace en los verdaderos siervos de Dios una muy familiar y filial confianza en Él, la cual en algunos es tan grande, que no hay hijo en el mundo que esté en todas sus cosas tan confiado en la protección de su padre, cuanto ellos lo están en la de Dios; porque saben que tiene para con ellos entrañas más que de padre y más que de madre, que suelen ser más tiernas; como lo dice Él por Isaías (49, 15): *¿Qué madre hay que se olvide de su hijo chiquito, y que no tenga corazón para apiadarse del que salió de sus entrañas*] *Pues si fuere posible que haya alguna madre en quien pueda caber este olvido, en Mí*, dice el Señor, *nunca jamás cabrá, porque en mis manos te tengo escrito y tus muros están siempre delante de Mí*. Como si dijera: te traigo en las palmas, y te tengo siempre delante de mis ojos para ampararte y defenderte. Y por el mismo Profeta nos declara esto con otra comparación muy regalada (46, 3): [*Yo os traigo dentro de mis entrañas*]. Así como la mujer que ha concebido trae el niño dentro de sus entrañas, y ella le sirve de casa, de litera, de muro, de sustento y de todas las cosas, de esa manera dice Dios que nos trae Él en sus entrañas.

Con esto viven los siervos de Dios tan confiados, y se tienen por tan socorridos y remediados en todas sus cosas, que no se tur-

ban ni inquietan con los varios acaecimientos de esta vida. [*En el año de la sequía no andará congojoso*]. El corazón de los justos, dice el Profeta Jeremías (17, 8), no tiene zozobra; ni pierde su quietud y sosiego por los diversos sucesos y acaecimientos, porque saben que ninguna cosa puede acontecer sin voluntad de su Padre, y están muy satisfechos y confiados de su grande amor y bondad, que todo será para mayor bien suyo, y todo lo que les quitare por una parte, se lo volverá por otra en cosa que más les valga.

4. De esta confianza tan familiar y tan de hijos que los justos tienen en Dios, nace en su alma la paz, tranquilidad y seguridad grande que tienen, conforme aquello de Isaías (32, 18): [*Se sentará mi pueblo en hermosura de la paz*]. Dice que reposarán en una hermosísima paz y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso muy cumplido y muy abastado de todos los bienes. Donde juntó muy bien el Profeta la paz con la confianza, porque de lo uno se sigue lo otro; de la confianza se sigue la paz, porque quien está muy confiado en Dios no tiene que temer ni que turbarse, pues tiene a Dios por valedor. Y así decía el Profeta: *En paz juntamente dormiré y descansaré porque Tú, Señor aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia* (Sal 4, 9).

Y más: no sólo causa grande paz esta confianza filial, sino grande gozo y alegría: [*El Dios de la esperanza*, dice el Apóstol San Pablo, *os llene de toda paz y alegría en la fe, para que abundéis en la esperanza y en la virtud del Espíritu Santo*] (Rm 15, 13). Aquél crédito, que Dios sabe lo que hace y que lo hace por nuestro bien, hace no sentir aquellos alborotos y aquellas congojas y desasosiegos que sienten los que miran las cosas con ojos de carne, sino antes estar en mucho gozo y alegría en todos los acaecimientos, y mientras más abundare uno en esta confianza, más abundará en esta paz y en este gozo y alegría espiritual, porque mientras más se fía y ama, más quieto y seguro está de que todo se le ha de convertir en bien, y no puede creer ni esperar menos de aquella bondad y amor infinito de Dios.

Esto hacia a los Santos estar tan quietos y seguros en medio de los trabajos y peligros, que ni temían a los hombres ni a los demonios, ni a las bestias ni a las demás criaturas irracionales, porqué sabían que sin licencia y voluntad de Dios no podían tocar a ellos. Y así cuenta San Atanasio del bienaventurado San Antonio que le aparecieron una vez los demonios en diversas formas espantables y en

figura de fieros animales: de leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silbos temerosos, que parecía que le querían ya tragar; y el Santo hacía burla de ellos y dedales: Si tuvieseis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre, mas porque sois flacos, que Dios os ha quitado la fuerzas, procuráis de juntaros mucha canalla para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, véisme aquí, tragadme; mas si no tenéis poder y licencia de Dios, ¿para qué trabajáis en balde? Donde se ve bien la paz y fortaleza grande que causaba en este Santo el entender que ninguna cosa le podían hacer sin la voluntad de Dios, y el estar él tan conforme con ella. De estos tenemos muchos ejemplos en las historias eclesiásticas.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos un ejemplo semejante en el libro quinto de su Vida y en el segundo libro se cuenta de él que navegando una vez para Roma, se levantó una tan recia tempestad, que quebrado el mástil con la fuerza del viento y perdidas muchas jarcias, todos, temían y se preparaban para morir, pareciéndoles ser ya llegada su hora. Y en este trance tan peligroso, cuando todos estaban con el espanto de la muerte atemorizados, dice que él no sentía en sí temor alguno; sólo le daba pena el parecerle que no había servido a Dios tanto como debiera; empero, en lo demás no hallaba que temer, porque la mar y los vientos también obedecen a Dios (Mt 8, 27), y sin licencia y voluntad suya no se levantan las olas, ni las tempestades, ni pueden anegar a nadie.

Pues a esta familiar y filial confianza en Dios, y a tranquilidad y seguridad habemos nosotros de procurar llegar con la gracia del Señor, mediante este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, cavando y ahondando con la oración y consideración en esta riquísima mina de la providencia tan paternal y tan particular que Dios tiene de nosotros. Estoy cierto que ninguna cosa me pueden hacer, ni los hombres, ni los demonios, ni criatura alguna, más de lo que Dios quisiere y les diere licencia; pues eso hágase en mí en buen hora, que yo no lo rehúso ni quiero otra cosa sino la voluntad de Dios.

De Santa Gertrudis leemos que jamás le pudieron quitar ni oscurecer la constancia y segura confianza que tenía en la benignísima misericordia de Dios: ningún peligro, ni tribulación, ni la pérdida de sus casas, ni otros impedimentos, ni aun los pecados y defectos pro-

pios; porque confiaba certísimamente que todas las cosas, así prósperas como adversas, la divina Providencia las convertía en su bien. Y una vez le dijo el Señor a esta santa Virgen: Aquella segura confianza que el hombre tiene en Mí, creyendo que realmente puedo, sé y quiero fielmente ayudarle en todas las cosas, me atraviesa el corazón y hace tanta fuerza a mi piedad, que a semejante hombre, en cierta manera, ni le puedo favorecer por el contento que recibo al verlo colgado de Mí y por aumentarle el merecimiento, ni dejarle de favorecer por acudir a quien Yo soy y a lo mucho que le quiero. Habla a nuestro modo, como que el amor le suspende.

7. De Santa Matilde se cuenta que le dijo el Señor: Mucho contento me da que los hombres confíen de mi bondad y presuman de Mí, porque cualquiera que humildemente estuviere muy confiado y se fiare bien de Mí, Yo le favoreceré en esta vida, y en la otra le haré más bien que él merece. Cuanto uno más fiare y presumiere de mi bondad, tanto alcanzará; porque es imposible que el hombre no alcance lo que santamente creyó y esperó que alcanzaría habiéndolo Yo prometido; y por esta razón le es provechoso al hombre que esperando de Mí cosas grandes, se fíe bien de Mí. Y a la misma Matilde, que preguntó al Señor qué era lo que principalmente era razón que se creyese de su inefable bondad, le respondió: Cree con fe cierta que Yo te recibiré después de tu muerte, como el padre recibe a su muy querido hijo; y que jamás hubo padre que con tanta fidelidad repartiese su hacienda con su único hijo, como yo comunicaré contigo todos mis bienes y a mí mismo. Cualquiera que firmemente y con caridad humilde creyese esto de mi bondad, será bienaventurado.

CAPÍTULO 11

De algunos lugares y ejemplos de la Sagrada Escritura que nos ayudarán para alcanzar esta familiar y filial confianza en Dios.

Cuanto a lo primero, será bien que veamos la grande costumbre que tenían aquellos Padres antiguos de atribuir a Dios todos los sucesos, por cualquiera vía o medio que viniesen. En el capítulo cuarenta y dos del Génesis, cuenta la Sagrada Escritura que viniendo los hermanos de José con trigo comprado en Egipto, como él hubie-

se mandado a su mayordomo que en la boca del costal de cada uno pusiese atado el dinero del trigo como ellos lo habían traído, yendo su camino pararon en un mesón, y queriendo dar de comer del trigo que traían a sus bestias, el primero de ellos, abriendo su costal, vio luego su bolsilla con el dinero, y díjolo a los otros, y acudieron cada uno a su costa, hallan allí su dinero. Dice, pues, que dijeron turbados entre sí (Gen 42, 28): *¿Qué será esto que ha hecho Dios con nosotros?* Es mucho de notar que no dicen: Trampa es ésta que nos han armado: alguna calumnia hay aquí; ni dijeron: El mayordomo, por descuido, se dejó el dinero de cada uno en su costal; ni dicen: Quizá nos quiso hacer limosna del dinero; sino, atribuyéndolo a Dios, dicen: *¿Qué quiere ser esto que ha hecho Dios con nosotros?*, confesando que, pues no se mueve la hoja del árbol sin voluntad de Dios, que tampoco aquello sucedía sino por su voluntad.

Y cuando habiendo ido Jacob a Egipto, le fue a visitar con sus hijos, y le preguntó el viejo qué niños eran aquéllos, respondió (Gen 48, 9): *Hijos míos son, que Dios me ha dado en esta tierra de Egipto*. Lo mismo respondió Jacob cuando se encontró con su hermano Esaú, y le preguntó qué niños eran aquellos que traía; respondió (Gen 33, 5): *Hijos son que me dio el Señor*. Y ofreciéndole cierto presente, le dijo (Gen 33, 11): *Recibe este presente*, y llámale *bendición de Dios*, cuyo bendecir es bien hacer; la cual, dice, *me hizo Dios a mí, que es el que da todas las cosas todos*.

También cuando David iba muy enojado a destruir la casa de Nabal, y Abigail, su mujer, le salió al encuentro con un presente para aplacarle, dijo David (1 Sam 25, 32): *Bendito sea el Señor Dios de Israel, que te envió hoy a mí para que no pasase adelante a derramar la sangre de la casa de Nabal*. Como quien dice: no viniste de tuyo, sino Dios te envió para que yo no pecase; a Él debo yo esta merced, Él sea loado por ello. Éste era lenguaje común de aquellos Santos, y debía también ser nuestro.

Pero viniendo más al punto, es maravillosa para este propósito, aquella historia del Santo José (Gen 37), que habemos tocado, al cual sus hermanos de envidia, porque no viniese a mandarles y ser señor de ellos conforme a lo que había soñado, le vendieron por esclavo a unos mercaderes de Egipto; y ese mismo medio que ellos tomaron para deshacerle y que no les viniese a mandar, tomó Dios para cumplir las trazas de su divina providencia, y hacer que viniese a ser señor de ellos y de toda la tierra de Egipto. Y así dijo el mismo

José a sus hermanos, cuando se les descubrió, y ellos quedaron espantados del caso (Gen 5): *No queráis temer ni os espantéis por haberme vendido para estas partes, porque para vuestro bien me envió Dios acá, para que tengáis que comer, y no perezca y se acabe el pueblo de Israel. Que no se hizo eso por vuestro consejo; trazas fueron ésas de Dios. ¿Por ventura podemos resistir a la voluntad de Dios? Vosotros pensasteis por esos medios hacerme mal; pero Dios lo convirtió todo en bien, como al presente veis*. ¿Pues quién con esto no se fiará de Dios? ¿Quién temerá las trazas de los hombres y los reveses del mundo, pues vemos que son aciertos de Dios, y que los medios que ellos toman para perseguirnos y hacernos mal, ésos mismos toma El para nuestro bien y acrecentamiento? [*Mi decreto será firme, y todo mi querer se cumplirá*], dice Él por Isaías (46, 10). Andad por acá y por allá, que al fin se ha de cumplir la voluntad de Dios, y El enderezara esos medios para eso.

San Crisóstomo pondera otra particularidad en esta historia a este propósito, tratando cómo el copero de Faraón, después que fue restituido en su oficio, se olvidó de su interpreté José por dos años enteros, habiéndole él encargado tanto que se acordase de él y que intercediese por él delante de Faraón (Gen 40, 23). ¿Pensáis, dice el Santo, que fue acaso este olvido? Que no fue acaso, sino acuerdo y traza de Dios, que quería aguardar el tiempo oportuno y la coyuntura para sacar de la cárcel a José con mayor gloria y honra. Porque si se acordara de él, por ventura con su autoridad le librara luego de la cárcel a la sorda, como dicen, sin que fuera oído ni visto. Y como Dios nuestro Señor pretendía que no saliese de esa manera, sino con grande honra y autoridad, permitió que el otro se olvidase por dos años, para que así se llegase el tiempo de los sueños de Faraón, y entonces, a instancias del rey, compelido por la necesidad, saliese con la majestad y gloria que salió para ser señor de toda la tierra de Egipto. Sabe Dios muy bien, dice San Crisóstomo, como sapientísimo artífice, cuánto tiempo ha de estar el oro en el fuego, y cuándo se ha de sacar de él.

En el primer libro de Samuel tenemos otra historia en que resplandece mucho la providencia de Dios en cosas muy particulares y menudas. Había Dios dicho al profeta Samuel que El señalaría quién había de ser rey de Israel para que le ungiese, y le dice (1 Sam 9, 16): *Mañana a estas horas te enviaré al has de ungir por rey*, que era Saúl; y la manera como se lo envió fue ésta: Se pierden las pollinas

de su padre, y le dice el padre que las vaya a buscar; toma consigo Saúl un zagal, y van por esos campos y cerros, y no pudieron descubrir ni hallar rastro de ellas, y quería ya Saúl volverse, porque le parecía que se tardaban mucho y que tendría su padre pena por ellos. Le dice el mozuelo: No habemos de volver a casa sin ellas; aquí en este pueblo está un varón de Dios (que era el profeta Samuel); vamos allá, que él nos dirá de ellas. Con esta ocasión van a Samuel, y cuando llegaron, le dice Dios: *Ése es el que te dije que te enviaría, a ése has de ungir por rey*. ¡Oh juicios secretos de Dios! Le enviaba su padre a buscar las pollinas; sin embargo, Dios le enviaba a Samuel para que fuese ungido por rey. ¡Cuán diferentes son las trazas de los hombres de las trazas de Dios! ¡Qué lejos estaba Saúl, y su padre también, de pensar que iba a ser ungido por rey!

¡Oh, cuán lejos estáis vos muchas veces, y vuestro padre y vuestro superior, de lo que Dios pretende! De lo que vos menos penséis, de ahí saca Dios lo que Él quiere. Que no se perdieron las pollinas sin voluntad de Dios, ni fue acaso enviar su padre por ellas a Saúl, ni fue acaso el no poderlas hallar, ni el consejo que dio el mozuelo de que fuesen a consultar sobre ellas al Profeta; sino todo eso fue orden y traza de Dios, que tomó esos medios para enviar a Samuel para que le ungiese por rey a Saúl, como Él se lo había dicho. Pensaba vuestro padre que os enviaba a estudiar a Sevilla o a Salamanca para que fueseis gran letrado, y vinieseis después a tener alguna plaza con que vivieseis honradamente, y no fue sino que os envió Dios allá para recibiros en su casa y haceros religioso. Pensaba San Agustín cuando fue de Roma a Milán, y el prefecto de la ciudad, Simaco, que le enviaba, que iba a leer retórica, y no era sino que enviaba Dios a San Ambrosio para que le convirtiese.

Pongámonos a considerar las vocaciones diversas, y los medios tan particulares y tan menudos, y al parecer tan remotos, por donde Dios trajo a la Religión al uno y al otro, que cierto pone admiración; porque parece que si no fuera por no sé qué cosilla o por no sé qué niñería que sucedió, que no fuerais religioso, y fueron todas esas trazas e invenciones de Dios para traeros a la Religión. Y nótese esto de camino para algunos que les suele venir algunas veces tentación que su vocación no debió ser de Dios, por haber sido por medio de semejantes cosillas. Engaño es ése del demonio, vuestro enemigo, envidioso del estado que tenéis, porque costumbre es de Dios servirse de esos medios para el fin que Él pretende de su ma-

yor gloria y de vuestro mayor bien y provecho, y tenemos muchos ejemplos de eso en las vidas de los Santos. Que no lo había Dios por las pollinas (1 Cor 9,9): [*¿Tiene Dios, por ventura, cuidado de los bueyes?*], sino quiere que por esos medios vengáis a reinar como Saul. [*Servir a Dios es reinar.*]

Cuando después el profeta Samuel fue de parte Dios a reprender a Saul por aquella desobediencia que había cometido en no destruir a Amalec, como Dios le había mandado; después de haberle reprendido, volviendo las espaldas Samuel para irse, Saúl le asió del manto para que no se fuese, sino que le valiese con Dios; y dice el texto (1 Sam 15, 27) que se quedó el pedazo del manto de Samuel en la mano de Saúl, rompiéndose. ¿Quién pensara sino que aquel rasgarse y dividirse el manto del Profeta sucedía acaso porque tiró de él Saúl, y debía de ser viejo y rasgose? Y no sucedía sino por particular disposición de Dios, para dar a entender que aquello significaba que Saúl era apartado y privado del reino por su pecado. Y así viendo Samuel este hecho, dijo a Saúl: Por esta división de mi manto entiende *que el Señor apartó y dividió hoy el reino de Israel de ti, y le entregó a tu prójimo, que es mejor que tú*.

En el mismo primer libro de Samuel (23, 26), cuenta que tenía una vez Saúl cercado a David y a los suyos [*como en un circulo*], de tal manera, que ya David desconfiaba de poderse escapar de aquélla. Estando en este aprieto, le viene un correo a Saúl muy de prisa, que los filisteos se habían entrado la tierra adentro y lo robaban y destruían todo. Hubo de alzar el cerco Saúl y acudir a la mayor necesidad, y así se escapó David. Que no fue acaso el acometimiento y entrada de los filisteos, sino traza de Dios para librar por aquel medio a David.

Otra vez los sátrapas de los filisteos echaron a David de su ejército, e hicieron que el rey Aquís le mandase volver a su casa, aunque le llevaba él de muy buena gana consigo e iba muy confiado en él; [*Pero no eres bien visto de los sátrapas*] (1 Sam 2 6). Parece que fue acaso aquel consejo de los sátrapas, y no fue acaso, ni por el fin que ellos pensaban, sino fue particular providencia de Dios; porque volviéndose David, halló que los amalecitas habían puesto fuego a Siceleg, su pueblo, y que habían llevado cautivas todas las mujeres y niños, y a sus mismas mujeres de David, y va tras ellos y destrúyelos, y cobra toda la presa y cautivos sin faltar ninguno, lo cual no hiciera si los sátrapas no le hubieran echado de su ejército, y

para eso ordenó Dios aquel consejo, aunque ellos le ordenaban a otra cosa.

En la historia de Ester resplandece también mucho esta providencia particular de Dios en cosas muy menudas y particulares. ¡Qué medios tan extraños tomó Dios para librar al pueblo de los judíos de la sentencia cruel del rey Asuero! ¡Por qué medios escogió por reina a Ester, desechando a Vasti, y que fuese del pueblo de los judíos para que intercediese después por ellos! Acaso parece que fue el entender Mardoqueo la traición que los otros armaban al rey Asuero, y el venírsela a descubrir, y que el rey estuviese desvelado aquella noche y no pudiese dormir, y que hiciese que le trajesen las crónicas de sus tiempos para entretenerse, y que le acertasen a leer aquel hecho de Mardoqueo; y no sucedía nada de eso acaso, sino por alto consejo de Dios y por especial providencia suya, que quería por esos medios librar a su pueblo; y así se lo envió a decir Mardoqueo a Ester, que no se atrevía a entrar a hablar al rey y se excusaba por no ser llamada (4, 14): *¿Quién sabe si fue esa la causa de haberte hecho reina, para que pudieses ayudar en esta ocasión?*

Llena está la Sagrada Escritura y las historias eclesiásticas de semejantes ejemplos, para que aprendamos a atribuir todos los sucesos a Dios, y a tomarlos como venidos de su mano para nuestro mayor bien y provecho. En el libro de las *Recogniciones* de Clemente se cuenta una cosa notable a este propósito. Siendo Simón Mago perseguido de San Pedro, San Bernabé había convertido en Roma a San Clemente, el cual fue a San Pedro, cuéntale su conversión, pídele que le instruya en las cosas de la fe, dícele San Pedro: A buena coyuntura has llegado, porque para mañana está aplazada una disputa pública entre mí y Simón Mago; allí nos verás y oirás lo que pides. Estando en esto, entran dos discípulos y dicen a San Pedro cómo Simón Mago los enviaba, que le había ofrecido un negocio, que se dilatase la disputa para de ahí a tres días: dijo San Pedro que fuese así. En saliendo se entristeció San Clemente mucho, y como le vio San Pedro triste, le preguntó: ¿Qué has, hijo, que te veo triste? Le respondió San Clemente: Os hago saber, padre, que me entristecí mucho por ver que se difería la disputa que yo quisiera que fuera mañana. Es cosa muy de notar: en una cosa de tan poco peso toma San Pedro la mano, y hace un sermón grande: Mirad, hijo, entre los gentiles, cuando no se hacen las cosas como ellos quieren, levántase gran turbación; pero nosotros, que sabemos que Dios lo guía y

gobierna todo, habemos de tener gran consolación y paz. Sabed, hijo, que ha sido por vuestro mayor bien esto que ha sucedido; porque si ahora fuera la disputa, no la entenderíais tan bien, y después la entenderéis mejor, porque de aquí allá os instruiré yo y gustaréis y os aprovecharéis mucho de ella.

Quiero concluir con un ejemplo nuestro que tenemos en la *Vida* de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, en que resplandece también mucho esto mismo, que es en la ida del Padre Francisco Javier a las Indias Orientales. Cosa es digna de consideración los medios por donde vino a ir este santo varón a las Indias. Nombró nuestro Padre Ignacio para esta ocasión a los Padres Simón Rodríguez y Nicolás de Bobadilla; el Padre Simón estaba entonces cuartanario, y con todo eso se embarcó luego para Portugal. Se escribió al Padre Bobadilla que viniese de Calabria a Roma. Vino, mas tan debilitado de la pobreza y trabajos del camino, y tan enfermo y maltratado de una pierna cuando llegó a Roma, que estando al mismo tiempo el embajador don Pedro Mascareñas a punto para volverse a Portugal, fue necesario, por no poder aguardar que sanase Bobadilla, ni quererse partir sin el otro Padre que había de ir a la India, en lugar del maestro Bobadilla fuese sustituido el Padre maestro Francisco Javier con felicísima suerte, el cual se partió luego con el embajador a Portugal. Que no había sido nombrado el Padre Francisco Javier, sino el Padre Bobadilla, y por ser de priesa la partida, parece que acaso le sustituyeron en su lugar, y no fue acaso, sino por alto consejo de Dios, que había determinado de hacerle apóstol de aquellas partes.

Y más, después que vinieron a Portugal, viendo el grande fruto qué hacían allí, los quisieron detener, últimamente se resolvieron en que se quedase allí el uno de ellos y que el otro pasase a las Indias. Veis aquí vuelto a poner el negocio en contingencia; pero acerca de Dios no hay contingencia; al fin hubo de ser el Padre Francisco Javier el que pasó a las Indias, porque ésa era la voluntad de Dios, y así lo había Él determinado, por convenir así para el bien de aquellas almas y mayor gloria suya. Tracen los hombres lo que quisieren, y llévenlo por la vía que mandaren, que eso tomará Dios por medio para cumplir sus trazas y hacer lo que más os conviniere a vos y a su mayor gloria.

Con estos y otros semejantes ejemplos, así de la Sagrada Escritura como de lo que cada día vemos y experimentamos así en otros como en nosotros mismos, habemos de ir asentando e impri-

miendo en nuestro corazón esta confianza, mediante la oración y consideración, y no habemos de parar en este ejercicio hasta que sintamos en nuestro corazón una muy familiar y filial confianza en Dios. Y tened por cierto que mientras con mayor confianza os arrojareis en Dios, más seguro estaréis; y, por el contrario, hasta que lleguéis a tener esta confianza filial, nunca tendréis verdadera paz y reposo de corazón, porque sin ella todas las cosas os turbarán y desmayarán.

Pues acabemos de arrojarnos y ponernos del todo en las manos de Dios y fiarnos de Él, como nos lo aconseja el Apóstol San Pedro (1 Ped 5, 7): [*Arrojad en Dios toda vuestra solicitud, porque Él tiene cuidado de vosotros*], y el Profeta (Sal 54,23): [*Arroja tus cuidados en el Señor, que Él te sostendrá*). Vos, Señor, me amasteis tanto a mí, que os entregasteis todo por mí en manos de crueles sayones para que hiciesen en Vos lo que quisiesen (Lc 23, 25): [*Y entregó a Jesús voluntad de ellos*]; ¿qué mucho que yo me ponga y entregue todo en manos, no crueles, sino tan piadosas como las vuestras, para que hagáis de mí lo que quisiereis, que estoy cierto que no será sino lo mejor y lo que más me conviene a mí?

Aceptemos aquel partido y concierto que hizo Cristo nuestro Señor con Santa Catalina de Sena. Hacía el Señor muchos regalos y favores a esta Santa, y entre ellos fue uno muy particular, que apareciéndole un día le dijo: Hija, olvídate tú de ti por acordarte de Mí, y Yo pensaré siempre en ti y tendré cuidado di ti. ¡Oh! ¡Qué buen concierto éste y qué buen trueque! ¡Qué ganancia tan grande sería ésta para nuestras almas! Pues a este partido sale el Señor con cada uno: Olvidaos de vos y dejad vuestras trazas; y cuanto más os olvidareis de vos para acordaros y fiaros de Dios, tanto más cuidará Dios de vos. Pues ¿quién no aceptará este partido tan aventajado y tan regalado, que es el que la Esposa dice que había hecho con su Esposo (Cant 7, 10): [*Yo a mi Amado, y Él se vuelve y entrega a mí*,] y en otra parte (Cant 2, 16 [*Mi Amado para mi, y yo para Él*].

CAPÍTULO 12

De cuánto provecho y perfección sea aplicar la oración a este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y cómo ha-

bemos de ir descendiendo a cosas particulares y hasta llegar al tercero grado de conformidad.

Juan Rusbroquio, varón doctísimo y muy espiritual, refiere de una santa virgen, que dando ella cuenta de su oración a su confesor y padre espiritual, que debía ser gran siervo de Dios y de mucha oración, y queriendo ser enseñada de él, le dijo que su ejercicio en la oración era en la vida y Pasión Cristo de nuestro Redentor, y que lo que sacaba de allí en conocimiento de sí y de sus vicios y pasiones, y dolor y compasión de los dolores y trabajos de Cristo. Díjole el confesor que bueno era aquello, pero que sin mucha virtud podía uno sacar compasión y ternura de la Pasión de Cristo, como acá por sólo el amor y afecto natural que uno tiene a su amigo, puede sacar compasión de sus trabajos. Preguntóle la virgen: ¿Y llorar una persona sus pecados cada día será verdadera devoción? Le respondió: Bueno es eso, pero no es lo más aventajado, porque lo malo, naturalmente, da pesadumbre. Tornó ella a preguntar: ¿Sería verdadera devoción pensar en las penas del infierno y en la gloria de los bienaventurados? Le respondió: Tampoco es eso lo más subido, porque la naturaleza misma, naturalmente aborrece y rehúsa lo que le da pena, y ama y busca lo que le puede ser de contento y gloria; como si le pintasen una ciudad llena de placeres y contentos, la desearía. La santa se fue con esto muy desconsolada y llorosa, por no saber a qué aplicaría su ejercicio de oración, que más agradase a Dios. Y de allí a poco se le apareció un niño muy hermoso, al cual diciéndole ella su desconsuelo y que nadie parecía que la podía consolar, respondió el niño que no dijese aquello, que él podía y quería consolarla. Ve, dice, a tu Padre espiritual, y dile que la verdadera devoción consiste en la abnegación y menosprecio propio y resignación entera en las manos de Dios, así en lo adverso como en lo próspero, uniéndose firmemente con Dios por amor, y conformando enteramente su voluntad con la voluntad de Dios en todas las cosas. Ella, muy alegre, fue y dijo esto a su Padre espiritual, el cual respondió: Ahí está el punto, y a eso se ha de aplicar la oración, porque en eso consiste la verdadera caridad y amor de Dios, y consiguientemente nuestro aprovechamiento y perfección.

De otra Santa se dice que fue enseñada de Dios que en la oración del *Pater Noster* insistiese mucho en aquella palabra: *Hágase, Señor, tu voluntad, así en la tierra como se hace en el Cielo*. Y de la

santa virgen Gertrudis se cuenta que inspirada de Dios dijo una vez trescientas y sesenta y cinco veces aquellas palabras de Cristo (Lc 22, 42): *No se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya*; y entendió que había agradado aquello mucho a Dios. Pues imitemos nosotros estos ejemplos, y apliquemos a esto nuestra oración e insistamos mucho en este ejercicio.

Para que podamos hacer esto mejor y con más provecho, es menester advertir y presuponer dos cosas. La primera, que la necesidad de este ejercicio es principalmente para el tiempo de las adversidades, y para cuando se nos ofrecen cosas dificultosas y contrarias a nuestra carne; porque para esas ocasiones es más menester la virtud, y entonces se echa más de ver el amor que cada uno tiene a Dios. Así como en el tiempo de paz muestra el rey lo que quiere a sus soldados en las mercedes que les hace, y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman peleando y muriendo por él; así en el tiempo de consuelo y favor el Rey del Cielo nos da a entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulación lo que le queremos, mucho más que en el de la prosperidad y consuelo.

Dice muy bien el B. Padre Maestro Ávila que el dar gracias a Dios en el tiempo de las consolaciones es de todos; pero el dárselas en el tiempo de las tribulaciones y adversidades, es propio de los buenos y perfectos. Y así es ésa una música muy dulce y suave a los oídos de Dios. Más vale, dice, en las adversidades un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias y bendiciones de prosperidades. Y así compara la Escritura divina (Eclo 32, 7) los justos al carbunclo: [*Piedrecita de carbunclo engastada en oro*]; porque esta piedra preciosa da más claridad y resplandor de noche que de día. Así el justo y verdadero siervo de Dios más luce y resplandece y más muestras da de sí en las tribulaciones y trabajos que en la prosperidad. Esto es de lo que la Sagrada Escritura alaba tanto al santo Tobías (2, 14), porque habiendo el Señor permitido que después de muchos trabajos perdiese también la vista de los ojos, no se entristeció por eso contra Dios, ni perdió un punto de la fidelidad y obediencia que antes tenía, sino permaneció inmoble y entero, haciendo gracias a Dios todos los días de su vida, igualmente por la ceguedad como por la vista, como hizo también el santo Job (1, 21) en sus trabajos.

Esto, dice San Agustín, es lo que habemos de procurar imitar nosotros; que seáis el mismo y permanezcáis tan alegre y entero en

el tiempo de las adversidades como en el de las prosperidades. Como la mano es la misma cuando está apretada y tenéis cerrado el puño que cuando la abrís y tenéis extendida; así el siervo de Dios en lo interior de su alma se ha de quedar el mismo, aunque en lo exterior y por de fuera parezca que está apretado y dolorido. Aun allá se dice de Sócrates que siempre estaba en un ser en todos los casos que le acontecían, por adversos y diversos que fuesen, y que nunca nadie le vio por eso ni más triste ni más alegre. No será mucho que nosotros, cristianos y religiosos, procuremos llegar en esto a lo que llegó un gentil.

Lo segundo, es menester advertir que no basta que tengamos en general esta conformidad con la voluntad de Dios, porque eso así en general es fácil. ¿Quién habrá que no diga que quiere se cumpla la voluntad de Dios en todas las cosas? Malos y buenos, todos dicen cada día en la oración del Pater noster: *Hágase, Señor, vuestra voluntad, así en la tierra como se hace en el Cielo*. Más es menester que eso; es menester desmenuzarlo, descendiendo en particular a aquellas cosas que parece que nos podrían dar alguna pena si se nos ofreciesen. Y no habemos de parar hasta vencer y allanar todas esas dificultades, que no quede, como dicen, lanza enhiesta; finalmente, hasta que no haya cosa que se nos ponga delante para unirnos y conformarnos en todo con la voluntad de Dios, sino que hagamos rostro a cualquier cosa que se nos pueda ofrecer.

Y aun no nos habemos de contentar con eso, sino procurar pasar adelante y no parar hasta que hallemos un entrañable gusto y regocijo en que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, aunque sea con trabajos, dolores y menosprecios, que es el tercer grado de conformidad. Porque también en esto hay diversos grados, uno más alto y más perfecto que otro, los cuales se pueden reducir a tres principales, al modo que dicen los Santos de la virtud de la paciencia.

El primero es cuando las cosas de pena que suceden, el hombre no las desea ni las ama, antes las huye; pero quiere sufrirlas antes que hacer cosa alguna de pecado por huirlas. Este es el grado más ínfimo y de precepto. De manera que, aunque un hombre sienta pena, dolor y tristeza con los males que suceden, y aunque gima cuando está enfermo y dé gritos con la vehemencia de los dolores, y aunque llore por la muerte de los parientes, puede con todo eso tener esta conformidad con la voluntad de Dios.

El segundo grado es cuando el hombre, aunque no desee los males que le sucedan, ni los elija, pero después de venidos los acepta y sufre de buena gana, por ser aquélla la voluntad y beneplácito de Dios. De manera que añade este grado al primero tener alguna buena voluntad y algún amor a la pena por Dios, y el quererla sufrir, no solamente mientras está obligado de precepto a sufrirla, sino también mientras el sufrirla fuere más agradable a Dios. El primer grado lleva las cosas con paciencia; este segundo añade el llevarlas con prontitud y facilidad.

El tercero es cuando el siervo de Dios, por el grande amor que tiene al Señor, no solamente sufre y acepta de buena gana las penas y trabajos que le envía, sino los desea y se alegra mucho con ellos, por se aquélla la voluntad de Dios, como dice San Lucas de los Apóstoles (Hech 5, 41): *Después de haberlos azotado con infamia pública, iban muy gozosos y regocijados, porque habían sido dignos de padecer afrentas por Cristo*. Y el Apóstol San Pablo decía (2 Cor 7, 4): [*Reboso de consolación y bañado estoy de gozo en todas mis tribulaciones*]. Estaba lleno de consuelo, y dice que rebosaba en gozo y alegría en medio de las cadenas, tribulaciones y adversidades. Y esto es de lo que él mismo, escribiendo a los Hebreos (10, 34), los alaba, diciendo [*Sufristeis con alegría el robo de vuestros bienes, sabiendo que teníais, guardada en el Cielo otra hacienda mucho mejor y más duradera*].

Pues aquí habemos de procurar llegar nosotros con la gracia del Señor, que llevemos con gozo y alegría todas las tribulaciones y adversidades que nos vinieren, como nos lo dice también el Apóstol Santiago en Canónica (1, 2): [*Hermanos, estimad por cosa digna de todo gozo ser combatidos de muchas tentaciones y aflicciones*]. Nos ha de ser cosa tan preciada y tan dulce la voluntad y contentamiento de Dios, que con esta salsa endulcemos todo lo amargo que nos viniere: todos los trabajos y sinsabores del mundo se nos han de hacer dulces y sabrosos, por ser ésa la voluntad y contento de Dios; y esto es lo que dice San Gregorio: [Cuando el alma con esforzado ahínco tiende a Dios, todo lo que hay amargo en esta vida lo juzga dulce; todo lo que la aflige lo tiene por descanso, y desea morir por gozar más plenamente de la vida.

Santa Catalina de Sena, en un diálogo que escribió de la consumada perfección del cristiano, dice que, entre otras cosas que su dulcísimos Esposo, Cristo nuestro Señor, le había enseñado, fue que

hiciese uno como aposento de una fuerte bóveda, que era la divina voluntad, y se encerrase y morase perpetuamente en él, y no sacase de él jamás ni ojo ni pie ni mano, sino que siempre estuviese recogida en él, como la abeja cuando está en su corcho, y como la perla en su concha. Porque, aunque al principio, por ventura, le parecería aquel aposento estrecho y angosto, después hallaría en él grandes anchuras, y sin salir de él pasaría por las moradas eternas, y alcanzaría en poco tiempo lo que fuera de él no se puede alcanzar en mucho. Pues hagámoslo nosotros así, y sea éste nuestro continuo ejercicio (Cant 2, 16): *Mi Amado para mí y yo para Él*. En solas estas dos palabras hay ejercicio para toda la vida, y así las habemos de traer siempre en la boca y en el corazón.

CAPITULO 13

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso para ir y estar en cualquier parte del mundo donde la obediencia le enviare.

Para que nos podamos aprovechar mejor de este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios y poner en práctica lo que habemos dicho, iremos especificando algunas cosas principales en que nos habemos de ejercitar. Después descenderemos otras cosas generales que pertenecen a todos; aho comenzaremos por algunas particularidades que tenemos en nuestras Constituciones, pues en ésas principalmente es razón que muestre el religioso su virtud y religión; y cada uno podrá aplicar la doctrina a otras cosas semejantes que haya en su religión o estado.

En la séptima parte de las Constituciones, tratando nuestro Padre de las misiones, que es una de las principales empresas de nuestro Instituto, dice que los de la Compañía han de estar indiferentes para ir y residir en cualquier parte del mundo, donde la obediencia les enviare, ahora sea entre fieles o infieles, a las Indias, o entre herejes. Y de esto hacen los profesos el cuarto voto solemne de especial obediencia al Sumo Pontífice, que irán pronta y liberalmente, sin excusa alguna, a cualquier parte del mundo donde Su Santidad los enviare, sin pedir cosa alguna temporal, ni por sí ni por otra per-

sona, ni para el camino ni para estar allá, sino que irán a pie o a caballo, con dineros o sin ellos, pidiendo limosna, como a Su Santidad mejor le pareciere. Y dice allí nuestro Padre que el fin e intención de hacer este voto fue para acertar mejor con la voluntad de Dios; porque como aquellos padres primeros de la Compañía fuesen de diversas provincias y reinos, y no supiesen en qué partes del mundo agradarían más a Dios, si entre fieles o infieles, por acertar con la voluntad de Dios hicieron aquel voto al Vicario de Cristo, para que él los distribuyese por ese mundo donde juzgase ser mayor gloria divina. Pero el de la Compañía, dice, en ninguna manera se ha de entrometer ni procurar estar ni ir a un lugar más que a otro, sino ha de estar muy indiferente, dejando la disposición de sí libre y enteramente en manos del superior, que en lugar de Dios le gobierna para mayor servicio gloria suya.

Para que se vea cuán indiferentes y preparados quiere nuestro Padre que estemos para ir a cualquiera parte del mundo que la obediencia nos enviare, leemos en su Vida que una vez el Padre Diego Lainez le dijo que le venía deseo de ir a las Indias a procurar la salud de aquella ciega gentilidad que perecía por falta de obreros evangélicos. Respondióle nuestro Padre: Yo no deseo nada de eso. Preguntado la causa, dijo: Porque habiendo nosotros hecho voto de obediencia al Sumo Pontífice para que a su voluntad nos envíe a cualquier parte del mundo en servicio del Señor, habemos de estar indiferentes, de manera que no nos inclinemos más a una parte que a otra, antes, dice, si yo me viese inclinado como vos a ir a la India, procuraría inclinarme a la parte contraria, para venir a tener aquella igualdad e indiferencia que para alcanzar la perfección de la obediencia es necesaria.

No queremos por esto decir que sean malo o imperfectos los deseos de Indias, que no son sino muy buenos y santos, y también es bueno el proponerlos y representarlos al superior cuando nuestro Señor los da; así lo dice allí nuestro Padre. Huélganse los superiores que los súbditos les representen estos deseos, porque suelen ser señal que Dios los llama para aquello, y así se hacen las cosas con suavidad. Sino decimos esto para que se vea la indiferencia y prontitud con que quiere nuestro Padre que estemos para ir y estar en cualquier parte del mundo; pues a una cosa tan trabajosa y de tanto servicio de nuestro Señor aún no quiere que estemos aficionados, porque esa afición y deseo particular no nos quite e impida la indife-

rencia y prontitud con que siempre habemos de estar para cualquier otra cosa y para cualquier otra parte donde la obediencia nos quisiese enviar.

De aquí se siguen algunas cosas con que se entenderá esto mejor: lo primero, que si los deseos de Indias le fuesen causa al que los tiene de perder algo de esta indiferencia y prontitud para otras cosas que obediencia le ordenase, no serían buenos, sino imperfectos. Si yo tuviese tanta gana o deseo de ir las Indias o a otra parte, que eso me inquietase y me fuese causa de no estar tan contento aquí o en otro lugar, donde quiere la obediencia que esté, o de no tomar los ministerios presentes en que ahora me ocupo tan de buena gana ni con tanta aplicación, por tener puestos los ojos y el corazón en esotro, claro está que esos deseos no serian buenos ni de Dios, pues impiden su voluntad, y Dios no puede ser contrario a sí mismo: especialmente que los deseos e inspiraciones del Espíritu Santo no suelen traer consigo inquietud ni desasosiego, sino mucha paz y tranquilidad. Y ésta es una de las señales que ponen los maestros de la vida espiritual para conocer si las inspiraciones y deseos son de Dios o no.

Lo segundo, se sigue de aquí que el que tiene una disposición universal, pronta e indiferente para ir a cualquier parte del mundo, y hacer cualquier cosa que la obediencia le ordenare, aunque no tenga aquellos particulares deseos e inclinación de ir a las Indias ni a otras partes remotas que otros tienen, no tiene que tener pena de eso, porque no es por eso de peor condición, sino antes de mejor, porque ésa es la disposición que nuestro Padre quiere que tengamos todos en la compañía, que cuanto es de nuestra parte, no tengamos deseo ni afición particular más a esto que a aquello, sino que estemos como el fiel del peso, sin inclinarnos más a una parte que a otra. Y de éstos hay muchos, y creo que los más.

Trataba una vez nuestro Padre de enviar al Padre maestro Nadal a cierta misión, y quiso primero saber a qué se inclinaba, para hacerlo con más suavidad. Respondió el Padre Nadal por escrito que a ninguna cosa se inclinaba sino a no inclinarse. Esto tiene nuestro Padre por mejor y por más perfecto; y con razón, porque el otro parece que se ata a una cosa sola; pero éste con su indiferencia abraza todas las cosas que le pueden mandar, e igualmente está dispuesto y ofrecido a todas ellas; y como Dios mira el corazón y volun-

tad de cada uno y la reputa por obra, delante de él es como si ya todo lo hubiese puesto por obra.

Y para que acabemos de declarar esto, digo que si uno de cobarde y pusilánime e inmortificado no tiene esos deseos de Indias, por no tener brío ni ánimo para dejar las comodidades, que le parece que tiene o podrá tener acá, ni para padecer los trabajos grandes que allá se pasan, ésa será imperfección y amor propio. Pero el que no deja de desear esto de cobarde, ni porque le falten deseos y ánimo para padecer ésos y otros mayores trabajos por amor de Dios y por la salud de las almas, sino porque no sabe si es aquella la voluntad de Dios, o si quiere de él otra cosa, mas él de su parte está tan pronto y dispuesto para eso y para todo lo que entendiere ser voluntad d Dios, que si le enviaran a las Indias o a Inglaterra a otra cualquiera parte, irá tan de buena gana como si él lo hubiese deseado y pedido, y aun por ventura de mejor, por estar más seguro que no hace en aquello su voluntad, sino puramente la voluntad de Dios, eso no hay duda, sino que es mucho mejor y más perfecto. Y así a los que tienen esta disposición e indiferencia envían también los superiores de buena gana a las Indias.

Pero volviendo a nuestro punto principal, quiere nuestro Padre que tengamos todos tanta indiferencia y resignación para estar tan de buena gana en una parte como en otra, y en una provincia como en otra, que ni aun el respeto de la salud corporal baste para quitarnos esta indiferencia. Dice en la tercera parte de las Constituciones que es propio de nuestra vocación e Instituto discurrir por diversas partes del mundo, y estar donde se espera mayor servicio de Dios y mayor ayuda de las almas; mas si por experiencia hallase que a alguno le hace daño el cielo de alguna región, y se viese que continuamente le iba allí mal de salud, que el superior considere si conviene que aquel tal vaya a otra parte donde hallándose mejor de salud, pueda emplearse más en servicio de Dios y de las almas; empero, dice que el enfermo no ha de pedir esa mudanza, ni aun mostrar inclinación a ella, sino que ha de dejar todo ese cuidado al superior. No nos pide nuestro Padre poco en esto, sino mucho; porque menester es que esté uno bien indiferente y mortificado para no solamente no pedir, pero ni aun mostrar inclinación a mudanza, yéndole allí mal de salud continuamente.

De manera que en lo que toca a ir a las Indias o a tierras de herejes, bien puede uno proponer su inclinación y deseo, como dijimos,

aunque con indiferencia y resignación; pero en esto no da licencia ni para que pida mudanza, ni para que muestre inclinación y deseo de ella, que es mucho más. Solamente da licencia para que si se siente enfermo proponga al superior su enfermedad e indisposición y la inhabilidad que siente para los ministerios, y de eso tenemos regla que lo propongamos. Empero, propuesto eso, no tiene más que hacer el súbdito; el superior verá si supuesto eso, convendrá enviarle a otra parte donde pueda hacer más estando mejor, o si será mayor gloria divina que esté ahí, aunque haga menos o aunque no haga nada. Eso no está a su cargo; déjese cada uno guiar del superior que en lugar de Dios le gobierna, y tenga por mejor y por más servicio divino lo que él ordenare. ¿Cuántos están en esas tierras y en otras más contrarias a su salud porque tienen allí de comer? ¿Cuántos pasan la mar y van a las Indias, a Roma y a Constantinopla por un poco de hacienda, y ponen en peligro, no sólo la salud, sino la vida? Pues no será mucho que nosotros, siendo religiosos, hagamos por Dios y por la obediencia lo que hacen los del mundo por el dinero.

Y si se os ofreciere que en otra parte pudierais hacer algo, y aun mucho, y que ahí donde estáis os va tan mal de salud que no podéis hacer nada, acordaos que con todo eso es mejor estar ahí por voluntad de Dios no haciendo nada, que en otro cabo por vuestra voluntad, aunque hicieseis mucho, y conformaos con la voluntad de Dios, que quiere ahora eso de vos por lo que El sabe y no es menester que vos sepáis.

En las crónicas de la Orden de San Francisco se cuenta del santo fray Gil que, habiéndole dado el bienaventurado San Francisco licencia para ir donde quisiese y vivir en la provincia y casa que él más gustase, dejando esto a su elección, por ser muy grande su virtud y santidad, apenas había pasado cuatro días con aquella licencia, cuando echó de menos la tranquilidad y quietud pasada, y sintió la inquietud y desasosiego que con aquello tenía su alma; y así, fue a San Francisco, pidiéndole con mucha instancia le señalase lugar y casa donde viviese y no dejase esto a su elección, certificándole que en esta libre y larga obediencia no podía quietarse ni sosegar su alma. Los buenos religiosos no hallan paz ni contento en el cumplimiento de su voluntad, y así no desean ésta o aquella casa o lugar, sino que la obediencia les ponga de su mano donde quisiere, porque aquélla entienden que es la voluntad de Dios, en la cual solamente hallan descanso y contento.

CAPÍTULO 14

De la indiferencia y conformidad con la voluntad de Dios que ha de tener el religioso para cualquier oficio y ocupación en que la obediencia le quisiere poner.

La indiferencia y resignación que acabamos de decir habemos de tener también para cualquier oficio y ocupación en que la obediencia nos quisiere poner. Bien vemos cuántos y cuán diferentes son los oficios y ocupaciones que hay en la Religión; pues vaya cada uno discurriendo por ellos hasta que haga igual rostro a cualquiera.

Dice nuestro Padre en las Constituciones, y lo tenemos en las Reglas: «Cuanto a los oficios bajos y humildes debe prontamente tomar aquellos en los cuales hallare mayor repugnancia, si le fuere ordenado que los haga.» Para donde es menester más la indiferencia y resignación es para los oficios bajos y humildes, por la repugnancia que tiene a ellos nuestra naturaleza; y así más hace uno y más virtud y perfección muestra en ofrecerse a Dios para estos oficios, que en ofrecerse para otros más altos y honrosos. Como si uno tuviese tanto deseo de servir a un señor que se ofreciese para servirle toda su vida de mozo de espuelas y de barrendero si fuese menester, claro está que más hace éste y más muestra la voluntad que tiene de servirle que si dijese: Señor, os serviré de maestresala o mayordomo, porque eso más es pedir mercedes que ofrecer servicios; y tanto más sería esto de estimar, cuanto mayores partes tuviese para oficios altos el que se ofrece para los bajos. Pues de la misma manera, si vos os ofrecéis a Dios: Señor, os serviré en oficio de predicador o lector de teología, no hacéis mucho en eso, porque esos oficios altos y honrosos de suyo son apetecibles: poco mostráis en eso el deseo que tenéis de servir a Dios. Pero cuando os ofrecéis servir en la casa de Dios todos los días de vuestra vida oficios bajos y humildes y repugnantes a vuestra carne y sensualidad, entonces mostráis mucho deseo que tenéis de servir a Dios. Eso es más de agradecer y estimar, y tanto más cuanto mayores partes tuviereis para oficios más altos.

Esto nos había de bastar para desear los oficios bajos humildes e inclinarnos siempre más a ello; especialmente que en la casa de Dios no hay oficio bajo. Aun allá dicen que en casa del rey no le hay,

porque servir al rey, en cualquier oficio que sea, se tiene en mucho; ¿cuánto más será servir a Dios, al cual, servir, es reinar?

San Basilio, para aficionamos a los oficios bajos y humildes, trae el ejemplo de Cristo, del cual leemos en el sagrado Evangelio que se ocupó en semejantes oficios, lavando los pies a sus discípulos; y no sólo eso, sino por mucho tiempo sirviendo a su Santísima Madre y al Santo José, y estando sujetos, obediente a ellos en todo lo que le mandaban (Lc 21, 51): [*Y estaba sujeto a ellos*]. Desde los doce años hasta los treinta no cuenta el sagrado Evangelio otra cosa de Él sino esto. Donde consideran los Santos muy bien que les serviría y ayudaría en muchos oficios bajos y humildes, especialmente siendo ellos tan pobres como eran. Pues «no se desdeñe el cristiano, y mucho menos el religioso, de hacer lo que hizo Cristo». Pues no se desdeñó el Hijo de Dios de ocuparse en estos oficios bajos por nuestro amor, no nos desdeñemos tampoco nosotros de ocuparnos en ellos por su amor, aunque sea todos los días de nuestra vida.

Pero viniendo más a nuestro propósito, una de las razones y motivos más principales que nos ha de hacer que tomemos tan de buena gana cualquier oficio y ocupación en que la obediencia nos pusiere, ha de ser entender que aquélla es la voluntad de Dios; porque, como arriba dijimos, éste ha de ser siempre nuestro consuelo y nuestro contento en todas nuestras ocupaciones, que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. Esto es lo que harta y satisface al alma: Dios quiere que yo haga esto ahora, ésta es la voluntad de Dios; no hay más que desear, porque no hay cosa mejor ni más alta que la voluntad de Dios. A los que andan de esta manera no se les da más que les manden esto que aquello, ni que les pongan en oficio alto o bajo, porque todo es uno para ellos.

El bienaventurado San Jerónimo cuenta un ejemplo muy bueno a este propósito. Dice que visitando él aquellos santos monjes del yermo, vio a uno al cual el superior, deseando su aprovechamiento y dar también ejemplo de obediencia a los demás mancebos, le había mandado que trajese a cuestas dos veces cada día una muy grande piedra por espacio de tres millas, que es una legua, sin haber en ello otra necesidad ni utilidad más que el obedecer y mortificar su juicio, y había ya que usaba esto ocho años. Y como esto, dice San Jerónimo, a los que no entienden el valor de esa virtud de la obediencia ni han llegado a la puridad y simplicidad de ella, con espíritu altivo y de soberbia les podría por ventura parecer juego de niños o acto ocioso,

preguntábanle cómo llevaba aquella obediencia, y yo mismo, dice, se lo pregunté, deseando saber qué movimientos pasaban allá en su ánima haciendo aquello. Y respondió el monje: Tan contento y gozoso quedo cuando he hecho esto, como si hubiera hecho la cosa más alta y de mayor importancia que me pudieran mandar. Dice San Jerónimo que le movió tanto esta respuesta, que desde entonces comenzó él a vivir como monje. Eso es ser monje y vivir como verdadero religioso: no reparar en lo exterior, sino en que estamos cumpliendo la voluntad y contento de Dios. Estos son los que aprovechan y crecen mucho en virtud y perfección, porque se sustentan siempre de hacer la voluntad de Dios: se sustentan de la flor de la harina (Sal 14, 14): [*Y con la flor del trigo te da hartura*].

Pero dirá alguno: Bien veo yo que es gran perfección hacer la voluntad de Dios en todas las cosas, y que en cualquier ejercicio que me manden puedo estar haciendo la voluntad de Dios; pero quisiera yo que me ocuparan en otra cosa de más tono, y hacer en eso la voluntad de Dios. Eso es faltar en los primeros principios, porque es, en buen romance, querer que Dios haga vuestra voluntad, y no querer vos hacer la de Dios. No tengo yo de dar trazas a Dios, ni tengo de querer que Él se conforme con lo que a mí me parece y con lo que yo querría, sino yo tengo de seguir las trazas de Dios y conformarme con lo que Él quisiere de mí. Dice muy bien San Agustín: Aquel es buen siervo vuestro, Señor, que no tiene cuenta con si lo que le mandáis es conforme a su voluntad, sino con querer él lo que Vos le mandareis. Y el santo abad Nilo dice: no pidáis a Dios que haga lo que vos queréis, sino lo que nos enseñó Cristo que le pidiésemos, que es que se haga su voluntad en mí.

Nótese este punto que es muy provechoso y general para todos los trabajos y sucesos que se nos pueden ofrecer. No habernos nosotros de escoger en qué y cómo habemos de padecer, sino Dios. No habéis vos de escoger las tentaciones que habéis de tener, ni decir: Si fuera otra tentación, no se me diera nada; mas ésta no la puedo llevar. Si las penas que nos vienen fuesen las que nosotros queremos, no serían penas. Si de veras deseáis agradar a Dios, le habéis de pedir que os lleve por donde Él sabe y quiere, y no por donde vos queréis; y cuando el Señor os enviare lo que os es más desabrido y lo que vos más huís de padecer, y os conformareis con ello, entonces imitaréis más a Cristo, nuestro Redentor, que dijo (Lc 22, 42): *No se haga, Señor, mi voluntad, sino la vuestra*. Eso es te-

ner entera conformidad con la voluntad de Dios, ofrecernos del todo a Él para que haga de nosotros lo que quisiere, y cuando quisiere, y de la manera que quisiere, sin excepción ni contradicción, y sin reservar para nosotros cosa alguna.

Cuenta Luis Blosio que la santa virgen Gertrudis, movida con piedad y misericordia, rogaba a Dios por cierta persona, la cual había oído que impacientemente se quejaba porque le enviaba Dios algunos trabajos, enfermedades o tentaciones, las cuales le parecían a ella que no le convenían. Pero el Señor respondió a la santa virgen: Dirás a esa persona por quien ruegas, que porque el reino de los Cielos no se puede alcanzar sin algún trabajo o molestia, que escoja ella lo que le parece ser provechoso, y cuando le viniere, tenga paciencia. De las cuales palabras y del modo con que se las dijo el Señor, entendió la santa virgen ser muy peligroso género de impaciencia, cuando el hombre quiere escoger aquellas cosas que ha de padecer, diciendo que no convienen para su salud, ni puede llevar las que Dios le envía. Porque cada uno se ha de persuadir y confiar que lo que Dios nuestro Señor le envía, eso es lo que le conviene, y así lo ha de recibir con paciencia, conformándose en ello con la voluntad de Dios. Pues así como no habéis de escoger los trabajos ni las tentaciones que habéis de padecer, sino tomar como de mano de Dios las que El os envía, y entender que aquéllas son las qué más os convienen, así tampoco habéis de escoger el oficio o ministerio que habéis de hacer, sino tomar como de la mano de Dios aquel en que la obediencia os pusiere, y entender que ése es el que más os conviene.

Añaden aquí otro punto muy espiritual, y dicen que ha de estar uno tan resignado en la voluntad de Dios y tan confiado y seguro en Él, que desee no saber lo que Dios querrá hacer y disponer de él. Así como acá, cuando un señor se fía tanto de un mayordomo, que no sabe de su hacienda ni lo que tiene en casa, es muestra de gran confianza, como dice el santo José que la hizo de él su Señor (Gen 39, 8): [*Mira que mi Señor me ha entregado todas sus cosas y no sabe lo que tiene en su casa*], así muestra uno tener grande confianza en Dios, cuando no quiere saber lo que Dios quiere hacer de él: en buenas manos estoy, eso me basta (Sal 30, 16): [*En tus manos, Señor, están mis suertes*]; con eso vivo contento y seguro, no he menester saber más.

Para los que desean puestos y oficios o ministerios mas altos, pareciéndoles que en aquello harían más fruto en las almas y más servicio a Dios, digo que se engañan mucho en pensar que ése es celo del mayor servicio de Dios y del mayor bien de las almas; no es sino celo y deseo de honra y estimación y de sus comodidades; y por ser aquel oficio y ministerio más honroso o más conforme a su gusto e inclinación, por eso le desean. Se verá esto claramente por aquí: si estuviereis allá en el mundo o solo, parece que pudierais decir: esto es mejor que aquello y de más fruto para las almas, quiero dejar aquello por hacer esto, porque no se puede hacer todo. Pero acá en la Religión no se ha de dejar esto por aquello, sino que lo uno y lo otro se ha de hacer. Sólo hay en ello, que si vos lleváis el contralto, ha de llevar otro el contrabajo. Y si yo fuese humilde, antes había de querer que el otro hiciese el oficio alto, porque tengo de creer que lo hará mejor que yo y con más fruto, y con menos peligro, de vanidad.

Para esto y para otras cosas semejantes es muy buena una doctrina de nuestro bienaventurado Padre Ignacio, que la pone él por fundamento para las elecciones, donde pone tres grados o modos de humildad; y el tercero y más perfecto es, ofreciéndose dos cosas de igual gloria y servicio de Dios, escoger aquella en que hubiere más desprecio y abatimiento mío, por parecer e imitar más con eso a Cristo nuestro Redentor y Señor, que quiso ser despreciado y abatido por nosotros. Y hay en esto otro grande bien: que en estas cosas hay menos de interés propio; no tiene el hombre ocasión de buscarse en ellas a sí mismo, ni tiene ese peligro de envanecerse en ellas, que en las altas y honrosas. En los oficios bajos se ejercitan juntamente la humildad y la caridad, y con ellos se conserva mucho esta virtud de la humildad, como con actos propios suyos; pero en los altos ejercitase la caridad con peligro de la humildad, lo cual nos había de bastar, no sólo para no desearlos, sino para temerlos.

CAPÍTULO 15

De la conformidad que habernos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de los talentos y dones naturales.

Cada uno ha de estar muy contento con lo que Dios le ha comunicado, con el talento, con el entendimiento e ingenio, y con la

habilidad y partes que Dios le ha dado, y no ha de tener pena ni tristeza por no tener tanta habilidad o talento como el otro, ni ser para tanto como él. Esta es una cosa de que todos tenemos necesidad. Porque dado caso que algunos luzcan y parezca que se aventajan en algunas cosas, siempre tienen otros contrapesos que les humillan, en que tienen necesidad de esta conformidad. Y así es menester estar prevenidos, porque suele el demonio acometer a muchos por aquí.

Estaréis en los estudios, y viendo que el otro vuestro condiscípulo se aventaja en habilidad, y que arguye y responde muy bien, os vendrá por ventura alguna manera de envidia, que aunque no llegue a que os pese del bien de vuestro hermano, que es propiamente el pecado de envidia, pero al fin viendo que vuestros compañeros vuelan con sus ingenios y van delante con sus talentos, y que vos os quedáis atrás y no podéis arribar ni alzar cabeza, sentís una tristeza y melancolía, y andáis como corrido y afrentado entre los demás; y de ahí os viene un desmayo y descaecimiento y una tentación de dejar el estudio, y aun algunas veces la Religión. A algunos ha echado esta tentación de la Religión, porque no estaban bien fundados en humildad. Pensó el otro hacer raya y señalarse entre todos, y que fuera la fama por toda da provincia de que era el mejor estudiante del curso; y como le salió el sueño al revés, queda tan corrido y afrentado, que viendo el demonio tan buena ocasión, le representa que no se podrá librar de aquella afrenta ni de aquella tristeza, si no es dejando la Religión. Y no es nueva esta tentación, sino muy antigua.

En las Crónicas de la Orden de Santo Domingo se cuenta un ejemplo a este propósito de San Alberto Magno, maestro que fue de Santo Tomás de Aquino. Fue Alberto Magno, cuando niño, muy devoto de Nuestra Señora, y le rezaba cada día ciertas devociones, y por su medio e intercesión entró en la Religión de Santo Domingo, siendo de diez y seis años. Y dícese allí que cuando mozo no era de mucho entendimiento, antes era rudo y de poca habilidad para el estudio. Y como se veía entre muchos y muy delicados ingenios de sus condiscípulos, andaba tan corrido, que llegó la tentación a apretarle tanto y ponerle en tanto peligro, que estuvo muy a punto de dejar el hábito. Estando en este aprieto de pensamientos fue maravillosamente socorrido con una visión. Estando una noche durmiendo, parecíale que ponía una escala al muro del monasterio para salir e irse

de él; y subiendo por ella, vio en lo alto cuatro venerables matronas, aunque una parecía señora de las otras. Y llegando cerca de ellas, asió de él la una y le derribó de la escala, vedándole la salida del monasterio. Porfió a querer otra vez subir, y la segunda matrona se hubo con él como la primera. Quiso tercera vez subir, y la tercera matrona le preguntó la causa por que quería irse del monasterio. El, con rostro vergonzoso, respondió: Me voy, señora, porque veo que otros de mi suerte aprovechan en el estudio de la filosofía, y yo trabajo en vano. La vergüenza que por esta ocasión padezco me hace que deje la Religión. Díjole la matrona: Aquella Señora que ves allí (señalando a la cuarta) es la Madre de Dios y Reina de los Cielos, de quien las tres somos criadas; encomiéndate a Ella, que nosotras te ayudaremos, y le suplicaremos que sea intercesora a su benditísimo Hijo para que te dé ingenio dócil, de modo que aproveches en el estudio.

Oyendo esto fray Alberto alegróse mucho, y llevándole aquella matrona a nuestra Señora, fue de Ella bien recibido; y preguntándole qué era lo que tanto deseaba y pedía, respondió que saber filosofía, que era lo que él estudiaba y no entendía. Y la Reina del Cielo respondió tuviese buen ánimo y estudiase, que en aquella facultad sería grande hombre. Pero porque sepas, dice, que esto te viene de Mí, y no por tu ingenio ni habilidad, algunos días antes que mueras, leyendo públicamente, se te olvidará cuanto supieres: Con esta visión quedó consolado. Y desde este día aprovechó tanto en el estudio, no sólo de Filosofía, sino también de Teología y Sagrada Escritura, cuanto dan testimonio las obras que dejó escritas. Y tres años antes de su muerte, estando leyendo en Colonial perdió totalmente la memoria, en cuanto lo que tocaba a ciencias, quedando como si en su vida no hubiese aprendido cosa alguna de estudios; y por ventura fue esto también en penitencia de la poca conformidad que había tenido en el talento y habilidad que Dios le había dado. Y acordándose de la visión que tuvo cuando quiso salirse de la Religión, contó públicamente a los oyentes todo lo que había pasado, y así se despidió de ellos, recogiéndose en su convento, empleándose todo en oración y contemplación.

Pues para que no nos veamos en semejantes peligros, es menester estar prevenidos; y la prevención necesaria para esto ha de ser mucha humildad, porque de falta de ella nace toda esta dificultad, porque no podéis sufrir ser tenido por el más ruin estudiante del cur-

so. ¿Pues qué si llegan a deciros que no sois para pasar adelante en los estudios, y veis a vuestros compañeros teólogos, y después letrados y predicadores?; menester es mucha humildad y mucha conformidad para esto. Y lo mismo será menester para después de los estudios, que os vendrá tentación, porque no sois para tanto como otros: porque no tengo talento para predicar, lucir y tratar como el otro, ni para que se me encomienden los negocios y se haga caso de mí. Y lo mismo digo de los que no son estudiantes, que os vendrán pensamientos y tentaciones: ¡Oh, si fuera yo estudiante! ¡Oh, si fuera sacerdote! ¡Oh, si fuera letrado para poder hacer fruto en las almas! Y alguna vez podrá ser que os apriete tanto la tentación, que os ponga en peligro la vocación y aun la salvación, como ha puesto a algunos.

Doctrina es ésta general y cada uno la puede aplicar a sí, conforme a su estado. Y así es menester que todos estén muy conformes con la voluntad de Dios, contentándose cada uno con el talento que Dios le ha dado y con el estado en que le ha puesto, y que no quiera nadie ser más de lo que Dios quiere que sea. El bienaventurado San Agustín, sobre aquellas palabras del Salmista (Sal 118, 36): [*Incliné mi corazón a la guarda de tus mandamientos y no a la avaricia*], dice que éste fue el principio y raíz de todo nuestro mal: porque quisieron ser nuestros primeros padres más de lo que Dios les hizo, y desearon tener más de lo que Dios les dio, por eso cayeron del estado que tenían y perdieron lo que les había dado. Púsoles el demonio aquel cebo (Gen 3, 5): *Seréis semejantes a Dios*; con eso les engañó y derribó. Y esta herencia heredamos nosotros de ellos, que tenemos un apetito de divinidad, y una locura y frenesí de querer ser más de lo que somos. Y como al demonio le fue tan bien por ahí con nuestros primeros padres, procura hacernos también guerra a nosotros por ese medio, incitándonos a que deseemos ser más de lo que Dios quiere que seamos, y que no nos contentemos con el talento que el nos ha dado, ni con el estado en que nos ha puesto. Y por eso dice San Agustín que pide a Dios el Profeta: Señor, dadme un corazón desinteresado e inclinado fielmente a vuestro gusto y voluntad y no a mis intereses y comodidades. Por avaricia dice que se entiende allí todo género de interés, y no sólo la codicia del dinero; y ésa es la que dice San Pablo (1. Tim 6, 10) que es *la raíz de todos los males*.

Pues para que todos tengamos esta indiferencia y disposición, conformándonos y contentándonos con el talento que el Señor nos ha dado, y con el estado y grado en que nos ha puesto, basta saber que ésa es la voluntad de Dios (1 Cor 12, 11): [*Todos estos dones los obra un nuevo Espíritu Santo, que los reparte a cada uno en particular según su beneplácito*] dice el Apóstol San Pablo a los de Corinto. Pone el Apóstol aquella metáfora, que trajimos arriba otro propósito, del cuerpo humano, y dice que al como puso Dios los miembros en el cuerpo a cada uno como quiso, y no se quejaron los pies porque no les hicieron cabeza, ni las manos porque no las hicieron ojos, así también en el cuerpo de la Iglesia, y lo mismo es en el cuerpo de la Religión, puso Dios a cada uno en el puesto y oficio que El fue servido; que no fue eso acaso, sino con particular acuerdo y providencia suya.

Pues si quiere Dios que seáis pies, no es razón que vos queráis ser cabeza; y si Dios quiere que seáis manos, no es razón que vos queráis ser ojos. ¡Oh! Que son muy altos y muy profundos los juicios de Dios: ¿quién los podrá comprender? (Sab 9, 13): [*Porque ¿quién de los hombres podrá saber los designios de Dios?*]. Todas las cosas, Señor, proceden de Ti, y por eso en todo debes ser loado; Tú sabes lo que conviene darse a cada uno; y por qué tiene uno menos y otro más, no conviene a nosotros discernirlo. ¿Qué sabéis lo que fuera de vos, si tuvierais un gran ingenio y habilidad? ¿Qué sabéis, si tuvierais un gran talento de púlpito y fuerais muy oído y estimado, si os perdierais por ahí, como otros se han perdido, ensoberbeciéndose y desvaneciéndose? «Los letrados, dice aquel Santo, huelgan de ser vistos y ser tenidos por tales.» Si con dos maravedís de ingenio que tenéis y con tres blancas de letras que sabéis, si con una medianía y por ventura menos que medianía, estáis tan vano y tan ufano, que os estimáis y os comparáis y preferís por ventura a otros, y os agraviáis porque no echan mano de vos para esto y para lo otro, ¿qué fuera con la excelencia? ¿Qué fuera si tuvierais unas partes raras y extraordinarias? Por su mal le nacen las alas a la hormiga, y así por ventera os nacieran a vos.

Verdaderamente, si tuviéramos, no antojos, sino ojos, antes habíamos de dar infinitas gracias a Dios por habernos puesto en estado bajo y humilde, y por habernos dado pocas partes y habilidades, y decir con aquel Santo: «Por gran beneficio tengo, Señor, no tener muchas cosas, de las cuales se me siga en lo de fuera loor y honra

ante los hombres.» Los Santos proclaman muy bien el grande peligro que hay en esas ventajas y excelencias, y así no sólo no las deseaban, sino las temían, por el peligro grande que hay en ellas de desvanecerse y perderse (Sal 55, 4): [*Temeré por el día de la elevación*]; y con eso agradaban más a Dios, el cual quiere a sus siervos más humildes que grandes.

¡Oh, si acabásemos de caer en la cuenta que todo es burla, sino hacer la voluntad de Dios! ¡Oh, si acabásemos de poner todo nuestro contento en el contentamiento de Dios! Si vos con letras, y vos con menos letras y habilidad contentáis más a Dios, ¿para qué queréis vos letras? ¿Y para qué queréis vos más letras y más habilidad y más talento? Si para algo lo habíais de querer, era para contentar y servir más a Dios con ello; pues si Dios se sirve más en que no tengáis letras, o en que no tengáis más letras, ni mal talento ni habilidad, como es cierto que se sirve, pues Él es el que hizo este repartimiento, ¿de qué hay que tener pena? ¿Para qué habéis de querer ser lo que Dios no quiere que seáis, y lo que no os conviene que seáis? Que no agradaron a Dios los sacrificios grandes que Saúl le quiso ofrecer, porque no era aquello conforme a su voluntad. Así tampoco agradarán a Dios esos deseos vuestros altos y levantados. Que no está nuestro bien ni nuestro aprovechamiento y perfección en ser letrados, ni en ser predicadores, ni en tener grandes partes y talentos, ni en entender en cosas altas y subidas, sino en hacer la voluntad de Dios, y en dar buena cuenta de lo que Él nos ha encomendado, y en emplear bien el talento que nos ha dado. Y así en esto habemos de poner los ojos y no en esotro, porque esto es lo que Dios quiere de nosotros.

Es muy buena comparación para declarar esto la de los representantes de las comedias, cuya estima y premio no se toma del personaje que representan, sino del buen cobro que da cada uno de su dicho. Y así si representa mejor el que hace la persona del villano que el que hace la del emperador, aquél sale más estimado y alabado de los circunstantes y más bien premiado de los jueces. De la misma manera lo que Dios mira y estima en nosotros en esta vida (que toda ella es como una representación y comedia que se acaba presto, y plega a Dios no sea tragedia), no es el personaje que representamos, uno de superior, otro de predicador, otro de sacristán, otro de portero, sino el buen cobro que cada uno da de su personaje. Y así, si el coadjutor hace bien su oficio y representa mejor su per-

sonaje que el predicador o el superior el suyo, será más estimado delante de Dios y más premiado y honrado. Que por ventura no supiera el otro representar bien la persona del rey, y representando la persona del escudero o pastor, ganó honra y llevó el premio; así también por ventura no supierais vos representar bien la persona de predicador o superior, y representáis bien la persona de confesor, y vos la de coadjutor: sabe Dios repartir muy bien los dichos, y dar a cada uno el personaje que le conviene. *Conforme al caudal y fuerzas de cada uno*, dice el sagrado Evangelio (Mt 25, 15) que repartió el Señor los talentos. Por tanto, nadie tenga deseo de otro personaje, ni de otro talento, sino procure cada uno representar bien el personaje que le han dado, y emplear bien el talento que ha recibido y dar buena cuenta de él, porque de esa manera agradará más a Dios y recibirá mayor premio.

CAPÍTULO 16

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en las enfermedades.

Así como la salud es don de Dios, así también lo es la enfermedad, la cual nos envía el Señor para nuestra prueba, corrección y enmienda, y para otros muchos bienes y provechos que se suelen seguir de ella, como es conocer nuestra flaqueza, desengañarnos de nuestra vanidad, despegarnos del amor de las cosas de la tierra y de los apetitos de la sensualidad, adelgazar los bríos y fuerzas de nuestro mayor enemigo, que es la carne, acordarnos que no es ésta nuestra patria sino una como venta donde andamos desterrados, y otras cosas semejantes. Por lo cual dijo el Sabio (Eclo 31, 2): *La enfermedad grave hace templada y fuerte al alma*. Y así habemos de estar tan conformes con la voluntad de Dios en la enfermedad como en la salud, aceptándola como venida de la mano de Dios nuestro Señor, cuando Él fuere servido de enviárnosla. Decía uno de aquellos padres antiguos a un discípulo suyo, que estaba enfermo: Hijo; no te entristezcas con la enfermedad, antes da muchas gracias a Dios por ella, porque si eres hierro con el fuego perderás el orín; y si eres oro, con el fuego quedarás probado. Gran virtud es, dice, y gran religión, hacer gracias a Dios en la enfermedad.

De la bienaventurada Santa Clara cuenta Surio en su Vida que estuvo enferma veintiocho años de graves enfermedades, y fue su paciencia tan grande, que en todos ellos nunca la sintieron quejarse ni murmurar de su gran trabajo, antes siempre daba gracias al Señor. Y en su última enfermedad, como estuviese tan trabajada, que en diecisiete días no pudo tomar bocado, consolándola su confesor fray Reinaldo, y exhortándola a tener paciencia de tan largo martirio de tantas enfermedades, respondió ella: Después que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por su santo siervo Francisco, ninguna enfermedad me fue dura, ninguna pena molesta, y ninguna penitencia pesada.

Admirable es también a este propósito, y de rarísimo ejemplo, y que dará mucho ánimo y consuelo a los enfermos, la vida de Liduvina, virgen, la cual estuvo treinta y ocho años continuos con gravísima y extraordinarias enfermedades y dolores, y los treinta sin poderse levantar de una pobre camilla, ni tocar el suelo con sus pies, y allí le hacía el Señor grandísimas mercedes.

Pero porque se nos suelen ofrecer algunas razones particulares con color y apariencia de mayor bien para impedir esta indiferencia y conformidad, iremos respondiendo y satisfaciendo a ellas.

Cuanto a lo primero, podrá decir alguno: por mí no se me diera más estar enfermo que sano; pero lo que siento es parecerme que soy carga a la Religión y que doy pesadumbre en casa. A esto digo que eso es juzgar a los superiores y a los de casa de poca caridad y de poca conformidad con la voluntad de Dios. También los superiores tratan de perfección y de tomar todas las cosas como venidas de la mano del Señor, y conformarse en ellas con su divina voluntad; y así, si Dios quiere que vos estéis enfermo y que ellos se ocupen en curaros y regalaros, también lo querrán ellos; y como vos llevaréis la cruz que Dios os da, llevarán ellos la que les cupiere con mucha conformidad.

Pero diréis: en eso bien veo la caridad grande que se usa en la Compañía; lo que me da pena no es sino el fruto que pudiera hacer estudiando, predicando, confesando, y la falta que se hace por estar enfermo. A esto responde muy bien San Agustín. Dice que habemos de considerar que nosotros no sabemos si será mejor hacer aquello que querríamos, o dejarlo de hacer, y así habemos de trazar y ordenar las cosas conforme a nuestra capacidad; y si después las pudié-

ramos hacer de la manera que nosotros las trazamos, no nos habemos de holgar porque se hizo lo que nosotros pensamos y quisimos, sino porque el Señor quiso que así se hiciese. Y si sucediese no venir a efecto lo que nosotros pensábamos y trazábamos, no por eso nos habemos de turbar y perder la paz. Porque más razón es que sigamos nosotros la voluntad y traza de Dios, que Él la nuestra. Y concluye San Agustín con una sentencia admirable: Aquel ordena y traza mejor sus cosas, que está dispuesto y preparado para no hacer lo que Dios no quiere que haga, que el que tiene mucha ansia y apetito de hacer lo que él había trazado y pensado.

Pues de esta manera y con esta indiferencia habemos de trazar y ordenar nosotros lo que habemos de hacer, que estemos siempre muy dispuestos para conformarnos con la voluntad de Dios, si acaso no viniere a efecto; y así no nos turbaremos ni entristeceremos cuando por enfermedad o por otra causa semejante no pudiéremos hacer lo que pensábamos y teníamos ya trazado, aunque las cosas en sí sean de mucho provecho para las almas. Dice muy bien el Padre Maestro Ávila escribiendo a un sacerdote enfermo: No tanteéis lo que hicierais estando sano, mas cuánto agradaréis al Señor con contentaros de estar enfermos; y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más se os da de estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?

San Crisóstomo dice que más mereció y agradó a Dios el santo Job (1, 21) en aquel: [*Como al Señor plugo, así se hizo; sea el nombre del Señor bendito*], conformándose con su voluntad en aquellos trabajos y lepra que le envió, que en cuantas limosnas y bienes hizo estando sano y rico. Pues de la misma manera, más agradaréis vos a Dios en conformaros con su voluntad estando enfermo, que en cuanto pudierais hacer estando sano. Lo mismo dice San Buenaventura: Más perfección es llevar con paciencia y conformidad los trabajos y adversidades, que entender en obras muy buenas: que no tiene Dios necesidad de mí ni de vos para hacer el fruto que Él quisiere en su Iglesia (Sal 15, 2): [*Dije al Señor: Mi Dios eres Tú, que no tienes necesidad de mis bienes*]. Ahora quiere El predicaros a vos con la enfermedad, y que aprendáis a tener paciencia y humildad; dejad hacer a Dios, que Él sabe lo que más conviene y vos no lo sabéis. Si para algo habíamos de desear la salud y las fuerzas, era para emplearlas en servir y agradar más a Dios; pues si el Señor se sirve y agrada más en que yo me emplee en estar enfermo y en librar con

paciencia los trabajos de la enfermedad, hágase su voluntad, que eso es lo mejor y lo que más me conviene a mí. El Apóstol San Pablo, predicador de las gentes, permitió el Señor que estuviese dos años preso (Hech 28, 30), y en aquel tiempo tan necesitado de la primitiva Iglesia; no se os haga a vos mucho que os tenga Dios preso con la enfermedad dos meses, y dos años, y toda la vida, si Él fuere servido, que no sois tan necesario en la Iglesia de Dios como el Apóstol San Pablo.

A algunos se les suele poner delante, cuando tienen enfermedades y achaques largos y continuos, el no poder seguir la comunidad y haber de ser singulares en muchas cosas; se desconsuelan de esto, pareciéndoles, o que no son tan religiosos como los otros, o, a lo menos, que se podrán desedificar los demás viendo sus particularidades y regalo; especialmente que algunas veces la enfermedad y necesidad que uno tiene, no se echa tanto de ver por fuera, sino que sólo Dios y el enfermo saben lo que padece, y esas singularidades y exenciones échanse mucho de ver. A esto digo que éste es muy buen respeto y muy justo sentimiento, y es de loar el tenerle, pero no ha de quitar eso la conformidad con la voluntad de Dios en la enfermedad, sino doblar el merecimiento, conformándoos por una parte enteramente con la voluntad de Dios en todas vuestras indisposiciones y achaques, pues Él quiere que los padezcáis; y por otra; teniendo gran deseo, cuanto es de vuestra parte, de seguir todos los ejercicios de la Religión con mucha puntualidad y exacción, y sintiendo en vuestro corazón el no hacer todo lo que los otros hacen; porque de esta manera, fuera de lo que merecéis en llevar con conformidad y paciencia la enfermedad, podéis merecer también en esto segundo tanto como los demás, que están sanos y buenos y hacen todos esos ejercicios.

San Agustín, en el sermón sesenta y dos de *Témpore*, tratando de la obligación que todos tenían a ayunar aquel santo tiempo, so pena de pecado mortal y viniendo a tratar del que está enfermo y no puede ayunar, dice: A éste bástale que no pueda ayunar y que coma con dolor de su corazón gimiendo y suspirando porque ayunando los demás, él no puede ayunar. Como el valiente soldado que, trayéndole al real herido, siente más el no poder pelear ni señalarse en el servicio de su rey, que el dolor de las heridas y de la cura rigurosa que le hacen; así es de buenos religiosos cuando están enfermos, sentir más el no poder andar con la comunidad, ni hacer los ejerci-

cios de la Religión, que la misma enfermedad; pero al fin, ni eso ni otra cosa alguna nos ha de quitar conformarnos con la voluntad de Dios en la enfermes dad, aceptándola como enviada de su mano para mayor gloria suya y mayor bien y provecho nuestro.

El bienaventurado San Jerónimo cuenta que, pidiendo un monje al santo abad Juan Egipcio que le sanase de una enfermedad y calentura grave que la tenía, respondió el Santo: Quieres echar de ti una cosa que te es muy necesaria, porque así como la inmundicia y suciedad de las cosas corporales se quita con jabón o lejía fuerte, o con otras cosas semejantes así las ánimas se purifican con las enfermedades y trabajos.

CAPÍTULO 17

Que no habemos de poner nuestra confianza en los médicos ni en las medicinas, sino en Dios, y que nos habemos de conformar con su voluntad, no solamente en la enfermedad, sino también en todas las cosas que suelen suceder en ella.

Lo que se ha dicho de la enfermedad, se ha también de entender de las demás cosas que se suelen ofrecer en el tiempo de ella. San Basilio da una doctrina muy buena para cuando estamos enfermos. Dice que de tal manera habemos de usar de los médicos y medicinas, que no pongamos toda nuestra confianza en eso. De lo cual reprende la Sagrada Escritura al rey Asá (2 *Paralip* 16, 12): [*Y ni aun en su enfermedad buscó al Señor, sino que confió más en el saber de los médicos*]. No habemos de atribuir a eso toda la causa de sanar o no sanar de la enfermedad, sino habemos de poner toda nuestra confianza en Dios, el cual unas veces querrá darnos salud con esas medicinas, y otras no.

Y así, cuando nos faltare el médico y la medicina, dice San Basilio que tampoco habemos de desconfiar por eso de la salud; porque así como leemos en el sagrado Evangelio que Cristo nuestro Redentor unas veces sanaba con sola su voluntad, como a aquel leproso que le pidió (Mt 8, 2): *Señor, si queréis me podéis limpiar*, y le respondió: *Quiero, sé limpio*; otras aplicando alguna cosa, como cuando hizo lodo con saliva, y ungió los ojos del ciego, y le mandó que se fuese a lavar a la natatoria o fuente de Siloé (Jn 9, 7); otras

veces dejaba a los enfermos en sus enfermedades, y no quería que sanasen, aunque gastasen toda su hacienda en médicos y medicinas (Lc 8, 43): así también ahora unas veces da Dios la salud sin médicos ni medicinas, por sola su voluntad; otras la da por medio de esas medicinas; otras veces, aunque consulte uno muchos médicos y le apliquen grandes remedios, no quiere Dios darle salud, para que aprendamos con esto a no poner nuestra confianza en medios humanos, sino en Dios.

Así como el rey Ezequías (2 Ry 20, 7 y 8) no atribuyó su salud a la masa de higos que Isaías puso sobre su llaga, sino a Dios; así vos, cuando sanareis de la enfermedad, no habéis de atribuir la salud a los médicos ni a las medicinas, sino a Dios, que es el qua sana todas nuestras enfermedades (Sab 16, 12): *Que no son las yerbas ni los emplastos los que sanan, sino Dios*. Y cuando no sanareis, tampoco os habéis de quejar de los médicos ni de las medicinas, sino lo habéis también de atribuir todo a Dios, que no quiere daros salud, sino que estéis enfermo.

De la misma manera, cuando el médico no conoció la enfermedad, o erró la cura (que es cosa que acontece hartas veces aun a los muy grandes médicos y en grandes personajes), habéis de tomar aquel yerro por acierto de Dios, y también el descuido y falta que os hace el enfermero. Y así no habéis de decir que porque se hizo tal falta con vos, por eso os tomó la calentura, sino tomarlo todo como venido de mano de Dios, y decir: El Señor ha sido servido que me creciese la calentura, y que me viniese accidente. Porque cierta cosa es que, aunque respecto de los que os curan, eso haya sido yerro, pero respecto de Dios no fue sino acierto; porque respecto de Dios no acontece ninguna cosa acaso. ¿Pensáis que el pasar las golondrinas y cegar con su estiércol al Santo Tobías fue acaso? No fue sino con grande acuerdo y con particular voluntad de Dios, para dejarnos ejemplo en él como en el Santo Job. Y así lo dice la Escritura divina (Tob 2, 12-13): [*Por eso permitió el Señor que le viniese esta tentación, porque se diese a los advenideros ejemplo de su paciencia, como de la del santo Job*]; y el ángel le dijo después: [*Porque eras acepto a Dios, convino que la adversidad te probase*]; para probarte ha permitido Dios esta tentación.

En las VIDAS DE LOS PADRES se cuenta del abad Estéfano, que estando enfermo quiso su compañero hacerle una tortilla, y pensando que la hacia con buen aceite, la hizo con aceite de linaza, que

es y amargo, y diósela. Estéfano, como lo sintió, comió un poco y calló. Otra vez le hizo otra de la misma manera, y como la gustase y no la quisiese comer, díjole el hermano: Coma, Padre, que está muy buena. Y la probó él para incitarle a comer, y como sintiese el amargor, comenzó a fatigarse y a decir: Homicida soy. Y le dijo Estéfano: no te turbes, hijo, si Dios quisiera que no erraras en tomar un aceite por otro; no lo hicieras. Y de otros muchos Santos leemos que tomaban con mucha conformidad y paciencia los remedios que les hacían, aunque fuesen contrarios a lo que pedía su enfermedad. Pues de esta manera habemos de tomar nosotros los yerros y descuidos, así del médico como de los enfermeros, sin quejarnos del uno ni echar la culpa al otro.

Esta es una cosa en que se descubre y muestra mucho la virtud de uno. Y así edifica grandemente un religioso enfermo que toma todo lo que se le ofrece con igualdad y alegría, como venido de la mano de Dios, y se deja guiar y gobernar de los superiores y enfermeros, olvidándose y descuidándose del todo de sí. Dice San Basilio: Habéis fiado vuestra ánima del superior; ¿por qué no fiáis vuestro cuerpo? Habéis puesto en sus manos la salud eterna; ¿por qué no pondréis también la temporal? Y pues la regla nos da licencia para descuidarnos entonces de nuestro cuerpo, y nos lo manda, habíamoslo de estimar en mucho y ayudarnos de tan provechosa licencia. Y, por el contrario, desedifica mucho el enfermo religioso cuando tiene mucho cuidado de sí, y tiene mucha cuenta con lo que le han de dar, y cómo se lo han de dar, y si le acuden a punto, y si no, se sabe bien quejar y aun murmurar.

Dice muy bien Casiano: La enfermedad del cuerpo no es impedimento para la puridad del corazón, sino antes ayuda, si uno la sabe tomar como debe; pero guardaos, dice, no pase la enfermedad del cuerpo al alma. Y si uno se ha de esa manera y toma ocasión de la enfermedad para hacer su voluntad y no ser obediente y rendido, entonces pasará la enfermedad al alma, y hará que le dé al superior más cuidado la enfermedad espiritual que la corporal. Por estar enfermo, no por eso ha uno de dejar de parecer religioso, ni pensar que ya no hay regla para él y que puede poner todo el cuidado en su salud y regalo, y olvidarse de su aprovechamiento. «El enfermo, dice nuestro Padre, mostrando mucha humildad y paciencia, no menos ha de procurar edificar en el tiempo de su enfermedad, que en el tiempo de su entera salud.» San Crisóstomo, sobre aquellas palabras

del Profeta (Sal 5, 13): [*Nos habéis, Señor, cercado y guardado con vuestra buena voluntad como con un escudo fortísimo*], tratando cómo mientras dura esta vida siempre hay pelea, y así siempre habemos de andar armados para ella, dice: El tiempo de la enfermedad es muy propio tiempo de estar muy armados y muy apercibidos para pelear, cuando por una parte los dolores nos turban, y la tristeza nos cerca, y el demonio, tomando de eso ocasión, nos incita a que hablemos con impaciencia y nos quejemos demasiado. Y así entonces habemos de ejercitar y mostrar la virtud. Aun allá dijo Séneca que el varón fuerte también tiene en qué ejercitar su fortaleza en la cama padeciendo enfermedades, como en el campo peleando contra los enemigos; porque la principal parte de la fortaleza es sufrir más que acometer. Y así dijo el Sabio (Prov 16, 32) que *es mejor el varón paciente que el fuerte*, [*y el que tiene señorío sobre su alma, que el conquistador de ciudades*].

CAPÍTULO 18

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

De la santa virgen Gertrudis se lee que le apareció una vez Cristo nuestro Redentor, que traía en su mano derecha la salud y en la siniestra la enfermedad, y le dijo que escogiese lo que quisiese. Ella respondió: Lo que yo, Señor, deseo de todo corazón es que no miréis mi voluntad, sino que se haga en mí lo que fuere mayor gloria y contento vuestro.

De un devoto de Santo Tomás Cantuariense se cuenta que estando enfermo fue al sepulcro del Santo a pedirle que rogase a Dios le diese salud. La alcanzó, y viniendo sano a su tierra, púsose a pensar entre sí que si le convenía la enfermedad para su salvación, para qué quería la salud. Hízole tanta fuerza esta razón, que volvió otra vez al sepulcro y rogó al Santo que pidiese a Dios le diese lo que más le convenía para su salvación. Volvióle Dios la enfermedad, y así vivió muy consolado con ella, entendiendo que aquello era lo que le convenía.

Zurrió, en la vida de San Vedaste, obispo, cuenta otro ejemplo semejante de un hombre ciego, que el día de la traslación del cuerpo de este santo obispo deseó mucho ver su santa reliquia, y, por con-

siguiente, tener vista para verla: la alcanzó de nuestro Señor y vio lo que deseaba. Y viéndose con vista, volvió á orar que si aquella vista no le convenía para el bien de su alma, que le volviese la ceguera. Y hecha esta oración, quedó ciego como de primero.

Cuenta San Jerónimo que, como San Antonio Abad fuese llamado de San Atanasio, obispo, a la ciudad de Alejandría para que le ayudase a confutar y extirpar las herejías que allí había, Dirimo, que era un varón eruditismo, pero ciego de los ojos del cuerpo, trató con San Antonio muchas cosas de las sagradas Escrituras, de tal manera, que estaba el Santo admirado de su ingenio y sabiduría. Y después de haber tratado de esas cosas, pregúntole si estaba triste por estar ciego. Él callaba y no sé atrevía a responder de vergüenza. Finalmente, preguntándole segunda y tercera vez, confesó llanamente que sentía tristeza de ello. Entonces díjole el Santo: Me maravilló que un varón tan prudente como tú se entristezca y duela de no tener aquello que tienen las moscas y las hormigas y gusanos de la tierra, y no se alegre de tener aquello que sólo los santos Apóstoles merecieron tener. De lo cual se ve, dice San Jerónimo, que mucho mejor es tener ojos espirituales que corporales.

En la historia de la Orden de Santo Domingo cuenta el padre fray Hernando del Castillo que viviendo Santo Domingo en Roma, visitaba a una mujer afligida, enferma, emparedada y muy gran sierva de Dios, que se había recogido en una torre a la puerta de San Juan de Letrán, y solía el bendito padre confesarla muchas veces y administrarle el Santísimo Sacramento. Llamábase la mujer Bona, y era tan conforme con el nombre su vida, que por buena la enseñaba Dios a tener alegría en los trabajos y descanso en la muerte. Padecía una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenía ya cancerados y llenos de gusanos, y de manera que para cualquiera otra persona fuera tormento insufrible, sino para ella que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla Santo Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un día después de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga, y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona, y el Santo vio la podre, el cáncer, los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegría, tuvo de ella compasión, pero más deseo de sus llagas que de los tesoros de la tierra; y rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos como por reliquia. No quiso la sierva de Dios dársele si primero no le prometía

devolvérselo; porque ya venía a holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caía en el suelo lo volvía a poner en su lugar. Y así sobre su palabra se lo dio, que era bien crecido y con una cabeza negra. Apenas lo tomó el Santo en la mano, cuando se volvió en una perla hermosísima, y los frailes, admirados, decían a su Padre que no se la volviese; y la enferma, pidiendo su gusano, decía que le volviese su perla. Mas en dándosela, tomó a volverse en la forma que tenía de gusano, y la mujer lo puso en sus pechos, donde se había criado y criaba. Y Santo Domingo, haciendo oración por ella y echándole su bendición con la señal de la cruz, la dejó y se fue. Pero bajando la escalera de la torre, se le cayeron a la mujer los pechos cancerados con los gusanos, y poco a poco fue creciendo la carne, y en breves días fue del todo sana contando a todos las maravillas, que Dios obraba por su siervo.

En la misma historia se cuenta que tratando fray Reginaldo con Santo Domingo de tomar el hábito de su Religión, y estando ya determinado de hacerlo, cayó en la cama de una fiebre continua, y al parecer de los médicos, mortal. El Padre Santo Domingo tomó muy a pechos su salud, y hacía por ella continua oración a Dios nuestro Señor, y así el enfermo como él, llamaban a nuestra Señora en su ayuda con mucha devoción y sentimiento. Estando los dos ocupados en esta petición, entró por el aposento de Reginaldo la sacratísima Reina del Cielo nuestra Señora, con una claridad y resplandor por todo extremo celestial y maravilloso, acompañada de otras dos bienaventuradas vírgenes, que al parecer eran Santa Cecilia y Santa Catalina, mártires: las cuales llegaron con la soberana Señora a la cama del enfermo, a quien Ella, como Reina y Madre de piedad, consoló y dijo: ¿Qué quieres que haga Yo por ti? Yo vengo a ver lo que pides; dímelo y dársete ha. Empachóse Reginaldo, y como atajado con tan celestial visión, dudaba de lo que convenía hacer o decir; mas una de aquellas Santas que con nuestra Señora venían, le sacó presto de este cuidado, diciendo: Hermano, no pidas cosa, déjate todo en sus manos, que muy mejor sabe dar que tu pedir. El enfermo siguió este consejo como tan discreto y avisado, y así respondió a la Virgen: Señora, no pido nada, no tengo más voluntad que la vuestra; en ella y en vuestras manos me pongo. Extendiólas entonces la sagrada Virgen, y tomando del óleo que traían para este efecto aquellas sus criadas, ungió a Reginaldo de la manera que se suele dar la Extremaunción. Tan grande eficacia tuvo el tocamiento de

aquellas sagradas manos, que súbitamente quedó sano de la calentura y tan convalecido de fuerzas corporales como si nunca hubiese estado enfermo; y lo que más es, que con aquella soberana merced se le hizo otra mayor en la virtud del ánima, que desde aquella hora jamás sintió movimiento sensual y deshonesto en su persona en todos los días de su vida en ningún tiempo ni lugar ni ocasión.

En la Historia Eclesiástica se cuenta que entre los varones que en aquel tiempo florecieron era muy esclarecido Benjamín, que tenía don de Dios para sanar los enfermos, sin otra medicina, con sólo tacto de su mano, o ungiéndolos con un poco de aceite Y haciendo oración sobre ellos. Y con esta gracia de sanar a otros, tuvo él grave dolencia de hidropesía, de la cual se hinchó tanto, que no podía salir por la puerta de su celda si no desquiciaban las puertas; y así estuvo dentro de ella ocho meses, hasta que murió, sentado en una silla muy ancha, donde curó muchas enfermedades, sin quejarse ni entristecerse, porque no podía dar remedio a la suya; y a los que le habían lástima, consolaba y decía: Rogad a Dios por mi ánima, y de mi cuerpo no curéis, que aun cuando estaba sano, de ninguna cosa me servía.

En el *Prado espiritual* se cuenta de un monje llamado Bernabé, que como en cierto camino se hincase un palillo por el pie, no se lo quiso quitar por algunos días, ni ser curado de la herida, por tener como padecer algún dolor por amor de Dios. Y dice se que decía a los que le visitaban: Cuanto el hombre exterior más padece y se mortifica, tanto más el hombre interior se vivifica y fortalece.

En la Vida de San Pacomio cuenta Surio de un monje llamado Zaqueo, que con estar enfermo de gota coral, no por eso remetía un punto del rigor de su acostumbrada abstinencia, que era solamente pan con sal; ni cesaba tampoco de hacer las oraciones que acostumbraban los otros monjes sanos, acudiendo a maitines y a las demás horas. Y lo restante del tiempo en que cesaba de orar, se ocupaba en hacer esteras, espuertas y sogas, y con la aspereza del esparto de que las tejía tenía las manos tan lastimadas que le corría siempre sangre de las grietas; lo cual hacía por no estar ocioso. Y a la noche, antes de dormir, tenía por costumbre de meditar algunas cosas de la Sagrada Escritura, y luego hacer la señal de la cruz sobre todo su cuerpo; y esto hecho, descansaba hasta hora de maitines, a los cuales, como se ha dicho, se levantaba, permaneciendo en ellos y en oración hasta que era de día. Este era el repartimiento

del tiempo de este santo enfermo, y éstos eran sus ordinarios ejercicios. Sucedió una vez venir a él un monje, el cual, viéndole tan lastimadas las manos, dijo que se las untase con aceite y no sentiría tantos dolores con las aberturas. Hízolo así Zaqueo, y no sólo no se le mitigó el dolor, pero se le acrecentó mucho más. Y viniéndole después a ver San Pacomio, y contándole lo que había hecho, díjole el Santo: ¿Pensabas, hijo, que no ve Dios todas nuestras enfermedades, y que si es servido, no las puede sanar? Pues el no hacerlo así, sino permitir que padezcamos dolores hasta que Él sea servido, ¿para qué piensas que lo hace, sino para que le dejemos a Él todo el cuidado de nosotros, y pongamos solamente en Él toda nuestra confianza, y también para bien y provecho de nuestras almas para podernos después acrecentar la paga y premio eterno por estos breves trabajos que Él nos envía? Compungióse mucho con esto Zaqueo, y díjole: Perdóname, Padre, y ruega a Dios que me perdone este pecado de poca confianza y conformidad con la voluntad de Dios y deseo de sanar. Y yéndose Pacomio, en penitencia de culpa tan leve, ayunó todo un año con ayuno tan rígido, que no comía sino de dos a dos días, y entonces muy poco y llorando. Este ejemplo tan notable solía contar después el gran Pacomio a sus monjes para amonestarles la perseverancia en el trabajo, y la confianza en Dios y el reparar en faltas pequeñas.

CAPÍTULO 19

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida.

También habemos de estar conformes con la voluntad de Dios, así para morir como para vivir. Y auque esto del morir de suyo es muy dificultoso, como dice el Filósofo, «la muerte es la cosa más terrible de todas las cosas humanas»; pero en los religiosos está quitada y allanada en gran parte esta dificultad, porque ya tenemos andado el medio camino para ello, y aun casi todo.

Porque cuanto a lo primero, una de las cosas por que a los del mundo se les suele hacer dificultoso el morir, y les da pena que se llegue aquella hora, es porque dejan las riquezas, las honras, los deleites, entretenimientos y regalos que tenían en esta vida, los ami-

gos, los parientes, y el otro la mujer, y el otro los hijos, que no suelen dar pequeño cuidado en esta hora, especialmente cuando no quedan remediados. Todo esto ya lo ha dejado el religioso con tiempo, y así no le da pena ni dolor. Cuando la muela está bien descarnada y apartada de las encías, con facilidad se saca; pero si la queréis sacar sin descarnarla, causaros ha mucho dolor; así el religioso, que está ya descarnado y despegado de todas esas cosas del mundo, no le duele a la hora de la muerte el dejarlas, porqué ya las dejó él de su voluntad, y con gran merecimiento, cuando entró en la Religión, y no aguardó a dejarlas a la hora de la muerte, como los del mundo, cuando de necesidad se han de dejar aunque ellos no quieran, y con grande dolor y pena, y muchas veces sin merecimiento alguno, porque más dejan ellas a sus poseedores que ellos a ellas.

Y éste es uno de los frutos que, entre otros muchos, tiene el dejar el mundo y entrar en Religión; como nota muy bien San Crisóstomo: que a los que están en el mundo muy casados con la hacienda; entretenimientos y regalos de esta vida, les es muy penosa la muerte, conforme a aquello del Sabio (Eclo 41, 1): [*¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria al hombre que tiene paz con su hacienda!*] Aun la memoria de la muerte les es muy amarga, ¿qué sería la presencia? Si pensada es amarga, ¿qué será gustada? Pero al religioso que ha ya dejado todas esta cosas no le es amarga la muerte, sino antes muy alegre y gustosa, como fin y remate de todos sus trabajos, y como quien va a recibir el premio y galardón de todo lo que ha dejado por Dios.

Otra cosa principal que suele dar más pena aquella hora a los del mundo, y ser causa que se haga la muerte terrible y horrible, dice San Ambros que es la mala conciencia y falta de disposición; lo cual tampoco tiene ni debe tener lugar en el religioso, porque toda su vida es una continua preparación y disposición para bien morir. Cuéntase de un santo religioso que como el médico le dijese que se preparase para morir, respondió él: Después que tomé el hábito, no he hecho otra cosa sino prepararme para eso. Este es el ejercicio del religioso. El mismo estado de la Religión nos instruye en la disposición que quiere Cristo nuestro Redentor que tengamos para su venida (Lc 12, 35): *Tened ceñidos los lomos y candelas encendidas en vuestras manos*. Dice San Gregorio que el ceñir los lomos denota la castidad, y el tener candelas encendidas en las manos denota el ejercicio de las buenas obras: las cuales dos cosas resplandecen principalmente

en el estado de la Religión; y así el buen religioso no tiene que temer la muerte.

Y nótese aquí una cosa que ayudará a nuestro propósito y la tocamos arriba, y es que una de las buenas señales que hay de tener uno buena conciencia y andar bien con Dios, es estar muy conforme con su divina voluntad en lo que toca a la hora de su muerte, y estarla esperando con grande alegría, como quien espera a su esposo para celebrar con él aquellas bodas y desposorios celestiales (Lc 12, 36). Y, por el contrario, el pesarle a uno mucho con la muerte y no tener esta conformidad, no es buena señal.

Suelen traer algunas comparaciones buenas para declarar esto. ¿No veis con qué paz y sosiego va la oveja al matadero, sin dar un balido ni hacer resistencia alguna?, que es el ejemplo que trae la sagrada Escritura de Cristo nuestro Redentor (Is 53, 7): [Fue llevado como oveja al matadero.] Pero el animal inmundo, ¡qué hace de gruñir y de resistir cuando le quieren matar! Pues ésa es la diferencia que hay entre los buenos, que son significados por las ovejas, y los malos y carnales, que son significados por esotros animales.

El que está sentenciado a muerte, cada vez que oye abrir la cárcel, se entristece, pensando que le quieren ya sacar a ahorcar; pero el inocente y el que es dado por libre, huélgase cada vez que oye abrir la cárcel, pensando que le vienen a echar fuera. Así el malo, cuando oye sonar la cerradura de la muerte, cuando la enfermedad le aprieta, teme y pésale mucho; porque, como tiene llagada la conciencia, cree que es para echarle en la hoguera del infierno para siempre jamás; pero el que tiene buena conciencia, antes se huelga, porque entiende que es para darle libertad y descanso para siempre. Pues hagamos nosotros lo que debemos a buenos religiosos, y no sólo no sentiremos dificultad en conformarnos con la voluntad de Dios en la hora de la muerte, antes nos holgaremos y pediremos a Dios con el Profeta que nos saque de esta cárcel (Sal 141, 8): [*Saca, Señor, mi ánima de la cárcel.*]

San Gregorio, sobre aquello de Job (5, 22): [*Me temerás las bestias de la tierra*], dice: El tener a la hora de la muerte esta alegría y esta paz y seguridad de conciencia es principio del galardón de los justos. Comienzan ya a gozar una gotita de aquella paz, que como río caudaloso ha de entrar luego en sus almas, ya comienzan a sentir su bienaventuranza. Y, al contrario, los malos comienzan a sentir

su tormento y su infierno con aquel temor y remordimiento que comienzan a sentir en aquella hora.

De manera, que el desear la muerte y holgarse con ella es muy buena señal. Dice San Juan Climaco: Muy loable es aquel que todos los días espera la muerte, mas aquel es santo que todas las horas la desea. Y San Ambrosio alaba a los que tienen deseo de morir. Y así vemos que aquellos santos Patriarcas antiguos tenían este deseo, teniéndose por peregrinos y huéspedes en la tierra, no por moradores de asiento. Y como nota muy bien el Apóstol San Pablo (Heb 11, 13-14): [*Los que así hablan, señal clara es que andan en busca de la patria*]: en esto daban bien a entender que estaban deseando salir de este destierro; y esto era por lo que suspiraba el real Profeta (Sal 119, 5): *¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro!* Y si esto decían y deseaban aquellos padres antiguos, con estar cerrada la puerta del Cielo y no haber de ir luego allá, ¿qué será ahora que está abierta, y en estando el ánima purgada, luego va a gozar de Dios?

CAPÍTULO 20

De algunas razones y motivos por los cuales podemos desear la muerte lícita y santamente.

Para que mejor y con más perfección nos conformemos con la voluntad de Dios, así en la muerte como en la vida, pondremos aquí algunos motivos y razones por las cuales se puede desear el morir, para que escojamos la mejor.

La primera razón por la cual se puede desear la muerte, es por huir los trabajos que trae consigo esta vida; porque, como dice el Sabio (Eclo 30, 17): *Mejor es la muerte que la vida amarga* y trabajosa. De esta manera vemos que los hombres del mundo desean muchas veces la muerte y la piden a Dios; y lo pueden hacer sin pecado, porque al fin son tantos y tales los trabajos de esta vida, que es lícito desear la muerte por huirlos. Una de las razones que dan los Santos por que Dios dio tantos trabajos a los hombres, fue porque no se casasen tanto con el mundo ni amasen tanto esta vida, sino que pusiésemos nuestro corazón y nuestro amor en la otra, y suspirásemos por ella, *donde no habrá lloro ni dolor* (Apoc 21, 4).

San Agustín dice que Dios nuestro Señor, por su infinita bondad y misericordia, quiso que esta vida fuese breve y se acabase presto, porque es trabajosa y que la otra que esperamos, fuese eterna; para que el trabajo durase poco y el gozo y descanso para siempre. San Ambrosio dice: Está tan llena de males y trabajos esta vida, que si Dios no nos diera la muerte en castigo, se la pidiéramos por misericordia y por remedio, para que acabasen tantos males y trabajos; Verdad es que muchas veces los hombres del mundo pecan en esto, por la impaciencia con que toman los trabajos, y por la manera con que piden a Dios la muerte, con quejas e impaciencias; mas si se la pidiesen con paz y sujeción: Señor, si sois servido, sacadme de estos trabajos, bástame lo que he vivido, no sería pecado.

Lo segundo, se puede desear la muerte con más perfección por no ver los trabajos de la Iglesia y las ofensas continuas que se hacen contra Dios, como vemos que la deseaba el Profeta Elías. Viendo persecución de Acab y Jezabel, y que habían destruido los altares, y muerto todos los Profetas de Dios, que andaban en busca de él para lo mismo; abrasado de celo de la honra de Dios, y viendo que no lo podía él remediar, se va por esos desiertos y, sentado debajo de un árbol (1 Ry 19, 4) [*deseó morir y dijo: Bástame, Señor, lo que he vivido; sacadme ya de esta vida*]*, para que no vea tantos males ni tantas* ofensas vuestras, [*que no soy de mejor condición que mis padres*]. Y aquel valeroso capitán del pueblo de Dios, Judas Macabeo, decía (1 Mac 3, 59): *Más vale morir, que ver tantos males y tantas ofensas de Dios*; y con esto exhortaba y animaba a los suyos a pelear.

Y del bienaventurado San Agustín leemos en su *Vida* que pasando los vándalos de España a África, destruyéndola toda, no perdonando a hombre ni a mujer, ni a clérigos ni a legos, ni a niños ni a viejos, llegaron a la ciudad de Nipona, de donde él era obispo, y cercáronla en rededor con mucha gente; y viendo San Agustín tan gran tribulación, y las iglesias sin clérigos y las ciudades y los moradores de ellas destruidos, lloraba amargamente en su vejez. Y juntando a sus clérigos, les dijo: Rogué al Señor que o nos librase de estos peligros, o nos diese paciencia, o me sacase de esta vida, porque no vea tantos males, y el Señor me ha otorgado lo tercero. Y luego enfermó, al tercero mes del cerco, de la enfermedad de que murió. Y de nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos en su Vida otro ejemplo semejante. Esta es perfección de Santos, sentir tanto los

trabajos de la Iglesia y las ofensas que se hacen contra la majestad Dios, que no lo pueden sufrir, y así desean la muerte por no ver tanto mal.

Otra causa y razón hay también muy buena y de mucha perfección, para desear y pedir a Dios la muerte, que es por vernos ya libres y seguros de ofenderle. Porque cierto es que mientras estamos en esta vida no hay seguridad, sino que podernos caer en pecado mortal, y sabemos que otros más aventajados que nosotros, y que tenían grandes dones de Dios, y que verdaderamente eran santos, y grandes santos, han caído. Esa es una de las cosas que más hace temer a los siervos de Dios, y por la cual desean salir de esta vida. A trueque de no pecar, aun no haber nacido ni haber sido puede uno desear, cuanto más morir; porque mayor mal es el pecado que el no ser, y mejor fuera no ser que haber pecado. Dijo Cristo nuestro Redentor del que le había de vender (Mt 26, 24): *Más le valiera no haber nacido*. Y San Ambrosio declara a este propósito aquello del Eclesiastés (4, 2): *Alabé más a los muertos que a los vivos, y por más dichoso que a ésos tuve al que nunca nació*. Dice San Ambrosio: El muerto se prefiere al vivo, porque ha ya dejado de pecar; y al muerto se prefiere el que no ha nacido; porque nunca supo pecar.

Y así será muy buen ejercicio actuarnos muchas veces en la oración en estos actos: Señor, no permitáis que me aparte yo jamás de Vos: Señor, si os tengo de ofender, llevadme luego antes que os ofenda; que yo no quiero la vida sino para serviros, y si no os tengo de Servir con ella, no la quiero. Este es un ejercicio muy agradable a Dios y muy provechoso para nosotros, porque aquí hay ejercicio de dolor y aborrecimiento del pecado; aquí hay ejercicio de humildad; aquí hay ejercicio de amor de Dios; aquí hay una petición de las más agradables que podemos pedir a Dios.

De San Luis, rey de Francia, se cuenta que le decía algunas veces su santa madre, la reina doña Blanca: Querría, hijo mío, antes verte muerto delante de mis ojos, que con algún pecado mortal. Y agradó a Dios tanto este deseo y esta bendición que le echaba, que se dice de él que en toda su vida no hizo pecado mortal. Eso mismo podrá ser que obre en vos ese deseo y petición

Y más, no sólo para evitar los pecados mortales, sino por evitar los veniales de que estamos llenos en esta vida, es bueno desear la muerte. Porque el siervo de Dios ha de estar determinado, no sólo

de antes morir que hacer un pecado mortal, sino de morir antes de decir una mentira, que es un pecado venial; y el que por eso muriese, sería mártir. Pues cierta cosa es que si vivimos, habemos de hacer muchos pecados veniales (Prov 24, 16): *Siete veces caerá el justo*; quiere decir, muchas veces: y mientras más viviere, más veces caerá.

Y. no sólo por evitar los pecados veniales desean los siervos de Dios salir ya de esta vida, sino por verse libres de tantas faltas e imperfecciones, y de muchas tentaciones y miserias como cada día experimentan. Dice muy bien aquel Santo: «¡Oh Señor, y qué padezco, cuando pensando en la oración cosas celestiales, se me ofrece un tropel de cosas carnales. ¡Ay! Qué tal es esta vida, donde nunca faltan tribulaciones y miserias; todas las cosas están llenas de lazos y de enemigos; en partiéndose una tribulación, viene otra, y aun antes que se acabe el combate de una, sobrevienen otras muchas no pensadas. ¿Cómo se puede ser amada vida llena de tantas amarguras, sujeta a tantos casos y miserias? ¿Cómo se puede llamar vida la que engendra tantas muertes y pestilencias?» De una grande Santa se lee que solía decir que, si pudiese escoger alguna cosa, no escogería otra sino la muerte; porque por medio de ella el alma se halla sin temor de nunca más hacer cosa que sea impedimento del puro amor.

Y aun parece de más perfección el desear salir de esta vida por evitar los pecados veniales y las faltas e imperfecciones, que por evitar los mortales; porque eso de los mortales puede ser que lo haga uno más por temor del infierno y por su propio amor y provecho, que por amor de Dios; mas tener tanto amor de Dios, que desee la muerte por no hacer pecados veniales, ni faltas e imperfecciones, es gran pureza de intención y cosa de grande perfección.

Pero dirá alguno: Por satisfacer por mis culpas y defectos deseo yo vivir. A esto digo que si viviendo más, desquitásemos siempre de lo pasado, y no añadiésemos nuevas culpas, bueno sería eso; pero si no sólo no desquitáis, sino añadís, y mientras más vivís tenéis más de qué dar cuenta a Dios, no será ésa buena respuesta. Dice muy bien San Bernardo: ¿Por qué deseamos tanto esta vida, en la cual, cuanto más vivimos, tanto más pecamos? Y San Jerónimo dice: ¿Qué diferencia pensáis que hay entre el que muere mozo y el que muere viejo, sino que el viejo va más cargado de pecados que el mozo, y tiene más de qué dar cuenta a Dios? Y así toma San Ber-

nardo otra resolución mejor en esto, y dice con su mucha humildad unas palabras, que las podemos nosotros decir con más verdad: Tengo vergüenza de vivir por lo poco que aprovecho, y temo de morir porque no estoy preparado; pero con todo eso más quiero morir que encomendarme a la misericordia de Dios, pues es benigno y misericordioso, que escandalizar a mis hermanos con mi vida tibia y floja. Esta es buena resolución. El B. Padre Maestro Ávila decía que cualquiera que se hallase con mediana disposición, debía antes desear la muerte que la vida, por razón del peligro en que se vive, que todo cesa con la muerte. Dice San Ambrosio: ¿Qué es la muerte sino sepultura de vicios y resurrección de virtudes?

Todas estas razones y motivos son buenos para desear la muerte; pero el de más perfección es el que tenía el Apóstol San Pablo, por verse ya con Cristo, a quien tanto amaba (Flp 1, 23): [*Deseo ser desatado y verme con Cristo*]

¿Qué decís, San Pablo? ¿Por qué deseáis ser desatado del cuerpo? ¿Por ventura por huir de los trabajos?

—No por cierto, que antes [*nos gloriamos en las tribulaciones*] (Rm 5, 3); ésa es mi gloria.

—Pues ¿por qué? ¿Por huir los pecados?

—Tampoco: [*Porque cierto estoy que ni muerte ni vida será bastante para apartarnos del amor de Dios*] (Rm 8, 38-39).

Estaba ya confirmado en gracia y sabía que no podía perderla, y así no tenía que temer eso.

—Pues ¿por qué deseáis tanto la muerte?

—Por verme ya con Cristo.

De puro amor la deseaba: [*Porque desfallezco de amor*] (Cant 2, 5): estaba enfermo de amor, y así suspiraba por su Amado, y cualquier tardanza se le hacía larga para gozar de su presencia.

San Buenaventura pone éste por último grado de amor de Dios, de tres que pone.—El primero es amar a Dios sobre todas las cosas, amando de tal manera las cosas del mundo, que por ninguna de ellas hagamos un pecado mortal, ni quebrantemos ningún mandamiento de Dios: que es lo que dijo Cristo nuestro Redentor a aquel mancebo del Evangelio (Mt 19, 17): *Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*. Esto conviene a todos.—El segundo grado de caridad es no contentarnos con guardar los mandamientos

de Dios, sino añadir los consejos; que es propio de los religiosos, que no solamente proclaman lo bueno, sino lo mejor y más perfecto, conforme a aquello de San Pablo (Rm 12, 2): [*Reformaos y renovaos interiormente, para que sintáis por experiencia cuál sea la voluntad de Dios buena y agradable y perfecta*].—El tercer grado de caridad, dice San Buenaventura, es cuando está uno tan encendido y abrasado en amor de Dios, que le parece que no puede vivir sin Él; y así desea verse ya libre y desatado de la cárcel de este cuerpo, para estar con Cristo; está deseando que se le alce ya este destierro y se rompa y caiga ya esta pared del cuerpo que está delante y nos impide el ver a Dios. A estos tales, la vida, dice, les es en paciencia, o, por mejor decir, en fastidio, y la muerte en ardiente deseo.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos en su Vida, que era ardentísimo el deseo que tenía de salir de esta cárcel y prisión del cuerpo, y que suspiraba su alma tanto por verse con su Dios, que pensando en su muerte no podía detener las lágrimas que de pura alegría sus ojos destilaban. Pero dícese a que no ardía en este deseo tanto por alcanzar para el aquel sumo Bien, y descansar él con aquella dichosa vista, sino mucho más por desear ver la gloria felicísima de la sacratísima Humanidad del mismo Señor, a quien tanto amaba; como decía el real Profeta (Sal 26, 4): [*Por contemplar las delicias del Señor*]. A manera que suele acá un amigo gozarse de ver en gloria y honra al que ama de corazón, de esa manera deseaba nuestro Padre verse con Cristo, olvidado su interés y descanso, por puro amor; deseaba estarse gozando y regocijando de la gloria de Cristo, y dándole el parabién de ella, que es el más alto y perfecto acto de amor que podemos tener. De esta manera no sólo no nos será amarga la memoria de la muerte, antes nos dará mucho contento y alegría.

Pasad un poco más adelante, y considerad que de aquí a pocos días estaréis en el Cielo gozando de lo que ni ojo ni oreja oyó, ni puede caer en entendimiento de hombre, y todo se os convertirá en gozo y regocijo. ¿Quién no se alegra de que se acabe el destierro y se dé fin al trabajo? ¿Quién no se alegra de alcanzar y conseguir ya su último fin para que fue criado? ¿Quién no se alegra de entrar en la posesión de su herencia, y tal herencia? Pues por medio de la muerte entramos en la herencia del Cielo (Sal 126, 2-3): [*Cuando el Señor enviare a sus amados el sueño de la muerte, luego despertarán en la heredad del Señor*]. No podemos entrar en la posesión de

aquellos bienes eternos, si no es por medio de la muerte; y así dice el Sabio (Prov 14, 32), que *el justo espera en su muerte*, porque ése es el medio y el escalón para subir al Cielo, y así, ése es su consuelo en este destierro (Sal 100, 2): *¡A ti cantaré, Señor, y entenderé en vivir vida limpia y sin mácula de pecado: ¿cuándo vendrás a mí?*]

Así declara San Agustín este lugar: Mi atención y deseo, Señor, es conservarme sin mancilla toda la vida, y con este cuidado andaré siempre cantando, y la letra de mi canción será: ¿Cuándo se alzará, Señor, este destierro? ¿Cuándo vendréis por mí? ¿Cuándo iré yo, Señor, a Vos? (Sal 41, 3): [*¿Cuándo llegaré y pareceré ante el rostro de mi Dios?*] ¿Cuándo me veré, Señor, con Vos? ¡Oh, cómo se tarda ya esta hora! ¡Oh, qué contento y alegría será para mí cuando me digan que se llega ya! (Sal 31, 1): [*Se ha alegrado mi espíritu porque me han dicho: iremos a la casa del Señor. En tus atrios estarán nuestros pies, oh Jerusalén*], Ya me imagino como de pie allá en compañía de los ángeles y de aquellos bienaventurados, gozando de Vos, Señor, para siempre jamás.

CAPÍTULO 21

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Simeón Metafraste, en la Vida de San Juan Limosnero, arzobispo de Alejandría, que un hombre rico tenía un hijo que amaba mucho, y para alcanzar de Dios que le conservase la vida y salud, rogó al Santo que hiciese oración por él, y le dio mucha cantidad de oro que distribuyese en limosna a pobres por esta intención. Hízolo así el Santo, y á cabo de treinta días el hijo murió. Quedó el padre tristísimo, pareciéndole que la oración y limosna que por él se había hecho había sido en vano. Y sabiendo el patriarca su tristeza, hizo oración por él pidiendo a Dios que le consolase. Oyó Dios su oración, y envió una noche un santo ángel del Cielo que apareció al hombre y le dijo que supiese que la oración que pos su hijo se había hecho, Dios la había oído, y que por ella su hijo estaba vivo y salvo en el Cielo; y que le convino morir en el tiempo que murió para salvarse, porque si viviera, había de ser malo y se había de hacer indigno de la gloria de Dios. Y díjole más: que supiese que ninguna de las cosas que acontecen en esta vida vienen sin justo juicio de Dios,

aunque las causas de sus juicios sean a los hombres ocultas, que por esto el hombre no debe dar lugar a tristeza desordenada, sino recibir con ánimo paciente y agradecido las cosas que Dios ordena. Con este aviso dél Cielo quedó el padre del hijo difunto consolado y animado a servir a Dios.

En la historia tebea se cuenta una singular merced que hizo San Mauricio, capitán que fue de la legión tebea, a una señora muy su devota. Tenía ésta un hijito solo, el cual, para que con el tiempo se criase en religiosas costumbres, al fin de su tierna edad lo consagró en el monasterio de San Mauricio (debajo del cuidado y gobierno de los monjes, como se acostumbraba en aquellos tiempos, y lo hicieron mas padres con Mauro y Plácido, y otros algunos nobilísimos romanos en tiempo de San Benito, y muchos años después con Santo Tomás de Aquino en el monasterio de Monte Casino su madre Teodora y sus hermanos los condes de Aquino. Se crió en el monasterio este único hijo de esta señora en las letras y costumbres y en la disciplina monástica muy bien; y ya en el coro juntamente con los monjes había comenzado a cantar suavísimamente. Pero sobrevínole una calentura pequeña, en la cual murió. Vino la desconsolada madre a la iglesia, y con infinitas lágrimas acompañó al muerto hasta la sepultura; pero no bastaron las muchas lágrimas a templar el dolor de la madre, ni para que dejase de ir cada día a la sepultura a llorarle sin tasa, y mucho más cuando al tiempo que se decían los divinos oficios se acordaba que estaba privada de oír la voz de su hijo.

Perseverando la señora en este triste ejercicio, no solamente de día en la iglesia, sino también de noche en su casa, sin poder reposar, vencida una vez del cansancio se quedó dormida, y en este sueño se le apareció el Santo capitán Mauricio, y le dijo: Por qué, mujer, estás continuamente llorando la muerte de tu hijo, sin poder poner fin a tantas lágrimas? Respondió ella: No son poderosos todos los días de mi vida para dar fin a este mi llanto; y por esto, mientras que viviere, lloraré siempre a mi único hijo; ni cesarán estos ojos míos de derramar lágrimas, hasta que la muerte los cierre y aparte de este cuerpo esta ánima desconsolada. Replicó el Santo: Te digo, mujer, que no te aflijas ni llores más el hijo muerto como si muerto fuese, por que no está muerto, sino vivo, y se está holgando con nosotros en la eterna vida. En señal de la verdad que yo te digo, levántate de mañana a los maitines, y oirás la voz de tu hijo entre las de los monjes que cantarán el divino oficio; y no solamente la gozarás

mañana, pero todas las veces que te hallares presente a los divinos loores en la iglesia. Cesa, pues, y pon fin a tus lágrimas, teniendo antes ocasión de grande alegría que de tristeza. Despertando la mujer, esperaba con deseo la hora de los maitines por enterarse de la verdad, quedándole todavía alguna duda de haberlo soñado. Venida la hora y entrando en la iglesia, reconoció la madre en el canto de la antífona la voz suavísima del bienaventurado hijo, y segura ya de su gloria en el Cielo, desechando de sí todo dolor, dio infinitas gracias a Dios, gozando de ella cada día en los divinos oficios de aquella iglesia, consolándola Dios con esta ocasión y enriqueciéndola con este don.

Cuenta un autor que, andando un día a caza un caballero, salió una fiera, y fue en su seguimiento solo, sin criado, porque los demás andaban ocupados en matar otras fieras. Y como la siguiese con gran codicia, alejóse mucho, y llegó a un bosque donde oyó una voz humana y harto suave. Maravillóse de oír en un desierto tal voz, porque le parecía que no podía ser de sus criados, ni aun de otra persona de aquella tierra. Deseando, pues, saber qué cosa fuese aquélla, entró por el bosque adentro, y halló un leproso espantoso a la vista y muy asqueroso, el cual tenía tales sus carnes, que se iban deshaciendo en cada miembro y parte de su cuerpo. El caballero con tal vista quedó perplejo y espantado; empero, tomando fuerzas y osadía, se llegó a él y le saludó con palabras muy dulces, y preguntó si era él el que cantaba, y que de dónde le había venido voz tan dulce. Respondió el leproso: Yo, señor, era el que cantaba, y tengo esta voz propia mía. ¿Cómo puedes alegrarte, dijo el caballero, teniendo tantos dolores? Respondió el pobre: Entre Dios mi Señor y mí no hay otro medio sino esta pared de lodo, que es este mi cuerpo, y éste rompido, quitado este impedimento, iré a gozar de la visión de su Majestad eterna; y como veo que cada día se va deshaciendo a pedazos, me gozo y canto con una alegría extraña de mi corazón, aguardando, como aguardo, el apartamiento de este cuerpo; porque hasta que le deje, no puedo ir a gozar de Dios, fuente viva, donde se hallan los manantiales que duran para siempre.

San Cipriano cuenta de un obispo que, como estuviese en una grave enfermedad muy al cabo, y fatigado y solícito con la muerte que tenía presente, suplicase a nuestro Señor que le alargase la vida, se le apareció un ángel en figura de mancebo muy hermoso y resplandeciente, y con voz grave y severa le dijo: Por una parte, te-

méis el padecer en esta vida, y por otra no queréis salir de ella; ¿qué queréis que os haga?; dándole a entender que no agradaba a Dios aquella repugnancia de salir de esta vida. Y dice San Cipriano que le dijo el ángel estas palabras para que en su agonía las dijese y enseñase a los demás.

Cuenta Simeón Metafraste, y tráelo Surio, del santo abad Teodosio, que sabiendo el Santo de cuánto provecho es la memoria de la muerte, queriendo con esto dar ocasión a sus discípulos para sus aprovechamientos, hizo que abriesen una sepultura, y abierta, púsose con ellos alrededor de ella, y les dice: Ya está abierta la sepultura, pero ¿cuál de vosotros ha de ser el primero a quien habemos de celebrar aquí las honras? Tomó la mano uno de sus discípulos, llamado Basilio, que era sacerdote y de gran virtud, y así estaba muy dispuesto y preparado para elegir la muerte con mucha alegría; e hincase de rodillas y le dice: Bendíceme, Padre, que yo seré el primero a quien se han de hacer aquí los oficios de *Requiem*. El lo pidió y el Santo se lo concedió. Manda el santo abad Teodosio que se le hagan luego en vida todos los oficios que se suelen hacer por los muertos el primero día, el tercero, el novenario, y después otras honras a los cuarenta días. Cosa maravillosa, al fin de las honras y oficio de los cuarenta días, estando el monje Basilio sano y bueno, sin calentura ni dolor de cabeza ni otro mal alguno, como a quien le viene un dulce y suave sueño, pasó al Señor a recibir el premio de su virtud, y de la prontitud y alegría con que había deseado verse ya con Cristo.

Y para que se vea cuánto agradó a Dios esta prontitud y alegría con que este santo monje deseó salir de esta vida, a este milagro se siguió otro. Dice Simeón Metafraste que por otros cuarenta días después que murió, le vio el abad Teodosio que cada día venía a las vísperas y cantaba en el coro con los demás discípulos, aunque los demás no le veían ni le oían cantar, sino sólo uno que era entre los demás más señalado en virtud, llamado Aecio; éste le oía cantar pero no le veía, y fuese al abad Teodosio y le dice: Padre, ¿no oyes cantar con nosotros a nuestro h mano Basilio? Respondió el abad: Le oigo y le veo, y si quieres, yo haré que tú también le veas. Y juntándose otro día en el coro a los oficios, vio el abad Teodosio al santo monje Basilio cantando en el coro con los demás como solía, y muéstrasele con el dedo a Aecio, haciendo juntamente oración pidiendo a Dios que abriese los ojos de aquel monje para que él tam-

bién le viese. Y como le vio y conoció, se va luego a él corriendo con grande alegría para abrazarle; pero le pudo coger, antes desapareció luego diciendo en voz que todos le oyeron: Quedaos con Dios, padres y hermanos míos, quedaos con Dios, que de aquí adelante no me veréis.

En la Crónica de la Orden de San Agustín se cuenta de San Columbano el mozo, sobrino y discípulo del santo abad Columbano, que como tuviese grandes calenturas y llegase a la muerte, y él, lleno de grande esperanza, desease morir, se le apareció un mancebo resplandeciente, y díjole: Sábete que las oraciones y lágrimas que tu abad derrama por tu salud impiden que no salgas de esta vida. Entonces se querelló el Santo amorosamente a su abad, y llorando le dijo: ¿Por qué me fuerzas a vivir tan triste vida como ésta, y me impides ir a la eterna? Con esto al abad cesó de llorar y orar por él; y así, juntándose los religiosos y recibiendo los Santos Sacramentos, y abrazándole todos, murió en el Señor.

San Ambrosio refiere de los de Tracia, que cuando nacían los hombres, lloraban y cuando se morían hacían gran fiesta. Lloraban los nacimientos y celebraban y festejaban el día de la muerte, pareciéndoles, y con mucha razón, dice San Ambrosio, que los que venían a este mundo miserable, lleno de tantos trabajos, eran dignos de ser llorados, y que cuando salían de este destierro era razón hacer fiestas y alegrías porque se libraban de tantas miserias. Pues si aquéllos, siendo gentiles y paganos, y no teniendo conocimiento de la gloria que esperamos, hacían esto, ¿qué será razón que sintamos y hagamos los que ilustrados con la luz de la fe sabemos los bienes que van a gozar los que mueren en el Señor? Y así, con mucha mayor razón dijo el Sabio (Ecl 7, 2) *que es mejor el de la muerte que el día del nacimiento*.

San Jerónimo dice que por esto Cristo nuestro Redentor, queriéndose partir de este mundo para su padre, dijo a sus discípulos que se entristecían: no sabéis lo que hacéis (Jn 14, 28): si me amaseis, antes os habíais de holgar, porque voy a mi Padre. Y por el contrario, cuando determinó de resucitar a Lázaro, lloró (Jn 11, 35). No lloró, dice San Jerónimo, porque era muerto, pues luego le había de resucitar, sino lloró porque había de tornar a esta miserable vida; lloraba porque aquel a quien había amado y amaba tanto, había de tornar a los trabajo de este destierro.

CAPÍTULO 22

De la conformidad que habernos de tener con la voluntad de Dios en los trabajos y calamidades generales que nos envía.

No solamente habemos de tener conformidad con la voluntad de Dios en los trabajos y sucesos propios y particulares nuestros, sino también en los trabajos y calamidades generales de hambres, guerras, enfermedades, muertes y pestilencias, y otras semejantes que el Señor envía a su Iglesia. Para esto es menester suponer que, aunque por una parte sintamos tamos estas calamidades y castigos, y nos pese del mal y trabajo de nuestros prójimos, como es razón; pero por otra parte, considerándolos en cuanto son voluntad de Dios y ordenados por sus justos juicios para sacar de ellos los bienes y provechos que Él se sabe de su mayor gloria, nos podemos conformar en ellos con su santísima y divina voluntad; a la manera que vemos acá en un juez que sentencia a uno a muerte, que aunque por una parte lo sienta y le pese de que aquel hombre muera, por la natural compasión o por ser su amigo; pero por otra parte da la sentencia y quiere que muera, porque conviene aquello para el bien común de la república.

Y aunque es verdad que no nos quiso Dios obligar a que nos conformásemos con su voluntad en todas estas cosas, queriéndolas y amándolas positivamente, sino que se contentó con que las sufriésemos con paciencia, no contradiciendo ni repugnando a la justicia divina ni murmurando de ella; pero dicen los teólogos y los Santos que será obra de mayor perfección y merecimiento y más perfecta y entera resignación, si el hombre no solamente lleva y sufre con paciencia estas cosas, sino las ama y las quiere en cuanto son voluntad y beneplácito de Dios y orden de la divina justicia, y que sirven para mayor gloria suya; cómo hacen los bienaventurados en el Cielo, los cuales, en todas las cosas se conforman con la voluntad de Dios, como dice Santo Tomás, y lo declara San Anselmo con esta comparación: Dice que en la gloria nuestra voluntad y la de Dios serán tan concordes, como lo son acá los dos ojos de un mismo cuerpo, que no puede el uno mirar una cosa sin que el otro también la mire: y por esto, aunque la cosa se vea con dos ojos, siempre parece una misma. Pues así como los Santos allá en el Cielo se conforman con la voluntad de Dios en todas las cosas, porque en todas ellas ven el or-

den de su justicia y el fin de su mayor gloria a que van enderezadas, así será grande perfección que nosotros imitemos en esto a los bienaventurados, queriendo que se haga la voluntad de Dios acá en la tierra, así como se hace en el Cielo. Querer lo que Dios quiere por la misma razón y fin que Dios lo quiere, nunca puede dejar de ser muy bueno.

De San Agustín refiere Posidonio en su Vida que estando en la ciudad de Bona, donde él residía; cercada de los vándalos, y viendo tanta ruina y mortandad, se consolaba con aquella sentencia de un sabio: No será grande el que pensare que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan, y que mueran los mortales. Con más razón nos debemos nosotros consolar, considerando que todas estas cosas vienen de la mano de Dios, y que ésa es su voluntad, y que aunque la causa porque Él envía estos trabajos y calamidades sea oculta, pero no puede ser que sea injusta. Los juicios de Dios son muy profundos, son un abismo sin suelo, como dice el Profeta (Sal 35, 7), y no los habemos nosotros de querer escudriñar ni investigar con nuestro bajo y corto entendimiento, que sería ésa gran temeridad (*Rom.* 11, 34): [*Porque ¿quién conoció el acuerdo del Señon*3 *o ¿quién fue su consejero?*]: ¿quién os hizo a vos de su consejo para que os queráis entremeter en eso?; sino habémoslos de reverenciar con humildad, y creer que de saber infinito no viene ni puede venir sino cosa muy acertada; y tan acertada, que el fin de ella sea nuestro mayor bien y provecho.

Siempre habemos de ir en este fundamento, creyendo de aquella bondad y misericordia infinita Dios, que no enviaría ni permitiría semejantes mal y trabajos, si no fuese para sacar de ellos otros mayores bienes. Quiere Dios llevar por este camino al Cielo a muchos que de otra manera se perdieran. ¡Cuántos hay que con estos trabajos se vuelven de todo corazón a Dios, y mueren con verdadero arrepentimiento de sus pecados y se salvan, y de otra manera se condenaran! Y así, lo que parece castigo y azote, es misericordia y beneficio grande.

En el libro segundo de los Macabeos (6, 12), después de haber contado aquella horrible y cruelísima persecución del impísimo Antíoco, y la sangre que derramó sin perdonar a niño ni a viejo, a casada ni a doncella, y cómo despojó y profanó el templo, y las abominaciones que en él se cometían por su mandato, añade el autor y dice: *Yo ruego a todos los que leyeren este libro que no desmayen por es-*

tos acaecimientos adversos, sino que entiendan que Dios ha permitido y enviado todos estos trabajos, no para la destrucción, sino para enmienda y corrección de nuestra gente.

Dice muy bien San Gregorio a este propósito: La sanguijuela chupa la sangre del enfermo, y lo que pretende es hartarse de ella y bebérsela toda si pudiese mas el médico pretende con ella sacar la mala Sangre y dar salud al enfermo. Pues eso es lo que pretende Dios por medio del trabajo y de la tribulación que nos envía. Y así como el enfermo sería imprudente si no se dejase sacar la mala sangre, mirando más a lo que pretende la sanguijuela que a la intención del médico, así nosotros en cualquier trabajo que nos venga, ahora sea por medio de los hombres, ahora sea por medio de otra cualquier criatura, no habemos de mirar a ellas, sino al sapientísimo médico que es Dios; porque todas ellas le sirven a Él de sanguijuelas y de medios para evacuar la mala Sangre y darnos entera salud. Y así habemos de entender y creer que todo nos lo envía Él para mayor bien y provecho nuestro. Y aunque no hubiese en ello más de querernos el Señor castigar en esta vida como a hijos, y no guardarnos el castigo para la otra, será esa gran merced y beneficio.

De Santa Catalina de Sena se cuenta que estando ella muy afligida por un falso testimonio que le habían levantado, que tocaba en su honestidad, le apareció Cristo nuestro Redentor, el cual tenía en su mano derecha una corona de oro adornada con muchas margaritas y piedras preciosas, y en la siniestra otra corona de espinas, y díjole: Amada hija mía, sepas que es necesario ser coronada de estas dos coronas en diversas veces y tiempos; por tanto, tú escoge cuál quieres más, o que en esta vida en que ahora vives seas coronada con esta corona de espinas, y esotra preciosa te sea guardada para la vida que siempre ha de durar, o que ahora te sea dada esta preciosa corona en esta vida, y para después de tu muerte te sea reservada esta de espinas. Respondió la santa virgen: Señor, ya yo negué mi voluntad mucho tiempo ha por seguir la tuya; por tanto, no pertenece a mí escoger, pero si Tú, Señor, quieres que yo responda, digo que siempre en esta vida escojo ser conforme a tu santísima Pasión, y por tu amor quiero abrazar siempre penas para refrigerio mío. Y dicho esto, tomó la corona de espinas con sus propias manos de la mano del Salvador, y la puso con toda su fuerza sobre su misma cabeza con tanta violencia, que las espinas se la horadaron toda

alrededor, en tal manera, que de allí adelante sentía muchos días actual dolor en la cabeza, de la entrada de las espinas en ella.

CAPÍTULO 23

De un medio que nos ayudará mucho para llevar bien y con mucha conformidad los trabajos que el Señor nos envía, así particulares como generales, que es conocer y sentir nuestros pecados.

Doctrina es común de los Santos que suele Dios nuestro Señor enviar estos trabajos y castigos generales comúnmente por pecados cometidos, como consta de la sagrada Escritura, que está llena de esto (Dan 3, 28): [*Por nuestros pecados nos enviaste, Señor, estas aflicciones, porque pecamos y obramos mal y no obedecimos a tus mandamientos; por eso cuanto has enviado sobre nosotros y todo cuanto nos has hecho, con verdadera justicia lo has hecho*]. Y así vemos que castigaba Dios a su pueblo y le entregaba en manos de sus enemigos cuando le ofendía, y le libraba cuando, arrepentido de sus pecados, hacía penitencia y se volvía a Él. Y por esto, Aquior, capitán y príncipe de los hijos de Amón, habiendo declarado a Holofernes cómo Dios tenía protección del pueblo de Israel, y que le castigaba cuando se apartaba de su obediencia (Judit 5, 5), le dijo que antes de acometerle, procurase saber si a la sazón había ofendido a Dios, porque si esto era, podía tener por cierta la victoria; y si no, que dejase aquella empresa, porque no le iría bien ni sacaría más de ella que vituperio y confusión; porque Dios pelearía por su pueblo, contra el cual ninguno podía prevalecer.

Y notan esto particularmente los Santos sobre aquellas palabras que dijo Cristo nuestro Redentor en el Evangelio a aquel enfermo de treinta y ocho años que estaba junto a la probática piscina, después que le sanó (Jn 5, 14): [*Ya estás sano*], *guárdate de pecar de aquí adelante, porque no te acontezca otra cosa peor*. Pues conforme a esto, uno de los medios que nos ayudará mucho en las calamidades y trabajos, así generales como particulares, para conformarnos con la voluntad de Dios y llevarlos con mucha paciencia, será entrar luego dentro de nosotros y considerar nuestros pecados y cuán merecido tenemos aquel castigo, porque de esa manera cual-

quiera cosa adversa que se ofrezca la llevaremos bien y la juzgaremos por menor de lo que había de ser conforme a nuestras culpas.

San Bernardo y San Gregorio tratan muy bien punto. Dice San Bernardo: Si la culpa se siente interiormente, como se ha de sentir, poco o nada sentirá uno la pena exterior; como el santo rey David no sentía las maldiciones que le echaba Semeí, viendo la guerra que le hacía su propio hijo (2 Sal 16,11): [*Veis que mi mismo hijo, que salió de mis entrañas, anda asechando a mi vida, ¿cuánto más ahora un hijo de Jémini?*]: Me está persiguiendo mi propio hijo, ¿qué mucho que un extraño haga eso?

San Gregorio, sobre aquello de Job (11, 6): [*Conocerías como Dios te castiga menos de lo que merece tu maldad*], declara esto con una buena comparación. Así como cuando el enfermo siente la postema enconada, o la carne podrida, se pone de buena gana en las manos del cirujano para que abra y corte por donde le pareciere, y cuanto más enconada y podrida está la llaga, tanto de mejor gana sufre el hierro y el botón de fuego; así, cuando uno siente de veras la llaga y enfermedad que el pecado ha causado en su alma, de buena gana recibe el cauterio del trabajo y de la mortificación y humillación con que Dios quiere curar ese llaga, y sacar la materia y lo podrido de ella. Templase, dice, el dolor del azote cuando se conoce la culpa. Y si vos no tomáis de buena gana la mortificación y trabajo que se os ofrece, es porque no conocéis la enfermedad de vuestras culpas: no sentís lo podrido que tenéis, y así no podéis sufrir el cauterio y la navaja…

Los varones santos y los verdaderos siervos de Dios no sólo recibían esto de muy buena gana, sino lo deseaban y pedían muy de veras a Dios. Y así decía el santo Job (6, 8): *¡Quién me diese que mi petición fuese oída y que el que comenzó a afligirme, el mismo me desmenuzara, soltara su mano y me cortara, y éste fuese mi consuelo, que afligiéndome con dolores no me perdonara!* Y el Profeta David: [*Pruébame, Señor, tiéntame; que preparado estoy para los azotes. Bueno ha sido para mí que me hayas humillado*]. De tal manera desean los siervos de Dios que su Majestad los castigue y humille aquí en esta vida, dice San Gregorio, que antes se desconsuelan cuando por una parte consideran sus culpas, y por otra ven que no los ha Dios castigado por ellas; porque sospechan y temen no sea que les quiera diferir el castigo para la otra vida, donde será con rigor. Y eso es lo que añade Job: [*Y sea éste mi consuelo, que afli-*

giéndome con dolores no me perdone]. Como si dijera: Porque a algunos perdona Dios en esta vida para castigarlos después para siempre en la otra, no me perdone a mí de esta manera en esta vida, para que después para siempre me perdone; castígueme aquí Dios como Padre piadoso, para que no me castigue después para siempre como Juez riguroso; que no murmuraré, ni me quejaré de sus azotes, [*ni contradiré las palabras del Santo*], antes ése será mi consuelo. Esto es también lo que dice San Agustín: «Señor, quemad y cortad aquí, y no me perdonéis nada en esta vida, para que me perdonéis para siempre.»

Es ignorancia y ceguedad nuestra el sentir tantos trabajos corporales y tan poco los espirituales. No son de sentir tanto los trabajos, cuanto los pecados. Si conociésemos y ponderásemos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos parecería pequeño, y diríamos aquello de Job (33, 27): [*Pequé y en verdad he delinquido, y no recibí el castigo merecido*]; palabras que habíamos de traer siempre en el corazón y decirlas muchas veces con la boca. Pequé, Señor, y verdaderamente he delinquido y ofendido a vuestra divina Majestad, y no me habéis castigado como yo merecía: que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida en comparación de lo que merece un solo pecado (Job, 11, 6): [*Ojalá que acabases de entender que Dios te castiga mucho menos que tu maldad merecía*]. Quien considerare que ha ofendido a Dios y que merecía estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, qué desprecios no recibirá de buena voluntad, en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? (2 Sam 16, 11-12): [*Dejadle maldecir, que por ventura será servido el Señor de mirar mi aflicción, y me volverá bienes por las maldiciones de este día*], decía David cuando le maldecía y deshonraba Semeí. Dejadle, maldígame, deshónreme, lléneme de injurias y de oprobios, que por ventura se contentará el Señor y se dará por pagado y satisfecho con esto de mis pecados, y habrá misericordia de mí y será gran dicha mía. De esta manera habemos de abrazar nosotros las deshonras y trabajos que se nos ofrecieren. Vengan en buen hora, que por ventura será servido el Señor de recibir eso en descuento y satisfacción de nuestros pecados y sería ésa gran dicha nuestra. Si lo que gastamos en quejarnos y sentir los trabajos lo gastásemos en volvernos de esta manera contra nosotros, agradaríamos más a Dios y nos remediaríamos mejor.

Se ayudaban los Santos tanto de este medio en semejantes ocasiones, y tenían tanto ejercicio de esto, que leemos de algunos de ellos, como de Santa Catalina de Sena y otros, que los trabajos y azotes que enviaba Dios a la Iglesia los atribuían a sus pecados y defectos, y decían: Yo soy causa de estas guerras, mis pecados son causa de esta peste y de estos trabajos que Dios envía; pareciéndoles que sus pecados merecían eso y más. Y hace en confirmación de esto, que muchas veces por el pecado de uno castiga Dios a todo un pueblo, como por el pecado de David envió Dios pestilencia en todo el pueblo de Israel, y dice Escritura (2 Sam 24, 15) que murieron setenta mil hombres en tres días.

Pero diréis: Era rey, y por los pecados de la cabeza castiga Dios al pueblo. Por el pecado de Acán (Josué 7), un hombre particular, que había hurtado en Jericó ciertas cosillas, castigó Dios a todo el pueblo, en que tres mil soldados de los más valerosos del campo volvieron las espaldas al enemigo, siendo por él forzados a huir. No sólo por el pecado de la cabeza, sino también por el pecado de un particular, suele Dios castigar a otros. Y de esta manera declaran los Santos aquello que la Escritura sagrada tantas veces repite, que castiga Dios los pecados de los padres en hijos hasta la tercera y cuarta generación. La culpa del padre, ésa, dice, que no se traspasará en el hijo, ni la del hijo en el padre: [*El alma que peque, ésa morirá: no cargará el hijo con la culpa del padre, ni padre con la culpa del hijo*]; pero cuanto a la pena, suele Dios castigar a unos por los pecados de otros; y así por ventura por mis pecados y por los vuestros castigará Dios a toda la casa y a toda la Religión.

Pues traigamos delante de los ojos, por una parte, esta consideración, y por otra, el beneplácito de Dios, y así fácilmente nos conformaremos con su voluntad en los trabajos que nos enviare, y diremos con el sacerdote Helí (1 Sam 3, 18): [*El Señor es: haga lo que fuere bueno delante de sus ojos*]; y con aquellos santos Macabeos (1 Mac 3, 60): [*Como fuere la voluntad de Dios en el Cielo, así se haga*]. Es el Señor dueño y gobernador de todo; como a Él pluguiere, como El lo ordenare, así se haga. Y con el profeta David (Sal 38, 10): [*Enmudecí, Señor, y no abrí mi boca, porque Tú lo hiciste*]. No me quejé, Señor, de los trabajos que me habéis enviado; antes, como si fuera mudo, he callado y los he llevado con mucha paciencia y conformidad, porque sé, Señor, que vos los enviáis. Este ha de ser siempre nuestro consuelo en todas las cosas: Dios lo quiere, Dios lo

hace, Dios lo manda, Dios es el que lo envía, venga en buen hora. No es menester otra razón para llevar todas las cosas muy bien.

Sobre aquellas palabras del salmo veintiocho (v. 6): [*Y el amado como el hijo de unicornio*], notan los Santos que se compara Dios al unicornio, porque el unicornio tiene el cuerno debajo de los ojos, que ve muy bien donde hiere, no como el toro, que los tiene encima y no ve donde da. Y más, el unicornio, con el cuerno que hiere, sana; así Dios, con lo que hiere sana.

Agrádale tanto a Dios esta conformidad y humilde sumisión al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos. En las historias eclesiásticas se cuenta de Atila, rey de loa hunos, que arruinó tantas provincias y se llamó *Espanto del mundo y azote de Dios*, que acercándose a la ciudad de Troya, de Champaña, en Francia, le salió a recibir San Lupo, obispo de ella, vestido de pontifical, con todo su clero, y le dijo: ¿Quién eres tú que turbas la tierra y la destruyes? Respondió él: Yo soy el azote de Dios. Entonces el santo obispo le mandó abrir las puertas, diciendo: Sea muy bien venido el azote de Dios. Y entrando los soldados en la ciudad, los cegó el Señor de manera que pasaron por ella sin hacer daño alguno. Porque aunque Atila era azote, no quiso Dios que lo fuese para los que le recibían como azote suyo con tanta sumisión.

CAPÍTULO 24

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en la sequedad y desconsuelos de la oración, y qué entendemos aquí por sequedad y desconsuelo.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en las cosas exteriores, naturales y humanas, sino también en lo que a muchos les parece que es santidad desear más y más, que es en los bienes espirituales y sobrenaturales, como en las consolaciones divinas, en las mismas virtudes, en el mismo don de oración, en la paz y sosiego y quietud interior de nuestra alma, y en las demás ventajas espirituales. Pero preguntará alguno: ¿puede haber en esas cosas propias; voluntad y amor desordenado de sí mismo, para que sea menester moderarle aun en estas cosas? Digo que sí, y ahí se verá cuánta es la malicia del amor propio, pues en cosas tan bue-

nas no teme entremeter su maldad. Buenas son las consolaciones y gustos espirituales, porque con ellos fácilmente desecha el alma y aborrece todos los placeres y gustos de las cosas de la tierra, que es el cebo y nutrimento de los vicios, y se anima y alienta para caminar con ligereza en el servicio de Dios, conforme a aquello del Profeta (Sal 118, 32): *Corría yo e iba y ligero por el camino de vuestros mandamientos, cuando Vos, Señor, dilatabais mi corazón*. Con la alegría y consolación espiritual se dilata y ensancha el corazón, así como con la tristeza se aprieta y estrecha. Pues dice el Profeta David que cuando Dios le enviaba consuelo le eran unas como alas que le hacían correr y volar por el camino de la virtud y de los mandamientos de Dios.

Ayudan también mucho las consolaciones espirituales para quebrantar uno su voluntad y vencer sus apetitos y mortificar su carne, y llevar con mayores fuerzas la cruz y los trabajos que se ofrecen. Y suele Dios enviar consuelos y regalos a quien ha de enviar trabajos y tribulaciones, para que con ellos se aperciban y dispongan para llevarlos bien y con provecho; como vemos que Cristo nuestro Redentor quiso consolar a sus discípulos, en el monte Tabor con su gloriosa transfiguración, para que después no se turbasen viéndole padecer y morir en una cruz. Y así vemos también que a los que comienzan suele Dios dar muy ordinariamente estos consuelos espirituales, para hacerles con eficacia dejar los gustos de la tierra por los del Cielo; y después que los tiene presos con su amor, y ve que han echado firmes raíces de virtudes, suele ejercitarlos con sequedades, para que ganen más virtud de humildad y paciencia, y merezcan más aumento de gracia y de gloria, sirviendo a Dios puramente sin consuelos.

Esta es la causa por que algunos al principio, cuando entraron en la Religión, y aun por ventura allá fuera, cuando andaban con esos deseos, sentían más consuelos y gustos espirituales que después: era que los trataba Dios entonces conforme a su edad, dándoles leche de niños para arrancarlos y desterrarlos del mundo, y hacer que le aborreciesen y les diesen en rostro sus cosas; pero después pueden comer pan con corteza, y así dales Dios manjar de grandes.

Para estos y otros semejantes fines suele el Señor dar los consuelos y gustos espirituales; y así nos aconsejan comúnmente los Santos que en el tiempo de la consolación nos apercibamos para el de la tentación, como en tiempo de paz se preparan y aperciben para

la guerra: porque suelen las consolaciones ser vísperas de las tentaciones y tribulaciones.

De manera que los gustos espirituales son buenos y de mucho provecho si sabemos usar bien de ellos; y así, cuando el Señor los diere, se han de recibir con hacimiento de gracias. Pero si uno parase en estas consolaciones, y las desease para sólo su consentimiento, por el gusto y deleite que el alma siente en ellas, ése ya sería vicio y amor propio desordenado. Así como en las cosas necesarias para la vida, como el comer, beber, dormir y las demás, si el hombre tuviese por fin de estas acciones el deleite, sería culpa; así, si en la oración tuviese uno por fin esos gustos y consolaciones, sería vicio de gula espiritual. No se han de desear ni tomar estas cosas por nuestro gusto y contentamiento, sino como medio que nos ayuda para los fines que habemos dicho. Así como el enfermo que aborrece el manjar de que tiene necesidad se huelga de hallar algún sabor en él, no por el sabor, sino porque le despierta el apetito para poder comer y conservar la vida; así el siervo de Dios no ha de querer el consuelo espiritual para parar en él, sino porque con este refresco del Cielo se anima y alienta su ánima a trabajar en el camino de la virtud y a tener firmeza en él. De esta manera no se desean deleites por deleites, sino por la mayor gloria de Dios y en cuanto redundan en mayor honra y gloria suya.

Pero digo más: que aunque desee uno estas consolaciones espirituales de esta manera y para los fines dichos, que son santos y buenos, puede con todo eso haber exceso en los tales deseos, y mezcla de amor propio desordenado; como si las desea desenfrenadamente y con demasiada congoja y codicia, de tal manera, que si le faltan, no queda tan contento ni tan conforme con la voluntad de Dios, sino antes queda inquieto, querelloso y con pena. Esa es afición y codicia espiritual desordenada, porque no ha de estar uno asido con tanto ahínco y desorden a los gustos y consolaciones espirituales, que le impida eso la paz y sosiego de su alma y la conformidad con la voluntad de Dios, si Él no fuere servido de dárselas; porque mejor es la voluntad de Dios que todo eso, y más importa que se conforme y contente con lo que Dios quiere.

Lo que digo de los gustos y consolaciones espirituales, entiendo también del don de oración y entrada que deseamos tener en ella, y de la paz y sosiego y quietud interior de nuestra alma, y de las demás ventajas espirituales; porque en el deseo de todas estas cosas

puede también haber afición y codicia desordenada cuando se desean con tanto ahínco y congoja, que si no alcanza uno lo que desea anda querelloso y descontento y no conforme con la voluntad de Dios. Y así, por gustos y consolaciones espirituales ahora entenderemos, no sólo la devoción y los gustos y consuelos sensibles, sino también la misma sustancia y don de oración, y el entrar y estar en ella con aquella quietud y sosiego que querríamos antes, de esto trataremos ahora principalmente, mostrando cómo nos habemos de conformar en esto co la voluntad de Dios, y no andar con demasiada codicia y congoja en ello. Porque esotro de los gustos y consolaciones y devociones sensibles fácilmente los renunciaría cualquiera, si le diesen lo sustancial de la oración y sintiese en sí el fruto de ella, porque todos entienden que no está la oración en esos gustos, ni en esas devociones y ternuras, y así para eso poca virtud es menester.

Pero esto de ir uno a la oración, y estar allí hecho una piedra con una sequedad tan grande, que no parece hay entrada para ella, sino que se le ha cerrado y escondido Dios, y que ha venido ya sobre él aquella maldición con que Él amenaza a su pueblo (Lev 26, 19): [*Y os daré desde arriba un Cielo como de hierro y una tierra de bronce*]; para esto es menester más virtud y más fortaleza. Paréceles a éstos que el Cielo se les ha hecho de hierro y la tierra de metal, porque no llueve sobre ellos gota de agua que les ablande el corazón y les dé fruto con que se mantengan, sino una esterilidad y sequedad continua. Y aun no sólo tienen sequedad, sino algunas veces una tan grande distracción y variedad de pensamientos, y algunas veces tan malos y tan feos, que no parece que van allí sino a ser tentados y molestados con todo género de tentaciones. Pues decidles que piensen entonces en la muerte o en Cristo crucificado, que suele ser muy buen remedio. Dirán: eso ya me lo sé; si yo pudiese eso, ¿qué me faltaba? Algunas veces está uno tal en la oración, que aun no puede pensar en eso, o aunque piense en ello y lo procure traer a la memoria, no le mueve ni le recoge eso nada, ni hace impresión ninguna en él. Esto es lo que aquí llamamos desconsuelos, sequedad y desamparo espiritual; y en esto es menester que nos conformemos también con la voluntad de Dios.

Este es un punto de mucha importancia, porque es una de las más comunes quejas y de los mayores contrastes que tienen los que tratan de oración, que todos gimen y lloran cuando se hallan de esa manera. Como oyen por una parte decir tantos bienes y alabanzas

de la oración, y que al paso que ella anda, anda uno todo el día y toda la vida, y oyen decir que éste es uno de los principales medios que tenemos, así para el aprovechamiento propios como para el de los prójimos, y por otra parte se ven a su parecer tan lejos de tener oración, dales esto mucha pena, y paréceles que les ha desamparado Dios y se ha olvidado de ellos; y les viene temor si han perdido ya su amistad y están en desgracia suya, pues les parece que no hallan acogida en él. Y acreciéntaseles a éstos la tentación, viendo que otras personas en pocos días crecen tanto en oración casi sin trabajo, y ellos trabajando y reventando no alcanzan nada; de lo cual les nacen otras tentaciones peores, como es quejarse algunas veces de nuestro Señor, porque los trata de aquella manera, y querer dejar el ejercicio de la oración, pareciéndoles que no es para ellos, pues tan mal les va en él. Y auméntales todo esto, y dales mucha pena cuando el demonio les trae a la memoria que ellos son la causa de todo aquello, y que por su culpa los trata Dios así. Con esto viven algunos muy desconsolados, y salen de la oración como de un tormento, tristes y melancólicos e insufribles para sí y para los que los tratan. Y así iremos respondiendo y satisfaciendo a esta tentación y queja con la gracia del Señor.

CAPÍTULO 25

En que se satisface a la queja de los que sienten sequedales y desconsuelos en la oración.

Cuanto a lo primero, no digo yo que no se huelgue uno cuando Dios le visita; que claro está que no se puede dejar de sentir gozo con la presencia del Amado. Ni digo que no sienta su ausencia cuando le castiga con sequedades y tentaciones, que bien veo que no se puede dejar de sentir eso. Cristo nuestro Redentor sintió el desamparo de su Padre Eterno cuando, estando en la cruz, dijo (Mt 27, 46): *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?* Pero lo que deseo es que nos sepamos aprovechar de este trabajo y de esta prueba con que suele el Señor probar muchas veces a sus escogidos, y que acudamos con fortaleza de espíritu conformándonos con la voluntad de Dios, diciendo (Mt 26, 39): *No se haga, Señor, lo que yo quiero, sino lo que vos queréis*. Especialmente que la santidad y

perfección no está en las consolaciones ni en tener alta y levantada oración, ni se mide por ahí nuestro aprovechamiento y perfección, sino por el amor verdadero de Dios, el cual no consiste en esas cosas, sino en una unión y conformidad entera con la voluntad de Dios, así en lo amargo como en lo dulce, y así en lo adverso como en lo próspero. Y así igualmente habemos de tomar de la mano de Dios la cruz y el desamparo espiritual, como el regalo y consuelo, dándole gracias así por lo uno como por lo otro. «Si quieres que esté en tinieblas, bendito seas Tú, y si quieres que esté en luz, bendito seas Tú; si me quieres consolar, bendito seas Tú, y si me quieres atribular, bendito seas Tú».

Así nos lo aconseja el Apóstol San Pablo (1 Tes 5, 18): *En todas las cosas que os vinieren, dad gracias a Dios, porque ésa es su voluntad*. Pues si ésa es la voluntad de Dios, ¿qué más tenemos que desear? ¡Oh!, que la vida no es más que para contentar a Dios. Pues si Él encamina mi vida por esta vereda oscura y escabrosa, no tengo que suspirar por otra ninguna clara y suave. Dios quiere que aquél vaya por camino que vea y guste, y yo por este desierto y sin consuelo; no trocaría mi esterilidad por su fecundidad. Esto dicen los que han abierto los ojos a la verdad, y con esto se consuelan. Dice muy bien el B. Padre Maestro Ávila: «¡Oh si el Señor nos abriese los ojos, cómo veríamos más claro que la luz del sol que todas las cosas de la tierra y del Cielo son muy baja cosa para desear ni gozar, si de ellas se aparta la voluntad del Señor; y que no hay cosa, por pequeña y amarga que sea, que si a ella se junta su voluntad, no sea de mucho valor! Más vale, sin comparación, estar en trabajos y desconsuelos, y en sequedades y tentaciones, si el lo quiere así, que cuantos gustos y consuelos y contemplaciones puede haber, si de ellos se aparta su voluntad.»

Pero dirá alguno: Si yo entendiese que era ésa la voluntad del Señor y que El se agradaba y contentaba más de eso, fácilmente me conformaría y estaría muy contento, aunque pasase toda la vida de esa manera; porque bien veo que no hay más que desear, sino agradar y contentar a Dios, ni la vida es para otra cosa. Empero, paréceme a mí que Dios bien querría que yo tuviese mejor oración y más recogimiento y atención, si yo me dispusiese para ello; y lo que a mí me da pena es creer que por mi culpa y tibieza, y por no hacer lo que es de mi parte, estoy allí distraído y seco y sin poder entrar en oración; que si yo entendiese y estuviese satisfecho de que hacia to-

do lo que era de mi parte, y que allí no había culpa mía, no tendría pena ninguna.

Muy bien dada está la querella, no hay más qué decir, porque en esto se vienen a resumir todas las razones de los que tienen semejantes quejas; y así, si satisfacemos bien a esto, haremos grande haciendas por ser tan común esta queja; porque no hay ninguno, por santo y perfecto que sea, que no sienta algunas temporadas estas sequedades y desamparos espirituales. Del bienaventurado San Francisco lo leemos, y de Santa Catalina de Sena, con haber sido tan regalados y favorecidos de Dios. Y San Antonio abad, con tener tan alta oración, que las noches le parecían un soplo y se quejaba del sol porque madrugaba tanto, con todo eso, algunas veces era tan fatigado y acosado de pensamientos malos e importunos, que clamaba y daba voces a Dios: Señor, que querría ser bueno, y mis pensamientos no me dejan. Y San Bernardo se quejaba de lo mismo, y decía: ¡Oh Señor!, que se ha secado mi corazón y apretado y cuajado como leche, y está como tierra sin agua, que no me puedo compungir ni mover a lágrimas; tanta es la dureza de mi corazón. No me hallo bien en el coro, no gusto de la lección espiritual, no me agrada la meditación. ¡Oh Señor!, que no hallo en la oración lo que solía. ¿Dónde está aquel embriagarse el ánima de vuestro amor? ¿Dónde está aquella serenidad y aquella paz y gozo en el Espíritu Santo? De manera que para todos es menester esta doctrina, y confío en el Señor que satisfaremos a todos.

Pues comencemos por aquí: yo os concedo que vuestra culpa es la causa de vuestra distracción y poquedad y de no poder entrar en la oración; y así es bien que lo entendáis y digáis vos, que por vuestros pecados pasados, y por vuestras culpas y descuidos presentes, os quiere el Señor castigar en no daros cuenta para el en la oración, Y en que no podáis tener recogimiento, ni quietud ni atención en ella; porque no lo merecéis, antes lo desmerecéis. Empero, de ahí no se sigue que hayáis de tener queja, sino una conformidad muy grande con la voluntad de Dios en eso. ¿Lo queréis ver claramente? *Por vuestra misma boca* y por vuestro mismo dicho *os quiero juzgar* (Lc 19, 22). ¿Vos no conocéis y decís que por vuestros pecados pasados y por vuestras culpas y descuidos presentes merecéis gran castigo de Dios?

—Si, por cierto; el infierno he merecido muchas veces, y así, ningún castigo será grande para mí, sino todo será misericordia y re-

galo en comparación de lo que yo merezco. Y el quererme Dios enviar algún testigo en esta vida lo tomaré yo por particular beneficio, porque lo tendré como por prenda de que Dios me ha perdonado mis pecados, y de que no me quiere castigar en la otra vida, pues me castiga en ésta.

—Basta, no es menester más; yo me contento con eso. Pero no sea todo palabras, vengamos a las obras. Este es el castigo que quiere Dios que padezcáis ahora por vuestros pecados; esos desconsuelos, esas distracciones y sequedades, ese desamparo espiritual, ese hacérseos el Cielo de bronce y la tierra de metal, y cerrárseos y escondérseos Dios, y que no halléis entrada en la oración; con eso quiere Dios castigaros ahora y purgar vuestras culpas. ¿No os parece que vuestros pecados pasados y vuestros descuidos y negligencias presentes merecen bien este castigo?

—Si, por cierto, y ahora digo que es muy pequeño para lo que yo merezco, y que está muy lleno de justicia y misericordia; de justicia, porque pues yo he cerrado tantas veces a Dios la puerta de mi corazón y me hacía sordo cuando el me daba aldabadas con sus santas inspiraciones, y las he resistido muchas veces, justo es que ahora, aunque yo llame, Él se haga sordo y no me responda, ni me quiera abrir la puerta, sino que me dé con ella en los ojos. Justísimo castigo es ése, pero muy pequeño para mí; y así es muy lleno de misericordia, porque mucho mayor le merecía yo.

—Pues conformaos con la voluntad de Dios en ese castigo, y recibidle con hacimiento de gracias, pues os castiga con tanta misericordia y no según vos lo merecíais. ¿Vos no decís que merecíais el infierno? Pues ¿cómo os atrevéis a pedir a Dios consuelos y regalos en la oración, y tener entrada y familiaridad con Dios en ella, y una paz y quietud y sosiego de hijos muy queridos y regalados? ¿Y cómo os atrevéis a formar queja de lo contrario? ¿No veis que es ése grande atrevimiento y gran soberbia? Contentaos con que os tiene Dios en su casa y os consiente estar en su presencia, y estimad y reconoced eso por granda merced y beneficio.

Si hubiese humildad en el corazón, no tendríamos boca para quejamos de cualquier manera que nos tratase el Señor, y así fácilmente cesaría esta tentación.

CAPÍTULO 26

Como convertiremos la sequedad y desconsuelos en muy buena y provechosa oración.

No solamente debe cesar en nosotros esta queja, sino habemos de procurar sacar provecho de las sequedades y desconsuelos, y hacer de ello muy buena oración, y para esto ayudará, lo primero, lo que decíamos tratando de la oración. Cuando nos sintiéremos de esta manera, decid: Señor, en cuanto es culpa mía, a mi me pesa mucho, por cierto, de la culpa que en esto tengo; pero en cuanto es voluntad vuestra, y pena y castigo justamente merecido por mis pecados, yo lo acepto, Señor, de muy buena voluntad; y no sólo ahora o por breve tiempo, sino por todos los días de mi vida, aunque hubiesen de ser muchos, me ofrezco a esta cruz y estoy muy dispuesto para llevarla y con hacimiento de gracias. Esta paciencia y humildad, esta resignación y conformidad con la voluntad de Dios en este trabajo, agrada más a Dios que las quejas y congojas demasiadas, porque no hallo entrada en la oración, o porque estoy allí con tantos pensamientos y tanta distracción.

Si no, decidme: ¿quién os parece que agradará más a sus padres, el hijo que se contenta con cualquiera cosa que le dan, o el que nunca se contenta con nada, sino siempre anda rezongando y quejándose, pareciéndole poco todo lo que le dan, y que le habían de dar más o mejor? Claro está que el primero. Pues así es también con Dios. El hijo sufrido y callado, que se contenta y conforma con la voluntad de su Padre Celestial en cualquier cosa que le envía, aunque sea áspera y adversa, y aunque sea un hueso duro y mondo, ése contenta y agrada más a Dios, que el mal contentadizo y que siempre anda quejoso y rezongando, porque no tiene y porque no le dan a él.

Mas, decidme: ¿cuál hace mejor y cuál moverá más a que le den limosna y tengan compasión y misericordia de él, el pobre que se queja porque no le responden presto y porque no le dan, o el pobre que está perseverando a la puerta del rico con paciencia y silencio y sin queja ninguna, sino que habiendo llamado a la puerta y sabiendo que le han oído, está esperando, al frío y al agua, sin tornar a llamar y sin saberse quejar, y sabe el señor que está esperando con

aquella humildad y paciencia? Claro esta que eso mueve mucho; y esotro pobre soberbio antes enfada y mueve a indignación. Pues así es también con Dios.

Y para que se vea más el valor y fruto de esta oración, y cuánto agrada a Dios, pregunto yo: ¿qué mejor oración y qué mayor fruto puede uno sacar de ella, que sacar mucha paciencia en los trabajos y mucha conformidad con la voluntad de Dios, y mucho amor suyo? ¿A qué vamos a la oración sino a esto? Pues cuando el Señor os envía sequedades y tentaciones en ella, conformaos con su voluntad en ese trabajo y desamparo espiritual, y haréis uno de los mayores actos de paciencia y amor de Dios de cuantos podéis hacer. Dicen, y muy bien, que el amor se muestra en el sufrir y padecer trabajos por el amado, y que cuanto mayores son los trabajos, tanto más se muestra el amor. Pues éstos son de los mayores trabajos y de las mayores cruces y mortificaciones de los siervos de Dios, y los que más sienten los hombres espirituales; que esotros corporales que tocan a la hacienda, salud y bienes temporales, no tienen que ver en comparación de éstos. Y así, venir uno a estar muy conforme con la voluntad de Dios en estos trabajos, imitando a Cristo nuestro Redentor en aquel desamparo espiritual que tuvo en la cruz, y aceptar esa cruz espiritual por toda la vida, si el Señor fuere servido dársela, por sólo dar contento a Dios, es grande acto de paciencia y de amor de Dios, y muy alta y muy provechosa oración, y cosa de grande perfección; lo es tanto, que algunos llaman a éstos excelentes mártires.

Mas, pregunto yo: ¿a qué vais a la oración sino a sacar humildad y conocimiento propio? ¿Cuántas veces habéis pedido a Dios que os dé a entender quién sois? Pues Dios ha oído vuestra oración, y os lo quiere dar a entender de esa manera. Algunos tienen librado el conocerse en un gran sentimiento de sus pecados y en derramar muchas lágrimas por ellos; y se engañan, porque ése es Dios, no vos. El ser como piedra, ese sois vos; y si Dios no hiere la piedra, no saldrá agua ni miel. En eso está el conoceros, principio de mil bienes; y de eso tenéis las manos llenas cuando estáis de esa manera; y si eso sacáis de la oración, habréis sacado muy gran fruto de ella.

CAPÍTULO 27

De otras razones que hay para consolarnos y conformarnos con la voluntad de Dios en las sequedades y desconsuelos de la oración.

Aunque es bien que nosotros pensemos que este trabajo nos viene por nuestras culpas, para que así andemos siempre más confundidos y humillados; pero también es menester que entendamos que no todas veces es esto castigo de nuestras culpas, sino disposición y providencia altísima del Señor, que reparte sus dones como Él es servido. Y no conviene que todo el cuerpo sea ojos, ni pies, ni manos, ni cabeza, sino que haya miembros diferentes en su Iglesia; y así, no conviene que se dé a todos aquella oración especialísima y aventajada de que dijimos cuando tratamos de oración. Y esto no es menester que sea porque no lo merecen, porque aunque merezcan eso, merecerá más en otra cosa, y les hará Dios más merced en dársela, que en darles eso. Muchos Santos grandes hubo que no sabemos que tuviesen estas cosas; y si las tuvieron, dijeron con San Pablo que no se preciaban ni gloriaban en eso, sino en llevar la cruz de Cristo (Gal 6, 14): [*Guárdeme Dios de gloriarme, si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*].

El B. Padre Maestro Ávila dice acerca de esto una cosa de mucho consuelo: que deja Dios a algunos desconsolados muchos años, y algunas veces por toda la vida; y la parte y suerte de éstos, creo, dice, que es la mejor, si hay fe para no sentir mal, y paciencia y esfuerzo para sufrir tan gran destierro. Si uno se acabase de persuadir que esta suerte es mejor para él, fácilmente se conformaría con la voluntad de Dios. Muchas razones dan los Santos y los maestros de la vida espiritual para declarar y probar que a los tales les está mejor esta suerte; pero solamente diremos ahora una de las principales que traen San Agustín, San Jerónimo, San Gregorio y comúnmente todos que tratan de esto. Y es que no todos son para conservar la humildad entre la alteza de la contemplación; porque apenas habemos tenido una lagrima cuando ya nos parece que somos espirituales y hombres de oración, y nos comparamos y preferimos por ventura a otros.

Aun el Apóstol San Pablo parece que hubo menester algún contrapeso para que no le levantasen esas cosas (2 Cor 12, 7): [*Porque*

la grandeza de las revelaciones no me envanezca, me ha sido dado un aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me dé de bofetadas]; porque el haber sido arrebatado al tercero Cielo, y las grandes revelaciones que había tenido no le ensoberbeciesen, permite Dios que le venga una tentación que le humille y le haga conocer su flaqueza. Pues por esto, aunque aquel camino parece más alto, estotro es más seguro; y así, el sapientísimo Dios, que nos guía a todos para un mismo fin, que es Él, lleva a cada uno por el camino que sabe que más le conviene. Por ventura, si tuvierais grande entrada en la oración, en lugar de salir humilde y aprovechado, salierais soberbio e hinchado; y de esotra manera andáis siempre humillado y confundido, y teniéndoos en menos que todos; y así mejor camino es ése para vos y más seguro, aunque vos no lo entendáis (Mt 20, 22): *No sabéis lo que pedís* ni lo que deseáis.

San Gregorio enseña una doctrina muy buena a este propósito sobre aquello de Job (9, 11): *Si viniere el Señor a mí, no le veré; y si se fuere y apartare de mí, no le entenderé*. Quedó, dice, el hombre tan ciego por el pecado, que no conoce cuándo se va acercando a Dios, ni cuándo se va alejando de Él; antes muchas veces lo que piensa que es gracia de Dios, y que por allí se va allegando más a El, se le convierte en ira y le es ocasión de apartarse de Él; y muchas veces lo que él piensa que es ira y que se va alejando y olvidando Dios de él es gracia y causa para que no se aparte de Él. Porque ¿quién viéndose en una oración y contemplación muy alta, y muy regalado y favorecido de Dios, no pensará que se va llegando más a Dios? Y muchas veces de esos favores viene uno a ensoberbecerse y a asegurarse y fiarse de sí, y por allí le hace caer el demonio, por donde él pensaba que subía y se llegaba más a Dios. Y, por el contrario, muchas veces, viéndose uno desconsolado y afligido, viéndose con graves tentaciones y muy combatido de pensamientos deshonestos, de blasfemias y contra la fe, piensa que Dios está enojado con él y que le va desamparando y apartándose de él, y entonces está más cerca de él; porque con aquello se humilla más y conoce su flaqueza; desconfía de sí, y acude a Dios con mayor brío y fortaleza, y pone en Él toda su confianza, y procura nunca apartarse de Él. De manera que no es mejor lo que vos pensáis, sino el camino por donde el Señor os quiere llevar, ése habéis de entender que es el mejor y el que más os conviene.

Más: esa misma amargura y esa pena y dolor que vos sentís por pareceros que no tenéis la oración tan bien como era razón, puede ser otra razón de consuelo, porque es particular gracia y merced del Señor y señal de que le amáis. Porque no hay dolor sin algún amor; no hay pesarme de no servir bien sin propósito y voluntad de servir bien; y así, esa pena y dolor, de amor de Dios nace, y de deseo de servirle mejor. Si no se os diera nada de servirle mal, ni de tener mala oración, ni de hacer las cosas mal hechas, fuera mala señal; pero sentir pena y dolor de pareceros que hacéis eso mal, muy buena señal es. Pero aplaque el sentimiento y dolor el entender que en cuanto eso es pena, es voluntad de Dios, y conformaos con ella y dadle gracias que os deja andar deseoso de contentarle, aunque os parezca que son flacas las obras.

Y más: aunque no hagáis otra cosa en la oración sino asistir allí y hacer presencia delante de aquella real y divina Majestad, servís en eso mucho a Dios; como acá vemos que es grande majestad de los reyes y príncipes de la tierra, que los grandes de su corte vayan cada día a palacio, y asistan y hagan allí presencia. (Prov 8, 34): [*Bienaventurado el hombre que me oye, y que vela cada día a mis puertas, y está aguardando a los umbrales de mi casa*]. A la gloria de la Majestad de Dios, y a la bajeza de nuestra condición, y a la grandeza del negocio que tratamos, pertenece que estemos muchas veces esperando y aguardando a las puertas de su palacio celestial. Y cuando os abriere las puertas, dadle gracias por ello; y cuando no, humillaos, conociendo que no lo merecéis; y de esa manera siempre será muy buena y provechosa vuestra oración. De todas estas cosas y otras semejantes nos habemos de ayudar para conformarnos con la voluntad de Dios en este desconsuelo y desamparo espiritual, aceptándolo con hacimiento de gracias y diciendo: «Dios te salve, amargura amarga y amarguísima, pero llena de gracias y de bienes».

CAPÍTULO 28

Que es grave engaño y grande tentación dejar la oración por hallarse en ella de la manera dicha.

De lo dicho se sigue que es grande engaño y grave tentación cuando uno por verse de esta manera, viene a dejar la oración o no persevera tanto en ella, pareciéndole que no hace allí nada, sino que antes pierde tiempo. Esta es una tentación con que el demonio ha hecho dejar el ejercicio de la oración, no sólo a muchos de los seglares, sino también a muchos religiosos; y cuando no puede quitarles del todo la oración, hace que no se den tanto a ella, ni gasten tanto tiempo en ella como pudieran. Comienzan muchos a darse a la oración, y mientras hay bonanza y devoción, la prosiguen y la continúan muy bien; pero en viniendo el tiempo de sequedad y distracción, paréceles que aquello no es oración, sino antes nueva culpa, pues están allí delante de Dios con tanta distracción y con tan poca reverencia; y así, van poco a poco dejando la oración, pareciéndoles que harán más servicio a Dios entendiendo en otros ejercicios y ocupaciones, que en estar allí de aquella manera; como el demonio siente en ellos esta flaqueza, se ayuda de la ocasión, y se da tal prisa a traerles pensamientos y tentaciones en la oración, para que les parezca aquel tiempo malgastado, que poco a poco les hace dejar del todo la oración y con ella la virtud, y aun algunas veces más adelante. Y así, sabemos que en muchos ha comenzado de aquí su perdición.

[*Amigos hay, compañeros en la mesa, que en el día de la aflicción no permanecerán*], dice el Sabio (Eclo 6, 10). Gozar con Dios, no hay quien no lo quiera mas trabajar y padecer por Él, eso es señal de verdadero amor. Cuando hay consuelo y devoción en la oración, no es mucho que perseveréis y os detengáis muchas horas en ella; porque eso por vuestro contento y por vuestro gusto lo podéis hacer; y es señal que así lo hacéis, si cuando os falta eso no perseveráis. Cuando Dios envía desconsuelos y sequedades y distracciones, entonces se prueban los verdaderos a amigos, y se echan de ver los siervos fieles, que no buscan su interés, sino puramente la voluntad y contento de Dios. Y así, entonces habemos de perseverar con humildad y paciencia, estando allí todo el tiempo señalado, y aun un poco más, como nos lo aconseja nuestro Padre, para vencer con eso la tentación, y mostrarnos fuertes y esforzados contra el demonio.

Cuenta Paladio que ejercitándose él en la consideración de las cosas divinas encerrado en una celda, tenía gran tentación de sequedad y grande molestia de pensamientos, y le venía a la imaginación que dejase aquel ejercicio, porque era para él sin provecho. Se fue al santísimo Macario Alejandrino, y le contó esta tentación, pi-

diéndole consejo y remedio. Respondióle el Santo: Cuando estos pensamientos te dijeren que te vayas y que no haces nada, di a tus pensamientos: «Aquí quiero estar guardando por amor de Cristo las paredes de esta celda.» Que fue irle que perseverase, contentándose de hacer aquella santa obra por amor de Cristo, aunque no sacase más fruto que éste. Esta es muy buena respuesta para cuando nos viniere esta tentación. Porque el fin principal que habemos de pretender en este santo ejercicio, y la intención con que habemos de llegar a él y ocuparnos en él, no ha de ser nuestro gusto y contento, sino hacer una obra buena y santa, con que agrademos a Dios y le demos contento, y con que satisfagamos y le paguemos algo por lo mucho que le debemos, por ser quien es y por los innumerables beneficios que de su mano habemos recibido; y pues Él quiere y se agrada de que yo esté ahora aquí, aunque me parezca que no hago nada, yo me contento con eso.

De Santa Catalina de Sena se cuenta que por muchos días estuvo desamparada de los consuelos espirituales, y no sentía el acostumbrado fervor de devoción, y sobre esto era muy molestada de pensamientos malos, feos y deshonestos que no los podía echar de sí; mas no dejaba por eso su oración, antes lo mejor que podía, perseveraba en ella con gran cuidado, y hablaba consigo misma de esta manera: Tú pecadora vilísima, no mereces consuelo ninguno. ¿Cómo? ¿No te contentarías con que no fueses condenada, aunque toda tu vida hubieses de llevar estas tinieblas y tormentos? Por cierto que no escogiste tú el servir a Dios para recibir de Él consuelos en es vida, sino para gozar de El en el Cielo eternamente; levántate, pues, y prosigue tus ejercicios, y persevera en la fidelidad de tu Señor.

Pues imitemos estos ejemplos y quedémonos con aquellas palabras de aquel Santo: Tenga yo, Señor por consolación, querer de grado carecer de todo humano consuelo; y si me faltare tu consolación, séame tu voluntad y tu justa prueba en lugar de muy grande consuelo. Si llegamos a esto, que la voluntad y contento de Dios sea todo nuestro contento, de tal manera que el mismo carecer de todo consuelo sea nuestro contento por ser ésa la voluntad y contento de Dios, entonces será nuestro contento verdadero y tal, que ninguna cosa nos le podrá quitar.

CAPÍTULO 29

En que se confirma lo dicho con algunos ejemplos.

En las Crónicas de la Orden de Santo Domingo se cuenta que un padre de los primeros de la Orden, después de haber estado en ella algunos años con gran ejemplo de vida y gran limpieza de ánima, no sentía ninguna manera de consolación ni gusto en los ejercicios de la Religión, ni meditando, ni orando, ni contemplando, ni leyendo. Y como siempre oía decir del regalo que Dios hacía a otros, y de los sentimientos espirituales que tenían, estaba medio desesperado, y como tal se puso a decir una noche en la oración delante de un crucifijo, estos desatinos:

Señor, yo siempre he entendido que en bondad y mansedumbre excedéis a todas vuestras criaturas: me veis aquí que os he servido muchos años, y he sufrido por vuestro respeto hartas tribulaciones, y de buena gana me he sacrificado a Vos sólo; y si la cuarta parte del tiempo que ha que os sirvo hubiera servido a un tirano, ya me hubiera mostrado alguna señal de benevolencia, siquiera con una buena palabra, o con un buen rostro, o con una risa; y Vos, Señor, ningún regalo me habéis hecho, ni tengo de Vos recibido el menor favor que soléis hacer a otros; y siendo Vos la misma dulzura, sois para mí más duro que cien tiranos. ¿Qué es esto, Señor? ¿Por qué queréis que pase así? Estando en esto oyó súbitamente un estruendo tan grande como si toda la iglesia viniera al suelo, y en los desvanes había tan temeroso ruido como si millares de perros con los dientes estuvieran despedazando el enmaderamiento.

De lo cual, como se asombrase, y temblando de miedo volviese la cabeza para ver qué sería, vio a sus espaldas la más fea y horrible visión del mundo, de un demonio que con una barra de hierro, que tenía en la mano, le dio tan grande golpe en el cuerpo, que cayendo de él en tierra no pudo más levantarse; pero tuvo ánimo para ir arrastrando hasta un altar, que estaba allí junto, sin poder menearse de puro dolor, como si lo hubieran descoyuntado a golpes.

Cuando los frailes se levantaron a Prima, y le hallaron como muerto, sin saber la causa de tan súbito y mortal accidente, lleváronle a la enfermería, a donde por tres semanas enteras que estuvo con dolores gravísimo, era tan grande su hedor, y tan sucio y asqueroso,

que en ninguna manera podían entrar a curarle los religiosos, ni a servirle, sino tapándose primero las narices y con otras muchas prevenciones. Pasado este tiempo, tomó algunas fuerzas, y en pudiendo tenerse en pie, quiso curarse de su loca presunción y soberbia. Y tornando al lugar donde había cometido la culpa, buscó en él el remedio de ella, y con muchas lágrimas y humildad hacia su oración bien diferente de la pasada: confesaba su culpa y se conocía por indigno de bien alguno, y por muy merecedor de pena y castigo. Y el Señor le consoló con una voz del Cielo, que le dijo: Si quieres consolaciones y gustos, te conviene ser humilde, y reconocer tu bajeza, y entender que eres más vil qué el lodo, y de menos valor que los gusanos que huellas con los pies. Y con esto quedó tan escarmentado, qué de ahí adelante fue perfectísimo religioso.

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio leemos otro ejemplo bien diferente. Cuéntase en su Vida que mirando sus faltas y llorándolas, decía que deseaba que en castigo de ellas nuestro Señor le quitase alguna vez el regalo de su consuelo, para que con esta sofrenada anduviese más cuidadoso y más cauto en su servicio; pero que era tanta la misericordia del Señor, y la muchedumbre de la suavidad y dulzura de su gracia para con él, que cuanto él más faltaba y más deseaba ser castigado de esta manera, tanto el Señor era más benigno y con mayor abundancia derramaba sobre él los tesoros de su infinita liberalidad. Y así, decía que creía que no había hombre en el mundo en quien concurriesen estas dos cosas juntas tanto como en él: la primera es faltar tanto a Dios; y la otra, recibir tantas y tan continuas mercedes de su mano.

De un siervo de Dios cuenta Blosio que hacía el Señor grandes favores y regalos, dándole grandes ilustraciones y comunicándole cosas maravillosas en la oración. Y él, con su mucha humildad y deseo de agradar más a Dios, le pidió que si Él era servido y se agradaba más de ello, le quitase aquella gracia. Oyó Dios su oración, y quitósela por cinco años, dejándole padecer en ellos muchas tentaciones, desconsuelos y angustias. Y estando él una vez llorando amargamente, se le aparecieron dos ángeles queriéndole consolar, a los cuales él respondió: Yo no pido consuelo, porque me basta por consuelo que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

El mismo Blosio cuenta que dijo Cristo nuestro Redentor a Santa Brígida: Hija, ¿qué es lo que te turba y pone en cuidado? Respondió ella: Porque soy afligida de vanos pensamientos, inútiles y malos,

y no puedo echarlos de mí, y angústiame mucho tu espantoso juicio. Entonces el Señor: Esta es, dice, la verdadera justicia, que así como te deleitabas en las vanidades del mundo contra mi voluntad, así ahora te sean molestos y penosos, varios y perversos pensamientos, contra la tuya. Empero has de temer mi juicio moderadamente y con discreción, confiando firmemente de continuo en Mí, que soy tu Dios. Porque debes tener por certísimo que los malos pensamientos, a que el hombre resiste y da de mano, son purgatorio y corona del alma. Si no puedes estorbarlos, súfrelos con paciencia y hazles contradicción con la voluntad, y aunque no les des consentimiento, con todo eso teme no te venga de ahí alguna soberbia y caigas, porque cualquiera que esté en pie, solamente le sustenta la gracia de Dios.

Dice Taulero, y tráelo Blosio en el Consuelo de pusilánimes: Muchos, cuando les fatiga alguna tribulación, me suelen decir: Padre, mal me tratan, no me va bien, porque soy fatigado con diversas tribulaciones y con melancolía. Yo respondo a quien me dice esto, que antes le va muy bien, y que se le hace mucha merced. Entonces dicen ellos: Señor, no, antes creo que por mis culpas me sucede esto. A lo cual les digo yo: Ahora sea por tus pecados, ahora no, cree que esa cruz te la ha puesto Dios, y dándole gracias por ello, sufre y resígnate todo en Él. Dicen también: Interiormente me consumo con la grande sequedad y tinieblas. Dígole yo: Amado hijo, sufre con paciencia y hacerte han más merced que si anduvieses con mucha y grande devoción sensible.

De un grande siervo de Dios se cuenta que decía: Cuarenta años ha que sirvo a nuestro Señor y trato de oración, y nunca he tenido en ella gustos, ni consuelos; pero el día que la tengo, siento después en mí un aliento grande para los ejercicios de virtud, y en faltando en esto, ando tan caído, que no se me levantan las alas para cosa buena.

CAPÍTULO 30

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en el repartimiento de las demás virtudes y dones sobrenaturales.

Así como habemos de estar conformes con la voluntad de Dios de cualquiera manera que nos trate en la oración, así también lo ha-

bemos de estar en todas las demás virtudes y dones de Dios, y en todas las demás ventajas espirituales. Muy bueno es el deseo de todas las virtudes, y el andar suspirando por ellas y procurándolas, pero de tal manera habemos de desear siempre ser mejores y crecer e ir adelante en la virtud, qué tengamos paz, si no llegáremos a lo que deseamos, y nos conformemos con la voluntad de Dios y nos contentemos con ella. Si Dios no os quiere dar a vos una castidad angélica, sino que padezcáis graves tentaciones en eso, mejor es que vos tengáis paciencia y conformidad con la voluntad Dios en esa tentación y trabajo, que andar inquieto y quejoso por no tener aquella puridad y limpieza de los ángeles. Si Dios no os quiere dar tan profunda humildad como a un San Francisco, ni tanta mansedumbre como a Moisés y David, ni tanta paciencia como a Job, sino que sintáis movimientos y apetitos contrarios, bien es que andéis confundido y humillado, y toméis de eso ocasión para teneros en poco; pero no es bien que andéis desasosegado y lleno de quejas y congojas porque no os hace Dios tan paciente como a Job, ni tan humilde como a San Francisco. Es menester que nos conformemos también con la voluntad de Dios en estas cosas, porque de otra manera nunca tendríamos paz.

Dice muy bien el B. P. Maestro Ávila: no creo que habido Santo en este mundo que no desease ser mejor de lo que era; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban ellos por su propia codicia, que nunca dice harto hay, más por Dios, con cuyo repartimiento estaban contentos, aunque menos les diera; teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que Él les da, más que el desear tener mucho, aunque diga el amor propio que es para más servir a Dios.

Pero dirá alguno: Parece que esto es decirnos que no debemos ser fervientes en desear ser más y más virtuosos y mejores, sino que todo lo habemos de dejar a Dios, así lo del alma como lo del cuerpo: y así, parece que es darnos ocasión para que seamos tibios y flojos y que no se nos dé nada por crecer e ir adelante.

Nótese mucho este punto, porque es de mucha importancia. Es tan buena esta réplica y objeción, que sólo eso es lo que hay que tener en este negocio. No hay doctrina, por buena que sea, de que no pueda uno usar mal, si no la sabe aplicar como conviene; y así lo será ésta, así en lo que toca a la oración, como en lo que toca a las demás virtudes y dones espirituales; por lo cual será menester que la declaremos y entendamos bien.

No digo yo que no habemos de desear ser cada día más santos, y procurar imitar siempre a los mejores, y ser diligentes y fervientes en eso; que para eso venimos a la Religión, si no hacemos eso, no seremos buenos religiosos. Pero lo que digo es que, así como en las cosas exteriores han de ser los hombres diligentes, pero no congojosos ni codiciosos, que eso dicen los Santos que es lo que Cristo nuestro Redentor prohíbe en el Evangelio (Mt 6,26): [*Yo os digo: no andéis acongojados por vuestra vida pensando que comeréis, ni por vuestro cuerpo pensando cómo vestiréis*]; lo que reprende es la demasiada solicitud y la congoja y codicia de esas cosas; pero el cuidado competente y las diligencias necesarias no las quita, antes las manda y nos las dio en penitencia (Gen 3, 19): [*Con el sudor de tu rostro comerás el pan*]. Es menester que pongan los hombres su trabajo y diligencia para comer, y si no, sería tentar a Dios.

Pues de esa misma manera ha de ser en las cosas espirituales y en el procurar las virtudes y dones de Dios. Es menester que seamos muy diligentes y cuidadosos en esto, pero de tal manera, que no nos quite esto la paz y la conformidad con la voluntad de Dios. Haced vos lo que es de vuestra parte, pero si con todo eso viereis que no tenéis cuanto queréis, por eso os habéis de dejar caer en una impaciencia que sea peor que la falta principal; y esto, aunque os parezca que eso os viene por vuestra tibieza, que es lo que a muchos suele desconsolar. Procurad vos de hacer buenamente vuestras diligencias, y si no las hiciereis todas y cayereis en faltas, no os espantéis por eso ni desmayéis, que así somos todos; hombre sois y no ángel, flaco y no santificado. Y bien conoce Dios nuestra flaqueza y miseria [*porque Él conoce la masa de que somos compuestos*] (Sal 102, 14), y no quiere que desmayemos por eso, sino que nos arrepintamos y humillemos, y nos levantemos luego y pidamos mayor fuerza al Señor, y procuremos de andar con contento de dentro y de fuera; que más vale que os levantéis presto con alegría, que dobla las fuerzas para servir a Dios, que no, pensando que lloráis vuestras faltas por Dios, desagradéis al mismo Dios con servirle mal con el corazón y alas caídas, y con otros ramos que de esto suelen nacer.

Sólo hay aquí que temer el peligro que habemos apuntado, que es, no se nos entre la tibieza y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte, so color de decir: Dios me lo ha de dar, todo ha de venir de mano de Dios, yo no puedo más. Y del mismo peligro nos habemos de guardar en lo que decíamos en la oración; no se os solape ahí

tampoco la pereza con ese color. Pero cerrado este portillo, y haciendo vos buenamente lo que es de vuestra parte, más agrada a Dios la paciencia y la humildad en las flaquezas, que esas congojas y tristezas demasiadas que algunos traen por parecerles que no crecen tanto en virtud y perfección como querrían, o que no pueden entrar tanto en la oración; porque este negocio de la oración y perfección no se alcanza por descontentos ni a puñadas, sino que Dios lo da a quien Él quiere, y como quiere, y al tiempo que Él es servido. Y cierto es que no han de ser todos iguales los que han de ir al Cielo; y no habemos de desesperar nosotros, porque no somos de los mejores, ni aun por ventura de los medianos, sino nos debemos conformar con la voluntad de Dios en todo, y dar gracias a nuestro Señor porque nos dio esperanza de que nos habemos de salvar por su misericordia. Y si no alcanzáremos a estar sin faltas, demos gracias a Dios porque nos dio conocimiento de nuestras faltas; y ya que no vamos al Cielo por la alteza de las virtudes, como algunos van, contentémonos con ir allá por el conocimiento y por la penitencia de nuestros pecados, como otros muchos van.

Dice San Jerónimo: Ofrezcan otros en el templo del Señor cada uno según su posibilidad, unos oro, plata y piedras preciosas; otros sedas, carmesíes, púrpuras y brocados. A mí bástame, si ofreciere para el templo pelos de cabras y pieles de animales. Pues ofrezcan los otros a Dios sus virtudes y obras heroicas y excelentes, y sus contemplaciones altas y levantadas; a mí, básteme ofrecer a Dios mi bajeza, conociéndome por pecador y por imperfecto y malo, y presentándome delante de su Majestad como pobre y necesitado. Y conviene alegrar en esto el corazón, y agradecérselo a Dios, porque no nos quite también esto que nos ha dado, como a desagradecidos.

San Buenventura, Gerson y otros añaden aquí un punto con que se confirma bien lo dicho, dicen que muchas personas sirven más a Dios con no tener la virtud y recogimiento, y desearlo, que si lo tuviesen. Porque con aquello viven en humildad, y andan con cuidado y diligencia, procurando arribar e ir adelante, acudiendo a menudo a Dios; y con estotro por ventura se ensoberbecieran, o se descuidaran y anduvieran tibios en el servicio de Dios, pareciéndoles que ya tenían lo que habían menester, y no se animaran a trabajar por más.

Esto he dicho para que hagamos nosotros buenamente lo que es de nuestra parte, y andemos con diligencia y cuidado procurando

la perfección; y entonces contentémonos con lo que el Señor nos diere, y no andemos desconsolados y congojados por lo que no podemos alcanzar, ni está en nuestra mano; porque eso, dice muy bien el B. P. Maestro Ávila que no sería sino estar penados porque no nos dan alas para volar por el aire.

CAPÍTULO 31

De la conformidad que habemos de tener con la voluntad de Dios en los bienes de gloria.

No solamente nos habemos de conformar con la voluntad de Dios en los bienes de gracia, sino también en los bienes de gloria. El verdadero siervo de Dios ha de estar tan ajeno de su interés aun en estas cosas, que más se ha de holgar de que se cumpla y haga la voluntad de Dios, que de todo cuanto él podía interesar. «Esta es muy grande perfección, como dice aquel Santo, no buscar uno su interés en lo poco, ni en lo mucho, ni en lo temporal, ni en lo eterno»; y da razón: «Porque tu voluntad, Señor, y el amor de tu honra debe sobrepujar todas las cosas; y más se debe consolar y contentar con esto, que con todos los beneficios recibidos o que puede recibir.»

Este es el contento y gozo de los bienaventurados. Más se alegran los Santos en el Cielo en el cumplimiento de la voluntad de Dios, que en la grandeza de su gloria. Están tan transformados en Dios y tan unidos con su voluntad, que la gloria que tienen, y la buena suerte que les cupo, no la quieren tanto por el provecho que a ellos les viene y por el contento que reciben, como porque huelga Dios de ello y porque es aquélla la voluntad de Dios. Y de ahí viene que cada uno está tan contento y gozoso con el grado que tiene, que no desea más, ni le pesa de que el otro tenga más. Porque en viendo uno a Dios, así lo transforma en Sí, que deja de querer como él y comienza a querer como Dios; y como ve que aquél es el contento y beneplácito de Dios, ése es también su gusto y su contento.

Esta perfección vemos que resplandecía en aquellos grandes Santos, en un Moisés, en un San Pablo, que por la salvación de las almas y por la may gloria de Dios parece que se olvidaban y no hacían cuenta de su propia gloria (Exod 32, 31): *Señor, perdonad al pueblo, o borradme a mi de vuestro libro*, decía Moisés a Dios; y San

Pablo (Rm 9, 3): [*Deseaba yo mismo ser anatema de Cristo, por la salud mis hermanos*]. De quien aprendió después un San Martín y otros Santos: [Si todavía soy necesario tu pueblo, no rehúso el trabajo.] Posponían su descanso y cedían buena gana a su gloria, que teníán ya cerca, y ofrecíanse de nuevo al trabajo por el mayor servicio y gloria de Dios. Esto es hacer la voluntad de Dios acá en la tierra, como se hace en el Cielo; que olvidados de todo nuestro interés, pongamos todo nuestro contento en el cumplimiento de la voluntad de Dios, y que estimemos y tengamos en más el contento de Dios, que todo nuestro provecho y que el poseer los Cielos y la tierra.

Aquí se verá bien la perfección que pide este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios. Si del interés de los bienes espirituales y aun de los bienes eternos y de la misma gloria habemos de apartar los ojos para ponerlos en el contento y voluntad de Dios, ¿qué será de otros intereses y respetos humanos? De donde se entenderá también cuán lejos de esta perfección el que tiene dificultad en conformarse con la voluntad de Dios en aquellas cosas que decíamos al principio: en que me pongan en este lugar o en aquél, en este oficio o en el otro, en estar sano o enfermo, en que los otros me tengan en poco o en mucho. Estamos tratando que habemos de tener en más la voluntad y contento de Dios, que cuantas ventajas puede haber en los bienes espirituales y aun en los eternos, ¿y reparáis vos en esas cosas, que respecto de estotras son basura? Al que desea tanto el contento de Dios y el cumplimiento de su divina voluntad, que cede de buena gana a su propia gloria, y se contenta con el más bajo lugar, no porque le falte deseo de trabajar y hacer obras de valor, sino sólo por querer más el contento y beneplácito de Dios, muy fáciles se le harán todas esotras cosas, pues renuncia y cede a lo sumo que puede renunciar por amor de Dios. Esto es lo más a que puede uno ceder, por conformarse con la voluntad de Dios: si Dios quiere que yo me muera luego y tenga menos gloria, más quiero yo eso que morirme de aquí a veinte o treinta años, aunque hubiese de tener mucha mayor gloria. Y por el contrario, aunque tuviese cierta la gloria muriéndome ahora, si Dios quiere que yo esté en esta cárcel y destierro muchos años padeciendo y trabajando, más quiero eso que ir luego a la gloria: porque el contento de Dios y el cumplimiento de su voluntad, ése es mi contento y ésa es mi gloria (Sal 3, 4): [*Tú eres, Señor, mi gloria y el que me hiciste levantar cabeza*].

De nuestro bienaventurado Padre Ignacio se cuenta un ejemplo bien raro acerca de esto. Estando un día con el P. Maestro Lainez y con otros, a cierto propósito preguntó nuestro Padre: Decidme, Maestro Laínez, ¿qué os parece que haríais si Dios nuestro Señor os propusiese este caso, y os dijese: si tú quieres morir luego, yo te sacaré de la cárcel de este cuerpo, y te daré la gloria eterna; pero si quieres aún vivir, no te doy seguridad de lo que será de ti, sino que quedarás a tus aventuras; si vivieres y perseverares en la virtud, yo te daré el premio; si desfallecieres del bien, como te hallare, así te juzgare? Si esto os dijese nuestro Señor, y vos entendieseis que quedando por algún tiempo en esta vida, podríais hacer algún grande y notable servicio a su divina Majestad, ¿qué escogeríais?, ¿qué responderíais? Respondió el Padre Laínez: Yo, Padre, confieso a vuestra reverencia que escogería el irme luego a gozar de Dios y asegurar mi salvación y librarme de peligros en cosa que tanto importa. Entonces dijo nuestro Padre: Pues yo, cierto, no lo haría, sino qui si juzgase que quedando en esta vida podría hacer algún singular servicio a nuestro Señor, le suplicaría que me dejase en ella hasta que le hubiese hecho, y pondría los ojos en Él y no en mí, sin tener respeto a mi peligro o a mi seguridad.

Y no le parecía a él que quedaba en duda su salvación, sino antes más cierta y más aventajada, por haberse fiado de Dios, quedándose acá por servirle en aquello. Porque ¿qué rey o príncipe hay en el mundo, decía él, el cual, si ofreciese alguna gran merced a algún criado suyo, y el criado no quisiese gozar de aquella merced luego, por poderle servir en alguna cosa notable, no se tuviese por obligado a conservar y aun acrecentar aquella merced al tal criado, pues se privaba de ella por su amor y por poderle más servir? Pues si esto hacen los hombres, que son desconocidos y desagradecidos, ¿qué habemos de esperar del Señor, que así nos previene con su gracia y nos hace tantas mercedes? ¿Cómo podríamos temer que nos desamparase y dejase caer, por haber nosotros dilatado nuestra bienaventuranza y dejado de gozar de Él por Él? No se puede eso creer ni temer de un tal Señor.

CAPÍTULO 32

De la conformidad y unión y amor perfecto cm con Dios, y cómo nos habemos de ejercitar en este ejercicio.

Para que se vea más la perfección y excelencia grande que encierra en sí este ejercicio de la conformidad con la voluntad de Dios, y para que sepamos hasta dónde podemos llegar con él, por conclusión y remate de este tratado, diremos un poco del ejercicio más alto que ponen los santos y maestros de la vida espiritual del amor de Dios, que parece viene aquí a propósito. Porque uno de los principales efectos del amor, como dice San Dionisio Areopagita, es hacer que las voluntades de los amados sean una; esto es, que tengan un querer y un no querer. Y así cuanto uno estuviere más unido y más conforme con la voluntad de Dios, tanto tendrá más amor de Dios; y cuanto mayor amor tuviere, tanto estará más unido y conforme con la voluntad de Dios.

Para declarar mejor esto, es menester que subamos al Cielo con la consideración, y veamos cómo están allí los bienaventurados amando y conformándose con la voluntad de Dios, teniendo una misma voluntad y querer con Él; porque cuanto más nos llegáremos a esto, tanto será nuestro ejercicio más perfecto. El glorioso Apóstol y Evangelista San Juan, en su primera Canónica (3, 2), dice que la vista de Dios hace a los bienaventurados semejantes a Él: [*Cuando se manifestare, seremos semejantes a Dios, porque le veremos como en Sí es*]; porque en viendo a Dios, quedan de tal manera unidos y transformados en Dios, que tienen una misma voluntad y un mismo querer con El. Pues veamos cuál es el querer y la voluntad y amor de Dios, para que así veamos cuál es el querer y voluntad de los bienaventurados, y de ahí colijamos cuál ha de ser el querer y amor y voluntad perfecta nuestra. El querer y voluntad de Dios y su amor sumo y perfectísimo es de su misma gloria y de su ser sumamente perfecto y glorioso. Pues ese mismo es el querer y voluntad y amor de los bienaventurados. De manera que el amor de los santos y bienaventurados es un amor y un querer con que aman y quieren con todas sus fuerzas que Dios sea quien es, y sea en Sí tan bueno y tan glorioso y digno de honre como es; y como ven en Dios todo aquello que ellos desean, sígueseles de aquí aquel fruto del Espíritu Santo,

que dice el Apóstol (Gal 5, 22), que es mi gozo inefable de ver a quien tanto aman tan lleno de bienes y tesoros en Sí mismo.

Por lo que vemos acá podemos rastrear algo de este gozo divino que reciben en esto los bienaventurados. Mirad cuán grande es la alegría y gozo qué recibe acá un buen hijo de ver a su padre, que mucho ama, honrado y querido de todos, sabio, rico y poderoso, y muy estimado y querido del rey. Cierto, hijos hay tan buenos, que dirán que no hay cosa a que se compare la alegría que reciben de ver a su padre tan estimado. Pues si este gozo es tan grande acá, donde el amor es tan flaco y los bienes tan bajos, ¿cuál será aquel gozo de los Santos, viendo a su verdadero Señor y a su Criador y Padre Celestial, en quien tal transformados están por amor, tan bueno, tan santo, tan lleno de hermosura y tan infinitamente poderoso, que por sólo su querer todo lo criado tiene ser y hermosura, y sin El no se puede menear una hoja a el árbol? Y así dice el Apóstol San Pablo (1 Cor 2, 9), que éste es un gozo tan grande, que ni ojo le vio, ni oreja le oyó, ni puede caber en corazón de hombre. Este es aquel río caudaloso que vio San Juan en el Apocalipsis (22, 1) salir de la silla de Dios y del Cordero, que alegra la ciudad de Dios, del cual beben los bienaventurados en el Cielo; y embriagados con este amor, cantan aquella aleluya perpetua, que dice allí San Juan (Apoc 19, 6), glorificando y bendiciendo a Dios: [*Aleluya: Alabad al Señor, porque reina ya el Señor Dios nuestro todo poderoso; gocémonos y alegrémonos y démosle gloria*]. Se están alegrando y regocijando de la grandeza de la gloria de Dios, y dándole el pláceme y parabién de ella con grande júbilo y regocijo (Apoc 7, 12): [*Bendición y claridad y sabiduría y hacimiento de gracias, honra y virtud y fortaleza sea a nuestro Dios en los siglos de los siglos. Amén.*]

Este es el amor que los Santos tienen a Dios en el Cielo, y la unión y conformidad que tienen con su divina voluntad, hablando conforme a la poquedad de nuestro entendimiento. Pues eso es lo que nosotros habemos de procurar imitar acá a nuestro modo, para que se haga la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el Cielo. Dijo Dios a Moisés (Exod 25, 40) cuando le mandó hacer el Tabernáculo: *Mira, que hagas todas las cosas conforme a la traza que te mostré en el monte*; así nosotros todo lo habemos de hacer acá a la traza que se hace allá en aquel monte soberano de la gloria. Y así habemos de estar amando y queriendo lo que están amando y queriendo los bienaventurados en el Cielo, y lo que está amando y que-

riendo el mismo Dios, que es su misma gloria y su ser sumamente perfecto y glorioso.

Para que cada uno pueda hacer esto mejor, pondremos aquí brevemente la práctica de este ejercicio. Cuando estéis en la oración, considerad con el entendimiento el ser infinito de Dios, su eternidad, su omnipotencia, su infinita sabiduría, hermosura, gloria y bienaventuranza; y estaos con la voluntad holgando y regocijando y tomando complacencia y contentamiento de que Dios sea quien es, de que sea Dios, de que de Sí mismo tenga el ser y el bien infinito que tiene, de que no tenga necesidad de nadie y todos la tengan de El, de que sea todopoderoso y tan bueno y tan santo y tan lleno de gloria, como en Sí mismo es. Y así de todas las demás perfecciones y bienes infinitos que hay en Dios.

Este dice Santo Tomás y los teólogos que es acto mayor y más perfecto de amor de Dios. Y así es también el más alto y más aventajado ejercicio de conformidad con la voluntad de Dios. Porque no hay mayor ni más perfecto amor de Dios, que el que el mismo Dios se tiene a Sí mismo, que es de su misma gloria, y de su ser sumamente perfecto y glorioso; ni puede haber mejor voluntad que ésa. Luego tanto mayor y más perfecto será nuestro amor, cuanto más se asemejare a este amor con que Dios se ama a Sí mismo, y tanto mayor y más perfecta será vuestra unión y conformidad con su divina voluntad. Y más: dicen allá los filósofos, que amar a uno es quererle bien. De donde se sigue que cuanto mayor bien deseamos a uno, tanto más le amamos. Pues el mayor bien que podemos querer a Dios es el que Él tiene, que es su ser infinito, su bondad, sabiduría, omnipotencia y gloria infinita. Cuando amamos a alguna criatura, no solamente nos agradamos del bien que ya tiene, mas podemos quererle algún bien que no tiene, porque toda criatura puede crecer; mas a Dios no podemos quererle en Sí mismo algún bien que no tenga, porque es del todo infinito; y así no puede tener en sí más poder, ni más gloria, ni más sabiduría, ni más bondad de la que tiene. Y así, holgarnos y regocijarnos y tener complacencia y contentamiento de que Dios tenga estos bienes que tiene, y que sea tan bueno como es, tan rico, tan poderoso, tan infinito y tan glorioso, es el mayor bien que le podemos querer, y por consiguiente, el mayor amor que le rodemos tener.

De manera, que así como los Santos que están en el Cielo, y la humanidad santísima de Cristo nuestro Redentor, y la Virgen glorio-

sísima nuestra Señora, y todos los coros de los ángeles se están holgando de ver a Dios tan hermoso y tan abastado de bienes, y es tan grande el gozo y regocijo que en esto sienten, que no se satisfacen sino prorrumpiendo en alabanzas de este Señor, y no se hartan de estarle alabando y bendiciendo para siempre jamás, como dice el Profeta (Sal 83, 5): [*Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; por los siglos de los siglos te alabamos*], así nosotros habemos de juntar nuestros corazones y levantar nuestras voces con las suyas, como nos lo enseña nuestra madre la Iglesia: [Dignaos, Señor, admitir, con las de los ángeles y bienaventurados todos, también nuestras voces, que con suplicante confesión os aclaman: Santo, Santo, Santo el Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria]. Siempre, o lo más continuamente que pudiéremos, habemos de estar alabando y glorificando a Dios, holgándonos y regocijándonos del bien y gloria y señorío que tiene, y dándole el pláceme y parabién de ello, y de esta manera nos asemejaremos acá a nuestro modo a los bienaventurados y al mismo Dios, y tendremos el más alto amor y la más perfecta conformidad con la voluntad de Dios que podemos tener.

CAPÍTULO 33

Cuán encomendado y repetido es este ejercicio en la Escritura divina.

Por lo mucho que en la Escritura divina se encomienda y repite este ejercicio, se entenderá bien su valor y excelencia y cuán agradable sea a Dios; y juntamente podremos tomar de ahí materia para ejercitarle y detenernos más en él. El real Profeta David, en los Salmos, a cada paso nos convida a este ejercicio, diciendo: *Alegraos* [*y alborozaos*], *justos, en el Señor,* [*y gloriaos en El todos los rectos de corazón*], *y deleitaos y regocijaos, y complaceos en sus bienes infinitos, y daros ha lo que le pidiereis*, o por mejor decir, lo que deseareis y hubiereis menester. Porque esto es una oración en la cual sin pedir pedís, y oye Dios el deseo de vuestro corazón. El Apóstol Sad Pablo, escribiendo a los Filipenses (4, 4), dice: *Gozaos en el Señor siempre*. Y pareciéndole que no era consejo éste para decirle una sola vez, torna a repetir: *Otra vez os digo que os holguéis*. Este es el gozo en

que se alegró la Virgen santísima, cuando dijo en su Cántico (Lc 1, 47): Se a*legró mi espíritu en Dios, mi salud*. Con este gozo se alegró también Cristo nuestro Redentor, cuando dice el Sagrado Evangelio (Lc 10, 21): *Se alegró en el Espíritu Santo*.

El profeta David dice que era tan grande el gozo, y regocijo que recibía su alma, considerando cuán grande es el bien y la gloria de Dios, y cuán dignísimo es de que todos se gocen del bien infinito que tiene, que de la grande abundancia redundaba la alegría al cuerpo y se encendía la misma carne en amor de Dios (Sal 83, 3): *Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo*. Y en otra parte (Sal 34, 9) dice: *Mi ánima se alegrará en el Señor, y se gozará en Dios, autor de su salud, y todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como Vos?*

Y por ser cosa tan divina y celestial este amor, la Iglesia, regida por el Espíritu Santo, en el principio de las horas canónicas, comenzando los maitines, nos convida con el invitatorio a amar de esta manera al Señor, alegrándonos y regocijándonos en sus bienes infinitos; y es tomado del salmo noventa y cuatro: *Venid, alegrémonos en el Señor, y cantemos cánticos de alabanza a Dios, nuestra salud*. [*Presentémonos ante su cara confesando su gloria, y con salmos le alabemos*]*; porque nuestro Señor es gran Dios, y Rey grande sobre todos los dioses; y suyo es el mar, y Él lo hizo, y la tierra y todo es obra de sus manos*. Y por la misma razón, y para el mismo efecto nos pone la Iglesia al fin de todos los salmos aquel verso: *Gloria Patri, et filio*, etcétera. Este es aquel entrar en el gozo que Dios dice Cristo nuestro Redentor en el Evangelio (Mt 25, 21): [*Entra en el gozo de tu Señor*], participar de aquel gozo infinito de Dios, y estarnos gozando y regocijando juntamente con el mismo Dios de su gloria y hermosura y riqueza infinita.

Para que nos aficionemos más a este ejercicio y procuremos andar siempre en ese gozo y regocijo, ayudará mucho considerar cuán bueno, cuán hermoso y glorioso es Dios; lo es tanto, que sólo verle hace a los que le ven bienaventurados; y si los que están en el infierno viesen a Dios, cesarían todas las penas y se trocaría el infierno en paraíso (Jn 17, 3): [Esta a es la vida eterna, que te conozcan a Ti sólo Dios verdadero], dice el mismo Cristo por San Juan. En eso consiste la gloria de los Santos, en ver a Dios; eso es lo que los hace bienaventurados, y esto no por un día ni por un año, sino para siempre jamás, que nunca se hartarán de estar mirando a Dios, sino

siempre se les hará nuevo aquel gozo, conforme a aquello del Apocalipsis (14, 3): [*Y cantaban como un cantar nuevo*].

Harto parece que se declara con esto la bondad, hermosura y perfección infinita de Dios; pero aun hay más que añadir, y aun harto más. Es Dios tan hermoso y tan glorioso, que el mismo Dios, viéndose es bienaventurado; la gloria y bienaventuranza de Dios es verse y amarse a sí mismo. Mirad si tenemos razón de holgamos y gozarnos en una bondad y hermosura, y en una gloria tan grande, que alegra toda aquella ciudad de Dios, y hace a todos aquellos ciudadanos bienaventurados, y el mismo Dios también conociéndose y amándose, es bienaventurado.

CAPÍTULO 34

Cómo nos podremos extender más en este ejercicio.

Podemos también humanarnos y extendernos más en este ejercicio, ejercitando este amor con la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, considerando su dignidad y perfección grande, y tomando complacencia y contentamiento en eso, holgándonos y regocijándonos de que aquella benditísima humanidad esté tan sublimada y unida con la Persona divina, que esté tan llena de gracia y de gloria, que sea instrumento de la divinidad para obrar cosas tan altas, como son la santificación y glorificación de todos los escogidos, y todos los dones y gracias sobrenaturales que se comunica a los hombres; y, finalmente, holgándonos y regocijándonos de todo lo que pertenece a la perfección y gloria de aquella alma gloriosísima y de aquel cuerpo santísimo de Cristo nuestro Redentor; y deteniéndonos en eso con entrañable amor y regocijo, al modo que consideran los Santos que se regocijaría la sacratísima Reina de los Ángeles el día de la resurrección, cuando vio a su benditísimo Hijo tan triunfante y glorioso. Y como dice la Escritura divina del patriarca Jacob, que cuando oyó decir que su hijo vivía y era señor de toda la tierra de Egipto, se alegró tanto, que revivió su espíritu y dijo (Gen 45, 28): *Básteme a mi que mi José viva; no quiero más de verle, y con eso moriré contento*.

Este mismo ejercicio podemos tener de la gloria de nuestra Señora y de los demás Santos. Y será muy buena devoción en sus fies-

tas gastar alguna parte de la oración en este ejercicio, porque será uno de los mayores servicios que les podemos hacer; pues el mayor amor que les podemos tener es quererles el mayor bien que ellos pueden tener, y holgarnos y regocijarnos de su gloria tan grande, y estarnos allí dándoles el parabién de ella; y así, la Iglesia nos pone este ejercicio en la fiesta de la Asunción de nuestra Señora: [Hoy la Virgen María sube al Cielo; alegraos, porque con Cristo reina para siempre]. Y comienza el oficio de la Misa en esta fiesta, y en otras muchas, convidándonos a este ejercicio, y animándonos a él con el ejemplo de los ángeles que se ejercitan en él: [Alegrémonos todos en el Señor, celebrando esta fiesta en honra de la bienaventurada Virgen María, de cuya Asunción se alegran los ángeles y juntos alaban Hijo de Dios]. Y hay otro bien y provecho grande en ejercitar este ejercicio con los Santos, y especialmente con la sacratísima humanidad de Cristo nuestro Señor, y es, que de ahí viene uno poco a poco a subir y tener entrada en esotros ejercicios de la divinidad; porque, como dice el mismo Cristo (Jn 10, 7; 14, 6), es *el camino y la puerta* para entrar al Padre.

También en este ejercicio, que se ejercita con Dios en cuanto Dios, hay sus grados, y nos podemos humanar más en él, descendiendo a cosas de acá. Porque, aunque es verdad que Dios no puede crecer en Sí, porque es infinito, y así no podemos quererle en Sí mismo algún bien que Él no tenga; pero puede Dios crecer exteriormente en las criaturas, que es ser más conocido y amado y glorificado en ellas. Y podemos también ejercitar este amor, queriendo a Dios este bien exterior. Y así considerando el alma el la oración cuán digno es Dios de ser amado y servido de las criaturas, nos habemos de estar queriendo y deseando que todas las almas criadas, y por criar, le conozcan, amen, alaben y glorifiquen en todas las cosas. ¡Oh Señor, y quién pudiera convertir a cuantos infieles y pecadores hay en el mundo, y hacer que nadie os ofendiera, y todos os obedecieran y se emplearan en vuestro servicio ahora y para siempre jamás! [*Santificado sea el tu nombre* (Mt 6, 9). *Toda la tierra te adore y te celebre, y entone cánticos a tu nombre* (Sal 65, 4). Y allí nos podemos estar pensando mil maneras de servicios que las criaturas podían hacer a Dios y estarlos deseando.

De aquí ha de descender cada uno a desear y procurar hacer la voluntad de Dios y su mayor gloria, en lo que a él le pertenece, procurando hacer siempre todo aquello que entendiere ser voluntad de

Dios y mayor gloria suya, conforme a aquello que Cristo nuestro Redentor dice de sí en el sagrado Evangelio (Jn 8, 29): *Yo siempre hago lo que agrada a mi Padre*; porque, como dice el Evangelista San Juan (1 2, 4-5): *El que dice que conoce y ama a Dios, y no hace su voluntad ni guarda sus mandamientos, no dice verdad, miente*. Pero el que los guarda, y hace la voluntad de Dios, ése tiene perfecta caridad y amor de Dios.

De manera que para amar a Dios y tener entera conformidad con su voluntad, no basta que el hombre tome complacencia de los bienes de Dios, y quiera que todas las demás criaturas amen y glorifiquen a Dios, sino es menester que el mismo hombre se ofrezca y dedique todo al cumplimiento de la voluntad de Dios; porque ¿cómo puede uno decir con verdad que desea la mayor gloria de Dios, si en lo que él puede y está en su mano no la procura? Y este amor es el que ejercita el alma cuando en la oración ha formando propósitos y deseos verdaderos de cumplir la voluntad de Dios en esto y en aquello y en todo lo demás que se ofreciere; que es el ejercicio en que ordinariamente nos solemos ejercitar en la oración.

Con esto habemos abierto grande campo para podernos ocupar en la oración mucho tiempo en este ejercicio, y declarado el provecho y perfección grande que hay en él. No esta sino que pongamos las manos a la obra, y que comencemos a ensayarnos acá en el suelo, en lo que habemos de ejercitar después para siempre y tan aventajadamente en el Cielo. [*El fuego de Dios arde en Sión y su horno está siempre encendido en Jerusalén*] (Is 31, 9). Aquí se ha de comenzar a encender en nosotros este fuego de amor Dios; pero las llamaradas, la alteza y perfección de él será en aquella Jerusalén celestial, que es la gloria.

Fin de la primera parte del Ejercicio de Perfección y Virtudes cristianas, la cual sujetamos a la censura y corrección de nuestra Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica, Romana.